



# MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO DE CHILE

## SUMARIO

- Orrego Luco*: DE SUS MEMORIAS INÉDITAS ● *Alberto Edwards*: LA EXTREMIDAD AUSTRAL DEL MUNDO Y LA AUDAZ  
 AVENTURA DE SIR ERNESTO SCHACKLETON ● *Hernán Romero*: LA CIUDAD, ORGANISMO VIVO ● *Alejandro Sieco*  
 ING: EL CHERUVE ● *Fernando Uriarte*: JULIO CORTÁZAR, NOVELISTA DE BUENOS AIRES ● *Alejandro Méndez*  
 García de la Huerta: INCONSTITUCIONALIDAD DE LAS LEYES Y LA CORTE SUPREMA DE LOS ESTADOS UNIDOS ● *Juan Uribe*  
*Schevarría*: TIPOS Y CUADROS DE COSTUMBRES EN LA POESÍA POPULAR DEL SIGLO XIX ● *Félix Denegri Luna*: LOS PRIMEROS  
 SÑOS DEL MARISCAL ANDRÉS DE SANTA CRUZ ● *Fernando Debesa*: LOS NETZUKES ● *Lewis Hanke*: LA HISTORIA  
 DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ Y BARTOLOMÉ ARZÁNS DE ORSÚA ● *Atropos*: EL INQUILINO EN CHILE. SU VIDA. UN  
 GLO SIN VARIACIONES, 1861-1966 ● *Emil Staiger*: EL ESTILO ÉPICO ● *Héctor Fuenzalida*: USLAR PIETRI. RE  
 ORTAJE A UNA PASIÓN VENEZOLANA ● *Raúl Rivera*: POEMAS ● *Benjamín Vicuña Mackenna*: LOS ÁRBOLES IN  
 GENAS DE CHILE Y LOS ÁRBOLES ACLIMATADOS DE EUROPA ● EXTENSIÓN CULTURAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL ●  
 NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ● BIBLIOGRAFÍA CHILENA ● *Notas Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista*

Organo de la Extensión Cultural

Dirección de Bibliotecas,  
Archivos y Museos

Guía de los Servicios

y

Publicaciones del Servicio para el  
Canje Internacional y Bibliografía  
de las obras editadas por la  
Biblioteca Nacional  
1854 - 1965

# Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

## GUIA DE LOS SERVICIOS

*Director de los Servicios y de la  
Biblioteca Nacional:*

Prof. GUILLERMO FELIU CRUZ

Av. B. O'Higgins 651. Teléfonos: 380461  
381151. Santiago de Chile

*Secretario Abogado de la Dirección:*

ERNESTO GALLIANO MENDIBURU

### I

#### REVISTA MAPOCHO

Director: *Guillermo Felú  
Cruz*

Secretario de Redacción:  
Juan Uribe Echevarría  
1.er piso. Teléfono 381922

#### 1. VISITACION DE BIBLIOTE- CAS E IMPRENTAS

Dependen de este servicio  
511 bibliotecas asistidas por  
la misma visitación.

Visitador: *Ulises Bustamante  
Gallardo*

Encargada: *Teresa García  
Ortiz*  
Pabellón Moneda, 2º piso  
Teléfono 383373

#### BIBLIOTECA PARA LA ENSEÑANZA MEDIA

Encargada: *Eliana Cerda  
Kreff*  
Compañía 1579. Teléfono  
67484

Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 13 a 20,30 hrs.  
y sábado de 9 a 12,30 hrs.

#### 2. REGISTRO DE LA PROPIE- DAD INTELECTUAL

Jefe: *Ernesto Galliano M.*  
Encargado: *Francisco Beni-  
meli Ubilla*  
1.er piso

#### 3. EXTENSION CULTURAL

Encargado: *Armando Gon-  
zález R.*  
2º piso. Teléfono 380676

#### 4. OFICINA DEL PRESUPUESTO

Encargada: *Luisa Acevedo  
Catica*  
2º piso. Teléfono 381891

### II

#### BIBLIOTECA NACIONAL

*(Fundada el 19 de agosto  
de 1813)*

Av. B. O'Higgins 651. Pa-  
bellón Moneda: Moneda  
650. Horario de atención:  
Lunes a viernes, de 9 a  
20,30 hrs. y sábado, de 9 a  
12,30 y de 15 a 18,30 hrs.  
Domingos y festivos, de 15  
a 18 horas.

#### SERVICIOS DEPENDIENTES:

##### 1. SALON CENTRAL DE LECTURA

2. SECCION CHILENA  
Jefe: *Augusto Eyquem Biat*

3. ANEXO: DIARIOS, PERIO-  
DICOS Y REVISTAS CHILENAS  
Encargado: *Mario Medina  
Acuña*  
1.er piso. Teléfono 380676

4. SECCION AMERICANA  
Jefe: *Maria Silva Portales*  
Encargada: *Silvia Cumplido  
Ponce*  
2º piso

#### 5. ANEXO SALA AMERICANA

Encargada: *Joyce Pye*  
2º piso. Sec. Americana

#### 6. SECCION DE FONDO GENERAL

Jefe: *Julia Parga Rojas*  
2º Encargada: *Fredes  
Alegria Rodriguez*  
2º piso. Teléfono 380676

7. ANEXO: SALA EUROPA  
*(Diarios y revistas  
franceses, ingleses, alemanes  
e italianos).*

#### 8. SECCION DE LECTURA A DOMICILIO

Jefe: *Juan Cavada Bórquez*  
Encargado: *Lucino Fariña  
Ortega*  
1.er piso. Teléfono 381301

#### 9. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARROS ARANA

*(Seminarios para las investi-  
gaciones de historia de Chile  
y de América)*  
Conservador: Prof.  
*Guillermo Felú Cruz*  
Encargado: *Manuel  
Cifuentes Arce*  
2º piso. Teléfonos 380461-  
381151

10. SEMINARIO ENRIQUE  
MATTA VIAL  
*(Sala para investigadores en  
general)*

Encargada: *Zulema Aranci-  
bia.*  
1.er piso

11. SEMINARIO DE LECTURA  
EN MICROFILM GERMAN  
TERPELLE  
Encargado: *Ricardo  
Dartnell*

12. OFICINA DE CONTROL,  
CATALOGACION Y REFEREN-  
CIAS BIBLIOGRAFICAS  
Jefe: *Elvira Zolezzi  
Carniglia*

Encargada: *Inés Escobar  
Castillo*  
1.er piso. Teléfono 383206

13. OFICINA DE CANJE  
INTERNACIONAL  
Encargada: *Marta Bustos*  
Pabellón Moneda. Moneda  
650, 3.er piso

14. TALLER DE REPROGRAFIA  
Encargado: *Rodolfo  
Bustamante*  
Pabellón Moneda, 4º piso

### III

#### BIBLIOTECAS DE PROVINCIAS:

BIBLIOTECA PUBLICA  
SANTIAGO SEVERIN  
Conservador: *Guillermo  
Garnham López*  
Encargada: *Mariana  
Martínez Contreras*  
Plaza Victoria. Teléfono  
3375. Valparaíso

Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 9 a 12,30 y de  
14,30 a 20 hrs. Sábado, de  
9,30 a 12 y de 15,30 a  
20 horas.

### IV

#### ARCHIVOS

ARCHIVO NACIONAL  
Conservador: *Juan  
Eyzaguirre Escobar*  
Encargada: *Estela Iturriaga  
Donoso*

Av. B. O'Higgins 651. 1.er  
piso. Teléfono 381922  
Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 9 a 12 y de  
15 a 18,30 hrs. Sábado, de  
9 a 12 hrs.

### V

#### MUSEOS

##### a) De Santiago de Chile:

1. MUSEO NACIONAL DE  
HISTORIA NATURAL  
Conservador: *Grete Mostny  
Glaser*

Encargado: *Rodolfo A.  
Philippi B.*  
Quinta Normal. Teléfono  
91206

Horario de atención: Martes  
a sábado de 9 a 12 y de  
14,30 a 18 hrs. Domingos  
y festivos de 15 a 18 hrs.

#### 2. MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Conservador: *Luis Vargas  
Rosas*

Encargado: *Ernesto  
González Correa*  
Palacio de Bellas Artes,  
Parque Forestal. Teléfono  
30655. Horario de atención:  
Martes a sábado, de 9,30 a  
12,30 y de 15 a 18,30 hrs.;  
Domingos y festivos de 15  
a 18 hrs.

#### 3. MUSEO HISTORICO NACIONAL

Conservador: *Carlos Larrain  
de Castro*  
Encargado: *Walterio Millar  
Castillo*  
Miraflores 50. Teléfono  
381411

Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12,30 y de  
15 a 18 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 18 hrs.

#### 4. MUSEO PEDAGOGICO DE CHILE Y BIBLIOTECA INFANTIL

Conservador: *Luis Morales  
Gallegos*

Encargado: *Raúl Vízcarra S.*  
Dieciocho 145. Teléfono  
80850. Horario de atención:  
Lunes a Jueves, 12,30 a 20  
hrs. Viernes, 12,30 a 20,30  
hrs. Sábado de 8 a 13 hrs.

#### 5. MUSEO BENJAMIN VICUÑA MACKENNA Conservador: *Germán Orrego Vicuña*

Av. Vicuña Mackenna 94.  
Teléfono 392996  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 hrs. y  
de 15 a 18 hrs. Domingos,  
10 a 13 horas.

##### b) De provincias:

#### 6. MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA SERENA

Conservador: *Jorge Iribarren  
Charlín*

Encargada: *Hilda Vera  
Quiroga*  
Córdovez s/n. Teléfono 778,  
La Serena

Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

#### 7. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE VALPARAISO Conservador: *John Jüger Silver*

Encargada: *Deolinda Ovalle  
Escobar*  
Gran Bretaña 1083. Teléfono  
3877. Playa Ancha.  
Valparaíso

Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

#### 8. MUSEO DE LA PATRIA VIEJA

Conservador: *Héctor  
González Valenzuela*  
Calle Estado, Rancagua.  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

#### 9. MUSEO DE BELLAS ARTES DE TALCA

Conservador: *Bernardo  
Mandiola Cruz*  
Talca

Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

#### 10. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE CONCEPCION

Conservador: *Eduardo  
Brousse Soto*  
Casilla 1054. Teléfono  
25691. Concepción

Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

#### 11. MUSEO ARAUCANO DE TEMUCO

Conservador: *Eduardo Pino  
Zapata*  
Andrés Bello 785. Teléfono  
33616. Casilla 481. Temuco.  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

# Bibliografía de las Publicaciones de la Biblioteca Nacional

1854 - 1965



## Año 1854

García Huidobro, Francisco. *Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. (Primer catálogo publicado por la institución). Santiago, 1854.

## Año 1860

Arlegui, Vicente. *Catálogo alfabético y por orden de materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional Egaña*. Santiago, 1860.  
(Segundo catálogo editado por la Biblioteca).

Biblioteca Nacional. Primer suplemento al Catálogo General impreso. Anexo 2º al expresado suplemento, comprensivo únicamente de las obras que pasaron de la exhibición del Gobierno a la Nacional en 1872. Santiago. Imprenta Nacional. 1873.

Biblioteca Nacional. Segundo suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1873. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Tercer suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1874. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Octavo suplemento anual a los

dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1876.

Biblioteca Nacional. Noveno suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1877.

Biblioteca Nacional. Décimo suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1878.  
En su parte primera contiene el catálogo de las obras legadas por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales, p. 3-114.

## Año 1877

*Anuario de la Prensa Chilena* (Libros, folletos y hojas sueltas):

- 1877 - 1885. Santiago, 1952.

- 1886. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1887.

- 1887. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1888.

- 1888. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1889.

- 1889. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1890.

- 1890. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1891.

- 1891. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1892.

- 1892. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1894.

- 1893. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1895.

- 1894. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1895. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

- 1896. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1899.

- 1897. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1900.

- 1898. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1899. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1900. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

- 1901. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1904.

- 1902. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1903. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1904. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

1905. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1906. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1907. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

1908. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1909. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1910. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1911. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1912. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1913. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1914.

- 1914. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1915. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1916. Santiago, 1927.

- 1917-1921. Stgo., 1963.

- 1922-1926. Stgo., 1963.

- 1927-1931. Stgo., 1963.

- 1932-1936. Stgo., 1963.

- 1937-1941. Stgo., 1963.

- 1942-1946. Stgo., 1963.

- 1947-1951. Stgo., 1963.

- 1952-1956. Stgo., 1963.

- 1957-1961. Stgo., 1963.

- 1962. Stgo., 1963.

- 1963. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Stgo., 1964.

- 1964. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas. Inscripciones en el Conservatorio de la Propiedad Intelectual (1964). Publicaciones Oficiales (1964). Santiago, 1965.

#### Año 1886

Biblioteca Nacional. *Guadro sinóptico periodístico completo de los diarios y periódicos en Chile publicados desde el año de 1812 hasta el de 1884 inclusive, que la Biblioteca Nacional conserva empastados.*

Tirada aparte de los *Anales de la Universidad*. Completa hasta 1884 la bibliografía de los periódicos chilenos que trae la *Estadística Bibliográfica* de Briseño.

#### Año 1887

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo primero de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg, 1887.

#### Año 1889

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo segundo de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg, 1889.

#### Año 1891

Frontaura y Arana, José Manuel. *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos Jesuitas de Chile,*

*que se custodian en la Biblioteca Nacional.* Santiago, 1891.

#### Año 1892

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo tercero (por orden alfabético de autores) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1892.

#### Año 1897

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo cuarto (por orden de materias) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

#### Año 1898

Laval, Ramón A. *Biblioteca Nacional. Bibliografía musical chilena.* Santiago, 1898.

Biblioteca Nacional. *Bibliografía musical. Composiciones impresas en Chile.* 2.ª parte. 1886-1896. Santiago, 1898.

Salas Errázuriz, Juan y Pizarro, Baldomero. *Biblioteca Nacional. Catálogo de autores griegos y latinos.* Santiago, 1898.

#### Año 1901

Boletín de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. *Correspondiente a los años de 1901-1911.* Santiago, 1901. Director: Luis Montt.

#### Año 1902

Biblioteca Nacional. *Catálogo de la Sección Americana. América en general.* Santiago, 1902.

#### Año 1903

Henrion, Hipólito y Thayer Ojeda, Tomás. *Biblioteca Nacional. Catálogo del Archivo de la Real Audiencia.* Santiago, 1903. 3 vols.

Año 1910

Laval, Ramón A., *Memoria del Subdirector del Servicio*. Santiago, 1910. Anexo al Boletín de la Biblioteca correspondiente a 1909.

Año 1912

Blanchard-Chessi, Enrique. *Catálogo de la Exposición retrospectiva de la Prensa Chilena*. Santiago, 1912.

*Revista de la Biblioteca Nacional*. Continuación del Boletín. Director: Carlos Silva Cruz. Santiago, 1912.

Año 1913

*Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*. (1913-1918). Director: Emilio Vaisse. 7 vols. Santiago, 1913.

*Homenaje de la Biblioteca Nacional de Chile al ex Director de la de Madrid Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo*, Discurso de Dn. Juan Agustín Barriga. Santiago, Imprenta Universitaria, 1913.

Biblioteca Nacional. *Sección Lectura a Domicilio*. Catálogo de los libros y músicas existentes en la Sección. Primera parte. *Lista alfabética de autores con enumeración completa de sus obras*. Santiago de Chile. Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1913.

Año 1914

Thayer Ojeda, Tomás. *Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos*. Santiago, 1914.

Biblioteca Nacional de Chile. *Estadística Bibliográfica de 1913*. (Extracto del "Anuario de la Prensa Chilena"). Santiago de Chile. Imprenta de Meza Hnos. 1914.

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chi-*

*lenas recibidas en 1914*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1913.

Año 1915

Laval, Ramón A. *Bibliografía de bibliografías chilenas*. Santiago, 1915.

Vaisse, Emilio. *Bibliografía General de Chile*. Primera Parte: Diccionario de Autores y Obras (Biobibliografía y bibliografía.) Santiago, 1915.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Extranjeras que se reciben en la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1915.

Año 1916-1963

*Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas*. (Diarios, periódicos y revistas).

— Año 1916 - Santiago, 1916.

— Año 1917 - Santiago, 1917

— Año 1918 - Santiago, 1918.

— Año 1919 - No se publicó.

— Año 1920 - Santiago, 1921.

— Año 1921 - Santiago, 1922.

— Año 1922 - No se publicó.

— Año 1923 - Santiago, 1923.

— Año 1924 - Santiago, 1925.

— Año 1925 - Santiago, 1926.

— Año 1926 - Santiago, 1927.

— Año 1927 - Santiago, 1928.

— Año 1928 - Santiago, 1930.

— Año 1929 - Santiago, 1930.

— Año 1930 - Santiago, 1931.

— Año 1931 - Santiago, 1932.

— Año 1932 - Santiago, 1933.

— Año 1933 - Santiago, 1934.

— Año 1934 - Santiago, 1934.

— Años 1935 y 1936. No se publicaron.

— Años 1937 y 1938. No se publicaron.

— Años 1939 a 1951. No se publicaron.

— Año 1952 - Santiago, 1952.

— Año 1953 - Santiago, 1954.

— Año 1954 - Santiago, 1955.

— Año 1955 - Santiago, 1956.

— Año 1956 - Santiago, 1957.

— Año 1957 - Santiago, 1958.

— Año 1958 - Santiago, 1959.

— Año 1959 - Santiago, 1960.

— Año 1960 - Santiago, 1961.

— Año 1961 - Santiago, 1962.

— Año 1962 - Santiago, 1963.

Música de autores chilenos que existen en la Sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional, Santiago, 1916. Atribuido a Rafael Larrain, Jefe de dicha sección entonces.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1916. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1916.

#### Año 1917

Biblioteca Nacional. *Sección Canje*. Santiago, Imprenta Universitaria, 1917.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1917. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1917.

#### Año 1918

Allende, Pedro Humberto. *Conferencias sobre música*. Santiago, 1918.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1918. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1918.

#### Año 1921

Biblioteca Nacional. *Memoria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1920. Con un anexo que comprende la nómina de las Revistas, Diarios y Periódicos chilenos que se publicaban el 31 de diciembre del mismo año*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Biblioteca Nacional. *Memoria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1921. Con un anexo que comprende la nómina de las obras depositadas en la Biblioteca para obtener propiedad literaria durante el año 1920*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

#### Año 1922

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1921. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1922.

#### Año 1923

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1923. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1923.

#### Año 1924

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1924. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1924.

#### Año 1925

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1924. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1925.

#### Año 1926

*Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina*. 9 vols. Distribuidos en la siguiente forma:

- *Libros Impresos*, por José Toribio Medina. 2 vols. Santiago, 1926.

- *Suplemento*, por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1953-1954.

- *Manuscritos*. Tomo preliminar. Índice general de la Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, por Víctor M. Chiappa. Santiago, 1930.

- *Manuscritos*. Tomo I. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1535-1720), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1928.

- *Manuscritos*. Tomo II. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1720-1827), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1930.

- *Manuscritos Originales*. Tomo III, por José Toribio Medina. Santiago, 1929.

- *Manuscritos*. Tomo IV, Documentos inéditos para la Historia de Chile (1501-1900), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1951.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1925. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Sección Imprenta. 1926.

#### Año 1927

*Revista de Bibliografía Chilena* (1927-1929). Director: Emilio Vaisse. Santiago, 1927.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1926. Imprenta Nascimento. Santiago - Chile. Concepción. 1927.

#### Año 1928

Biblioteca Nacional. *Índice del año 1918 de la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*. Tirada aparte de la Revista de Bibliografía Chilena. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1928.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1927. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller Imprenta. 1928.

#### Año 1929

*Boletín de la Biblioteca Nacional* (1929 - 1937), Segunda época. Directores: Raúl Silva Castro y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Feliú Cruz, Guillermo. *Informe presentado al Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*



sobre la organización de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, por el Conservador de ella don Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

AÑO 1930

Colección de Historiadores de la Independencia de Chile. 1930-1966.

Vols. publicados por la Biblioteca Nacional.

Vol. 27.— Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Artes y Oficios. Taller de Imprenta. 1930. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. *El Monitor Araucano*. Tomo I - Tomo II.

Vol. 28.— Santiago de Chile. En la misma Imprenta. *Últimos Días de la Reconquista Española*. (Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco). Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 29.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos Cónдор. Manuel Antonio Talavera. *Revoluciones de Chile*. Discurso histórico. Diario imparcial de los sucesos memorables acaecidos en Santiago desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811. Con un Apéndice que contiene la descripción del baile en la Casa de Moneda en septiembre de 1812. Lo publica completo por primera vez, precedido de una biografía del autor escrita sobre documentos inéditos, Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 30.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos La Nación. *Proceso seguido por el Gobierno de Chile en 25 de mayo de 1810, contra don Juan A. Ovalle, José A. Rojas y el doctor don Bernardo de Vera y Pintado, por el delito de conspiración*. Lo publica por primera vez cotejado el original con la copia de dicho proceso existente en el Archivo de Indias de Sevilla, Guillermo Feliú Cruz. Con una Introduc-

ción acerca del principio de la Revolución de 1810 y el proceso de la idea de la emancipación de Domingo Amunátegui Solar.

Vol. 31.— Santiago de Chile. Imprenta de los Talleres Gráficos de La Nación. *Expediente relativo al desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo el 5 de abril de 1818*. Lo publica por primera vez, copiado del original. Existente en el Archivo de la Biblioteca Diego Barros Arana de la Nacional de Santiago, Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 32, 33, 34.— Santiago de Chile. Imp. Cultura. *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*. Por don José Rodríguez Ballesteros, Coronel de los Ejércitos en las Campañas de Ecuador, Alto Perú, Chile y Chiloé. Introducción biográfica de Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 35, 36 y 37.— Santiago de Chile. Imprenta Cultura, 1950-1953 y 1954. *Escritos y Documentos del Ministro de O'Higgins, doctor José A. Rodríguez Aldea, y otros documentos concernientes a su persona*. Publicados Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 38, 39 y 40.— Santiago de Chile. Imprenta Cultura, 1955, para el Vol. 38. Editorial Nascimento para los Vols. 39-40, 1957 y 1959, respectivamente. *Biografías e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea*. Publicados con una Introducción y una Bibliografía concerniente a este mismo individuo, por Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 43.— Santiago de Chile, 1966:

— *Procesos instaurados a los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera y contra otros miembros de la familia y sus parciales*, tomo LXXII. Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Volumenes en preparación:

— *Memoria Histórica de la Revolución de Chile, de Fray Melchor Martínez*, tomos LXI y LXII.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas*. 1928. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1930.

Biblioteca Nacional. *Revistas, diarios y periódicos chilenos que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1929. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1930.

Chiappa, Víctor M. *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Índice Bibliográfico. Santiago, 1930.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones vigentes*. Santiago, 1930.

Elgueta de Ochsenius, Herminia. *Suplemento y adiciones a la Bibliografía de Bibliografías chilenas*, que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Barros Arana, erudito y bibliógrafo*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Bibliografía de los libros, folletos y artículos de revistas publicados por don Gabriel René - Moreno*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a don Diego Barros Arana en el centenario de su nacimiento*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Notas bibliográficas. Bibliografía de don José Toribio Medina*. Santiago, 1930.

Silva, Luis Ignacio. *La Imprenta en la América Española*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Rubén Darío en Chile*. Santiago, 1930.

#### AÑO 1931

Biblioteca Nacional. *Anuario de las Publicaciones Periódicas Chilenas que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1930. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1931.

Chiappa, Victor M. *Una página para la biografía de don José Toribio Medina. Los Honores*. Santiago, 1931.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria del servicio 1930*. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, 1931.

Feliú Cruz, Guillermo. *Interpretación de Vicuña Mackenna, el Historiador*. Santiago, 1931.

Looser, Gualterio. *Don José Toribio Medina y las Ciencias Naturales y Antropológicas*. Stgo., 1931.

Thayer Ojeda, Tomás. *Relaciones entre Chile y Uruguay. Discurso del Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*. Santiago, 1931.

#### AÑO 1932

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1931*. Santiago de Chile. Imprenta "Cervantes". 1932.

Feliú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna. 1851-1931*. Santiago, 1932.

#### AÑO 1933

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1932*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas & Quevedo, Ltda. 1933.

#### AÑO 1934

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1933*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas, Quevedo y Cía. Ltda. 1934.

#### AÑO 1935

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1934*. Santiago de Chile. Imp. "La Tarde". 1935.

Mayorga Uribe, Luis. *Bibliografía de las obras sobre Socialismo, Comunismo y Fascismo, existentes actualmente en la Sección Fondo General*. Santiago, 1935.

#### AÑO 1936

Biblioteca Nacional. *Don Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936)*. Stgo., 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje a la memoria de don Rafael Díaz Lira*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a D. Emilio Vaïsse*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Inauguración de la Sala Norteamericana*. Santiago, 1936.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General, sobre la marcha de los servicios de su dependencia durante el año 1935, enviada al Ministerio de Educación Pública, por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1936.

#### AÑO 1937

Biblioteca Nacional. *Publicaciones periódicas chile-*

*nas. Anuarios de 1935 y 1936*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1937.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1936, elevada al Ministro de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1937.

#### AÑO 1938

Archivo Nacional. *Índice del Archivo Hidrográfico "Vidal Gormaz"*. Santiago, 1938.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General sobre la marcha de los servicios de su dependencia, durante el año 1937, enviada al Ministerio de Educación Pública por Gabriel Amunátegui*. Santiago, 1938.

#### AÑO 1939

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuarios de 1937 y 1938*. Santiago de Chile. Imp. y Lit. Universo S. A. 1939.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1938 que eleva a conocimiento del señor Ministro de Educación Pública el Director del Servicio. Gabriel Amunátegui Jordán*. Santiago, 1939.

Oviedo Martínez, Benjamín. *Bibliografía masónica chilena*. Santiago, 1939.

#### AÑO 1940

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones legales y reglamentarias vigentes para el servicio de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas*. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, Nº 1.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Visitación de Imprentas y Bibliote-*

cas correspondiente a 1939. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitation de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N° 1.

#### AÑO 1943

Cruz Vera, Manuel. *Ensayo de una bibliografía de la Historia de Francia*. Santiago [1943].

#### AÑO 1944

Archivo Nacional. *Catálogo de la Colección de Manuscritos de D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre*. Santiago, 1944.

#### AÑO 1946

Archivo Nacional. *El Archivo Nacional. Antecedentes de su fundación y reseña de la labor realizada desde 1927 a 1945*. Santiago, 1946.

#### AÑO 1949

Egaña, Juan. *Escritos inéditos y diversos*. Reunidos por Raúl Silva Castro. Santiago, 1949.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de don Juan Egaña (1768-1836)*. Santiago, 1949.

#### AÑO 1950

Feliú Cruz, Guillermo. *Cervantes en la Biblioteca Nacional*. Ensayo bibliográfico. Santiago, 1950.

#### AÑO 1951

*Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*. 1951-1966. 18 vols.:

Vol. 1. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Ilustración araucana sacada de los Arcanos de la Razón. El Augurio Feliz. 1813-1817. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo I. Santiago, 1952.

Vol. 2. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo II. Santiago, 1954.

Vol. 3. *¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*. N.os 1 a 16.

*Semanario de Policía. Clamor de la Justicia. El Amigo de la Ilustración*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1817. Santiago, 1951.

Vol. 4. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 1-37. 1817. Santiago, 1952.

Vol. 5. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 38-72. 1818. Santiago, 1952.

Vol. 6. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 73-100. 1819. Santiago, 1954.

Vol. 7. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 1-55. 1819-1820. Stgo. 1958.

Vol. 8. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 56-78. 1820-1821. Santiago, 1963.

Vol. 9. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 79-100 y Tomo III. N.os 1-68. 1821. Santiago, 1964.

Vol. 10. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo III. N.os 17-38. 1821-1822. Santiago, 1966.

Vol. 11. *El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Chileno. El Sol de Chile*. 1818. Santiago, 1955.

Vol. 12. *El Telégrafo. Cartas Pehuenches*. 1819. Santiago, 1958.

Vol. 13. *El Censor de la Revolución*. 1820. *Colección de Noticias*. 1821. *La Miscelánea Chilena*. 1821. *El Independiente*. 1821. *El Mercurio de Chile*. 1822-1823. Santiago, 1960.

Vol. 14. *El Cosmopolita. Diario de la Convención de Chile. El Observador Chileno*. 1822. *El Tizon Republicano. El Clamor de la Patria*. 1823. *Apéndice: Correspondencia seguida entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo D. Ramón Freire*. 1823. Santiago, 1962.

Vol. 15. *El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corres-*

*ponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Correspondiente. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico*. 1823. *Apéndice: Respuestas a varios periódicos*. Santiago, 1963.

Vol. 16. *El Liberal. El Redactor de Sesiones del Soberano Congreso. Notas de las operaciones del Congreso de Chile 1823-1824*. Santiago, 1965.

Vol. 17. *El Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa*. 1824-1825. Santiago, 1965.

Vol. 18. *Examen instructivo sobre la Constitución Política de Chile. El Avisador Chileno. El alcornoque sin hojas, a la sombra del Avisador Chileno. Cartas familiares de C., a un amigo residente en... Redacción concisa de las Actas y Diarios del Congreso de Chile. Boletín de Policía. El Pensador Político - Religioso*. 1824-1825. Santiago, 1966.

Archivo Nacional. *Catálogo fondo varios*. Santiago, 1952.

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica de las obras de José Toribio Medina*. Santiago, 1952.

#### AÑO 1953

Archivo Nacional. *Censo de 1813. Levantado por don Juan Egaña, de orden de la Junta de Gobierno formada por los señores Pérez, Infante y Eyzaguirre*. Santiago, 1953.

Feliú Cruz, Guillermo. *José Toribio Medina, historiador y bibliógrafo de América*. Santiago, 1953.

AÑO 1957

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana con motivo del cincuentenario de su muerte. 4 de noviembre de 1957.* Santiago, 1957.

AÑO 1959

Barrios, Eduardo y Feliú Cruz, Guillermo. *Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Alejandro Humboldt.* Santiago, 1959.

AÑO 1961

Exposición Bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico (1879-1884). Santiago, 1961.

Vaisse, Emilio. *Estudios críticos de Literatura Chilena. Homenaje de la Biblioteca Nacional al autor en el Centenario de su nacimiento (1860-1960).* Santiago, 1961.

AÑO 1962

Gay, Claudio. *Correspondencia de Claudio Gay.* Recopilación, prólogo y notas de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz. Santiago, 1962.

AÑO 1963

Archivo Nacional. *Catálogo del Archivo de Claudio Gay.* Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Chile: su futura alimentación.* Ciclo de conferencias. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Impresos chilenos. 1776-1818.* Edición Monumental de los incunables chilenos, hecha para conmemorar el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Introducción y Bibliografía sobre la imprenta, de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1963. 2 vols.

Biblioteca Nacional. *Lista de publicaciones del Servicio de Canje Internacional.* Lista N° 1. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Sesquicentenario de la Fundación.* 1813-19 de agosto 1963. Homenajes. Historia. Crónica. Recuerdos. Album de la Biblioteca. Edición de la revista "Mapocho". Santiago, 1963.

*Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación.* Santiago, 1963.

*Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario.* Cartilla N° 2. Santiago, 1963.

Castillo, Homero. *La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América.* Santiago, 1963.

Feliú Cruz, Gmo. *El Problema Bibliotecario Nacional.* Santiago, 1963.

García Lyon, Virginia, y Viña Fuentes, Carlos. *Centenario de "Los Miserables" de Victor Hugo. (1862-1962).* Conferencias. Santiago, 1963.

AÑO 1964

Cejador y Franca, Julio. *Epistolario de Escritores Hispanoamericanos.* Recopilación y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo "La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana", por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1964.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 1. *Guía de los servicios.* 2. *Publicaciones de la Biblioteca Nacional.* 3. *Publicaciones del Servicio de Canje Internacional.* 4. *Publicaciones del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.* Santiago, 1964.

Feliú Cruz, Guillermo. *Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. 1854-1963.* Informe elevado al Ministerio de Educación. Santiago, 1964.

Rivas Vicuña, Manuel. *Historia política y parlamentaria de Chile. 1891-1920.* Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. 3 vols. Santiago, 1964.

Revista "Mapocho". *Organó de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional.* Director de la Revista: Guillermo Feliú Cruz. Secretario de Redacción: Juan Uribe Echevarría. Concesionario y Distribuidor: Editorial Universitaria, San Francisco 454. Tomo I: 3 números, 1963. Agotado. Tomo II: 3 números, 1964. Tomo III: 3 números, 1965. Tomo IV: 2 números, 1965.

*Ediciones de la Revista "Mapocho":*

Giudad, Mario. *"La Repetición Creadora" en Pascal.* 1963. Tomo I, N° 1.

Díaz G., Jorge. *El velero en la botella.* 1963. Tomo I, N° 1.

Martínez Chacón, Elena. *Una comedia "chilena" de Lope de Vega.* 1963. Tomo I, N° 1.

Rukser, Udo. *Heine en el Mundo Hispánico.* 1963. Tomo I, N° 1.

Uriarte, Fernando. *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala.* 1963. Tomo I, N° 1.

Araya, Guillermo. *Hombre y lenguaje.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Catalán de Araneda, Hilda. *Censura cinematográfica.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Concha, Jaime. *Interpretación de "Residencia en la tierra" de Pablo Neruda.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Lastra, Pedro. *Notas sobre el Cuento Hispanoamericano del siglo XIX.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Rojas Piña, Benjamin. *La Sociedad y la Educación de Chile según los viajeros del período 1740 a 1850.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Sieveking, Alejandro. *Antimas de día claro.* Tomo I, N° 2, julio de 1963.

- Uribe Echevarría, Juan. *La Tirana de Tarapacá*. Tomo I, Nº 2, julio de 1963.
- Bande, Jorge. *¿Adán, dónde estás?* Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Escudero, Alfonso M. *Pedro Antonio González. Bibliografía*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Neruda, Pablo. *Poesía. Oda al Mapocho*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Orellana Rodríguez, Mario. *Las pinturas rupestres del alero de Aytquina*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Rivano, Juan. *Dialéctica y situación absoluta*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Sabella, Andrés. *Retratos quiméricos*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Sievers, Hugo K. *La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Silva, Jaime. *La princesa Panchita. Teatro*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Uriarte, Fernando. *Xavier Zubiri en el problema de la realidad*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Uribe Echevarría, Juan. *El romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Vial E., Carlos. *Radioescopia de una enferma. La Alianza para el Progreso*. Tomo I, Nº 3, octubre de 1963.
- Abalos, Carmen. *Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Meireles, dos poetas del Brasil*. Tomo II, Nº 1, de 1964.
- Aguirre, Isidora. *Los papeleros. Teatro*. Tomo II, Nº 1, de 1964.
- Araya G., Guillermo. *Dimensiones semánticas del lenguaje*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Barros, Raquel y Danne-mann, Manuel. *Guía metodológica de la investigación folklórica*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Camurri, Antonio. *La estructura física del Universo*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Ferreccio P., Mario. *La Real Academia Española. Teoría e historia*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- González Gmouvés, Ignacio. *Reflexiones acerca de la misión universitaria*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Labarca, Amanda. *El arte y la ciencia de ser maestro*.
- Pereira Salas, Eugenio. *Amanda Labarca, maestra*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Orrego Barros, Carlos. *Alberto Orrego Luco. Pintor Chileno*. Tomo II, Nº 1, 1964.
- Rivano, Juan. *La América ahistórica y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Bindis, Ricardo. *La pintura contemporánea chilena*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Fernández Larrain, Sergio. *Algo de Unamuno a través de un epistolario*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Morales, José R. *Prohibida la reproducción. Teatro*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Muñoz, Luis. *La muerte, tema poético de Antonio Machado*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Salas Viu, Vicente. *Tomás Luis de Victoria*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Segall, Marcelo. *Biografía de la Ficha Salario*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Stahl, Gerold. *Análisis científico de la religión*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Teillier, Jorge. *Los trenes de la noche y otros poemas*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Tienken, Arturo. *Las obras históricas de Shakespeare*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Uribe Echevarría, Juan. *Arturo Alcayaga Vicuña: Focsia y pintura del supercosmos*. Tomo II, Nº 2, 1964.
- Carvacho, Víctor. *Camilo Mori*. Tomo II, Nº 3, 1964.
- La Biblioteca Nacional y Pablo Neruda*. (Discursos de Guillermo Feliú Cruz y Pablo Neruda, Artículos de: Diego Muñoz, Fillebo, Hugo Montes, Jaime Giordano, Nelson Osorio T., Mario Rodríguez Fernández, Alfonso M. Escudero). Tomo II, Nº 3, 1964.
- Marín Madrid, Alberto. *Un viejo problema: el caso fronterizo del río Encuentro*. Tomo II, Nº 3, 1964.
- Rousseau, Pierre. *En las avanzadas de la vida*. Traducción de Carlos Krum S. Tomo II, Nº 3, 1964.
- Uribe Echevarría, Juan. *Cancionero de Alhué. Folklore*. Tomo II, Nº 3, 1964.
- Vodanović, Sergio. *Los fugitivos*. Tomo II, Nº 3, 1964.
- Feliú Cruz, Guillermo. *El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amundéguí Solar, 1892-1922*. Tomo III, Nº 1, 1965.
- La Biblioteca Nacional y Miguel de Unamuno*. (Artículos de Paulino Garagorri, Fernando Uriarte, Carla Cordua, Eladio García, Guillermo Ferrada, Armando González Rodríguez). Tomo III, Nº 1, 1965.
- Latcham, Ricardo A. *Una crónica del barroco his-*

- panoamericano: "El Carnero" de Juan Rodríguez Freile. Tomo III, Nº 1, 1965.
- Mac Hale, Tomás P. *Notas sobre Luis Alberto Heiremans. Luis Alberto Heiremans Buenaventura.* Tomo III, Nº 1, 1965.
- Hourton P., Jorge. *Teilhard de Chardin. ¿Ciencia o Filosofía?* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Jaramillo Barriga, Rodolfo. *El abate Juan Ignacio Molina, primer evolucionista y precursor de Teilhard de Chardin.* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Oroz, Rodolfo. *El Instituto de Chile.* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Sáez Sáez, Raúl. *El ingeniero y el desarrollo de los pueblos.* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Terpelle P., Germán. *El asilo diplomático en la historia de Chile.* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Zapater Equioiz, Horacio. *Las culturas indígenas de América durante la dominación española.* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Anzoátegui, Víctor y Sanhueza Beltrán Enrique. *Vulgarización de Lacunza y el Lacunismo.* Tomo III, Nº 3, 1965.
- Decker, Donald M. *Raúl Silva Castro Historiador-Crítico de las letras chilenas.* Tomo III, Nº 3, 1965.
- Díaz, Jorge. *El lugar donde mueren los mamíferos.* Tomo III, Nº 3, 1965.
- Kaysner, Wolfgang. *Origen y crisis de la novela moderna.* Tomo III, Nº 3, 1965.
- Rousseau, Pierre. *¿Está habitado el universo?* Traducción de Carlos Krumm S. Tomo III, Nº 3, 1965.
- Bultmann, Rudolf. *Mitología y Nuevo Testamento.* Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Debesa, Fernando. *El Guadapelo.* Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Del Río, Sótero. *La medicina social en Chile.* Guzmán, Leonardo. *Labor social de la medicina en Chile y la contribución del Dr. Sótero del Río.* Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- García, Lautaro. *Romanceo de pájaros.* Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Ortega y Gasset, José. *Temas del Escorial.* Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Romero, Hernán. *La salud mental en la vida social contemporánea.* Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Salas Errázuriz, Juan R. *El primer canto de la Divina Comedia.* Tomo IV, Nº 1, Vol. 10 de 1965.
- Zamorano, Manuel y Barria, Myriam. *El crimen como destino.* Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Encina, Francisco Antonio. *Estudios. I. Cien años de la vida económica e independiente de Chile (1912). II. La capital de Chile y las provincias.* Tomo IV, Nº 2 Vol. 11 de 1965.
- Eyzaguirre, Jaime. *Breve historia de las fronteras de Chile.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Francisco Antonio Encina historiador.* Tomo IV, Nº 2 vol. 11 de 1965.
- Oyarzún, Luis. *Rafael Mañuella.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Ruiz Urbina, Antonio. *Las clases sociales en América Latina.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Uriarte, Fernando. *La novela proletaria en Chile.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Uribe Echevarría, Juan. *Folklore de Colliguay.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Vodanovic P., Sergio. *El delantal blanco.* Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.

# MAPOCHO

DIRECTOR: GUILLERMO FELIU CRUZ

SECRETARIO DE REDACCION: JUAN URIBE ECHEVARRIA

---

---

## COLABORADORES:

Abalos, Carmen  
Abascal Brunet, Manuel  
Aguirre, Isidora  
Aicardi L., Raúl  
Aldunate Phillips, Arturo  
Alliende González, Felipe  
Alvarez, Roberto  
Anzoátegui, Víctor  
Araya Goubet, Guillermo  
Araya Novoa, Luis  
Arriagada Herrera, Julio  
Assunção, Fernando O.  
Balbín Lucas, Rafael de  
Bande, Jorge  
Barrenechea, Julio  
Barros, José Miguel  
Barros, Raquel  
Bindis, Ricardo  
Brischo González, Roberto  
Bueno, Salvador  
Camurri, Antonio  
Camus, Emilio  
Carvacho, Víctor  
Catalán de Araneda, Hilda  
Ciudad, Mario  
Concha, Jaime  
Cordua, Carla  
Chaigneau, Raimundo  
Dannemann, Manuel  
Debesa, Fernando  
Délano, Poli  
Denegri, Félix  
Díaz, Jorge  
Doddis, Antonio  
Edwards, Jorge  
Escudero, Alfonso M.  
Feliú Cruz, Guillermo  
Ferrada Partarrieu, Guillermo  
Ferrecio Podestá, Mario  
Fuenzalida, Héctor  
Galliano, Ernesto

Garagorri, Paulino  
Garbarino, Humberto  
García C., Eladio  
García, Lautaro  
Giannini, Humberto  
Giordano, Jaime  
González Ginouvés, Ignacio  
González Rodríguez, Armando  
Guzmán, Leonardo  
Guzmán, Marta Rosa  
Herrera Cajas, Héctor  
Huerta, Elcazar  
Ibérico, Mariano  
Ibáñez L., José Miguel  
Iglesias, Augusto  
Jaramillo, Hernán  
Kayser, Wolfgang  
Keller, Carlos  
Krumm S., Carlos  
Labarca, Amanda  
Lain Entralgo, Pedro  
Lamberg, Fernando  
Lastra Salazar, Pedro  
Lavin Cerda, Hernán  
Leavitt, Sturgis E.  
Lefebvre, Alfredo  
Lihn, Enrique  
Lira, Germán  
Loyola, Hernán  
Mac Hale, Tomás  
Marchant, Patricio  
Márquez B., Bernardo  
Martínez Chacón, Elena  
Matte, Ester  
Muñoz, Diego  
Muñoz G., Luis  
Murena, Héctor A.  
Navarro, Eliana  
Neruda, Pablo  
Neves, Eugenia

Orellana Rodríguez, Mario  
Orrego Barros, Antonio  
Orrego Barros, Carlos  
Oyarzún, Luis  
Palazuelos, Juan Agustín  
Pereira Salas, Eugenio  
Reyes, Salvador  
Rivano, Juan  
Rivera, Raúl  
Rojas, Benjamín  
Romero, Hernán  
Rosenthal, M. L.  
Rossel, Milton  
Rousseau, Pierre  
Rukser, Udo  
Sabella, Andrés  
Salas, Adalberto  
Salas Viú, Vicente  
Sandoval Grünberg, Noemí.  
San Martín, Hernán  
Santiván, Fernando  
Segall, Marcelo  
Sieveking, Alejandro  
Sievers, Hugo K.  
Silva Castro, Raúl  
Silva, Jaime  
Solar, Claudio  
Soler, Francisco  
Stahl, Gerold  
Teillier, Jorge  
Tienken, Arturo  
Uriarte, Fernando  
Uribe Arce, Armando  
Uribe Echevarría, Juan  
Varas, José Miguel  
Vial E., Carlos  
Vial Izquierdo, Alfredo  
Vicuña Fuentes, Carlos  
Vodanovic, Sergio  
Yankas, Lautaro  
Zamudio, José

---

---

La revista solicita las colaboraciones.

No es responsable de las ideas emitidas por los autores.

Las colaboraciones deben ser dirigidas a la Dirección de la Biblioteca Nacional, Avenida Bernardo O'Higgins N° 651, lo mismo que los impresos que se le remitan.

*No se devuelven los originales.*

MAPOCHO

La distribución  
nacional e internacional de la  
**Revista MAPOCHO**  
está a cargo de la  
**EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.**  
San Francisco 454, Casilla 10220  
Santiago, Chile





# MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO DE CHILE

## SUMARIO

- Luis Orrego Luco*: DE SUS MEMORIAS INÉDITAS ● *Alberto Edwards*: LA EXTRE-  
MIDAD AUSTRAL DEL MUNDO Y LA AUDAZ AVENTURA DE SIR ERNESTO SCHACKLETON ●●
- Hernán Romero*: LA CIUDAD, ORGANISMO VIVO ● *Alejandro Sievekin*: EL CHE-  
RUBE ●● *Fernando Uriarte*: JULIO CORTÁZAR, NOVELISTA DE BUENOS AIRES ●●
- Alejandro Méndez García de la Huerta*: INCONSTITUCIONALIDAD DE LAS LEYES Y LA  
CORTE SUPREMA DE LOS ESTADOS UNIDOS ● *Juan Uribe Echevarría*: TIPOS Y CUA-  
DROS DE COSTUMBRES EN LA POESÍA POPULAR DEL SIGLO XIX ● *Félix Denegri Luna*:  
LOS PRIMEROS AÑOS DEL MARISCAL ANDRÉS DE SANTA CRUZ ● *Fernando Debesa*:  
LOS NETZUKES ●● *Lewis Hanke*: LA HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ  
Y BARTOLOMÉ ARZÁNS DE ORSÚA ●● *Atopos*: EL INQUILINO EN CHILE, SU VIDA.  
UN SIGLO SIN VARIACIONES, 1861-1966 ●● *Emil Staiger*: EL ESTILO ÉPICO ●●
- Héctor Fuenzalida*: USLAR PIETRI. REPORTAJE A UNA PASIÓN VENEZOLANA ●●
- Raúl Rivera*: POEMAS ●● *Benjamin Vicuña Mackenna*: LOS ÁRBOLES INDÍGENAS  
DE CHILE Y LOS ÁRBOLES AGLIMATADOS DE EUROPA ●● EXTENSIÓN CULTURAL DE  
LA BIBLIOTECA NACIONAL ●● NOTAS BIBLIOGRÁFICAS ●● BIBLIOGRAFÍA  
CHILENA ●● *Notas Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista*

*Organo de la Extensión Cultural*

...penetró el gobernador hasta el valle de Mapocho, que halló poblado de infinita jente, por ser tan anchuroso, tan capaz y apacible, y regarse casi todo él con el río de su nombre, tan liberal y pródigo con la tierra que, desangrándose por varias partes, por regarla y fertilizarla se desustancia y deshace, de manera que a pocas leguas desaparece, no para hundirse del todo, sino para repararse y salir más pujante y caudaloso, como sale, dos o tres leguas más adelante y mejorado en sus aguas, porque trayéndolas de ordinario turbias de su nacimiento, en su renacimiento sale claro y puro como de cristal.

<sup>1</sup> Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, pág. 263.



...por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se enoja, como lo hace algunos años cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajarar donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del oriente un brazo o arroyo, el cual dividido en otros tantos cuantas son las cuadras que se cuentan de norte a sur, entra por todas ellas, de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales va atravesando por todas las que se le siguen a la hila y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en éstas sus puentes para que puedan entrar y salir las carretas que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua y muy copioso que barre y lleva toda la basura e inmundicia del lugar dejándolo muy limpio; de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan

en otras partes, porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte, y la agua que sobra pasa a regar los sembrados o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos; no beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos, porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la jente, y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca, y los que quieren beberla más regalada, se proveen de los manantiales y fuentes, que hay muchas en la vecindad y comarca regaladísimas y suavísimas.

<sup>2</sup> Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional, tomo XII. *Histórica Relación del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, tomo I, Santiago, Imprenta Ercilla, 1888, págs. 266-267.



...plantó Valdivia su campo en el valle de Mapocho, que propiamente se llama Mapuche, que quiere decir Valle de gente, por la mucha que en él avia, y de ay tomó el Río esse nombre: mas los españoles y el tiempo a corrompido el vocablo y en lugar de Mapuche le llaman Mapocho. Dio vuelta al valle mirando los assientos y la hermosura de sus campañas y llanura, que es de los mejores y más fértiles valles del Reyno, fecundado de un río que liberal reparte sus aguas por diferentes sangrías para que todos rieguen sus sembrados.

<sup>3</sup> *Historia General de el Reyno de Chile*, Flandes Indiano, por Diego de Rosales. Edición de Benjamín Vicuña Mackenna, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877 pág. 384.



Río de tierras libres, caudillo mal domado, / preso te ves de pronto; piensas que es un mal sueño, / y entre tus vencedores pasas precipitado, / prietos los puños, turbia la cara, duro el ceño.

<sup>4</sup> *Imagen del Mapocho*, por Enrique Díez Canedo.

# Luis Orrego Luco: "Un Idilio Nuevo" y "Casa Grande". De sus Memorias inéditas

DESDE HACÍA varios años me había labrado mi pequeña reputación de escritor, escribiendo cuentos, celebrados entonces, en revistas y en diarios. Había sido redactor de "La Epoca", en compañía de Rubén Darío, y colaborador de la "Libertad Electoral" más tarde, antes de figurar como uno de los redactores del importantísimo diario "El Ferrocarril", durante largos años el más serio y reputado en Chile. Durante mi permanencia en España publiqué mis *Páginas Americanas*, colección de cuentos, bien acogidos por la prensa madrileña, pero mi primer ensayo serio apareció en 1898, y fue mi novela *Un Idilio Nuevo*, muy comentado en sociedad y bien recibido por la crítica. Han transcurrido muchos años, y he vuelto a releerlo, con vivo interés, llegando a considerar esa novelita como la mejor de mis obras, verdadera resurrección de una época ya muerta, pintura exacta y fiel de la sociedad chilena de aquel entonces. No es, solamente, una novela, sino la historia íntima y vivida de la sociedad de aquellos tiempos en Chile. Sus personajes no solamente son profundamente humanos —en realidad vivieron, se agitaron, sufrieron— sino que además han dejado huella perdurable. Las pasiones que allí aparecen, las ambiciones, vanidades, intereses, egoísmos, nobleza, continúan moviendo a la sociedad y a la juventud del día, pues son eternos, como los personajes del mundo de Honorato de Balzac.

La Julia, que allí pinto, fue impresión y reflejo de una criatura encantadora, bella y elegantísima, a quien amé un momento y de la cual fui separado por las crueldades de la vida. Su padre, a quien retrato, era un ilustre hombre público de gran talento y de figuración importantísima. Fue *retratado*, hasta cierto punto. Aquella Julia, tan deliciosamente bella, siguió ligada a mí por extraordinario y secreto cariño, aun después de su matrimonio con un joven rico, buen mozo y simpático. Siempre fue mujer ejemplar, de irreprochables costumbres, y nuestras relaciones, aun cuando vivíamos muy lejos, el uno del otro, y hasta en distintas ciudades, junto con ser cariñosas y de mutua inteligencia, fueron irreprochablemente puras y nobles. Recuerdo que poco antes de su muerte, pues falleció joven, tuvimos charlas íntimas por las cuales vine a comprender que se había reconocido en la heroína del *Idilio Nuevo*, en aquella Julia de mi novela y que me agradecía su retrato como se agradece un grande homenaje. En una circunstancia crítica y amarga de mi vida, la vi llorar delante de mí y de su propio marido, con intensa y cariñosa devoción de amiga que verdaderamente quiere —y esto pasaba muchos años después de que nuestro *Idilio* hubiese terminado.

Muchos de los personajes del *Idilio Nuevo* tuvieron vida y existencia real, como aquel solterón rico y elegante que pretendiera casarse con ella. Eso sí que el personaje retratado por mí, veinte años mayor que Julia, nunca estuvo enamorado de ella, ni hubo de pretenderla, pues mi novela es hija pura de mi fantasía y parte de mi ingenio casi como todo el desarrollo dramático de la obra.

"Ito García", interesantísimo tipo de vividor, íntimo amigo mío, lleno de talento y de gracia, era hijo de un gran escritor y diplomático chileno, de don Alberto Blest Gana. Lazos estrechos de amistad nos unieron hasta los últimos meses de su vida. Era gran conocedor del corazón humano, y de la sociedad chilena. Las disertaciones que pongo en labios suyos, son como extractos de conversaciones que realmente en algunas ocasiones tuviéramos.

I.  
Mi primera  
novela: "El  
Idilio  
Nuevo"

El retrato que hago de Ito, en mi novela, es fiel y corresponde a lo interesantísimo y pintoresco del original.

"Las relaciones entre nosotros revestían carácter de jovial intimidad. Nos habíamos conocido en casa de don Alonso Fernández, mi tío, que Ito visitaba asiduamente. Luego nos habíamos encontrado juntos en diversas comidas y recepciones, y, por último, en la sala de juegos del Club de Noviembre, donde nos habíamos prestado mutuamente dinero, y en la célebre cena dada por Javier Guzmán a la Cole-Bassano y a la Miolini, conocidísimas bailarinas del Municipal. Ito era temido en los salones de Santiago por grandísimo calavera; semejante reputación no le desagradaba. Por el contrario, refería a todos sus ganancias o pérdidas de juego y sus aventuras galantes con damas del mundo equívoco. Así como otros tienen la hipocresía del vicio, él tenía cinismo especial y vanagloria en confesarlo. Sólo es de observar, que Ito gozaba con darse como peor de lo que en realidad era, exagerando las pérdidas de juego y sus deslices amorosos. Hasta cometió la locura, en cierta ocasión, de exhibirse en el *foyer* del Teatro dando el brazo a la Miolini, querida entonces de Gregorio Sandiford, a la célebre Miolini que al poco tiempo se estrenaba en el Politeama en la pieza cómica "El Hombre es débil" vestida con los propios pantalones de su amigo Goyo.

"Ito había sido enviado a París donde aprendió cuanto debiera ignorar e ignoró lo que debía aprender. Tocaba en el piano con gusto las últimas melodías de Saint-Saens, de Zarzate y de Moskowsky, cantaba canciones de Café Concert, o Chansonnettes alegres y locas, lo más selecto del repertorio de Paulus, valsaba divinamente, hacía pruebas de naipes, bailaba can-can, refería millares de chascarros y anécdotas, chispeantes, pues era extraordinariamente espiritual; parodiaba con exquisita gracia a cuanto personaje célebre o ridículo topaba en su camino. Era, además, tipo de *dandy*, *dernier-cry*, como se decía entonces. No tenía rival para eso del saludo cuando paseaba por la Alameda con *over-coat* de media estación, la gardenia en el ojal, traje de *jaquet* obscuro, corbatas de colores indecisos de Doucet, correcto en el vestir, sin nada que llamara la atención, e impregnado en indecible perfume de buen tono... Ito era muchacho de exquisito ingenio, completamente inútil para cosa de provecho, y desprovisto así de fortuna como del arte de ganarse la vida..."

Así era, en realidad, el *Ito verdadero*, llegado de París donde su padre era ilustre diplomático, además de escritor eminente. Había sido educado en los mejores colegios de Inglaterra y de París, tocaba piano deliciosamente, se vestía con elegancia británica y su charla tenía la gracia parisiense, y de toda su persona se desprendía elegancia perfecta, aun cuando contaminada con los vicios de las clases superiores en París. "Me educaron para millonario, solía decirme, y cuando mis padres se asustaron con mis derroches y calaveradas, me enviaron a Chile, dotado de méritos de salón, y sin preparación alguna para el trabajo serio, a ganarme la vida...". Llegó a casa de su tío Domingo Fernández Concha, gran personaje político del Partido Conservador y uno de los caudillos de la Unión Católica, multimillonario de ilustre alcurnia. Sus primas eran bonitas y pronto se enamoró de una de ellas que debía casarse años después, con el último descendiente directo de los Marqueses de Casa Real. El tío, que era beato y dado a las cosas de Iglesia, le rodeó de clérigos y le hizo figurar en las procesiones... "Cuando me vi con escapulario al pecho y una vela en la mano, me refería, casi me volví loco pensando en lo que dirían, si así me viesen mis antiguos camaradas del *Moulin Rouge* y otros sitios semejantes. Sus carcajadas me atronaban los oídos; casi me eché a correr, y se acabaron, para mí, las fiestas religiosas, con gran disgusto de mi tío. Para colmo, como andaba enamorado de la prima, mis tíos lo tomaron a mal, tuve que salir de la casa, y fui a parar a un Hotel, al cual fueron a buscarme algunos amigos que había conocido en París. No tardé mucho en convertirme en el calavera más afamado de Santiago, y amigo de todos los *horizontales* de nota. Por peticiones de mi padre fui enviado a una Oficina Salitrera de Tarapacá,

donde estuve empleado dos años. Me aburrí como una ostra, y luego me fugué para ir, a Valparaíso, en busca de una señorita muy lujosa de quien me creía enamorado, pero luego peleamos, pues vine a descubrir que su familia era siútica. Llegado a Santiago, nuevamente, traté de seguir la gran vida, sin trabajo y sin dinero. Todos los jóvenes me envidiaban mi elegancia inglesa, mi posición y mi familia, y se divertían con mis chistes, con lo cual me convertí en ídolo de los jóvenes de buena familia y en terror de las mamasas...".

Ito figuraba en la alta sociedad, era muy amigo de Pedrito Balmaceda, hijo del Presidente, en cuya casa nos reuníamos con Rubén Darío, Alfredo Irrarázabal, Carlos Hubner y los Huneeus. También fuimos juntos al fundo de "lo de Aguila", de Doña Emilia Herrera, de Toro y el de Pepe Valdés Cuevas, gran admirador del *esprit* de Alberto, que era formidable. En casa le recibían con cariño por su talento y sus dotes de mundo, y además, por ser mi madre pariente de don Alberto Blest Gana, que había sido muy afectuoso con ella durante el viaje a París de mi familia.

Albertito era conocedor profundo del alma humana y de la sociedad moderna. Muchas veces le oí pronunciar frases y consejos tales como los que aparecen en el *Idilio Nuevo*.

"La existencia salpimentada le dio algunas horas alegres, muchos desagrados, algún amorcillo que juzgaba pasión, expectativa, desengaños, conocimiento profundo de la vida y cierta ciencia o arte de vividor que lo utilizara todo en provecho personal, catando con igual delicia el *Chateau-Iquem*, probando pasteles de hígado a la Ma-rengo con *rognón-farcis* o escuchando el último escándalo galante de una Gran Señora, cuyos sentimientos analizaba por el estilo psicológico de Bourget, entre la copa de *Iquem* y el pastel *farcis*. Añádase un sentimiento aristocrático exagerado, *esmobismo* avivado en París por la lectura de la crónica mundana del *Figaro* y otros diarios de París donde su padre ocupaba gran posición. Con esto y compañías de gran tono que en realidad había tenido, se tendrá la razón de por qué se consideraba a sí mismo como un *Laroché-Foucauld*, mirando de arriba abajo, con benévola indiferencia de hijodalgo, a la masa común de los plebeyos".

Veamos ahora su filosofía mundana, como aparece en mi novela.

"Psch... conviene que hablemos, amigo Antonio, agregó con voz de acento ligeramente nasal. Ud. y yo nos conocemos, hasta somos parientes lejanos. Ambos somos caballeros, lo que no es poco, en esta horrible tierra de *cursis*, o *siúticos*, como aquí se llama este único fruto de la industria nacional. Además ambos somos honrados, lo que no es poco, en una tierra con tres millones de habitantes católicos-romanos, en la cual es preciso atar los candelabros con cadena en los altares de las Iglesias, tan grande es la honradez del espíritu nuestro... Por último, amigo, Ud. me inspira simpatía, lo que en mí es bastante raro, y le veo en situación parecida a la mía hace diez años. Conque... Vamos, hombre, Ud. es niño y nada más. Desde luego, y para empezar mis observaciones, le diré que en sociedad hay que disimular constantemente, hay que poner buena cara a mal juego y, como en el *póker*, nadie debe conocer nuestras impresiones, ni adivinar nuestro juego. Ud. amigo Antonio, se lanza de cabeza, se ofrece incautamente en espectáculo y maldiciones, a necios y a pícaros que forman mayoría en este mundo. Si Ud. ve a su prima Julia en compañía de algún hombre con quien pueda casarse, ya se vuelve loco, ya pierde la chaveta, y pone cara de tigre; luego, si tienen la bondad o la caridad de darle una orquídea, a los pocos minutos Ud. la arroja por el balcón, ostentosamente, para que su Virginia lo vea, y, en seguida, pone cara de Empresario de Pompas Fúnebras, con lo cual, hasta los más incautos saldrán por la ciudad gritando de a voz en cuello que Ud. ha recibido unas tremendas calabazas. Ahora bien, ¿sabe Ud. lo que significan las calabazas y demás? El Diluvio Universal, amigo, un terremoto, un cataclismo; en el mundo todos se van sobre el caído y abruman al despreciado.

"Las mujeres pueden perdonar a un hombre que sea maldiciente, siempre que no las llame feas; que sea poco delicado en negocios, siempre que no haya sentencia judicial en su contra y que tenga fortuna; que sea calavera y loco de atar, lo cual para muchas es mérito; que sea uno de esos jugadores que pierden hasta la camisa y empeñan hasta el modo de andar y demás. Todo menos que haya recibido calabazas de otra. Aceptarle sería recibir desecho, lo que bota la ola, lo que otras *no quieren*, profunda herida para la vanidad, que es la parte más delicada y sensible de la mujer... y del hombre... Bueno. Para evitar ese crimen de no ser querido, esa honda mancha, esa lepra, amigo Antonio, es preciso disimular, disimular siempre, constantemente, que los demás no sospechen nuestras impresiones, y marchar por debajo, *piano, piano*, como el zorro. Si la cosa fracasa, se afirma, con frente de bronce, que ni se ha pensado nunca en ella o en él; si se alcanza el éxito, no dejarán de saberlo en el mundo. Don Basilio, amigo mío, es un gran personaje: disimular el odio, la antipatía contra el enemigo de hoy que será tal vez el aliado de mañana, es de necesidad estricta. Hay que andar muy despacio por las piedras, como dicen los hombres de nuestro pueblo, no sea que vengamos a caerlos; y a la vez ocultar nuestra buena fortuna, porque es tan difícil hacerse perdonar la suerte al que sube, como evitar que pisoteen al caído... Bueno... pues no se dé por vencido, por nada de este mundo, preséntese *en todas partes* con mirada altiva, con frente serena, con sonrisa en los labios, contando con toda la malicia posible, los ecos del último escándalo, con la crisantema o la gardenia en el ojal de la levita y el habano encendido. Será Ud. todo un hombre. ¿Se ha fijado en que siempre que se rompe un matrimonio, las mameas obligan a las hijas a salir, y exhibirse en todos los paseos? Pues amigo, lo que hacen es natural y razonable. Combatir de frente al mundo, tratar de engañarlo, desconcertándolo con su audacia, manifestando cuan poco les importa el novio perdido, si el desvío es tan claro que no puede ocultarse el abandono. Si el punto de *quien* dejó a quien todavía es dudoso, entonces la suegra repiquetea las calabazas dadas por su hija a ese pobre mozo, a quien no podía querer a pesar de lo *bueno que era...* y demás... Con lo cual las pobres muchachas se pasean sonriendo, con la muerte en el alma, porque no hay nada parecido a la fuerza de disimulación de las mujeres, ni a su poder de sufrir. Ponga su barba en remojo, amigo Antonio, y prepárese para ser puesto en la picota por su tía Mercedes, que hablará de todas sus cualidades de Ud., de lo bueno, inteligente y buen mozo y de que es lástima que Julia no pueda quererlo con tantísimo mérito. A lo cual el mundo hará coro porque ella es rica y Ud. no; porque ella tiene posición, y Ud. no; porque ella tiene su hija Angela casada con millonario, y Ud. no; porque su marido ha sido Ministro y es gran personaje, y Ud. no... En fin, por infinitas razones el mundo estará en contra de Ud. Desde luego, todas las que no tienen su nombre, ni su figura, las que envidian su elegancia, los no invitados a los bailes donde Ud. acude, aquellos a quienes por descuido Ud. no haya saludado, los que haya menospreciado sin quererlo... y demás... todos esos serán los voceros de su caída y le compadecerán en todos los tonos. Pues lo peor que pueda pasarle es que manifiesten lástima, honda y al parecer cariñosa conmiseración por Ud., con lo cual ya queda con lápida para toda la vida... y demás...".

En esas páginas va compendiada la profunda filosofía mundana de mi amigo Ito y el resumen de largas disertaciones que a menudo escuchara de su boca. Por ellas se adivina, en mi novela, el curso que haya de seguir su vida en el *curso del Idilio Nuevo* que es una pintura exacta de la sociedad chilena de aquellos tiempos y como anticipo de la que habría de venir más tarde. Las sociedades y las pasiones humanas tienen todas fondo común que necesariamente habrá de modificarse, según sea el medio, la época, y las pasiones e intereses predominantes.

Tanto el ilustre novelista Blest Gana como yo hemos tratado de hacer revivir la

sociedad chilena en sus distintas épocas. La Independencia y la revolución aparecen en mi novela *1810, Episodios Nacionales* y *Durante la Reconquista*, de Blest Gana, que apareció con posterioridad a mi obra. El ilustre novelista publicó el ciclo de sus novelas que reflejan la sociedad nuestra en la época inmediatamente posterior a la Independencia, cuando aún era casi enteramente colonial. A mí me correspondió pintarla después de la Guerra del Pacífico, hasta la revolución de 1891 y luego hasta la época propiamente contemporánea. Los que ya somos viejos comprendemos la inmensa transformación de nuestras costumbres, de nuestra sociedad, de nuestras ciudades, y de cuanto nos rodea. En *Idilio Nuevo* tenemos la sociedad colonial que desaparece, con orgullos y preocupaciones aristocráticas y nobiliarias. Aún existía la *Casa Grande*, se alzaban grandes palacios tradicionales habitados por una sola familia. Ahí estaban el palacio de la Alhambra, de don Claudio Vicuña, la Quinta señorial de Meigs, el Palacio de Díaz Gana en la Alameda, de estilo oriental, destruido años más tarde, las de don Maximiano Errázuriz y don José Francisco Vergara, de Irrarrazabal y de Huidobro, de don Luis Pereira y el de Concha y Toro; la Casa Colorada del Conde de la Conquista, en la calle de Merced; la casa de los Alcaldes y de los Condes, de Quinta Alegre, en la misma calle, a un paso; el Palacio escocés, de hermosos torreones, de don Jorge Tomás Urmeneta, en Monjitas, y las casas de don José Joaquín Pérez y la que fuera de Muñoz de Guzmán; las casas suntuosas de Larraín Zañartu, último descendiente de los Marqueses de Montepío, y la de los Cortés y Ruiz de Azúa, últimos Marqueses de Cañada Hermosa, familia a la cual pertenecieron los Luco y Ruiz de Azúa mis abuelos. Había Palacios como el de doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, donde conocí en una fiesta a María Vicuña Subercaseaux, hija de don Benjamín y nieta de doña Magdalena Vicuña, brillante y elegantísima chiquilla con quien debía casarme yo más tarde. Muchísimas grandes casas reflejaban la suntuosidad y señorío de Santiago en aquellos tiempos. Casi todas las familias de grandes caudales y abolengos tenían palacios o casas en las cuales se daban fiestas y bailes suntuosos en los cuales se tiraba la casa por la ventana, corría el champaña a torrentes, se convertía la casa entera en salón de baile al cual acudía lo mejor y más empingorotado de la sociedad santiaguina tan estirada y restringida que el Príncipe don Luis de Orleans, en una descripción de viaje publicada en Francia, la comparó con la sociedad de Viena. Aquella sociedad severa, orgullosa, con pretensiones de rancia nobleza, es donde aparecen los personajes de *Idilio Nuevo*, *En Familia* y otras novelas más. La vida moderna ha variado, no existen grandes casas palacios, ni grandes familias, desterradas por los edificios de departamentos pequeños y modesto mobiliario, donde apenas cabe una docena de personas. Recuerdo que en cierta cita, una hermosa dama joven con quien yo tenía amores, me refería que cuando su marido perdió su fortuna en las grandes especulaciones bursátiles de 1906, abandonaron su hermosa casa, y fueron a vivir a otra muy pequeña, pero de poco precio. Al día siguiente, al entrar a su domicilio, el marido encontró su *smoking* colgado de un clavo, en el patiecillo. "—Hija, ¿quieres decirme qué hace mi *smoking* en el patio?". Y ella contestó: "—Mira, es que la nueva casa es tan pequeña que tu *smoking* no cabe adentro...".

La sociedad santiaguina de viso es tal como aparece en *Idilio Nuevo*. Así fueron sus grandes fiestas, y el baile de fantasía que se da en un palacio, fue el célebre baile dado por Víctor Echaurren en su espléndida casa, y la dama que recibe en traje de bandera chilena, admirable de hermosura y elegancia, fue Mercedes Herbero, su mujer. El *Mandarín*, fue Robinet; la Maja que lucía una luz eléctrica en la cabeza, Inés Pérez; Blanca Vicuña, hija de don Benjamín, y mi cuñada, que se casó más tarde con el general Salvador Vergara, estaba de Paloma Mensajera; Leonor Sánchez Vicuña, que se casó años después con Emiliano Figueroa, de Noche, y así centenares de chicas y muchachos amigos míos de alta sociedad. Antes

se dieron bailes de fantasía célebres, como el de don Claudio Vicuña en su palacio de la Alhambra; el de Díaz Gana y otros. Me tocó asistir a todos los grandes bailes de mis tiempos y fueron espléndidos. En esta época nueva, y democrática, en que vivimos, jamás se han dado las fiestas suntuosas de antaño, pues ni las casas ni las fortunas lo permiten, ni se lleva el fausto y el tren de vida de nuestros tiempos, y hasta las grandes familias de entonces parecen haberse esfumado. Se ha transformado radicalmente, así la sociedad chilena como sus costumbres y no queda ni rastro del antiguo señorío. Ahora se vive en reducidos departamentos en grandes edificios semi-colectivos, donde apenas caben cuatro personas; las fortunas son reducidas, y estrecha la manera de vivir. En los tiempos aquellos del final del siglo pasado, las rentas fiscales eran cuantiosas, aumentadas con la riqueza y florecimiento del salitre, por lo cual los hacendados casi no pagaban contribuciones, era elevado el poder de nuestro papel moneda y considerable su poder adquisitivo, por lo cual la vida era barata para todos.

Mi novela *Un Idilio Nuevo*, tuvo resonancia enorme en la sociedad de aquel tiempo. La primera edición se agotó pronto, y hubo casas como la de doña Emiliana Subercaseaux de Concha, en que todas las personas de la familia tenían cada una un ejemplar, tan grande era su curiosidad por conocerla. Joaquín Díaz Garcés, después de asistir a un almuerzo, en esa casa, me dijo que había sido el tema general en el almuerzo. Es verdad que en mi libro aparecieron ciertas burlas que en esa misma casa, aficionada a bromas, se había hecho a Adolfo Guerrero y a otros, como eso de hacerle coser las mangas del sobretodo, mientras comían, por lo cual, hubo de salir de frac y con el paletó al brazo, y la comida falsificada que sirvieron a cierto señor. En la familia Subercaseaux, a la cual pertenecía mi mujer, eran dados a bromas de todo género.

Grande fue el ruido y el tumulto en la sociedad santiaguina con motivo de la publicación de *Idilio Nuevo*. Pronto pusieron nombre a todos los personajes que en ella aparecían, olvidándose que el novelista debe tomar anécdotas y tipos reales de una sociedad y de la vida humana, sin necesidad de hacer retratos personales, ni clave de ninguna especie. Estuvieron lejos de la verdad en sus antojadizas personificaciones.

La verdad es que yo quise reproducir la realidad chilena, y la vida humana, tal como la veía y tal como lo hicieron maestros como Balzac, Dostoyewsky, Zola y Daudet. Nadie pudo citar, con razón, ni un solo nombre verdadero. Mas yo tuve en la imaginación algunos seres vivos y reales, mezclando a veces varios personajes para hacer un solo tipo.

Han transcurrido ya cuarenta años, y puedo revelar enteramente la verdad de lo ocurrido.

La Julia de mi historia, existió realmente, era bella, interesante y seductora. Su padre fue uno de los espíritus más finos y eminentes de nuestra política y de nuestras letras y diplomacia; orador eminente, jurisconsulto, gran prosista, personalidad distinguidísima, de suprema distinción y elegancia, era primo de mi madre y pertenecía a familia de abolengo. Su hija se llamaba Luz —Julia en la novela— y tenía las dotes encantadoras que sedujeron a Antonio —era nieta de un ilustre Presidente de Chile. A su regreso de Europa, donde su padre había sido Ministro, apareció en la sociedad chilena tal como yo la pintaba —era criatura divina, elegantísima y delicada como porcelana de Sajonia. Yo era muy de la casa, y casi todos los días salía en compañía de su hermano a pasear, pues éramos íntimos e inseparables —ese hermano debía ser más tarde notable parlamentario y personalidad ilustre, inteligentísimo y de alma noble. Cuando pasaba a su casa, solía aparecerse *Julia* y teníamos juntos charlas encantadoras e íntimas, de lo cual brotó sentimiento de cariño entra-



ñable que permaneció inalterable al través del tiempo, de la distancia y de las varias corrientes de la vida que hubieron de alejarnos, a la manera de música de sordina, de apagado y lejano eco que cruzara invisible. En momento dado, en casa de *Manuelita*, que realmente existió y que tenía gracia e ingenio que hubieran envidiado las andaluzas, tuvimos sincera explicación, y seguimos cada cual por su lado, por distintas sendas. Partí al servicio diplomático, después de amores pasionales con otra joven, igualmente encantadora. Al volver la encontré casada con un joven de admirable figura, de gran fortuna y de todas las condiciones del perfecto *gentleman*, que fue muy mi amigo. Fui el primero en celebrar su dicha. Julia fue modelo de esposa y una gran señora. Cuando venía a Santiago con motivo de alguna gran fiesta social, como el matrimonio de su prima Valdés Ortúzar con Rafael Errázuriz Urmeneta, o el de Nina Valdés con Daniel Concha, o a grandes bailes o a grandes carreras o a fiestas dadas por María Lyon de Cousiño, o por su tía, casada con un gran personaje político, me llamaba por teléfono y tomábamos té juntos en su hotel, en amistosa charla. Muchos años más tarde, poco antes de morir —murió joven y hermosa como aquellos que los dioses aman— me dijo una tarde: “¿Quién era la Julia de su *Idilio Nuevo*?”. Encendí un cigarro: “—Pero Ud. no necesitaba preguntármelo...” Se echó a reír desafortadamente y luego pasándome un ramo de violetas, sus flores preferidas, me dijo al entregármelo: “—Tonto... llévele a su mujer estas flores de mi parte...” Sin duda se descubrió desde el primer día de la publicación del libro y me agradeció aquel retrato suyo un tanto idealizado en Julia, así como el recuerdo cariñoso de aquellos días. Es lo curioso que nadie en sociedad la descubriera, salvo algunas personas como *Manuelita* que con ser muy indiscreta se calló la boca.

Todos los personajes de mi libro fueron reales y vivieron. Algunos como Javier Miralles, el solterón elegante que se enamora de Julia, fueron mezcla de varios personajes. El personaje real, era personaje social distinguidísimo, de buena familia y gran porte, y se llamaba José Florencio Valdés Cuevas, hermano de Mercedes, casada con Ramón Barros Luco. Me parece excusado expresar que Pepe Valdés jamás antojó a Julia o Luz, niñita en su tiempo; sólo sé que estuvo enamorado de Blanca Vicuña, mi cuñada, hija de don Benjamín, y que tuvo de rivales a Fernando Irrazábal y a Salvador Vergara Alvarez, con quien ella se casó. El lenguaje de Javier Miralles es el que empleaba Juan Antonio González, personaje cursísimo, hermano de mi tía Rafaela, solterón elegante que había sido amigo íntimo de don Luis Cousiño.

Aún me parece ver sentados, en las Operas del Teatro, sobre la barandilla de terciopelo rojo de la orquesta, un grupo en que figuraban Carlos Cousiño, Carlos Concha Subercaseaux, Ramón Vial, Rafael Blanco Vial, Daniel Riquelme, Daniel Vial, Joaquín Larraín Alcalde, Gustavo Walker y muchos otros jóvenes de mi tiempo, pasando revista, antejo en mano, a las jóvenes y damas de los Palcos. Era sala maravillosa por las bellezas y elegancias de sus mujeres y la suntuosidad del conjunto. Guido da Verona, el célebre novelista italiano, declaró en una de sus novelas que la Sala del Teatro Municipal era la más hermosa del mundo, antes que el Metropolitan, Covent Garden, o el San Carlo. Todos ellos aparecen, con nombres distintos, como la comparsa social del *Idilio Nuevo*.

En cuanto a la trama entera de la novela es enteramente fantástica e imaginativa. Antonio jamás cometió robo, ni trató de suicidarse, pero éstos son accidentes que a menudo se producen en las sociedades cuando se sienten dominados por ansias de lujo o apetitos excesivos. Así, en mi tiempo, un muchacho Walker, de buena familia, ganador del Gran Premio del Club Hípico, gracias a su caballo el “Oro”, después de rápida existencia de lujos, tunanterías y derroches, se robó depósitos de una Caja Fiscal y fue condenado. De aquí nació el episodio final de *Idilio Nuevo*.

## II.

*La historia  
de "Casa  
Grande"*

Los que más tarde se ocuparen de nuestra vida chilena, experimentarán cierta curiosidad al saber que esta novela despertaba discusiones un año después de escrita, en un país donde todo es fugaz y donde todo acontecimiento, por grave que sea, no dura más tiempo que las rosas. Mirarán con sorpresa, el hecho de que se hayan agotado tres ediciones y vendido seis mil ejemplares de un libro en seis semanas. No acertarán a comprender que en un país tan poco dado a la lectura, esa obra haya pasado por millares de manos y haya sido comentada apasionadamente, en pro y en contra, en salones, en diarios y periódicos. Ha tenido la resonancia y despertado la emoción de acontecimientos graves y de luchas políticas.

Ese crítico futuro, al investigar este fenómeno, comprenderá que no se trata, por cierto, de un extraordinario mérito literario, pues soy el primero en comprender las flaquezas y vacíos de ese libro. No ha sido, ni podía ser el pasajero éxito de un escándalo, pues sólo a un centenar de personas, en Santiago, hubiera interesado el caso, y la inmensa mayoría de sus lectores se ha encontrado en provincias, y no ha podido tener la más remota idea de los héroes inventados por la chismografía santiaguina. Los libros de escándalo se derrumban bajo la indiferencia y el desdén, no levantan intensas tempestades, ni apasionadas luchas. Tampoco era la persona del autor lo que señalaba su obra a la atención general, como pasaba en Francia con la *Vida de Julio César*, publicada en el segundo Imperio por Luis Napoleón. ¿A qué puede atribuirse todo esto? ¿Sería porque el libro chileno vino precisamente, en el instante oportuno, a decir ciertas cosas, a insinuar verdades, a plantear problemas de los cuales hablaban todos, y que comenzaban a inquietar a cuantos aman y respetan a la vieja sociedad chilena? No era, sin embargo, un libro en contra de la sociedad, como algunos han afirmado, y entre otros el señor Huneus, así como no era tampoco un libro en contra del matrimonio, esa institución social importantísima y base del orden económico, político y religioso, célula fundamental de la cual dependen el bienestar y la salud del cuerpo entero.

La importancia del libro no provenía del mérito propio que, como lo he confesado paladinamente, no creo sea mucho, sino del apoyo moral y de la resonancia que tuvo en la "antigua" sociedad chilena que comprendía el peligro de las nuevas tendencias y de las nuevas situaciones señaladas. Era esa vieja sociedad tan respetable como reservada y modesta: su distinción nacía de su severidad y de la elevación de sus propósitos y la sencillez de sus costumbres. Se divertía sin estrépito y sin bulla; pagaba sus deudas, gastando lo que tenía únicamente; no pretendía improvisar fortunas en la Bolsa o en la política, pues creía que solamente el trabajo y el ahorro eran la base creadora de riqueza, y se inclinaba sólo ante el mérito, el talento y la seriedad personal.

Las nuevas tendencias de círculos jóvenes vieron en el libro un ataque y dieron pábulo a cierta interpretación moral o inmoral, contra la cual me sublevé y protesté con la mayor energía. *Casa Grande* no es la novela en clave que ha creído leer una parte del público por cierta mixtificación bien fácil de explicar; no se refiere a cierta dolorosa tragedia santiaguina, como algunos han imaginado, y sus personajes, si bien reales, son enteramente diversos de lo que se comenta "sotto-voce". Ahora estoy resuelto a decir la verdad, toda la verdad, respecto de mi última novela, y si para hablar he callado cerca de un año, era tan sólo temiendo que mis francas y decisivas explicaciones fueran atribuidas al propósito de rehuir responsabilidades, cuando estaba dispuesto a asumirlas por completo.

Ahora paso a contar la historia de cómo se hizo *Casa Grande*.

No pensé, ni por un momento, en escribir la relación de un caso determinado, cualquiera que fuese. Comencé por este punto de partida: hacer el estudio "de un matrimonio" dentro de la "nueva" sociedad chilena y en la época actual de transición. Escogí como medio la alta sociedad santiaguina con sus tradiciones nobiliarias —aún

más cerradas que las de la sociedad vienesa, según me decía un diplomático—, en el momento en que se ve desbordada por improvisadas fortunas. Las luchas del dinero y del lujo le dan un carácter especialísimo de acritud, de tirantez, casi de agonía, de sacrificio supremo para no ceder el paso. A esto se agrega el espíritu de imitación de la vida cosmopolita de París, traído a nuestro suelo por los viajes frecuentes.

Entretanto, la vieja sociedad colonial se perpetúa, con sus tradiciones, sus preocupaciones, aun cuando exteriormente vestida a la moda de París. Las generaciones nuevas se encuentran, de súbito, en un medio de lucha horrible y angustiosa para el cual "la educación no las había preparado", y que ni las costumbres ni las leyes prevenían.

Quise coger un ejemplar, entre mil exactamente iguales en el fondo, y hacer, con éste, una novela, cuyo desarrollo y desenlace debía de ser dramático, forzosamente, para producir efecto sobre la muchedumbre y llamar la atención hacia el problema tan serio que ahora se presenta a los ojos de los padres de familia. No se crea que hubiera pensado, ni por un instante, en escribir novela de "tesis"; la tesis brotaba, por sí sola, del estudio del caso y del medio.

En la novela contemporánea, tomada siempre de la realidad, existe arte y estudio. Se teje sobre la trama de la vida, no sólo con la mera fantasía, sino también con observación y con análisis. La sociedad se va modificando y mejorando lentamente a través de toda especie de sacudidas y de conmociones; evoluciona sin cesar, herida pero no cansada "hacia una forma social en que haya mayor felicidad y más justicia". Como expresa Tolstoy, el objeto de la obra de arte consiste en ayudar a los hombres a formarse una conciencia más clara de esas tendencias que existen dentro de ellos de manera confusa, desprendiendo tales aspiraciones de cuanto las vela y oscurece. Da vuelo a nuestros sueños de realizar un ideal supremo, tomando como punto de partida la verdad actual, para empujarnos a un estado superior.

Por eso, el arte ha de ser un lazo de unión. "Evocar en sí mismo un sentimiento ya experimentado, y una vez evocado, comunicarle a otro por medio del movimiento, de colores, de líneas, de sonidos, de imágenes verbales, tal es el dominio del arte. El arte es una forma de actividad humana que consiste, para un hombre, en transmitir a otros sus sentimientos, consciente y voluntariamente, por medio de ciertos signos exteriores. El arte es un medio de unión entre los hombres que los reúne en comunión de sentimientos indispensables para su dicha y para su progreso". Y como el hombre no comprende sino lo humano, lo que lleva dentro de sí, lo que se relaciona con sus propios sentimientos y con sus intereses, la obra de arte, a mi entender, forzosamente ha de presentarle una realidad sentimental enteramente suya, como un reflejo de sus debilidades, de sus caídas, de sus virtudes, de su dicha infinita y de sus más hondos padecimientos: sólo así puede hacerse obra de verdadero arte y de trascendencia social honda y completa.

Tales son mis principios, y con arreglo a ellos he tratado de ejecutar mis trabajos literarios, reconociendo, sin dificultad alguna, cuán débiles son mis fuerzas y cuán lejos me quedaba de realizar mis aspiraciones.

El escenario de *Casa Grande* es la alta sociedad santiaguina, y en ella escogí un grupo, cualquiera, de los que bailan y se divierten. Allí viven, mezclados, personajes de gran fortuna y otros que no la tienen; matrimonios ricos y matrimonios simplemente dorados, con los mismos coches, los mismos gastos, las mismas fiestas, rivalidades y sacrificios ocultos y diferencias considerables de fortuna para mantenerse en un mismo rango. Sólo existe una cosa en igual grado: la vanidad inmensa, el propósito de mantenerse encima, de imitar el tono parisiense en las mujeres, y el porte del "snob" aristocrático en los hombres. Un círculo, hoy día no es nada, pero mañana serán dos, más tarde ciento, y por fin la sociedad entera. Somos un pueblo "de imitación", y podía pasar en las costumbres, lo que pasa con la música en el teatro;

todos prefieren el turno A sobre el B, para escuchar las mismas óperas y las mismas cantantes, y pagan más caro por ver con molestias, lo que pudieran ver de un modo más barato y más cómodo. Sólo que en esto de las costumbres hay más gravedad, pues, como decía Dumas hijo, si una mujer cae, llora sola en su rincón, y cuando se juntan cuatro ya bailan cuadrillas. No creo sea todavía el caso del círculo de mi novela; no creo en su caída, pero los espectadores lo miran inclinado. El decirlo no constituía, en manera alguna, el ataque, sino mera advertencia. Un libro debe hacer meditar; debe ser una obra producida a medias, entre el escritor y el público.

Basta una simple idea para que un hombre distinguido, por ejemplo, haga una disertación luminosa y profunda, y para que un padre o un marido vean su camino.

No creo que exista en Santiago, ni en la sociedad chilena, círculos... no sé cómo decirlo... moralmente incorrectos. Pero sí con tendencias deplorables, causadas por el lujo, la vanidad, la frivolidad y la ausencia completa de la vida interior. Lo he visto, lo he sentido y lo he dicho sin vacilaciones. Por eso, publicado ya mi modesto libro, cuando me llovían los ataques, en pos de las alabanzas, cuando me insultaban, me calumniaban, me formaban escenas en los bailes, y sentía en la atmósfera los signos que anuncian escenas tempestuosas; cuando el mundo se me desplomaba encima y sentía, cerca de mí, la angustia profunda del que se ve desconocido, no faltaron personas respetables que me detuvieran en la calle con palabras de aliento, a darme un apretón de manos. Recibía todo esto, agradecido, no para mi obra literaria, defectuosa y débil, sino como la comunión de corazones en unos mismos sentimientos.

Pero he prolongado mi artículo y necesito dejar para mañana el estudio del drama y de los personajes de *Casa Grande*.

## LOS PERSONAJES DE CASA GRANDE

El 11 de abril de 1947, Guillermo Feliú Cruz interrogó a Luis Orrego Luco sobre la identidad de los personajes que figuran en la novela *Casa Grande*. Los siguientes datos fueron tomados al dictado. Orrego Luco firmó su declaración.

"Es una mezcla de los

siguientes personajes: Rafael Gana, Carlos  
Torbio Gobinet. - M. Leo Garrábal

Señoras, Mercedes. La hermana la señora de  
Mamé Francisco Garrábal; Magda era  
una mezcla de  
~~Mamá~~ Cristina Vicuña Subercaseaux y Julia  
Mackenna

El héroe <sup>Angel Pereda,</sup> Mercedes de M. Leo Garrábal y  
de Eduardo Xuduraga. -

La casa donde pasan las fiestas es de  
don Melchor Concha y Toro - Puerfanos  
esquina Morandi

El héroe principal se llama Angel Pereda  
y la hermana Gabulla Sandoval Mercedes  
de Elena Concha Subercaseaux y Teresa  
Llanos

El señado Señaltes se llamaba Rafael Gana  
las Casas del fundo de Virque

Marcelo Ruiz Carlos Rogers  
 don Leonidas, don Melchor Coneba y Toco  
 Sanders. era Guillermo Pinto Aguer  
 El Dr. Moran. - marcial Guzman  
 Marta Linares. - Ana Lyon. -

Mis Oregos

11 de abril de 1947.

# Alberto Edwards: La extremidad austral del mundo y la audaz aventura de Sir Ernesto Shackleton

Al cumplirse el cincuentenario del rescate de Ernesto Shackleton y sus compañeros, en la Isla Elefante, realizado en 1916, por el Piloto Luis A. Pardo al mando de la escampavía "Yelcho", de la Marina de Guerra de Chile, la revista *Mapocho*, en homenaje a ese acto de audacia, peripecia y heroico concepto de solidaridad, publica el artículo que escribió Alberto Edwards con ocasión de dicho acontecimiento, y que hemos encontrado entre sus papeles.

EN LA EXTREMIDAD austral del mundo, mucho más allá de las fronteras del reino de la vida, existe un continente misterioso, que las tempestades y los hielos defendieron por largos siglos contra todos los esfuerzos de la audacia humana.

Pero vencer lo imposible es el destino de los fuertes, y jirón tras jirón, la inaccesible Antártida ha ido entregando al hombre su secreto. En esta lucha perseverante y heroica contra las inclemencias de la naturaleza cruel e implacable la eminente figura de Sir Ernesto Shackleton se destaca como un ejemplo admirable de abnegación, energía y sacrificio.

El capitán Cook encabeza la lista de los conquistadores del polo Sur. En noviembre de 1772, el gran navegante zarpó de Cape Town en demanda de las tierras incógnitas, que la imaginación de sus contemporáneos había adivinado en aquellos remotos confines del planeta. Cook no tuvo la fortuna de lograr el objeto de su expedición, pero fue su buque el primero que atravesó el círculo polar antártico, el 17 de enero de 1773.

En este viaje fue explorada la isla Georgia del Sur que, aunque situada en la misma latitud que el Norte de Inglaterra y el estrecho de Magallanes, apareció como un desierto helado, cuyo clima, aun en el rigor del verano, sólo podía compararse al del Groenland. Semejante descubrimiento enfrió por largo tiempo el entusiasmo de los que buscaban nuevas tierras en las soledades del Sur. Sólo el noble amor de la gloria y de las maravillosas aventuras podía en lo sucesivo lanzar a los hombres hacia la ignorada Antártida.

Sin embargo, en 1819 un marino mercante inglés, William Smith, descubrió el archipiélago de las Shetland del Sur, al cual pertenece la isla Elefante, teatro de uno de los más conmovedores episodios de la odisea, cuyo héroe es hoy nuestro huésped.

Siguiendo las huellas de Smith, algunos balleneros y pescadores de lobos, en su mayor parte norteamericanos, contribuyeron en aquel tiempo a adelantar, siquiera en forma imperfecta, los conocimientos geográficos acerca de las tierras que bordean el continente polar del Sur. Recordaremos entre estas expediciones, la inglesa de James Weddell, que dio su nombre al mar recientemente encontrado por los heroicos esfuerzos de Sir Ernesto Shackleton.

Corresponde, sin embargo, a los rusos el honor de haber dirigido la primera expedición científica que, después de la de Cook, haya penetrado en aquellos mares. Fue ésta la del capitán Bellingshausen que zarpó de Cronstadt en julio de 1819. Después de reconocer el archipiélago de Sandwich (que no debe confundirse con

*Un continente misterioso*

*Los primeros conquistadores del Polo Sur*

*Balleneros y pescadores de lobos*

*La empresa de los rusos*

las islas del mismo nombre en el Pacífico del Norte) Bellingshausen supo en Sidney los descubrimientos de Smith y partió nuevamente para los mares australes. Descubrió entonces la tierra de Alejandro I, todavía hoy mal conocida y que probablemente forma parte del verdadero continente antártico.

#### Otras expediciones

La expedición inglesa de los hermanos Enderby, al mando del capitán Biscoe, dio por resultado en 1831 el descubrimiento de nuevas tierras que con toda probabilidad forman también parte del mismo Continente.

Algunos años más tarde, en 1839, tuvo lugar el viaje del célebre marino francés Dumont d'Urville, al mando de las corbetas *l'Astrolabe* y la *Zelée*. Después de reconocer las enmarañadas costas del extremo meridional de América, partió Dumont d'Urville en enero de 1838, en demanda de la banca inaccesible que guarda el polo antártico. Reconoció nuevamente las Shetland del Sur y el vecino continente, ya entrevisto por sus predecesores, que bautizó con el nombre del rey Luis Felipe. Más tarde, después de su largo crucero por el Pacífico, el comodoro francés zarpó de Hobart Town, en enero de 1840, con el objeto de reconocer una vez más la banca polar. Descubrió entonces la tierra de Adelie, otro fragmento del gran continente del Sur, situado casi al extremo opuesto de la tierra de Luis Felipe, hacia el Sur de Australia.

En 1839, y en los años siguientes, el marino norteamericano Charles Wilkes, al mando de una regular flotilla, completó los descubrimientos de Biscoe y Dumont d'Urville y tuvo la fortuna de dar su nombre al litoral del continente antártico entre los meridianos 100 y 160 al Oeste de Greenwich.

#### Los viajes del siglo XIX

Pero de todos los viajes emprendidos en la medianía del siglo XIX hacia los mares australes, deben colocarse en primera línea por sus grandes resultados geográficos, los realizados entre 1839 y 1843, por James Ross, al mando de los buques de Su Majestad Británica, *Erebus* y *Terror*. Fue reconocida entonces la tierra Victoria que bordea de Norte a Sur aquel vasto golfo polar, llamado Mar de Ross, que debía ser más tarde el punto de partida de dos de las más importantes empresas geográficas contemporáneas, la de Scott en 1902 y 1903, y la de Sir Ernesto Shackleton en 1908 y 1909.

#### Trágico destino de los buques de Ross

Se conoce el trágico destino ulterior de los buques de Ross. En el *Erebus* y en el *Terror* partió en 1845 la expedición de Sir John Franklin, en busca del paso del Noroeste. Ni Franklin ni ninguno de sus compañeros debía volver a ver el cielo de la patria. Muerto el jefe de la expedición, los tripulantes del *Erebus* y del *Terror*, en número de más de ciento, abandonaron los buques aprisionados cerca de dos años en los hielos, e intentaron ganar por tierra el mundo habitable. La historia de los padecimientos de esos desventurados quedó escrita en el horrible desierto de hielo. Aquí una tumba, algunas millas más lejos un trineo abandonado, en seguida otra y otra tumba, hasta la del último de los sobrevivientes de esa tremenda retirada ante el hambre y la muerte.

#### Reconocimiento del litoral antártico

James Ross, cierra con su nombre la lista de las expediciones marítimas de carácter científico que dieron a conocer, durante la primera mitad del siglo pasado, una parte del litoral del continente antártico. Todos estos viajes presentan caracteres análogos: La lucha con las tempestades y los hielos durante el corto estío de aquellas inhospitalarias latitudes. Reconocidas las costas, las expediciones regresaban sin que hasta entonces se hubiera intentado una exploración por sobre el mar helado, ni mucho menos al interior del continente polar. Tampoco ninguno de los ilustres marinos, cuyos nombres hemos recordado, había tenido ocasión de arrostrar las inclemencias de la larga noche del polo austral.

Sólo en 1898 un explorador belga, Adrien de Gerlach, realizó una primera



invernada antártica, hacia los 70° de latitud Sur y 850 de longitud al Oeste de Greenwich.

Con el siglo xx se abre un nuevo período para la historia del continente antártico. Audaces viajeros van a abandonar sus buques y a penetrar por tierra en el seno mismo de aquellas inaccesibles soledades. Corresponde el honor de haber iniciado esta brillante serie de empresas casi sobrehumanas, a la expedición de la *Discovery* al mando del comandante Scott. No necesito recordaros que uno de los oficiales de la *Discovery*, uno de los dos compañeros de Scott en su primera excursión sobre el mar helado del Sur, fue el teniente Sir Ernesto Shackleton que comenzó entonces su gloriosa carrera de explorador polar.

*El siglo xx*

El 6 de agosto de 1901, la *Discovery* partió de Cowes, hizo escala en Lyttleton, puerto de la Nueva Zelanda, y puso en seguida la proa hacia los mares australes el 14 de diciembre del mismo año. Después de reconocer las costas occidentales del mar de Ross, o sea la tierra Victoria, Scott torció su rumbo hacia el Este y en enero de 1902 tuvo la fortuna de descubrir la tierra a que dio el nombre de Eduardo VII, que bordea por esa parte el mar de Ross.

*La expedición de Ross*

Así han ido precisándose poco a poco y al través de sobrehumanos esfuerzos, las líneas todavía indecisas del helado litoral del Continente Antártico.

Scott invernó el año de 1902 junto al monte Erebus. Apenas comenzó a diseñarse la triste primavera de aquellos climas, Scott en compañía de Shackleton y Wilson, emprendían a pie y en trineos la primera expedición que en esa forma se hubiera intentado sobre los hielos del polo Sur.

El sitio de la invernada de Scott se encuentra por los 77°49' de latitud Sur y 166° de longitud al Oeste de Greenwich. Desde allí los viajeros se dirigieron casi constantemente hacia el Sur, costeano el litoral de la tierra Victoria.

"Sería imposible, dice uno de los historiadores de aquel viaje, exagerar la importancia de tan espléndida jornada, y apenas podemos darnos cuenta, por el modesto relato de los que le llevaron a cabo, de las tremendas dificultades que hubieron de vencer. En el punto extremo alcanzado por los expedicionarios se encontraron a 380 millas de la *Discovery*, después de 59 días de marcha sobre el mar helado, siempre a la vista del litoral de la tierra Victoria.

"El regreso fue heroico. Los perros estaban completamente agotados y el tiempo se presentó pésimo. El primer depósito de provisiones fue encontrado en medio de una niebla, sin nada que pudiera guiar a los viajeros. En seguida Scott y Wilson tuvieron que arrastrar ellos solos los trineos, porque Shackleton, enfermo, sólo merced a su indomable energía pudo seguir caminando al lado de sus compañeros".

*Shackleton*

Después de una nueva y terrible invernada en que el frío alcanzó a 68° bajo cero, Scott emprendió un nuevo viaje por tierra, esta vez hacia el interior del continente polar. La expedición partió el 26 de octubre de 1903, y alcanzó su punto extremo el 30 de noviembre a 300 millas del buque. En esta jornada, Scott hubo de alcanzar alturas de 9.000 pies sobre el nivel del mar. Shackleton no acompañaba esta vez a Scott; había regresado enfermo a Inglaterra en el *Morning*, buque que había sido enviado por la Sociedad Real de Geografía, durante el verano anterior, con el objeto de aprovisionar a la *Discovery*.

Pero la formidable experiencia adquirida en las regiones polares, no fue sino un nuevo estímulo para el esforzado corazón de Shackleton.

"Repatriado, dice el mismo, por causa de enfermedad antes del fin de la expedición *Discovery*, había conservado un ardiente deseo de volver a ver ese inmenso continente de hielo y de nieve. Las regiones polares dejan, en efecto sobre los que

las han combatido, una marca cuya fuerza apenas pueden explicarse los hombres que nunca han salido de los países civilizados".

*Arma por su  
cuenta una  
expedición*

Armó entonces Shackleton, por su cuenta y riesgo, una nueva expedición. Hubo de adquirir al efecto un buque destinado a la caza de focas en Newfösentland, el *Nemrod*. El abnegado explorador quería esta vez llegar hasta el mismo polo austral del mundo.

El 4 de agosto de 1907, el Rey y la Reina de Inglaterra, acompañados del príncipe de Gales, de la princesa Victoria y del duque de Conaught, fueron a pasar revista al *Nemrod*, anclado en Cowes. El Rey confirió a Shackleton la Victoria Cross, y la Reina puso en sus manos la bandera británica que el intrépido viajero debía plantar en el punto extremo de su jornada hacia el Sur.

El 19 de enero de 1908, el *Nemrod* se despidió del mundo civilizado en el puerto de Lyttleton, que, como se recordará, había servido también de punto de partida a la expedición de Scott.

Shackleton se encaminó hacia el mar de Ross, con ánimo de invernar en las costas poco conocidas de la tierra de Eduardo VII, pero los hielos le impidieron llegar hasta allí. "La voluntad más tenaz, dice él mismo, es impotente contra la fuerza irresistible de la banca polar".

Hubo, pues, de prepararse para invernar en el estrecho de MacMurdo, entre la tierra Victoria y la isla de Ross, no lejos del sitio en que había invernado la *Discovery* en 1902 y 1903.

Shackleton se instaló en tierra firme. Llevaba todos los materiales necesarios para construir una casa que le sirviera de refugio durante el invierno. El *Nemrod* debía regresar a la Nueva Zelanda hasta el verano siguiente.

*Aventuras y  
desventuras*

¡Terrible momento aquel en que los intrépidos viajeros, veían perderse su buque, en las brumas del océano glacial! Por muchos meses iban a quedar aislados del resto del mundo, en el seno de aquella tierra inhospitalaria y cruel.

Se acercaba ya la noche polar. Una sola empresa muy ardua por cierto, se ofrecía entretanto a la devoradora actividad de Shackleton. La ascensión del Erebus, uno de los cerros volcánicos, descubiertos por Ross, bajo el blanco sudario de los hielos antárticos. "Subir una montaña a 4.000 metros, situada bajo tal latitud, es una excursión poco fácil", dice el mismo viajero con la modesta sencillez que caracteriza sus relaciones.

El 10 de mayo de 1908, Shackleton alcanzó la cima del cráter del Erebus a 4.075 metros sobre el nivel del mar. Allí tuvo la fortuna de efectuar observaciones geológicas y meteorológicas, de gran importancia para la ciencia.

Pero Shackleton quería posar su planta sobre el mismo polo austral, ese punto extremo y último de la tierra, cuya conquista ha sido siempre considerada como el signo evidente de la victoria definitiva del hombre sobre el planeta que habita.

No es posible leer, sin sentirse conmovido, las páginas que el ilustre explorador destina a describir las tremendas vicisitudes de esa jornada suprema.

El invierno de 1908 transcurrió en los preparativos de la expedición. Al apuntar la primavera todo estaba listo ya.

La partida tuvo lugar el 3 de noviembre de 1908 con un tiempo magnífico. "En fin, dice el mismo Shackleton, después de cuatro años de preparativos y de esfuerzos, heme aquí en camino del polo. Ruego a Dios que me acuerde la victoria, porque he consagrado a esta empresa toda mi vida".

Shackleton había resuelto reemplazar en el arrastre de los trineos, los perros por *poneys*, pequeños caballos capaces de resistir las inclemencias de aquellas latitudes, y por un automóvil que desgraciadamente no pudo ser utilizado sobre

los hielos. Además, cuatro de los *poneys* murieron durante la invernada. Tales contratiempos iban a multiplicar las dificultades y peligros de la empresa.

Sólo cuatro hombres componían la pequeña caravana: Sir Ernesto Shackleton y sus compañeros Adams, Marshall y Wild.

*Sólo cuatro  
hombres*

En las cercanías del polo, la naturaleza parece complacerse en acumular los obstáculos y los peligros ante los esfuerzos del hombre... A medida que los viajeros avanzaban hacia el Sur, era preciso establecer sucesivos depósitos de viveres y sacrificar uno a uno, a los *poneys* que los habían arrastrado, como único medio de aumentar las provisiones y poder ir más lejos todavía. Durante aquellas tremendas jornadas, en que se lucha contra el frío, las tormentas de nieve, los helados vendavales y los accidentes caprichosos del vasto desierto de hielo, es preciso someterse a una alimentación mínima y el hambre llega a convertirse en un tormento constante, añadido a tantos otros.

El polo austral de la tierra no se encuentra sobre el mar cristalizado, como el polo Norte. El continente antártico se levanta desde las formidables barreras que bordean un litoral en una elevada y vasta meseta. Allí, pues, la temperatura es aún más inclemente y la rarefacción del aire multiplica las fatigas. Shackleton en su expedición hubo de subir a más de 3.000 metros sobre el mar.

*El polo aus-  
tral no es un  
mar cristali-  
zado*

Siguió primero el camino del mar de hielo, como en la anterior expedición de Scott, transmontó, en seguida, a costa de inauditos esfuerzos, las escarpadas laderas del continente, para arrostrar por fin los helados vendavales de la meseta antártica.

Poco a poco las provisiones se agotan y el último *poney* ha sido sacrificado. Casi desde el principio se marcha a media ración, sostenidas apenas las fuerzas por el sublime delirio de la lucha contra lo imposible... Pero llega el momento de detenerse... El esfuerzo humano ha llegado a su último límite... La energía del hombre ha sido vencida por una naturaleza cruel... Más allá sólo está la muerte.

*Angustias*

Sigamos a Shackleton en algunas páginas de su relato...

"24 de diciembre. La mejor jornada desde que franqueamos la Puerta del Sur. A la partida las mismas ondulaciones de hielo con sus grietas acostumbradas. Después del mediodía el terreno se presenta relativamente bueno. En cambio, continuas pendientes. Mañana es Navidad. Pensamos en la patria y en las fiestas que allí se celebran. Nuestros recuerdos vuelan al través de los desiertos de hielo y de los tumultuosos océanos, hacia los seres queridos. Nos acercamos al fin".

*El libro de  
bitácora de  
Shackleton*

"19 de enero de 1909. Hemos caminado hoy 18½ kilómetros. Latitud 87°06'30". Hemos batido todos los records precedentes, tanto hacia el polo Norte como hacia el polo Sur. A las seis de la tarde tiempo bueno y cálido. ¡Dios sea loado! Altitud 3.278 metros. No estamos sino a 278 kilómetros del polo".

"5 de enero. Hoy todo se conjura en contra nuestra. El termómetro marca 24° bajo cero, con un viento terrible. Apenas podemos tenernos en pie. Nunca, desde que estamos sobre la meseta, la temperatura ha subido de 18° bajo cero. En todo caso, hemos hecho todo lo posible. Demos gracias a Dios que nos ha permitido llegar tan lejos".

"6 de enero. Borrasca de nieve y 31 grados de frío. A pesar de todo, gracias a un pequeño aumento de ración, hemos podido caminar 21 kilómetros. Es nuestro último campamento hacia el Sur. Mañana provistos sólo de algunos viveres, avanzaremos hacia el Polo todo lo que podamos. Latitud 88°07' Sur. No sabría expresar los sentimientos que me agitan viendo tan cercano el desenlace. Sólo la conciencia de haber llegado al límite de la energía humana, atenúa mi tristeza. Las fuerzas brutales de la naturaleza nos arrebatan la victoria".

"9 de enero. Nuestro último día de marcha al Sur. Llevamos solamente la bandera dada por la Reina, un tubo de cobre con documentos que será enterrado al extremo de nuestro viaje, una cámara fotográfica, anteojos y una brújula. A las nueve de la mañana, mitad corriendo y mitad caminando, llegamos a los 88°23' de latitud Sur. En este punto plantamos el pabellón de la Reina y tomamos posesión de la meseta a nombre del Rey. Delante de nosotros y hasta perderse de vista nada sino una inmensa llanura blanca. La meseta parece extenderse hasta el Polo".

En un punto  
inaccesible

Shackleton pudo, pues, plantar la bandera de su soberano, sólo a 180 kilómetros del punto inaccesible. Ningún hombre antes que él se había acercado tanto ni al Polo Norte ni al Polo Sur.

Después de aquella gloriosa jornada, el audaz explorador logró regresar a sus cuarteles de invierno, casi muerto de hambre, de fatiga y de frío.

La expedición de Shackleton se ilustró también por un hecho nuevo en la historia de la ciencia. Uno de sus tenientes, Daniel, logró llegar al Polo magnético el 16 de enero de 1909.

Apenas repuesto de sus tremendos padecimientos Sir Ernesto Shackleton, concibió un proyecto más audaz si cabe todavía. El de atravesar de mar a mar el continente antártico.

Para llevar a cabo esta tentativa, hubo de alistar dos buques. El *Endurance* que debía conducirlo a él mismo a un punto de la costa polar, hacia el meridiano de la Georgia del Sur, y el *Aurora* que se dirigiría al extremo opuesto del mismo continente, para establecer depósitos de víveres y esperar a los exploradores del interior al término de su viaje. El punto escogido con este último objeto fue el mismo en que había iniciado la anterior expedición: el estrecho de Mac Murdo.

El *Endurance* zarpó de Buenos Aires el 26 de octubre de 1914, hacía ya casi dos años. Desde entonces hasta su avistada a la Georgia del Sur, después del naufragio de su buque, Shackleton no volvió a tener noticias del mundo civilizado. ¡Cuántos acontecimientos trascendentales para la historia del mundo habían ocurrido en esos veinte meses!

Después de hacer escala en la Georgia del Sur, Shackleton se dirigió hacia los hielos. El 10 de enero, pudo avistar las tierras reconocidas por Bruce en 1904, en las costas orientales del mar de Weddell, y días más tarde descubrió hacia el Polo, otras nuevas, que el ojo humano jamás había contemplado hasta entonces.

Esas tierras llevarán, lo espero, un nombre que la geografía del continente antártico no puede dejar en el olvido... el de Sir Ernesto Shackleton.

Padeci-  
mientos

El año de 1915 fue desgraciadamente muy anormal en las latitudes del Sur; los grandes fríos llegaron muy temprano y el 17 de enero el hielo se cerró alrededor del *Endurance* para no abrirse ya más. En febrero, en pleno verano todavía el termómetro descendió a 29° bajo cero.

Un horroroso invierno antártico transcurrió para la tripulación del *Endurance*. Las bajas temperaturas trastornaron de tal suerte la cárcel de hielo, que desde el 19 de agosto hubo de pensarse en la tremenda posibilidad de tener que abandonar el buque.

A principios de octubre la situación se hizo aún más crítica, y el 25 de ese mes el *Endurance* se montó sobre un témpano que era arrastrado por el movimiento de las aguas. La popa y el timón se quebraron y la quilla fue destruida por el hielo. Los expedicionarios debieron resignarse a acampar sobre el mar helado. Dos días más tarde, el buque estaba definitivamente perdido.

Se desprende perfectamente el horror de aquella situación. Shackleton y sus

compañeros habían naufragado en medio del océano polar a 346 millas de la tierra más cercana, la cual bajo esas latitudes, sería tan inclemente para los hombres como la misma soledad del mar.

Dentro de las probabilidades humanas la salvación parecía imposible.

Todo lo que los náufragos eran capaces de llevar consigo, eran víveres para cincuenta días, y acaso necesitarían doble tiempo para llegar a una tierra donde acaso también les esperaba el hambre y la muerte.

Shackleton tuvo entonces una inspiración salvadora. Decidió establecer un campamento sobre el hielo, con tantas provisiones como fuera posible, confiado en que las corrientes del mar llevaran aquel témpano hacia el Norte.

Fue esto lo que sucedió... pero, ¡cuántos meses de angustia! El témpano que servía de refugio a los náufragos sólo derivaba a razón de 60 millas por mes. El 23 de diciembre se intentó un nuevo esfuerzo para marchar sobre el hielo, pero tras cinco días de fatiga, sólo se logró un avance de cinco millas. Acamparon entonces sobre otro témpano que continuó llevándolos lentamente hacia el Norte, durante los meses de enero, febrero y marzo de 1916.

A fines de marzo, fueron avistados los altos picos de la tierra de Joinville a 50 millas de distancia. La temperatura bajó mucho y los víveres comenzaron a escasear. Era un banquete para esos infelices, el día en que lograban cazar algunas focas o pingüinos para alimentarse.

Por fin, el 16 de abril, cuando habían transcurrido ya cerca de seis meses, desde el naufragio de la *Endurance*, los náufragos lograron tomar tierra en la costa desolada de la isla Elefante.

Se buscó inútilmente un sitio favorable para acampar. Aquellos hombres rendidos de fatiga no podían ir más lejos y hubieron de resignarse a abrir una cueva en la gran banca de hielo, donde la tripulación de la *Endurance* esperó por largo tiempo un socorro que afortunadamente no iba a llegar demasiado tarde.

En efecto, el valiente Shackleton había concebido el audaz proyecto de lanzarse en busca de auxilio, en un bote de seis metros de largo, sobre el cual debía recorrer 750 millas al través de los tempestuosos mares australes hasta la tierra de la Georgia del Sur, donde esperaba encontrar recursos, para volver en busca de sus compañeros.

Semejante travesía constituyó por sí sola una hazaña digna de perpetuarse en la historia de los grandes viajes. Shackleton zarpó de la isla Elefante el 24 de abril y después de luchar con espantosos huracanes y de ver la muerte muy de cerca, logró anclar a las costas meridionales de la Georgia del Sur, cuyas aguas y montañas de hielo hubo de atravesar a pie, para ponerse, al fin, en contacto con sus semejantes.

Se conoce la conmovedora historia de la salvación de los náufragos de la *Endurance*. La Providencia no quiso que experimentasen la horrible suerte de Franklin y sus compañeros. Velaba por su suerte la infatigable perseverancia, la sobrehumana energía de su valeroso jefe.

Después del fracaso de todas las expediciones sucesivas organizadas en la Georgia del Sur, en Montevideo y en Punta Arenas, los compañeros de Shackleton fueron al fin restituidos al seno de la humanidad, a bordo del *Yelcho*, escampavía de la Armada de Chile.

Tales fueron las heroicas hazañas realizadas en pro de la ciencia geográfica, por el hombre ilustre Sir Ernesto Shackleton.

He creído que un breve y descarnado relato de sus trabajos y triunfos, era un homenaje digno del grande hombre.

# Hernán Romero: La ciudad, organismo vivo

## Origen de la ciudad

PARECE SUGESTIVO que urbano y civil signifiquen cortés y amable y, a la vez, perteneciente a la ciudad. En verdad la vida en ella conforma ya un modo de existencia y de conducta que invade, en cierto modo, a todos sus moradores, cualesquiera sean sus ocupaciones o los lugares donde residen. De ella dependen en el mundo moderno las distintas expresiones del progreso y, especialmente, la educación y ella condicionó, a lo largo de la historia, el surgimiento y la caída de muchas civilizaciones. Si entendemos por tales a las culturas elevadas y de mucha difusión, debe haber, en cada una, un centro o varios donde se acumulen, elaboren y organicen los conocimientos, se creen las instituciones y los instrumentos para beneficio de todos los pobladores del territorio nacional y aun de regiones más extensas.

En su origen las ciudades fueron hijas de la agricultura estable, cuyo rendimiento aumentó por efectos de los sistemas de riego, de arados que arrastran animales y de los vehículos de ruedas. Así se explica que nacieran, hacia el año 3500 A. C., en los valles feraces que quedan adyacentes al Mediterráneo, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, como también en las riberas del Indus, del Nilo y del Yangtsé. Porque mantenían un control muy complejo del suelo y de las aguas para suscitar su buen aprovechamiento y evitar las inundaciones, se las llamó civilizaciones hidráulicas. Se concedió al labriego un pedazo pequeño de tierra que produjera más de lo indispensable para satisfacer las necesidades de su familia y el excedente permitía alimentar a los ciudadanos. Con pocas variaciones el modelo persistió en varias partes de Egipto, India, China y de otros países. Está expuesto, naturalmente, a muchos contratiempos, que suelen adquirir dimensiones críticas.

No obstante carecer de información suficiente, cabe aceptar que la proporción de población regional que, en esas circunstancias, pudo ser sustentada y dedicarse a actividades no extractivas, sólo por excepción sobrepasó de 3 ó 4 por ciento y, en unos cuantos puntos de privilegio, de 5 a 6 por ciento. Es improbable que en el milenio que antecedió al comienzo de la Era Cristiana, hubiera más de dos agrupaciones que excedieran de los 100.000 habitantes. Según la Enciclopedia Británica, la asociación de palabras con los vocablos griego *polis* y latino, *civitas* alude a la concepción antigua de un estado cuyo tamaño permite ser gobernado por los moradores, reunidos en asamblea. Al propósito no huelga recordar que Platón recomendó que no tuvieran más de 500 varones adultos y Aristóteles los quiso de número todavía menor.

Cuando el Imperio Romano extendió sus tentáculos por el planeta, abrió nuevas avenidas al intercambio y se vio forzado a organizar una maquinaria administrativa de mucha envergadura. Al retirar sus guarniciones, dejó, en las Galias y en Gran Bretaña, muchas villas amuralladas, que se vaciaron, total o parcialmente. Algunas se volvieron a ocupar, sobre todo las que se convirtieron en capitales de los numerosos reinos de la Edad Media o en sedes episcopales (*urbs episcopalis*). En su cénit, Roma llegó a albergar unos 350.000 habitantes. Al respecto procede anotar que Julio César dictó reglamentos de tránsito de extraordinaria prolijidad. Se puede suponer que, por entonces, Italia tuvo hasta un 15 por ciento de pobla-

ción urbana; pero esta concentración resultó posible gracias a que contó con el norte de África y otras provincias para asegurarse los suministros.

Cuando las invasiones bárbaras desbarataron, hacia el siglo v, el Imperio de los Césares, languideció la metrópoli y no renació sino unos 500 años después, por la acción estimulante del comercio y las relaciones internacionales. En el largo intervalo la vida urbana desapareció virtualmente de Europa. Las villas que crecieron alrededor de burgos y catedrales bien emplazados constituyeron aliciente para el despertar de esa vida. Con frecuencia se localizaron en encrucijadas o intersecciones de caminos y los individuos, emancipados de la agricultura, cultivaron sus habilidades, se comunicaron entre sí y aprovecharon los contactos para comerciar. Alrededor de 1600, les confirió impulso la manufactura de poca monta, como asimismo el tráfico de mercaderías de lujo a la distancia y localmente, de una variedad limitada de artículos de consumo ordinario.

Muchas ciudades fueron producto de la colonización. En su inicio constituyeron factorías en el sentido estricto del término. En realidad eran los parajes en que residían los factores, esto es los apoderados con mandato más o menos amplio para traficar en nombre y por cuenta del poderdante. Los europeos las emplazaron en las costas y en las riberas de las corrientes navegables para facilitar el transporte de las materias primas, voluminosas y pesadas, que iban a alimentar las fundiciones y las manufacturas del Viejo Continente. El traslado por vía marítima o fluvial era más barato y, a menudo, el único de que se disponía. Sólo en época reciente, Bélgica comenzó a emplear aviones para sacar del Congo aun las menas.

De aquel modo nacieron Calcuta y Bombay, Hong Kong y Singapur y tantas otras. Eran urbes monolíticas, se conservaban aisladas del resto del territorio y ejercían sobre él poca o ninguna influencia. Como comerciaban y mantenían correspondencia habitual unas con otras y también con las correspondientes de Europa, se han asemejado mucho entre sí, por diferentes que fueran los telones de fondo culturales en que se desarrollaron. En cierto modo algo similar debe haber ocurrido, en su momento, con Buenos Aires, Lima y Río de Janeiro.

En Estados Unidos la aplicación oficial del título de ciudad depende, actualmente, de la extensión y calidad de los privilegios de que gocen las corporaciones municipales, en virtud de las leyes dictadas por los estados. También en Gran Bretaña importa título dignificante que sólo se aplica, por tradición, por autoridad real o por otro mecanismo, a la población que ha adquirido preeminencia como sede episcopal o como centro industrial o comercial. La diferencia de criterio queda de manifiesto si se considera que, en el Reino Unido, se reconocían, en 1956, 47 ciudades y en Estados Unidos, 3.464, según el censo de 1940.

Uno de los fenómenos definidores de la época contemporánea es el que, impropiamente, se ha dado en llamar urbanización. Consiste fundamentalmente en el desplazamiento de la gente, en volúmenes progresivamente mayores, del campo a la ciudad. Lo accionan dos fuerzas: la atracción de ésta y el rechazo de aquél. Se deben, respectivamente, a que una brinda expectativas de mejores niveles de vida y el otro está requiriendo, cada vez, menos brazos, a impulsos de los progresos y de la mecanización de la agricultura. Los mejores niveles de vida —que suelen ser mero espejismo— se traducen en ingresos más altos y acaso más regulares, seguro y servicio sociales, mayores posibilidades de educarse y entrenarse y, por consiguiente, de ascender a un estrato superior.

Datos dignos de crédito, que presentó Amos H. Hawley, revelan que, a comienzos del siglo xix, menos del 2 por ciento de la humanidad vivía en urbes de 100.000 o más habitantes; no más de 2,5 por ciento en las de 20.000 o más y que de aquel

*El mundo se  
urbaniza*

tamaño, sólo existían 22 en todo el planeta. En los 100 años siguientes, la población urbana de Europa se duplicó y triplicó. Hacia el fin de este lapso, Gran Bretaña, cuya prosperidad había empezado antes y proseguido con mayor rapidez, tenía ya el 61 por ciento en agrupaciones de 10.000 y más; las proporciones eran, en Francia, de 26 por ciento y de 15, en Alemania, Austria y Suecia. Para las de 20.000 o más, que ya eran 120, ese porcentaje (de 2,5) se había decuplicado y alcanzado a 25 por ciento, en 1960; para las de 100.000 y más, el salto fue poco menor, puesto que pasaron de menos de 2 a 16 por ciento, con un espectro que iba desde 11 por ciento, para Asia, a más de 50, para Oceanía. Sumaban las últimas un total general de 15 millones, en 1800 y otro, unas 21 veces mayor (314 millones), en 1950. Correlativamente, 3.134 condados rurales de Estados Unidos habían sufrido, en la década inmediatamente precedente, un grado mayor o menor de vaciamiento, porque los campesinos propiamente tales se redujeron a 13,4 millones, o sea 7,5 por ciento, mientras la población propiamente urbana sobrepasó del 70 por ciento.

No procede comentar las perturbaciones y dificultades que el proceso crea en otros mundos. Van desde la formación de conglomerados tan monstruosos como Tokio o Shangai y los que llegan a toparse y se funden en megápolis (*conurbations* de los ingleses), la erosión de la parte central que da lugar a la formación de verdaderos *ghettos*, donde residen los ciudadanos deprimidos (negros, judíos, etc.), los enredos de transporte y tránsito y suma y sigue.

Si se cumplen las predicciones, el 73 por ciento de todos los individuos de Estados Unidos vivirá, hacia fines de este siglo, en 200 áreas metropolitanas y cerca del 40 por ciento, en 3 complejos: uno que abarque desde Nueva York, Filadelfia y Washington hasta Norfolk; otro que cubra todo el territorio comprendido entre Milwaukee y Cleveland y un tercero, que se extienda desde San Francisco a San Diego, a lo largo de la costa de California. Este porvenir no se adivina muy sonriente. En todo caso el proceso general está respaldado por el desarrollo de la industria que ocupa los brazos que desocupa la agricultura y, no obstante haber sido enormemente veloz, ha permitido un grado mayor o menor de asentamiento y ordenación.

*Precocidad  
de las ciudades  
de América  
Latina*

Consideradas en el panorama mundial, las ciudades de nuestra América son de muy larga data. Porque la civilización hispánica es "cosa urbana" y los españoles han amado la convivencia y el corrillo y rehuido el campo abierto, trajeron consigo sus "instintos urbanos" y sus inclinaciones. Colón estuvo tres veces en el Caribe y en su segundo viaje (1493-1496) tenía dispuestos hombres, animales y pertrechos —caballos, herramientas, semillas y renuevos de caña de azúcar— para establecerlos en la isla Hispaniola, que fue el primer poblado permanente en el Hemisferio. Trazó su plano rectangular, instauró el sistema edilicio, según las prácticas tradicionales y asignó un puñado de indios a cada colono. Constituyó un modelo social que había de repetirse sistemáticamente en todas las posesiones.

Cuando los conquistadores aparejaban sus veleros para echarse a la mar, poseían nociones vaguísimas del lugar a que iban y de la suerte que se les depararía. En 1550 estos colosos ya habían completado virtualmente la ocupación de un área que incluía la parte sur de Estados Unidos y se prolongaba hasta el centro de Chile y fincado muchas poblaciones que subsisten hasta hoy. Apenas ponían en tierra sus plantas o tan pronto alcanzaban la meta que se habían propuesto, repetían el ritual de Colón.

Puede que sólo levantaran unas cuantas chozas; pero este asentamiento los ponía en situación de reclamar señorío sobre el territorio circundante y más tarde, ampliar sus dominios. Se comenzó a construir México sobre las ruinas de la capital



azteca, en 1521 y poco después se fundaron Quito, en 1534 y Lima, en 1535. Al año siguiente, se intentó disponer Buenos Aires en el estuario del Plata. Lo destruyeron los indios, pero se volvió a reconstruir en el mismo sitio que ocupa actualmente. También con intervalos de un año nacieron (en 1537) Asunción, 1.500 kilómetros aguas arriba de ese río y en el corazón del continente, y Bogotá (1538). Simultáneamente surgió (1538), en los contrafuertes cordilleranos desolados de Bolivia, Sucre, que presume de ser todavía capital. Antes de la vuelta del siglo, aparecieron en seguida Santiago, en 1541; Potosí, el pueblo de las minas de plata, en 1545 y La Paz, en 1548.

Hernán Cortés, el caballero extremeño, merecía su apellido, en cuanto a comedido y educado. Era, además, visionario, corajudo y cruel. Partido de Cuba, desembarcó, al norte de la península de Yucatán, su tropa de 550 soldados, sus 16 caballos y sus arcabuces, sembrando el pánico entre los aborígenes. Nunca habían visto tales barbudos ni tales cuadrúpedos, como tampoco armas de fuego. Procedió a levantar, como si poseyera varilla mágica, la Villa Rica de la Veracruz. Como comenta Schurz, no se habría sentido español genuino si hubiera dejado tras sí un vacío municipal. El notario redactó la proclamación y los artículos de incorporación y los vocó a la soldadesca, junto con los nombres del alcalde y de los regidores. El Padre Olmedo dio la bendición e impetró el favor divino para el pueblo no-nato, se marcaron los límites de una plaza central que se preveía magnífica y de los solares. Ahora se hallaba en condiciones de iniciar las acciones militares.

Parecidamente Valdivia trazó la Plaza Mayor y los cuadriláteros que, al pie del Huelén, serían las manzanas y fijó los puntos en que se habían de levantar la iglesia, la alcaldía y la prisión. Equivalentes de los repartimientos de Cortés, distribuyó tierras y nativos en encomiendas y sentó así las bases de la oligarquía que imperó, en la historia chilena, hasta entrada esta centuria.

En tanto que el primer poblado fijo de la Hispaniola se remonta, pues, a 1493, Plymouth, su homólogo, vino a surgir, en el continente norte, en 1620. Acaso porque provenían de la España aventurera y emprendedora de los Reyes Católicos y de Carlos v, los peninsulares se dispersaron por una superficie de doble tamaño que la europea. Tal vez porque su intención inicial fue avecindarse donde lograrán disfrutar de cierta abundancia y de libertad o porque provenían de la Inglaterra de los Estuardos y de la Comunidad, los Padres Peregrinos y sus sucesores se quedaron en el reborde mismo de la costa. Demoraron tanto en "empujar la frontera" que no alcanzó ésta al Pacífico hasta el siglo xix.

Cierto es que no los embrujó El Dorado y no se tropezaron con los mayas, los aztecas o los incas, cuyas civilizaciones podían despertar la glotonería del más inapetente. No huelga recordar que en los tiempos de Isabel i, que reinó entre 1538 y 1603, los británicos desplegaron sus brazos por casi todo el planeta y gestaron obras cumbres de la literatura cuando eran una nación de 5 o 6 millones de individuos. En cuanto a población rural y analfabeta, su situación era similar a la que ofrece hoy Cambodia y, naturalmente, muy inferior a la de Ceilán y a buena parte de América Latina.

En la América tropical España tuvo el talento de encaramar sus poblados en las alturas y pudo lograrlo, porque se lo permitió la geografía. Esquivó así los inconvenientes y las plagas que eran propios, entonces, de los climas calientes. En tiempos en que los británicos llamaban a sus posesiones del Africa Occidental la tumba del hombre blanco, sus congéneres vivían, con relativa comodidad, en Quito, Caracas o México. En el resto del territorio usó el otro sistema a que se aludió y de regla, estos conglomerados mayores estuvieron asomados al mar.

Puesto que es así, despierta cavilación por qué Pedro de Valdivia decidió fundar

Santiago en un sitio, para Chile, tan mediterráneo. De seguro lo saben los historiadores; pero uno puede darse el lujo de imaginar que era sujeto dado a la calología y se dejó seducir por el placer estético que procuran las perspectivas y sobre todo, la luz de nuestros valles centrales. Sumida en el "brumo", los jóvenes considerarán inverosímil esta interpretación. No saben el privilegio que fue contemplar, a diario, nuestra estupenda cordillera y, a menudo, una atmósfera esplendente. La nostalgia de nuestras montañas suele ser sentimiento punzante durante las permanencias en el extranjero.

Cabe imaginar que estos fenómenos ancestrales tengan algo que ver con el desarrollo inarmónico que se advierte en la América ibérica. Significaría aceptar que hemos heredado el instinto urbano. Se sabe que su población aumenta a una velocidad cercana al 3 por ciento (2,9), que excede a toda otra región mayor del mundo. Pues bien, el 70 por ciento de este crecimiento corresponde a las ciudades, en forma que en ellas se duplicará en menos de 18 años en 7 de nuestros países y en Venezuela, en menos de 10. El 44 por ciento de los argentinos se acumula ya en agrupaciones de más de 100.000 y el Distrito Federal de México, vale decir la megápolis y las localidades adyacentes del área metropolitana, está condenado a albergar, en 1985, 15 millones de sujetos y el 60 por ciento de la producción nacional. Así las cosas, no sorprende que haya unos 4,5 millones de familias vegetando, bajo condiciones subhumanas y que el doctor P. M. Hauser, Profesor de Sociología de la Universidad de Chicago, advierta en su Dimensión Demográfica de la Política Mundial, que nuestras tasas de incremento general, y, sobre todo, urbano, contrarían poderosamente los esfuerzos por impulsar el desarrollo y suscitan la inestabilidad social y política que, en este momento, prevalece en nuestra América.

#### *La megacefalía*

En América Latina el éxodo del campo, que es fenómeno universal, reviste características un tanto peculiares y es mucho más nocivo. Como observa certeramente John V. Grauman, han existido, en la región, los mayores extremos de "urbanidad" y "ruralidad", esto es de contraste entre aglomeraciones cuyo tamaño no se justifica y enorme cantidad de moradores dispersos. Todavía más, algunos núcleos administrativos de cierto tamaño (hasta unos 10 mil habitantes), que denotaban cierta conformación, se han estagnado y disgregado, por efectos del transporte más rápido y mejor. En su expresión, se han "reruralizado". El doctor Juan Hepp, que ha estudiado con prolijidad esta desintegración, en Purranque, habla de la descomposición de las aldeas rurales. De modo general, ese desplazamiento ha sido cosa de este siglo y, probablemente, de los últimos 30 o 40 años, según revelan, entre otras, las encuestas practicadas en el Gran Santiago.

La migración ha sido de una magnitud y de una rapidez inigualadas y el tropismo, ejercido por una ciudad, generalmente la capital y no por varias. Ocorre así que Santiago, que, con arreglo a los censos de 1875 y de 1952, reunía el 6 y algo más del 25 por ciento de los chilenos, alberga ya más de un tercio de todos los habitantes. De acuerdo con las proyecciones de población, ha de tener, hacia el 30 de junio de 1966, 3.090.000 individuos y Chile, 8,9 millones. Entre esos dos censos (1875 y 1952) la metrópoli se multiplicó once veces. Desde esa fecha y hasta 1920, estuvo creciendo alrededor de 2,4 por ciento frente a 1,4 para el país; en el segundo período (1920-1960) los ritmos fueron 3,2 y 1,8 por ciento, respectivamente. Algunas comunas lo hacen a velocidad de 10 por ciento y más. De las ciudades que le siguen en tamaño, ninguna alcanza a los 500 mil y entre las que exceden de 100 mil se cuentan únicamente Antofagasta, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción y Talcahuano.

Procede observar, al propósito, que el proceso de industrialización cobró vigor

a partir de 1940, en tanto que el acceso a la ciudad y el gran impulso demográfico se habían desencadenado 10 o 20 años antes. En predominio tan exagerado de la metrópoli debe haber influido, seguramente, el sistema colonial de los españoles, para quienes ella tuvo un carácter fundacional, concentró el poder político y económico y ostentó el cetro intelectual. Conservando tercamente estos privilegios, se les ha agregado, con el andar del tiempo, la hegemonía comercial e industrial y se han convertido en bombas tremendas de succión, que desangran los territorios. Da la sensación de que en ella continuaran residiendo los colonizadores y los demás compatriotas ("los provincianos") fueran súbditos suyos. Como en Chile, las capitales albergan corrientemente dos y más veces el número de habitantes respecto a la urbe que les sigue en importancia.

Se hallan así, en Montevideo, cerca de la mitad de los uruguayos; en Buenos Aires y Santiago, un tercio de los argentinos y de los chilenos; en La Habana y Panamá, un cuarto de los cubanos y panameños y en Caracas, Lima, San José y Asunción, cerca de un quinto de los venezolanos, peruanos, costarricenses y paraguayos. Sólo hacen excepción a la regla Brasil, Ecuador, Haití y, en cierto grado, Colombia. Si prevaleciera en Estados Unidos un régimen semejante al uruguayo, Washington debería contener más de 90 millones de americanos.

Por efectos de dicha succión, hay hoy diez urbes con más de un millón de habitantes de las cuales sólo dos (Río de Janeiro y São Paulo) no son ahora asientos de gobierno y en circunstancias que, en 1930, únicamente Buenos Aires había adquirido esa magnitud. En general han estado creciendo a una tasa aproximada de 6 por ciento al año y Lima tiene en la actualidad más del triple de los habitantes que registró el censo de 1940. Mientras tanto Río de Janeiro y São Paulo han sobrepasado ambas de los 5 millones. Caracas, que es la que corre más velozmente, se multiplicará por dos en menos de un decenio. Las metrópolis acapararon así 9 millones de los 50 millones que se agregaron a la América Latina, entre 1950 y 1960. La expansión ha sido teratológica y las naciones se han hecho macrocefálicas, con evidente perjuicio para el progreso.

A consecuencia del crecimiento desenfrenado y del éxodo del campo, 25 millones de esos 50 millones fueron a engrosar, en el decenio, la población urbana cuyo abultamiento fue, en México, de 61 por ciento y en Brasil, de 70 por ciento, frente a 16 y 18 por ciento, respectivamente, para los habitantes rurales. En la misma década se duplicaron Fortaleza y Belo Horizonte y el Partido de Matanzas —una de las divisiones administrativas de la media luna que queda con la espalda al Río de la Plata, en el Gran Buenos Aires— aumentó en 310 por ciento. En términos generales, el crecimiento de América Latina es de 3 por ciento; pero la población urbana aumenta a razón de 4,5 por ciento y apenas de 1,5 por ciento, la rural. De consiguiente aquella subió, en la región, de 39 a 50,5 por ciento, esto es, 11,5 puntos entre 1950 y 1965.

Hubo alzas superiores al promedio en Venezuela (de 49 a 67 por ciento), Colombia (de 36,5 a 50,5), y apenas menores (alrededor de 13,5 por ciento), Uruguay (que alcanzó ya 82,5 y tenía 79 por ciento), Costa Rica (30 a 34 por ciento) y El Salvador (de 27,5 a 30 por ciento); pero todas ellas, sin excepción, han concentrado sus habitantes en ciudades. En 1965 las agrupaciones de población urbana —que pueden medir el grado de progreso económico— eran de 50 por ciento en catorce países nuestros. Iban desde un máximo en Uruguay hasta 25 por ciento en Honduras y 15 en Haití. Argentina, Cuba, Chile y Venezuela tenían entre 55 y 81 por ciento.

En buena parte esta "urbanización" progresiva es la resultante de la migración profusa hacia la urbe, que es irreversible e ineluctable, salvo en períodos de catás-

trofe, como el que siguió a la revolución rusa de 1917. Parece tan inexorable como para que ecosoc (Comisión Económica y Social de Naciones Unidas) la compare con las que emprenden los roedores del Artico. Según el propio ecosoc (Social Aspects of Housing and Urban Development) amenaza generar ciudades arrabales con algunos bolsillos de residentes prósperos. Harrison Brown, el célebre geofísico, que ha hecho las predicciones más justas y mejor fundadas sobre el curso de los acontecimientos futuros y la posible capacidad del planeta para sustentar los incrementos de población, formula prevenciones similares. Dice así que, no obstante sus recursos potenciales, América Latina corre el riesgo de convertirse, por efecto de estos incrementos y de ese desplazamiento, en los próximos cien años, en un enorme arrabal urbano y rural. Sería la *oecumenopoli* o ciudad universal, que anuncian algunos.

Desde un ángulo el mecanismo de estos fenómenos demográficos resulta perfectamente comprensible. En 1900 América Latina debe haber contenido unos 45 millones de habitantes, esto es un 2,7 por ciento de la humanidad. En 1960, superó, por primera vez, a Norteamérica y sus 220 millones representaron ya el 7 por ciento. Actualmente los 248 millones sobrepasan a los habitantes de ese continente —215 millones, de los cuales nueve décimos corresponden a Estados Unidos y el resto, a Canadá— y aun a la Unión Soviética, que registra 234 millones. A la velocidad acelerada de hoy, la población podría triplicarse, hacia el fin del siglo y ser de unos 725 millones. En este lapso Europa habría aumentado en un tercio.

Expresado de otra manera, la razón de iberoamericanos habrá llegado así a uno de cada 10 individuos de la especie o menos, en tanto que era de uno por 37, en 1900 y de uno por 14 o 15, en 1960. La tasa de crecimiento (3 por ciento) sólo ha sido excedida, a lo largo de toda la historia del hombre sobre la tierra, por Estados Unidos, en el corto lapso de 1790 a 1860 —en que hubo, además, gigantesca inmigración— e importa que se incorporen cada año a nuestro grupo más de 7 millones de personas, esto es algo menos que todos los cubanos.

Para peor son marcadamente relativos los desplazamientos a que se aludió. Desde luego los inmigrantes extranjeros determinaron la elefantiasis temprana de Argentina a tal grado que, en 1940, la mitad de los varones mayores de 20 años de Buenos Aires habían nacido fuera de la nación. Internamente abandonan la aldea los jóvenes y vigorosos, que tienen alguna iniciativa e instrucción, determinando, en el agro, un deterioro cualitativo. Predominan las mujeres, al punto que, en la muestra que CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) recogió, en Santiago, eran ellas 100 por cada 71 varones y el índice de masculinidad de la población encuestada resultó de 86. Los migrantes no dejan atrás el campo propiamente tal, puesto que los dos tercios provenían de núcleos de más de 5 mil almas y del agro, sólo el 13 por ciento, no obstante representar el área rural, eliminada la capital, 50 por ciento de la población, en 1952.

#### Los espacios vacíos

Parece paradójico que estos incrementos de población, por espectaculares que sean, impliquen calamidad mayúscula para territorios donde hay millones de acres de tierra virgen. Brasil, que posee un medio continente, tiene, a su vez, la mitad de su superficie casi totalmente desocupada. En Venezuela hay provincias con densidad de menos de un habitante por kilómetro cuadrado. En Argentina terminó la época de la frontera agrícola y, sin embargo, la gente abandona el campo a borbotones. En las naciones andinas se advierte cierta tendencia al desplazamiento desde las tierras altas hacia los valles de la vecindad. Se ha intentado establecer en ellos —Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela— como asimismo en México y América Central, algunas colonias con éxito incierto. Ahoga el esfuerzo,

sin embargo, la corriente arrolladora de gente que desemboca en la ciudad y se suma al pauperismo de la población callampa o marginal.

Una simple ojeada al mapa permite percatarse de que nuestras poblaciones están anormalmente concentradas en las tierras altas y a lo largo de las costas, dejando espacios vacíos de tamaño colosal. Hecho tan conspicuo ha constituido, entre otros argumentos, el más aparatoso para sustentar que la inundación de gente, que terminará por invadirlos, es una bendición del cielo. Subsisten dichos territorios deshabitados, porque no se dispone de los medios ingentes que exige, por lo común, dicha explotación y así lo demuestra el antecedente de que la migración interna sea eminentemente centrípeta. Hay razones poderosas para sustentar que dicha distribución no emana del azar ni menos de la carencia de espíritu de empresa y aventura.

Esos terrenos baldíos opondrían enormes dificultades de orden edafológico: serían tierras pobres y agotadas o carentes de humus. Existiría, además, el problema tremendo de los ríos tropicales, que ocasionarían mucho más daño que beneficio. Se ha calculado que el Amazonas aporta un quinto de las aguas que contienen todos los océanos del planeta y que los tres sistemas —el suyo, del Orinoco y del Magdalena— serían tan torrentosos e inmanejables que resultarían más arduos de domeñar que el Mississippi. Con su enorme potencia, sólo ahora está logrando Estados Unidos meterlo en vereda. Otros expertos contemplan el asunto con optimismo. No procede, en todo caso, penetrar en la controversia, porque, según parece, los pasos del progreso deben orientarse en otro sentido.

La magnitud de esos espacios baldíos queda de manifiesto asimismo si se atiende a que el conjunto de 28 naciones y territorios de nuestra América —tomada en sentido más amplio— posee, aproximadamente, el 12 por ciento del territorio mundial y poco más del 10 por ciento de la población del planeta. Al mismo tiempo, su producto doméstico bruto es apenas el 6,5 por ciento del gran total. Kingsley Davis contrasta estos guarismos para desbaratar el mito de que las tierras nuevas y el acopio de recursos naturales explicaría la prosperidad rápida de Canadá o de la Oceanía.

Con mucha sagacidad anota que la Argentina y Australia, como también Nueva Zelandia y Chile ofrecen semejanzas entre sí, en cuanto a geografía y otras circunstancias y, sin embargo, el ingreso per cápita de Australia es 2,5 veces mayor que el argentino y el de Nueva Zelandia, 3,5 veces superior al chileno. Puede que esa misma prodigalidad de tierra y de recursos —agrega Davis— sea causa de que no nos hayamos preocupado antes de frenar la natalidad y haya adormecido el afán de adquirir educación y competencia técnica, de crear las instituciones, de organizarnos y de disciplinarnos de modo que permita explotarlos eficazmente. La abundancia sólo nos ha servido para mantener más gente a nivel de mera subsistencia.

Es de significación enormemente mayor que la expansión de nuestras ciudades no guarde relación consistente con el crecimiento de la manufactura, las acumulaciones de capital y las ganancias en la productividad agrícola; que la tenga inversa con el porcentaje que esos productos manufacturados representan en el doméstico total y relación directa, en cambio, con los individuos activos que se encargan de la producción primaria. Dicho de otro modo, la urbanización, que, en las naciones acaudaladas o afluentes —en la expresión de Galbraith— sigue y es también consecuencia de los progresos tecnológicos y de la prosperidad. La máquina destruye la autarquía del grupo familiar e induce a los hombres a vivir en colectividades, a fin de organizar empresas. Simboliza, pues, el señorío del hombre sobre el medio y los recursos.

*Los cinturones de miseria*

Como en los nuestros sobrepaja al desarrollo industrial y a dicha formación de empresas, representa, en cambio, la traslación de la pobreza rural, que se injerta en la urbe y viene a conformar en ella masas inorgánicas de sujetos indigentes y desamparados. Sus componentes se hallan en un limbo entre los órdenes sociales tradicional y moderno y, con sobrada razón, generan hervideros de inquietud social y subversión política. Lejos de constituir expresión de dicho dominio de los recursos y sobre el medio traduce el fracaso o el desfallecimiento de las medidas nacionales que persiguen la elevación de los niveles de vida. Contribuyen, además, a agravarlo.

Se han perfilado así, en nuestras veinte repúblicas, los cinturones de miseria que alcanzan hoy su máximo en Buenos Aires, Cali, Lima, México, Río de Janeiro, São Paulo y Santiago; pero existen asimismo en sitios tan dispares como La Paz y Puerto Príncipe. Se les llama villa miseria, en Buenos Aires; barriadas, en Lima; cantegriles, en Montevideo; *villas de calocas*, en Puerto Alegre; *favelas*, en Río de Janeiro; *bidonvilles*, en Puerto Príncipe; callampas en Santiago y de otros modos. Son las chozas que coronan de vergüenza a Caracas, al decir de Lleras Camargo, y esas denominaciones son etiquetas diferentes de una misma realidad.

Estas poblaciones marginales o irregulares, que importan evidentemente la tragedia mayor, sumarían ya cerca de 30 millones y representarían, en algunas, el 20 y aun el 30 por ciento de los habitantes de ciudad. Se ha aseverado así que, en el Distrito Federal de México, que se abultó en 16 por ciento, entre 1940 y 1950, el 34% ocupa tugurios, o sea piezas individuales que se abren hacia un patio interior o hacia un pasadizo y el 11%, en jales arrendados, esto es, en ranchos fabricados con material de desecho. En Colombia el 42% de los cobertizos carecería de agua intubada y el 72,3%, de alcantarillas. En América Latina dispondrían de ese primer servicio, según la Organización de Estados Americanos (OEA), apenas 68 millones de residentes urbanos y 23 millones de rurales, o sea bastante menos de la mitad general. Se habrían instalado, entre 1950 y 1960, 21 millones, en tanto que los individuos aumentaron en 30 millones.

Si bien esas masas inorgánicas pueden representar, en el futuro, reservorios copiosos de mano de obra barata, el conglomerado cívico no es capaz ahora de absorberlas. Sólo unos pocos sujetos se incorporan a actividades realmente útiles y la mayoría soporta, a regañadientes, su situación precaria en la esperanza de tiempos mejores. Vinieron huyendo de una economía de mera subsistencia y atraídos por el espejismo de la urbe, que ofrecería salarios altos, seguridad y expectativas de ascenso. Como entre ellos abundan los varones jóvenes, se agrega un factor de turbulencia a un estado caótico de por sí. Privados de sujeción y de la protección que ejercía la familia, mal comidos y peor alojados, apretujados entre extraños y con oportunidades escasas e irregulares de empleo, predominan las violencias, los crímenes y hasta la sedición.

Con el nombre de promoción popular se despliegan, en Chile, esfuerzos teso-neros de organización de la comunidad. Como han de tener éxito, adolecen del serio defecto de que radican, sin razón de ser, a la gente donde está y hacen el sitio más atrayente para otros forasteros. Crece así el tumor maligno y se hace infiltrante. Contribuyen también a exagerar la macrocefalia del país y contrarían la política que podría consistir en la creación de centros de actividad industrial y de otro orden en distintos puntos del territorio, de modo que las naciones crezcan más homogénea y orgánicamente. Extrayendo el vocablo de la jerga sanitaria, el autor denomina "continentalización" al proceso que consistiría en distribuir más regularmente a los habitantes. He aquí el símil. En condiciones primitivas, los salvajes tropicales viven en las cumbres, porque en ellas el clima es más tolerable

y no los acosan los mosquitos y otras plagas. A medida que se les sanean los faldeos y el valle, se van desplazando hacia abajo y terminan por ocupar la región habitable: se han "continentalizado".

Es errado creer que a esos cinturones de miseria se incorpora porcentaje importante de los forasteros, que son, por otra parte, mucho más numerosos. Según las investigaciones que el mismo CELADE realizó en el Gran Santiago, se reparten por toda la ciudad y, curiosamente, una proporción algo mayor remata en el Área Oriente. El excedente está formado, principalmente, por las mujeres que se emplean como domésticas en las casas de las familias pudientes de ese sector. En cambio las callampas contienen buen número (unos dos tercios) de residentes antiguos de la capital, que pertenecen a las estratas más bajas y que la urbe ha rechazado. Se les podría calificar de parias. Es hecho sabido que dichos forasteros van a engrosar, preferentemente, las ocupaciones de servicios menores y con mínima productividad.

Según un estudio anterior del propio CEPAL, más de un tercio de los habitantes de poblaciones irregulares del Gran Santiago nació fuera de la ciudad y el 51 por ciento es menor de 15 años (frente a un 39 por ciento o menos para el país). A cada mil activos (15 a 64 años) corresponden 1.118 pasivos frente a 686 que es la tasa general. De otro lado los trabajadores por cuenta propia —jardineros, lavanderas, vendedores ambulantes— que traducen subocupación o desocupación disfrazada son tan numerosos como los obreros asalariados. El 5 por ciento de los individuos busca ocupación (frente a 1 por ciento para el resto de los santiaguinos); hay un número tres veces mayor de parados, y el analfabetismo (absoluto y funcional) alcanza al 59 por ciento.

El desarrollo de la ciudad exige inversiones ingentes en edificios, escuelas, caminos, alcantarillados, agua potable y otras dotaciones. El crecimiento tan desorbitado de la población en general y particularmente de la urbana y el abultamiento de los cinturones de miseria, exige expandir los servicios públicos más allá de toda prudencia y acarrea complicaciones en la producción y en la distribución de alimentos y de vestuario. Explica, además, que se estime en 25 a 30 millones de unidades el déficit de viviendas y su aumento, en un millón por año. Para atenuarlo solamente se requeriría gastar unos dos mil millones de dólares al año y para suministrar los servicios de saneamiento básico y de electricidad, unos 300 millones de dólares en los mismos períodos. Basándose principalmente en el Censo de las Américas de 1960, la Unión Panamericana calculó que sólo la mitad de las existentes tiene las condiciones requeridas y que precisa reemplazar el 85 por ciento de las que ocupa un 80 por ciento de los habitantes. Podrían restaurarse unos seis millones más. Según don Eduardo San Martín, no está incluido en ese déficit la necesidad de procurar techo al enorme grupo de los allegados.

Casi todos estos dineros deben provenir de las arcas fiscales. Como ha dicho Urquidí, el sistema de precios de las habitaciones respondía aproximadamente, en otros tiempos, a las necesidades; pero la multiplicación desenfadada de las necesidades más la inflación, que suele complicarse por la congelación de alquileres, ha hecho que la construcción caiga enteramente en manos del sector oficial o precise de considerables subsidios.

Si se quisiera que tenga habitación propia el 80 por ciento de los moradores de la ciudad y el 60 por ciento de los rurales, habría que construir anualmente —a juicio del doctor Manuel San Miguel, Director Ejecutivo del Banco Mundial— 12,6 y 4,6 viviendas por mil habitantes, respectivamente, con un promedio de 8 por mil. Se agregarían así anualmente 1.850.000 unidades, en la década de 1960 a 1970. Como transcurrió ya una mitad del decenio, ese esfuerzo debería ser todavía más

titánico. Como anota la Organización Internacional del Trabajo, prevalece aún en el campo el rancho pajizo de origen precolombino, destartado, con piso de tierra amojonada y sin higiene ni protección.

*Ecología de  
la ciudad*

Hace más de 40 años, el profesor Eugenius Warming, de Copenhague, demostró que plantas de diferente especie suelen asociarse y constituir comunidades, que, como los animales, crecen, se desarrollan y se desmembran. Sus investigaciones estimularon el interés por la ecología social, o sea, por el estudio de las relaciones del hombre con su prójimo y con la comunidad donde transcurren sus días. Al fin y al cabo vivimos juntos y, a la vez, tan separados, que frecuentemente no conocemos a nuestros vecinos y que no faltan eremitas en medio de la multitud.

Tan pronto como el trabajador rompió la crisálida y se vio obligado a tratar sus servicios fuera del hogar, que dejó de ser autárquico, se arraigó el germen de las ciudades modernas. Según adelantamos, algunas nacieron en forma de agrupaciones de viviendas alrededor de la mansión del príncipe para aprovechar la protección de su fortaleza y de las murallas, o en forma de mercados, o como sede del gobierno o de un episcopado. No obstante la magnificencia de sus foros y de su Coliseo y que fueron excelentes sus sistemas de provisión de agua de bebida y para la eliminación de desechos, Roma tuvo dificultad para mantener su esplendor. Los individuos tendían espontáneamente a segregarse en la quietud de sus propiedades agrícolas y acaso con Vicuña Mackenna, Santiago dejó de ser un sembrado de heredades. Como anticipamos también, resultaba inconcebible, en tiempos antiguos, una ciudad que no fuera sustentada económicamente desde afuera y la costumbre de la contribución o del impuesto municipal es bastante reciente.

La ciudad no es un mero conglomerado de individuos. Tiene su metabolismo y absorbe y asimila algunos sujetos mientras rechaza o elimina a otros. Crece armónica y pausadamente o a considerable velocidad; pero suele también languidecer, desintegrarse y morir o ser asesinada. Pompeya lo fue por el Vesubio, mientras Roma, con alternativas, ha resistido la embestida de los siglos. São Paulo, México y Caracas caminan a zancadas, Boston parece tener su propio ritmo y Copiapó decae dignamente.

Esta misma ecología social ha procurado describir y analizar las estructuras —la anatomía— y pretende distinguir dos tipos más característicos: radial, uno y cuadrangular, el otro. El Kremlin es el centro de gravedad de Moscú, como lo es la Asada de Chicago y si bien parece que Viena resultó de la congregación de 21 distritos, los anillos representan rasgos esenciales de su anatomía. Los chinos y los mongoles trazaron sus ciudades en cuadriláteros, en tanto que de Los Angeles se podría decir —parafraseando a Pirandello— que da la sensación de varios pueblos en busca de una ciudad.

Las regulaciones españolas de la colonia establecían que nuestros poblados debían estar constituidos por cuadras, que habían de tener 150 varas por lado. Para que practicaran ejercicio los soldados, se disponía una plaza de armas, donde estaban la catedral, la residencia del gobernador y algunas oficinas principales. Trazadas a lienza y escuadra, las calles "derechas" desembocaban en las puertas y caminos principales y las "atravesadas" las cortaban en ángulo recto. Unas y otras eran paralelas y solían estar orientadas según los puntos cardinales. El residente del "barrio alto" de Santiago sale y vuelve a su hogar con el sol a la espalda.

En obediencia de esas disposiciones, midió Pedro de Valdivia sus 25 manzanas y las dividió en cuatro solares para distribuirlos entre sus soldados. Como tenían 40 varas de frente hacia esas calles derechas, o sea hacia las que se extienden



de oriente a poniente y 75 de fondo, resultaron enormes y se ahuecaron, por efecto de la desaparición de las casas de 3 patios y de los huertos interiores. Por lo demás, las disposiciones del conquistador fueron, evidentemente, olvidadas con el correr del tiempo, puesto que una de las obras más meritorias de Vicuña Mackenna consistió, en el último cuarto de siglo pasado, en abrir las calles "tapadas". Estaban obstruidas por propiedades desmesuradas, que eran conventos, en su mayoría.

El corazón de una ciudad está constituido por su centro comercial, que se asienta habitualmente en la parte donde confluyen las líneas de comunicación. Allí transita el mayor número de individuos y allí la propiedad adquiere sus valores más altos. Sólo por accidente se han agregado también a él las actividades financieras en Santiago, en tanto que *Wall Street*, en Nueva York y *The City*, en Londres se hallan a apreciable distancia de Time Square o de los grandes emporios de la capital inglesa. La zona del comercio es ordinariamente desertada cada noche y tiende a crecer hacia arriba más que horizontalmente. Cuando la ambición municipal o de los empresarios empina aquí los rascacielos demasiado pronto, puede ejercer succión sobre el medio circundante y en muchas poblaciones se ve un puñado de grandes edificios circundado por construcciones relativamente insignificantes y aun derruidas (*blighted areas*).

En las urbes de entidad existe comúnmente, alrededor de dicho corazón, la zona llamada de transición. La forman residencias, que fueron suntuosas y que van decayendo, porque sus dueños saben que, en terrenos que la plusvalía encarece desorbitadamente, no podrán mantenerse y las dejan deteriorarse. Mientras las invade el comercio, desde adentro y las industrias, desde afuera, se instalan aquí pensiones y hoteles o negocios de categoría inferior. En esta zona de transición hay frecuentemente muchos solteros y más varones que mujeres, como también mucha población flotante. Aquí están los *ghettos* y *Greenwich Village* y abundan la bohemia, las almas perdidas, los crímenes y las tragedias, grandes o pequeñas, como también las enfermedades venéreas.

Los extranjeros recientemente vecindados suelen domiciliarse en esta zona de transición y establecer en ella pequeños comercios de fortuna. Así parece ocurrir en Santiago, donde no es fácil, en cambio, distinguir —como en otras partes donde la inmigración es más considerable— barrios especiales: *Chinatown*, *Little Sicily*, etc. Se asevera, sin embargo, que, en nuestra capital, prevalecen los venidos del Medio Oriente ("turcos") en Recoleta y se agruparía otro grupo social, en las proximidades del San Cristóbal. Es sugestivo que aquí (Distrito 40) se observan las características propias de los sectores más prósperos, que el cáncer sea la primera causa de defunción y segunda, las muertes violentas (accidentes, suicidios y homicidios).

En los círculos exteriores y más o menos concéntricos, se sitúan las casas y departamentos de habitación, que suelen disponerse de modo que son tanto mejores cuanto más periféricos. En las grandes metrópolis de hoy, la familia rica y el hombre de éxito suelen desplazarse hacia los confines y el concepto de suburbio en Norteamérica es diametralmente opuesto al nuestro. Rodeando esta zona residencial está la de penumbra, o sea aquella en que la propiedad agrícola sólo se ha fragmentado parcialmente y comienzan a aparecer las residencias y un esbozo de desarrollo municipal.

Todavía más distantes, se dispersan los "suburbanistas" que, al decir de alguien, se trasladan, cada día, del sitio donde no quieren trabajar a aquel en que no quieren residir. Usadas generalmente como dormitorio, estas poblaciones satélites

*El corazón y  
las zonas*

llegan a convertirse, a veces, en otras ciudades y se va conformando un sistema planetario más o menos complejo. En Escandinavia se advierte cómo se han ido constituyendo multitud de villorrios de algún tamaño. Cuando rebasan de cierta magnitud, los impuestos municipales se hacen demasiado onerosos e inducen a sembrar la semilla en otro lado.

En las grandes urbes ocurre también que algunos barrios adquieren mayor impulso y remedan, en su evolución, el proceso que sufre la ciudad misma. Se hacen así autosuficientes. De seguro muchísimos londinenses o parisienses sólo llegan, de tarde en tarde, hasta la *Place Vendome* o hasta *Selfridges* y en Santiago, las señoras que habitan en Providencia o Ñuñoa y en otras comunas pueden hoy abastecerse sin necesidad de salir de sus límites. Los comerciantes piensan ahora que no conviene seguir agrandando las enormes tiendas de departamentos, sino diseminar más bien las sucursales y algo parecido están haciendo los bancos comerciales.

En tiempos recientes algunas ciudades y muchos pueblos han sido planeados previamente. El ejemplo más conspicuo está representado por Brasilia, que Kubitschek levantó, con el propósito de abrir el territorio. Son también ejemplos Canberra en Australia y Nueva Delhi, en India y en época más alejada, Washington, que proyectó originalmente Pierre L'Enfant, bajo la inspiración de Washington y Jefferson. El sitio había sido una vega palúdica. Habiendo constituido fortaleza y formado parte del sistema defensivo del norte de Francia en la época del Imperio Romano y aun siglos después, París se transformó profundamente por la acción del Barón Haussman, en el período de Napoleón III. Su obra debe haber inspirado fuertemente a nuestro Haussman, Vicuña Mackenna, a juzgar por la manera como concebía Santiago y como lo transformó. En Rothenburg y Nüremberg, en Alemania y Carcassone, en Francia, quiere uno creer que dominó el sentido pintoresco. El espectáculo corriente a que da lugar la combinación de sus murallas, el campanario, el palacio del príncipe y la fortaleza persisten en la retina del viajero.

Según la historia, Kahun, que se erigió, en Egipto, para albergar, del modo más económico, a los obreros que construyeron la pirámide Illahun, fue, con anterioridad al año 3000 A. C., el primer poblado que se proyectó anticipadamente y tuvo la misma conformación de parrilla o de tablero de ajedrez que, después, se ha repetido tantas veces. Fueron asimismo planeadas Nínive, Babilonia, Pireo, Alejandría y muchas otras. Cuando Grecia cruzó los Alpes, según el comentario de Erasmus, o sea cuando se inició el Renacimiento en la Europa occidental, se reconstruyeron algunas ciudades según el concepto aristoteliano del hombre magnífico. Aparecieron así los palacios imponentes, los jardines extensos y las grandes avenidas por las cuales discurrían las procesiones y los desfiles de considerable boato. En 1703 Pedro el Grande levantó San Petersburgo y los príncipes comerciantes dispusieron Amsterdam con canales simétricos. Aquí se advierten aún, en las partes altas de las casas situadas en ambas riberas, los vástagos que sirvieron para amarrar los cables y las roldanas con que izaban las mercaderías desde las embarcaciones hasta las bodegas en sus propias viviendas.

El incendio colosal que arrasó Londres permitió a Cristóbal Wren proponer su reconstrucción, evacuando las industrias y trazando cables radiales y amplios y la profusión de parques, que resulta hoy tan impresionante. De idéntica adversidad sacaron partido, siglo y medio más tarde, Chicago y Detroit. Como demuestra la Europa actual y también Japón y Chile, los bombardeos y los terremotos han hecho posible y, a la vez, obligado a impulsar empresas de renovación. Ninguna parece más atrayente que la de Coventry, la aldea mártir.

Dijimos, en resumen, que en las urbes que evolucionan sin planeo suele poder distinguirse un corazón, constituido por el comercio y, principalmente, el minorista; lo encierran, en círculos concéntricos, las zonas de transición, residencial y de penumbra. Santiago pudo ser el arquetipo de la urbe que se desarrolla orgánicamente y sin planeo, si no mediaran las incongruencias del sistema de transporte, la moda y las cajas de previsión. En verdad resulta inconcebible el absurdo de que, entre nosotros, el periódico sea más caro que la movilización y al capricho cabe atribuir que se hayan dejado desfallecer los barrios occidentales —donde la urbanización es bastante satisfactoria— para engrosar la marcha hacia el oriente. En esta interpretación, las "Cajas" han actuado por deserción, acentuando los procesos de sobrevalorización de los terrenos más estimados y rehusando contribuir a que la capital progrese más homogéneamente.

Por efecto de los dos primeros mecanismos —transporte y moda— se explica probablemente que los círculos de casas de habitación no sean regularmente concéntricos, sino que el más exterior esté representado por los barrios del oriente y el más interno, por el sector noroccidental. A que no hubo un plan general y que anticipar para la evolución a largo plazo, puede seguramente achacarse la circunstancia desgraciada de que los tres poderes del Estado, los servicios mayores de utilidad pública y muchas instituciones de primera importancia se amontonan en el espacio de unas cuantas cuadras. Seguramente facilitan la tarea de los receptores y de los mensajeros o de los estafetas, como acostumbramos llamarlos; pero generan problemas de estacionamiento y congestión de tránsito y contrarian los procesos de desarrollo homogéneo. Número apreciable de los santiaguinos se dan cita o se van de bruces, cada mañana, en el espacio de esas cuantas cuadras, donde se sitúan la Moneda, los Ministerios, el Parlamento, los Tribunales, los Juzgados, la Universidad de Chile, la Bolsa y buena parte del comercio, mayorista y minorista.

A subvencionar el ferrocarril subterráneo (*subway* o *underground*, en la expresión inglesa) la Municipalidad de Nueva York destina un ítem considerable del presupuesto y, sin embargo, viajar en él, dentro de la ciudad, cuesta unos \$ 900; tanto o más vale el pasaje de ómnibus, siendo que tanto el vehículo como los repuestos se originan en el país y el combustible es también nacional. Como no contamos con un metropolitano, elevado o subterráneo y entre nosotros dicho pasaje importa menos que "El Mercurio", no existe posibilidad alguna de disponer de movilización racional. Porque no son remunerativas, no pueden prosperar las empresas de transporte —desde el tranvía, que ha desaparecido, al automóvil de alquiler— el ciudadano prefiere residir en la proximidad de donde trabaja, aunque sea en una población callampa. Algo semejante ocurre en Río de Janeiro, donde son proverbiales esas dificultades y las congestiones de tránsito. Las *favelas*, que son equivalentes de nuestras poblaciones callampas, se despliegan en las colinas que están bastante próximas del centro de la ciudad.

Santiago tiene su centro comercial, que se extiende más bien hacia arriba y donde el valor de la propiedad está llegando a la estratosfera. No hay en él más tiendas grandes de departamentos, porque los sueldos de los vendedores resultan muy onerosos, a consecuencia de las leyes sociales; pero se multiplican, en cambio, los negocios minúsculos. Algunos son insignificantes al punto que el observador se pregunta cómo obtienen utilidad. Como requieren vidrieras, se están popularizando las galerías, según era de prever. Nuestra ciudad posee también su zona de transición y las residencias de nuestros abuelos están hoy arrendadas por piezas, han sido carcomidas por el comercio, desde adentro y por la industria, desde afuera.

Posee asimismo su círculo de casas de habitación y, ortodojamente, Providencia, Ñuñoa y distantes están adquiriendo más auge que los próximos. Esta fuerza centri-

fuga no actúa homogéneamente, porque los menos adinerados se suelen desplazar hacia La Cisterna y, en todo caso, el occidente y el norte tienen tropismo negativo. Más hacia afuera de dichos círculos, se halla la zona de penumbra, donde las propiedades rurales ya se han dividido considerablemente, pero están ocupadas en proporción relativamente mínima.

En las ciudades cabe reconocer otras zonas naturales, como las que surgen en las proximidades de los puertos y a lo largo de las vías férreas y de los caminos. El Mapocho no es el Tamesis, a cuyas orillas se alinean incontables actividades, ni el Hudson con sus dársenas, sus mercados y sus restaurantes de categoría inferior. Tiene, en cambio, líneas de ferrocarril con desvíos y bodegas, donde se advierte también el predominio relativo de la población joven y de sexo masculino, como también de muertes violentas. Igual que en otras urbes mayores, se han establecido industrias importantes a la vera de los caminos principales y en ellas existen también las herrerías, las cocinerías y otros negocios modestos, que sirven de *pie à terre* para quienes vienen a traer sus productos. Naturalmente las herrerías han sido reemplazadas, en alto grado, por los talleres para la reparación de automóviles. Es hoy impresionante el número de vehículos que se congrega, a ciertas horas del día, en las proximidades de la Estación Central. Van a repartir esos productos y, principalmente, los que vienen por vía férrea.

Dicha distribución de sexos es característica de esas zonas (del ferrocarril, del puerto, del matadero y dondequiera haya industrias pesadas) y contrasta con los sectores que contienen fábricas de textiles y otras empresas que ocupan mayor número de mujeres. Según dijimos, predominan éstas en las ciudades, en general. Dista mucho, sin embargo, de ser regla absoluta. En naciones de desarrollo más incipiente, el varón suele venir sólo a aventurar en la urbe y después, trae o no a su familia. Venciendo dificultades, el campesino casa precozmente y no permanece tampoco viudo. Las jóvenes, que, en el medio rural, gozarían de mejores expectativas matrimoniales, se vienen a la ciudad —a menudo con este propósito— y se ven obligadas a traspasar vallas sociales y culturales para encontrar marido.

En Santiago hay unas 100 mujeres por cada 80 varones y la desproporción se anula o se invierte en los distritos de la Estación Alameda y donde se hallan la Cárcel, la Penitenciaría y algunos regimientos. Se sabe que en la ciudad hay menos dependientes (niños y ancianos) en relación con la población activa que en el campo. En la primera abundan los individuos de 20 a 35 años y en el segundo y en los pueblos, habitan más viejos. En los países avanzados, proporción importante de individuos se cría en el campo, se educa y trabaja en la ciudad y descansa en las aldeas.

A partir del censo de 1940, ha habido mayor crecimiento porcentual de las viviendas que de los habitantes y consecuentemente, ha disminuido en aquéllas la densidad. Sin embargo, no fluye de este dato que el problema respectivo tienda a mejorar, puesto que seguramente ocurra al revés. Revela sólo que la tribu chilena se ha desperdigado y la familia patriarcal con sus enormes solares ha sido reemplazada por la conyugal. El número de unidades de vivienda sólo ha disminuido realmente en la zona de transición.

Las células de los organismos se multiplican a muy distintos ritmos. Asimismo, la población no aumenta uniformemente y por eso, las estimaciones que uno se ve obligado a intentar en años intercensales, están plagadas de errores, tanto mayores cuanto más tiempo ha transcurrido desde el último recuento. Para paliar el inconveniente, los estadísticos están procurando dividir las ciudades en áreas de censo (*census tracts*). Procuran que sean homogéneas en su composición; que abarquen entre 3.000 y 8.000 individuos e idealmente 5.000, que tengan límites bien definidos,

y se mantengan estables de un censo a otro. Los distritos, que son divisiones políticas y administrativas, no llenan estos requisitos porque han sido establecidos sin cuidar la homogeneidad.

Para que las áreas de censo sirvan cumplidamente sus propósitos, deben ser aceptadas y utilizadas por todas las instituciones y agencias que se ocupan de grupos humanos. Nacidas del trabajo de servicio social y de las parroquias, el sistema ha demostrado ser útil, no sólo para los estudios de delincuencia infantil o de organización de la comunidad, sino también para fines demográficos. Coinciden con la idea moderna de desarrollar la ciudad por vecindarios, cada uno de los cuales podría centrarse alrededor de una escuela primaria y su radio, no exceder mucho de un kilómetro. Los villorrios rodeados de verde (*new towns*) y los planes de fomento comunal de los ingleses están concebidos de modo que las distancias se puedan recorrer en bicicleta.

Entre los censos de 1930 y 1940, aumentó todavía la población del sector comercial; pero, a partir del censo de 1952, dicho incremento quedó por debajo del aumento natural o vegetativo, que se estima en algo más de 2%. En la zona de transición la población crecía ya con ritmo inferior a la norma en aquel período y después, disminuyó apreciablemente. A este respecto, procede recordar que de ella se eliminaron muchos conventillos y que parte de sus habitantes se han vaciado en las poblaciones callampas y en las casas que el Estado ha construido en escala considerable. Los estudios revelan también que la parte más próxima de Providencia comienza, en cierto modo, a conducirse como zona de transición. Como ejemplos más conspicuos de poblados satélites podrían mencionarse San Bernardo y Puente Alto. Ambos tienen vida propia; pero difieren en cuanto el primero sirve, en buena parte, como dormitorio y el segundo contiene industrias importantes.

Anotamos ya que, en las ciudades, hay más comodidades, ocasión de educarse y ascender social y económicamente. Existen asimismo más profesionales y gentes capaces de pagarlos. Llega al extremo de que en Santiago se acumula más del 60% de los médicos. En la capital se halla, además, el Gobierno y sus múltiples oportunidades de prosperar políticamente y de vivir a expensas del erario. Por desgracia alberga también tres de nuestras principales universidades y, de consiguiente, los estudiantes venidos de afuera rehuyen regresar a su sitio de origen. En Europa, Upsala, Utrech, Cambridge y otras y en Estados Unidos, Berkeley, Chapel Hill y muchos más han formado pueblos universitarios que corrigen este vicio y representan otros beneficios muy significativos.

Cuando las ciudades crecen con demasiada rapidez, se producen grandes trastrocaciones sociales y la plusvalía, también vertiginosa, suele jugar malas pasadas. Es ciertamente el caso de Santiago, en cuanto al segundo aspecto, por lo menos. Cuando el fenómeno es muy intenso y el aumento de la población excede sobradamente del crecimiento vegetativo del país, aunque sólo sea por migración interna, domina en los moradores el espíritu que los americanos han denominado de frontera. El autor cree recordarlo en Antofagasta, durante la época del auge del salitre. Un médico, pariente suyo, que era también Superintendente del Cuerpo de Bomberos, daba falsa alarma de incendio para entretenerlo con el espectáculo, se tiraba el dinero amablemente y las jovencitas tenían crédito ilimitado en el comercio y lo aprovechaban para comprar artículos suntuarios, que, en su mayor parte, venían del extranjero. En escala mucho menor, algo semejante se advierte aún en Punta Arenas. En estas circunstancias, la trastrocación social es tremenda.

No es del caso informar de los estudios de estadística vital y sanitaria que practicamos, tiempo atrás, en varios sectores de la capital. Baste decir que la mortalidad general y por tuberculosis exhiben sus tasas más altas en los distritos populares del

norte y del poniente y las más bajas, en el oriente. Porque en su producción actúan también factores sociales y de ambiente, la mortalidad infantil tardía (1 a 11 meses) tiene igual distribución. En cambio, es relativamente recíproca para las enfermedades cardiovasculares, que son la primera causa de defunción en las naciones avanzadas y el cáncer, que comienza a ser problema, remeda esa conducta. No sorprende, puesto que en el "barrio alto" reside la gente más próspera y menos azotada por otros flagelos. Las muertes violentas muestran cierta prominencia en cuatro distritos: por efectos de los accidentes del tránsito, en las vecindades de los cerros Santa Lucía y San Cristóbal y por crímenes, cerca de ambas estaciones de ferrocarril. Aparece muy peculiar el Distrito 40, donde se dice que vivirían muchos judíos y donde se halla, de todos modos, el Centro Médico José Joaquín Aguirre con su Hospital Psiquiátrico. Tampoco sorprende que alcancen aquí su cumbre la mortalidad general, por tuberculosis y enfermedades broncopulmonares.

Entre nosotros los estudios de este tipo son todavía muy imperfectos e insuficientes. En el futuro, se les practicará de mejor calidad y más abundantes y servirán para guiar y aconsejar a los urbanistas y a los ediles. Para el sanitario las investigaciones demográficas equivalen a los exámenes clínicos que practican sus colegas en los pacientes. Por precarios que sean, dichos estudios demuestran que las ciudades tienen su psicología y su anatomía, su fisiología y su metabolismo y otras características que conviene conocer para los efectos de guiar el desarrollo y prevenir o curar los males a que ellas están expuestas.

# Alejandro Sieveking: El Cheruve\*

## PERSONAJES:

MANQUEO, mapuche viejo	MEULÉN, señor del viento
MILLAPÁN, su hijo	PIRE, la nieve
PEDRO GUTIÉRREZ, comerciante	GENCOVUNCO, señor de las aguas
JULIÁN, empleado de Gutiérrez	PANGUI, el puma
PILLÁN, dios del fuego y los volcanes	MECEI, machi.

## ESCENA PRIMERA

*Cerca de madera de altura mediana. A la izquierda, una puerta. Es de noche. Millapán está sentado a la derecha, en el suelo, junto a la cerca.*

MILLAPÁN  
*(Canta).* Porque yo soy pobre  
soy de una palabra.  
Cuando es rico el hombre  
tiene mil palabras.  
Mi corazón  
no es corazón ahora,  
está de otra manera.  
Y mi cuerpo  
ya no es cuerpo,  
está de otra manera.  
Mi cabeza  
no es cabeza,  
está como una piedra.

Estoy triste...  
  
Porque yo soy pobre  
siempre estaré triste.  
Cuando es rico el hombre  
nunca se ve triste.  
Mi corazón  
no es corazón ahora,  
está de otra manera...

MANQUEO  
*(Afuera).* Y mi cuerpo  
ya no es cuerpo,  
está de otra manera.

*(Entra. Está completamente borracho. Millapán se levanta).*

Mi cabeza  
no es cabeza,  
está como una piedra...  
¿Qué haces aquí, Millapán, con esa cara que anuncia tempestad?  
¿Por qué no estás cuidando mi casa?

MILLAPÁN  
Ya no hay casa que cuidar, taita.  
MANQUEO  
¿Ya no hay? ¿Por qué no estás cuidando mis ovejas, Millapán?  
MILLAPÁN  
Tampoco hay ovejas que cuidar, ahora.  
MANQUEO  
¿Qué? ¿Por qué? Todo estaba en su lugar cuando me fui.  
MILLAPÁN  
Esó fue ayer. Hoy es distinto, taita. Llegó el huinca chileno, ese que parecía tan amigo suyo, con papeles y carabineros a pedir la casa y las ovejas, diciendo que eso y mucho más le debía usted,

\*En la mitología mapuche Cheruve significa Espíritu del fuego. Demonio.

Esta obra fue estrenada el 3 de enero de 1966 en los jardines de la Casa de la Cultura de Ñuñoa por el grupo teatral de esta entidad cultural. Fue dirigida por Boris Stoicheff, con música de Hernán Ramírez y diseño de trajes de Alejandro Sieveking.

- que no podía esperar más, que el plazo estaba vencido. Que teníamos que pagar o entregarle todo lo nuestro.
- MANQUEO ¿Y los dejaste hacer sin levantarles la mano?
- MILLAPÁN Traían papeles escritos, y carabinas para que entendiera lo que no sabía leer.
- MANQUEO ¿Quién fue ése? ¿Quién fue?
- MILLAPÁN El que se decía su amigo, el huinca dueño del boliche del pueblo.
- MANQUEO ¿Peiro Gutiérrez?
- MILLAPÁN El mismo.
- MANQUEO Ojos de oro y corazón de manzana podrida. Puras sonrisas y palmadas en la espalda, para terminar dándote una cuchillada. Así son los huincas... Pero deja que le hable, que le diga lo que nos ha pasado. Cualquiera entiende buenas razones.
- MILLAPÁN Los ricos tienen el oído duro. (*Manqueo, sin quejarse, se encoge repentinamente, con el dolor de una puntada en el costado izquierdo*). ¿Qué le pasa, chachai?
- MANQUEO Nada.
- MILLAPÁN ¿Le duele?
- MANQUEO Los dolores son de los viejos, y para eso no hay remedio. Lo que tiene arreglo es lo de la casa, que así no más no voy a soltarla, que es todo lo que tengo, y sin tierra para trabajar estaríamos peor que los muertos. (*Tomando del brazo a Millapán y remeciéndolo*). ¡Hijo de corazón blando! De brazos cruzados te quedaste mientras te lo quitaban todo.
- MILLAPÁN No fui yo el que firmó los papeles para comprar aguardiente y pasar las noches en los chincheles. Fue usted.
- MANQUEO Sí... (*Se aparta de su hijo*). El hombre que toma mucho empo breece, pero no hace maldad.
- MILLAPÁN Sí hace, porque la casa era para sus nietos, cuando los tuviera... Y en ese campo yo conocía cada surco de tierra mejor que las arrugas de mis dedos. Ahora tendré tiempo para mirarme las manos durante días enteros, tendré tiempo para olvidar los árboles y las plantas que yo he sembrado. Y esa es una gran maldad.
- MANQUEO Nada de eso era tuyo.
- MILLAPÁN No. Era de los abuelos de mis abuelos para los hijos de mis hijos.
- MANQUEO ¿Mis nietos?... ¡No tengo nietos...! ¡Todo es mío! ¡Yo soy el jefe en mi casa!
- MILLAPÁN Ya no es jefe en ninguna parte.
- MANQUEO Tuyo sí, porque eres hijo mío. ¡Y a callarse! Sólo el perro no agradece, y cuando muere nadie lo llora.
- MILLAPÁN Más sabe un perro que un loco.
- MANQUEO (*Golpea a Millapán, haciéndolo caer. Luego se vuelve hacia la casa y golpea la puerta*). ¡Abran! ¡Abranme la puerta de mi casa! ¡Abran, ladrones! ¡Ladrones! (*Sobre la cerca aparece Julián con una carabina, con la que apunta a Manqueo*). ¡Abran!
- JULIÁN Cállate, Manqueo, que ésta ya no es tu casa.
- MANQUEO Mía es, que mi padre me la dio y nadie me la va a quitar, ni aunque sea brujo. (*La puerta se abre y aparece Pedro Gutiérrez, impaciente con su manta negra y sus botas de cuero*).
- GUTIÉRREZ Manqueo, hombre, ¿ya estás borracho, de nuevo?
- MANQUEO Mi plata me ha costado.



- GUTIÉRREZ Y tu casa, viejo. No me digái que no te avisé. Nadie te obligó a firmar. Queríai plata y yo te la di. Si ahora no podís devolverla, tenís que responderme con tu propiedad. Ante notario jue el compromiso.
- MANQUEO Peiro Gutiérrez, mi amigo, espérate un tiempo más que, en dos años, sólo desgracias tuve. Primero fue que el trigo no alcanzó la madurez. La epidemia botó mis ovejas. Por eso hice el trato contigo.
- GUTIÉRREZ Pero eso jue el año pasao. ¿Qué es lo que pasó ahora?
- MANQUEO Cosas de brujos parecía. Fue el Huecú. El Huecú metió el gusano en el trigo, quitó el salmón de los ríos y acabó con mis animales. Fue el Huecú.
- GUTIÉRREZ Mala suerte, no más.
- MANQUEO Mi familia es antigua, toda gente cumplida y limpia. Amistosa con los chilenos. Yo responderé de lo que te debo.
- GUTIÉRREZ Ya te esperé mucho tiempo. Ahora sólo tomo lo que es mío. Los papeles están en regla y no hay más que hablar. Y otra, que me debes más de lo que vale este terreno, así que por ser tu concio, no más, no te he mandao a la cárcel.
- MANQUEO Dame seis meses y te lo devuelvo todo.
- GUTIÉRREZ No, si no es ahora no me sirve.
- MANQUEO No me enojís, Gutiérrez, que soy mapuche viejo y puedo vengarme.
- GUTIÉRREZ La venganza del viejo no asusta ni al conejo. *(Ríe. Julián ríe, también).*
- MILLAPÁN *(Cogiendo a Gutiérrez de la manta).* Pero yo no soy viejo Gutiérrez.
- GUTIÉRREZ *(Agarrándolo, a su vez).* Así será, carajo, pero si te las dai de gallito, el Julián les pega un par de tiros y los deja tranquilos de un viaje.
- MANQUEO No seas duro. El mal rico vive sólo como la luna. Dame un mes.
- GUTIÉRREZ *(Soltándose de Millapán).* ¡Ni una hora!
- MANQUEO Esta noche, y mañana nos vamos.
- GUTIÉRREZ Nada. No te tengo confianza.
- MILLAPÁN El taita está enfermo... y va a llover esta noche... Es muy tarde para llegar a otra parte.
- GUTIÉRREZ Julián, dále un poco 'e remedio al "enfermo" y vuelen de aquí, que no quiero ni divisarlos por estos lados. *(Julián desaparece detrás de la tapia).*
- MANQUEO No quiero remedios tuyos, mejor morirse solo en el camino, que deberte algo a ti, hijo de una madre y diez padres. *(Gutiérrez se avalanza sobre Manqueo, pero Millapán lo detiene y lo empuja hacia atrás, haciéndolo caer. Luego Manqueo sale seguido por su hijo. Gutiérrez se levanta, furioso, en el momento que aparece Julián con una botella de vino).*
- JULIÁN ¿Se jue el enfermo?
- GUTIÉRREZ ¡Indio borracho! Ese está jodio. *(Entra a la casa, empujando a Julián a un lado. Julián lo sigue. Apagón).*

## ESCENA SEGUNDA

*Truenos en la oscuridad. El ruido de una tormenta. Las luces se encienden y, al centro del escenario, se ven los chemamull, figuras de madera tallada de los cementerios mapuches, de tres metros de alto. Entra Millapán ayudando a caminar a Manqueo, que viene agachado, casi arrastrado por su hijo. Se detienen.*

- MANQUEO Ahí, al lado de esos árboles no habrá tanto viento.
- MILLAPÁN No son árboles, taita.
- MANQUEO Sí, son árboles... Son canelos... Quiero sentarme junto a los canelos.
- MILLAPÁN Hay que seguir un poco más. Ya falta menos. Un poco más.
- MANQUEO *(Desfallece. Millapán lo sujeta).* El Huecú fue quien metió el gusano en el trigo... el que acabó con mis animales... Fue el Huecú... ¡Aaaaayyy, Guenechén, no me has ayudado!... Hay que callar... Quejarse es cosa de mujeres. Si a un hombre lo persiguen los brujos, y lo dañan con enfermedades y desgracias por no tener quién lo defienda, tiene que morir callado... y aguantarse. *(Se encoge más).*
- MILLAPÁN Yo lo llevo. Venga. Fuerza, chachai.
- MANQUEO Si voy a morir es mejor aquí y no encerrado. *(Un tiuque grita y bate las alas en la oscuridad).* ¿Y eso? *(El tiuque grita otra vez).* Un tiuque.
- MILLAPÁN ¡No!... ¡Es un pidén!
- MANQUEO Es un tiuque. Y me avisa.
- MILLAPÁN La muerte no avisa, chachai.
- MANQUEO *(El viento disminuye de intensidad y se oye un gran trueno, a lo lejos).* Cuando las alturas se enojan, truena fuerte. *(Un gran silencio).* Ya no hay viento.
- MILLAPÁN ¿Quiere seguir?
- MANQUEO No... ¿Ves cómo se abren las nubes? Se van. Viajan hasta el otro lado de la montaña.
- MILLAPÁN Sí. *(Miran hacia arriba).*
- MANQUEO *(Excitado).* ¿Viste?
- MILLAPÁN Una estrella cayó hacia el volcán.
- MANQUEO El Cheruve, el fuego del cielo... Es una piedra roja que brilla. Y el que la encuentre rico será toda su vida y su semilla llenará la tierra de mocetones fuertes y valientes. Tienes que ir arriba y encontrarla para que mi sangre vuelva a ser lo que fue. Tienes que ir. Júraselo a tu padre.
- MILLAPÁN Sí.
- MANQUEO Dime... "Voy a ir"...
- MILLAPÁN Voy a ir.
- MANQUEO "A buscar el Cheruve".
- MILLAPÁN A buscar el Cheruve.
- MANQUEO Millapán, como nuestros abuelos y nuestros padres debemos ser en la vida, pero no seas como yo. La persona trae su destino desde que nace y este ha sido el mío. El tuyo será distinto. No te detengas de día ni de noche, ni al atardecer ni con el amanecer, amigo, hasta que tengas el Cheruve. Anda... No, espérame... Yo iré contigo... *(Se endereza levemente, apoyado por Millapán, y canta con tensión y fuerza).*

Vengan a levantarme,  
vengan a ayudarme  
a pelear.  
Vengan todos armados  
con lanzas y cuchillos,  
¡a pelear!  
Vienen los mocetones  
y se mueve la tierra  
cuando ellos se acercan.  
Vámonos a pelear  
contra los enemigos

y no hay por qué temer,  
ya vamos derrotando  
a nuestros enemigos,  
los que nos castigaban.  
Ya, ya se acobardó  
el contrario más fiero.  
Vengan a levantarme,  
vengan a ayudarme  
a pelear...  
¡Pillán!  
¡Ba-ba-bal (Muere)

MILLAPÁN Taita... ¡Chachai!... Así, no más, muere el hombre... Todo lo bueno que has dicho, lo recordaré... Sube a las nubes, cacique, convertido en trueno, como tus abuelos, los guerreros mapuches... *(Un trueno lejano. Millapán llora suavemente, sin ruido)*. Con las lágrimas sale la pena, chachai, no te avergüences de mí porque te lloro, que cuando deba estar seco, seré como rastrojo, como un fuego. *(Toma en brazos el cuerpo de su padre y sale lentamente. Apagón)*.

### ESCENA TERCERA

*Truenos que aumentan de intensidad. Gritos de pájaros nocturnos. Ruido de árboles sacudidos por el viento. Luz. Junto a una piedra roja, el Cheruve, colocada al centro del escenario, están los dioses: el Pillán, Dios del fuego y los volcanes; Pive, la nieve; Gencovunco, dueño de las aguas; Meulén, señor del viento y los torbellinos y Panguí, el puma rojo.*

PILLÁN Es un Cheruve. Los hombres vendrán a buscarlo, como siempre. Meulén, dueño del aire, señor de los torbellinos, ¿los ves venir?

MEULÉN Los veo, Pillán, mi señor. Son tres. Pequeños como hormigas.

PIRE Desconfía de las hormigas, Meulén. Resisten más que una piedra y dan mil rodeos, pero sin perder el rumbo. Siempre he tratado de matarlas con el frío, pero se meten en el fondo de la tierra y mi nieve no las alcanza. Si son como las hormigas, hay que tener cuidado.

PILLÁN Si vienen juntos será más difícil matarlos.

MEULÉN Vienen separados. Dos adelante, juntos. Uno solo atrás.

PILLÁN Gencovunco, señor de las aguas, desborda tus ríos, llena los caminos de cascadas, abre las compuertas de tus fuentes, inunda los senderos que llegan hasta aquí y volverán a sus tierras.

GENCOVUNCO Así lo haré, Pillán, señor. ¡Así lo hago!

MEULÉN No sirve. ¡Suben! El barro no les importa y encuentran puentes sobre cada río.

PILLÁN Es tu turno, Meulén, lánzales remolinos, vientos que doblen hasta a las araucarias.

MEULÉN Las araucarias se doblan, mi señor, pero ellos siguen adelante.

GENCOVUNCO ¿Para qué detenerlos? ¿Qué importa que se lleven el Cheruve?

PILLÁN Cállate, débil de corazón. Eso significaría que son más fuertes que todos nosotros juntos. Y eso no es posible. El hombre es un ser inferior que muere fácilmente. Panguí, el puma, sería capaz

de matarlos sin esfuerzo. (*Pangui estira sus garras*). Esperémoslos. El Cherube será una trampa y Pire, la nieve, podrá matar estas hormigas.

PIRE Es lo que deseo, Pillán, mi señor. (*Pire, Gencovunco, Meulén y Pangui se inclinan ante el Pillán. Apagón*).

#### ESCENA CUARTA

*Al volver la luz se ve, sentada al centro del escenario, a Mecei, una machi joven, vestida con un chamal negro y adornada con collares de plata en el cuello y en la frente. Tiene el largo pelo trenzado con cintas rojas y lentejuelas de plata. Bajo un refugio rústico trabaja en su telar, tarareando. Entra Pedro Gutiérrez, seguido por Julián, que lleva su carabina. Mecei interrumpe su trabajo al verlos entrar.*

MECEI Hermano, ¿me das un trago de mudai?  
 GUTIÉRREZ Según... ¿Viste caer el Cherube, anoche?  
 MECEI ¿Me das un trago de mudai, hermano?  
 GUTIÉRREZ (*Sonríe, comprendiendo*). No tengo mudai, tengo aguardiente.  
 MECEI No importa, mejor. La sed en estas soledades es grande. Dame de tu aguardiente.  
 GUTIÉRREZ (*Le entrega su cantimplora. Mecei bebe*). Un trago, no más, mujer. El camino que llevamos es largo y nos va a hacer más falta que a ti.  
 MECEI (*Devolviéndole la cantimplora*). Un trago fue, no más, hermano.  
 GUTIÉRREZ ¿Dónde cayó?  
 MECEI Entre los últimos árboles.  
 GUTIÉRREZ ¿Segura?  
 MECEI Entre los últimos árboles cayó, junto al volcán.  
 GUTIÉRREZ (*A Julián*). Vamos. (*Sale, seguido por Julián. Mecei los sigue con la vista y ríe. Vuelve a su trabajo y canta*).

MECEI	Serás machi, me dijo el gran rey de la tierra. Machi, ¡ay!, me dijo el gran rey de la tierra. Ven, ven, ven arriba, yo soy el remedio. Te doy mis poderes: agua, tierra y fuego. Yo no he sido machi sólo porque quiero, cuando lo pedí me ayudaba el cielo. Traigan todos los remedios, flores rojas de copihue. De lejos me vio mi pueblo	móntar un caballo negro: es él quien me lleva al cielo y quien me trae de nuevo a los brazos de los hombres. A jóvenes de pechos anchos, musculosos y valientes. A mozos de nuca gruesa, muchachos de brazo fuerte. Con el amor me esperaban mis amados, mis amantes. Serás machi, me dijo el gran rey de la tierra. Machi, ¡ay!, me dijo el gran rey de la tierra. Con el amor me esperan mis amados...
-------	---	---

*(Entra Millapán. Al verlo, Mecei deja de cantar. Millapán se detiene)*.

MILLAPÁN Mari mari, hermana.  
 MECEI Eimi, hermano. ¿Qué quieres?  
 MILLAPÁN Nada, te vi y te saludo.

- MECEI ¿Tienes mudai?
- MILLAPÁN (*Ofreciéndole su cantimplora de cuero*). ¿Quieres?
- MECEI (*Recibe la cantimplora*). Dame. (*Bebe un trago corto y la devuelve*). ¿Qué quieres en cambio?
- MILLAPÁN Nada.
- MECEI ¿Por qué me lo has dado, entonces? No somos parientes.
- MILLAPÁN Te lo di porque tu boca es como la flor del chilco. Me gustas.
- MECEI Tú también me gustas, la franqueza de tu cara retrata tu corazón. Te puedo ayudar. Soy machi. Si tienes que vengarte de alguien, yo te puedo ayudar.
- MILLAPÁN No.
- MECEI ¿No tienes enemigos? (*Se escucha un zumbido*). Es un moscardón azul que te sigue.
- MILLAPÁN Es mi padre. Me acompañará hasta que cumpla lo prometido. Hasta que lo vengue. (*El zumbido crece y se detiene repentinamente*).
- MECEI Entonces tienes enemigos.
- MILLAPÁN Sí, pero yo seré el padre y la madre de mi venganza.
- MECEI Como los dioses. Como el Guenechén... ¿Es un huinca?
- MILLAPÁN Tú eres machi, debes saberlo.
- MECEI Es un huinca. Como el que acaba de pasar.
- MILLAPÁN ¿Quién pasó?
- MECEI Un hombre alto y grande con manta y sombrero negro. Botas de cuero y carabina. Con pelo sobre la boca y manos blandas.
- MILLAPÁN Es él. Tengo que alcanzarlo.
- MECEI (*Sujetándolo*). Espérate, muchacho, espera. Mi ayuda te puede servir más que tus pies. Es mejor que descanses a mi lado y luego subas, valiente, hermoso. Quiero frotar tu pecho con hojas de canelo y devolverle a tus brazos la fuerza que han perdido.
- MILLAPÁN Yo soy fuerte. Mira. (*La toma en brazos*).
- MECEI Sí, eres fuerte, pero esto lo puede hacer cualquiera y quitarle el Cherube a los dioses que lo cuidan, requiere mil veces la fuerza que gastas en levantarme. (*El la deja en el suelo*).
- MILLAPÁN ¿Cómo sabes que voy a buscar el Cheruve?
- MECEI Porque sé lo que debo saber.
- MILLAPÁN ¿Qué debo hacer, machi?
- MECEI Me llamo Mecei. Mecei.
- MILLAPÁN ¿Qué debo hacer, Mecei? Dime.
- MECEI Tienes el cuello grueso y los hombros anchos, pero tú y tu raza son débiles como recién nacidos. Solamente yo, aquí arriba, sola, he conservado la fuerza de mis antepasados. Están todos aquí, conmigo, y me pesan en las espaldas. (*Le saca el poncho*). Sobre las tuyas estarán mejor.
- MILLAPÁN (*Se sienta en el suelo*). ¿Tú también viste el Cheruve?
- MECEI (*Detrás de él, agachada*). Se desprendió de la estrella roja y cayó cerca del volcán. (*Se oye el zumbido, intenso. Mecei se levanta*). tranquilo, espíritu, descansa, espera. Tu hijo subirá luego. Tú sabes que es mejor. ¡Descansa! (*El zumbido se apaga*). ¿Para qué quieres el Cheruve?
- MILLAPÁN Para recuperar lo que era nuestro.
- MECEI ¿Tu tierra?
- MILLAPÁN Todo. Mi taita me decía lo que le decían sus abuelos: cómo era el

- mundo antes de que llegaran los huincas. ¿De quién era, entonces, el agua de los ríos? ¿La leña, la tierra, los animales? ¿De quién era el aire? ¿De quién eran los árboles y los caminos? ¿De mis abuelos? No. Eran de todos.
- MICEI De todos.
- MILLAPÁN ¿Qué habría pasado si alguien hubiera dicho: esa laguna es mía, su agua es mía, las montañas que dejan caer el agua, las nubes son mías? ¿Cómo habrían vivido los demás?
- MECEI Habrían muerto.
- MILLAPÁN Como mi taita.
- MECEI Todo era de todos.
- MILLAPÁN Sí. Pero ahora es distinto.
- MECEI Sí.
- MILLAPÁN Dime lo que tengo que hacer, Mecei.
- MECEI Escucha. (*Apagón*).

## ESCENA QUINTA

*Al prenderse la luz los dioses están junto al Cheruve.*

- PILLÁN Aquí están. Las hormigas llegaron, Pire, señora de las nieves.
- MEULÉN Vienen dos solamente.
- PILLÁN (*Pangui se acerca al Pillán*). ¡Acósalos! ¡Mátalos, si puedes! Su carne es tuya.
- PIRE ¡Pillán, son míos, no te olvides! ¡Deja que los abrace para que mueran de frío, déjame gargarles la carne suavemente! ¡Yo soy la trampa! Pangui es fácil de matar también, no confíes en él. (*Pangui gruñe*). Tiene corazón y es débil.
- PILLÁN Sí. Deberás esperar al tercero, Pangui. Ese será tuyo. Afila tus uñas, que corten como cuchillos. Prepara tus colmillos para el último que llegue.
- MEULÉN ¡Aquí están! (*Entra Julián y, un poco más atrás, Pedro Gutiérrez*).
- GUTIÉRREZ ¡Qué viento maldito!
- JULIÁN Allá veo brillar algo.
- GUTIÉRREZ Es la nieve.
- JULIÁN No. Es algo rojo. (*Se acerca. Pire se interpone entre él y el Cheruve. Julián, sin verla, se precipita sobre Pire y queda envuelto entre sus tules blancos. Grita*). ¡Aaaaah!
- GUTIÉRREZ ¡Julián! ¡Imbécil! ¿Dónde estás? ¡Cayó en un hoyo en la nieve! (*Se acerca. Pire deja caer, lentamente el cuerpo de Julián al suelo. Gutiérrez lo encuentra*). ¡Julián! ¡Helado... muerto...! ¡Está helado! (*Pire avanza hacia él, suavemente, lo mismo Pangui. Gutiérrez lo oye y se da vuelta. Pangui salta, pero Gutiérrez lo esquiva, saca su revólver y dispara. Luego sale corriendo*).
- PIRE (*Al Pillán*). Señor, hazlo volver, ¡es mío! (*A Pangui*). ¡Lo asustaste! De mí no habría huido.
- PILLÁN ¡Silencio! (*A lo lejos se escucha el monótono sonido de un tambor*). Es Mecei.
- MEULÉN Está llamando al Guenechén para ayudar al tercero contra nosotros.
- PIRE (*Asustada*). ¿El Guenechén? ¿Qué vamos a hacer?
- GENCOVUNCO El Guenechén es el padre de los hombres. Lo ayudará y será terrible con nosotros.

- PILLÁN Su boca es grande, pero no muerde tanto. Es posible que ayude a ese hombre y lo haga más fuerte que los vientos, insensible al frío de la nieve, más duro que los dientes del puma. Tal vez ni siquiera yo, con todo el fuego de las entrañas de la tierra, pueda hacerle daño. Pero hay una manera de matarlo.
- MEULÉN ¿Todos juntos, señor?
- PILLÁN Si está protegido contra nosotros, no lo estará contra otro hombre igual a él. Si el Guenechén le da su fuerza, nosotros le daremos la nuestra al otro.
- PIRE ¿A quién? ¿Al que acaba de huir?
- GENCOVUNCO Hazlo volver.
- PILLÁN ¡Tráiganlo!
- GENCOVUNCO ¡Que la lluvia borre los caminos!
- MEULÉN ¡Que los vientos lo empujen hasta aquí! (*Se oye el viento*).
- PIRE ¡Que la niebla cubra la tierra! ¡Que no vea sus manos!
- PILLÁN ¡Que no sepa si sube o si baja! ¡Que la carreta del trueno abruma sus oídos! (*Truenos*).
- GENCOVUNCO ¡Viene!
- MEULÉN ¡Viene!
- PIRE Viene. (*Entra Gutiérrez, tambaleante, cegado. Se deja caer junto al Cheruve. Los dioses lo rodean*).
- PILLÁN Ciego, perdido, sordo. Él será el que cuidará el Cheruve. (*Sujeta a Panguí del cuello, como si fuera un perro grande*). Ahora esperemos. (*Apagón*).

## ESCENA SEXTA

*En la oscuridad el sonido del tambor aumenta de intensidad. Al prenderse la luz, Mecei, de pie, golpea el cultrún con un palo rodeado de género en el extremo. Millapán, con el torso desnudo, está arrodillado con una rama de canelo en cada mano.*

- MECEI (*Canta*). dale otra vez su sol. (*Deja el cultrún y baila con un cuchillo*).
- Dame otra vez mi cielo azul,  
viejo de cara blanca.
- MILLAPÁN (*Canta*)  
Con dos ramas de canelo estoy, Vileo.  
Baja del cielo. Baja, Vileo.
- Dale otra vez su nube blanca,  
alma vieja de cabeza blanca.
- Tú que nos has creado, Vileo,  
cuando llegue el alba, Vileo,
- Danos nuestro sol caliente,  
ardiendo en medio del cielo.
- tú me ayudarás, Vileo.
- Ayúdalo desde arriba, tú,  
señor, dueño de los hombres.
- Abrirás mi camino, Vileo,  
dirás lo que debo hacer, Vileo.
- Tú estás en medio del cielo.
- Favorécelo ahora,  
Tú nos has creado.
- MECEI Es la hora. (*Millapán se pone la camisa y Mecei le entrega el poncho con la cabeza baja*).
- MILLAPÁN Estando tan cerca mi partida, hermana, ¿por qué te entristeces, hermana, hermanita?
- MECEI Porque te vas. Los que aman son víctimas de su propio amor. (*Millapán da unos pasos, alejándose de ella*). ¿Te vas así, sin decirme nada?

- MILLAPÁN Cuando una mujer cautiva el corazón, hace llorar al hombre. Y no debo llorar más, nunca más.
- MECEI Pero yo sí. Soy mujer. Ahora tú tienes la fuerza que yo tenía sobre las espaldas. Soy mujer. Por tu amor se trastorna mi pensamiento y se enferma mi ser. Amuchimai, Millapán.
- MILLAPÁN Amuchimai, Mecei. Puede ser que no vuelva. Puedo morir.
- MECEI Sí... Llorará... llorará el corazón si no te ve.
- MILLAPÁN *(Sin hacer un gesto)*. Amuchimai, Mecei.
- MECEI Amuchimai. *(Intenso zumbido)*.
- MILLAPÁN Ya voy, Chachai, ya voi. *(Sale. Apagón)*.

#### ESCENA SEPTIMA

*Ruido del viento. Gritos de pájaros nocturnos. Truenos. Se prende la luz. Entre los dioses está Gutiérrez, en el suelo y de espaldas al público, cogido al Cheruve. Entra Millapán. Los dioses se ponen en guardia, dispuestos a atacarlo. Millapán se quita el poncho y los aparta. Meulén lo ataca, luchan y Millapán lo vence. Gencovunco, con un gesto, lo hace rodar por el suelo, pero Millapán se levanta y lo empuja, haciéndolo caer. Pire trata de golpearlo con las tiras blancas que le cuelgan de las muñecas, lanzando un chillido, Millapán esquiva los golpes hasta que finalmente agarra las cintas, hace girar a Pire y la arroja lejos. Entonces Pangui salta sobre él y ambos ruedan por el suelo. Millapán queda sobre el puma y lo ahoga con las manos. Pangui corre a refugiarse detrás del Pillán. Millapán, que lo sigue se enfrenta con el Pillán. Se miran un momento.*

- MILLAPÁN ¿Cómo te va, dueño de los gusanos, rey de la ceniza? No estoy contra ti. Gracias a tu poder existe el fuego sobre la tierra, y gracias al fuego los hombres viven y la tierra se llena de regalos. Si estamos juntos sobre la tierra no nos hagamos mal el uno al otro. Te respeto a ti, a Pire, la nieve, a Meulén, señor de los remolinos. De todos los males, líbrame, buen amigo. Vengo a buscar el Cheruve. Mírame con el ojo derecho de la buena fortuna, no con el izquierdo de la desgracia. Soy pobre. Deja que regrese sano de todo mal a mi tierra. Vengo a buscar el Cheruve.

*(El Pillán sonríe y se aparta. Millapán se agacha y agarra el Cheruve. Gutiérrez no lo suelta y se levanta de un salto. Quedan los dos hombres sorprendidos, mirándose, cogidos al Cheruve)*.

- GUTIÉRREZ ¿Quieres matarme, ah? Quieres vengarte. Veamos ahora, si eres tan valiente, carajo. *(Los dos tiran de la piedra y Gutiérrez trata de golpearlo con el pie. Millapán evita los golpes ágilmente. Giran, caen y se levantan sin soltar la piedra. De pronto Gutiérrez se da cuenta que tiene el Cheruve entre las manos)*. ¡El Cheruve! ¡El Cheruve es mío! *(Millapán lo empuja violentamente y Gutiérrez cae lejos. Millapán sale corriendo)*.

- PILLÁN Pangui, toma lo tuyo. *(Pangui se acerca lentamente a Gutiérrez que, al verlo, corre hacia el fondo. Los dioses lo rodean. Pangui se acerca cada vez más y salta sobre Gutiérrez, que grita, levantando una mano. Apagón. Golpe de tambor)*.



## ESCENA OCTAVA

*Al volver la luz, Mecei arregla las cintas de su pelo, mientras canta.*

MECEI

Señor Vilu-Vilu,	jefe de los hombres,
jefe de ladrones,	jefe de los niños,
jefe de bandidos,	devuélveme mis amores,
devuélveme mi pañuelo,	no me los tires al río.
no me lo tires al río.	¿Quién es ese como el agua,
¿Quién es ése como el puma,	que inunda todas mis tierras?
que corre sobre la nieve?	¿Quién ese ese que me mira
¿Quién es ese que la luna	y atraviesa mis murallas?
dentro de los ojos tiene?	Señor Vilu-Vilu,
Porque yo miré su boca	jefe de ladrones,
mi boca se enamoró.	jefe de bandidos,
Si llorara, lloraría	devuélveme mi pañuelo,
sólo por tu corazón.	no me lo tires al río. <i>(Entra Millapán,</i>
Señor Vilu-Vilu,	<i>con el Cheruve y sin el poncho).</i>

MILLAPÁN

Mari mari, Mecei.

MECEI

*(Con gran alegría).* Eimi, Millapán. ¡Volviste! *(Él estira las manos para que vea el Cheruve).* ¡Los has vencido!

MILLAPÁN

*(Excitado).* ¡Mira, tengo el Cheruve!

MECEI

Has cambiado. ¡Has crecido! Eres un hombre ahora.

MILLAPÁN

¡Tengo el Cheruve, Mecei!

MECEI

Sí, si lo veo. ¡Has vencido a los dioses!

MILLAPÁN

No fue tan difícil. Los dioses se escurrían de mis manos y se deshacían como arcilla entre los dedos. La fuerza del viento doblaba los coigües como si fueran espigas, pero a mí nada me hacía. La nieve quemaba a los pájaros en pleno vuelo, pero a mí no pudo detenerme. Me sentía tan fuerte como el Pillán y de igual a igual le hablé, aunque con respeto, por ser él quien era. ¡Cómo me sentía de fuerte! ¡Habría pulverizado las montañas de un manotazo! ¡Habría alejado las nubes de un soprido! ¡Habría volado sobre la tierra como Manque, el cóndor, si hubiera querido! ¡Pero fui humilde, como me enseñaste, y le dije lo que debía decirle. ¡Y aquí está! Es el Cheruve. Es mío.

MECEI

*(Triste, tratando de sonreír).* Estás contento.

MILLAPÁN

*(Ríe).* Sí, sí estoy. ¿Cómo no voy a estar contento? Seré rico, ahora. Poderoso como los antiguos caciques. Los dioses ya no le negarán su sabiduría a mi pueblo y volveremos a ser lo que fuimos... Y mi sangre, Mecei, ¡mi sangre!, la siento como una planta de semillas que vuelan con el viento, como un árbol gigante lleno de frutos, como una espiga de trigo doblada por el peso de sus granos. Soy el dueño del Cheruve... ¿No me dices nada?

MECEI

*(Triste).* En los buenos tiempos sobra la ayuda.

MILLAPÁN

Ya no te pido ayuda, te pido que me digas algo y que tu corazón se alegre como el mío.

MECEI

Estoy alegre, sí, estoy alegre. ¡Has vuelto!

MILLAPÁN

¡Con el Cheruve!

MECEI

Sí... con el Cheruve... Eres fuerte... tienes que entender. Has

- visto a los dioses y los has vencido. Has estado lejos, has mirado lo que nadie ha mirado. ¡Tienes que entenderlo!
- MILLAPÁN El mundo es transparente como el aire, Mecei, menos tus palabras.
- MECEI A veces la verdad es así.
- MILLAPÁN Puedo resistirlo todo. Tengo el Cheruve. Dime.
- MECEI (*Lo mira*). El Cheruve no sirve para nada.
- MILLAPÁN ¿Por qué? ¡Es el Cheruve! Sirve para prosperar y ser rico, para ganar las batallas.
- MECEI No sirve para nada.
- MILLAPÁN Quieres engañarme para quedarte con él, ¿no es cierto, Machi? (*La agarra de una muñeca*). Me usaste como un largo brazo que hacía lo que tú mandabas, para conseguirlo. Y ahora quieres quedarte con él. Pero no olvides que soy más fuerte que tú, y de nada te valdrá enviarme malos mensajeros en la noche o hacerme brujerías, porque tengo el Cheruve. (*La suelta*).
- MECEI Quédate con él. Es sólo una piedra roja.
- MILLAPÁN ¡No!
- MECEI Así es... Me odias ahora. Me borras de tu corazón tan fácilmente.
- MILLAPÁN Quieres engañarme.
- MECEI El que consigue el Cheruve lo puede conseguir todo, si quiere, pero no como regalos caídos del cielo, sino que trabajando como cualquier mapuche, como cualquier otro hombre sobre la tierra. Así es.
- MILLAPÁN Pero me dejaste subir, podría haber muerto. ¿Me habrías dejado morir por algo que no sirve para nada?
- MECEI Lo que sirve es conseguir el Cheruve, no el Cheruve... No te haré brujerías, como las pobres mujeres de las ciudades, Millapán, no estoy para eso. Los mensajeros que pueda enviarte en la noche, serán los dulces recuerdos que guardo de ti, nada más.
- MILLAPÁN Ven conmigo.
- MECEI No... no puedo. Soy Machi. Es algo que yo elegí y para lo que fui elegida. Es mi lugar. Es mi tarea. Tú sabes cuál es la tuya, me lo dijiste.
- MILLAPÁN Sí.
- MECEI Ya no te sigue el moscardón azul.
- MILLAPÁN No... No me detuve con atardecer ni con el amanecer... Mi semilla llenará la tierra de mocetones fuertes y valientes... y mi sangre volverá a ser lo que fue... Por eso el moscardón azul ya no está... ¡Ven conmigo!
- MECEI (*Angustada*). No puedo, no puedo. No me lo pidas, que no puedo. (*Millapán se inclina lentamente y deja el Cheruve a los pies de Mecei*). No, a mí me sirve menos que a nadie... Es sólo una piedra roja... Ahora tienes que volver a tu tierra.
- MILLAPÁN No tengo tierra.
- MECEI La tierra es tuya, pero tienes que recobrarla. La pelea recién va a empezar y no será tan fácil ni tan corta como la de los dioses.
- MILLAPÁN Tengo que partir, entonces.
- MECEI Sí...
- MILLAPÁN Tengo que partir. (*Se aparta*). Amuchimai, Mecei.
- MECEI Amuchimai.
- MILLAPÁN Recuérdame.

MECEI            No te olvides de mí. (*Millapán sale, sin mirarla. Mecei se deja caer al suelo*). Breve como un sueño es el amor. (*Se arregla las trenzas, mecánicamente, y canta con tristeza*). Serás machi, me dijo el gran rey de la tierra.  
Machi, ¡ay!, me dijo el gran rey de la tierra.

## T E L O N

# EL CHERUVE

TEXTO  
ALEJANDRO SIEVEKING

MUSICA  
HERNAN RAMIREZ A.

## ESCENA PRIMERA

I

### MILLAPAN - MANQUEO

*(J. = 48)*

CORNO en FA (trufuca)

TIMBALINA (cultrón)

MILLAPAN

CORNO

TIMBALINA

16 Porque yo soy po-bre soy de u na pa - la - bra

20 cuan - da ri - co el hom - bre tie - ne mil pa - la - bras, mi

24 25 26 27

ca - ra-zón - No es ca - ra-zón a - ho - ra es - ta co - mo u - na

28 29 30 31 32

pie - dra y mi cuer-po ya no es cuer-po esta de otra ma -

*mf* *p*

33 34 35 36 37

na - ro mi ca-be-za no es ca-be-za es ta co - mo u - na

*mf* *p*

38 39 40 41 42 43

pie - dro. ESTOY TRISTE.

44 45 46 47 48

Por-que yo soy po-bre - siem-pre - sa - ta - ré

*p*

49 50 51 52 53

tris-ta cuan-dos ri-co-el hom-bre nun-ca se ve tris-ta mi

54 55 56 57

co-ra-zón. Nos co-ra-zón a-ho-ra es-tá co-mou-na

58 59 **MANQUEO** 60 61

pie-dra Y mi cuer-po ya nos cuer-pos

62 63 64 65

tá deo-tra ma-ne-ra mi co-be-za

66 67 68 69 70

nos co-be-zas tá co-mou-na pie-dra. perdiendose

# Fernando Uriarte: Julio Cortázar, novelista de Buenos Aires

LO QUE MÁS apreciamos de un novelista es la carga de vida personal que muestran sus ficciones. No creo que haya método más seguro para alcanzar algún conocimiento de la vida de una nación, de sus problemas reales, que la apertura disimulada que logra la novela en la coraza encubridora de la vida personal.

El ser se manifiesta de muchas maneras, aparece en cada cosa, en cada hecho, en cada nación fundamentando un problema distinto. Martín Heidegger afirmó, en *Ser y Tiempo*, que la historia literaria debe convertirse en historia de los problemas del hombre.

*Ser y tiempo*

Nos hemos solazado en la obra del novelista argentino Julio Cortázar porque, más allá de sus bondades formales, de la destreza y el ingenio que patentiza en cada página, hay en ella una exhibición descarnada del ser argentino y de sus problemas secretos, una reflexión y una teoría. Cortázar nace en 1914. Recibe en herencia de la generación que le precede —la de Eduardo Mallea (1902)—, un problema básico: inquietud por la identidad del argentino y por la autenticidad de su conducta vital. Cortázar, a mayor profundidad, supera los logros de la generación anterior por su mayor familiaridad con las raíces vitales que fundamentan la conducta del argentino. Repite en su obra aquel *clownismo* sentimental, mezcla de melancolía y humor que Guillermo de Torre notaba en Mallea, y deja intacta, sin enmienda, la consideración tradicional de dos Argentinas, la visible y la invisible, peculiaridad que, por rutas diferentes, descubrieron en las ciudades y en la pampa célebres y alertas visitantes como Waldo Frank, Hermann de Keyserling y José Ortega y Gasset.

La inseguridad del ser argentino va resultando un dato seguro para la reflexión como lo demuestra *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, e *Historia de una Pasión Argentina*, de Eduardo Mallea. Estos ensayos manejan conceptos como visibilidad e invisibilidad de la Argentina, Argentina fácil y Argentina difícil. La fácil consumiéndose en un histrionismo desmesurado, la difícil ocultando al argentino profundo.

Por ahí andará la verdad o el error de estos esquemas que afloran en la urbe, Buenos Aires: mundo mental sin fronteras, abierto a todos los climas culturales y raciales, como la pampa a los cielos que se alargan desde la cintura hasta los pies del continente.

Algo de lo que palpita en el patio trasero, a espaldas de la gran ciudad, afloró en el *Facundo*, el *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*. Tres expresiones medulares. Luego, poco a poco, el campo literario recibe andanadas de tipología y mitología bonaerenses. En torno a la ciudad gira la vida argentina y se conforma el estilo dominante de vivir, inconfundible, válido para todos.

Desde un extremo, Martínez Estrada sostiene que Buenos Aires reemplazó a España en su modo de control foráneo, incompatible a la larga con el resto del país, jornalero y yanacona. Típica afirmación de bandería la de Martínez Estrada. Lo de jornalero no se discute; lo de yanacona no ha tenido expresión histórico-cultural que le corresponda. *Martín Fierro* es un canto al criollaje jornalero, o gaucho, conglomerado, que no procede del habitante primitivo, prehispánico, salvo en el oscuro

punto del mestizaje, cuya realidad es ínfima en la Argentina y vive la última etapa de su absorción por el criollo. Es significativo el desprecio del gaucho Martín Fierro —criollo en desgracia— por el indio, en una de las sextetas del canto cuarto de la segunda parte:

*Todo el peso del trabajo  
Lo dejan a las mujeres  
El indio es indio y no quiere  
Apiar de su condición.  
Ha nacido indio ladrón  
Y como indio ladrón muere.*

Cuestión disputada: la originariedad de lo argentino. Desde el otro extremo, Miguel de Unamuno consigue modelar los hechos en una interpretación hispanoamericana: "Martín Fierro es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español... Cuando el payador pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entona, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas (*sic*) de Martín Fierro, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos no extinguidos de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres. Martín Fierro es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma".

Por este camino es posible intentar un paralelo entre el gaucho Martín Fierro y Rodrigo Díaz de Vivar. Resulta el gaucho algo así como un mozarabe de la pampa que cruza la *frontera* y se va a vivir a tierra de indios para escapar a la persecución del gobierno.

Inquieta el origen y la esencia, pero no olvidemos que los juicios se generan desde una situación que se ha hecho al ritmo de la vida porteña. La ciudad ha participado decisivamente en la educación intelectual y sentimental de los escritores argentinos. Obedecen a su *paideia* incluso cuando intentan la evasión rebelándose contra el tópico cristalizado en busca de la Argentina profunda, que sienten dormir en el interior, sofocada por el aliento dominador del estuario. Estos escritores son un producto de Buenos Aires, su encarnación más valiosa, la prueba de holgura intelectual que la ciudad, estructurada por aluviones, hace posible. Ni siquiera hay unanimidad en el enfoque, y tenemos a Marta Lynch en su novela *Al Vencedor* (Losada, 1965) que, sin mirar a problemáticos orígenes, asume la situación de Argentina en su concreta actualidad: "Ah, un país brutal, rico, ciego, delincuente, ávido, holgazán, ignorante y blanco".

Predomina, sin embargo, el problema que se han apañado: retornar ellos y hacer retornar a toda la nación a una vida —posible como toda vida— cuyos cauces quedaron cerrados cuando la altiva capital empezó a determinar la conducta y el estilo históricos.

El anhelado retorno —*desiderátum romántico*—, generado, tal vez, por el tedio vital que embarga al hombre de los grandes gentilicios, compromete la conciencia de un vasto sector intelectual. A la angustia sigue la autocrítica, la duda sobre el ser que se ha llegado a ser en la extraversión, en un régimen de puerta franca al mundo.

A ciertos argentinos no les satisface el perfil moral de su nación. Una notable



facultad de desdoblamiento les permite verse como un espectáculo deficiente, que protagonizan seres sin autenticidad. Lo auténtico vendría a ser aquello de la Argentina profunda e invisible, vinculada al paisaje y a la vida prehispánica. Juega en todo esto un ingrediente narcisista muy positivo y orientador, que otorga toda su transparencia al argentino de Buenos Aires cuando pretende renunciar a sí mismo para retornar a un pasado que falló históricamente. Se desea de otro modo, y sólo consigue ser el bonaerense que se evade.

En algunos libros de Julio Cortázar se concreta grandiosamente esta inquietud. Su testimonio nos permite aventurar un juicio sobre el hecho originario que está en la base de su literatura: el argentino es una realidad humana de consistencia dual. Semejante modo de ser hombre se identifica con una infatigable capacidad para calibrarse íntimamente desde un rincón zaguero de la conciencia, lúcido, atento, como un ojo fijo que registra, analiza y descalifica a la vez los rasgos de la apariencia externa. La curiosa dicotomía estimula el estado de permanente mala conciencia de sí mismo que vive el argentino.

Tomemos, como ejemplo, un pasaje de *Rayuela*, desconcertante novela de Julio Cortázar. *Oliveira, personaje*, decide repentinamente asistir a un concierto de piano que ofrece cierta compositoría frustrada. No tiene interés especial en el asunto. Su decisión se debe a la necesidad de protegerse del frío que invade las calles de París. Una media hora antes, *Oliveira* había presenciado el accidente de un anciano a quien llevaron al hospital con algunos miembros quebrados. *Oliveira* se siente bien dentro de la sala; se acomoda en la butaca, estira las piernas y deja rodar sus impresiones al azar: "... también el viejo del accidente debía sentirse mejor en la cama del hospital, sumido ya en la somnolencia del *shok*, interregno feliz en que se renuncia a ser dueño de sí mismo y la cama es como un barco, unas vacaciones pagas, cualquiera de las rupturas con la vida ordinaria. Casi estaría por ir a verlo uno de estos días (se dijo *Oliveira*). Pero a lo mejor le arruino la isla desierta, me convierto en la huella del pie en la arena. *Che, qué delicado te estás poniendo*". En cuanto *Oliveira* se deja ir sentimentalmente al conjuro de la desgracia del viejo; en cuanto produce, como en un primer movimiento, los equivalentes felices del estado de inconsciencia por accidente —ruptura con la vida ordinaria, isla desierta, huella del pie en la arena—, salta el tenaz vigilante, el corrector implacable que acecha en la conciencia, y frena violentamente el vuelo. Sin contemplaciones, la segunda conciencia de *Oliveira* da el manotazo que deja la situación en blanco: *Che, qué delicado te estás poniendo*. ¿Qué sabor tiene para el argentino semejante modo de ser? Parece gustar de sí mismo, si juzgamos por el aspecto exterior de sus actuaciones, desbordantes de énfasis, seguridad y suficiencia. Pero ¿gusta de sí mismo el argentino? Julio Cortázar se ha hecho la pregunta a fondo. Lo que se respondió nos lo comunica en el disímulo de una novela, *Los Premios*, ficción porteña.

Llamamos a Julio Cortázar novelista de Buenos Aires por razones tan seguras como las que autorizan denominar a J. Dos Passos y H. Miller novelistas de Nueva York, a Galsworthy novelista de Londres, y a Galdós —el de *Fortunata y Jacinta*— novelista de Madrid. En Miller y Cortázar, la vinculación con la ciudad se corporiza en sustancia temática, en modo peculiar que enerva y lastra sus respectivas producciones, hasta cuando el escritor norteamericano dramatiza la vida europea y el argentino nos muestra en *Rayuela* su convulso acontecer parisiense.

A juzgar por una autorizada solapa, Cortázar ha escrito los siguientes libros: *Los Reyes*, poema dramático (1949); *Bestiario*, cuentos (1951); *Las Armas Secretas*, cuentos (1959); *Los Premios*, novela (1960); *Rayuela*, novela (1963); *Final del Juego*, cuentos (1964). Finalmente *Historias de Cronopios y de Famas* (1952-1959), libro de importancia muy relativa y difícil de clasificar. Descartando las dos prime-

ras publicaciones, que no conocemos, la fortuna nos ha deparado la posibilidad de leer las restantes, cuya importancia pretende calibrar el presente estudio<sup>1</sup>.

No una por una, como exigen las recensiones exhaustivas de seminario, sino profundizando en *Los Premios*, la novela de 1960, que refleja la privanza humana de Cortázar, el *Club* para iniciados que deduce de la succulenta vida a orillas del estuario. Esta novela nos parece a tal extremo significativa y resumidora del estilo original de ver y sentir que embarga al novelista que, en su relación con los cuentos anteriores y la novela posterior —*Rayuela*—, parecen aquéllos y ésta, intentos de recuperación de residuos no elaborados, que fallaron en esa primera integración del mundo cierto y singular que se expresa con desenfadado, alguna estridencia y sin complejos en la fascinante ciudad atlántica.

*Los Premios* será la carta de navegación indispensable para alcanzar las esencias de la sociabilidad argentina y la forma del argentino actual.

El novelista organiza el drama sobre un fundamento de saberes inmediatos intuitivos en el torrente de la vida bonaerense; vida de gran ciudad que ha cristalizado en estamentos naturales a través de un largo proceso. Los diversos sectores, vinculados sólidamente, se han habituado a una mutua inteligencia que esteriliza las inhibiciones. Cualquier visitante extranjero ha podido fijarse en la soltura que luce el hombre de Buenos Aires frente a su prójimo de cualquier nivel, como consecuencia de una íntima seguridad de comprensión. Toda pretensión individual parece doméstica y consabida. La armazón solidaria con el otro, sea quien sea, disminuye sensiblemente las distancias y ahuyenta el *pathos* de la soledad —problema candente de las grandes urbes norteamericanas donde se registra ya una histeria de la comunicabilidad. La precisión para calcular a su prójimo que posee el argentino, resta importancia a su clásica agresividad, recurso defensivo, como señaló Ortega, que da sabor al regate cotidiano y no cubre, ni para el menos ladino, la auténtica realidad de cada cual.

Un novelista como Julio Cortázar no necesita esmerarse mucho para dar una muestra de la intimidad de la vida de la enorme ciudad puesto que ha dejado entrar en sí mismo, apropiándose, la sustancia articulada de ella como tema propicio para su talento de narrador. Cuando critica, fustiga o simplemente comprende sabemos que no se excluye, por haber complicado en la ficción un retazo de autobiografía.

En el ancho juguete urbano hay un lugar para la especulación literaria, que él ocupa sin que las añejas clases patricias ni los aluviones boquenses se resentan. La concordia profunda se constituye por igual en la variedad de modos y gustos como en la terquedad de los rechazos.

Una atmósfera de vecindario monstruoso da el tono a la sociedad arraigada; los altibajos sociales, tan trágicos en otras aglomeraciones humanas, son aquí la razón del asentamiento de cada cual frente al prójimo, una como garantía de personalidad airosa arropada en la peculiaridad de los grupos.

Julio Cortázar realiza en gran novela la experiencia probatoria de esta intimidad colectiva mediante un corte que practica en el torrente vital de su ciudad. *Los Premios* es la novela de una estructura social apremiada por una circunstancia imprevista.

Existe en Buenos Aires un vértice de tres calles: Florida, Perú y Avenida de Mayo, una encrucijada pululante. El novelista se vale de un recurso azaroso para citar en esta esquina —en el *Café London*— a los integrantes de su drama. De la multitud circulante se empieza a desprender, a determinada hora, un cierto número de personas que han llegado por el subterráneo, en automóvil, a pie por las veredas

<sup>1</sup>Ha aparecido últimamente *Todos los Fuegos el fuego*. Sudamericana. Buenos Aires, 1966.

recalentadas, y que ingresan al local del *London* con cierto aire expectante. El grupo es engañosamente inconexo. Aparece un arquitecto borrosamente homosexual; su amiga, la señorita Lavalle, bella patricia a punto de malograrse; un dentista que se evade de la última alcoba; dos profesores del Instituto —Historia y Castellano— Restelli y Carlos López. Este último, Carlos López, se perfila al pronto como el porteño simpático, omnicomprendido. Una muchacha, con uno que no está muy seguro de casarse con ella; una familia completa de la Boca, es decir, dos. Además, el gallego Porriño, dueño de cincuenta tiendas; un estudiante en plena fermentación y, naturalmente, la muchacha del barrio porteño.

Todos llegan al *London*, se sientan, beben y se van semblanteando con absoluta seguridad. Como resultado del leve tanteo se agrupan en forma más definida. El conjunto parece formar un *team*.

Conocemos novelistas que plantan su bandera en un sitio preciso para citar allí a sus personajes. El recurso es eficaz. El novelista, con mucha economía, puede orquestrar de una vez la presentación de los individuos que han de participar en la narración. En seguida, el autor los suelta a un espacio mayor para jugar su ficción sin ocuparse de nuevas presentaciones. Modelo de excepcional brillantez, y culminación de esta técnica, es *Contrapunto* de Huxley, novela en que se nos brinda una recepción musical en la mansión de los *Tantamount*, y en ella, una densa población de seres originales que muestran en un par de horas el momento esencial de sus vidas en curso. Huxley combina rápidamente los elementos, los agrupa, determina aproximaciones y distancias, y los suelta luego en la desmesura de la urbe londinense.

Anteriormente, Dostoyewski había resuelto la dinámica de sus ficciones de un modo semejante: casa burguesa, *samovar*, concurrencia completa e íntimamente comprometida, primera convulsión teatral que articula el resto de la narración como un predicado de la primera escena. *El Idiota*, puede valer como ejemplo convincente de la eficacia de este modo de enfocar la acción novelesca.

Thomas Mann, llevó al límite el cómodo e inteligente recurso juntando en el sanatorio de Davos el mundillo internacional descalabrado de *La Montaña Mágica*. En el espacio reducido de una sola casa grande percibimos el transcurso amortiguado del tiempo vital, que aturde lentamente la esperanza del hombre enfermo, como un abismo prolongado.

Julio Cortázar encuentra una afortunada variante de este recurso para dar estructura a su novela, y si consideramos la taladrante ironía reforzada por cierta delincuencia cultural que muestra en *Los Premios*, cualidades ostensibles, también, en la obra del novelista inglés, la proximidad formal entre Huxley y Cortázar resulta evidente. En efecto, Cortázar puede considerarse a bulto como un Huxley bonaerense, pero con ejecutoria y elaboración tan personales que rechazan todo sometimiento imitativo.

El caso de Cortázar podría definirse de una vez afirmando que posee una profunda y variada sabiduría de otros valores compensada por la experiencia socavadora del propio mundo, y una soberbia defensa de porteño listo, capaz de vigilancia permanente sobre sus pretensiones y sus hallazgos. Notoriamente advertimos esto en Cortázar cuando interrumpe la secuencia novelesca y detiene bruscamente la narración con una frase sentenciosa de escritor que se vigila. Otra característica muy particular son sus interpolaciones de corte metafísico en las que se manosean los atisbos de la filosofía más reciente. *Leit motiv* de *Los Premios*, surgente aquí y allá, es la preocupación por la azarosa e incontrolable simultaneidad de la vida colectiva, que lleva inserta la de cada cual, concretándose irreversiblemente en el ser, caprichoso, lastrado por infinidad de variantes que

puieron ser y no fueron. La cita de unos quince o veinte individuos en el *London* es producto de la mera casualidad: cada uno ha sido favorecido por la suerte en un juego de lotería turística. El premio consiste en un viaje en barco, de varios meses, en primera clase. Sujetos que no se conocen van a trabarse en un orden todavía inexistente. La realidad se va a ordenar de un modo imprevisible. El ingrediente básico de este orden es la vida histórica de cada cual que reacciona con otras historicidades y decreta la nueva realidad. Desde el comienzo (págs. 16-17), Cortázar insinúa los detalles de su tema fundamental: "Afuera la Avenida de Mayo insistía en el desorden de siempre. Voceaban la quinta edición, un altoparlante encarecía alguna cosa. Había la luz rabiosa del verano a las cinco y media (hora falsa, como tantas otras adelantadas o retrasadas) y una mezcla de olor a napha, a asfalto caliente, a agua de colonia y aserrín mojado. López se extrañó de que en algún momento la Lotería Turística se le hubiera antojado irrazonable. Sólo una larga costumbre portecía —por no decir más, por no ponerse metafísico— podía aceptar como razonable el espectáculo que lo rodeaba y lo incluía. La más caótica hipótesis del caos no resistía la presencia de ese entrevero a treinta y tres grados a la sombra, esas direcciones, marchas y contramarchas, sombreros y portafolios, vigilantes y *Razón Quinta*, colectivos y cerveza, todo metido en cada fracción de tiempo y cambiando vertiginosamente a la fracción siguiente. Ahora la mujer de pollera roja y el hombre de saco a cuadros se cruzaban a dos baldosas de distancia en el momento en que el doctor Restelli se llevaba a la boca el medio litro, y la chica lindísima (seguro que era) sacaba un lápiz de *rouge*. Ahora los dos transeúntes se daban la espalda, el vaso bajaba lentamente, y el lápiz escribía la curva palabra de siempre. A quién, a quién le podría parecer rara la lotería".

Más adelante, página 29, Persio, un lunático que en la novela oficia de meditador astral a las órdenes del autor, como simple instrumento, afina la primera intuición plena de ese conjunto todavía heterogéneo que va a cuajar armónicamente:

"Aquí, por ejemplo, los elementos significativos pululan. Cada mesa, cada corbata. Veo como un proyecto de orden en este terrible desorden. Me pregunto qué va a resultar".

En la página 42, otra coloración, más acentuada y expresiva, del tema:

"...La incalculable lejanía de los destinos que de pronto se vuelven gavillas en una cita, la mezcla casi pavorosa de seres solos que se encuentran de pronto viniendo desde taxis y estaciones y amantes y bufetes, que son ya un solo cuerpo que aún no se reconoce, no sabe que es el extraño pretexto de una confusa saga que quizá en vano se cuente o no se cuente".

El soliloquio de Persio acentúa su propensión metafísica (pág. 52):

"Lo que acerca a una cosa, lo que induce y encamina a una cosa. El otro lado de una cosa, el misterio que la trajo a ser lo que es".

El grupo azarosamente reunido debe inaugurar su porvenir. Cortázar, tiene conciencia de que hay multitud de posibilidades y que autorizará sólo una para que acune la acción. Los personajes se bambolean indecisos al borde mismo de la novela. Si embarcan serán así, de lo contrario cuajarán en otra realidad igualmente inexorable.

"Una vez más siente Persio que en esta hora de iniciación lo que cada viajero llama mañana, puede instaurarse sobre bases decididas esta noche. La única ansiedad es lo magno de la elección posible". (pág. 65).

¿Qué brújula marcará la orientación? ¿Cómo acceder a la clave?

"La única ansiedad es lo magno de la elección posible. ¿Guiarse por las estrellas, por el compás, por la cibernética, por la casualidad, por los principios de la lógica,

por las razones oscuras, por las tablas del piso, por el estado de la vesícula biliar, por el sexo, por el carácter, por los pálpitos, por la teología cristiana, por el Zend Avesta, por la jalea real, por una guía de ferrocarriles portugueses, por un soneto, por *La Semana Financiera*, por la forma del mentón de don Galo Porriño, por una bula, por la cábala, por la necromancia, por *Bonjour Tristesse*, o simplemente ajustando la conducta marítima a las alentadoras instrucciones que contiene todo paquete de pastillas *Valda?*"

La abigarrada y brillante enumeración de Cortázar parece calcar los apoyos desconocidos de la casualidad funcionando en el ser humano, estupefacto ante la prueba más exigente: tener que elegir el ser, elegir uno mismo su futuro. Al admitir el gobierno del escritor que nos obliga a entender su novela desde este propósito, vamos soslayando la fascinación creciente que produce su enfoque del mundo bonaerense, el diseño minucioso del horizonte vital que se ofrece a cada uno de los personajes. La inverecundia desenvuelta del boquense vista desde el empaque liceano de Restelli, rezumando efemérides y tópicos de civilidad; el snobismo de Paula Lavalle amortiguando su inteligente decadencia; viveza porteña contaminada de vicioso escepticismo en Carlos López, quien reproduce, a nuestro juicio, el modo de ver más afín al novelista. Cortázar los va presentando desde dentro, pero acuñados sin remisión en el mismo tópico de lo social-argentino, en lo consabido de la vida largo tiempo cristalizada en ademanes y decires. Novelista especulativo, Cortázar, hace de la cultura cuestión novelesca y descalabra con ello un poco el género. Cada vez que intercala una meditación, nos invita a imitarle y a salirnos de la acción sumergida en un torrente de argentinidad.

La frecuente interpolación especulativa no llega a desarticular el flujo de lo cotidiano, no vence el ameno transcurrir habitual de cada vida en su trinchera. Así, vemos a uno que trata de profundizar en la sección hípica de su diario, a otro que, sin achicarse, confiesa padecer una sed *fenómena*, haber comido una raviolada *fenómena*, o recuerda una cena en *Loprete* "precedida de un vermuth en cualquier parte". En el subterráneo alguien ha visto "un colegial que se esforzaba por parecer un crápula". Medrano mira a una muchacha "protegiéndola de entrada". Sigue el "fenómeno, pibe" en todas sus gamas, neutralizado por la ironía bilingüe de Paula Lavalle, que criolliza intencionadamente sus citas: "*le besoin de la fatalité*, que le dicen". Y la guarangada de rigor: "¿No le parece, Claudia, como si al emprender una actividad cualquiera renunciaríamos a algo de lo que somos para integrarnos en una máquina casi siempre desconocida, un ciempiés en el que seremos apenas un anillo y un par de pedos?"

Todos los niveles en aquella cita del *London*; la concurrencia debió escuchar a pie firme al cantor *Humberto Roland* que llegó "al desenlace melancólico de tanta gloria porteña". "Para mí sos siempre la que no supo, etc.". Simultáneamente hay quien piensa en su hermano Rodolfo como en un concentrado de tópicos: "tan abogado él, tan doctor Cronin, tan corbata con pintas rojas".

La mescolanza se desborda con la intervención de Medrano, que dice tener una "modesta discoteca de música dodecafónica" y es conocedor de la obra de Krének.

La información que imparte este novelista alumbrá sin esfuerzo las respectivas intimidades. El profesor López bebe cerveza con sus alumnos en Plaza Once; otro maestro, Restelli, piensa mecánicamente "en lo jodido que era explicar honrosamente esas palizas que le encajaban los godos a Belgrano" en Vilcapugio. Con habilidad, Cortázar, ha desplegado el pequeño caos de bolsillo en el momento en que va a ordenarse resueltamente en una dirección, acunado en la sonriente domesticidad criolla. Se precisa la cadencia básica de tres notas: el plétórico pasado

de cada cual, el porvenir inmediato, incierto, la oquedad del presente como un cojinete entre ambos.

El tema trasciende la novela y en buena parte la desbarata. El comienzo de la acción tiene algo de la expectación del trapecista que en lo alto del columpio espera la cuerda de relevo. Hasta ese momento los personajes no son otra cosa que pasado en el que se apoyan. El presente es el extraño momento de producción de pasado, y nada más. No ofrece asidero ni respaldo. Tirar la cuerda hacia atrás, hacer pasado irreversible de un futuro incierto. Los personajes de Cortázar acumulan pretérito, y podemos definirlos diciendo que son lo que fueron. Producen ser en tanto que lo van dejando a espaldas del presente hueco. En cada instante que transcurre se constituyen y completan históricamente, como suma de pasado retenido. No hay otro movimiento que el que asedia el futuro y lo congela en pasado. El ser acontece fugazmente como sincronización de los dos términos: pasado y futuro.

El tema ontológico que Cortázar ha deslizado en esta novela de Buenos Aires, aparte de descomponerla continuamente, posibilita la evasión del autor que gana distancia a su asunto y lo supera al conjuro de la autocrítica lacerante y el comprensivo desdén. Se trata de categorías esencialmente argentinas. Otro tanto le ocurre a Borges. Toda su obra exhibe una suerte de autovigilancia dura, desesperada. Cortázar y Borges son escritores que saben tratarse de tú en la soledad.

En muy pocas horas, la microsociedad que concurrió al *London* se ordena en un plano imprevisible para probar que el futuro de cada cual, la corta vida en el barco que la tragedia interrumpe bruscamente, no es más que el resultado de la historicidad de un pasado cuyos últimos pasos fueron jugar a la lotería turística y embarcar todos los que embarcaron y no otros posibles ganadores que no ganaron. El azar, dinamizando la acción y ordenando la vida como un capricho laborioso, se implanta en la novela de Cortázar.

*Los Premios* tiene una estructura puramente temporal: primer día, segundo día, tercer día, epílogo. Tres días de apretada convivencia, de simpatías, agresividades e indiferencias a presión (Los pasajeros no pueden moverse de proa; sólo la mitad del barco les ha sido franqueada).

La domesticidad bonaerense sustantiva todos los diálogos: "¿Gusta una masita de crema? Es hecha en casa". Se perfila la chica con facilidad para la música que "desde chiquita cantaba de memoria todos los tangos y otras cosas, y se pasaba horas escuchando por la radio las audiciones del clásico". "El clásico hay que saber tocarlo —dijo doña Rosita".

Niveles que se entreveran al viajar; la vida nueva que deja como en borrador el pretérito. La memoria retiene tres o cuatro imágenes de la totalidad que se alcanzó a ser. Si el soliloquio de Persio se remonta más de lo conveniente, Cortázar lo neutraliza por intermedio de Medrano, dentista equilibrado: "¿Cree que alguna vez me tocó viajar con gentes extraordinarias? Ah, sí, una vez en un tren que iba a Junín almorcé frente a Luis Angel Firpo, que ya estaba viejo y gordo, pero siempre simpático".

Los continuos tornasoles que matizan la prosa de Cortázar nos dan la medida de una amplia lectura, de una sólida experiencia literaria alcanzada en la recepción de remotas literaturas. *Los Premios* es obra que alardea de sabia suficiencia bien controlada, que naturalmente se resuelve en ironía. Las dos docenas de individuos que suben al *Malcolm*, carguero de la *Magenta Star*, son pacientemente entendidos e implacablemente refutados. Ni las citas refinadas que garantizan la buena lectura, ni la indeleble ontología que advertimos en la génesis de la trama, ni la música de Krének, ni lo óntico —que no podía faltar— debilitan la potencia de los

tópicos que rellenan la vida de Buenos Aires: *Maribel*, la *Leche La Martona*, *Luna Park* y *Boca Juniors*, y otros retazos de suculenta domesticidad. El hábito pegado con masitas dulces de confitería central; ravioladas y guaranguismo articulándose con soltura en la ficción de Cortázar; todas las expresiones de lo consabido y rutinario reciben violentamente, en un par de páginas insólitas, el rechazo de una conciencia angustiada. Actitud desesperada que encontramos antes en Mallea y en Murena, y no en Borges que se adornece con máxima inteligencia en la pura descomposición de lo europeo fundamentando la rareza de su tópico intelectual.

En la página 250 —meditación de Persio— se insinúa el horror de la "ecolalia, del inane retruécano", repetición de palabras y frases que anulan el pensamiento.

¿A dónde lleva, entonces, tanta domesticidad? ¿Qué valiosas esencias sucumben o se olvidan en el rodar de lo consabido, un día y otro, sin término? Antes de *Los Premios* el novelista había dejado que madurara su crítica de la cotidianeidad feliz, que ahora descalabra entrando en una vía peligrosa de la que ya ha salido un primer fruto: la ambivalencia experimental de *Rayuela*. El caos formal de esta novela, combinado con el descoyuntamiento idiomático que la enerva y hermetiza, puede considerarse como el reflejo del análisis de la realidad argentina que se inicia en *Los Premios* marcando el arranque de una rebelión. El rebelde Cortázar al destruir la inconsciente unidad doméstica se disocia a sí mismo. La captación exultante de París que registra *Rayuela* está lastrada en cada sensación, en cada retorcimiento por los giros vernáculos y el murmullo de la vida de Buenos Aires. En cada página está volviendo como un naufrago a la vida del puerto atlántico. A la altura de la página 250 de *Los Premios*, empieza a vislumbrarse la desviación hacia la difícil meta que la angustiada insatisfacción le prescribe. Citaremos con alguna amplitud los trozos más sintomáticos:

"Pero con el hablar de todos los días sólo se llega a una mesa cargada de vituallas, a un encuentro con el *shampoo* o la navaja, a la rumia de un editorial sedudo, a un programa de acción y de reflexión...

Tapado por los yuyos de la pampa hubiera debido estarme largas horas prestando oídos al correr del peludo o a la germinación laboriosa de la cinacina. Dulces y tontas palabras folklóricas, prefacio inconsistente de toda sacralidad, cómo me acarician la lengua con patas engomadas, crecen a la manera de la madre selva profunda, me libran poco a poco el acceso a la *Noche* verdadera, lejos de aquí y contigua, aboliendo lo que va de la pampa al mar austral, Argentina mía allá en el fondo de este telón fosforescente, calles apagadas cuando no siniestras de Chacarita, rodar de colectivos envenenados de color y estampas. Todo me une porque todo me lacera, Tupac Amaru cósmico, ridículo, babeando palabras que aun en mi oído irreductible parecen inspiradas por *La Prensa* de los domingos o por alguna disertación del doctor Restelli... Pero crucificado en la pampa, boca arriba contra el silencio de millones de gatos lúcidos mirándome desde el reguero lácteo que beben impasibles, hubiera accedido acaso a lo que me burlaban las lecturas, comprendido de golpe los sentidos segundos y terceros de tanta guía telefónica...

He visto la tierra americana en sus horas más próximas a la confidencia última, he trepado a pie por los cerros de Uspallata, he dormido con una toalla empapada sobre la cara, cruzando el Chaco, me he tirado del tren en Pampa del Infierno para sentir la frescura de la tierra a media noche. Conozco los olores de la calle Paraguay, y también Godoy Cruz de Mendoza, donde la brújula del vino corre entre gatos muertos y cascos de cemento armado..."

Tenemos ya la mala conciencia de Julio Cortázar justificando la ruina de la tradición. Sigue:

"...tirado en la alfalfa pude ingresar en ese orden... ¡Pero soy como ellos, somos triviales, somos metafísicos mucho antes de ser físicos, corremos delante de las preguntas... y así se inventa el fútbol, así se es radical o subteniente... y hasta cuando nacemos para preguntar y otear las respuestas, algo infinitamente desconcertante que hay en la levadura del pan argentino, en el color de los billetes ferroviarios o la cantidad de calcio de sus aguas, nos precipitan como desaforados... apestados de metafísica sin rumbo, de problemas inexistentes, de supuestas invisibilidades que cómodamente cortinan de humo el hueco central..."

¿Por qué no defenestrar antes que nada el peso venenoso de una historia de papel de obra, negarse a la conmemoración...? Oh, Argentina, ¿Por qué ese miedo al miedo, ese vacío para disimular el vacío? En vez del juicio de los muertos ilustre de papiros ¿por qué no nuestro juicio de los vivos? ¿Quién es ese hijo de puta que habla de los laureles que supimos conseguir? ¿Nosotros, nosotros conseguimos los laureles? ¿Pero es posible que seamos tan canallas?... (págs. 250-251-252-253).

Dos series de ideas: por un lado la presión de lo cotidiano en el lenguaje consabido y mecanizado hasta el límite; por otro lado la queja desesperada del redescubridor de una posibilidad que quedó nonata y así seguirá indefinidamente, inquietando la conciencia de los Martínez Estrada, los Mallea, los Murena y los Cortázar de ahora y de mañana. La cantinela se repite sintonizada en toda Hispanoamérica. Resuena igual y distinta en México con Carlos Fuentes, en Cuba con Alejo Carpentier, en Argentina con Julio Cortázar, tres voces que en este momento dan la nota suprema de la novela continental.

Si no nos dejamos engañar por la elocuencia o la gallardía verbal veremos cómo estas quejas toman su fuerza en el fenómeno histórico que rechazan o impugnan, en el mérito de ese pasado que granó a su modo, fatalmente, configurando con necesidad dialéctica las posibilidades del otro acontecer recoleto y autóctono que la queja de Cortázar acaricia largamente. En cada encrucijada de la historia fue vencido por vitalidades más poderosas, que al descabezarlo sin remilgos los restituían trozo a trozo a su integridad. Por debajo de lo dado históricamente se busca hoy su espectro con instrumentos espirituales que provee la cultura que llegó a imponerse. Novelas como *La Región más Transparente* de Carlos Fuentes, *Los Pasos Perdidos* de Alejo Carpentier y *Los Premios* de Julio Cortázar son expresiones de romanticismo histórico generadas en el desabrimento de la vida actual, que va recibiendo con creciente intensidad el influjo deshumanizador de la técnica.

Buenas novelas, como *Los Premios*, se escriben probablemente todos los meses. La prueba de agudeza, de perfección puramente novelesca la dan una y otra vez los cultivadores de los diferentes tipos de ficción. Tenemos la profusión de *best sellers* que entregan sin desmayo productos al consumo de públicos experimentados y menesterosos de algunas horas de evasión en primera clase. La producción novelesca tiene la perfección perecedera de las creaciones de la gran industria de occidente. Se ha constituido así la farmacoepa literaria, caudalosa de jarabes y obleas a gusto del consumidor; un poco de psicología consagrada, un poco de homosexualidad y picardía, algo de ciencia superdestilada, los exotismos urbanos y la toxicomanía, el lenguaje astuto cimentado en adjetivos sugerentes, la fácil salida a la coprolalia.

Cada día se hace más difícil distinguir en este vértigo de publicaciones hábiles, que se ofrecen al público ya sancionadas por equipos de opinadores y solapistas al servicio del empresario editor. En la avalancha de novelas buenas e inteligentes vienen entreveradas las que son algo más que buenas novelas condimentadas *ad hoc*, que superan la marca *pop-art* y las transitorias exigencias de la moda. Paradóji-



camente, una crisis por superabundancia de buenos escritores afecta a la novela, una noche de engañosos gatos pardos. Perdidos, ahogados en la marea de tapas a varios colores que ofrecen el caso más extraño, el conflicto insospechado y la aventura más deslumbrante se perciben en los libros que al autor escribió para sí mismo antes que pensar en el lector y en la taquilla, los que van a quedar, los que hacen fracasar siempre al snob oportunista.

Es difícil distinguir. Las grandes personalidades literarias son rápida y brillantemente imitadas, hasta superadas, en algunos casos, por el habilidoso alerta. Las imitaciones aceptables de Sherwood Anderson, Ernest Hemingway y Henry Miller están a la orden del día, aunque de Hemingway hemos leído un librito póstumo —*París era una Fiesta*— compuesto al calor de una experiencia única de la vida, que va a resultar inmune a las imitaciones más tenaces.

Afortunadamente hay otros como Proust, Thomas Mann, Baroja, Hesse y Kafka que cerraron su propio circuito al hacer de la novela el correlato de sus vidas singulares.

La obra que Julio Cortázar lleva publicada va mostrando progresivamente los aspectos de su problema básico, las complicaciones de su existencia argentina, las circunstancias que lo obligan a dirigirse a sus compatriotas y a toda Hispanoamérica, la resolución de mostrar una realidad disputada. La jerarquía de su problema, su modo de verlo y de sentirlo le ponen a cubierto de molestas confusiones.

*Los Premios* puede vaciarse de algunas de las resonancias europeas filtradas en sus páginas como consecuencia de la información libresca, no siempre enteramente controlable, pero de la espesa combinación humana sometida al reactivo mordiente de la ironía fluye compacta la original vitalidad de la enjundiosa ciudad de Buenos Aires, arrasando sueños y melindres de cavilador escéptico. Y *Carlos López*, término de la ecuación López-Cortázar, que arrulla espejismos de viveza porteña en sus horas perdidas al conjuro fantástico de "uno de esos braguetazos que lo embarcan a uno en Yates, Oriente Express y Super Constelation" (pág. 279).

Desde hace diez años, Julio Cortázar vive en París. Posiblemente su caso sea el que dramatizó Pérez de Ayala en *La Pata de la Raposa*, y haya huido del cepo bonaerense con la pata sangrante.

# Alejandro Méndez García de la Huerta: Inconstitucionalidad de las leyes y la Corte Suprema de los Estados Unidos

## Capítulo 1

CUENTA BRYCE, en su clásica obra *The American Commonwealth*, que un ilustrado caballero inglés, habiendo oído que la Suprema Corte de los Estados Unidos habría sido creada para proteger la Constitución y se hallaba investida de autoridad para invalidar las leyes inconstitucionales, pasó dos días buscando en el texto de esa Carta Fundamental el precepto del cual emanaría tal función o tal derecho.

Naturalmente, el estudioso inglés, no obstante su prolijo trabajo, no pudo encontrar esa disposición por la sencilla razón de que dicha Carta nada contiene a ese respecto<sup>1</sup>.

En realidad, el "poder", o más exactamente la "obligación", de anular las leyes inconstitucionales no emana de ninguna disposición expresa de la Constitución americana y tampoco es una atribución exclusiva de la Suprema Corte, como frecuentemente se cree: es un mandato impuesto a todos los tribunales del país por subalternos que sean, y que éstos, a requerimiento de parte agraviada, deben cumplir dentro de la órbita de sus respectivas competencias, señaladas en forma especial en el Judiciary Act. de 1789 y otras leyes posteriores.

Es, podríamos decir, una regla de orden consuetudinario, o mejor una doctrina de Derecho Público, que nació como una consecuencia espontánea y lógica de la letra y del espíritu que informa el sistema institucional de la Constitución.

En efecto, si ella consagra la inviolabilidad de las garantías individuales y señala y limita prolijamente las atribuciones y deberes de los diversos poderes públicos, con el fin de proveer al mantenimiento del régimen federal establecido, prevenir los abusos o extralimitaciones del gobierno de la Unión y de los gobiernos de los Estados Federados, fluye como necesidad imperiosa, la existencia de una autoridad encargada de invalidar toda legislación inconsulta que pretendiera amenazar las libertades públicas o ampliar, restringir o desconocer las bases políticas, tan difícilmente logradas, que permitieron el nacimiento de los Estados Unidos.

Si la Constitución pudiera en cualquier momento ser vulnerada por la legislación común —federal o estatal—, ella estaría de más y no existiría razón valedera para haberla dictado: las libertades públicas y el sistema de control y limitaciones de los poderes establecidos quedarían a merced del capricho de un legislador ocasional.

Ya Hamilton, con anterioridad a la promulgación de la Constitución, habría expresado esta idea, cuando refiriéndose a esos derechos y limitaciones, escribió en "The Federalist"... "limitaciones de esta clase sólo pueden garantizarse en la práctica por medio de tribunales de justicia, cuyo deber tiene que ser declarar nulos todos los actos contrarios a la Constitución. Sin ello nada supondrían las reservas de derecho (de los Estados) o privilegios particulares".

De la opinión de Hamilton participaban ya en realidad la gran mayoría de los "Padres de la Constitución", pero habría de pasar algún tiempo para que se produjera consenso acerca del tribunal que ejercería esta trascendental función.

<sup>1</sup>James Bryce, *The American Commonwealth*.

Dado el principio clásico de la separación e independencia de los poderes del Estado, que tanto preocupó a los constituyentes americanos, parecía dudoso entregar esa función al Poder Judicial, quien quedaría de esta manera autorizado para alzarse sobre el Ejecutivo y el Legislativo, anulando leyes que éstos habrían acordado de consuno en el ejercicio de lo que juzgaban sus atribuciones.

No obstante la fuerza de esta objeción, ella fue obviada y la Constitución americana, promulgada por fin en 1787, determinó, en su Artículo III, que era el Poder Judicial la autoridad llamada, con jurisdicción amplia e irrestricta, al conocimiento y resolución de todos los casos de justicia o equidad que se promovieran entre partes, dentro de los límites del país y en los cuales estuvieran en juego o controversia sus propias disposiciones, la de los tratados vigentes, la de las leyes de la nación, la de las constituciones de los Estados Federados y la de las leyes de esos Estados.

Y, a continuación, en su art. VI inciso 2º, ordenó terminantemente que los jueces en el desempeño de sus funciones, o sea en la dictación de sus fallos, deberían conformar éstos a las prescripciones constitucionales, "la ley suprema del país, digase lo que se quiera por la Constitución o las leyes de cualquier Estado".

De estas dos disposiciones constitucionales fluye, pues, la doctrina de Derecho Público a que nos referimos al empezar:

El Poder Judicial tiene amplia jurisdicción sobre todos los asuntos que en la primera de ellas se mencionan, debiendo sí, para dar cumplimiento a la segunda, conformar sus fallos a los preceptos de la Constitución. Y, para conformar sus fallos a la Constitución —como fácilmente se comprende—, están los jueces en la obligación de anular en ellos toda ley que resulte contraria a ésta y que incida en el asunto de que estuvieren conociendo.

Sin apartarse, por lo menos abiertamente, de la letra y del espíritu de la Constitución, la Suprema Corte —organismo máximo del Poder Judicial americano—, ha dado en el curso de los años, a los principios que quedan expuestos, un desarrollo y una amplitud extraordinarios, que seguramente los constituyentes estuvieron lejos de imaginar.

Su jurisprudencia audaz, activa y en constante evolución ha configurado un cuerpo de doctrinas, que los tratadistas designan con el nombre de *Supremacía judicial en la revisión de la constitucionalidad de las leyes*, doctrina que encuentra también buena base de sustentación en otra disposición constitucional, la del Art. I, Sección 8ª, inciso último, relacionada con los "poderes implícitos" y de la cual luego nos ocuparemos en el capítulo IV.

Es necesario, aunque sea brevemente, exponer esta doctrina de la *Supremacía judicial en la revisión de la constitucionalidad de las leyes*.

El control o revisión de la constitucionalidad de las leyes —dice un autor— "aún cuando siempre busca, como no podría ser de otra manera, su punto de partida en la referencia a un texto de la Constitución, tiene, por lo general, su apoyo verdadero en ciertos principios que no están en la Constitución sino que los jueces han extraído del mundo extrajurídico de su propia cultura, de sus convicciones políticas, de su concepción acerca de lo que debe ser la vida social y económica de su país: el «devido proceso legal», «la igual protección», el «poder de policía», la «regulación del comercio interestatal», etc., son expresiones que, aunque figuran, con excepción de una, en los textos de la Constitución, *recogen casi toda su fuerza normativa del contenido que la jurisprudencia les ha dado, edificando con elementos extraños a la ciencia del derecho*".

"La mayor importancia, ya no solamente desde un punto de vista teórico sino

Capítulo II

Capítulo III

rigurosamente pragmático, de los conceptos citados en el párrafo precedente, deriva de que, a través de ellos, los jueces pueden invalidar como inconstitucionales las leyes que repugnan con su noción de lo razonable o de lo justo<sup>2</sup>.

Así, la Suprema Corte, puede, en consecuencia, invalidar como inconstitucional —y en realidad lo hace— toda ley que contradiga el concepto que ella haya formado de lo razonable y de lo justo.

Esta atribución que ella misma se ha conferido, por la vía de su propia jurisprudencia, ha permitido sostener —distinguiendo entre los conceptos de Ley y Justicia y apreciando este último en toda su excelcitud— que la Suprema Corte, más que un tribunal legal, es un Tribunal de Justicia.

Siguiendo este camino, la Suprema Corte sirve lealmente las funciones que le competen y se conforma al espíritu de los constituyentes cuando, a manera de preámbulo de la Constitución estamparon esta Declaración:

“Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de hacer nuestra Unión más perfecta, establecer la Justicia, asegurar la tranquilidad interior, atender a la defensa común, promover el bien general y asegurar los beneficios de la libertad ... ordenamos y establecemos la presente Constitución de los Estados Unidos de América”.

Ante todo y sobre todo establecer la justicia, la tranquilidad, la libertad, el bien común. Este es el fin primordial que la Constitución persigue y, en consecuencia, es menester no sólo rechazar o modificar toda ley que lo interfiera, sino también adaptar a este fin los preceptos mismos de la Constitución, interpretándolos de acuerdo con las necesidades presentes, aun cuando estas interpretaciones contradigan a las ya establecidas.

“Las disposiciones de la Constitución —ha dicho Oliver W. Holmes, uno de los más ilustres jueces que haya tenido la Suprema Corte—, no son fórmulas matemáticas, cuya esencia esté en la forma, sino instituciones orgánicas y vivas cuya significación es vital y no formal y que las vacilaciones, a veces las contradicciones en que la Corte ha incurrido, no son sino reveladoras de como institución viva refleja las inquietudes de esta época”<sup>3</sup>.

Naturalmente, no puede la Suprema Corte desconocer o anular las disposiciones de la Constitución misma, pero de hecho, como hemos expresado, las interpreta y

<sup>2</sup>Antonio Carrillo Flores: Prólogo de la obra de Charles L. Hughes, titulada *La Suprema Corte de los Estados Unidos*.

<sup>3</sup>La Suprema Corte, en efecto, ha modificado en diversas ocasiones su jurisprudencia, dando a disposiciones de la propia Constitución interpretaciones que contradicen las que ya habría establecido.

Así, en 1896, resolviendo en el famoso caso *Plessy v/s Ferguson*, sostuvo que no infringía la Enmienda xiv de la Carta Fundamental la obligación impuesta a los ferrocarriles del país de transportar a los pasajeros blancos y de color en carros separados, siempre que estos carros fueran iguales, dando origen a la doctrina de “trato igual pero separado”, doctrina que luego no sólo se aplicó a los ferrocarriles sino también a las escuelas, etc.

Más tarde, en 1954, fallando el caso “*Brown v/s Board of Education of Topeka*”, relacionado con la asistencia a las escuelas del alumnado blanco y de color, resolvió que la doctrina anterior contrariaba la prescripción constitucional ya citada, toda vez que “trato igual pero separado”, en el hecho, no constituiría un trato igual y, en consecuencia, los niños de color debían ser admitidos en todas las escuelas sin discriminación alguna. Dio así nacimiento a la doctrina de la “integración racial”, que, al igual que la anterior a la cual sustituye, tiene hoy aplicación en todas las esferas de la vida nacional. La aplicación durante 58 años de la primera de las doctrinas mencionadas había dejado en evidencia que ella no podía subsistir porque repugnaba al sentimiento de justicia de la democracia norteamericana.

fija sus alcances, toda vez que para pronunciarse sobre la inconstitucionalidad de una ley es obvio, como se comprende, estudiar, interpretar y precisar el sentido de los preceptos constitucionales que pueden ser o no infringidos por la ley en discusión.

La doctrina expuesta configura a la Suprema Corte como un tribunal "sui generis"; sus facultades en la interpretación de la ley casi lo convierten en un poder colegislador con el Ejecutivo y el Congreso y sus atribuciones van mucho más allá de aquellas que asisten a los tribunales superiores de otros países, que deben siempre sentenciar con estricta sujeción a la ley.

Acaso, por esta circunstancia, su papel no es siempre bien entendido por aquellos que se han formado en la aplicación de principios diversos.

Aludiendo a estas amplias atribuciones del Poder Judicial, un eminente jurista americano —Charles E. Hughes— en conferencia dada hace algunos años en la Universidad de Harvard, pudo expresar este concepto:

"Nosotros —dijo—, vivimos bajo la autoridad de la Constitución, pero la Constitución es lo que los jueces dicen que ella es". Opinión similar habían ya expresado otros juristas americanos tan ilustres como él<sup>4</sup>.

Corresponde a John Marshall, designado en 1801 presidente de la Suprema Corte (Chief Justice) la honra de dar expresión, desarrollo, fundamento y sobre todo autoridad a esta doctrina de la "Supremacía judicial en la revisión de la constitucionalidad de las leyes", y esto lo hizo a través de innumerables fallos que, la referida Corte, siguiendo las inspiraciones de su sabiduría y de su patriotismo, dictó durante su larga presidencia de treinta y cuatro años.

Entre estos fallos es necesario recordar por lo menos dos: el que resolvió en 1803 el caso "Marbury v/s Madison" por ser el primero que declaró la inconstitucionalidad de una ley, y el que, años más tarde en 1819, resolvió la famosa controversia "Mc Culloch v/s Maryland"<sup>5</sup>.

Motivó esta última controversia el hecho de que el Congreso de la Nación, sin que existiera precepto constitucional preciso que se lo permitiera, había aprobado una ley facultando al Ejecutivo para crear el Banco de los Estados Unidos, banco que, luego de instalado, abrió sucursales en diversos estados del país. El Estado de Maryland objetó esa ley por inconstitucional y, con el propósito de hostilizar al banco, gravó con impuestos a las utilidades que realizara dentro del territorio estatal.

Dos cuestiones distintas, observa Bassett, surgen aquí a la discusión<sup>6</sup>.

¿Tiene el Congreso poder para autorizar la creación del banco? Y, si lo tiene ¿puede el Estado de Maryland gravar al banco con impuestos?

A ambas cuestiones dio respuesta la Suprema Corte en el fallo mencionado.

Es verdad, dijo en síntesis, refiriéndose a la primera cuestión, que la Constitución en su Art. 1, sección 8<sup>a</sup>, que señala las atribuciones del Congreso, no dio a éste el poder expreso de autorizar la creación del banco, pero, también es cierto que en el inciso último de este mismo artículo y sección, estableció una disposición de carácter general que permite a ésta "hacer todas las leyes necesarias y convenientes para el uso de estos poderes y para el de todos aquellos de que, en virtud de esta Constitución, puedan estar investidos el Gobierno de los Estados Unidos

<sup>4</sup>Charles E. Hughes, *Adresses*.

<sup>5</sup>El caso "Marbury v/s Madison" ha sido muy comentado por los tratadistas y es suficientemente conocido. Véase Gerald W. Johnson, *La Suprema Corte*.

<sup>6</sup>*A short History of the United States (1492-1938)* by John Spencer Bassett Ph. F. Late, Professor of American History in Smith College.

o cualquiera de sus dependencias o empleados"; y como la creación de un banco no está prohibida y, por el contrario, es útil para la prosperidad pública, la Corte concluyó declarando la constitucionalidad de la ley objetada.

El principio de los "poderes implícitos", o sea de aquellos de que dispone el Congreso a más de los expresamente consignados en la Constitución, quedó así solemnemente consagrado.

Y Marshall para no dejar dudas acerca del pensamiento del Tribunal a este respecto, consignó el siguiente concepto que alcanzaría pronto una autoridad indiscutible:

"Siendo legítimo y estando dentro de la órbita de la Constitución el fin perseguido, todo medio apropiado y claramente adoptado a ese fin, que está de acuerdo con la letra y espíritu de la Constitución (pero no prohibido al Gobierno Federal) es constitucional".

A virtud de este principio, ciertamente el Congreso y consecuentemente el Ejecutivo podrían disponer de gran amplitud y flexibilidad en el ejercicio de sus funciones, pero —y aquí está lo interesante— sólo cuando el Poder Judicial estuviere de acuerdo con sus resoluciones, porque a él, y no a otra autoridad, incumbe, en último término, determinar si el fin perseguido es legítimo, si él se halla dentro de la órbita constitucional, si los medios escogidos para realizarlo son apropiados y claramente adaptados al fin y, por último, si no están prohibidos al Gobierno Federal.

Marshall, con esta doctrina tan claramente expuesta, consolidaba más todavía la Supremacía Judicial en la revisión constitucional de las leyes.

Resolviendo en seguida la segunda cuestión, la Suprema Corte, ejerciendo sus facultades interpretativas, declaró que la ley dictada por el Estado de Maryland, que gravaba con impuestos las utilidades que realizara el banco dentro de su territorio estatal, era contrario a la Constitución, toda vez que, con dichos impuestos, entraba de hecho al Gobierno Federal el amplio ejercicio de su derecho de crear y mantener el banco. "El poder de establecer impuestos, expresó Marshall en esa ocasión, envuelve el derecho de destruir".

Con razón se ha sostenido que el fallo que hemos extractado es el más importante de cuantos emitiera la Suprema Corte bajo la inspiración de Marshall: él consagró la doctrina de los "poderes implícitos", confirmó la facultad del Tribunal para anular las leyes inconstitucionales y para interpretar las disposiciones de la Carta Fundamental y sentó la supremacía del Gobierno Federal sobre los gobiernos estatales.

"La Constitución diría entonces Jefferson, es sólo una forma de cera en manos del Poder Judicial... La judicatura es un inmenso monstruo de pies silenciosos que terminará con la Democracia y la autoridad de los Estados".

Felizmente una larga experiencia ha demostrado que los temores de Jefferson fueron infundados. La Suprema Corte ha ejercitado sus amplias atribuciones con dignidad y patriotismo, ajena a influencias políticas y financieras; no ha interferido en la esfera de acción de los otros Poderes Públicos, negándose aún a responder a las consultas que, en algunas ocasiones, éstos le han formulado: se ha limitado exclusivamente a cumplir su cometido de tribunal, fallando los casos concretos que los litigantes han llevado hasta sus estrados. Pero, aún como tribunal, ha ejercido sus atribuciones con moderación porque, consecuente con el principio por ella misma establecido —el de "la presunción de la constitucionalidad de las leyes"— se ha negado a declarar la inconstitucionalidad de éstas cuando la cuestión ofrece dudas razonables<sup>7</sup>.

<sup>7</sup>Dado el propósito de este estudio no creemos necesario detenernos mayormente en esta cuestión; pero sobre el particular de las limitaciones que la propia Suprema Corte se ha

Conviene recordar que cuando Marshall asumió en 1801 la presidencia de la Suprema Corte, las instituciones americanas distaban bastante de haber llegado a su estabilidad. La Constitución, que había sido aceptada con grandes reticencias, daba ocasión a diversas interpretaciones por la vaguedad o imprecisión de alguno de sus preceptos y eran muchos —Presidente, Congreso, Estados Federados, etc.— los que, tomando pie de esas imperfecciones, pretendían por la vía de la interpretación, amoldarlo a sus respectivos anhelos e intereses.

Thomas Jefferson, que con indiscutible prestigio dirigía a la sazón el Partido Republicano-Demócrata, abogaba por interpretaciones liberales que permitieran a los Estados Federados la máxima autonomía en el manejo de sus propios negocios, lo que iba naturalmente en desmedro del Gobierno Central, al cual pretendían reducir a límites inconciliables con las necesidades del momento histórico que vivía la Nación.

Frente a él, Washington y John Adams, líderes del Partido Federalista, con criterio más realista, propiciaban interpretaciones constitucionales compatibles con la existencia de un gobierno centralizado y fuerte, libre de las acechanzas que promovieran las suspicacias de los Estados, tan celosos entonces de su autonomía, y libre también de toda legislación nacional o estatal que amenazare sus atribuciones o alterare el régimen que, según ellos, había establecido la Carta Fundamental.

Marshall, pertenecía a este último partido y desde su alto cargo, sirvió a sus ideales con extraordinaria eficacia, aun cuando la época en que actuó no podía serle más adversa: era la de los gobiernos de Jefferson y sus inmediatos sucesores, enemigos acérrimos de sus principios constitucionales y políticos.

Nada pudo, sin embargo, torcer la voluntad indomable y avasalladora de Marshall. En menos de quince años hizo anular por inconstitucional la legislación de la mitad de los Estados y resultó siempre vano el empeño del Ejecutivo por llenar las vacancias que se producían en la Suprema Corte con juristas que sustentaban doctrinas contrarias a las suyas: al cabo de poco Marshall los convertía a su causa.

Al término de su larga carrera de magistrado, la doctrina de la "Supremacía Judicial en la revisión constitucional de las leyes", que con tanta versación había desarrollado estaba ya firmemente establecida como parte integral del sistema constitucional de los Estados Unidos.

"Marshall, dijo Pinkney, había nacido para Chief of Justice en cualquier país en que hubiere vivido"; pero en realidad fue más que un magistrado eminente, fue también un estadista de visión certera y dilatada.

Si corresponde al Poder Judicial de los Estados Unidos y no exclusivamente a una de sus ramas, como es la Suprema Corte, la función de pronunciarse sobre la constitucionalidad de las leyes ¿por qué generalmente se alude a este tribunal como al "Guardián de la Constitución" y se pone especial énfasis en destacar el rol que desempeña en la referida materia?

El alto tribunal americano, al igual que sus congéneres de inferior jerarquía, no está facultado para revisar de oficio toda la legislación federal o estatal que se promulga; sólo puede a requerimiento de parte, pronunciarse sobre la constitucionalidad de la ley que ha sido objetada en un juicio, y su resolución al respecto, si favorece a dicha parte, sólo significa —en estricto derecho— que esa ley no puede aplicarse al asunto concreto que se debate en ese juicio y nada más.

---

impuesto en la órbita de su acción, son muy interesantes las observaciones de James Bryce en su obra ya citada y las de Charles E. Hughes en su libro *La Suprema Corte de los Estados Unidos*.

Tampoco puede la Suprema Corte resolver sobre todos los casos de inconstitucionalidad legal que se produzcan porque su jurisdicción es bastante restringida a este respecto.

En realidad, la Suprema Corte, en única instancia, sólo tiene competencia en dos casos: 19) en aquellos que afectan a embajadores, diplomáticos o cónsules acreditados en el país, y 20) en aquellos en que son parte el Gobierno de los Estados Unidos, o cualquiera de los Estados Federados, ya sea porque los Estados Unidos demandan a uno o más de estos Estados, o éstos lo demandan a él o la controversia se ha trabado simplemente entre los Estados Federados, por ejemplo entre los Estados de Nueva York y Texas.

Ninguno de estos dos casos es, sin embargo, de común ocurrencia en la actualidad.

En realidad, la Suprema Corte, actúa principalmente como tribunal de segunda instancia o de apelación y para pronunciarse sobre resoluciones que vienen apeladas de las más altas cortes de la justicia estatal y federal; pero sólo también en dos casos: 19) cuando se hace valer que disposiciones de la Constitución Federal o de los tratados internacionales o de las leyes federales han sido desconocidas en el fallo apelado; y 20) cuando en la sentencia apelada se ha dado aplicación a disposiciones de constituciones o leyes estatales que están en pugna con la Constitución Federal, los tratados o las leyes federales<sup>8</sup>.

No todas las cuestiones relacionadas con la constitucionalidad —por trascendentales que ellas sean— llegan a conocimiento de la Suprema Corte. Muchas de ellas ni siquiera se plantean o terminan en los tribunales inferiores, en atención a que su cuantía no permite elevarlas hasta este tribunal; otras, y no pocas, aunque caen bajo su competencia, no son examinadas por la Corte, porque los interesados se descuidaron en preparar la acción correspondiente, ejerciendo previamente ante los tribunales inferiores todos los recursos que las leyes les franquean en defensa de sus derechos. La Corte, sin embargo, cuando el asunto es de especial interés, puede prescindir a esta norma procesal y abocarse al conocimiento de él por la vía que los tratadistas americanos designan bajo el vocablo *certiorari* que podríamos traducir como auto de avocación<sup>9</sup>.

La importancia de la Suprema Corte en este orden de materias no estriba pues en la amplitud de sus facultades sino más bien en la trascendencia de las causas que es llamada a resolver.

En el curso de los años sus resoluciones han permitido establecer la órbita precisa de acción del Gobierno Federal y de los Gobiernos estatales, en forma tal que, sin desmedro de los legítimos derechos de uno y otros ha podido desarrollarse el régimen federal establecido en la Constitución, tan precario en sus comienzos, salvaguardar las garantías individuales y crear el ambiente de seguridad y confianza en que descansa el pasmoso progreso espiritual y material de la Nación.

La solvencia moral de la Suprema Corte y la indiscutida calidad doctrinaria de sus fallos hace que éstos tengan una gran repercusión y así, aun cuando ellos sólo tienen obligatoriedad para los casos concretos en que se dictan, forman doctrina y son invariablemente aceptados por todos los tribunales del país. Declarada por la Suprema Corte la inconstitucionalidad de una ley, los tribunales inferiores no

<sup>8</sup>*American Government and Politics* by Zink, Penniman and Hathorn, profesores de las Universidades de Ohio, Georgetown y Mariland, respectivamente.

<sup>9</sup>En la legislación procesal de muchos países existen normas procesales semejantes al *certiorari* americano y que persiguen el mismo fin de éste. Entre otras, la legislación procesal chilena, con su "casación de oficio". Sobre el particular la obra ya citada *American Government and Politics*.



la han vuelto a considerar en casos posteriores, aun cuando legítimamente podrían hacerlo.

Revisando la historia constitucional de los Estados Unidos puede, sin embargo, observarse que no siempre la Suprema Corte ha realizado sus funciones en el ambiente de serenidad, de comprensión o de simple respeto a que es acreedora.

Los duros tiempos que vivió bajo las administraciones de Jefferson y de sus inmediatos sucesores no fueron desgraciadamente los únicos que ha debido soportar. Ellos volvieron y culminaron durante las presidencias de Franklin D. Roosevelt.

Una poderosa mayoría parlamentaria y el fervor entusiasta de la opinión, hicieron creer a Roosevelt que las leyes que propiciaba para llevar adelante su famoso "New Deal" no encontrarían tropiezos, pero no fue así. Entre los años 1935 a 1937, de 25 leyes aprobadas por el Congreso, 14 fueron rechazadas como inconstitucionales por la Suprema Corte<sup>10</sup>.

Una fuerte y enconada campaña política se desencadenó entonces sobre el Tribunal. Sus miembros fueron sospechados como defensores de intereses inconfesables. Se les llamó "viejos seniles, nonagenarios incapaces de cumplir sus deberes o desgraciados sobrevivientes de la época de las calesas y caballos".

La Suprema Corte no se inmutó. Los propósitos de Roosevelt para obligar a sus miembros al retiro o para aumentar el número de ellos, con el objeto de cambiar la doctrina del Tribunal, no prosperaron y todo ha seguido felizmente igual.

La ciudadanía americana ha sido y será siempre —así al menos lo esperamos— el mejor escudo de la Suprema Corte en tiempos de incomprensión o de violencia, porque ella ha tomado conciencia de que, en la historia de las instituciones políticas, ningún tribunal de justicia del mundo ha realizado una labor siquiera comparable a la suya en beneficio de su respectiva nación.

<sup>10</sup>Vida del Pueblo Norteamericano, Faulker, Kepner, Barlett.

# Juan Uribe Echevarría: Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX

El costum-  
brismo culto

EL COSTUMBRISMO es, sin duda, una de las vetas más ricas de la literatura chilena en el siglo XIX. La observación crítica o regocijada de los tipos y las costumbres nacionales hizo célebres a los iniciadores y maestros del género, como *Jotabeche*, Alberto Blest Gana, Pedro Ruiz Aldea, Moisés Vargas, Román Vial, Daniel Barros Grez, Arturo Givovich y Joaquín Díaz Garcés.

El cuadro de costumbres se incorpora a la novela realista con las obras de Alberto Blest Gana, Moisés Vargas, Daniel Barros Grez, Zorobabel Rodríguez y Víctor Torres Arce. Es evocado en las historias y memorias de Vicuña Mackenna, José Zapiola, Vicente Pérez Rosales, Vicente Grez, Justo Abel Rosales y Crescente Errázuriz. Campea, igualmente, en las comedias y sainetes de Daniel Barros Grez, Juan Rafael Allende, Antonio Espiñeira, Valentín Murillo, Carlos 2º Latroph, Fernando Muriel Reveco y Mateo Martínez Quevedo.

Todos los escritores citados cumplieron el ideario nacionalista de la generación de 1842, provocando la irrupción de una humanidad pintoresca y abigarrada en nuestra literatura. Las diferentes clases sociales y sus tipos característicos fueron retratados con mayor o menor fidelidad y fortuna. El país tomó conocimiento de sí mismo.

José Joaquín Vallejo, *Jotabeche* (1811-1858), nos revela la vida de su minera Copiapó descubriéndonos los carnavales y tertulias, y dando ciudadanía literaria al "chismoso", al "cangallero" y al "provinciano en Santiago", tema este último muy explotado posteriormente por escritores cultos y populares. Publicó sus artículos y cuadros de costumbres en "El Mercurio" de Valparaíso, "El Semanario" y "El Copiapino" (1841-1847).

Otro de los iniciadores del género fue José Antonio Torres. Sus artículos aparecieron en "El Mercurio" (1848) y en "El Progreso" (1852).

Continuador de *Jotabeche* en el costumbrismo copiapino fue Ramón Fritis (*Feliciano de Ulloa*), quien publicó breves estampas de costumbres en *El Contribuyente* de Copiapó (1864-1865).

Pedro Ruiz Aldea, el *Jotabeche del Sur*, es uno de los costumbristas de mayor relieve. En los periódicos "El Ferrocarril" (1856), "La Tarántula" (1862), "El Gufo de Arauco" (1864-1865), y "El Meteoro" (1864-1868), dio a conocer notables cuadros de costumbres y una nutrida galería de tipos provincianos y metropolitanos. Horacio Lara publicó una selección de los mejores artículos de Ruiz Aldea, en dos volúmenes, con el título de *Tipos y Costumbres Chilenas* (1894-1896)<sup>1</sup>.

La "serie provinciana" de Ruiz Aldea está a la altura de la que dio celebridad a *Jotabeche*, su maestro.

Alberto Blest Gana (1830-1920) hizo sus primeras armas, como autor de artículos de costumbres, en las páginas de "El Museo" (1853), "La Semana" (1859), "La Voz de Chile" (1862) y "El Independiente" (1864)<sup>2</sup>. Pero es en sus novelas donde encontramos sus mejores aciertos en la descripción de tipos y escenas costumbristas.

<sup>1</sup>Obra reeditada con el título de *Tipos y Costumbres de Chile*. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1947. Prólogo de Juan Uribe Echevarría.

<sup>2</sup>José Zamudio recogió esta producción dispersa del novelista en su *Alberto Blest Gana. Costumbres y viajes. Páginas olvidadas*. Editorial Difusión. Santiago, 1947.

Baste citar de Martín Rivas (1862), la venta de zapatos en la Plaza de Armas; la "remolienda de medio pelo" en la casa de la familia Molina; el paseo a la pampilla del Campo de Marte, y la soberbia presentación del "siútico" Amador Molina, en traje de gala.

En *El Ideal de un Calavera* (1863), destacaremos los "bailes de chicoteo", el "Nacimiento", la función popular en el teatro de la calle del Carmen, y las estampas de la *meica* y el *aliñador* o "compositor de huesos". En *El Loco Estero* (1909), nos regocijamos con el capítulo inicial sobre los preparativos de la llegada de Manuel Bulnes, vencedor, a Santiago, y con el que dedica a la Alameda en un día de fiesta patriótica, con gran movimiento de comparsas populares: *aguateros*, vendedores de empanadas, chanchos, arrollado, alfajores y mote con huesillos. Asistimos, también, a un juego de volantín y a un animado *picholeo* en la calle Gálvez.

Zorobabel Rodríguez (1839-1901) publicó, en 1863, una excelente novela injustamente olvidada: *La cueva del loco Eustaquio*, en la cual no regatea capítulos costumbristas de excelente factura: "Un juego de volantín", "Viaje a Santiago", "La llegada de un huaso a Santiago", "Los versos de Miguelito", "La Pascua", etc.

*Lances de Nochebuena* (1865), de Moisés Vargas (1843-1898), discípulo de Blest Gana, es una deliciosa novela que se sustenta en una animada serie de cuadros de costumbres santiaguinas engarzadas en un argumento central: la Pascua en Santiago.

Vargas aprovecha las aventuras que corren el *lutre* Nicanor y su amada Crucita para mostrarnos la Alameda enfiestada, la Misa del Gallo en la Catedral, una cena en el *Hotel de Francia*, y un baile de disfraces en el Teatro Municipal.

Con el pseudónimo de *Pedro Urdemales*, Víctor Torres Arce (1847-1883), publicó *Las aventuras de un pije* (1871), novela picaresca, con cuadros de costumbres como "Fiestas de noviazgo", "El Resbalón" y "Un discurso y una tonada de Jacobito".

En las páginas de "El Mercurio", de Valparaíso, diario donde se habían revelado las plumas de *Jotabeche* y Domingo Faustino Sarmiento, surgió más tarde otro excelente cultivador del género que estudiamos: Román Vial (1833-1896). En los dos tomos de sus *Costumbres chilenas* (1889-1892), aparecen cuentos, entremeses, juguetes cómicos, y cuadros de costumbres como "Un paseo a las carreras", "La procesión de San Pedro", "Las cocineras", "Noche de remolienda". Vial nos describe la vida porteña de fines del siglo pasado. Su costumbrismo es complaciente y gracioso.

Julio Chaigneau (1848-1925) cultiva el cuadro de costumbres de Valparaíso en su obra *Charquicón* (1873). El libro contiene: "Un día de santo", "La calle del Cabo", "Escenas y despedidas en la Estación", "Más vale pájaro en mano", "Amor en ferrocarril", "Valparaíso embellecido", etc.

Pedro Nolasco Cruz (1857-1939), crítico y humanista, cultivó también el género en su libro *Murmuraciones* (1882). Citaremos "Oleografía de costumbres", "La maledicencia", "Un paseo al campo".

Juan Rafael Allende (1848-1909), el más notable y discutido periodista del siglo pasado, fue también poeta culto y popular, dramaturgo y autor de una graciosa novela picaresca: *La historia de un perro escrita por su propia pata* (1893).

Allende redactó una serie de periódicos satíricos como "El Padre Cobos", "El Padre Padilla", "Pedro Urdemales", "El Recluta", "El Ferrocarrilito", "El Sinvergüenza", "El Tinterillo", "El Sacristán", "Verdades Amargas". En las páginas ilustradas de estos periódicos abunda la prosa y el verso costumbristas de intención política.

En su *Biblioteca del Padre Padilla* (Poesías serias, charadas, poesías jocosas, artículos de costumbres, epigramas, artículos político-sociales), (1888), incluye una "Historia Natural. Definiciones de animales que parecen hombres", que nos recuerda los tipos característicos de la "Galería de hombres y animales célebres", de Pedro Ruiz Aldea.

Allende cultivó la décima popular con el pseudónimo de *El Pequén*.

Daniel Barros Grez (1833-1904) se inicia en el género con la publicación de *Cuen-*

tos para niños grandes (1868), narraciones de costumbres entre las que citaremos: "El huaso en Santiago", "El maulino y el santiaguino", "El político metido a agricultor". Al igual que en Blest Gana, es en sus caudalosas novelas donde podemos apreciar su ancha y variada vena costumbrista.

De *Pipiolos y Pelucones* (1876), recordaremos las animadas escenas de "En la Plaza de Armas", "El paseo de la Cañada", "El Almacén de prendas", "El Parral de Gómez", "El bodegón de Juan Diablo", etc.

En *El Huérjano* (1881) sobresalen: "La manda", "El capote", "Un casamiento de entonces", "El juego del gallo", "Los palladores", "La zamacueca", "La vara", "El cocavi", "La misa", "Un comerciante de aquel tiempo".

En su famoso y popular folletín *Las aventuras del maravilloso perro Cuatro Remos* (1883), sobresalen "Las niñas almidonadas", "La Pascua", "El daño", "De cómo los huasos se vengaron de los santiaguinos". Tampoco faltan las páginas de costumbres en su curiosa novela *La Academia Política literaria* (1890): "La zamacueca", "La gallina ciega", "Los palladores", etc. Barros Grez sobresale en la descripción de ambientes tradicionales.

Justo Arteaga Alemparte (1834-1882) satirizó las malas costumbres santiaguinas en una serie de artículos publicados en "La Semana" (1859-1860).

En *Diógenes* (1871), critica de preferencia la política de su tiempo. Son apuntes brevísimos con atisbos psicológicos y sociológicos de gran calidad:

"Observad al chileno cuando escucha a un hombre de talento. Siempre vagará en sus labios una sonrisa de desdén o de incredulidad. Aguarda presenciar una caída.

"Oídle juzgarlo. Nunca recordará sus bellas cualidades, sino de paso. Sus defectos serán puestos de relieve con una paciencia infinita. Un chileno ve las manchas del brillante antes de ver sus luces. Si las manchas del sol no existieran, el chileno las habría inventado.

"El chileno está dispuesto a silbar antes que a aplaudir. No se conquistará estatuas ni fundirá estatuas, pero irá siempre con el corazón ligero a escupir el pedestal de las estatuas" (Número I, Santiago, marzo 8 de 1871).

"Afirmamos, sin rodeos, que tenemos antes los vicios que las virtudes de la democracia. Vanidad, envidia, celos, odio agreste e indomable a toda superioridad, he aquí nuestro mejor bagaje democrático. No hay otro país en que las mediocridades sean festejadas ni sean más afortunadas. Estamos en la patria de la mediocridad". (*Diógenes*, Nº II, marzo 14 de 1871).

"¿Si quieres prosperar sin inconveniente? Pues no hay sino hacer una buena dosis de mediocridad o aparentarla.

"Nadie recela de la mediocridad. Todos temen al talento.

"Y después, los mediocres se entienden entre ellos a las mil maravillas. Son una familia fraternal". (*Diógenes*, III, Santiago, mayo 3 de 1871).

Domingo Arteaga Alemparte, hermano del anterior (1835-1880), hizo popular en "La Semana" su sección costumbrista "Correo del Mapocho". Firmaba con el pseudónimo de *Juan de las Viñas*.

Vicente Reyes (1835-1918) colaboró también en "La Semana" (1852-1860), y en "El Ferrocarril" (1856-1881). Sus "Revistas Semanales" y "Revistas Quincenales" son apuntes rápidos, humorísticos y satíricos sobre la vida y costumbres capitalinas.

En "El Ferrocarril" del 17 de diciembre de 1856 aparece uno de sus artículos más celebrados, "Un buzón para la eternidad", en el cual sintetiza la iniciativa de un clérigo que insistía en colocar un buzón a los pies de la Virgen para que los fieles depositaran en cartas sus súplicas y peticiones.

En el famoso Certamen Varela (1887) se dio a conocer Arturo Givovich (1855-

1905), quien obtuvo el primer premio en el concurso de *Estudios de las Costumbres Nacionales* con su cuento "El Valdiviano". Givovich reunió sus cuentos y artículos de costumbres en *Escenas y Tipos* (1890). Sobresale en la sátira de tipos genéricos: "El optimista", "El ponderador", "Los murmuradores".

Clemente Barahona Vega, notable folklorista y polígrafo, contribuye también a la tipología costumbrista en los retratos de "El chismoso" y "La celosa", que aparecen en su libro *De brocha gorda y flaca. Prosa y verso de antigua data* (1884-1904), que apareció en 1905. En el libro citado hay también un animado cuadro costumbrista: "Una comida de santos".

Pedro Ciudad se ensayó en el género que estudiamos con *Ratos de ocio. Recopilación de artículos de costumbres nacionales. Cuentos y narraciones*. (1899). El volumen contiene: "Cómo se celebran algunos santos", "Amor de Simplicio", "Sueños de oro". Su pluma, como la de Givovich, acierta en la descripción de fiestas familiares.

César Valdés publicó en 1897 *Recuerdos de otros tiempos*, en el que aparecen amenos cuadros de costumbres teñidos de un lejano y vago tono elegíaco: "Un baile en Peñaflor", "La clase de baile", "Cosas de antaño", "El penseque", etc.

Joaquín Díaz Garcés (1877-1921) recogió en sus *Páginas Chilenas* y en *Páginas de Angel Pino*, sus cuadros de costumbres publicados en diarios y revistas: "El Chileno" (1896), "El Mercurio" de Valparaíso (1899), "El Mercurio" de Santiago (1900-1921), "El Diario Ilustrado", "Instantáneas" y "Zig-Zag".

De *Páginas Chilenas* no olvidaremos "La trilla", "El último cucurucho", "En Marcha" (descripción de la 1ª, 2ª y 3ª clases de un tren de pasajeros). En *Páginas de Angel Pino* sobresalen "Psicología del intruso" (costumbrismo de tipos), y "Comidas cordiales".

Manuel J. Ortiz (1870-1945) publicó *Cartas de la aldea. Artículos de costumbres chilenas*, en 1908. En esta celebrada obra hay excelentes cuadros de costumbres campesinas y provincianas: "Hacia las termas", "Corpus Christi", "Fiestas Patrias", "Fuera del redil", "El baile", etc.

En *Caricaturas* (1916), continúa Ortiz la serie de cuadros iniciada en su primera obra: "Oradores de sobremesa", "Amas y sirvientas", y "Conferencias". Rico en observaciones sobre las costumbres nacionales, antiguas y modernas, es *Relatos y comentarios* (1935). Sobresalen: "El gallo", "Encargos de provincia", "Los empeños" y "La pasión por el biógrafo".

Eulogio Gutiérrez escribió *Tipos chilenos* (1909) en que nos hace el retrato un tanto idealizado de personajes populares: "El roto", "El huaso", "El minero", "El cacique", "El cateador", "El suplementero", "El pampino", "El veterano del 79". Notable es también su serie negativa y satírica: "El pije", "El tinterillo", "El cholonero", "El sátrapa".

En la evolución de la literatura costumbrista del siglo pasado no podemos prescindir del aporte considerable de algunos historiadores, evocadores y memorialistas, como Benjamín Vicuña Mackenna, José Zapiola, Vicente Pérez Rosales, Justo Abel Rosales y Vicente Grez.

La vena costumbrista de Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) es tan rica que no sería difícil formar dos o tres nutridos volúmenes de cuadros de costumbres espigados de sus obras históricas. Don Benjamín puede reclamar para sí el título de historiador de las costumbres nacionales.

En su *Historia de Santiago* (1869), destaquemos: "Carreras de caballos", "El paseo de Santiago", "Las modas de la Colonia", "Santiago entre dos basurales", "Los gigantes y catimbaos", "Los médicos en la Colonia", "Los chapetones y criollos", "La era colonial".

Historiadores y Memorialistas

De su *Historia de Valparaíso* (1869): "Valparaíso viejo", "La sociedad y la familia". De *Valparaíso a Santiago* (1877): "Historia del loro de Llay-Llay" y "El loro de Valparaíso". También participa del género su *Miscelánea*. Tres vols. (1872-1874).

Vicente Pérez Rosales (1807-1886), en sus *Recuerdos del pasado* (1882), contribuye a la tipología minera con sus acertados retratos del *poruñero*, el *ca-teador* y el *cangallero*. En su *Diccionario del Entrometido* (editado por Guillermo Feliú Cruz en 1946), compuesto con artículos aparecidos en "La Revista Chilena" (1875-1876), en la "Revista de Chile" (1881), y en "La Epoca" (1882), hay sátira de las costumbres políticas y sociales como por ejemplo "Edil", "Elecciones", "Sastres y médicos", "Cartilla del opositor a la moda", "Los loros", etc.

José Zapiola (1802-1885), en sus *Recuerdos de treinta años* (1872-1874), evoca el período comprendido entre 1810 y 1840. En las memorias de Zapiola predomina la información costumbrista sobre cualquier otra. Son especialmente amenos y ricos en observaciones los capítulos siguientes: "La policía de aseo y de seguridad", "Cafés, fondas y chinganas", "Música, teatro y baile", "Opera y teatro", "Costumbres de la época".

*La vida santiaguina* (1879), de Vicente Grez (1847-1909), contiene también excelentes cuadros de costumbres coloniales y románticas: "La época de los conventos y del misticismo religioso", "La etiqueta colonial", "El traje de las santiaguinas en los siglos XVII y XVIII", "Hombres galantes", "El nacimiento de la escena dramática", "El lirismo y el romanticismo en boga", "Lo que era el arte en Santiago", "La fiebre del oro".

En *Chile Ilustrado* (1872), de Recaredo S. Tornero, hay viñetas costumbristas magníficamente ilustradas con grabados de Manuel Antonio Caro: "Costumbres religiosas", "El manto", "La alfombra", "La Semana Santa", "Las estaciones", "El cucurúcho", "Procesión de San Pedro en Valparaíso", "El mediopelo", "La trilla", "La Nochebuena", "El Dieciocho de Septiembre".

Las *Reminiscencias de un viejo editor* (1889), de Santos Tornero, contienen información histórico-costumbrista, a la manera de Zapiola y Pérez Rosales, como "Lo que era Valparaíso en 1835", "Algo sobre Santiago", "Incendios notables", "Compañías dramáticas y líricas".

Crescente Errázuriz (1835-1931), en *Algo de lo que he visto*, obra póstuma publicada en 1934, rememora las costumbres santiaguinas de su mocedad: "Un colegio de Santiago en el año 1850", "Santiago a mediados del siglo XIX", "Los juegos: el trompo, el volantín, las grandes comisiones", etc.

Entre los escritores que en nuestro siglo han continuado la historia anecdótica, pintoresca y de aportación costumbrista y sociológica, no podemos olvidar a Roberto Hernández con sus obras: *Valparaíso en 1827* (1927), *Los primeros teatros de Valparaíso* (1928), *El Roto chileno* (1929), y *Los chilenos en San Francisco de California* (1930).

#### El teatro costumbrista

Daniel Barros Grez, Román Vial y Juan Rafael Allende son los maestros del teatro costumbrista en el siglo XIX. Ellos subieron a la escena a los personajes que ya habían pintado en sus artículos y cuadros de costumbres.

Barros Grez llevó al teatro su extraordinario conocimiento de los dichos y personajes de la clase media y el pueblo. A su pluma pertenecen *La Beata* (1859), *Mundo, demonio y carne* (1866), *La colegialada* (1873), *Como en Santiago* (1875), *Cada oveja con su pareja* (1879), *El tutor y su pupila* (1889), *Ir por lana* (1880), *Mientras más vieja más verde* (1881), *El vividor* (1885), *El logrero* (1890).

En *Como en Santiago*, se trata de las peripecias de una niña provinciana que desprecia a su novio lugareño por "un diputado de gobierno". El autor hace una



# LA GUERRA CON CHILE

DE LOS  
DICTATORIALES

EN MEDIAS

# CON LA ARGENTINA



## 1 La guerra con Chile

DE LOS DICTATORIALES EN MEDIAS  
CON LA ARGENTINA

Están los balnearios  
Por formar revolución  
En medias con la Argentina,  
Para darnos un malón.

El señor Claudio Vicuña,  
Se encuentra hecho el maldito;  
Ejerciente su gaito,  
Patriota, que me resguata.  
Para ciavarnos las ditas,  
Es el primero en las listas,  
Siendo que son ajotistas,  
Esa lombrera de plomón,  
Queriendo cobrar tengazata  
Están los balnearios.

Nos están amenazando  
Por si pueden ser iguales,  
De tanto darle que darle,  
Hasta que sejan pelando;  
I Chile aquí tiritando.  
Se halla con gran confusión  
De ver que en esa Nación  
Están esos hombres eridos  
Con los ranchos canillados,  
Por formar revolución.

Mackenna con Espinosa,  
Con un valor impotente,  
Se encuentran en el oriente,  
Por que Sera rabiosos.  
Corapas con mucha prisa  
Como la perra leucina,  
Ya juegan que se inclinan,  
Tanto en mar como por tierra,  
Para declararnos guerra  
En medias con la Argentina.

Ellos la cuentan segura  
Que vamos a ser vencidos,  
I cuando estén rezas fútiles,  
Conocerán su locura.  
No sean tan sin cabeza,  
Pidan mas bien el perdón,  
Porque esa es la razón  
De todo el que es bien cristiano,  
I no trabajen en vano  
Para darnos un malón.

Al fin, diez años de troya  
Se los dió a nuestros hermanos,  
I ahora están los capones  
Relinchiendo como yermos.  
Certo está que ni una legua  
Avanza con sus sayones  
Esa tropa de leñados;  
Lector, al gobierno dile,  
Que para que entre a Chile,  
Tendrá que gastar millones.

## 2 Contestación

AL POETA CORDERO

Me quiero asustar el poeta,  
Con un tema muy sencillo;  
Lo desuero como pajo  
Al infame Corderillo.

Tengo temor, tengo susto,  
Pero mientras me enduero,  
Ya que cocoroté este leño  
Yo a rirme a mi gusto.  
Siendo que es un hombre bruto,  
Su lengua no la sojeta,  
Dice que a nadie respeta  
De impudico i de memoria;  
Sin haber leído historia.  
Me quiero asustar el poeta.

Me hablé como gran letrado,  
Ese es un punto muy alto,  
I si acaso yo lo fallo,  
Querrán botar a enojado.  
Al señor mas estirado  
Yo le hago perder el brillo,  
Lo entrueno mi con ovillo;  
Si prosigue el tal verreo,  
Prometo sacarle el oero  
Con un tema muy sencillo.

Creo que me va a turbar  
Este torpe irracional;  
Aunque le povera real  
Le tengo que contestar.  
Si se me quiere arrancar  
Lo amarro con su tramajo,  
Por lo mismo no me enojo  
Ataque ne quiera restar.  
Por si quiere a contestar  
Lo desuero como pajo.

Cuando el de mí llegue hablar  
Este torpe irracional;  
Aunque le povera real  
Le tengo que contestar.  
Si se me quiere arrancar  
Lo amarro con su tramajo,  
Por lo mismo no me enojo  
Ataque ne quiera restar.  
Por si quiere a contestar  
Lo desuero como pajo.

Al fin querrime encontrar  
Pretendo sin dula, el loco,  
Lo cual que poquito a poco  
Se lo tengo que ganar.  
También se arriesga apostar  
Porque se de mucho saber,  
Pero yo en mí parecero  
Le digo que está pensando!  
Si me sigue pelando,  
Tonto lo voy a volver.

## 3 El mismo poeta se turbó

EN LA PREDICATA HISTORICA

Cordero ya se turbó,  
Siendo tan buen popular.  
Lo que yo le pregunté,  
No me supo contestar.

Después que con tanta prisa  
Me saltó de frente el cirajo,  
Haciéndose un vivo fuego  
Con una furia espantosa,  
Representando gran cosa  
En sus versos que escribió,  
Apuesta me desuero;  
Quiero ver lo que me fundó,  
En la pregunta segunda  
Cordero ya se turbó.

¿Ve que tras de trompeta?  
Quiere castrar con Meneses  
Mas es ruido que los mocos  
Que no forma este chancoso.  
En su lugar la palca  
Bien le voy a acomodar,  
Del Parson mi pensar  
Por la carta, quinta i sexta  
Cuál es que me dió respuesta  
Siendo tan buen popular.

Dieciséis es la señal  
Sama, ceros de la Plama;  
Donde yo tengo mi casa  
Es parte un poco central.  
Ven, no la sacaras mal  
Invide esta la letra (i);  
Contrario, lo convide,  
Ya que tanto se interesa  
Porque me diga en mi pieza  
Lo que yo le pregunté.

Como dice que es tan sabio  
I se arriesga a impotiar,  
No se le caya a turbar;  
I le sita de un agravio,  
Con su cabezote del labio  
Lo principiare a tirar  
Hasta hacerlo costrar.  
I entre a un punto teológico;  
Siendo que es tan mitológico,  
No me supo contestar.

Al fin que invitó a su casa  
Para pejarne un malón  
Con Marchant, poeta chou-hou;  
Pero harán mi poos basa.  
Ni algo dormigo los poas.  
No se deben de enojár  
Ni yo los ligo a relar;  
Usuden que dan motivo  
Porque me desueroan vivo  
¿Pensan que voy a soñar?

## 4 Deseos filosóficos

DEL MISMO POETA

Para escribir poemas  
Se necesita talento,  
Memoria i entendimiento,  
Gramática i teología.

De los tiempos de Pascal,  
Quisiera de aquellos años  
Conocer los pensamientos  
I hablarlos con prontitud,  
Del rei David la virtud,  
De Sansón las valentías,  
Del ruidoso las alegrías  
I los tristes de un pinguero;  
Aun quisiera ser Homero  
Para escribir poemas.

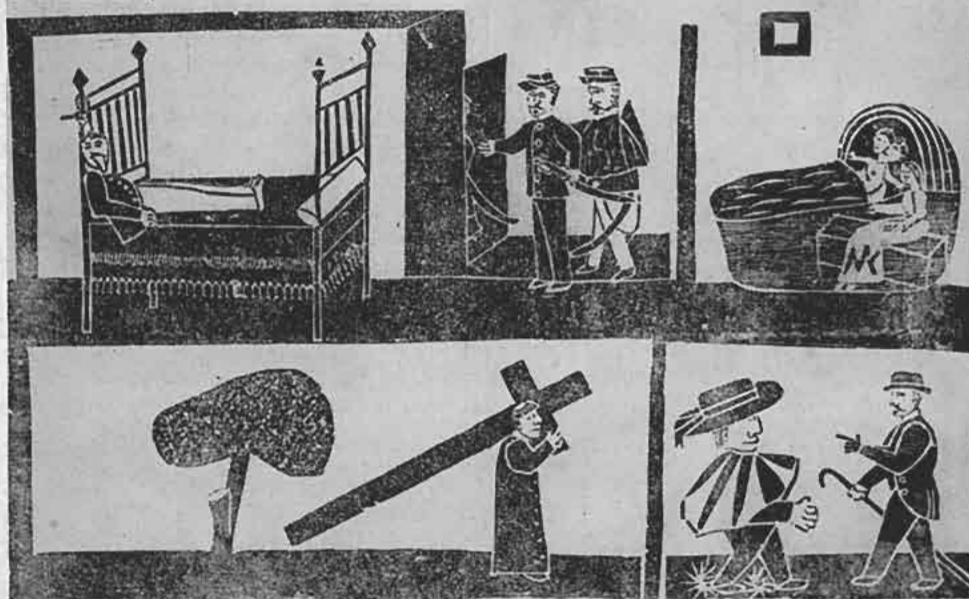
Quisiera ser Salomón  
Para no ser ignorante,  
Quiero ser judío errante  
I andar por toda nación.  
También quiero de Abasani  
Tener el sirvimiento,  
De Daniel conocimiento  
I ser de los mas mejores;  
Para cantar con cantores  
Se necesita talento.

Desco ser Baltasar,  
Monarca de Babilonia,  
O principe de Abolota  
Nombrado en todo lugar.  
También quisiera totar  
La pena i el martirio,  
La viciodad del viento  
I el gran poder de las diosas;  
I comprender los dos cosas,  
Memoria i entendimiento.

Quisiera ser Frajón  
O Tolomeo el segundo,  
Nombrado por todo el mundo  
Hasta la consumación.  
También quiero de Pilón  
Estable caligrafía  
De todo la historia  
Para poder ser poeta  
I comprender de gramática  
Gramática i teología.

Por su quinto ser Adriano  
I en las virtudes patriarcales,  
I jefe de los monarcas  
Del gran imperio romano,  
Domo de Diocleciano  
I de Pompeyo el valor;  
De Tito el sapientio  
I ser Napoleón primero,  
En lo poético Homero  
Para aprender a contar.

DANIEL MENESSES



# El niño con dos cabezas

Hoja El roto chileno Nº 9

La mujer enterrada viva por el marido. El niño de tres años que mató a otro niño. El angelito (a lo divino). Ayes de amor. Contrapunto entre el Huaso y el Abogado.

Versos de José Arroyo.



graciosa descripción popular del cerro Santa Lucía, muy a la manera de los poetas populares.

El teatro costumbrista debe mucho también a la pluma de Juan Rafael Allende (1848-1909), por obras como *Moro Viejo* (1881), *José Romero alias "Peluca"* (1882), *Victima de su propia lengua* (1888), *La República de Jauja* (1889), *Para quién pelé la pava* (1891) y *El cuento del tío* (1904). En la primera de estas obras, Allende nos retrata con mano maestra a un borracho criollo.

Román Vial probó también fuerzas en el teatro costumbrista. Destacaremos *Choche* y *Bachicha* (1870), *Una votación popular* (1879) y *Gente Alegre* (1895).

Antonio Espiñeira (1855-1907) cultivó el teatro histórico y el popular. Se le recuerda por sus aciertos costumbristas, entre los que debemos citar: *Más discurre un hambriento que cien letrados* (1875), *Chincol en sartén* (1876), *En la puerta del horno* (1887).

*Chincol en sartén* es una pequeña joya del teatro costumbrista y folklórico. *Sartén*, roto diablo, les gasta bromas a los huasos ingenuos. *Sartén* es pallador y en sus travesuras colabora un perro que es la encarnación canina de su amor. Los huasos, diestros en el duelo poético popular, se hacen representar, en unas pallas, por *Chincol*, quien logra derrotar a *Sartén*.

Julio Chaigneau, periodista y costumbrista porteño, a quien ya nos hemos referido, escribió sainetes costumbristas como *Astucia quieren las cosas* (1872), *Un dependiente de aduana* (1877), y *Un viejo ridículo* (1877).

Carlos 29 Latroph (1853-1899) cultivó el teatro patriótico, a la manera de Juan Rafael Allende, en *La Toma de Calama* (1879), *El dictador Piérola* (1880), *Los tres generales* (1880), *Eleuterio Ramírez o la batalla de Tarapacá* (1883). Se destaca en el género costumbrista con sainetes como *Santiaguinos y porteños o el amor y el interés* (1884), *La Pascua en Santiago* (1895), *La ley del embudo* (1896), *El roto en las elecciones* (1897).

Mateo Martínez Quevedo (1848-1923) adquirió celebridad como actor y autor de *Don Lucas Gómez* (1885). Don Lucas es un huaso colchaguino que viaja a Santiago y prodiga sus chascarros y desplantes en algunos salones de la capital. Martínez Quevedo se inspiró para escribir su pieza, según propia confesión, en el cuento *El huaso en Santiago* y en la fábula *El caballero y el huaso*, ambos de Daniel Barros Grez.

Fernando Muriel Reveco escribió teatro patriótico y costumbrista, a la manera de Allende y Latroph, en obras como *Las cautivas o un drama en Tacna* (1920), *La batalla de Tacna* (1922), y *Los obreros porteños* (1927). Su mejor obra costumbrista es *La gran Vía del Cerro Cordillera* (1919), inspirada en una famosa zarzuela española.

Antonio Acevedo Hernández (1886-1962) fue el mejor heredero del costumbrismo teatral del siglo pasado. Como Pezoa Véliz en el poema, y Baldomero Lillo en el cuento, Acevedo incorpora al género la preocupación por las desigualdades sociales agudizadas por las crisis económicas. Ya no se trata sólo del huaso pintoresco, sino también del inquilino esquilmado y desposeído.

Las inquietudes románticas y anarquistas de la generación de 1920 encontraron un propagandista popular en el teatro de Acevedo Hernández.

De sus piezas costumbristas destacaremos: *En el rancho* (1913), *La peste blanca* (1914), *Almas perdidas* (1917), *Irredentos* (1918), *La canción rota* (1921), *El vino triste* (1922), *Un dieciocho típico* (1929), *Cabrerita* (1929), *Los payadores* (1931), *Chañarcillo* (1932).

Esta extraordinaria y caudalosa producción costumbrista que abarcó todos los géneros literarios del romanticismo y el realismo, y que tuvo su reflejo plástico en las pinturas y dibujos de Mauricio Rugendas, E. Chaumon, Ernesto Charton de

Treville, Miguel de la Barra, Manuel Antonio Caro, Th. Olsen y Therry Frères, alcanzó también una curiosa y no estudiada resonancia en la poesía popular del último tercio del siglo XIX y comienzos del XX.

Ahora la perspectiva es distinta. Es el pueblo quien se retrata a sí mismo, exaltando sus cualidades y también satirizando sus defectos.

*El costumbrismo en la poesía popular*

Los oscuros bardos del pueblo que desde el siglo XVII cantaban décimas a lo *humano* y a lo *divino*, en casamientos, bautizos, novenas y velorios de angelitos, se sintieron estimulados patrióticamente por los episodios de la guerra contra España (1865-1866), y compusieron décimas glosadas de cuartetos —el metro favorito—, sobre la captura de *La Covadonga*, el suicidio de José Manuel Pareja, el bombardeo de Valparaíso y otros acontecimientos bélicos.

En la prensa de Santiago y de provincias, poetas cultos como José Antonio Soffía, Eduardo de la Barra y Enrique del Solar, habían publicado, con motivo de la guerra, encendidas composiciones patrióticas, americanistas y antihispánicas.

En algunos periódicos como el "San Martín", de Valparaíso (1844-1866), aparecieron caricaturas, cuecas y décimas de actualidad sobre la invasión española.

El terreno estaba abonado. Hacia 1866, o tal vez un poco antes, aparecen las primeras hojas de poesía firmadas por los vates del pueblo.

Bernardino Guajardo (1812?-1886), el más famoso y posiblemente el más antiguo de los poetas populares conocidos, nos da noticias ciertas de la aparición de sus primeras hojas en el romance autobiográfico: *Historia y célebre romance arreglado sobre la vida y aventuras del Poeta Popular*<sup>3</sup>.

Sean todos como yo,  
don Bernardino Guajardo,  
natural de Pelequén  
y en Malloa bautizado,  
voy a referir mi historia,  
en unos rasgos biográficos,  
no como los publicistas  
o eminentes matemáticos,  
porque carezco de aquellos  
principios tan necesarios.

Primero referiré  
cómo salí de mi barrio,  
no tenía a la sazón  
de edad cumplidos dos años.  
Mi padre en aquellos días

por desgracia fue finado,  
y nuestro país invadían  
los invasores tiranos.  
Entonces fue cuando Osorio,  
con su escuadra de malvados  
venía, de sur a norte,  
a los pueblos asolando.

Yo fui entrando en edad  
y estaba bastante anciano,  
me vi falta de la vista  
y entorpecido de manos,  
inútil para los juegos  
y más para los trabajos,  
y como desde pequeño  
era muy aficionado

a acomodar mis versitos,  
aunque no bien arreglados,  
me valí de este recurso  
como presente les hago.

Quando la reina Isabel  
mandó a Chile a sus vasallos  
hice imprimir nuevos versos  
de los sucesos pasados,  
de la muerte de Pareja  
y la batalla de Abtao,  
toma de la Covadonga  
y combate de Callao,  
a la orden de aquel valiente  
don Mariano Ignacio Prado.  
Yo todos los repartía  
vendidos, dados y fiados.

Las primeras hojas son apaisadas de 26 cm., por 35 cm. Contienen, por lo general, tres o cuatro glosas de carácter patriótico. Cada glosa, a la que los populares denominan *verso*, consta de una cuarteta, cuatro décimas de desarrollo y una quinta décima de despedida.

Con el tiempo, y alentados los autores con el éxito inicial, las hojas crecieron hasta alcanzar una dimensión más o menos fija de 54 cm., por 38 cm. Tampoco faltan las hojas medianas de 38 cm., por 28 cm.

Las hojas están encabezadas con ilustraciones de dos tipos. Unas, muy caóticas, mezclan retratos de Padres de la Patria y vistas de ciudades extranjeras, con gatos,

<sup>3</sup>*Poesías Populares*. Tomo V. Impreso por Pedro G. Ramírez. Calle Echaurren, 4. Santiago, 1881. Págs. 86-98.

loros, buques, telescopios, santos, pentagramas, cocodrilos y letras mayúsculas de silabario. Producen el efecto de calcomanías. Otras, las más interesantes, son toscos grabados originales de feroz aliento expresionista, que realzan algún crimen, catástrofe o fusilamiento, rimados en el texto. El poeta Adolfo Reyes hacía grabados en madera de raulí para ilustrar sus versos. También vendía grabados a sus poetas amigos.

Hay grabados en los cuales aparece el poeta con poncho, vestido de huaso, ofreciendo sus hojas. De su boca sale alguna leyenda graciosa: "Cómprenme, niñas hermosas" o "Cómprenme, niñas bonitas de los ojos verdécitos". En otros, es una mujer que se dirige al vendedor: "Voy a ver los versos del amor fino".

El autor destaca uno o dos títulos con letras mayores.

Las hojas grandes y medianas contienen seis glosas (*versos*), a lo divino y a lo humano, predominando estos últimos. Las hojas servían la curiosidad del pueblo versificando de preferencia las noticias más espeluznantes. Fueron la contrapartida de las *Semanas* o *Correos Semanales* de los periódicos serios de la época que evitaban o reducían las informaciones de escándalo.

El ramo poético aparece bien matizado. Así, a continuación de un *verso* de salteo, fusilamiento, o de generosos insultos a otro poeta competidor, viene otro sobre la creación del Mundo; las hazañas de Carlo Magno; parabienes a los novios, despedimentos de angelitos; versos por el amor; brindis; contrapuntos de origen medieval entre el cuerpo y el alma, o entre el agua y el fuego, etc.

Posteriormente, los poetas populares editaron en pequeños folletos de hermosos títulos, la flor de sus composiciones. Citaremos:

*Poesías populares de El Pequeño* (1880), de Juan Rafael Allende; *Poesías Populares* (1881-1886), de Bernardino Guajardo; *El Cantor de los Cantores* (1893-1895), de Rosa Araneda; *El Guitarrero Popular* (1894), y *El Criminal* (1904), de Rómulo Larrañaga; *El Cantor de los Cantores* (1895), *El Codiciado de las Niñas* (1897), *El Cielo de los Amantes* (1897), *El Guía de los Cantores* (1908) y *La Lira Poética* (1905), de Daniel Meneses; *El Concierto Recreativo* (1894), de Pedro J. Clapier; *El Amoroso* (1899), *El Apetecido* (1899) y *El Único Consuelo de las Niñas* (1901), de Juan Ramón González; *Poesías Populares* (1896) y *El encanto de la vida* (1898), de José Hipólito Cordero; *El Festivo* (1900), de V. Castillo; *El Libro Literario* (1901), de Nicasio García; *Poesías Populares* (1889), y *El Cantor Santiaguino* (1902), de Juan Bautista Peralta; etc.

Entre tanta composición noticiosa o tradicional que contienen las hojas, hay un buen número de décimas y glosas costumbristas. Este costumbrismo es también de tipos y escenas y comprende brindis, contrapuntos entre personajes típicos, descripciones de fiestas campesinas o urbanas, sátiras sobre usos y abusos de las autoridades, etc.

Los poetas populares escribieron *versos* de carácter autobiográfico en los cuales nos ilustran sobre el ambiente en que desarrollaban sus actividades, sus anhelos, las persecuciones que sufrían en la venta de sus hojas y folletos, y las fogosas polémicas que sostenían entre ellos mismos.

Muchos tratan de justificarse por vender hojas en las calles. No quieren ser tenidos por flojos. Insisten en que han recurrido a la poesía por vejez o incapacidad física, después de una vida de esfuerzos dedicada a trabajos más concretos en beneficio del país.

"Al verme en fatal estado / entré a la literatura", declara el poeta Casas Cordero ("Tormentos del poeta").

Notables y reveladoras son al respecto composiciones como la ya citada "Historia y célebre Romance arreglado sobre vida y aventuras del Poeta Popular", de

Costumbrismo popular

Bernardino Guajardo; "La vida y los oficios..." (1), de Lisandro Arancibia; "Fantasía de un poeta" (2), de Daniel Meneses; la "Aclaración..." (3) de Rosa Araneda; la "Historia de Patricio Miranda Venegas" (4), y "Los hechos de los poetas populares" (5), de Patricio Miranda.

Capítulo especial merecería el estudio pormenorizado de las disputas entre los populares. La natural competencia en la venta de las hojas provocó la edición de versos violentos. Los poetas, con actitud desafiadora, exaltan sus invencibles dones literarios, sus variadas sabidurías, y descalifican o disminuyen la producción de sus colegas. Se advierte en estas diatribas rimadas la influencia de los palladores, repentistas que se desafiaban a cantar en cuartetos a *lo humano* y a *lo divino*.

Bernardino Guajardo se muestra dolido por la deslealtad de sus imitadores en su verso "Los siete poetas del día" (6). Su tono comprensivo y desengañado, contrasta con la virulencia que muestran otros poetas como Daniel Meneses en "Un saludo a los poetas populares y a José Arnero" (7), "Mi saludo al poeta Pequén que salió desafiando en verso y no ha seguido" (8), y en "Versos satíricos. Al que le venga el sayo, conteste" (9); Adolfo Reyes en "El cantor Palo Seco" (10), y Desiderio Parra, con su "Verso por el sabido" (11).

El poeta y el cantor, como animadores de fiestas y remoliendas, se hacen presentes en "La excursión de un cantor de guitarrón" (12) y "Mis descos que yo tengo" (13), de Daniel Meneses, y en "La excursión de un cantor de guitarrón" (14), de Adolfo Reyes. El *versero*, muchacho que ayudaba al poeta en la venta de las hojas, aparece magníficamente sorprendido en el "Contrapunto entre un versero y una niña" (15), poeta que firmaba *El Loro*.

Las prolongadas batallas de los poetas con las venteras y jefes de estaciones de ferrocarriles, y el desapego y las burlas del público mirón que asista a la venta de las hojas, dieron origen a versos doloridos o iracundos como "Ruina del Poeta Popular" (16), "Los tachadores" (17), de Bernardino Guajardo; "Lamentos del poeta" (18), de Adolfo Reyes; "A las tres vendedoras bochincheras que venden adentro de la Estación de Talca" (19) y "Nuevo verso a las vendedoras que venden adentro de la Estación de Talca" (20), de Rosa Araneda.

Particular inquina manifiestan algunos poetas contra las cocheras y conductoras de carros urbanos —primera avanzada del feminismo popular—, que les impedían o dificultaban la libre venta de los versos.

Destacaremos "Los chicos de las conductoras" (21) y "Los gajes de las mismas" (22), "Las cocheras" (23) y "Agravio de los cocheros" (24), de Bernardino Guajardo; "El refrán de las conductoras santiaguinas" (25), de Adolfo Reyes; "Versos a las mugrientas conductoras de Chillán" (26), de Felicito Martínez; "Versos dedicados a las conductoras porteñas" (27), del irascible Daniel Meneses; "Versos dedicados a cinco conductoras talquinas" (28), de Rosa Araneda; "La escasez de fichas" (29); "El Carnaval de las conductoras" (30), de *El Tamayino*.

Mejor suerte tuvieron las esforzadas chocolateras penquistas en el verso que les dedicara Juan Carrasco Tenorio: "Las chocolateras de Concepción" (31). Estas glosas recuerdan algunos sainetes de Ramón de la Cruz.

#### Tipología popular

Como ocurre en el costumbrismo culto, el huaso es elogiado en su medio campesino y ridiculizado cuando se enfrenta con la ciudad. De las composiciones en que se describe y exalta al hombre de campo, mencionaremos: "Versos del Vaquero" (32), de José Hipólito Cordero; la deliciosa "Redondilla amorosa de la fiesta de San Juan" (33), de Rosa Araneda; el "Famoso rodeo de Aculeo" (34), de Raimundo Navarro Flores, y "El General Pilillo" (35), de *Rolak* (Rómulo Larrañaga). También sobresalen, por el tono picaresco y humorístico, "Suspiros de un huaso" (36), de *Rolak*; "Los huasos en remolienda" (37), de José Manuel Pobletty, y el original "Contrapunto entre el Huaso y el Abogado" (38), de José Arroyo.

La contrapartida de estas imágenes favorables la encontramos en *versos* que narran las peripecias y humillaciones del campesino cuando se enfrenta con las dificultades de la vida ciudadana: "El huaso" (39), y "El huaso que enlazó el tren en la línea del norte" (40), de José Hipólito Cordero, y "Aventuras de un huaso" (41), de Adolfo Reyes.

El minero, al igual que el huaso, es objeto de elogios y risas burlonas como se puede apreciar en "El minero" (42), de *El Tamayino*; "El trabajador minero" (43), "El roto Pequeño" (44), de Nicasio García.

La versatilidad y el espíritu aventurero del roto, que va cambiando de oficio y lugares para enriquecer su experiencia vital, están presentes en composiciones como "Los oficios" (45), anónimo; "Los cuatro destinos míos" (46), de Nicasio García, y "Los oficios del rodante" (47), de Eleodoro Montoya, poeta y cantor popular melipillano.

La glosa moralizadora, equivalente rimado del artículo de costumbres, y con censura de pueblo a pueblo, se da en "Los maestros embusteros" (48), "Un orador liberal" (49), "Los presos por el amor" (50), "Los oficiosos en los campos y en los pueblos" (51), y "Pobres galleros" (52), de Bernardino Guajardo; "Sátira para los que son tramposos" (53), de José Hipólito Cordero; "Damas de dos polisones" (54), de Bernardino Guajardo; "El ventilador de atrás" (55), de Juan de Dios Peralta; "Una lección a las niñas que no saben lo que es mundo" (56), de Daniel Meneses, y "El buzón de la Virgen" (57), de José Arroyo, réplica esta última del famoso artículo "Un buzón para la eternidad", de Vicente Reyes. La eterna pugna entre el hombre del pueblo y el fute se manifiesta en "Los petardistas" (58), de V. Castillo, y en "Los elegantes del día" (59), de Juan Ramón González.

En la antología hemos incluido también "Abusos de los campos" (60), de poeta anónimo, composición en la que apunta ya la lucha moderna entre las clases sociales.

Capítulo especial merecen los brindis en contrapuntos y, sobre todo, en décimas sueltas. Los brindis son miniaturas, autorretratos alegres. Toda la variada y pintoresca galería nacional está representada en alardes eufóricos. El artesano, el minero, el huaso, la conductora, el pampino, el *falte*, el pije, el peluquero, la chusquiza, la niña de familia, el roto, el militar, el cantor, etc., hacen el elogio patriótico de sus respectivos oficios y actividades con la descripción de atuendos y útiles de trabajo, y brindan por el regocijo general.

Todo este abundante y gracioso retablo de tipos característicos, en actitud un tanto hierática y con una copa en la mano, que nos recuerda las coloreadas gredas de Talagante, se dinamiza, combina y revuelve en cuadros, incidentes y escenas de costumbres que glosaron los vates populares.

Los costumbristas cultos, en su mayoría, observaron las fiestas del pueblo sin participar, con cierta reserva, de arriba abajo y, a veces, con indisimulado menosprecio. En las viñetas costumbristas de los decimeros hay mayor ingenuidad y efusión, aunque no falte la nota burlona y satírica que obedece a la irrefrenable tendencia de nuestro pueblo a autocaricaturizarse.

El cuadro y la crónica de costumbres se realizan plenamente en los versos que describen las grandes fiestas y efusiones populares como el Dieciocho, la Pascua, las carreras hípicas en Viña del Mar, los paseos familiares a los alrededores de Santiago.

Hemos seleccionado: "¡Viva el Dieciocho de Septiembre!" (81), de Javier Jerez; "Viva el Dieciocho de Septiembre de 1810" (82), de Rosa Araneda, y "Viva el Dieciocho" (83), de Pepa Aravena (seudónimo del poeta Rómulo Larrañaga).

La Pascua ha sido magníficamente descrita en versos como "La Fiesta de Pascua" (84), de Adolfo Reyes; "Versos para la Pascua" (85), de Rosa Araneda, y "La Noche Buena" (86), de Rosa Aravena (otro pseudónimo de Rómulo Larrañaga). Es

pecial mención merece por su extraordinario colorido el magnífico romance "La Noche Buena" (87), de Juan Rafael Allende (*El Pequén*).

Las carreras de Viña del Mar, tema en el que se había lucido Román Vial, provocaron animados versos como "Carreras en la Viña del Mar" (88), de Bernardino Guajardo; "Las grandes carreras de Viña del Mar" (89), de Daniel Meneses, y "Las recomendadas de Viña del Mar" (90), de Javier Jerez y Adolfo Reyes.

Los animados "paseos al Resbalón" inspiraron composiciones notables como el verso de Bernardino Guajardo (91), y el romance de Juan Rafael Allende (92).

Notable evocación de la vida provinciana, abundante y alegre, encontramos en el magnífico verso "Historia de San Felipe" (93), de Patricio Miranda.

El tono burlón y desenfadado de la nutrida picaresca nacional se expresa en "Los dos rotos en la chingana de *La Rana*" (94), de Bernardino Guajardo; en el "Contrapunto entre el despachero y el tomador" (95), de José Hipólito Cordero; en el "Gran contrapunto entre un guardián y un borracho" (96), de poeta anónimo; en "El lechero" (97), de Nicasio Serrano (*Boldo a Boldo*), y en los esperpentos "El rotito enamorado" (98), de Daniel Meneses; "Lo que me pasó a mí" (99), de Nicasio García y "En un casamiento" (100), de Juan Bautista Peralta.

Para realizar esta contribución al estudio de la literatura popular, hemos consultado, además de los folletos que se indican, la magnífica colección de hojas donadas por el Dr. Rodolfo Lenz a la Biblioteca Nacional en 1933, y la no menos importante que pertenece al bibliófilo don Raúl Amunátegui Johnson.

La procedencia de cada hoja está señalada en la antología por *C. L.*, para la Colección Lenz, y por *C. A.*, para la Colección Amunátegui.

Al pie de las composiciones hemos reproducido el sumario de la hoja correspondiente, con el objeto de ilustrar sobre la variedad temática de los impresos. El nombre del poeta aparece destacado en letra cursiva.

## ANTOLOGIA

### I. LA VIDA Y LOS OFICIOS DE LISANDRO ARANCIBIA<sup>4</sup>

*Vida, hechos  
y disputas  
de los poetas  
populares*

*Yo soy el poeta ambulante  
con mis versos aventurando,  
soy, en los pueblos que ando,  
prudente, honrado y constante.*

Tengo mi casa en Santiago,  
y cuando salgo con verso,  
en los pueblos me disperso  
sin causarle a nadie estrago;  
al que le debo le pago  
porque yo no soy farsante;  
siendo yo a la vez constante  
sin formar algún marullo,  
diré con placer y orgullo  
*yo soy el poeta ambulante.*

Mi oficio es de cigarrero,

desde antes el ochenta y cinco  
vendía el atado a cinco;  
de aprendiz, soy carpintero,  
de afición, soy maromero;  
dos años anduve andando,  
hoy claro estoy explicando  
que soy poeta en lo presente,  
y lo paso diariamente  
*con mis versos aventurando.*

Fui un año tapizador  
en Quillota y en el Puerto,  
en Viña del Mar, no miento,  
también fui barnizador;  
militar, con mucho honor,  
y nada esto he ponderando;  
cierto lo que estoy hablando  
que en las partes donde he estado,  
el hombre más moderado  
*soy en los pueblos que ando.*

<sup>4</sup>Hoja N° 2, C. L. Contiene: El ahorcado en Melipilla, Míster Yules. Audón Araya muerto en Melipilla. El acuartelamiento a la Guardia Nacional. Padeamiento del poeta Lisandro Arancibia. La vida y oficios de Lisandro Arancibia. Percances del poeta en Concepción. Al pie: *Lisandro Arancibia*, Imp. de La Igualdad, Chillán.

Cuando salgo a aventurar,  
veo con tono orgulloso,  
y no trato en mi negocio  
a ninguno petardear;  
el que me quiera comprar  
yo le vendo en el instante;  
diré con tono alarmante,  
lo digo en mi entero juicio:  
—Soy, en el lugar que piso,  
*prudente, honrado y constante.*

Al fin, nobles caballeros,  
con mis versos he de hablar,  
salgo de la capital  
recorriendo Chile entero;  
por haciendas y potreros  
paso por si se me alivia  
mi talento, como jibia  
quiero ser en un desfile;  
búsqüenme por todo Chile  
por Lisandro Arancibia.

## 2. FANTASÍA DE UN POETA<sup>5</sup>

*Con el canto que mantengo  
lo mismo que el poeta Homero,  
encorácense en acero  
que a darles la muerte vengo.*

Sólo cuatro años tenía  
de vida, cuento el presente,  
cuando de un de repente  
hice yo una poesía;  
con lujo y con fantasía  
hasta hoy día lo sostengo;  
con ningún poeta arengo  
por más que tengan errores,  
y en este mundo, señores,  
*con el canto me mantengo.*

A los veinte años cabaes  
aprendí el instrumento,  
es lo cierto lo que cuento,  
con palabras esenciales;  
recorrí los minerales

parlando como el jilguero,  
no crean que me pondero  
con la poética llama,  
es que quiero tener fama  
*lo mismo que el poeta Homero.*

Yo recorrí todo el Norte  
hasta que llegué a Iquique,  
no hallé quien me echara a pique,  
ni me barajara el corte;  
me estiro como el resorte  
que hace el hábil herrero;  
como si fuese banquero  
paso vida regalada,  
y antes que saque mi espada  
*encorácense en acero.*

Cuando a esta ciudad llegué  
me pegaron en cuadrilla,  
los tomé por una orilla  
y aturridos los dejé;  
uno se puso de pie  
y me cantó un verso rengo;  
yo, vivando, me entretengo  
para llenarme de glorias;  
recorran bien sus historias  
*que a darles la muerte vengo.*

Al fin llegó el popular  
toditos dirán en grupo,  
y versando me los chupo  
aquí y en cualquier lugar;  
nadie me ha de avasallar  
si me buscan la pendencia;  
me remonto a la eminencia  
con mis tonitos traviesos;  
para alegar con los lesos,  
se quiere tiempo y paciencia.

## 3. ACLARACION DONDE DICE LA VERDAD<sup>6</sup>

*Muchos dicen que no soy  
quien hace esta poesía,  
fíjense bien, pues, señores,  
a ver si en algo varia.*

<sup>5</sup>Hoja N° 490. C. L. Contiene: Fantasía de un poeta. Versos de Literatura. Verso del falso amor. Contrapunto político entre los dos candidatos: D Pedro Montt y Fernando Lázcano. Bárbaro suicidio en Valparaíso. Al pie: *Daniel Meneses, Poeta Nacional Chileno*, Imprenta de El Correo, San Pablo 1056.

<sup>6</sup>Hoja N 19. C. L. Contiene: Horrible salteo en el fundo Los Quillayes. Tres Muertos. Contestación a mi contrario. Versos del Diluvio Universal. La Arca de Noé. Aclaración de la Rosa Araneda donde dice la verdad. *Rosa Araneda*, calle Andes 11-A.

Araneda, por mi padre,  
 en Tagua-Tagua nací,  
 y también les digo aquí:  
 Orellanas, por mi madre;  
 aunque a ninguno le cuadre  
 pregunto y noticias doy;  
 a varios el día de hoy,  
 demen a saber los delitos;  
 de que no hago estos versitos  
*muchos dicen que no soy.*

Cuarenta años de edad  
 tengo, desde que nací,  
 lector, si no crees di  
 siendo que digo verdad;  
 sin que pase más allá  
 esta es mi sabiduría;  
 la que publico hoy en día,  
 alegan, vean qué cosa,  
 y dicen que no es la Rosa  
*quien hace esta poesía.*

Culpan a un pobre tullido<sup>7</sup>  
 les diré aquí, con gran priesa,  
 los malos de la cabeza  
 y saber bien no han podido;  
 ocurren, en un sentido,  
 muchos improvisadores,  
 hacen esfuerzos mayores  
 digo aquí, al son de mi lira;  
 para que no hablen mentira  
*fijense bien, pues, señores.*

Otro viejo fanfarrón  
 dijo que un verso de él,  
 lo publiqué en un papel  
 por darme más opinión;  
 no quiero de ni un chambón  
 tomar yo más nombradía,  
 tengo en mi mente una guía  
 digo aquí, en este renglón,  
 que le pongan atención  
*a ver si en algo varía.*

Al fin les preguntaré  
 a todos, en general,  
 si a mí me miran tan mal  
 demen a saber por qué;

si fue malo lo que hablé,  
 no lo hice por ser profana;  
 jamás quitarán la gana  
 de vencerme; lector, dile  
 que mientras yo viva en Chile,  
 tengo que ser la sultana.

#### 4. HISTORIA DE PATRICIO MIRANDA VENEGAS<sup>8</sup>

*Cuando chico fue ovejero,  
 antes de saber amar;  
 fui minero y albañil,  
 hoy poeta popular.*

Del cólera, pues, murió  
 mi madre, precisamente,  
 mi padre, al año siguiente,  
 en una mina expiró;  
 la suerte me abandonó  
 desde esos años primeros;  
 por no andar de pordiosero  
 de pastor me contraté;  
 por doce reales al mes,  
*cuando chico fui ovejero.*

Fue en marzo mi nacimiento,  
 diré que el sesenta y nueve,  
 para que bien se compruebe  
 el ocho mil ochocientos;  
 solitarios sufrimientos  
 soporté en primer lugar,  
 pero después fui a gozar  
 a expensas de los mineros;  
 supe trabajar, primero,  
*antes de saber amar.*

Crecí y fui descubridor  
 de minas y calerías,  
 resoné en la minería  
 acreditado y con honor;  
 del mundo trabajador  
 no se me olvida el decir,  
 le dio a mi estado infantil  
 consejos y desengaños,  
 y hasta cincuenta y cinco años  
*fui minero y albañil.*

<sup>7</sup>Se refiere al poeta Daniel Meneses, su amante.

<sup>8</sup>Patricio Miranda Venegas. Ex obrero municipal de Valparaíso. "Lira Porteña". Contiene: La enfermedad de Verdejo. Historia de Patricio Miranda Venegas. Defendiendo al inocente. Imp. Varela, Conferencia 966, Santiago.



A lo que hoy pasa por mí  
de mis fuerzas agotado,  
contrito, y abandonado  
de muchas, me encuentro así;  
aun desde chico yo fui  
por el sendero fatal,  
porque me ha alumbrado mal  
el astro en mi natalicio,  
que únicamente es Patricio,  
*hoy poeta popular.*

Al fin, aquellos que han sido  
amigos dentro del bar,  
hoy día, al verme pasar,  
me miran desconocido;  
viejo, enfermo y abatido,  
he de cumplir mi destino;  
mientras mis hombros inclino  
muchos se burlan de mí,  
no importa porque es así  
la curva de los caminos.

##### 5. LOS HECHOS DE LOS POETAS POPULARES<sup>9</sup>

*Todo poeta popular  
es trabajador primero,  
defiende, en sus proporciones,  
la causa del pueblo obrero.*

Quevedo fue un artesano  
y el más inspirado ser,  
siempre supo defender  
la humildad contra el ufano;  
de las musas, soberano,  
en la España, sin igual,  
dejó un Parnaso mundial  
en bella literatura;  
hoy ensalza su dulzura  
*todo poeta popular.*

Apolo del arte vivía,  
y también su arpa tocó,  
al pie de un árbol cantó  
con el crítico Marsías;  
eran de inmensa poesía  
sin interés al dinero,  
sus cantos de honor sincero

son de ciencia virginal;  
todo poeta popular  
*es trabajador primero.*

El maestro Secundino,  
Triviño, de Peñafior,  
fue poeta superior  
y Rogelio, *El Capuchino*;  
el poeta Bernardino  
fue *tapiador de opiniones*;  
cantaron, a dos razones,  
Valencia y Nicanor Lobo,  
y al obrero, sobre todo,  
*defiende en sus proporciones.*

También Nicasio García  
fue gran poeta afamado;  
fue minero, en primer grado;  
Acuña, de gran poesía;  
*Gata Loca* fue en seguida  
poeta y buen sandialero;  
el poeta Casas-Cordero,  
chacarero en Peñafior,  
y defendió con honor  
*la causa del pueblo obrero.*

Daniel Meneses, pampino,  
con su fama centellea,  
le quitó Rosa Araneda  
al poeta Pancho Pino;  
talento inspirado y fino  
lució Liborio Salgado;  
Javier Jerez fue afamado  
en sus musas naturales,  
cantó con Abdón Canales,  
Patricio y Rafael Trincado.

##### 6. LOS SIETE POETAS CHILENOS<sup>10</sup>

*Confunden a Bernardino  
los nuevos poetas del día,  
sólo Nicasio García  
ha sido constante y fino.*

El diablo poeta *Jerjel*  
atizó primero el juego,  
y después Acuña, el ciego,  
siguió las ideas de él.  
A muchos éste y aquél

<sup>9</sup>Verso de Patricio Miranda Venegas.

<sup>10</sup>Bernardino Guajardo: *Poesías Populares*. Tomo v, Impreso por Pedro G. Ramírez, Calle Echaurren 4, págs. 69-71.

les abrieron el camino;  
 Rojas, por tercero, vino  
 a completar ese terno,  
 y entre tanto autor moderno.  
*confunden a Bernardino.*

Apareció Juan Valencia  
 junto con el poeta Hernández,  
 dos talentos, los más grandes,  
 que fueron, en la Intendencia,  
 premiados por su Excelencia,  
 no sé con qué garantía.

Un embustero decía:  
 —En el diario han publicado  
 el premio que han alcanzado  
*los nuevos poetas del día.*

El primero duró poco  
 el segundo aguantó menos,  
 estos eran los más buenos  
 según lo comprueba un loco;  
 al tercero nada *atoco*,  
 aunque el intento tenía  
 de matarme, si podía,  
 y viendo su recompensa,  
 se declaró en mi defensa  
*sólo Nicasio García.*

El señor don José Besa  
 fue de Rojas preceptor,  
 y estudiando el puro amor  
 casi perdió la cabeza;  
 con su profunda agudeza  
 al discípulo previno:  
 —Acabemos ese *indino*  
 que se nos pone de frente;  
 y García, últimamente,  
*ha sido constante y fino.*

Por último, caballeros,  
 si hoy mismo a la plaza van,  
 hasta mujeres verán  
 poetas, entre los verseros.  
 Y al que fue de los primeros  
 ninguno le considera;  
 dígame lo que se quiera,  
 no cabe duda, señores,

que entre tantos trilladores  
 echaron a perder la era.

#### 7. UN SALUDO A LOS POETAS POPULARES Y A JOSE ARNERO<sup>11</sup>

*Yo soy el toro enjaulado  
 en una jaula de acero,  
 salgo hoy con mis potencias  
 desafiando al mundo entero.*

El que se halle competente  
 y entendido en la gramática,  
 con su memoria vernática  
 salga a atacarme de frente;  
 no le temo al más sapiente,  
 aunque sea un historiado;  
 buscando un autorizado  
 he recorrido los mares;  
 les compruebo, en mis cantares,  
*yo soy el toro enjaulado.*

Cinco hay, hoy día, señores,  
 populares afamados,  
 con sus versos bien rimados  
 enseñan a los cantores;  
 sin fijarse en los errores  
 pretenden ser más que Homero,  
 mayormente *José Arnero*<sup>12</sup>  
 en un verso que imprimió;  
 salió a buscarme y me halló  
*en una jaula de acero.*

Un esdrújulo y versículo  
 publicó, y cambió el acento,  
 caramba con el talento  
 que tiene, según su artículo;  
 mas que me llamen ridículo  
 he de usar de las violencias;  
 a las altas eminencias  
 subiré de varios modos;  
 saludándolos a todos  
*salgo hoy con mis potencias.*

Si alguno quiere medir  
 su saber conmigo, luego,  
 rompa con su pluma el fuego

<sup>11</sup>Hoja Nº 216. C. L. Contiene: Gran terremoto. Le desmiento el salteo y las tres niñas robadas y ahorcadas, al poeta Adolfo Reyes. Nuevos versos para desafiar a los populares. Un saludo a los poetas populares y a *José Arnero*. Desgracias de un roto bochincher. La baja del cambio es la miseria en Chile y carestía en el comercio. *Daniel Meneses*.

<sup>12</sup>*José Arnero*. Periódico que editaba el poeta Juan Bautista Peralta, competidor de Meneses.

hasta vencer o morir;  
yo soy Sultán sin Visir,  
soy muy rico y sin dinero;  
miento, siendo verdadero,  
cuando se me llega el caso;  
salgo al campo, paso a paso,  
*desafiando al mundo entero.*

Al fin, conteste el científico  
con la moral, aunque tétrica,  
pero no falte a la métrica  
en su sentido honorífico;  
mostrándome yo pacífico  
se convencerá el crítico,  
imitando a un médico  
analizo el espárrago;  
lo mismo que relámpago  
el verso doy al público.

8. MI SALUDO AL POETA PEQUÉN<sup>13</sup> QUE  
SALIO DESAFIANDO EN VERSO Y NO HA  
SEGUIDO

*De la cordillera vengo  
a caballo en una gata,  
a seguirle competencia  
al redactor de La Beata.*

Me vine yo desde Iquique  
versándoles con halago,  
y no he hallado en Santiago  
ninguno que me eche a pique.  
El que mis faltas critique,  
al pasito lo entretengo,  
con ningún poetaastro arengo,  
nadie lo dirá que no;  
y a hacerles ver quien soy yo,  
*de la cordillera vengo.*

Nueve años hace que estoy  
imprimiendo mis cantares,  
los cuales cruzan los mares,  
porque progresando voy.  
Solamente desde hoy  
pienso ir juntando plata;

si me es la suerte ingrata  
me encomendaré a San Pablo;  
capaz que atropelle al diablo  
*a caballo en una gata.*

No sabe el señor Allende  
con quién se ha puesto a cantar;  
susto tendrá que pasar  
conmigo, por si me ofende.  
Mi talento no se entiende  
para hablarles de la ciencia;  
de sobra tengo experiencia  
pues no soy ningún marrano,  
y aquí me presento, ufano,  
*a seguirle competencia.*

Antes que entre a la hondura  
les aviso en mi versito:  
apuesten al *Pequencito*,  
que la llevan bien segura.  
Sin que se eleve a la altura  
parece de que me mata;  
ya que hablando se desata,  
le tengo que hacer la guerra,  
hasta que eche por tierra  
*al redactor de La Beata.*

Por lo agudo y lo leído  
dicen de que es muy capaz,  
como nacen los demás  
yo digo de que ha nacido;  
es que no habrán conocido  
a otro más sabio que él;  
pero en vez de almíbar, hiel  
le tengo que hacer tomar,  
si me vuelve a contestar  
el crítico Rafael.

9. VERSOS SATÍRICOS. EL QUE LE VENGA  
EL SAYO, CONTESTE<sup>14</sup>

*De todos los populares  
yo voy hacer un atado,  
para mandarlos botar  
al punto, más elevado.*

<sup>13</sup>Hoja Nº 495. C. L. Contiene Mi saludo al poeta *Pequén*, que salió desafiando en verso y no ha seguido. Mi valor para versar con cualquiera en contrapunto. Versos de fino amor. Las grandes carreras de Viña del Mar. Sigue el diálogo entre el rotito del norte y el del sur sobre una crítica que van hacer en Valparaíso. Gran crimen en Valparaíso el hermano que le dio muerte al otro hermano a puñaladas. *Daniel Meneses*, Morandé 8-A, Imp. Moneda.

<sup>14</sup>Hoja Nº 460. C. L. Contiene: Versos históricos contestándole a Javier Jerez. Versos satíricos. El que le venga el sayo, conteste. Versos dedicados a una amiga para quitarle los eno-

Da repugnancia hoy leer  
 muchos versos de la infancia,  
 porque es una ignorancia  
 que no se puede entender;  
 gramatizan sin saber  
 los poetas, en sus cantares,  
 con errores a millares  
 poetizan ligero y mucho;  
 no hay uno que valga un pucho  
*de todos los populares.*

Uno que habla por historia  
 no se le halla son ni ton,  
 halágate hoy, corazón,  
 deja pasar esa escoria;  
 escarbando en una noria  
 desenterré a un letrado;  
 sin haberme autorizado  
 les advierto en mis impresos,  
 que de esta tropa de lesos  
*yo voy hacer un atado.*

Seis sílabas mayormente  
 ponen y una suprimen,  
 y sus versitos imprimen  
 por divertir a la gente;  
 hablando lógicamente  
 quieren a otro criticar;  
 no se fijan al pensar  
 si la palabra es así;  
 entréguenmelas a mí  
*para mandarlas botar.*

Esrújulo me detallan,  
 palabras a lo contrario,  
 pero en el diccionario  
 en ninguna parte se hallan;  
 muchos que tan fino pallan  
 ni saben lo que han hablado;  
 pretende que es estudiado  
 de moral y de ataranto,  
 y suspenderse en su canto  
*al punto más elevado.*

Por fin, digo al entendido,  
 aquí, sin rivalizar,  
 que yo para poetizar

no tengo enfermo el sentido;  
 tendrán que verse afligido  
 los que conmigo poeticen;  
 ni por muy alto que pisen  
 me harán clamar a San Pablo,  
 tienen que aprender a diablo,  
 para que me atemorizen.

#### 10. EL CANTOR PALO SECO<sup>15</sup>

*Yo me llamo Palo Seco  
 famoso para pallar,  
 cuando me pongo a cantar  
 no hay poncho que me haga fleco.*

Al toque del guitarrón  
 hago lucir mi memoria,  
 porque para mí es gloria  
 seguir de la vihuela el son;  
 le daré contestación  
 que sea de buen eco,  
 y porque otro no me trueco  
 a cantar contrarrestado;  
 porque soy el afamado,  
*yo me llamo Palo Seco.*

No respeto a ni un cantor,  
 venga cualquiera conmigo,  
 para probar lo que digo  
 preséntese el más mejor;  
 jamás me arredra un temor  
 cuando comienzo a tocar,  
 cesan las olas del mar  
 al oír mi dulce canto,  
 porque soy, en ataranto,  
*famoso para pallar.*

Poetas y rimadores  
 hágame la competencia,  
 quiero verme en la presencia  
 de los más sabios autores;  
 vengan hoy esos cantores  
 que quieren contrapuntear,  
 no lo hago por fantasear  
 en este punto elevado;  
 se queda el mundo admirado  
*cuando me pongo a cantar.*

jos. Glosa de sentimientos. Otro asalto en Panguilemu. Heroicidad de la mujer al caer herido el marido. Espantoso salteo en la calle de Aldunate, dos muertos y cuatro heridos. Daniel Meneses, poeta nortino.

<sup>15</sup>Hoja N° 298. C. L. Adolfo Reyes.

Si por la literatura  
 o por verso a *lo divino*  
 me atacan, yo les opino,  
 tendrán que tener cordura;  
 jamás alguna criatura,  
 con su instrumento hueco  
 me gana, porque soy *veco*  
 para ponerme en *tirá*,  
 con mi guitarra *afiná*  
*no hay poncho que me haga fleco.*

Al fin, con mucha alegría,  
 digo que nadie me vence,  
 aunque a preguntar comience  
 por historia, astronomía;  
 si por la sabiduría  
 me buscan, yo les contesto,  
 por eso no me molesto,  
 muy ligero, en darle el bajo,  
 porque diestro, en mi trabajo,  
 a cualquiera le contrarresto.

 11. VERSOS POR EL SABIDO<sup>16</sup>

*Yo no le temo a García  
 ni a Meneses afamado,  
 si son muy autorizados  
 les echo cabe y rendía.*

Si viene el sabio Platón  
 o el más alterado poeta,  
 yo les daré una cuarteta  
 por punto de Salomón.  
 Por la historia del Sansón  
 les doy una y la salida,  
 al cabo se llegará el día  
 que nos habremos de ver;  
 con mi poquito saber,  
*yo no le temo a García.*

Si el Hipólito Cordero  
 se me pusiera de frente,  
 lo apretara fuertemente  
 con mis poemas, ligero.  
 Si se me muestra altanero,  
 a mí no se me da cuidado,  
 aunque no soy alterado,  
 ni aunque viniera el mejor,

<sup>16</sup>Verso de Desiderio Parra, *Poeta del Sur*.

<sup>17</sup>Hoja N° 497. C. L.: Prometimiento de amores. Versos bíblicos. La paciencia del santo Job. Excursión de un cantor de guitarrón. Doble crimen en Coquimbo. Muerte de un guardián en la calle del Puente. *Daniel Meneses, Poeta Nortino*, Morandé 8-A, Imprenta Moneda.

yo no le temo a ese señor  
 ni a *Meneses afamado.*

García compone versos  
 y pide caro por ellos,  
 como si fueran tan bellos  
 en otro tiempo disperso.  
 Yo le diré, con esfuerzo,  
 hasta dejarlo arreglado,  
 varias faltas he notado  
 con este poco entender;  
 al cabo los he de ver  
*si son muy autorizados.*

Aunque yo soy costinito  
 y muy torpe en el cantar,  
 también me suelo atajar  
 con estos diablos malditos.  
 Los atraco un poquitito  
 con poca sabiduría,  
 por medio de la poesía  
 yo me les planto de frente;  
 si me dan un refregón,  
*les echo cabe y rendía.*

Al fin, yo tengo una idea,  
 cuando me están atracando,  
 me llevo a la par trotando,  
 para entrar en la pelea.  
 Ni el moño se me menea  
 con esta torpe memoria;  
 el *versar* para mí es gloria,  
 más si vienen los mejores;  
 atráquenme los cantores,  
 de improviso y por la historia.

 12. EXCURSION DE UN CANTOR DE  
 GUITARRON<sup>17</sup>

*Pulso el sonoro instrumento  
 cuando me pongo a cantar;  
 hago las cuerdas temblar  
 como si corriese viento.*

Salgo al campo en el verano  
 con el jugo de la parra,  
 me alegro con la guitarra  
 cuando la tomo en la mano;  
 me encuentro alegre y ufano

al llegar a un casamiento;  
me tomo el mejor asiento  
y a vista de los paseantes,  
con cánticos arrogantes  
*pulso el sonoro instrumento.*

Si salgo a pasear con niñas,  
más cuando voy encopado,  
toco un paso redoblado  
andando por las campiñas;  
pero si me buscan riñas,  
más bien dejo de tocar;  
después principio a trinar  
con armoniosos conciertos;  
hago revivir los muertos  
*cuando me pongo a cantar.*

Si llego a alguna función,  
o si me encuentro en carreras,  
yo me atraco a las fonderas  
brindándoles mi canción;  
luego, con mi entonación,  
entro por acompañar,  
tan sólo por celebrar  
yo con mis maestros dedos,  
haciendo los postures  
*hago las cuerdas temblar.*

Cuando llego a alguna trilla  
con mi guitarrón, señores,  
se me apilan los cantores  
a versar en redondilla;  
y con mi frase sencilla,  
fiando en mi buen talento,  
pongo luego un fundamento  
sobre historias sagradas;  
desparramo mis tonadas  
*como si corriese viento.*

Por último llegué a un santo,  
en víspera de San Pablo,  
haciéndome mozo diablo  
y espoleando con mi canto;  
un roto, por mi ataranto,  
luego me puso un fundado;  
tal alto y tan elevado

el perverso siguió hablando,  
y yo quedé pestafiando  
sin saber lo que ha cantado.

### 13. MIS DESEOS QUE YO TENGO<sup>18</sup>

*Quiero botarme a cantor,  
pero no sé componer,  
si me llegan a vencer  
será grande el deshonor.*

Conociendo el tiempo cruel  
que me trae la pobreza,  
se me ha puesto en la cabeza  
trabajar en un chinchel;  
cuando yo tenga el burdel  
sólo expendere licor;  
lo más fino y lo mejor  
le venderé a los caseros,  
por ver si junto dineros,  
*quiero botarme a cantor.*

Cuando ya sepan los huasos  
que en mi casa tengo canto,  
vamos, dirán, que no aguanto,  
adonde los grandes vasos;  
con acelerados pasos  
muchos me vendrán a ver,  
tan sólo por conocer  
lo que me he ponderado;  
deseo ser un Salgado  
*pero no sé componer.*

Fiambres, cazuela y pescado  
hallarán en mi negocio;  
vengan a pasar el ocio  
pero no a pedirme fiado;  
todo expendere al contado:  
chicha, ponche y de comer;  
así yo podré tener,  
de ahorros, una peseta;  
dirán ya *paleté<sup>19</sup>* el poeta  
*si me llegan a vencer.*

Encargo, con mucho agrado,  
quien quiera cantar que cante,

<sup>18</sup>Hoja N° 493. C. L. Contiene: Versos para que se reten los cantores. Mis deseos que yo tengo. Versos de puro amor. Drama sangriento en Antofagasta. Terrible cuadrillazo que le están dando las siete naciones aliadas al gran Imperio Chino. Daniel Meneses, Poeta Nortino, calle Zañartu 107.

<sup>19</sup>Paletear. En la preceptiva de los populares es término peyorativo. Verso paletado es verso defectuoso en la rima o en el fundamento (tema).

pero que no se levante  
 porque será derribado;  
 pise con mucho cuidado  
 el mejor criticador;  
 les pido por un favor  
 que poeticen de lo lindo,  
 y si acaso yo me rindo  
*será grande el deshonor.*

Al fin, varias chicherías  
 que existen en lo presente,  
 por ser grandes y decentes  
 tienen muchas caserías;  
 a sus falsas mercancías  
 es bueno que las estreche;  
 quien mi lección aproveche  
 a esas casas no corra,  
 a comprar chicha de borra  
 y el vinito de campeche.

14. EXCURSION DE UN CANTOR DE  
 GUITARRON<sup>20</sup>

*Pulso el sonoro instrumento  
 cuando me pongo a cantar,  
 hago a Meneses temblar,  
 en su carreta, al momento.*

Salgo al campo a deleitarme  
 con el bien que me desvela,  
 y al toque de mi vihuela  
 suelo, a veces, consolarme.  
 Yo quisiera, pues, hallarme  
 con uno de gran talento;  
 alzo mi voz, muy contento,  
 cada vez que llega el día;  
 con la más grata alegría  
*pulso el sonoro instrumento.*

Cuando con niñas paseo,  
 estando yo con mi copa,  
 navegando viento en popa  
 parece que ya me veo.  
 Si me voy a algún rodeo

los huasos me ven trinar  
 el guitarrón, que sin par,  
 en Chile se haya encontrado;  
 se queda el mundo admirado  
*cuando me pongo a cantar.*

Si a alguna ramada llego  
 o me encuentro en una fiesta,  
 porque mi mano se presta  
 hago el postureo luego.  
 Cuasi yo pierdo el sosiego  
 al ver las cuerdas sonar,  
 grupos me suelen rodear  
 para oír mi alegre canto,  
 y entonces, con mi quebranto,  
*hago a Meneses temblar.*

Si llego, con atención,  
 a un santo o una trilla,  
 me recibe un cuadrilla  
 con la más grande ovación.  
 En esa tan bella unión  
 lo paso, ahí, muy atento;  
 para *versar* soy portento  
 que al cojo le causo envidia,  
 por eso que me fastidia  
*en su carreta, un momento.*

Por fin, señores, llegué  
 a una casa de tambo,  
 y me topé con un zambo  
 como tullido, diré.  
 Ahí yo le pregunté  
 sobre los astros del cielo;  
 el roto con mucho anhelo  
 me contestó un disparate;  
 tomó lección de este vate,  
 arrastrado por el suelo.

15. CONTRAPUNTO ENTRE UN VERSERO  
 Y UNA NIÑA<sup>21</sup>

Un muchacho vendedor  
 que andaba como pelota,

<sup>20</sup>Hoja N° 184. C. A. En un grabado aparece el poeta Daniel Meneses en una carretela, pidiendo limosna. Contiene: Pedro Ponce condenado a la pena capital. Contestación al poeta Meneses. Cuecas. Excursión de un cantor de guitarrón. Nueva Ley para el matrimonio. Una joven enamorada. Quejas de un amante a su querida. Adolfo Reyes, Imprenta y Librería Ercilla, Bandera 21-K.

<sup>21</sup>Hoja N° 514. C. A. Contiene: Sangriento asesinato. Un italiano degollado en un despacho. El cabo Pozo mató a su prometida y se suicidó. Horrible crimen en Viña del Mar. La mujer mata al marido a puñaladas. Contrapunto entre un versero y una niña. Escapada de un soldado andaluz. El Loro (Nuevo Poeta).

vendiendo verso en Quillota  
inundado de sudor,  
fue llamado con primor  
por una linda muchacha,  
tentadora y vivaracha  
como el mismo Paraíso,  
y el muchacho oyó el aviso  
y *acudió con mucha facha.*

En cuanto llegó el versero  
donde la que lo llamaba,  
a gritos le pregonaba  
de sus versos, el letrero:  
—“La muerte de un bandolero,  
un feroz asesinato,  
prisión de Pancho Falcato,  
un marido apuñaleado,  
un niño descuartizado  
y el perro que mató al gato”.

Quedó la niña encantada  
del variado material,  
pero le pareció mal  
ver la hoja muy ajada,  
porque se hallaba arrugada  
por el viento y el espacio,  
y le dijo muy despacio  
mientras buscaba sencillo:  
—Pero, maldito chiquillo,  
*¿por qué lo traes tan lacio?*

El versero que era agudo,  
y lejos de ser San Pablo,  
parecía el mismo Diabolo  
pero más listo y cachudo,  
haciéndosele el lanudo  
y que no quebraba un hueso,  
con un tonito travieso  
le dijo y con su risita:  
—Y usted, también, señorita,  
*¿pa' qué lo quiere más tieso?*

La niña miró al versero  
y hasta la uña se encendió,  
sacó un cinco y le pagó  
y se puso a leer el verso;  
cuando cada cual disperso  
se vio, se hicieron un guiño,  
se miraron con cariño  
al través de la campiña,

él murmurando: —¡Qué niña!,  
y ella diciendo: —¡Qué niño!

#### 16. RUINA DEL POETA POPULAR<sup>22</sup>

*Me privan en la Estación  
el que venda mis libritos,  
¿cuáles serán los delitos  
para tal prohibición?*

Antes el jefe de allí  
me había dado permiso  
y después, de improviso,  
me dijo: —Fuera de aquí.  
En el mismo acto salí  
temblando de confusión,  
penetrado de aflicción  
dije a mi patrón o socio:  
—Ya de vender mi negocio  
*me privan en la Estación.*

El muy noble caballero  
su palabra retiró,  
y aunque estoy picado, yo  
en nada lo exagero,  
y ruego al Dios verdadero  
de poderes infinitos  
nos libere de mil conflictos,  
esto para el jefe pido,  
aunque me haya prohibido  
*el que venda mis libritos.*

Si al cabo de mi indigencia  
dicho señor estuviera,  
tal vez se compadeciera  
concediéndome licencia;  
yo no hacía competencia  
a nadie en esos distritos,  
y no veo requisitos  
de fundamento o asunto,  
por eso a todos pregunto:  
—*¿Cuáles serán los delitos?*

Desde ese día tremendo  
aseguro con verdad,  
por una casualidad  
raro es el libro que vendo;  
pero si ando cometiendo  
alguna desatención,  
están en la obligación

<sup>22</sup>Bernardino Guajardo, *Poesías Populares*, Tomo IX. Imprenta por Pedro G. Ramírez, calle de Echaurren, N° 6, Santiago, 1886, págs. 18-20.





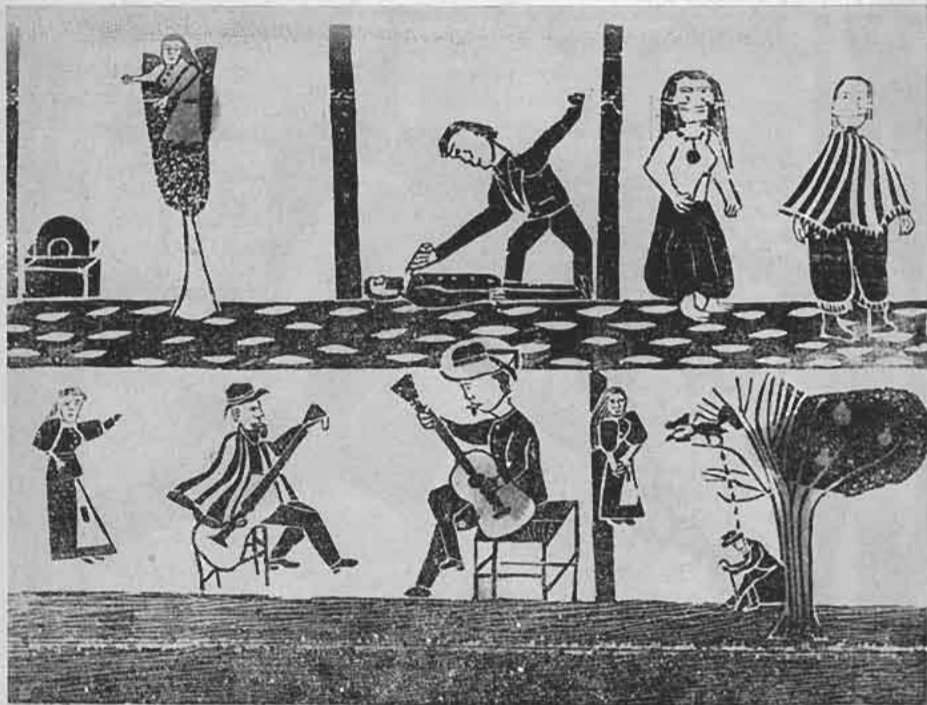
Espectacular suceso de la niña espirituada.  
Verso de José Hipólito Cordero.



Triste fusilamiento del reo Negrete.  
 Repetidas cuecas para las niñas preciosas.  
 Versos de José Hipólito Cordeiro.



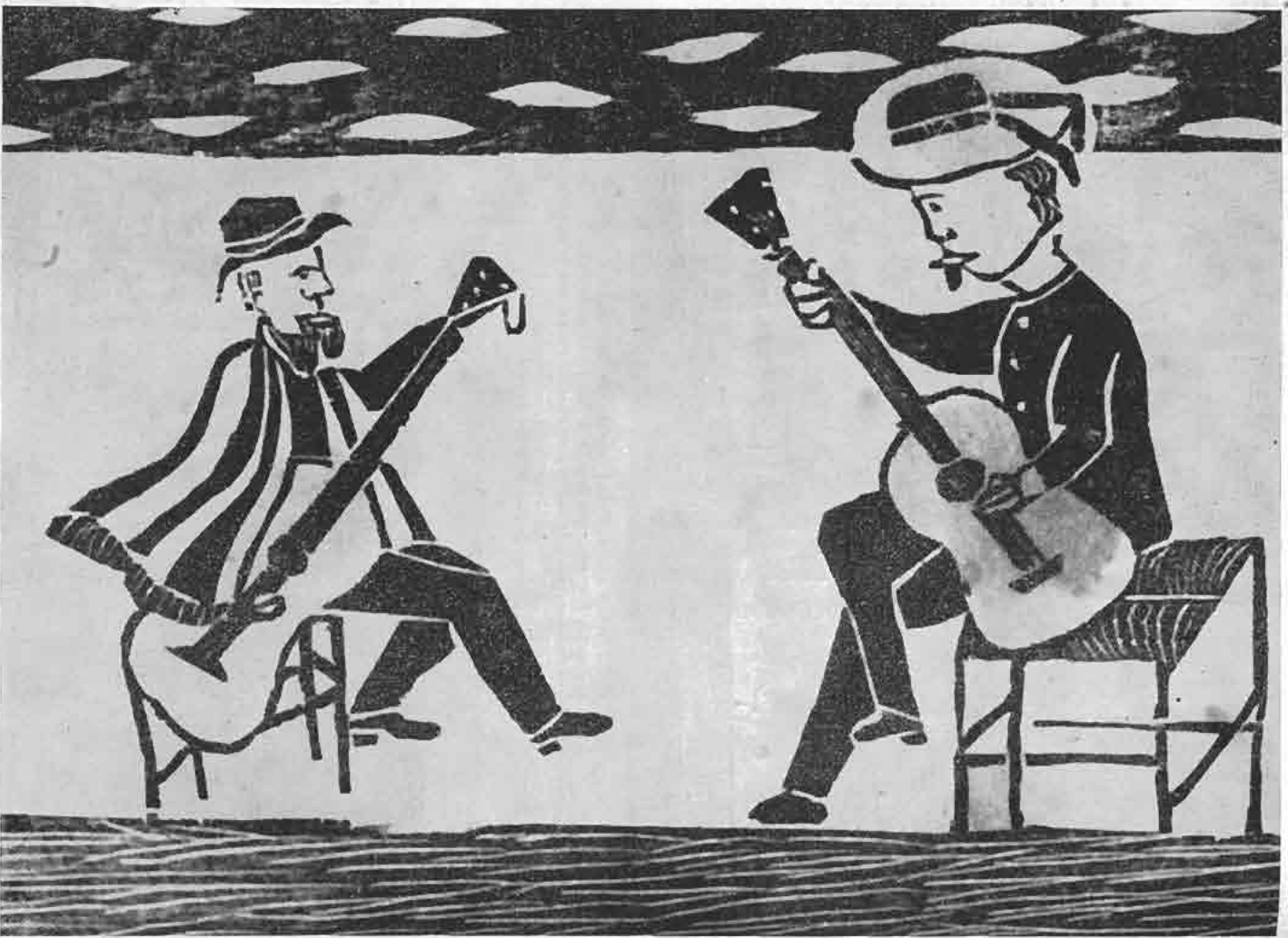
La poetisa Rosa Aranedá batallando con la muerte en sus últimos momentos.  
 Verso de Daniel Meneses. El poeta aparece sentado.



La cantora que ahorcó al querido con una cuerda.  
 Los indios con dos caras llegados a los pueblos chilenos.  
 Gran contrapunto cantado en guitarrón del cuyano *Pata de Fuego*, con el mentado chileno  
*El Gigantesco*.  
 Versos de José Hipólito Cordero.



Horrorosa escena. El marido que mató a la mujer y a su hija.  
 Verso de José Hipólito Cordero.



Gran contrapunto cantado en guitarra del cuyano Pata de Fuego con el mertrado chileno

*El Gigantesco.*

Verso de José Hipólito Cordero.

de mandarme como reo,  
 más ninguna causa veo  
*para tal prohibición.*

Al fin, si este beneficio  
 no me hace el señor don Pablo,  
 tendré que apelar al Diablo  
 o irme a morir al Hospicio;  
 estoy al perder el juicio  
 en el estado en que me hallo,  
 y espero del jefe el fallo;  
 si de mí no se conmueve,  
 temo que el diantre me lleve  
 con doscientos de a caballo.

#### 17. LOS TACHADORES<sup>23</sup>

*Porque vendo papelitos  
 a un centavito o a dos,  
 me insultan, ¡válgame Dios!,  
 los envidiosos malditos.*

Si estoy refiriendo un verso  
 se para el tonto, de firme,  
 a tacharme o a decirme  
 que es falso lo que converso.  
 Los de corazón perverso  
 son unos animalitos,  
 en dos patas paraditos,  
 de extraordinario tamaño;  
 éstos creen que al pueblo engaño  
*porque vendo papelitos.*

No es engaño ni locura,  
 aún creo ser conveniente  
 que por mí, bastante gente,  
 se aficiona a la lectura.  
 Esta es una verdad pura  
 tan fija como el reloj,  
 sólo los de alma feroz  
 se burlan y se van riendo,  
 cuando un verso estoy vendiendo  
*a un centavito o a dos.*

También dicen esos tales  
 cabezones y sin sesos:  
 —Ve, como tienen los lesos

rodeado a Pedro Urdemales.  
 Los murmurones fatales  
 de hambre no sacan la voz;  
 mas yo digo, déjenlos  
 pasar, que son insensatos.  
 A mí, hasta los mentecatos  
*me insultan, ¡válgame Dios!*

Otros necios del Infierno  
 me suelen amenazar  
 que me van a denunciar  
 como traidor, al Gobierno.  
 Esto no me importa un cuerno,  
 no son más que chinchocitos,  
 chuzos alborotaditos  
 que en las tabernas se agrupan,  
 y en tachar no más se ocupan  
*los envidiosos malditos.*

Al fin, ya verán, señores,  
 los que más discretos fuesen,  
 que estos versos se refieren  
 a los simples tachadores.  
 Por cierto, a los habladores  
 su buena ración les toca;  
 dejen esa idea loca,  
 no sean de mala fe,  
 ni más me obliguen a que  
 les ponga otro tapaboca.

#### 18. LAMENTOS DEL POETA<sup>24</sup>

*Estoy que no hallo qué hacer  
 sin vender mis ejemplares,  
 entonar tristes cantares  
 será mi mayor placer.*

El negocio está tan malo  
 que ya no hay comparación,  
 tendré la resignación,  
 oculto, mordiendo el palo;  
 penoso un suspiro exhalo  
 ya de tanto padecer,  
 esta situación al ver  
 me causa suma tristeza;  
 sumergido en la pobreza  
*estoy que no hallo qué hacer.*

<sup>23</sup>Verso de Bernardino Guajardo. Aparece en *Los cantores populares chilenos*, de Antonio Acevedo Hernández. Editorial Nascimento, Santiago, 1933, págs. 84-86.

<sup>24</sup>Hoja N° 404. C. L. Contiene: Espantoso drama el joven descuartizado por un león. Brindis. Lamentos del poeta. Gran crimen de la calle Baquedano. El padrastro que mató a la entenada. Deseo del poeta Adolfo Reyes. *Adolfo Reyes*.

ii. *Vendedoras, conductoras, cocheras y chocolateras*

Seré fatal mientras viva,  
sin que vea algún consuelo,  
aunque busque con anhelo  
persona caritativa;  
no es posible, se me priva  
de hacer versos a millares;  
entre muchos populares  
escribo sin fantasía,  
pero nunca paso un día  
*sin vender mis ejemplares.*

Ya no puedo soportar  
esta situación tan cruel,  
por eso en este papel  
me he venido a lamentar;  
no me puedo conformar,  
por cierto, en tantos pesares;  
quisiera surcar los mares  
en busca de mejor suerte,  
y deseo, hasta la muerte,  
*entonar tristes cantares.*

No tan sólo para el poeta  
el tiempo ha sido fatal,  
sino que al de capital  
también es ruina completa;  
sin ganar una peseta  
hay mucha gente a mi ver;  
los años han de volver  
en que corría la plata;  
desechar pena que mata  
*será mi mayor placer.*

Al fin, trinando mi lira,  
yo mi vida pasaré,  
y el tormento olvidaré  
mientras la mente se inspira;  
a veces me causa ira  
al verme con tanto atraso;  
la paciencia, en este caso,  
se me acaba, poco a poco;  
me salgo volviendo loco  
porque delirando paso.

19. A LAS TRES VENDEDORAS BOCHINCHERAS QUE VENDEN ADENTRO DE LA ESTACION DE TALCA<sup>25</sup>

*Pabla, alias La Chonchona, a La Sable y La Monera, les publico este versito para sacarlas de cera.*

Por primero, nombro a Juana,  
porque me gusta su nombre,  
con tal que nadie se asombre  
lo he impreso en esta plana.  
Nada ha ganado la rana  
con retar a otra persona,  
solamente por bocona  
se ha puesto a formar camorra;  
pueda ser que aquí no corra  
*Pabla, alias La Chonchona.*

Qué te ganas, Carmelita,  
con ofender tu vecina,  
lo que ganas es tu ruina  
por tu lujuria maldita.  
Tú sois, pareces, hijita,  
pariente de una fondera,  
mugrienta, zamba, trapera,  
hija de la quiltra choca;  
póngales un tapaboca  
*a La Sable y La Monera.*

Ellas venden, diariamente,  
en la Estación, día a día,  
y apuesto que a la alcaldía  
ninguna paga patente.  
Cobrarles será evidente,  
digo al Alcalde y repito,  
no encuentro yo que es bonito  
que le paguen a un empleado;  
por lo que se me ha contado,  
*les publico este versito.*

Dicen ellas de que tienen  
permiso por el Alcalde,  
para vender, y es de balde  
que hablen sino se previenen.  
Con la gente se entretienen

<sup>25</sup>Hoja N° 308. C. A. Contiene: Alevoso crimen en la calle de San Isidro. El español que victimó a su consorte. Ocho reos condenados a muerte. Redondilla. La ruina de la Gran China por el Ejército del Japón. A las tres vendedoras bochincheras que venden adentro de la Estación de Talca. Verso a lo Divino. La Degollación de los Santos Inocentes en Belén. Saludo al Año Nuevo. Cuecas nuevas. *Rosa Araneda*, calle de Zañartu N° 9 (entre San Pablo y Sama).

vendiendo de tal manera,  
y yo aquí, a la ligera,  
sin hacer mayor esfuerzo,  
me he puesto a hacer este verso  
*para sacarlas de cera.*

Al fin, les encargo aquí,  
como bien moralizado,  
si es falso lo que he hablado  
no me echen la culpa a mí.  
Contesten si no es así,  
que yo las disculparé;  
claro y visible se ve  
este suceso que encuentro,  
si ustedes venden adentro  
no tengan tan mala fe.

20. NUEVO VERSO A LAS VENDEDORAS  
QUE VENDEN ADENTRO DE LA ESTA-  
CION DE TALCA<sup>26</sup>

*De nuevo sigo el asunto  
a las tales vendedoras,  
son las que me miran mal:  
dos hombres y tres señoras.*

Mi sentido me propuso  
a mí, sin ser mequetrefe,  
de que le pregunte al Jefe  
por que permite ese abuso.  
Aunque me tratan de intruso  
en mi verso les pregunto,  
para ver si acaso apunto  
les brindo este regalo;  
por corregir lo que es malo  
*de nuevo sigo el asunto.*

Yo defiendo mi derecho  
con justísima razón,  
y les doy un aplastón  
en este verso que he hecho.  
Me presento, pecho a pecho,  
hablándole de hora en horas,  
con mis manos revisoras  
mientras exista en la faz;  
nunca las dejaré en paz  
*a las tales vendedoras.*

Lector, *La Carmen Monera,*  
con *La Pabla, La Chonchona,*  
me critica esa rabona  
con su boca de pantera.  
Mejor que esta bochinchera  
no fuera tan animal,  
si las echo a un corral  
y les meneo el rebenque,  
con *La Rosa, La Petrenque,*  
*son las que me miran mal.*

Alias *El Sable Miguel,*  
también entra a la cuadrilla,  
lector, con una trailla  
bien amarra ese lebel.  
Su nombre va en el papel  
con las otras peladoras;  
malas lenguas y habladoras,  
ruines, caras de estropajo,  
me quieren echar abajo  
*dos hombres y tres señoras.*

Por último, es el portero  
quien también a hablar se mete,  
por sobrenombre, alcahuete,  
tiene el viejo portioso.  
Sin que me blinde en acero  
las voy a ir reprendiendo,  
porque no se queden riendo  
digo al público y repito:  
Con este y otro versito  
les va a quedar escosiendo.

21. LOS CHICOS DE LA CONDUCTORA<sup>27</sup>

Al pagar con un quintito,  
los que suben a cubierta,  
la conductora está alerta  
para decir: —No hay chiquito.  
Se queda con el piquito  
y esto muy justo lo encuentro;  
de la Estación para el Centro  
y del Centro a la Estación,  
chiquitos, una porción,  
se les va quedando adentro.

Una dijo: —Yo he juntado  
muchos chicos en un viaje,  
y para mí ha sido un gaje

<sup>26</sup>Hoja Nº 316. C. A. Rosa Araneda.

<sup>27</sup>Bernardino Guajardo, *Poesías Populares*, Tomo IX. Impreso por Pedro G. Ramírez, calle de Echaurren, Nº 6. Santiago, 1886, págs. 23-25.

que no lo había pensado.  
Con todo lo que he ganado  
alguna falta remedio,  
así es que en este intermedio  
algo aventuran las pobres,  
mientras que se sellan colores  
de dos centavos y medio.

Algún negocito se hace  
con la multitud de chicos,  
que pagan pobres y ricos  
si van en segunda clase;  
tres centavos cuesta el pase  
a todos los pasajeros,  
y los dan muy placenteros  
sin decir una palabra,  
y esta es cosa que les cabrá  
a los que son cicateros.

A los que muy pobres son  
les duele el medio centavo,  
mas el rico no está al cabo  
de su triste situación;  
si con anticipación  
se hubiera dado el aviso,  
nadie estaría indeciso  
del decreto o la ley nueva;  
a las niñas esta breva  
les vino de un improviso.

Por último, las chiquillas  
aficionadas al trago,  
dirán antes de su pago:  
—Bebamos, pero a costillas  
de los tontos, que en cuadrillas,  
nos hacen este regalo.  
Peor es recibir un palo  
o una pedrada de un zorro,  
y aunque es tan poco el socorro  
para el tiempo no está malo.

22. LOS GAJES DE LAS MISMAS (CONDUC-  
TORAS) <sup>28</sup>

*Logremos la temporada,  
dicen las conductorcitas,  
esta pequeña ganguita  
algo deja y peor es nada.*

Mientras demora la empresa  
en recoger los boletos,  
y salgan nuevos decretos  
aseguremos la presa.  
Sería una gran simpleza  
andar despreocupada;  
en cada muchacha empleada  
sigo esta conversación;  
ya que nos dan ocasión  
*logremos la temporada.*

En fichas, miles de pesos  
hay que juntar todavía,  
y el trencito, día a día,  
están pagando los lesos;  
por tan felices sucesos  
se ríen las pobrecitas,  
y los *huachos* calladitos  
esos pasan a la izquierda;  
necesario es no ser lerda  
*dicen las conductorcitas.*

Algunos se han desmontado  
porque no les dan el chico,  
y estas son, según me explico,  
pobres en extremo grado.  
Y hasta se han incomodado  
por aquella friolerita;  
yo no chilló ni pisquita  
y en nada la culpa me echen;  
mi gusto es el que aprovechen  
*esta pequeña ganguita.*

En cuatro o en cinco meses,  
con el centavito *huacho*,  
pueden llenar un capacho  
las niñas más de dos veces.  
Cocheros, *Judas*<sup>29</sup> y jueces  
no tocan esta bolada,  
si se alarga la jornada,  
dirán, llenas de contento:  
—Este nuevo reglamento  
*algo deja y peor es nada.*

Al fin, muchachas amables,  
ustedes logren la buena,  
y exentas de culpa y pena,

<sup>28</sup>Bernardino Guajardo, *Poesías Populares*, Tomo IX, págs. 25-27. Impreso por Pedro G. Ramírez.

<sup>29</sup>*Judas*. Así denominaban también las conductoras a los inspectores de tranvías porque las denunciaban a la empresa.

"Tienen un raro *argot* para señalarlos: a los que llevan tres galones en la gorra que les



pues en nada son culpables;  
 en estos tiempos variables  
 bueno es que vistan gala,  
 y en tan peligrosa escala  
 con cuidado han de subir;  
 miren que suele venir,  
 tras una buena, una mala.

23. LAS COCHERAS<sup>30</sup>

*Cumpliendo su obligación  
 andan las niñas cocheras,  
 las que salieron primeras  
 fueron dignas de atención.*

Primeramente, el cochero  
 las enseña a gobernar  
 la palanca, y a parar  
 para que algún pasajero,  
 sea pobre o caballero,  
 ocupe su posición.  
 Por nueva disposición  
 la Empresa así lo ha dispuesto,  
 que ellas anden en su puesto  
*cumpliendo su obligación.*

Insultos de los *jerjeles*<sup>31</sup>  
 reciben a cada paso,  
 y ellas hacen poco caso  
 de semejantes lebreles.  
 Siendo en su servicio fieles,  
 no importa que las rameras  
 las traten de madrineras  
 o de mujeres hombradas,  
 si honrosamente ocupadas  
*andan las niñas cocheras.*

Los caballos ensillados  
 la Empresa tendrá que darles,

y al mismo tiempo enseñarles  
 como han de ser gobernados.  
 Para esto hay hombres pagados  
 en todas las pesebreras.  
 Algunas niñas solteras  
 tal empleo no admitieron,  
 por lo burladas que fueron  
*las que salieron primeras.*

Si la cochera es viejona,  
 los *pillilos*, sin camisa,  
 de ella empiezan a hacer risa  
 tratándola de rabona.  
 Esto hace aquella persona  
 que no tiene educación.  
 De toda la población  
 mil aplausos recibieron;  
 las primeras que se vieron  
*fueron dignas de atención.*

Por último, ya tenemos  
 cocheras y conductoras,  
 sólo faltan inspectoras  
 las que muy breve veremos.  
 Los hombres dicen: —¡Qué haremos!,  
 si todos nuestros quehaceres,  
 los ocupan las mujeres,  
 pues serán obras más bellas,  
 cuando representen ellas  
 el papel de bachilleras.

24. AGRAVIO DE LOS COCHEROS<sup>32</sup>

*Los cocheros agraviados  
 con las cocheras están,  
 ellas a ocuparse van  
 y ellos serán desechados.*

cubre el testuz, los llaman los *Judas terribles*; a los que llevan uno solo, los *serruchos chicos*" (De un artículo de la revista *Zig-Zag*, N° 607, que reproduce Manuel Antonio Román, *Diccionario de chilenismos*. Tomo v, pág. 251).

<sup>30</sup>Hoja N° 161. C. L. Contiene: Las Cocheras. Agravio de los cocheros. Los muertos y heridos en el tren expreso. Mal pago de Saúl, generosidad de David. Contrarresto, Bondad de Jesús. *Bernardino Guajardo*. Impreso por P. Ramírez, Echaurren 4.

<sup>31</sup>*Jerjel*. "Individuo que anda con vestido roto y andrajoso" (Manuel Antonio Román, *Diccionario de chilenismos*, Tomo III).

<sup>32</sup>Hoja N° 78. C. L. Contiene: El asesino Cesáreo Santos. Fusilamiento del asesino del Presidente de Francia. Mal pago de Saúl. Generosidad de David. Las cocheras. Agravio de los cocheros. Los muertos y heridos en el tren expreso. *El Poeta Popular mejor de todos*. (Bernardino Guajardo).

Les dicen: —Allá veremos cómo al invierno se avienen, si el agua y los fríos vienen usando de sus extremos, y entonces quizás seremos de nuevo otra vez llamados, para ser remunerados con sueldo más lucrativo, y están, por este motivo, *los cocheros, agraviados.*

Si por algún accidente se desrielase algún carro, tendrán que andar por el barro mojadas hasta aquí enfrente, y si dan diente con diente los cocheros se reirán; así es que las dejarán en el mayor abandono, porque ellos, llenos de encono, *con las cocheras están.*

Habla un cochero maldito, de las muchachas decentes, que no son inteligentes ni para tocar el pito, y en cualquier conflicto apuradas se verán; los rotos no dejarán de ponerles malos nombres, porque en los trabajos de hombres, *ellas a ocuparse van.*

En los hombres es torpeza que anden con pleitos o riñas, culpando a las pobres niñas y disculpando a la Empresa; ella es la que se interesa en botar a sus empleados; han creído, mal informados, que ellas se van a ofertar, por quedar en su lugar, *y ellos serán desechados.*

Por último, caballeros, no importa y lo mismo da, si uno conducido va por cocheras o cocheros, si todos los pasajeros

pueden marchar libremente, dando lo correspondiente del pasaje que se ponga, y que la Empresa disponga lo que era conveniente.

## 25. EL REFRAN DE LAS CONDUCTORAS SANTIAGUINAS<sup>83</sup>

*Hoy día, para desdicha, las conductoras están, pegando con el refrán: señores, no tengo ficha.*

Si alguno sube resuelto al carro y pasa un cinco, la conductora da un brinco, y dice: —No tengo vuelto. Como son de talle esbelto nunca nadie se encapricha; alegre dijo un *bachicha* a su querida consorte: —Es de moda los recortes, *hoy día, para desdicha.*

La que se encuentra muy lerda no gana una buena torta, y la que es hábil recorta hasta que más no se acuerda. Ninguna esperanza pierda porque recortando irán, siempre ideando su plan, no con mucha precaución; aprovechando ocasión *las conductoras están.*

Una conductora dijo que del recorte tenía cien pesos, y que quería poner, con despacho, al hijo. —Por plata yo no me aflijo, repetía con afán. Como en viento en popa van recortando con deseo, y de continuo las veo *pegando con el refrán.*

Otra dijo: —También quiero una casita comprar,

<sup>83</sup>Hoja N° 281. C. L. Contiene: El niño que se enredó en el globo. El crimen de la calle San Isidro. Un español mata a su mujer. El refrán de las conductoras santiaguinas. La mujer del pobre. La canción de la morena. *Adolfo Reyes.*

a fuerza de recortar  
 las fichas del pasajero.  
 Otras van, con el cochero,  
 a la fonda, a beber chicha,  
 y así, por esta dicha,  
 lo pasan como la parra,  
 y después dicen, *cucarras*:  
 —Señores, no tengo ficha.

Al fin, diré como poeta,  
 que dice siempre la verdad,  
 para peor barbaridad  
 han encontrado otra treta.  
 Su eficacia ha sido neta,  
 ha sido, lector, explico,  
 porque llenan el bolsico  
 y en contra alzo mi voz;  
 procuran cobre de a dos,  
 por quedarse con un chico.

26. VERSOS A LA MUGRIENTAS CONDUCTORAS DE CHILLÁN<sup>34</sup>

*En Chillán las conductoras  
 son chinas muy indecentes,  
 en lo atrevidas y cochinas  
 no encontrarán competente.*

Si sube algún pasajero,  
 aunque sea varonil,  
 le dicen de una hasta mil  
 con genio muy altanero.  
 Sea pobre o caballero  
 lo insultan como unas loras,  
 porque para peladoras,  
 ni las de la orilla del río;  
 tienen ese poderío,  
 en Chillán, las conductoras.

Les pongo a *Las Veinticuatro*  
 que es Clara Rosa Muñoz,  
 como esta china no hay dos  
 según lo que yo relato.  
 Esta mujer, en su trato,  
 es una bestia indecente,  
 para insultar a la gente  
 me parece que habrá pocas,

y por ser lenguas tan locas  
*son chinas muy indecentes.*

*La Nueve*, Natividad  
 Ortiz, es su apelativo,  
 a un joven distinguido  
 díjole *barbaridá*.

Esta lo pasa *embriagá*  
 y metiendo mil bolinas,  
 porque esta clase de chinas  
 son todas recortadoras,  
 y todas las conductoras  
*son atrevidas y cochinas.*

Si alguna señora honrada  
 sube al carro y no pregunta,  
 la conductora la insulta  
 hasta dejarla callada.  
 Y si la gente, enfadada,  
 les dice: —Sois insolentes.  
 Ella sale de repente:  
 —Usted es una entrometida.  
 Estas chinas atrevidas  
 no encontrarán competente.

Por fin, esa clase de gente  
 las habían de botar,  
 y así podrían entrar  
 otras niñas más prudentes.  
 Se ahorraría, que frecuente,  
 en los carros haya bullicio,  
 tales mujeres son perjuicio  
 para el pobre y para el rico;  
 cuando abren el hocico  
 ni a su jefe le hacen juicio.

NOTA. Al hablar de las conductoras de Chillán, no lo hago de *La Dieciséis*, Nieves Palma, porque ésta sabe captarse las simpatías del público chillanejo.

27. VERSOS DEDICADOS A LAS CONDUCTORAS PORTEÑAS<sup>35</sup>

*Del Puerto, varios porteños  
 me han pedido, sin demora,  
 de que les haga un versito  
 a las tales conductoras.*

<sup>34</sup>Hoja N° 671. C. A. Contiene: Desgracia en Talcahuano. Gloria a los mártires de Talcahuano. Muertos y heridos. Verso a las mugrientas conductoras de Chillán. El jardinero de amor. La lagartija insolente. Penas del amor. *Felicito Martínez, Poeta popular.*

<sup>35</sup>Hoja N° 463. C. L. Contiene: Versos dedicados a una amiga. Versos por la historia de Carlos Magno y el combate de Olivero con Fierabrás. Versos de literatura. Versos dedicados

*La Chola Número Tres*,  
por lo necia y sinvergüenza,  
la voy a dejar en prensa  
para la segunda vez.  
Yo no sé con qué interés  
enamora con empeños,  
suele dormir muchos sueños  
con los *zancudos*<sup>36</sup>, advierto,  
y me dicen que esto es cierto,  
*del Puerto, varios porteños*.

*La Veinte*, la paperienta  
está con *El Carrilito*,  
furiosa más que un maldito  
y picada con la imprenta.  
Para sacarle la cuenta  
no me tardo media hora,  
con mi pluma revisora,  
si la vista no me engaña,  
que yo les cuente sus mañas  
*me han pedido sin demora*.

A la tal boca de *chilla*  
que tiene *Número Trece*,  
trata como once meses  
con un *Judas*, esa chiquilla.  
Pero si el otro la pilla  
le cascará ligerito;  
yo con un tono maldito  
cuento lo que me dijeron,  
y de que a mí me pidieron  
*de que les haga un versito*.

*La Copucha y Poto Mochó*,  
yo las pillé enamorando,  
en el carro iban *lachando*  
los mismos que un *Dieciocho*.  
Y por si otra vez las *rocho*,  
ocúltense bien, señoras,  
si quieren ser ganadoras  
en un oscuro rincón;

les doy esta reprensión  
*a las tales conductoras*.

Al fin *La Sesenta y Uno*  
que llaman la *potestosa*,  
es muy coqueta y mañosa  
tal como la Diosa Juno.  
Con las que me desayuno  
es con *La Cincuenta y Nueve*;  
*La Veintiocho* me conmueve  
que es la tal pico de loro;  
cuento, y nada me demoro,  
el hecho, porque se pruebe.

28. VERSO DEDICADO A CINCO CONDUCTORAS TALQUINAS<sup>37</sup>

*Cinco bellas conductoras  
de la Empresa talquina,  
por lo sucias y cochinas  
cuál de ellas es más corredora*.

*La Ocho* es la Ana Luisa,  
muchacha bien elegante,  
de los cocheros amante  
por lo diabla y lo *chusquiza*.  
Su cara llena de risa  
la verán a todas horas;  
como avejillas canoras,  
cantando, zalagardeando;  
hacia sus carros, charlando,  
*cinco bellas conductoras*.

*La Quince* es la Regalinda,  
hermana de la primera,  
también sigue la carrera  
de la otra que le brinda.  
Porque a ella se le rinda  
el *Judas*, pues se le inclina,  
y parece que se empina  
esta mula redomona;

a Manuel Antonio, poeta talquino. Versos dedicados a las conductoras porteñas. La miseria en Tarapacá: Robos y motines en Iquique. *Daniel Meneses, Poeta Nortino*, calle Zañartu N° 9, entre San Pablo y Sama, Imp. Cervantes.

<sup>36</sup>*Zancudo*. "Inspector de tranvías que galantea a las conductoras, porque van como zumbando en el oído, a semejanza del zancudo o mosquito" (Manuel Antonio Román, *Diccionario de chilenismos*, Tomo V). Posteriormente se les denominó *serruchos*.

<sup>37</sup>Hoja N° 314. C. A. Contiene: El cabo de Constitución que se mató por el amor. Corred a las urnas el día de las elecciones. Contestación al gran poeta talquino Pedro José Rojas, contrarrestado. El contrarresto. Al mismo poeta Pedro, alias *El Galo*. Versos dedicados a cinco conductoras talquinas. *Rosa Araneda*.

es peor que vaca bramona  
de la Empresa talquina.

La Zoila es número Cinco,  
de un carácter atractivo,  
más parece vomitivo  
la zamba, al pegar un brinco.  
No crean que me les hincó  
a esta comparsa de chinas;  
son una plaga de ruinas,  
creármelo que es verdad,  
infectan a la ciudad  
por lo sucias y cochinas.

La Once es la Rosalía,  
lo que no pueden creer,  
es por su mal proceder  
estampa de la herejía.  
Esta suija, día a día,  
habla imitando a una lora;  
con mi pluma revisora  
les voy a poner la plancha,  
y al sacarlas a la cancha  
cuál de ellas es más corredora.

Al fin, la Juana María,  
La Seis, chei del inspector,  
conoce bien el lector  
por su lujo y fantasía.  
Si acaso él las convia  
no deben de ir al trote:  
cuando se les alborote  
y les hable del asunto,  
júntense en un mismo punto  
y les dan un buen capote.

#### 29. LA ESCASEZ DE FICHAS<sup>33</sup>

*Las fichas negras están  
en el Puerto muy escasas,  
las conductoras guapazas  
le pegan con el refrán.*

La empresa, en este asunto,  
no tendrá cabal idea,  
ya nadie viajar desea  
sino los de tarro de unto;

sobre este caso pregunto  
lo que adelante verán,  
en Santiago también van  
de merma tales señoras;  
en poder de conductoras,  
*las fichas negras están.*

Muchas veces, que de prisa  
subo a la imperial, de un brinco,  
y al pagarle con un cinco  
me dice con su sonrisa:  
La ficha no se divisa,  
se *abaja* porque me atrasa,  
y haciéndose la diablaza  
toca el timbre y da un borneo,  
y dice: —Las fichas veo  
*en el Puerto, muy escasas.*

Se valen de muchas *caulas*<sup>39</sup>  
por quedarse con la ficha,  
y en la noche, en tomar chicha,  
se ven todas estas diablazas;  
a fuerza de tantas *maulas*  
pueden comprar hasta casas;  
como son tan *pegüeñazas*  
aprovechan la ganguita,  
porque reciben platita  
*las conductoras guapazas.*

De picado saca versos,  
me dirán, las muy ladinas,  
porque se hallan en las minas  
mejores del universo;  
con ardor y con esfuerzo  
principio atacar el plan,  
conmigo no cundirán  
al ponérmeles de firme;  
por ver si pueden rendirme  
*le pegan con el refrán.*

A mis lectores, luegoito  
daré un consejo, al momento,  
*pa'* que sirva de escarmiento  
muéstrenles este versito;  
si continúan, repito,  
esquilmando siempre al pobre,  
hago que fuerzas me sobre

<sup>33</sup>Hoja N° 298. C. L. Adolfo Reyes.

<sup>39</sup>*Caula*. "Antigua forma vulgar por cábula, cábala. *Caula*, de *cóila*. Mentira, embuste (desde Talca al Sur). Derivado: *cocléro*, a, embustero, mentiroso" (Dr. Rodolfo Lenz, *Diccionario Etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Santiago, 1904, pág. 197).

a denuncios y versazos,  
daré necesarios pasos  
para que la paguen doble.

30. EL CARNAVAL DE LAS CONDUCTORAS<sup>40</sup>

*Celebran el Carnaval  
las conductoras hermosas,  
remuelen muy afanosas  
sin quitarse el delantal.*

*La Cuatro, llena de risa,  
con La Nueve, siempre van  
a remoler con afán  
pero no dejan la tiza.  
Empeñó hasta la camisa  
La Cuarenta, en el portal,  
se curó como un costal  
con el ponche y con las chichas;  
de zorzalear tantas fichas  
celebran el carnaval.*

Hasta la que zamarreó  
a Reyes, poeta nombrado,  
a su gusto se ha curado  
porque harta plata... ganó.  
También las celebro yo  
a todas las muy chismosas,  
se hacen que son las graciosas  
aunque más feas estén;  
con la pintura se ven,  
las conductoras, hermosas.

*La Tres y La Veinticinco*  
son las que más mal se portan,  
y de lo lindo recortan  
hoy día con mucho ahínco.  
Cualquier sacudón, de un brinco,  
les brinda copas sabrosas;  
así pasan, orgullosas,  
muchas veces remoliendo;  
por los recortes, comprendo,  
remuelen muy afanosas.

Con arpa, vihuela y piano,  
para los últimos días,  
seguirán con más porfía  
la remolienda, temprano.  
No ha de faltar un marrano  
del Puerto o del Almendral,  
que sea el más principal  
para que tañe las cuecas,  
y bailen las chuchumecas  
sin quitarse el delantal.

Al fin, no pasa una noche  
que no remuelan las damas,  
del amor, ardientes llamas,  
se notará sin reproche.  
Después que salen en coche  
con sus zancuditos llegan,  
en la transnochada apegan  
porque son inteligentes,  
y así, continuamente,  
con viento en popa, navegan.

31. LAS CHOCOLATERAS DE CONCEPCION<sup>41</sup>

*Las niñas chocolateras  
del pueblo de Concepción,  
al que llega a su asientito  
le roban el corazón.*

Con su limpio delantal  
y su moño a la francesa,  
parecen unas cerezas  
acabadas de agarrar;  
con todos son muy jovial,  
no siendo nunca altaneras,  
con caritas placenteras  
encantan al parroquiano,  
pero no aflojan... la mano  
las niñas chocolateras.

Al sentarse en el asiento,  
al caserito, al instante,  
con sonrisita insinuante  
le dicen en el momento:

<sup>40</sup>Hoja Nº 556. C. A. Contiene: Gran fusilamiento en Valparaíso de los reos Cubillos y Alfaro. Tristes detalles. La mujer casada con siete maridos. Las señas del Juicio. El Carnaval de las conductoras. *El Tamayino*, Imprenta Albión, San Diego 45-B.

<sup>41</sup>Hoja Nº 661. C. A. Contiene: Terrible asesinato en Arauco. El marido que mató a la mujer y los dos hijos en Arauco por casarse con una india. Contestación del Huaso. Las chocolateras de Concepción. Astronomía estelar. El sol y sus planetas. Nuevo contrapunto del futre con el huaso. El Juicio Final. *Juan Carrasco Tenorio*.

—Chocolate suculento,  
en una gran proporción,  
tendrá usted, sin dilación,  
para que no eche en olvido,  
el cariño recibido  
*del pueblo de Concepción.*

Quince centavos, algunas  
le cobran por la tacita,  
y se hacen las muy benditas  
cuando son unas torunas;  
mirarlas, sin duda alguna,  
parecen San Antoñito,  
de palmito tan gordito,  
con tanto cinco tirar,  
que hacen siempre aflojar  
*al que llega a su asientito.*

Si conversación te mete  
mientras tomas un café,  
es porque han creído que  
tú llegas ahí de *prete*;  
cual si fueras un zoquete  
te dan a ti un apretón,  
tratándote de simplón,  
y al que no es muy entendido,  
con arte del Dios Cupido  
*le roban el corazón.*

Por fin, para no ofender  
a tanta niña bonita,  
que me disculpen toditas  
es lo que puedo querer;  
por si un día he de volver  
a este pueblo tan precioso,  
no me llamen veleidoso,  
y al pedirles yo café  
me digan: —No hay para usted,  
su pedazo de chismoso.

32. VERSOS DEL VAQUERO<sup>42</sup>

*Póngale gente a la loma  
y peones por todo el cerro,  
no sea que venga el perro  
y hasta el cocavín le coma.*

En tiempo de primavera  
es la diversión del huaso,  
con el cuchillo y el lazo

se divierte en la pradera.  
En jardín y en cordillera  
nota el vaquero su idioma;  
todos sus pertrechos toma,  
derribando el monte en paz,  
y le dice al capataz:  
—*Póngale gente a la loma.*

Año por año paseo,  
dice el huaso en las campañas,  
y cuento buenas hazañas  
cuando salgo a un rodeo.  
Para mí es todo el recreo  
cuando en el monte me encierro;  
viendo un animal sin hierro  
que se fuga del ganado,  
le pongo el caballo al lado,  
y *peones por todo el cerro.*

Ya cuando sale la gente  
a un punto montañoso,  
en el morro más fragoso  
se conoce el que es valiente.  
Yo llevo la sangre ardiente  
corriendo en aquel destierro;  
más bien los ojos los cierro  
gritando por un rodado:  
—¡A correremos el ganado,  
*no sea que venga el perro!*

Yo soy aquel *campañisto*  
que habita en el alto del morro;  
me acompaña el león y el zorro  
y en mi sociedad persisto;  
a mí me tienen muy listo  
ya cuando el lucero asoma,  
monto en mi yegua *Carcoma*  
y le grito en el alambre:  
—No venga el perro con hambre  
y *hasta el cocavín le coma.*

Al fin, viendo el invernado  
con sus silvestres candores,  
como en un jardín de flores  
se divierte el hacendado.  
Hace bajar el ganado  
de la cumbre más *selvana*;  
corrí toda la semana  
en el corral, dice el huaso;

<sup>42</sup>Hoja N° 103. C. L. Contiene: Fusilamiento de los reos Salas y Belmar. La mujer celosa  
Versos del Vaquero. Literatura. José Hipólito Cordero.

traigo el toro a perro y lazo  
del morro de *La Campana*.

33. REDONDILLA AMOROSA DE LA FIES-  
TA DE SAN JUAN<sup>43</sup>

Da gusto los machalinos  
en sus caballos que van,  
cuando corren en San Juan  
aturdidos con los vinos;  
bajan tantos campesinos  
a toda voces vivando;  
dicen: —Vamos celebrando  
al santo, el dichoso ser;  
*pero más me gusta ver  
a los cantores cantando.*

Da gusto ver a los huasos  
de una manera tan rara,  
agrupados en la vara  
que casi se hacen pedazos;  
se dan tantos estribazos  
que al fin quedan descansando,  
y después de andar topeando  
principian a remoler,  
*pero más me gusta ver  
a los cantores cantando.*

Da gusto ver a las viejas  
cuando arregladas están,  
de polvo y de solimán  
les llega a blanquear las cejas;  
para ver si hallan parejas,  
por todas partes mirando,  
se siguen aproximando  
y alegre no hallan qué hacer;  
*pero más me gusta ver  
a los cantores cantando.*

Da gusto ver en la fonda,  
elegante y emplatado,  
remoler a un hacendado  
en su montura redonda;  
como tirado con honda  
es cuando se halla brindando.

alegre, zalagardeando,  
con una bella mujer;  
*pero más me gusta ver  
a los cantores cantando.*

Al fin, me da qué gusto,  
en esas vastas campiñas,  
ver los jóvenes y niñas  
cuando suben al cerrito;  
buena cosa si es bonito  
verlas cuando están bailando;  
los tañadores tañando  
sin poderse contener;  
*pero más me gusta ver  
a los cantores cantando.*

34. FAMOSO RODEO DE ACULEO<sup>44</sup>

En octubre es el rodeo  
que se desechan las penas,  
se ven correr bestias buenas  
en el lugar de Aculeo;  
caballeros, con deseo,  
vienen con dicha y placer,  
porque les da gusto ver  
los huasos de mejor rienda,  
divirtiéndose en la hacienda  
de don Miguel Letelier.

Entraron a la medialuna  
cuatro, cinco y seis cuadrillas,  
viudas, casadas y niñas  
en casa no queda ni una;  
sale la yegua *Fortuna*  
y el caballito *Lucero*,  
que van a ser los primeros  
en la correteadura;  
espuela, bota y montura  
buen chamanto y buen sombrero.

Allá va, allá va, allá va,  
va diciendo el compañero,  
él va firme como acero  
para hacer su linda *atajá*,  
de ahí lo vuelve *p'atrá*

<sup>43</sup>Hoja Nº 9. C. L. Contiene: Desgracia. Asesinato en el Choapa. Una hija que mata a la madre. Contiene además: Versos a lo divino. San Juan y María al pie de la Cruz. Desgracia. Asesinato en el Choapa. Una hija que mata a la madre. Una lección a la mujer. *Rosa Aranedo*, calle de los Andes Nº 11-A.

<sup>44</sup>Hoja sin número. C. L. Contiene: Famoso rodeo de Aculeo. Un animal con dos astas. Versos de amor. Versos de esquinazo para una linda muchacha. *Raimundo Navarro Flores*, *Poeta Popular Campesino*.



y muy pronto se manea;  
huacha fiera, huacha fiera,  
la va apurando de atrás;  
le dice hasta aquí no más,  
cuando llega a la bandera

Le da envidia a los patrones  
de ver correr sus empleados,  
piden caballo ensillado  
que también son algo peones;  
ellos corren a talones  
*pa'* que vean que tienen bueno;  
un gran toro y no ternero  
les entrega el capataz;  
usan lindas *cabezás*,  
chicote, rienda y buen freno.

Al fin salen a almorzar,  
ya se les llegó la hora,  
se van donde las cantoras  
muy felices a cuequear.  
Ahí se ponen a gastar  
porque andan trayendo platita;  
niñas elegantes y bonitas  
suelen abrazar, a veces;  
ellas dicen: —No me bese,  
porque nos ve la mamita.

35. EL GENERAL PILILO<sup>45</sup>

Es el chileno rotito  
un soldado sin segundo,  
considerado en el mundo  
como un bravío torito;  
tan humilde y calladito,  
cuando la Patria lo llama,  
huele, bufa, escarba y brama  
y es capaz, como guerrero,  
de comerse el mundo entero,  
desde el hueso hasta la rama.

Quien va al campo y lo divisa  
con culero y con ojota,  
¡qué va a creer que es el patriota  
que a su patria inmortaliza!  
el huaso a quien nadie pisa  
y a quien nadie pone a raya,  
el que vence en la batalla

al más temible adversario,  
el roto, en fin, temerario,  
de poncho largo y chupalla.

Este huasito simplón,  
más mansito que una tagua,  
fue el que se abrió, en Rancagua,  
paso por sobre el cañón;  
el que salvó a su nación  
combatiendo en Chacabuco,  
el que a puñal y trabuco  
y en lanchas tomó a Valdivia,  
plaza española y anfibia  
que más nos metía cuco.

36. SUSPIROS DE UN HUASO<sup>46</sup>

*¡Ay, quién pudiera tener,  
ay, quién pudiera encontrar,  
un caballo en que montar,  
una pampa en que correr!*

Nací en un pobre pajero  
en una noche de invierno,  
y mientras que estuve tierno  
mi solo abrigo fue un cuero;  
después me lancé al potrero,  
y desde el amanecer,  
me ponían a barrer  
hasta la noche, en ayunas;  
y una bonita fortuna,  
*¡ay, quién pudiera tener!*

Después cuando fui creciendo  
me llevaron al arado,  
me llevaba al sol, parado,  
y a veces hasta lloviendo;  
cuando ya fui conociendo  
lo que era el arte de amar,  
me comencé a enamorar  
de una morena muy sapa;  
y una novia rica y guapa  
*¡ay, quién pudiera encontrar!*

Jamás nunca me quejé  
de mi espantoso destino,  
si yo no hice un desatino  
Dios sólo sabe por qué;  
parece que dormí en pie

<sup>45</sup>Hoja N° 399. C. L. Contiene: Los tres asesinados en el Camino de Cintura. Quejas de un soldado. Amor convenido. Suspiros de un huaso. Tonada de un enamorado. Los dos besos. El General Pililo. *Rolak* (Rómulo Larrañaga).

<sup>46</sup>Hoja N° 399. C. L. *Rolak*.

desde cuando empecé a andar;  
 nunca pude descansar  
 ni guarecerme del frío,  
 y ¡ay quién tuviera, Dios mío,  
*un caballo en que montar!*

Después al fin me casé  
 y hartas penas he sufrido,  
 nunca fui correspondido  
 aunque yo bastante amé;  
 prisionero me encontré  
 en las redes del deber,  
 con hijos y con mujer  
 y sin cobre en la cartera;  
 ¡ay, Dios mío, quién tuviera  
*una pampa en que correr!*

Pero es mi vida, ¡canasto!,  
 un tejido de amarguras,  
 nacen unas criaturas  
 sólo para comer pasto;  
 yo me siento que me aplasto  
 con tantas obligaciones;  
 si tuviera mil doblones  
 me los tomaría en chicha,  
 y a la más grande salchicha  
 la agarrara a mordiscones.

### 37. LOS HUASOS EN REMOLIENDA<sup>47</sup>

*Póngale chicha a mi yegua  
 y aguardiente a mi caballo;  
 delen vino a la cantora  
 hasta que canten los gallos.*

Llegaron unos dos huasos  
 a una fonda a remoler  
 diciendo: —Quiero, mujer,  
 una docena de vasos.  
 Se cruzaron a chopazos  
 tomando vino Panquehua;  
 a ese lugar de Codehua  
 sólo a remoler venían,  
 y a las niñas les decían:  
*—Póngale chicha a mi yegua.*

Continuaron la jarana  
 todos muy puestos de espuelas,

quebrando arpas y vihuelas  
 con las modernas y ancianas  
 unas y otras *sinjurianas*  
 ejercían y detallo;  
 uno he ellos, donde me hallo,  
 cuando les dijo así:  
 —Me darán jerez a mí,  
 y *aguardiente a mi caballo.*

Después de una pelotera  
 formalizaron de azotes,  
 los pencazos como mote  
 zumbaban de tal manera;  
 llama al juez, la ventera,  
 afligida a esa hora;  
 el auxilio sin demora  
 se presenta a punto fijo,  
 y un guardián, con gracia, dijo:  
 —*Delen vino a la cantora.*

Tirando por resbalosa,  
 charlando con mucho empeño,  
 en seguida, bailes serios,  
 pidieron con mucha prosa.  
 —Tengo una yegua barrosa,  
 dijo el de sentido fallo;  
 de bailar tenemos callos  
 por ser de tan buena raza,  
 no nos vamos de esta casa  
*hasta que canten los gallos.*

Al fin, con mucha embriaguez,  
 pelean los huasamacos,  
 le pegaron a los pacos  
 y atropellaron al juez;  
 por ser la primera vez  
 la nueva ley los ampara;  
 la diversión fue tan rara,  
 tomando con desacato,  
 echaron abajo el teatro,  
 hicieron tiras las varas.

### 38. CONTRAPUNTO ENTRE EL HUASO Y EL ABOGADO<sup>48</sup>

A casa de un abogado  
 llegó un día un litigante,  
 porque un pícaro tunante

<sup>47</sup>José Manuel Pobletty, *El huaso o la carcajada*. Imprenta y Enc. Penquista. Comercio 900, Santiago, 1905.

<sup>48</sup>Hoja N° 457. C. A. Hoja *El roto chileno* N° 9. Contiene: La mujer enterrada viva por el marido. El niño de tres años que mató a otro niño. El angelito (a lo divino). Ayes de amor. Contrapunto entre el Huaso y el Abogado. *José Arroyo*.

a pagarle se ha negado.  
De lo que le había prestado  
le hizo un retrato fiel,  
de todo el préstamo aquel,  
y le mostró el documento;  
dijo el letrado al momento:  
—Entonces se jode él.

Pero, señor, es el caso,  
como él lo puede jurar,  
no tiene cinco que pagar,  
le dice al letrado el huaso.  
Por eso yo he dado el paso  
de ocurrir a su *mercé*,  
a que me diga qué haré  
en trance tan apurado;  
y le replica el letrado:  
—Entonces se jode *usté*.

Pero es muy rico el papá  
y es un señor delicado,  
viendo a su hijo demandado,  
yo creo que pagará.  
El hijo no negará  
lo que dice este papel,  
y el padre, aunque sea cruel,  
cancelará al fin la fiesta;  
y el letrado le contesta:  
—Entonces se jode él.

Pero el deudor me ruega  
que a su padre no le avise,  
porque en tal caso, me dice,  
hasta la firma me niega.  
Y el miserable me agrega  
que se iría a Santa Fe,  
con que, mi doctor, ya ve  
que el caso no es tan sencillo;  
y replica el doctorcillo:  
—Entonces se jode *usté*.

El huaso, con mala cara,  
del modo de contestar,  
se quiso mandar mudar,  
pero el letrado se para.  
Y exigió que le pagara  
el litigante a su vez;  
el huaso, con altivez,  
al instante replicó:  
—Se jode él, me jodo yo,  
y nos jodemos los tres.

39. EL HUASO<sup>49</sup>

*Este fue un huaso, señores,  
que aquí a Santiago llegó,  
a un guardián le preguntó:  
—¿Dónde hacen aguas mayores?*

De la hacienda de *Las Machas*  
salió este roto pequeño,  
pero traía en el tren  
olor a peras borrachas;  
se juntó con dos muchachas  
de muy bonitos colores;  
decían los conductores:  
este va a lograr su intento,  
y por avanzar mi cuento  
*este fue un huaso, señores.*

Donde venía embarcado  
este roto silvestrillo,  
en los mismos calzoncillos  
venía todo averiado;  
a las dos niñas del lado  
buen perfume les echó;  
una de ellas malició  
aquel olor majadero,  
y era el roto naranjero  
*que aquí a Santiago llegó.*

Preguntó en la capital  
a un jefe que vio de luto,  
y el empleado dijo: bruto,  
esta es la Estación Central.  
Señor, yo le pago un real,  
dijo el huaso y lo miró,  
en dónde descanso yo  
porque soy de los simplones;  
dónde lavo mis calzones,  
*a un guardián, le preguntó.*

Se echó a reír el guardián  
y lo encaminó a la puerta,  
y con una vieja tuerta  
quedaron en un afán;  
él, luego le formó un plan  
y le entregó sus amores;  
luego un ramito de flores  
ella le dio por idea,  
y él decía, en la Alameda:  
*—¿Dónde hacen aguas mayores?*

<sup>49</sup>Hoja N° 108. C. L. Contiene: La niña espirituada. Literatura. Brindis de Briceño. El mundo diferente. El huaso. *Hipólito Casas-Cordero*.

Al fin, el soldado Encina  
encontró a este marranudo,  
pero andaba más *urudo*,  
que una vaca mendocina;  
en donde está la letrina  
dijo, señor, por los diablos;  
en buena razón le hablo  
decía con ligereza,  
y fue a sacar la cabeza  
a la cárcel de San Pablo.

40. ¡EL HUASO QUE ENLAZO EL TREN  
EN LA LÍNEA DEL NORTE!<sup>50</sup>

*De la estación de Tiltil  
salió un rotito pequén,  
y al encuentro le salió  
y le plantó el lazo al tren.*

Un mocito campesino  
entró a gustar a un despacho,  
pidiendo chicha en un cacho,  
apuntando a lo cuadrino,  
en un caballo flentino  
que lo llamaba *El Fusil*;  
de ponche pidió un barril  
y sirvió a sus semejantes,  
que eran niñas elegantes  
de la estación de Tiltil.

Remolió en dicho negocio  
este huaso que menciono;  
él se daba mucho tono,  
que al contar es misterioso.  
Dijo: —Yo me llamo Ambrosio,  
y vengo de Pelequén,  
si esto dudan y no creen,  
lo pruebo con mis vasallos;  
a enlazar el tren, de gallo,  
*salió un rotito pequén.*

En voz dijo aquel maldito:  
—Tengo plata y producciones  
y un cabestro, en mis *corriones*,

que dice: “Diablo” clarito;  
lo voy a probar luego  
en un toro que bramó,  
por ver qué diablo soy yo,  
decía ahí, pololeando;  
la máquina iba pasando  
y al encuentro le salió.

Mucho se admiró la gente  
al verle su facha y pompa,  
y a la máquina la trompa  
le fijó ligeramente;  
se encontró muy competente  
y de éste hacían desdén;  
en el mismo acto lo ven  
que salió como una fiera,  
y emprendió a toda carrera  
y le plantó el lazo al tren.

Señores, les conté yo  
del tren y de este malvado,  
que por haberlo enlazado  
media cuadra lo arrastró;  
el lazo se le cortó  
por milagro del Eterno;  
si yo a decirles me interno  
es por bien que lo he sabido;  
infieren que éste habrá sido  
el Demonio del Infierno.

41. AVENTURAS DE UN HUASO<sup>51</sup>

*Pasa, chochón tu camino,  
vuelve mañana por sal,  
a la cueva de Salamanca,  
brujo, en traje de animal.*

Llegó un huaso de Carén,  
de esos de huámparo y lazo,  
gracejo como un payaso  
pero apuntado muy bien;  
hablando no sé con quién  
el hombre no perdió el tino;  
le tocó como adivino  
topar al gobernador,

<sup>50</sup>Hoja Nº 109. C. L. Contiene: Espantoso suceso en la fábrica de cartuchos. ¡El huaso que enlazó el tren en la línea del norte! Padecimiento de Job. Discordia entre los partidos. La gran lucha del chileno con el argentino en Aconcagua. José Hipólito Cordero, Echaurren 105.

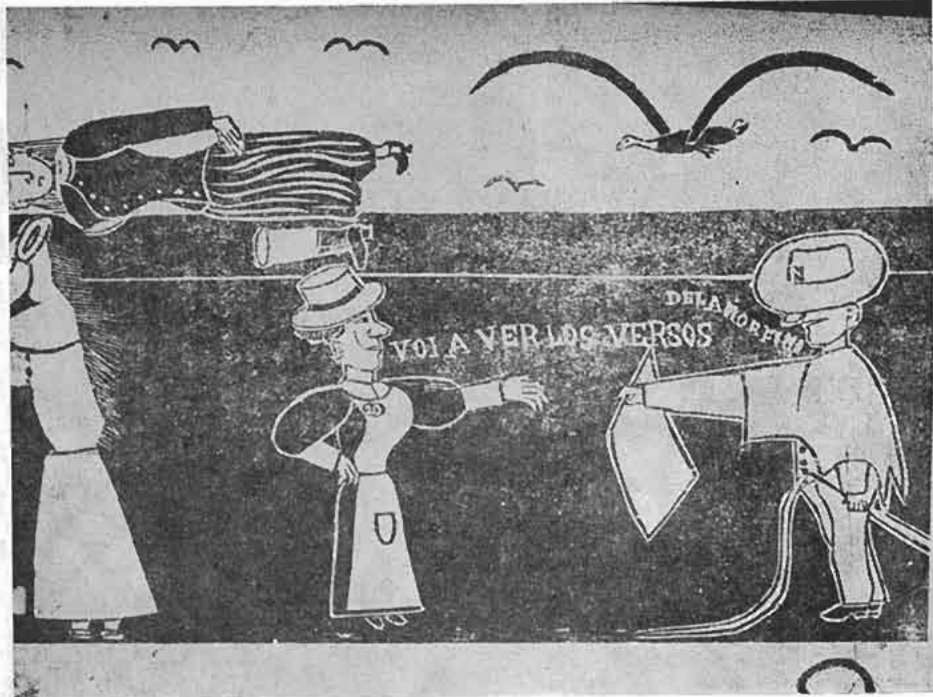
<sup>51</sup>Hoja Nº 164. C. A. Contiene: Dos reos condenados a la pena de muerte por el saqueo en Viña del Mar. La gran sierpe cascabel que apareció en Yumbel. Pacto descubierto en la Argentina contra Chile. El Coipo y la Rana. Aventuras de un huaso. El cantor Palo Sero. El prisionero de amor. La escasez de las fichas. Adolfo Reyes.



El caballero pegado en el caballo en Curupio.

La hija que arrastró del pelo a la madre por no dejarla casarse.

Versos de José Hipólito Cordero.



Doralisa destrozada por un asesino.

Verso de José Hipólito Cordero.

(En el grabado, una conductora, con su atuendo característico, se dirige al poeta vestido de huaso, diciendo: "Voy a ver los versos del amor fino".)

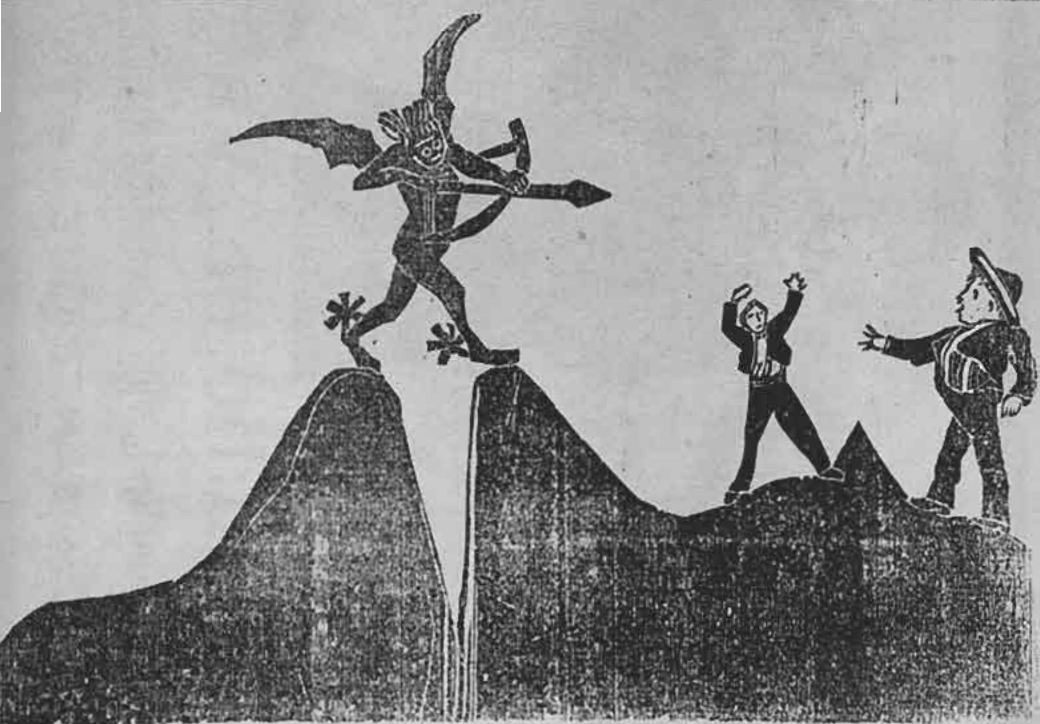


## HORRIBLE VENGANZA

UN AMANTE MUERTO POR SIETE MUJERES

Verso de El Tamayino.

# EL HUNDIMIENTO DEL CERRO NEGRO



## APARICION DEL DIABLO

El hundimiento del Cerro Negro. Aparición del Diablo.  
Verso de *El Loro* (Nuevo poeta).



# Barbaro Suicidio en Valparaiso

La niña que se quitó la vida clavandose 8 alfileres

POR CAUSA DE SU AMANTE QUE LA TRATABA MAL



y le dice, por mejor:

—*Pasa, chochón tu camino.*

Después se *dentró* al juzgado  
pidiendo vasos de a peso,  
mira, huaso, bruto, leso,  
le respondió el juez letrado.  
¿Sabes con quién has hablado?  
y ahí se queda formal,  
y si te parece mal;  
entonces le dijo el huaso:  
—Si yo te agarro a pencazos  
*vuelve mañana por sal.*

El juez letrado llamó  
al punto a don Pablo Aliste,  
por si éste se resiste  
a la cárcel *meteló*;  
muy luego lo malició  
y entonces agarró una tranca,  
le hizo retucar el anca  
de un garrotazo a don Pablo.  
—Anda, que te libre el Diablo,  
*a la cueva de Salamanca.*

El huaso salió hacia afuera  
y se lanzó como un rayo,  
montando luego a caballo  
en su linda yegua overa;  
él dijo: —De esta manera,  
yo la voy sacando mal.  
Arregló el lazo al pehual,  
y al cabo de guardia enlazó,  
diciendo: —Te llevo yo,  
*brujo, en traje de animal.*

Por fin, por una vereda,  
ligero encontró a su suegro,  
iba viendo burros negros  
cuando llegó a la Alameda;  
decía: —Si éste se enreda  
lo mando donde los moros;  
y con todo su decoro  
vean lo que le pasó,  
del chopazo que le dio  
le hizo cagar plata y oro.

#### 42. EL MINERO<sup>52</sup>

*Hombres de artes y oficios  
no hay quien le iguale al minero,  
es a todos superior  
y es el primer tesorero.*

En la solitaria sierra  
oculto se halla el tesoro;  
la plata, el cobre y el oro  
que enriquecen a la tierra;  
el minero, a viva guerra,  
y a costa de sacrificios,  
descubre con artificios  
lo que tan oculto está;  
díganme si no es verdad,  
*hombres de artes y oficios.*

A muchos un temporal  
suele pillar en la mina,  
siempre sucede tal ruina  
en un rico mineral,  
y en donde tanto mortal  
muere por ganar dinero;  
trabaja de enero a enero  
arriesgando su pellejo,  
y sólo por este riesgo  
*no hay quien le iguale al minero.*

Con su barreta, apurado,  
trabaja con fantasía,  
y pasa, día por día,  
en la tierra sepultada;  
lo que en un año ha ganado  
a costa de su sudor,  
con la vanidad mayor  
viene muy pronto a perder,  
porque para remoler  
*es a todos superior.*

En la serranía pasan  
sin temer al león terrible,  
para ellos no hay imposible,  
pues los riscos despedazan;  
las nevadas los atrasan  
cuando el invierno es severo,  
el apir o pirquinero  
jamás hace su fortuna,

#### IV. El minero

<sup>52</sup>Hoja Nº 554. C. A. Contiene: La ejecución de 5 reos de San Juan del Peral en la Penitenciaría de Santiago. Después de la ejecución. Los reos caminan hacia el banquillo. Carta de Carlos Miranda a su querida madre. El minero. Astronomía. Remedio eficaz para castigar a la mujer celosa. *El Tamayino.*

pero sin duda ninguna  
es el primer tesorero.

Al fin, estos operarios,  
que de año en año trabajan,  
en la temporada bajan  
a recibir sus salarios;  
hacen a otros millonarios,  
y ellos, los descubridores,  
después de tantos rigores,  
por no aprovechar el bien,  
continuamente se ven  
en los apuros mayores.

#### 43. EL TRABAJADOR MINERO<sup>53</sup>

*Con un barreno patero,  
después con dos seguidores,  
con dos o más acabadores  
acaba un tiro, un minero.*

Entra el minero en la mina,  
como trabajar intenta,  
da una ojeada a la herramienta  
ya la labor la examina;  
al momento se destina  
a sellarla al laborero,  
le pone contra el primero  
para poder principiar;  
luego se pone a empatar  
con un barreno patero.

Lo que no más empató,  
si la herramienta es seguida,  
pensados golpes envía  
y la dureza tanteó;  
el tañido se le oyó  
en las vecinas labores;  
son estos trabajadores  
los que la pasta arrebatan,  
pegan tan pronto que empatan  
después con los seguidores.

Del operario es tarea,  
deleita en su empuje pleno,  
quita de pronto el barreno  
toma aliento y cucharea;  
en primer caso desea  
ver sus tiros obradores,

entre aquellos inventores  
la hondura que le va a dar;  
queda un punto de acabar  
con dos más acabadores.

Por su empeño se aniquila,  
resistente, se desmanda,  
si la labor se le ablanda  
por sí insinuosa y tranquila;  
si al contrario está, la afila,  
le encarga pronto al herrero,  
que dé otro temple al acero,  
porque así no le hace cuenta;  
con poca y buena herramienta  
acaba un tiro, un minero.

Señores, por qué no avanza  
el minero en su jornada,  
cumpliendo la temporada  
se arregla de lo que alcanza.  
A cada cual su libranza  
le pagan como es verdad,  
llegando a las fondas ya  
cantan, juegan y remuelen,  
con aquel refrán que tienen:  
—¡Qué porral, el cerro lo da.

#### 44. EL ROTO PEQUEN<sup>54</sup>

*De la cordillera vengo,  
a caballo, en un pequén,  
él a pequenadas conmigo  
yo a pequenadas con él.*

A la Fonda Popular  
un día domingo fui;  
lo primero que allí vi  
tomar, jugar y bailar.  
Un cunco empezó a gastar,  
como quien dice: —Aquí tengo;  
el mozo dijo: —Convengo,  
y le miraba un culero.  
El decía: —Soy minero,  
de la cordillera vengo.

Andaba tan desaseado,  
daba tentación de risa,  
con un cuello de camisa,  
pero muy bien brochado.

<sup>53</sup>De Nicasio García. Aparece en *Los cantores populares chilenos*, de Antonio Acevedo Hernández. Editorial Nascimento, Santiago, 1933, págs. 117-199.

<sup>54</sup>Nicasio García. *Poesías Populares*. Tomo v bis, Imp. Cervantes, calle de la Bandera 78, Santiago, 1894, págs. 68-70.

Qué diremos del calzado,  
si les cuento no me creen,  
con un bastón de culén,  
bastante acondicionado;  
dijo: —Estoy recién llegado,  
*a caballo, en un pequén.*

A mí un músico me habló  
que me allegara a cantar;  
yo, por no hacerme el rogar,  
me senté y él me tocó;  
el dicho tal me atraco  
cantando como enemigo;  
me desafió, como digo,  
pronunciando mil refranes,  
entre gestos y ademanes,  
*él a pequenadas conmigo.*

Era demás pechugón,  
como pellingajo andaba,  
lo que el licor se acababa  
golpeaba luego el mesón.  
Se vindió, no era peón,  
y más roto que un *jerjel*;  
mudó el fundamento aquel  
e improvisó poesía;  
canté todito ese día,  
*yo a pequenadas con él.*

Al fin, lo que le pasó,  
al paralizar el canto,  
sobre qué pedía tanto  
el paco le preguntó;  
preso de allí lo llevó,  
y en la bocacalle nueva  
le rasgó a un futre la leva;  
de verdad, me contó el mozo,  
ahora está en el calabozo  
como pequén en la cueva.

#### 45. LOS OFICIOS<sup>55</sup>

Yo fui cargador en el Maule,  
y capitán en la guerra,  
armero en la *Ingalatierra*  
y albañil en Buenos Aires;  
cortador de teja en Paine  
y en Maipo fui zapatero.  
*'Tuve en el valle de arriero*

y en Petorca, trenzador;  
en Renca de labrador  
y en Penco fui carpintero.

En Rancagua fui escribano,  
y en Codega, pellonero,  
en Idahue, molinero,  
y en San Fernando, hortelano.  
Fui *leutor* en el Manzano  
sirviente fui en El Peral,  
fui herrero en El Principal  
y en Calorca fui minero;  
fui en las costas cucharero  
y platero en el Parral.

Intendente fui en Toquigua  
y en Coltauco fui escultor,  
en Purén fui *recetor*  
y estribero fui en Codigua;  
carretero fui en La Ligua,  
tonelero en El Armahue,  
fui guitarrero en Penciahue  
y en Doñihue fui ventero;  
fui en Guacarhue matancero,  
*titiritero en Millahue.*

Fui cantor en Melipilla  
y mayordomo en *Lo Irrazo*<sup>56</sup>  
*'tuve de peón en el Huasco*  
y vendedor en la Villa;  
bodeguero en Turquía,  
de vaquero en Pelequén,  
de capataz en Lonquén  
y dulcero fui en Las Rozas;  
fui general en Mendoza,  
y alcalalero en Chiloé.

Viva el señor don Fulano,  
almendrito florecido,  
ya le nombré los lugares  
y oficios que yo *hai* tenido.  
Muy bien habrá conocido,  
con poco deliberar,  
y si quiere examinar,  
por medio de un artificio,  
verá que de los oficios  
ninguno como el cantar.

<sup>55</sup>Verso recogido por Desiderio Lizana D. en su obra *Como se canta la poesía popular*.  
Imprenta Universitaria, Santiago, 1912, págs. 36-38.

<sup>56</sup>Lo Errázuriz.

46. LOS CUATRO DESTINOS MIOS<sup>57</sup>

*A lo arriero, cargo lazo,  
a lo minero, barreno,  
a lo chacarero, surco,  
a lo marinero, remo.*

En los tiempos de rodeo  
soy de aquellos sin coteja,  
ensillo una manca vieja,  
flaca, que no importa un *bleo*.  
Sobre a caballo toreo,  
porque soy completo huaso;  
para tomar vaso a vaso  
soy el tirado con honda;  
en mi montura redonda,  
*a lo arriero cargo lazo.*

Voy el verano a las minas,  
es por tener que contar,  
pero acostumbro el llevar  
dos docenas de gallinas.  
Trajino bien las cocinas  
y así mis maletas lleno,  
para dormir soy el bueno,  
de empuje y también sufrido,  
así es que sobredormido,  
*a lo minero, barreno.*

He sido en la agricultura  
labrador muy ponderado,  
en las partes que he sembrado  
cosecho... pero basura.  
Por tener semilla pura  
me llaman el *alicurco*;  
no me da palmada el turco  
ni otro cualquiera extranjero,  
porque yo con todo apero,  
*a lo chacarero, surco.*

En la mar he padecido  
no como otros ceniceros,  
he llevado pasajeros  
a vapores y al navío.  
Se admiran al ver mi brío,  
conocen que no les temo,  
al muelle de tanto extremo  
de gente, cómo se agrupa,  
en lancha, bote o chalupa,  
*a lo marinero, remo.*

Señores, soy un valiente,  
tengo fuerzas de gigante,  
no se me para delante  
el hombre más resistente.  
Si quieren que algo les cuente,  
llegando acá, de Petorca,  
bailé por allá una polca  
y con la china peleé;  
pregunten cómo le fue,  
si no me la quitan, me ahorca.

47. LOS OFICIOS DEL RODANTE<sup>58</sup>

Empecé de pajarero,  
diez años recién tenía,  
pero en Casablanca un día  
trabajé de almacenero;  
y también fui bencinero  
en el mismo pueblo aquel,  
yo fui mozo en un hotel  
para limpiar el servicio;  
encerando hice ejercicio  
y sacudiendo el mantel.

A tratos gané lentejas  
en la Hacienda *Poza Oscura*,  
segué trigo con soltura  
y también arranqué arvejas;  
esquilé cuarenta ovejas  
y cuatro carneros finos;  
sacando troncos de espinos  
pasé toda una *inverna*  
en cuanto hubo *veraná*  
de nuevo tomé el camino.

Yo fui *marucho* y arriero  
y también fui amansador,  
al monte fui jugador,  
fui arrenquín y carretero;  
en las minas fui minero,  
en Las Quilas, corralino;  
fui repartidor de vino,  
en Calera, concretero,  
oficial de un tintorero  
yo trabajé en un molino.

Me tomaron de alarife  
al llegar a Longotoma,  
el asunto no era broma  
y mucha viveza exige;

<sup>57</sup>Nicasio García. *Poetas Populares*. Tomo I, 3ª edición, Santiago, 1886, págs. 17-20.

<sup>58</sup>Verso de Eleodoro Montoya, cantor y poeta melipillano.

que en las señales me fije  
me decía el ingeniero;  
le puse tinca y esmero  
a la pregunta liviana,  
pero duró una semana  
y me quedé sin puchero.

48. LOS MAESTROS EMBUSTEROS<sup>59</sup>

*Atiendan, señores maestros,  
los que tuvieren oficio,  
porque a robar no más tiran  
y del alma no hacen juicio.*

Uno, de cien carpinteros,  
es en su trato, formal,  
el sastre es otro que tal,  
igual a los zapateros.  
Pasemos a los herreros  
y a los albañiles nuestros,  
no trabajando por metros  
se ayudan en lo que pueden;  
para ver cómo proceden  
*atiendan, señores maestros.*

Ganan los talabarteros,  
la plata, con dibujar,  
la obra van a entregar;  
lo mismo, los tapiceros.  
No hay en la clase de obreros  
quien no mienta con perjuicio;  
les parece beneficio  
engañar con nulidad;  
díganme si no es verdad,  
*los que tuvieren oficio.*

También de los dependientes  
y los mercachifles hablo,  
que pueden al mismo Diablo  
sacarle muelas y dientes.  
Conocen los inocentes  
si desde lejos los miran;  
otros que en licores giran,  
más es agua que licor,  
y para ellos no hay pudor  
*porque a robar no más tiran.*

La cigarrería al flaco  
lo engorda y viste de capa,  
con el *vástigo* de papa  
hace cundir el tabaco.  
El cargador, en su caso,  
tiene todo su artificio;  
el sirviente, en su servicio,  
no cumple la obligación;  
todos bailan a este son  
*y del alma no hacen juicio.*

Al fin, es justo que pida  
perdón de tanta insolencia,  
al ver que la inteligencia  
es de todos permitida.  
Muy bien que pasan la vida  
receptores y abogados,  
haciendo a unos desgraciados  
y quitándoles lo propio,  
si ven este telescopio  
quedarán desengañados.

49. UN ORADOR LIBERAL<sup>60</sup>

Mucho en un club liberal  
habló un orador ratero,  
aun llegó a decir que el clero  
era como un animal.  
Fue aplaudido, en general,  
con atronadora voz;  
de la tribuna, veloz,  
bajó a un joven decente,  
con que se topó de frente,  
y le tiró el tiro al reloj.

Después salió otro borracho  
y éste dijo en la tribuna:  
—Ver un fraile me repugna  
porque es lo mismo que un macho.  
Le dieron de chicha, un cacho,  
y medio curado, el pilló  
se bajó ya; un futrecillo  
que estaba cerca a su asiento,  
le sacó, con mucho tiento,  
un billete del bolsillo.

<sup>59</sup>Hoja N° 589. C. A. Contiene: El bandido Mendoza. La niña milagrosa de Coronel. El odio de los cuyanos. El pordiosero. Los maestros embusteros. *Bernardino Guajardo*. Impreso por P. G. Ramírez, Echaurren 4.

<sup>60</sup>Hoja N° 587. C. A. Contiene: El asalto al Club Conservador. El Pequeño comeclérigos. Un orador liberal. La máquina infernal. Más sobre la cajita. *Bernardino Guajardo*. Impreso por Pedro G. Ramírez.

En seguida, un tagarote  
dijo: —Y yo, señores, hablo  
francamente, por el Diablo,  
no por ningún monigote.  
Le cortarían el cogote  
a todo predicador,  
pidió un trago de licor  
y mientras se lo embutía,  
la concurrencia decía:  
—Viva, viva el orador.

Un basurero roto  
llegó y pidió la palabra,  
y dijo: —Mucho me labra  
lo que miente un religioso.  
Luego otro facineroso,  
que no importaba una ficha,  
abombado con la chicha  
dijo muy enfurecido:  
—Esta, en resumen, ha sido  
la palabra más bien dicha.

Al fin, entre tanto caco  
y con tan ricos licores,  
quedaban los oradores  
más borrachos que el dios Baco.  
En cada palabra, un taco  
se echaban los concurrentes;  
discursos tan indecentes  
sólo se habrán pronunciado,  
en ese club reservado  
para los impertinentes.

#### 50. LOS PRESOS POR EL AMOR<sup>61</sup>

*Ningún chileno saltea,  
todos son trabajadores;  
no sé de dónde, señores,  
ha venido esta ralea.*

Si a San Pablo, un malhechor  
llevan, dice a los de allí:  
—Amigos, yo vengo aquí  
cautivo por el amor;  
nunca he sido salteador  
ni Dios lo quiera que sea;  
hablando sobre esta idea

decía un pillo a otro pillo:  
—Sin revólver ni cuchillo,  
*ningún chileno saltea.*

Otro dijo: —Yo estoy preso,  
también, por haber amado  
a un buen caballo ensillado,  
y nada más que por eso;  
si otros crímenes confieso  
serán mis penas mayores;  
así es que no hay malhechores  
entre la gente ordinaria,  
porque en la *Penitenciaria*  
*todos son trabajadores.*

Otro dijo: —A mí me dan  
de ladrón muy mala fama,  
porque me prestó una dama  
una enagua y un fustán;  
si a preguntarle a ella van  
los falsos acusadores,  
conociendo sus errores  
no me seguirán perjuicio;  
inventan este artificio  
*no sé de dónde, señores.*

Otro dijo: —Santo Dios,  
yo ando con esta cadena,  
porque en una Nochebuena  
le pedí a un futre un reloj  
para ver si eran las dos;  
y se formó una pelea,  
por una extranjera fea  
que decía era su novio;  
sólo a llenarnos de oprobio  
*ha venido esta ralea.*

Ultimamente, el chileno,  
si a veces saltea y mata,  
es porque quiere la plata  
que se halla en poder ajeno;  
ser asesino no es bueno,  
sí hombre de mal corazón,  
por esta justa razón  
comprendí al homicida,  
que perdonando la vida  
se hace digno de perdón.

<sup>61</sup>Hoja Nº 595. C. A. Contiene: Salteos y asesinatos. Los presos por el amor. Captura del asesino de don Manuel Romero. La educación de los hijos. Las desgracias en el Ferrocarril. Al pie: Bernardino Guajardo. Impreso por Pedro G. Ramírez.

51. LOS ODIOSOS EN LOS CAMPOS Y EN  
LOS PUEBLOS<sup>62</sup>

*El odio en los gustadores  
se debe de tolerar,  
si no quieren ver odiar  
¿para qué venden licores?*

Si a remoler un buenmozo  
llega con plata y decente,  
se le sirve puntualmente  
aunque sea el más odioso;  
no importa que el generoso  
cometa miles de errores,  
el dueño de los licores  
se disimula y le alaba,  
por eso nunca se acaba  
*el odio en los gustadores.*

Otros con diez centavitos  
remuelen un día entero,  
no gastan este dinero  
y se van bien curaditos;  
estos son los bolseritos  
que se saben moderar  
en gastar y no en tomar;  
ellos beben más que un buey,  
lo que por ninguna ley  
*se debe de tolerar.*

A otros les dan opinión  
de atrevidos o valientes,  
y son unos insolentes  
sin rasgos de educación;  
con su torpe presunción  
llegan a prevaricar,  
empiezan a fastidiar  
y dicen: —Aquel insensato.  
No tengan casa de trato  
*si no quieren ver odiar.*

En el campo es diversión  
ver remoler a los huasos,  
a topadas y estribazos  
así es la rotulación;  
van a cualquiera función,  
entre los caballos mejores,

y cuando sus superiores  
reprenden a los pendencieros,  
ellos dicen: —Caballeros,  
*para qué venden licores.*

Señores, es maravilla  
ver pelear los odiosos,  
y que digan, de orgullosos:  
el que es minero no chilla;  
aunque en una carretilla  
le den el golpe más fuerte,  
el que es así, de esa suerte,  
amigo de blasonar,  
no deja de incomodar  
hasta que le dan la muerte.

52. POBRES GALLEROS<sup>63</sup>

*Abajo los reñideros  
ordena la autoridad,  
la Municipalidad  
arruinará a los galleros.*

Quedan sólo las carpetas  
pues dejan más que las riñas,  
donde van hasta las niñas  
juguetonas y coquetas;  
las alcancías repletas  
entregan los gariteros;  
allí muchos caballeros  
su ruina van a labrar,  
por eso mandan echar  
*abajo los reñideros.*

Las canchas y los billares  
éstas serán permanentes,  
desde que pagan patentes  
aunque son juegos de azares;  
se pueden ganar millares  
cuando hay oportunidad,  
no se consienta maldad,  
pleitos ni ningún desorden,  
mientras otra nueva orden  
*ordena la autoridad.*

Si las canchas se prohíben  
y los billares también  
arreglen un *piguchén*<sup>64</sup>

<sup>62</sup>Bernardino Guajardo. *Poesías Populares*. Impreso por Pedro G. Ramírez, Santiago, 1881, págs. 25-27.

<sup>63</sup>Hoja N° 591. C. A. Contiene: Anuncio y milagro de un profeta. Lluvia milagrosa. Pobres galleros. Súplica al Poeta Lillo. Bernardino Guajardo.

<sup>64</sup>*Piguchén*. Del mapuche peluichén, especie de vampiro. "En las provincias del Norte, *chinchel* o bodegón de poco más o menos o de mala muerte" (M. A. Román. *Diccionario de chilenismos*, Tomo IV, págs. 274-275).

los que de la usura viven,  
y verán como reciben  
más honorabilidad;  
para todo hay libertad  
y a este corrompido pueblo,  
quiere ponerlo en arreglo  
*la Municipalidad.*

Echen de empuño al garrote  
y consigan una rueda,  
y en caso que no se pueda,  
qué hará con el tagarote;  
quedarán hasta el cogote  
en sucios resumideros,  
contra dichos garroteros  
trabajan desde el principio,  
y este nuevo Municipio  
*arruinará a los galleros.*

53. SATIRA PARA LOS QUE SON  
TRAMOSOS<sup>65</sup>

*Tratan de hacer casería  
todos los que son aviesos,  
pidiendo poquito a poco  
y acaban pidiendo grueso.*

Hablaré de los tramposos  
y será muy conveniente,  
que donde meten el diente  
son como perros golosos.  
Pagan bien los embrollosos,  
la trampa del primer día,  
después siguen la porfía  
con el fiado, en adelante;  
por quebrar al negociante  
*tratan de hacer casería.*

Se portan bien, por primero,  
para poderse acreditar,  
después para no pagar  
piden como almacenero.  
Dicen: —Póngale casero  
hasta completar diez pesos,

se creen los pobres lesos  
de aquel plan tan ocurrente;  
lo hacen de continuamente  
*todos los que son aviesos.*

Igualmente, las mujeres  
son tal como yo les hablo,  
empalican como el Diabolo,  
a toda clase de seres.  
Por faltar a los deberes  
en este punto les toco,  
dirán que me he vuelto loco  
y es por rasparlos el cacho;  
llega la ruina a un despacho  
*pidiendo poquito a poco.*

Mis sentidos les estampa  
a los pilluelos del arte,  
que claven en otra parte  
cuando a uno le hacen la trampa.  
El pedido no escampa,  
engañando con exceso,  
beben a todo pescuezo  
a costilla de otro pobre;  
principian por ficha y cobre,  
*y acaban pidiendo grueso.*

Al fin, en este ejemplar,  
esta verdad se comprueba,  
al que le toque esta breva  
cómase la sin pelar.  
Le tendrá que incomodar  
por el derecho e izquierdo,  
hacen lo del chanco-cerdo  
siempre esparciendo su enjambre,  
después que matan el hambre,  
si te visto no me acuerdo.

54. DAMA DE DOS POLISONES<sup>66</sup>

*Una joven elegante  
de muy raras perfecciones,  
llevaba dos polisones:  
uno atrás y otro adelante.*

<sup>65</sup>Hoja N° 117. C. L. Contiene: Espantoso crimen en Casablanca. *La niña que me compré, alivia de su pesar.* El culebrón que ahorcó a una mujer en las rayas de Mendoza. Al autorizado que les venga. Versos del Loro y la Lora. Los versos de los estafadores del pueblo de Rengo. Sátira para los que son tramposos. *José Hipólito Cordero*, calle Echaurren N° 105.

<sup>66</sup>Bernardino Guajardo. *Poesías Populares. Testamento del Poeta Popular.* Impreso por Pedro G. Ramírez, calle de Echaurren 6, Santiago, 1886, págs. 25-27.



Un *cuadrino*, de travieso  
decía: —Pobre muchacha,  
por lucir su hermosa facha  
cómo irá con tanto peso;  
el vestido era tan grueso  
como cuero de elefante,  
y un futrecillo tunante  
decía: —Quién tal creyera,  
que vista de esa manera  
una *joven elegante*.

Una madama extranjera,  
hablando con un gabacho,  
decía: —Mira el capacho  
que lleva en la trastrasera;  
si esta señorita oyera  
qué dicen los murmurones;  
las modas de presunciones  
corrompen el corazón,  
y esto pasa en las que son  
*de muy raras perfecciones*.

Otra dijo: —Yo padezco  
porque soy de sangre ardiente,  
y esta moda es conveniente  
para que me entre el fresco;  
con alma y vida apetezco  
la chasquilla y los crespones;  
de París u otras naciones  
hemos de seguir la huella,  
y para verse más bella  
*llevaba dos polisones*.

Uno dijo: —Muchas veces  
se quita el peso de atrás,  
y el de adelante no hay más  
que cumplir los nueve meses.  
¡Caramba!, ¡si tú te vieses!,  
dijo a su dama un amante,  
por tu lujo extravagante,  
que eres vanidosa pruebas,  
con los dos bultos que llevas  
*uno atrás y otro adelante*.

Al fin, en el mes de enero  
los nueve meses cumplió,  
y hecho un infante salió  
el *polisón delantero*;  
ella dijo al compañero:  
—Tú por todo te incomodas,

teatro, paseos y bodas,  
más por mí no serán vistas,  
y váyanse las modistas  
al Infierno, con sus modas.

55. EL VENTILADOR DE ATRÁS<sup>67</sup>

*Yo no aguanto el polisón,  
dijo una mujer casá,  
a las niñas les vendrá  
pa' que ventile el calor.*

La chasquilla es una moda  
y el zapato rebajado,  
que tanto les ha gustado  
y a ninguno le incomoda.  
Les parece bien a todas,  
yo no sé por qué razón;  
es tan necia la nación  
por la parte mujeril:  
dijo en mi casa un gentil:  
—*Yo no aguanto el polisón*

Hay otra cierta modita  
que bastante la han lucido;  
media vara anda el vestido  
más corto que la enaguíta;  
esa moda es muy bonita  
cuando la enagua es *planchá*,  
pero si mugrienta está  
aparenta un debajero  
que tiene el macho carguero,  
*dijo una mujer casá*.

A la que es negra le pica,  
si ve una blanca donosa,  
va y compra vinagre de rosa  
y la cara se embotica.  
La hace así la que es *curica*  
por darse algún tono más,  
y la que es *aficioná*  
de unto se cubre las cejas;  
si no les viene a las viejas  
*a las niñas les vendrá*.

Me he fijado en varias niñas  
de las que son descuidadas,  
andan trayendo plateada  
la cabeza y la chasquilla;  
y aun de lejos les brilla

<sup>67</sup>Hoja N° 540. C. A. Contiene: Drama sangriento en La Cañadilla. El ventilador de atrás. Los hijos de Caco. Versos a lo divino. *Juan de Dios Peralta*. Impreso por P. G. Ramírez. Echaurren 6.

en forma de tornasol;  
la que es *aplicá* al amor  
lo encuentra muy conveniente,  
y *pa'* la de sangre ardiente  
*pa' que ventile el calor.*

Al fin, niñas, he hablado,  
mas denme disculpación;  
lo pido de corazón  
si es que les haya faltado.  
Este sentido malvado  
que con su mala venilla  
se puso a hablar de las niñas  
pero no de las inocentes;  
hablo de las pretendientes  
de polisón y chasquillas.

56. UNA LECCION A LAS NIÑAS QUE  
NO SABEN LO QUE ES EL MUNDO<sup>55</sup>

*Cuarenta días de cama  
nueve meses de sustito,  
sufre una joven doncella  
por la cuestión de un gustito.*

A los trece o catorce años  
toda joven es altiva,  
llega a saltar para arriba  
y no ve sus desengaños;  
sola se busca sus daños  
cuando ya el tiempo la llama;  
en vivo amor se derrama,  
lo pensado ya está dicho,  
y sufre, por su capricho,  
*cuarenta días de cama.*

De primera, todo es gloria,  
después, tristeza y pesar,  
si se principia a acordar  
de la pasión ilusoria;  
maldice hasta la memoria  
y reniega del maldito;  
se desea muerte a grito,

al acudirle el dolor,  
ver que le trajo el amor  
*nueve meses de sustito.*

Le parece chancaquita  
cuando está de quince abriles,  
busca amantes por miles  
y no se le da nadita;  
después, cuando pesadita  
se ve, pone su querella,  
por si se burlan de ella  
y la deja el pretendiente;  
las penas de San Clemente  
*sufre una joven doncella.*

La pobre, como no sabe  
que tiene que padecer,  
si llega al hombre a querer  
comete una falta grave;  
pronto quiere echarse llave  
para borrar el delito;  
ve lo que es el apetito,  
o más bien dicho, la gana;  
se hace la mujer, mundana,  
*por la cuestión de un gustito.*

Al fin, cuando llega a vieja,  
es *relauchadora* y *lacha*,  
más que cuando era muchacha,  
a todos les da la oreja;  
a los ochenta se deja  
de andar buscando casorio,  
porque el tiempo vejistorio  
ya se le muestra tirano,  
y le hace llevar la mano  
a echar llave a su escritorio.

57. EL BUZÓN DE LA VIRGEN<sup>60</sup>

*La Virgen tiene un buzón  
para los amantes fieles,  
donde se escriben papeles  
al practicar devoción.*

<sup>55</sup>Hoja Nº 224. C. L. Contiene: Última sentencia firmada por el Consejo de Estado contra de Ricardo Tolorza, condenado a muerte. Una lección a las niñas que no saben lo que es el mundo. Tonadas repetidas y con relance. Versos de la vida de un rodante. La niña que se mató en Valparaíso, de sentimiento. Carlomagno. Embajada de los siete caballeros cristianos y muerte de los catorce reyes gentiles. *Daniel Meneses.*

<sup>60</sup>Hoja Nº 460. C. A. Contiene: El agenciero que mató al padre, en Talca. Últimas Noticias. Declaración de los reos Vergara (hijo), Apablaza y Meneses. Asesinato alevoso del gobernador de Nacimiento. Diez bandidos se roban cinco niñas y una casada. El buzón de la Virgen. *José Arroyo.*

Hay algunos amadores  
que escribirse no se pueden,  
porque no se los conceden  
los padres con sus rigores;  
para jurarse de amores  
no les dejan ocasión;  
destruye la religión  
la vigilancia tan recia,  
porque dentro de la Iglesia  
la Virgen tiene un buzón.

La niña que está queriendo  
hecho el corazón ceniza,  
se va con la madre a misa  
y el futre la va siguiendo;  
la chica le va poniendo,  
bajo su alfombra de pieles,  
los amorosos carteles  
donde su pasión le nombra,  
porque es un buzón, la alfombra,  
para los amantes fieles.

La bella que está cautiva  
viviendo tras de una reja,  
vigilada por la vieja  
que le prohíbe que escriba,  
puede burlar, si es activa,  
esas vigilancias crueles;  
sin salirse de sus rieles  
puede escribir veces cien,  
puesto que ya sabe bien  
donde se escriben papeles.

Por eso a tanto dandy  
se ve en la misa metido,  
pegados casi al vestido  
de alguna preciosa hurí;  
están escribiendo ahí  
o buscan contestación;  
bajo de la religión  
esos amantes en lío,  
andan buscando amorío  
al practicar devoción.

No me riña la chicuela  
porque yo, con voz certera,  
diga aquí de qué manera  
enciende el diablo la vela;  
pero el amor tiene espuela  
y monta en potro violento,  
y es un gran conocimiento

que anden en cualquiera ruta,  
el de que a la fuerza bruta  
la vence siempre el talento.

58. LOS PETARDISTAS<sup>70</sup>

## Redondilla

Petardistas han habido,  
hay actualmente y habrán,  
que visten de macfarlán  
y son bichos conocidos.  
Parecen haber nacido  
en buenas caballerizas;  
si lejos se les divisa  
parece que ricos son  
que andan con leva y bastón,  
y no tienen ni camisas.

Andan por calles y plazas  
fumando sus cigarrillos;  
y sin chico en los bolsillos  
luciendo la esbelta traza.  
Parecen de buena raza,  
tal vez de raza mestiza;  
si bien se les analiza,  
a esos futres encolados,  
se ven bien empaquetados  
y no tienen ni camisas.

Se botan, pues, a galanes,  
si ven a una niña hermosa;  
le hablan en siútica prosa  
haciendo mil ademanes.  
Pues forman miles de planes  
que da tentación de risa;  
con la decencia postiza  
engañan al forastero,  
pues parecen caballeros  
y no tienen ni camisas.

Esos futres fosforillos  
de a tres cobres el atado;  
andan con traje fiado  
y sin tener un cuartillo.  
Se doblan como un ovillo  
si el sastre cerca divisan,  
esto mucho martiriza  
a los futrecitos tales;  
parecen municipales  
y no tienen ni camisas.

<sup>70</sup>V. Castillo. *El Festivo*. Centro Editorial de la Prensa, Santiago, 1900, págs. 35-38.

Son galantes en exceso  
 los futres de pacotilla,  
 no importa que la polilla  
 les haga cargar más peso.  
*Tuesen* muy pausado y grueso,  
 y el bigote se suavizan,  
 y andan más que de prisa  
 si ven a sus acreedores;  
 parecen grandes señores  
 y *no tienen ni camisas*.

59. LOS ELEGANTES DEL DÍA<sup>71</sup>

Los elegantes del día  
 se burlan del pobre obrero,  
 y les miran altanero  
 si alguno les llega a hablar.  
 Se burlan de sus vestidos  
 porque no van a la moda,  
 y a la clase obrera toda  
 la pretenden despreciar.

Ellos salen a la calle  
 muy llenos de firulete,  
 tres pisos de sombrerete,  
 muy planchado, el paletó.  
 Con su cruzada levita  
 y con la faz descarada,  
 de matón es su mirada,  
 y el reloj se les paró.

Su chaleco es descotado  
 con cuello de media vara,  
 la corbata siempre rara  
 y bien oprimido el pie.  
 Siempre van muy perfumados  
 con su bastón revoleando,  
 y a las bellas van flechando  
 con mala intención y fe.

En los bailes y en los teatros,  
 en las esquinas y plazas,  
 luego quieren meter bazas  
 con una joven formal.  
 Y si suelen conquistarla  
 diez años me la entretienen,  
 y luego a decirle vienen  
 que no cuentan con un real.

Siempre están llenos de deudas  
 al sastre y al zapatero,  
 al fondista y sombrerero,  
 al barbero y otros más.  
 Ellos meten cada clavo  
 de padre y muy señor mío,  
 y así todos estos tíos  
 son una calamidad.

Y estos son los elegantes  
 con mucho bombo y platillos,  
 sin centavo en los bolsillos,  
 sinvergüenzas por demás.  
 Niña, si te has de casar,  
 oye un consejo sincero:  
 —Elige un joven obrero  
 y que sepa trabajar.

60. ABUSOS DE CAMPOS<sup>72</sup>

*Curas, jueces y subdelegados  
 en el campo abusan todos,  
 y forman su acomodo  
 para no salir fregados.*

Arzobispo y Presidente  
 es necesario de hablar,  
 vayan a expedicionar  
 al campo, constantemente;  
 entre todos los vivientes  
 lo tienen *acriticado*;  
 el Señor ha indicado  
 el castigo que merecen,  
 se condenan, me parece,  
*curas, jueces y subdelegados.*

Veán al infeliz gañán,  
 no arriba con su trabajo,  
 el Señor le dio este grajo  
 según lo dijo San Juan;  
 en las Escrituras están,  
 Dios lo dice de este modo:  
 pecador yo te inmodo,  
 arrepiente tus candores;  
 patrón y administradores,  
*en el campo abusan todos.*

Ellos van como una bala  
 si se ofrece ganar plata,

<sup>71</sup>Juan Ramón González. *El Amoroso*. Primer Tomo, Imprenta "La Sin Rival", Los Valdeses 649, Santiago, 1900, págs. 25-28.

<sup>72</sup>Hoja N° 719. C. A. Contiene: Versos del Nuevo Autor. Abusos de campos. Desengaño de un pecador. Quejas de Jesús contra el pecador. La Danta. *Andrónico*.

porque su ley es tan grata  
esto sigue por escala;  
si la sentencia está mala  
hacen señas con los codos;  
como lo dijo un prelado,  
diciendo la verdad pura,  
el juez se va donde el cura  
y forman su acomodo.

El cura, en su santidad,  
no ha de salir de su templo,  
nos han de dar por ejemplo  
el buen ser y la humildad;  
abusan de la bondad,  
la que el Señor les ha dado,  
apartan a los casados  
sin justificar delito;  
hacen leso a los huasitos  
para no salir fregados.

Al fin, con mi corazón,  
ya no hallo cómo pensar,  
el mundo se ha de acabar,  
se acaba la aspiración;  
yo digo por la razón  
de Dios serán despreciados,  
el que viene más alzado  
la gracia de Dios no alcanza;  
viven en la pura danza:  
curas, jueces y subdelegados.

#### 61. BRINDIS DE UN HUASO EN UN BANQUETE<sup>73</sup>

Señores, alzo esta copa  
con la intención de brindar,  
y lo haré, en primer lugar,  
por la ensalada y la sopa,  
que creo que ni en Europa  
la harán con más fetidez;  
brindo a más por ese pez,  
congrío, corvina o ballena;  
a su salud tomo llena  
esta copa de jerez.

Tomaré esta copa entera,  
porque me siento con hambre;

por aquel pavito fiambre  
y esos huevos en salmuera;  
por la pierna de ternera  
que está allí sobre la mesa,  
y por aquella cabeza  
y por aquel salchichón;  
por el queso y el jamón,  
esta copa de cerveza.

También a brindar me atrevo  
por esa carne trufada,  
y por aquella empanada  
con pasa, aceituna y huevo;  
por aquel chanchito nuevo,  
por aquel guiso caliente  
que está sobre aquella fuente  
humeando como un vapor;  
por su fragancia y sabor,  
esta copa de aguardiente.

Brindo a más por ese pato  
que está en aquel azafate,  
por esa salsa en tomate  
que se muestra en aquel plato;  
por el picante de gato  
que forma toda mi dicha,  
por esa grande salchicha  
que ha de ser de jabalí;  
por todo lo que hay aquí,  
esta copita de chicha.

Para concluir, señores,  
doy un brindis general  
por la mesa sin rival  
y por los finos licores;  
por esas cestas de flores  
y por todas las doncellas,  
tan graciosas y tan bellas  
que adornan este jardín,  
me propongo darle fin  
a todas estas botellas.

#### 62. BRINDIS DE UN HUASO<sup>74</sup>

Yo brindo, dijo un vaquero,  
por mis campesinas botas,  
por mi caballo patriota

<sup>73</sup>Hoja N° 562. C. A. Contiene: Una mujer adúltera mata al marido y da la sangre a los perros. La corrupción de Santiago. La Abadesa Carmen Aravena condenada a presidio. Un caballero muerto a patadas. Brindis de un huaso en un banquete. Mis recuerdos (Canto). *El Coipo*.

<sup>74</sup>Hoja N° 354. C. A. José Hipólito Cordero.

por el corral y el chiquero;  
brindo por mi compañero  
que anda en la yegüita *Rana*;  
también brindo por mi Juana  
aunque es un algo coqueta;  
yo brindo por mis maletas  
y por mi sombrero de lana.

También brindo por mi lazo  
que es toda mi entretención,  
que cuando le echo a un potrón  
le planto un buen porrazo;  
yo soy el vaquero huaso  
que a los campos me retiro;  
cuando monto en *El Suspiro*  
que es caballo como león,  
donde pego un estrellón  
si no quiebro, mato al tiro.

Luego un arriero pidió  
permiso para brindar,  
dijo: —Voy a contestar  
lo que el vaquerillo habló;  
no se fijen quién soy yo  
porque ando de mala ropa;  
he bebido muchas copas,  
de la mañana, temprano;  
con el servicio en mi mano,  
brindo por toda mi tropa.

Yo brindo, dijo un pollero,  
por el huevo y la gallina,  
porque no tengo otra mina  
de donde saco el dinero;  
el destino persevero  
desde que estaba chiquillo,  
aunque es un poco sencillo  
pero me da buen detalle,  
porque, en saliendo a la calle,  
tengo plata en mi bolsillo.

Yo brindo, dijo un campestre,  
aunque estoy medio borracho,  
me voy a alzar este cacho  
y otro le paso al ñor este;  
si me la paga Silvestre,  
tomaré con más confianza;  
si la plata no me alcanza  
no se asuste, compañero,  
porque con el despachero,  
lo que pida, tengo alianza.

63. VARIOS BRINDIS<sup>70</sup>*Un huaso*

Voy a brindar, dijo un huaso,  
a nombre de mi nación,  
y por la Constitución  
me empino uno y otro vaso.  
La vez que se llega al caso  
mi gusto nadie me quita,  
mas pido que una copita  
de mistela se me dé,  
y yo se la serviré  
a esta linda señorita.

*Un futre*

Un futre dijo: —Yo brindo  
por las damas y galanes,  
y haciendo mil ademanes  
pronunció un brindis muy lindo,  
diciendo: —A todos me rindo  
con la más pura adhesión;  
me corre de obligación  
el brindar como deseo,  
por el placer que poseo  
en tan feliz reunión

*Un minero*

Yo brindo, dijo un minero,  
por el combo y la barreta,  
no por ninguna coqueta  
pues para nada las quiero;  
sacudiendo su culero  
hablaba con arrogancia;  
el perdón de su ignorancia  
en público les pedía;  
mil historias refería  
en verso o en consonancia.

*Un costino*

Pidió un costino permiso  
para brindar, y brindó,  
como un gran letrado habló  
de memoria y de improviso.  
Una explicación les hizo,

<sup>70</sup>Bernardino Guajardo. *Poemas Populares*. Tomo v, págs. 79-80.

alegando lo que imploro,  
el talento es un tesoro,  
vale más que la riqueza,  
y yo tengo mi cabeza  
en el pescado y el choro.

64. BRINDIS DE UN HUASO<sup>76</sup>

Voy a brindar, dijo un huaso  
por esta tan bella unión,  
también por mi guarapón,  
espuelas, cuchillo, lazo,  
porque soy tan bien buenazo  
para montar en mi pingo;  
cada vez que me arrelingo  
yo buen mocito me veo,  
al salir para un rodeo  
a remoler el domingo.

Otro huaso se paró  
y de esta manera dijo:  
—Por mi yegua me manijo  
brindaré con placer, yo;  
un decálitro bebí  
del vino más exquisito;  
fue tan largo aquel traguito  
que se quedó bien dormido,  
esto fue lo divertido  
al quedar tan curadito.

65. BRINDIS DE DOS MINEROS<sup>77</sup>

## Redondilla

*El lotino*

Yo brindo, dijo un minero,  
en Lota, con gran halago,  
porque ha llegado el pago,  
tomo como almacenero.  
Alegre y muy placentero  
voy a alzar esta copita,  
a su salud, señorita,  
me la tengo que beber;

si usted me quiere querer,  
*su gusto nadie le quita.*

*El maulino*

Hablando con mucha prosa,  
dijo yo brindo, un maulino,  
este traguito de vino  
por una joven hermosa.  
Deseando sea mi esposa  
por lo bella y lo bonita,  
pues mi amor la solicita  
y ya su amador se muere;  
por eso, si usted me quiere,  
*su gusto nadie le quita.*

*El lotino*

Brindo, con dulce pensar,  
con gran lujo y dulzura,  
por toda la Araucanía,  
que es un precioso lugar.  
El brindis voy a brindar  
por una blanca perlita,  
quisiera que una visita  
me admitiera y no la obligo;  
si se viene usted conmigo,  
*su gusto nadie le quita.*

*El maulino*

Brindo yo y me determino,  
como persona prudente,  
hablar es lógicamente  
de la virtud del destino.  
Soy un minero ladino  
que remuelo mi platita,  
con cualquiera jovencita  
y mas cuando me enamora,  
le digo: —Si usted me adora,  
*su gusto nadie le quita.*

*El lotino*

Al fin, yo, como poetisa,  
les brindaré la alegría,  
con bastante bizarría

<sup>76</sup>Hoja N° 608. C. A. Contiene: Terribles crímenes en Santiago. La triste situación de Chile. Dos sentenciados a muerte. Drama horroroso en la calle de Aldunate. El guardian asesinado a balazos en la calle de Maipú. Captura y próxima sentencia. La fuga del reo Briceño. Nuevas tentativas de revoluciones. Horrible suceso en la calle de Borgoño. El reo Pedro Ponce condenado a la pena capital. Brindis de un huaso. La triste situación de Chile. *El Nato Quillotano.* (Pseudónimo de Adolfo Reyes).

<sup>77</sup>Daniel Meneses. *El cielo de los amantes.* Cuaderno primero. Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1897, págs. 21-22.

sobre lo que simboliza.  
 Por alto que el hombre pisa  
 siempre habla la sin razón;  
 por tomar más galardón  
 digo en mis preliminares:  
 Yo, al concluir mis cantares,  
 les brindo mi corazón.

66. CONTRAPUNTO DE UN CARPINTERO  
 Y UN ALBAÑIL.<sup>78</sup>

*Carpintero*

—También —dijo un carpintero—  
 yo quiero hablar con un brindis,  
 sobre aquello que preside  
 la sociedad, caballeros;  
 observen mis compañeros,  
 mi organizada amistad;  
 soy obrero con verdad  
 premiado en la exposición,  
 con mi buena profesión  
 se adelanta la ciudad.

*Albañil*

—Yo defendiendo mi derecho  
 por lo que el joven detalla,  
 que arriba de mi muralla  
 fabrican el antetecho;  
 soy albañil y lo fecho,  
 y ganador de metales;  
 los carpinteros centrales  
 no me llevan en medidas,  
 y de estas dos profesías\*  
 creo que andamos iguales.

*Carpintero*

—A todos los albañiles  
 su saber se los redacto,  
 cuando yo trabajo a trato  
 gano la plata por miles;  
 soy capaz de corregirle  
 aunque sea el más instruido;  
 el asunto es conocido  
 y por cierto es evidente,  
 mi trabajo es muy decente  
 y al mismo tiempo lucido.

*Albañil*

—Te pregunto, carpintero,  
 puesto de que tanto sabes,  
 al construir una nave  
 quién pone mano primero;  
 dame *contestas* ligero  
 para saber el que falla;  
 me ha tratado de pantalla  
 tu sociedad lisonjera,  
 y colocas tu madera  
 arriba de mi muralla.

*Carpintero*

—Me creo que es punto serio  
 el fin de tu profesión,  
 yo puedo hacerte el cajón  
 y mandarte al cementerio;  
 puedo adornar un imperio  
 con mi *profesía* tal;  
 por eso, la Capital,  
 por mi virtud, me socorre;  
 yo construí aquella torre  
 que existe en la Catedral.

*Albañil*

—Por el mismo fundamento  
 yo te voy a preguntar,  
 dime si puedes formar  
 una torre sin cimientos;  
 para fundar un convento  
 desde el piso lo levanto,  
 y así no te avances tanto,  
 no ofendas en lo presente;  
 yo fui albañil de aquel puente  
 fabricado por *Zañarto*.

*Carpintero*

—Si existiese Salomón,  
 si entendiéndose en la porfía,  
 con justicia mandaría  
 rechazando tu opinión;  
 te sirva de convención  
 ese tu simple trabajo;  
 en decirte no me atajo  
 para que tengas cordura:  
 yo trabajo en las alturas  
 y tu siempre andas debajo.

<sup>78</sup>Hoja N° 96. C. L. Contiene: Versos para cantores. Brindis. Contrapunto de un carpintero y un albañil. José Hipólito Cordero, calle de Benavente N° 24.

\*Profesías, por profesiones.



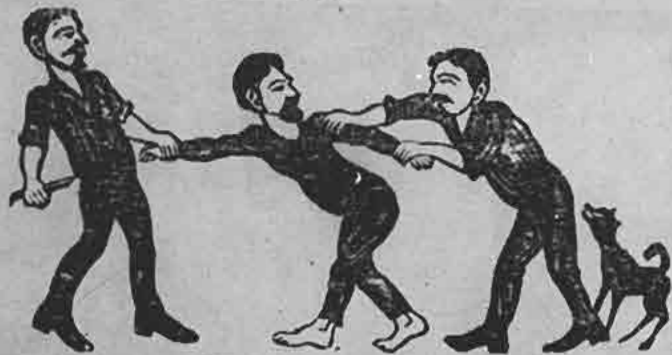


**El Hombre descuerado en el Puente de las Animas en Valdivia**

El hombre descuerado en el puente de las Animas en Valdivia.

El fantasma que apareció en el Cerro Santa Lucia.

Versos de José Hipólito Cordero.



Salteo en Panquehue; combate entre bandidos i asaltados; un muerto i dos heridos



Repetidas cuecas para las Niñas Preciosas.  
Verso de José Hipólito Cordero.



La gran fiera aparecida inmediato al pueblo de La Union

La gran fiera aparecida inmediato al pueblo de La Unión.  
 La madre que dio a luz siete infantes.  
 Versos de José Hipólito Cordero.



Terrible cuadrillazo que le están dando las siete naciones aliadas al Gran Imperio Chino.  
 Verso de José Hipólito Cordero.

*Albañil*

—En Europa ni otros puntos  
esto jamás me ha pasado,  
al verme conferenciado  
por materia de este asunto;  
colega y andamos juntos,  
y me pones cuestión seria,  
con esta porfía *alteria*  
te equivocas, varonil;  
siendo yo un simple albañil  
te saco de la miseria.

*Carpintero*

—Al fin, pues, amigo Suárez,  
con esto me satisface,  
bueno es que hagamos las paces  
con estos lindos cantares;  
no he querido, en los lugares,  
discordia con los villanos,  
menos con los ciudadanos  
de este triunfo nacional;  
la baza fundamental  
pende de estos artesanos.

*Albañil*

—Muy bien, pues, señor Mandiola,  
hagamos tabla el partido;  
porque usted es más entendido  
quiere golpearme la bola;  
ya que conmigo se enrola  
conozca mi dignidad,  
con su gran capacidad  
los dos nos desengañamos;  
seremos, mientras vivamos,  
amigos de intimidad.

67. BRINDIS<sup>79</sup>

Brindaré por la Nación  
y los bravos generales,  
que en Chile, como leales,  
se portan en la ocasión;  
flameando su pabellón  
no recula un paso atrás,  
porque se encuentra capaz

<sup>79</sup>Hoja N° 404. C. L. Contiene: Espantoso drama. El joven despedazado por un león. Brindis. Lamentos del poeta. Gran crimen de la calle Baquedano. El padrastró que mató a la entenada. Deseo del poeta. *Adolfo Reyes*.

<sup>80</sup>Nicasio García. *Poesías Populares*. Tomo IV, Santiago, 1890, págs. 72-77, Imprenta Victoria. Santiago, 1890.

en medio de la batalla;  
no han salido de su raya  
en el momento tenaz.

Por el Cóndor y el Huemul,  
señores, yo brindaré,  
porque claramente sé,  
que lo cubre un leve tul;  
bajo una atmósfera azul,  
con los semblantes serenos,  
me creo que somos buenos  
con un respeto profundo;  
mientras el mundo sea mundo,  
vivan todos los chilenos.

Brindaré por la Marina  
que en Chile se halla presente,  
toda aquella noble gente  
con heroísmo camina;  
de la nación Argentina  
se encuentra el gobierno ufano,  
el indolente cuyano  
nos reta continuamente;  
no sea que a aquella gente  
le pase lo que al peruano.

Brindo por los populares  
de nuestra Patria Chilena,  
que, con su memoria buena,  
se lucen en sus cantares;  
recorren los densos mares  
con toda sabiduría,  
por eso, con alegría,  
yo brindo aquí, en este instante,  
por todas partes triunfante  
reinará mi poesía.

68. AQUÍ BRINDAN DIEZ<sup>80</sup>

Un carpintero decía:  
—Por mis herramientas brindo;  
tengo un cepillo, el más lindo,  
hablé con toda energía.  
Desde la azuela advertía  
sus objetos verdaderos:  
garlopín y otros aceros

y la escuadra con que trazo.  
Dijo, empinándose el vaso:  
—A su salud, caballeros.

Brindo, dijo un convidado,  
esto fue en un casamiento,  
brindo por el instrumento  
y los novios de mi agrado;  
por los padrinos al lado  
con regocijo y contento,  
todos en el aposento  
suegros, cuñados, testigos,  
prójimos, varios amigos,  
y el noble acompañamiento.

Brindo, dijo un albañil,  
por mi nivel, lienza y plomo;  
cuando algún trabajo tomo  
suelo asentar cinco mil  
ladrillos; soy varonil  
y si no llegan a creer,  
una prueba voy hacer  
con la copa con licor;  
soy muy buen trabajador,  
*mejor soy para beber.*

Un herrero muy anciano  
dijo: —Brindo por mi fragua,  
en aguardiente con agua  
yo la empeñé por mi mano;  
sin mí ningún artesano  
nada echará a su bolsillo;  
verdad, no tengo tornillo  
por ahora, ya lo ven,  
aunque me faltan también:  
fuelle, bigornia y martillo.

Brindo, dijo un zapatero,  
por mi alezna y mi escobilla,  
por el martillo y cuchilla,  
por suela, satín y cuero;  
mis estaquillas prefiero  
y el clavador conveniente;  
soy un obrero decente,  
puedo alegar en mi plana,  
que si se ofrece mañana,  
calzo al mismo Presidente.

Yo brindo por mi cajón,  
también dijo un pequenero;  
yo vendo, de enero a enero,

y gano plata *un* porción;  
repite en mi entonación,  
es como advertirles debo,  
van con aceituna y huevo  
y pollo que es fantasía;  
venirse a la casería,  
de dulce y picante llevo.

Brindo, dijo un chacarero,  
por mis bonitos sandiales,  
arvejales y papales,  
son vergeles del potrero;  
siguió hablando del apero  
que era de su profesión:  
hacha, arado y azadón  
y bueyes para melgar;  
y en poniéndome a tomar  
seco un vaso de un tesón.

Brindo, dijo un panadero,  
por el horno y la batea,  
para abreviar mi tarea  
tomo luego el hurgonero;  
pongo la pala ligero,  
pero pienso en el licor;  
no le hago juicio al calor  
en Valparaíso y Santiago,  
y cuando estoy con mi trago  
saco un pan como una flor.

Brindo, dijo un peluquero,  
por mi navaja y tijera,  
yo afeito a la clase obrera  
al sastre y al chacarero;  
al platero, al relojero,  
y agricultores de viñas;  
a vendedores de piñas  
ocurran, que no pregunto,  
y al más feo dejo en punto  
que lo saluden las niñas.

Brindo por el instrumento  
si es que me dan atención;  
me deslumbra el dulce son  
que resuena con acento;  
la armonía y el contento  
que he tenido por razón,  
de asistir a reunión,  
caballeros, señoritas,  
y personas infinitas  
dignas de mi estimación.

69. BRINDIS PARA TODOS LOS GUSTOS<sup>81</sup>*Un zapatero*

Brindo por mi tirapie,  
por la plancha y la plantilla,  
por la horma y la cuchilla  
con la cual arreglaré;  
por la escofina, diré,  
que les brindaré mejor;  
brindo por mi clavador,  
y al beberme esta copita,  
le ofrezco a la señorita  
unas botas de charol.

*Un carpintero*

Yo brindo por mi martillo,  
por la escuadra y el gramil,  
por la garlopa, es decir,  
el garlopín y el cepillo;  
por la sierra y el tornillo,  
y en fin, por el banco entero;  
digo, como carpintero,  
que al beber esta copita,  
ofrezco a la señorita  
un bonito costurero.

*Una niña*

Yo brindo, como soltera,  
por todas las señoritas,  
y por todas las visitas  
a las que abrazar quisiera;  
muy alegre y placentera  
beberme esta copa, espero;  
a la salud, por primero,  
de mis padres, ciertamente,  
y obligando, últimamente,  
a este noble caballero.

*Un huaso*

Yo, como soy campesino,  
brindaré por mi caballo,  
que es más ligero que un rayo  
pa' correr por el camino;  
si encuentro a un santiaguino,  
de esos de leva y de tarro,  
con mi caballo bizarro

a quiños los descompongo,  
y hago bailar al de tongo  
como un trompito cucarro.

*Un lechero*

Yo brindo, como lechero,  
porque cuando voy pasando,  
a las niñas voy chillando  
y por mí corren ligero;  
luego me dicen: —Casero,  
¡ay!, si ha venido temprano.  
Yo contesto, soberano:  
—Mañana es peor, casera.  
Y al pasarme la lechera  
les aprieto bien la mano.

70. BRINDIS<sup>82</sup>*Un ripiador*

Brindo, dijo un ripiador,  
por la pampa y el cachucho,  
y cuando trabajo mucho  
a mí me corre el sudor.  
Soporto todo el calor,  
a la verdad, quién creyera.  
Por mi amada compañera  
trabajo con mucho halago,  
y cuando se llega el pago  
gano plata, que es lesera.

*Un barretero*

Brindo, dijo un barretero,  
por la más grande barreta,  
cuando mi mano la aprieta,  
le cruzo parejo y fiero.  
Teniendo bastante acero,  
hago las costras pedazos;  
nunca me veo en atrasos  
con algún tiro, ¿qué tal?  
ni aunque sea pedernal,  
lo bajo a fuerza de brazos.

*Un particular*

Yo, como particular,  
alzo esta copa en mi mano,  
para brindar, muy ufano,  
por la dicha y bienestar

<sup>81</sup>Daniel Meneses. *Poesías Populares. Los Amores de la Juventud*. Tomo III, Imprenta de Braulio Rojas, calle Bellavista 213. Santiago, 1905.

<sup>82</sup>Daniel Meneses. *Los amores de la juventud*. Tomo Tercero.

de todos, al recordar  
en mi rica calichera.

A veces, peor que una fiera,  
donde ella llego chiflando,  
y parezco, trabajando,  
a un toro de primavera.

#### *Un chanchero*

Yo como triste *chanchero*,  
brindo con el pecho ancho,  
y le echo caliche al *chancho*  
lo mismo que un aguacero.  
Yo no tengo compañero  
que me haga la competencia,  
tengo tanta resistencia  
y el trabajo no me acosa;  
para tirar pompa y prosa  
me visto con gran decencia.

#### *Un carretonero*

Brindo aquí, con embeleso,  
por las mulas y los arneses,  
sí trabajo varios meses  
me gano cientos de pesos.  
Yo no soy como otros lesos  
que sirven una semana;  
con entusiasmo y con gana  
les hago a los fríos *huiche*,  
y dentro a cargar caliche  
a las dos de la mañana.

#### 71. BRINDIS NUEVOS PARA EL DIECIOCHO PARA TODOS LOS GUSTOS<sup>83</sup>

##### *Un joven decente*

Por el dieciocho inmortal  
voy, mis amigos queridos,  
ya que estamos divertidos,  
a brindar en general;  
en prueba que soy leal  
me beberé esta copita,  
hasta la misma tapita  
obligando, a la verdad,  
con la misma cantidad  
a la querida Luchita.

##### *Un rotito*

Señores, voy a brindar  
por este vaso de chicha,  
que presagia mi desdicha  
cuando me pongo a tomar.  
Si bebo, en primer lugar,  
tengo placer y alegría,  
pero más tarde, a fe mía,  
no sé donde estoy durmiendo,  
y a *rasquidos* no me entiendo  
en el Hotel Policía.

##### *Una niña alegre*

Yo brindo por este huaso  
que bailando no se mueve,  
y a decirle voy muy breve  
que con él luego me caso;  
ese futre tan payaso  
también se quiere casar,  
pero yo no he de esperar  
porque sobran los maridos,  
y al final, que de queridos  
por paga, tengo la mar.

##### *Un soldado*

Por mi Patria idolatrada  
brindo con gusto febril,  
por mi gorra y mi fusil,  
mi bayoneta y mi espada;  
por mi negrita adorada  
me serviré esta copita;  
mi gusto nadie me quita  
que deje de un modo expreso,  
en esta copita un beso  
sólo para mi perлита.

##### *Un huaso*

Yo brindo por mi patrón  
y mis bonitas espuelas,  
que son mejor que mi abuela,  
le prometo a mi patrón;  
si usted quiere, un estrellón  
los pegamos Ño Ciriaco;  
mi caballito es bien flaco,  
pero el diablo me llevara,  
si de una *topá* en la vara  
la bosta al tiro le saco.

<sup>83</sup>Rómulo Larrañaga. *El Guitarrero Popular*, N° 3.



72. BRINDIS DISTINTOS<sup>84</sup>*Brindis de una placina*

Brindo, dijo una placina,  
con elogio universal,  
por todos, en general,  
que visitan mi cocina.  
Brindo aquí por la vecina  
aunque me hace competencia;  
con suma benevolencia  
digo al público: —Me rindo,  
alzando esta copa, brindo  
por toda la concurrencia.

*Brindis de un abastero*

Brindo, dijo un abastero,  
con el cuchillo en la mano,  
ofreciendo, al parroquiano,  
su carne de enero a enero.  
Alegre y muy placentero  
echó en el vaso un traguito,  
y con un tono maldito,  
sin gastar pompa ni prosa,  
dice con voz amorosa:  
—Pasarme a ver, caserito.

*Brindis de un futrecillo*

Brindo, dijo el futrecillo,  
por mi leva y por mi tongo,  
cada vez que me lo pongo  
presento facha de pillo.  
Pobre y sin ningún cuartillo  
me paseo por la plaza;  
tan sólo de ver mi traza  
huye hasta la señorita,  
y hallo la calle angostita  
cuando salgo de mi casa.

<sup>84</sup>Hoja N° 51. C. L. Contiene: Crimen en la Araucanía. El marido que ultimó a la mujer a garrotazos. Gran explosión en la fábrica de Cartuchos. Seis heridos. La mujer que mató a su marido porque lo pilló con la *chei*. Represión a la cabrona del *Restaurant del Sol*, de la calle Traslaviña. El rotito enamorado. Brindis distintos. *Rosa Araneda*. Calle Zañartu N° 18, entre San Pablo y Sama.

<sup>85</sup>Josefino: "Apodo que dan algunos a los miembros de la benéfica Sociedad de Obreros de San José" (Manuel Antonio Román. *Diccionario de chilenismos*. Tomo III). En el lenguaje popular significó peyorativamente, beato, conservador, reaccionario.

<sup>86</sup>Hoja N° 360. C. A. Contiene: La sierpe aparecida en Las Pallatas. Construcción del Templo de Jerusalén. (*Cómprenme preciosas niñas de ojos verdécitos*). El caballero que se suicidó en Treleuco. Brindis diversos. *José Hipólito Cordero*. Autor poeta de Santiago, Echaurren 105, Moneda 25.

*Brindis de una chusquiza*

Brindo, dijo una chusquiza,  
por el vino y la cerveza,  
que me embroma la cabeza  
cuando la rasca es maciza.  
Brindando soltó la risa,  
y otra le dijo: —Te entiendo,  
niña, si a ti no te ofendo,  
habló y pego dos saltitos;  
venirme a ver, mis negritos,  
miren que aquí estoy viviendo.

*Brindis de un Josefino<sup>85</sup>*

Brindo, dijo un Josefino,  
cuando tocan a saqueo  
los de sotana y manteo,  
soy el ladrón más ladino.  
Diestro soy en mi destino,  
que no hay con qué comparar,  
si me quieren atrapar  
echo, pues, las voladoras,  
y en menos de cuarto de hora  
yo desocupo un hogar.

73. BRINDIS DIVERSOS<sup>86</sup>*De las conductoras de Concepción*

Viéndome en la obligación,  
sin tener ningún estudio,  
pronunciaré este preludeo  
aquí en esta situación;  
conductoras en Concepción  
he sido, sin variedad,  
aunque sin capacidad  
hablo desde muy temprano:  
—Con esta copa en mi mano,  
brindo por la sociedad.

*De las conductoras de San Felipe*

Brindo por mi buen destino  
y continuaré brindando,  
porque ya me voy curando  
con chicha, mistela y vino;  
voy como perdiendo el tino,  
embriagada y me despojo;  
mi querido, sin enojo,  
me ha de servir un traguito;  
brindo por el cochecito  
que tanto me llena el ojo.

*De las conductoras de Rengo*

Brindo como conductora,  
expresándome jovial,  
y en la sociedad natal  
el júbilo me atesora;  
voy a brindar, sin demora,  
con gusto y con pecho sano;  
de la empresa tenga el *gano*,  
como desde el sur y norte;  
dejando yo un buen recorte,  
brindo por mi carro urbano.

*De las conductoras talquinas*

Señores, voy a brindar,  
con alegría y honores,  
les pido que mis errores  
me los han de disculpar;  
esta copa voy a alzar  
sobre lo que se termina;  
cuando el instrumento trina  
se me alegra el corazón,  
y en la feliz reunión  
soy conductora talquina.

*De las conductoras chillanejas*

También se me hace preciso  
de unas palabras hablar,  
y este brindis contestar  
si me ceden el permiso;  
brindo por la faz que piso  
como bien lo observarán;  
por los que presente están  
gozo de dulce recreo,  
y *pa'* todo me paseo  
en los carros de Chillán.

*De las chocolateras placinas*

Brindo, por ser de la plaza,  
si ninguno me rebate,  
batiendo mi chocolate  
por si piden una taza;  
también brindo cuando pasa  
mi casería en cuadrilla,  
les proporciono la silla  
y a todos les obedezco;  
brindo cuando les ofrezco  
tostadas con mantequilla.

*De un peoncito huaso*

Brindo, como un triste peón,  
más huaso que la entrealeta,  
y brindo por la galleta  
que recibo de ración;  
brindo por mi profesión,  
y brindo entre los remotos;  
brindo por todos los rotos  
que toman con energía;  
brindo, al tiempo de mediodía,  
por el fondo y los porotos.

*De un futrecillo*

Brindo, dijo un futrecillo,  
entre aquel rico y el pobre,  
y no tenía ni cobre  
que gastar, en su bolsillo;  
tocaba su organillo  
por servir de cuando en cuando;  
todos se estaban fijando  
que charlaba en alegría,  
tomaba un trago y decía:  
—Arriba, vamos bolseando.

*De un chacarero*

Brindo, como chacarero,  
si me permiten las leyes,  
por el arado y los bueyes  
y por este mes de enero;  
también brindo, por primero,  
por esa chinita ingrata,  
que con odio me maltrata  
como aquel bravo reptil;  
brindo por el mes de abril  
tiempo en que recibo plata.

*De un carrilano*

Brindo, dijo un carrilano,  
por las agallas del tren,  
que con violencia lo ven  
dirigido a Talcahuano;  
con su vapor, muy temprano,  
corre dando su función;  
corre gente por millón  
cubierto de pasajeros;  
encapacha los dineros  
y empobrece a la Nación.

74. BRINDIS DIVERSOS<sup>87</sup>*Brindis de un canaca*

Señores, yo brindaré,  
con mucha delicadeza,  
por el caldo de cabeza  
a nombre de mi café.  
Los *compales* nombraré  
porque ellos me dan el pan,  
la niña con el galán  
me hacen *felice* los dos,  
y las papas con *alós*  
y mi rico *chacacán*.

*Brindis de un cigarrero*

Brindo, dijo un cigarrero,  
por la ñueta y el cajón,  
y el honorable patrón  
que me paga su dinero.  
El tabaco es el primero  
porque con él me atesoro;  
cuando no hay material, lloro  
por hacer mis cigarritos,  
porque con esos puchitos  
como, bebo y enamoro.

*Brindis de un peluquero*

Brindo, dijo un peluquero,  
por las navajas y el paño,  
y el perfume con que engaño  
al pobre y al caballero.  
El espejo es el primero

para la comodidad;  
el parroquiano se va  
muy bien servido y conforme;  
si quieren saber mi nombre:  
soy Casimiro Ferraz.

*Brindis de un abogado*

Brindo, dijo un abogado,  
por este mi lindo *créito*,  
porque cuando saco un pleito  
quedo alegre y descansado.  
Cuando entro a un juzgado,  
como futre de bastón,  
los contendores, patrón  
me dicen: —¿Y los papeles?;  
y cuando hallo a quien comerle  
trago como un culebrón.

*Brindis de un verdadero ciudadano*

Yo brindo, si se me atiende,  
por estar en diversión,  
del triunfo de la nación  
del Dieciocho de Septiembre.  
Así es como Chile asciende  
por San Martín y su *espá*,  
general de esta ciudad  
y con el godo se bate,  
y por el triunfo y combate:  
¡qué viva la libertad!

*Brindis de un chanchero*

Brindo por el arrollado,  
por los fiambres y pernils,  
los salchichones, por miles,  
y prietas que he trabajado.  
Cabezas habré nombrado,  
el chorizo es distinguido,  
del rico es apeticido  
por esos pueblos y valles;  
voy diciendo por las calles:  
¡huesos de chancho cocido!

*Brindis de un despachero*

Brindo, muy de buenas ganas,  
por el peso y mostrador,  
por los vasos y el licor,

<sup>87</sup>Hoja N° 94. C. L. Contiene: Contrapunto del pueblo con S. E. el Presidente de la República Don Jorge Montt. Brindis diversos. Cuecas para las niñas y jóvenes. José Hipólito Cordero, calle Benavente N° 24, Imp. "La Justicia". Eyzaguirre 84-B.

por copas y damajuanas.  
Brindo por esas mañanas  
que al ver las niñas me antojo,  
se me disipa el enojo  
dando al casero mil quejas;  
con las modernas y viejas  
a gusto divierto el ojo.

*Brindis de un zapatero*

Con mi voluntad muy franca  
pronunciaré un brindecito,  
por la lezna y el martillo  
y lo que encierra mi barca.  
Brindo por la pierna blanca  
donde medida he tomado,  
la ruleta y encerado,  
el material y estaquilla,  
el clavador y cuchilla,  
pinzas y sacabocado.

*Brindis de un herrero*

Con un dicho populacho  
voy hablar con poca rima,  
por el martillo y la lima,  
por las tenazas y el macho.  
De la bigornia, los cachos,  
porque llevan el timón;  
los dos con el fuelle son  
resistentes como eterno;  
lo que es el cobre y el cuerno,  
el bronce, acero y carbón.

*Brindis divino*

Brindo por la Soberana  
dueña del mundo entero,  
y por su Hijo medianero  
que es flor de la planta humana.  
Brindo por esa semana  
que formó la luz crecida,  
el pez con mucha energía  
a los mares destinó;  
ya cuando todo formó  
descansó el séptimo día.

75. BRINDIS<sup>88</sup>

*Brindis del Año Nuevo*

Voy a brindar, sin engaño,  
y aquí a decir me arriejo,  
que despido al año viejo  
que les trajo tanto daño.  
Yo reinaré bien este año  
con muy lícita cordura,  
protegiendo a la criatura  
como el mejor Presidente;  
para que goce la gente,  
traigo de toda verdura.

*Brindis de un médico adivino*

Yo soy médico adivino  
que gano con mis remedios,  
y cuento con mis buenos medios  
para seguir el destino.  
Anteayer, un leso vino  
a la hora de retreta,  
y yo le hice la receta  
por medio de su dinero,  
por ser un buen hechicero  
del barrio de Recoleta.

*Brindis de un pipiolo*

Pues me llaman pipiolillo  
por no manejar ni Cristo,  
y también porque me han visto  
como triste futrecillo;  
diciendo que soy piojillo  
de adentro de los pajales.  
Mi padre, estudios cabales  
a mí me dejó por dote,  
y me retuerzo el bigote  
dentro de los Tribunales.

*Brindis de una chocolatera*

Señores, un disparate  
voy a hablar, con gran contento,  
funcionando en el asiento  
batiendo mi chocolate.  
Me llevo bate que bate  
aquí adentro de la plaza,  
y cuando el casero pasa

<sup>88</sup>Hoja Nº 99. C. L. José Hipólito Cordero.

se me alegra el corazón,  
y siempre les digo don  
cuando piden una taza.

*Brindis de una huasita*

Yo soy una pobre huasa  
que me obligan a brindar,  
pero me ha de disculpar  
el círculo de esta casa;  
yo dependo de una raza  
que ya parece ser cuco,  
y un tío tengo en Temuco  
que es capataz y vaquero,  
y un hermano salinero  
donde llaman Guayaruco.

76. BRINDIS DE UN FUTRE<sup>80</sup>

Un caballero brindó  
en el centro de un salón,  
como era de educación  
con mucha prudencia habló,  
socialmente se explicó  
en palabras exquisitas:  
ya me bebí dos copitas  
con esta es tercera acción,  
pero con la obligación  
*que me paguen, señoritas.*

Pido la palabra yo,  
le dijo una dama bella,  
pago en la copita aquella  
que el caballero se alzó;  
brindo por el que obligó  
con tanto gusto y placer,  
brindo por corresponder  
su honorable beneficio;  
aceptar este servicio  
*es cumplir con el deber.*

*Un dependiente*

Brindo, dijo un dependiente,  
por el buen metro y la vara,  
y por la bonita cara  
que la amo yo tan frecuente;  
brindo por los que hay presentes  
y en servirles me apresuro;  
vamos a remoler duro

en el fango, al por mayor;  
saliendo yo al mostrador,  
*tengo mi sueldo seguro.*

*Un cochero*

Brindo, decía un cochero,  
remoliendo en un café,  
esta noche tomaré  
y mañana amarro el cuero;  
ando con un compañero  
que lo llaman *Cucaracho*;  
es *mujerero* y borracho  
pero conmigo no hay pega;  
dejando para la entrega,  
*el recorte va al capacho.*

*Un maulino*

Yo brindo, dijo un maulino,  
aunque ando con mi bonete,  
brindo porque estoy de *prete*  
en casa de mi vecino;  
doy a saber mi destino  
en lo que gano el jornal,  
yo lo paso en el trebal  
cortando buena *maera*;  
ponga, *eñora* pulpera,  
otros dos cachos de a *rial*.

77. BRINDIS DIVERSOS<sup>80</sup>

*Brindis de una cantora*

Brindo porque soy cantora,  
en esta fonda cantando,  
con mi guitarra tocando  
como el Diabolo, la tambora;  
topeen, huasos, ahora,  
y quiebren la vara, lesos;  
aunque abracen los pescuezos  
a mí no me importa nada,  
porque por una ti... rada  
gano diez o veinte pesos.

*Brindis de una matera*

Brindo yo, por ser matera,  
estando sobre mi silla,  
por el mate y la bombilla,  
y el yunque, que es la tetera;

<sup>80</sup>Hoja N° 359. C. A. Contiene: Ahorcado en un espino en Aconcagua. El varón mal casado. Adiós a los ángeles. Brindis de un futre. *José Hipólito Cordero.*

<sup>80</sup>Hoja N° 352. C. A. Contiene: Horrorsa escena. El marido que mató a la mujer y a su hija. La ciencia de los hombres. A mi querido. Brindis diversos. *J. Hipólito Cordero.*

dicen que soy bochinchera  
 porque he cometido un yerro;  
 la vecina hasta a mi perro  
 le pega, por todas juntas,  
 y pelamos todas juntas  
 cuando chupamos el fierro.

*Brindis de un pintor*

Yo les hablo aquí, señores,  
 y atiéndanme lo que explico,  
 le pido al pobre y al rico  
 que disculpen mis errores;  
 formo diversos colores  
 en obras de gran valor;  
 las niñas, como una flor,  
 me persiguen que es locura,  
 y por el tarro de pintura  
 yo brindo por ser pintor.

*Brindis de un borracho*

Brindo, por ser tan borracho,  
 bebiendo un litro de vino,  
 por ser tal vez mi destino  
 que tomara como macho;  
 cuando llego a un despacho  
 pido el licor sin cesar,  
 y me llaman, por pelear,  
 a cuchillo y a *guantones*;  
 dejo de comprar calzones  
 por tener para tomar.

*Brindis de un chacarero*

Soy chacarero marrano  
 que yo con mis bueyes troto,  
 pues no me gana ni un roto  
 a sacar fruta, temprano;  
 cuando me atrasa el gusano  
 o viene algún temporal,  
 se me pudre mi papal  
 y pierdo con este daño,  
 pero si echo *errona* este año  
 me zafo con el sandial.

78. BRINDIS<sup>91</sup>

Estando en una jarana  
 brindaba una conductora;  
 decía: Protesto ahora,

salir a esta línea urbana.  
 Tengo seguro, mañana,  
 como lluvia el pasajero;  
 en mi bolsillo, dinero,  
 porque la entrega me mata;  
 brindo porque me dan plata  
 los carros del Matadero.

Preciso será brindar,  
 decía una barredora,  
 ya la chicha me acalora  
 de tanta copa tomar.  
 Bien me podrán disculpar  
 todos los de esta canción,  
 les deseo paz y unión  
 a todos los que hay presentes;  
 brindo por el Presidente  
 que es padre de la Nación.

Brindo por mi polisón,  
 decía una visitada,  
 cuando estoy embetunada  
 echo guatita y cartón.  
 Cuando me toca un capón  
 de esos de la pluma tiesa,  
 lo desplumo con presteza  
 antes que me pille el paco;  
 brindo por los huasamacos  
 y por la madre abadesa.

También, dijo un tinterillo,  
 señores, voy a brindar,  
 a ver si puedo alcanzar  
 y gastar de mi bolsillo.  
 No piensen que yo soy pilló  
 porque me ven de colero;  
 es la moda, caballero,  
 el colero y levitón;  
 brindo yo por mi bastón,  
 por la pluma y el tintero.

Decía un carretonero:  
 —Brindo por las damas bellas,  
 que ya parecen centellas  
 que alumbran el mundo entero.  
 Soy un pobre aventurero,  
 chileno de esta nación;  
 me gusta la reunión  
 en verdad digo, señores,  
 y en el círculo de honores,  
 brindo por mi carretón.

<sup>91</sup>Hoja N° 96. C. L. C. L. José Hipólito Cordero.

79. BRINDIS<sup>92</sup>

Yo brindo, dijo un lechero,  
 porque cuando voy pasando  
 a las niñas voy chiflando  
 y por mí corren ligero,  
 y me dicen: ¡ay casero!,  
 venga un poco más temprano.  
 Yo me encuentro soberano,  
 con toditas mis caseras,  
 porque al pasar la lechera  
 les aprieto bien la mano.

Yo brindo, dijo un borracho,  
 por el tonel y la tina,  
 y por una gran vecina  
 que tiene un bonito cacho.  
 Y cuando llego de lacho,  
 la voy luego a visitar;  
 me pongo ahí a conversar  
 de asuntos muy importantes,  
 y a ella, al pasar por delante,  
 le hago un gestito por *juar*.

Brindo, dijo una matera,  
 por la bombilla y el mate,  
 porque me pongo a debate  
 defendiendo mi tetera.  
 Brindo por la azucarera  
 porque me tiene bien loca,  
 y cuando hay azúcar poca  
*enerizo* hasta los dientes,  
 y al chupar la agua caliente  
 bastante estiro mi boca.

Yo brindo, dijo otro *falte*,  
 porque me corre mi venta,  
 y pagan de buena cuenta  
 mis cosas en calle Duarte.  
 Soy entendido en el arte  
 y vendo caravanitas,  
 y a las niñas más bonitas  
 que me corren interés,  
 para calentar los pies  
 les regalo medicitas.

Al fin, dijo una cantora,  
 yo brindo por mi guitarra,  
 y por los niños de agarra

que tienen la voz sonora.  
 Brindo porque me mejora  
 el baile y la disciplina,  
 porque cuando hay bolina,  
 como dos niñas solteras,  
 me pierdo noches enteras  
 junto con la bailarina.

80. BRINDIS<sup>93</sup>

Brindaré con alegría  
 en este feliz momento  
 por el placer que yo tengo  
 de dicha y gran armonía;  
 feliz ha sido este día  
 de gusto y regocijo  
 con atención me dirijo  
 a todos los concurrentes;  
 por los que se hallan presentes  
 pongo esta copa, prolijo.

Pues yo, como enamorado,  
 brindo siguiendo la huella,  
 por esta niña tan bella  
 que está sentada a mi lado;  
 parece un cielo estrellado  
 en noche triste y oscura;  
 si me admitiera una hechura  
 en esta copa de vino,  
 sería el hombre más fino  
 para adorar su hermosura.

Brindo esta copa, señores,  
 dijo un *pije* de levita,  
 por la hermosa señorita  
 que me brinda sus amores;  
 sus encantos seductores  
 me tienen enloquecido;  
 bebo, pues, por ser querido  
 por tanta preciosa hija de Eva,  
 yo le ofrezco hasta mi leva  
 si al fin soy correspondido.

Yo también, dijo un obrero,  
 para no quedar atrás,  
 voy a brindar, muy locuaz,  
 por el vestón y el sombrero;

<sup>92</sup>Hoja N° 240. C. L. Contiene: Perdón para el reo Briceño. Fusilamiento del reo Briceño. Carta del reo Briceño. Contestación al poeta Meneses. Brindis. Juan B. Peralta. Gálvez N° 120. Imp. Albión, San Diego 45-B.

<sup>93</sup>Fragmento de hoja anónima, estropeada.

brindo aquí, con todo esmero,  
con la mayor eficacia;  
perdonen la poca gracia  
que tengo para brindar,  
y con eco singular  
brindo por la democracia.

Brindo, dijo un paraguayo,  
por mi amada patria ausente,  
y ligero como un rayo  
se cuadró inmediatamente;  
por la estrella reluciente  
de la chilena bandera,  
que por la América entera  
siempre el tricolor desfile;  
vivan Paraguay y Chile  
y la nación brasilera.

## VIII. Fiestas

Brindaré de buena gana,  
dijo un *falte*, en Melipilla,  
pañuelos para las niñas  
anillos y caravanas;  
polvos de bonita fama  
para las más buenas mozas,  
peinetas *pa'* las casposas  
y peine *pa'* las *liendrúas*,  
horquillas *pa'* las *moñúas*  
y unto *pa'* las *legañosas*

Brindo, dijo un zapatero,  
por las chiquillas bonitas,  
de la pierna bien gordita  
que es lo que miro primero;  
por la carnaza y el cuero,  
la suela y el batidor,  
y el martillo clavador  
que golpea de contino;  
por la cerveza y el vino  
que quitan pena y dolor.

Brindo por lo que no veo,  
porque siempre soy de arrojito,  
sea tuerto o sea cojo  
disculpen si digo feo;  
brindando les pestañeo  
porque siempre saco menta;  
si una niña se presenta  
a tratarme como niño,

siempre yo le hago cariño  
lo que no se ve, se atienta.

Brindo, señor, dijo un roto,  
bebiendo chicha en un cacho,  
soy valiente como macho  
y me llaman Pedro Orto;  
si conmigo un alboroto  
alguno quiere formar,  
de un puñete lo hago arar  
por el suelo, en el momento;  
quitate de aquí, por cierto,  
antes que te haga zumbar.

81. ¡VIVA EL DIECIOCHO DE SEPTIEMBRE!<sup>94</sup>

*¡Viva el Dieciocho, señores!,  
día tan apetecido,  
es de todos preferido  
por gozar de los amores.*

Vivan nuestros batallones  
y el estandarte sagrado,  
del ejército es amado  
y presta las atenciones;  
se alegran los corazones  
de todos los moradores,  
el campo lleno de flores  
se viste por don de Dios;  
yo digo con tierna voz:  
—¡Viva el Dieciocho, señores!

Con gusto toda la gente  
anda y no tiene pena,  
con tranquilidad tan plena  
toman ponche y aguardiente;  
los pobres y los decentes  
remuelen muy divertidos;  
*¡huifa!*, mi negro querido,  
dicen con un tono extraño;  
es una vez en el año  
*día tan apetecido.*

Los árboles con sus ramas  
prestan al paseante, sombra;  
el pasto verde, la alfombra  
donde, pues, se sientan damas;  
a mucho la atención llama  
*pa'* refrescar el sentido;

<sup>94</sup>Hoja N° 525. C. A. Contiene: ¡Viva el Dieciocho de Septiembre! Triunfo de don F. Errázuriz. Versos de literatura. Quintillas amorosas. Quintillas de amores. Tonadas para el Dieciocho. Javier Jerez, Poeta Popular. Calle Antonio Varas N° 48, Imprenta, Maturana 9-A.



se arrelingan el vestido  
para bailar con su amante;  
dicen con tono arrogante:  
—*es de todos preferido.*

Los ricos particulares  
vienen a este paseo,  
porque es del año un recreo  
por toditos los lugares,  
y resisten los pesares  
tomando buenos licores,  
y después sin sinsabores  
quedan y buscan las huellas;  
se pasean con sus bellas  
*por gozar de los amores.*

Al fin, los huasos topean  
en lindos y buenos caballos;  
en la vara, como rayos,  
cuando pierden, se azorean;  
a pencazos ellos pelean  
y hasta se hieren las cejas;  
¿a quién yo daré mis quejas?  
dicen siempre, con valor,  
póngame luego, señor,  
de chicha, unas dos bandejas.

82. VIVA EL DIECIOCHO DE SEPTIEMBRE  
DE 1810<sup>95</sup>

*¡Viva el Dieciocho inmortal!  
que hace desechar la pena;  
viva la armada chilena  
y el pabellón nacional.*

Viva nuestro Presidente  
y todos sus edecanes,  
que son bravos capitanes  
en el peligro inminente;  
viva la estrella esplendente  
del tricolor nacional;  
viva el Cóndor sin igual  
y el Huemul de tres colores,  
y todos digan, señores:  
—*¡Viva el Dieciocho inmortal!*

Vivan nuestros batallones  
y Dios los colme de gracia,  
y viva la democracia  
que da al ejército, leones;  
esos leales campeones  
que con la audacia más plena,  
destrozaron la cadena  
de la esclavitud notoria;  
viva este día de gloria  
*que hace desechar la pena.*

Viva el carro del Estado  
y el hábil legislador,  
viva la guardia de honor  
y el estandarte sagrado;  
vivan los que están aliados  
con nuestra patria serena,  
porque es ella la más buena  
por su lujo y bizarría;  
con la heroica artillería,  
*viva la armada chilena.*

Viva el valiente operario  
aunque de él no se hace caso,  
y con su robusto brazo  
hace abundar al erario,  
y hasta al mismo millonario  
le hace aumentar su caudal;  
viva el noble General  
Baquedano, el eminente,  
viva, viva eternamente,  
*y el pabellón nacional.*

Al fin, viva la Nación  
y la Virgen del Carmelo,  
que hizo al contrario, en su suelo,  
se rindiera a discreción;  
viva Dios, en su mansión,  
dándole a este Chile, brillo,  
con un amor tan sencillo  
aunque la suerte está ingrata;  
viva, en su cielo de plata,  
Saturno, con doce anillos.

<sup>95</sup>Hoja N° 45. C. L. Contiene: El hijo que mató al padre en Talca es condenado a muerte. Viva el Dieciocho de Septiembre de 1810. Canción Nacional Patriota. Nueva composición. Versos a lo divino para el Dieciocho. Redondilla de un huaso enamorado, en el Dieciocho. Sigue la aventura de dos jóvenes y una dama. *Rosa Arana*, calle Zañartu N° 23, entre San Pablo y Sama.

83. ¡VIVA EL DIECIOCHO!<sup>96</sup>

*¡Viva el Dieciocho, señores!  
viva la fecha inmortal  
que es preciso celebrar  
como en años anteriores.*

Quando septiembre se cuele  
entre los meses del año,  
y llega de un modo extraño,  
el Dieciocho, a toda vela,  
parece que la vihuela,  
bailarines y cantores,  
los fiambres y licores,  
llegan a saltar de gusto;  
por eso exclamar es justo:  
—¡Viva el Dieciocho, señores!

Va el Ejército a la Pampa  
vestidos de gran parada,  
y en la ciudad engalanada  
la música no descampa;  
el pueblo, como callampa,  
obediente a la señal,  
se va al Parque, en general,  
a bailar la zamacueca,  
gritando, entre cueca y cueca,  
*¡viva la fecha inmortal!*

Yo hago votos al Cielo  
porque todos los chilenos  
se diviertan como buenos,  
hasta rodar por el suelo;  
sin que un paco, por su celo,  
los pretenda molestar;  
por eso debo observar  
al Cuerpo de Policía,  
que es este un hermoso día  
*que es preciso celebrar.*

Explicar me da la gana,  
a mi lector o lectora,  
del por qué se conmemora  
esta fecha soberana;  
porque esta misma mañana  
votaron a los odores,  
los patriotas regidores

de mil ochocientos diez,  
celebrándose después  
*como en años anteriores.*

Con buena o mala fortuna,  
los combates que siguieron,  
en esta fecha tuvieron  
su origen y hermosa cuna;  
no existe Nación alguna,  
en la tierra conocida,  
que en fecha tan preferida  
no dé rienda al patriotismo,  
recordando el heroísmo,  
de la patria muy querida.

84. LA FIESTA DE PASCUA<sup>97</sup>

*A su gusto remolió,  
la gente muy serena,  
toda la Nochebuena  
el pueblo la celebró.*

En las *Fondas Populares*,  
por la calle de Rivera,  
andaba la pelotera  
desechando sus pesares;  
los asaltos, por millares,  
el gentío presenció;  
no estoy al corriente yo  
de lo que ahí ha sucedido,  
porque el pueblo, divertido,  
*a su gusto remolió.*

Las ventas por *La Cañada*  
eran en gran abundancia,  
y lucían su fragancia  
frutas, flores y empanadas;  
las muchachas, arregladas,  
desechaban toda pena;  
de flores estaban llenas  
todas las damas hermosas,  
y paseaba, deliciosa,  
*la gente muy serena.*

Las venderas y fruteros,  
pequeneros y fonderas,  
gritaban, a toda esfera,

<sup>96</sup>Hoja N° 477. C. A. Contiene: Dos crímenes horribles. El panadero celoso que mató a la mujer y a la suegra. El capitán que asesinó a dos marineros. ¡Viva el Dieciocho! Percances de amor. Versos dedicados a un poeta que se alaba de ser sabio. *Peña Aravena* (Pseudónimo de Rómulo Larrañaga).

<sup>97</sup>Hoja N° 118. C. A. Contiene: El hijo ahorcado por el padre. Muertos y heridos en el Camino de Cintura. La fiesta de Pascua. A lo divino. *Adolfo Reyes*.

su comercio, por entero:  
—Aquí está el heladero,  
almuerzo, comida y cena;  
tengo cerveza en arena,  
tengo horchata con helados,  
para los que han paseado  
*toda la Noche Buena.*

—Vengan a los claveles,  
aquí tengo las albahacas  
para las niñas retacas,  
y otra cosa no se huele;  
vengan, pues, a los pasteles,  
¡ay!, señorita, cómo no,  
esta noche principió  
el contento y la alegría;  
esta enorme gritería  
*el pueblo la celebró.*

—Pasar a verme, señores,  
que aquí yo estoy viviendo,  
no sean tan estupendos,  
pasar a tomar licores;  
a las niñas, como flores,  
les tengo helados y horchata,  
venir los que tengan plata  
al refresco con malicia,  
que en medio de la delicia  
les hace parar las patas.

85. VERSOS PARA LA PASCUA.  
A LA NOCHE BUENA<sup>98</sup>

*Esta noche es Noche Buena,  
noche de gloria y de flores;  
todos los enamorados  
se declaran sus amores.*

Hoy en día, las chiquillas,  
al perfume de las brisas,  
concurren a *Las Delicias*  
a tomar ricas frutillas.  
Elegante y con chasquillas,  
la aristocracia chilena,  
para desechar la pena  
paseándose muy galana;

iba diciendo una anciana:  
—*Esta noche es Noche Buena.*

Al compás de los clarines  
marchan las damas hermosas,  
que se me asemejan rosas  
de los mejores jardines;  
haciendo sus comodines  
en los asientos mejores,  
ventilando los calores,  
dicen, sin ningún deslíz:  
—Esta es la noche feliz,  
*noche de gloria y de flores.*

De sombrero y mucho guante,  
luciendo su gran pareja,  
*vide* pasearse una vieja,  
del brazo con un amante.  
Como azucena fragante,  
ambos iban perfumados;  
en estos días deseados  
por tan bellas perfecciones,  
desahogan sus corazones  
*todos los enamorados.*

La sirvienta, a su patrona,  
también le pide permiso  
para pasear, y es preciso  
que salga la regalona.  
Y si con otra persona  
se junta, serán primores;  
por disipar los ardores  
al marchante se le para;  
mirándose, cara a cara,  
*se declaran sus amores.*

Al fin, no queda mujer,  
digo, en mi sentido pleno,  
ese día, por lo ameno,  
que no salga a remoler.  
De gusto no hallan qué hacer  
con los queridos, brindando,  
principian zalagardeando  
y luciendo el lindo talle;  
por las plazas y en la calle,  
alegres siguen bailando.

<sup>98</sup>Hoja N° 302. C. A. Contiene: La venta del crucero "Esmeralda" por el gobierno de Chile, al Ecuador. Carta del reo Ismael Vergara al público de Talca antes de ser fusilado. Versos para la Pascua. A la Noche Buena. Versos a lo divino del Niño Jesús nacido. Asalto a mano armada en *Las Lomas*. Una víctima a hachazo y un herido a bala. La toma de la Puente Mantible por Carlo Magno y marcha a la Torre Balán. *Rosa Aranedo.*

86. LA NOCHE BUENA<sup>99</sup>

*Saludable Noche Buena,  
todo respira alegría,  
y el manso cordero bala  
y el buey alienta al Mesías.*

Se apuntan desde setiembre  
jóvenes, ancianos, niños,  
los más no llevan cariños  
porque están en el urdiembre;  
y acercándose noviembre  
al cantor prueba su vena;  
la música, al tener pena—  
no me rebatan los ricos—,  
que es para grandes y chicos  
*saludable Noche Buena.*

A la iglesia llegan miles  
bien calzados de ojotas,  
preguntando donde hay botas  
y andan como perejiles;  
y si han embarcado en *riles*  
cinco o seis en compañía,  
y de medida en medida  
no se acuerdan de calzados;  
dicen, estando picados:  
*todo respira alegría.*

Unos tocan los canarios  
de lata, en general,  
y otros, como el buen zorzal,  
cantan de graciosos varios;  
de las minas, operarios,  
llegan vestidos de gala,  
a la fonda que señala  
el mozo que pasa a gritos,  
y entre tantos pajaritos  
*el manso cordero bala.*

Y allí oyen lo que se canta,  
también se relincha el bruto,  
es buen labrador con fruto  
y el orbe todo se encanta;  
toda clase de garganta  
presenta sus armonías,  
y odiosos en demasía,  
que allí todo está presente;

en un pesebre patente,  
*el buey alienta al Mesías.*

Don Fulano, es desengaño,  
en la noche del contento  
que hasta rebuzna el jumento  
siendo animal tan extraño;  
siendo una vez en el año  
hablo para que me crea;  
el vulgo que esto no vea  
no se figure que es broma;  
el que tiene plata, toma,  
y el sin cobre, zorzalea.

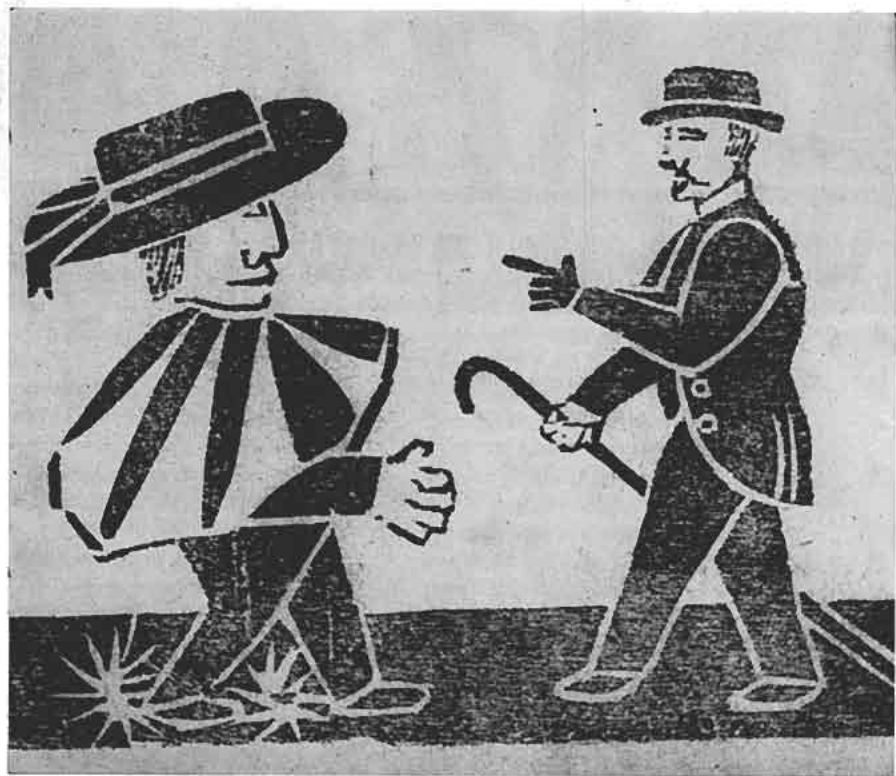
87. LA NOCHE BUENA<sup>100</sup>

## I

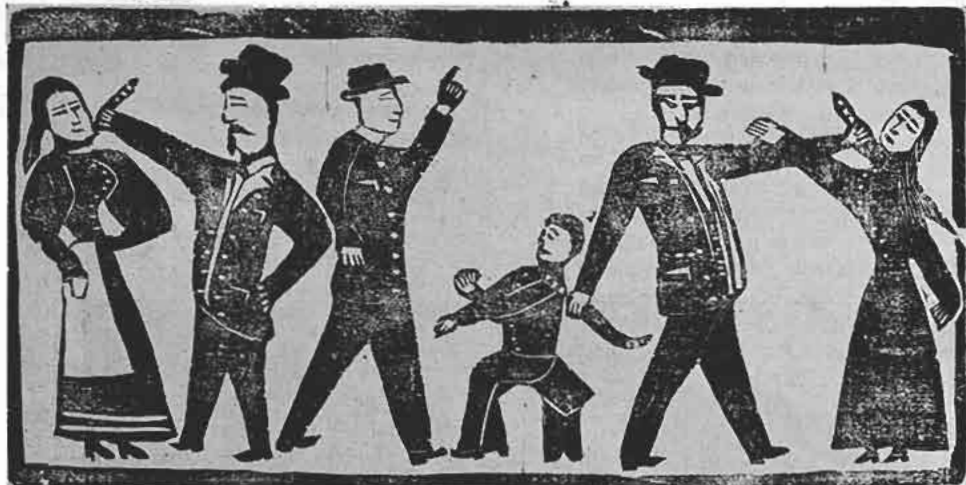
¡A la Alameda, muchachos!,  
¡a la Alameda, muchachas!,  
esta noche es Noche Buena,  
noche de gusto y jarana.  
Mire usted qué concurreda,  
qué alegre está la Cañada:  
música, flores y luces,  
grutas hasta decir basta.  
Rotos, futres, viejas, niñas,  
colegiales, colegialas,  
paisanos y militares  
y donosas camaradas.  
Todos ríen, se codean,  
y se empujan y se atracan,  
mientras que los vendedores  
su mercancía proclaman:  
—¡Duraznitos de la Virgen!  
—¡Brevas del Salto del Agua!  
—¡Ponche en pisco bien *helao!*  
—¡Tengo claveles y albahacas!  
—¡A las empanadas fritas!  
—¡Pasar, niñas, a probarlas!  
—¡Caballeros, con malicia,  
y sin malicia la horchatal!  
—¡Aquí está Silva, señores,  
que tiene vihuela y arpa,  
y pollos y pavos fiambres  
y lo mejor de Aconcagua!  
—¡Ponche en coñac bien *helao!*

<sup>99</sup>Hoja N° 551. C. A. Contiene: El crimen de la calle de Santa Rosa. Versos de Pascua y Noche Buena. Las cuatro señoritas ahogadas en el Canal San Carlos. La Noche Buena. Nacimiento del niño Dios. El huaso. El discreto y el huaso. *Rosa Aravena* (Rómulo Larrafiaga).

<sup>100</sup>Juan Rafael Allende. *Poesías Populares de El Pequén*. Impreso por Pedro G. Ramírez. Tomo iv, págs. 66-71, Santiago, 1882.

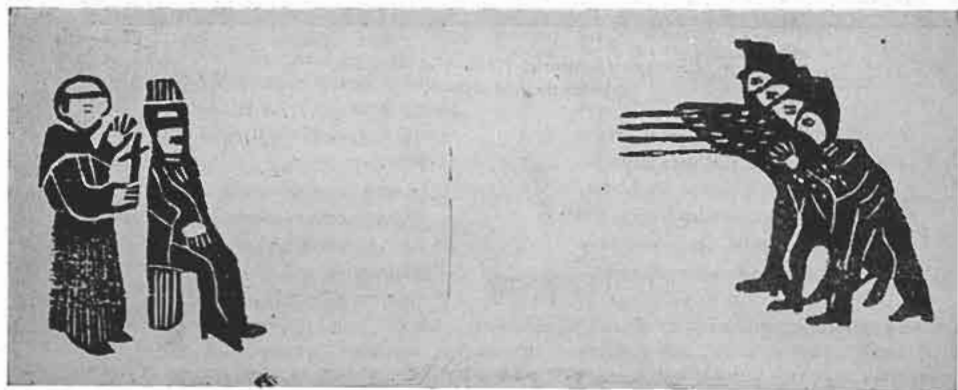


Contrapunto entre el Huaso y el Abogado.  
Verso de *José Arroyo*.



## MUERTE DE UN GUARDIÁN EN LA CALLE DEL PUENTE

Muerte de un guardián en la calle Puente.  
Verso de *Daniel Meneses*.



Fusilamiento del reo Juan Ruiz en Rancagua.  
Verso de *Rosa Araneda*

—¡Están como una granada,  
 pasar a ver mis sandías,  
 chilenas tengo y peruanas!  
 —¡El dulce, fresquito, dulce!  
 —¡Carne asada y ensalada!  
 —¡Ponche en pisco, ponche en ron,  
 ponche en leche y ponche en agua!  
 —¡Ciruelas, damascos, niñas;  
 guindas, frutillas, naranjas!  
 —¡Pasar a probarlo todo,  
 que se acaba, que se acaba!  
 —¡Que viva Chile, muchachos!  
 —¡Chiquillas, viva la Pascual!

## II

—¿Qué quieren tomar, hijitas:  
 helados, ponche u horchata?  
 —Yo quisiera comer fruta,  
 —Pues a comer fruta, mi alma.  
 —¿Cuánto cuesta esa sandía?  
 —Un peso—. Si me la raja...  
 le doy sin chistar el peso,  
 y si está bien colorada.  
 —Mire usted, como una sangre...  
 —¡Cruzarle entonces, muchachas!  
 —¡Ayl, ¡qué brevas tan negritas!,  
 si serán o no muy caras...  
 —¿A cómo el ciento?— ¡A diez reales!  
 —Póngame una pañuelada.  
 —¿Y tienen fresco el pezón...?  
 —Las agarré esta mañana...  
 Si quieren no le hagan daño,  
 tengo harinita tostada.  
 —Bueno, véndanos harina...  
 —¿Y no me compra naranjas?  
 —¿De Quillota?—. Sí, señor.  
 —¿Y a cómo las quillotanas?  
 —A una chaucha, la docena.  
 —Bueno. Póngame una chaucha.  
 —¡Qué damascos tan hermosos!,  
 si de mirarlos, dan ganas...  
 —¡Claveles, claveles de onzal  
 Cómpreme, señor, albahaca.  
 —¡Mire que ramos tan lindos,  
 tienen olorcito a Pascual!  
 —Vamos, chiquillas, escojan,  
 mientras yo saco la plata.  
 —¡Atájenlo!, que me lleva  
 la manteleta robada.  
 —¡Cuenta, niñas!, aseguren  
 manto, basquiña y enaguas,

que en noche de Noche Buena,  
 los demonios sueltos andan.  
 —¿Qué más desean comprar?  
 —Sobra. No queremos nada.  
 —Vamos, entonces, a una fonda  
 a cenar a nuestras anchas,  
 y a beber unos traguitos  
 de malicia con horchata.

## III

Y aquella gente comió  
 hasta que le dio puntada,  
 y bebió como una mula  
 y se divirtió sin tasa,  
 que la Noche Buena es buena  
 para los que tienen plata,  
 y para los que no tienen,  
 la Noche Buena es muy mala.  
 Pero nada hay más hermoso  
 que visitar la Cañada,  
 cuando al canto de las diucas  
 empieza a romper el alba.  
 ¡Qué caras se ven a esa hora,  
 qué figuras y qué fachas!,  
 ya es un futre trasnochado  
 que ha perdido la corbata,  
 con el colero hecho bolsa  
 y con la leva rasgada,  
 que si da un paso adelante,  
 para atrás dos pasos anda,  
 y a quien tratan de halconar  
 dos chicas que, aunque livianas,  
 con el ponche que han bebido  
 van un poquito pesadas.  
 Ya es una chica más fea  
 que en el vientre, una patada,  
 que trae el moño deshecho,  
 sin pretinas las enaguas,  
 y con tierra y a retazos  
 con crema untada la cara.  
 Ya es un viejo verde y chocho,  
 borracho como una parra,  
 que ha ido a la Noche Buena  
 a echar al aire una cana,  
 pero al aire le han dejado  
 las pocás que le quedaban,  
 pues la peluca ha perdido  
 en medio de la jarana.  
 Ya es, en fin, un pobre roto  
 que por el suelo se arrastra,  
 sin poder equilibrarse

porque la tierra le falta,  
 cuando quiere dar un paso  
 en dirección de su casa,  
 y le echa la culpa al chanco,  
 al queso y a la ensalada  
 de aquel trastorno que sufre,  
 pero el *¡huachacai... nequaquam!*;  
 se ven, por último, cosas  
 tan divinas en la Pascua,  
 que no acabaría yo  
 en un año de contarlas.  
 Sepan sólo, mis lectores,  
 y es cuestión averiguada,  
 que la Nochebuena es buena  
 para los que tienen plata,  
 y para los que no tienen,  
 la Nochebuena es muy mala.

88. CARRERAS DE LA VIÑA DEL MAR<sup>101</sup>

*A las mentadas carreras  
 a la Viña del Mar fui,  
 y correr las bestias vi  
 como unas nubes ligeras.*

Grande multitud de gente  
 de todas partes llegaba;  
 uno confuso se hallaba  
 entre tanto concurrente;  
 del Puerto, principalmente,  
 salieron muchas venteras,  
 hoteleras, chinganeras,  
 muchachas, niños y ancianos;  
 sólo no fueron peruanos  
 a las mentadas carreras.

De la capital llevaron  
 caballos muy corredores,  
 y aquéllos más superiores  
 apuraditos ganaron,  
 porque también ensillaron  
 otros muy buenos allí;  
 yo no gané ni perdí,  
 ni quise hacer una apuesta,  
 y sólo por ver la fiesta  
 a la Viña del Mar fui.

Más de ocho vi caer yo,  
 y en lo que digo no fallo,

uno cayó antes del salto  
 y otro en el salto cayó;  
 dijeron —Ya se mató  
 un jinete, y no fue así;  
 yo de versos recogí  
 algún pequeño socorro;  
 saqué los gastos ahorros  
 y *correr las bestias vi*.

En un tren provisional  
 a la gente conducía;  
 treinta o más carros corrían  
 desde la Estación Central;  
 va otro tren especial  
 con las familias primeras;  
 y en el cerro y sus praderas  
 las damas a su gusto vieron,  
 cuando los mancos partieron  
*como unas nubes ligeras.*

Al fin, en esa función  
 el rico hizo lo que quiso,  
 con la entrada y con el piso  
 dejó la lamentación;  
 vi, llenos de confusión,  
 a más de veinte mancebos,  
 estos comerciantes nuevos  
 llevaron huevos cocidos,  
 para quedar más *futidos*  
 y perder hasta los huevos.

89. LAS GRANDES CARRERAS DE VIÑA  
 DEL MAR<sup>102</sup>

*A ver las grandes carreras  
 a la Viña del Mar fui;  
 correr las bestias yo vi  
 como una nube ligera.*

En este año, señores,  
 van a perder, no lo ignoro,  
 la plata, el cobre y el oro,  
 siendo también corredores.  
 Cayeron los ganadores,  
 dicen las gentes de afueras;  
 muchas damas sin polleras  
 han quedado, y sin rebozo;  
 y yo marché, por curioso,  
 a ver las grandes carreras.

<sup>101</sup>Bernardino Guajardo. *Poesías Populares*. Tomo III. Impreso por Pedro G. Ramírez, Santiago, 1881, págs. 84-86.

<sup>102</sup>Hoja N° 495, C. L. Daniel Meneses.



Las que hoy van a ganar  
son la *Fátima* y la *Olivia*;  
aunque hay tanta gente tibia,  
no hay con quién apostar.  
Quien se quiera desquitar  
preséntese donde mí,  
que de Santiago partí  
gustoso y con alegrías,  
y a vender mis poesías  
a la *Viña del Mar* fui.

Cuando ya llegué a la cancha  
con un atado de impresos,  
dije: —A todos estos lesos  
les van a pasar la plancha.  
En una hojita ancha  
al público versos vendí;  
mucha plata recogí  
hasta para mi pasaje,  
e imitando a un celaje  
*correr las bestias* yo ví.

Me paré y quedé pensando  
cuando a la cancha llegué,  
con ser de que no aposté,  
cien pesos salí ganando.  
Cierto es lo que estoy contando,  
a la verdad quién creyera;  
para sacarme de cera,  
me quiso un pillo robar,  
y las bestias vi pasar  
*como una nube ligera*.

Les diré que el tal Medina  
ha tenido malos fines;  
las del pechoño Martínez  
pasaron para la tina.  
Terrible ha sido la ruina  
en el grupo josefino,  
porque sin plata y sin tino  
fuéronse, como verán,  
y aún me creo que están  
maldiciendo al Unitrino.

## 90. LAS REMOLIENDAS DE VIÑA DEL MAR, ARPA, VIHUELA Y PIANO<sup>103</sup>

*A Viña del Mar iremos  
todos llenos de placer,  
las bestias como un celaje  
tendremos que ver correr.*

Arriba, pueblo porteño,  
despierta si estás dormido,  
si quieres ser divertido  
deja ese profundo sueño;  
digo, cantando halagüeño,  
que muy bien disfrutaremos,  
por eso es que celebremos  
esas fiestas primorosas,  
y con niñas buenamozas  
*a Viña del Mar iremos.*

Todas las damas saldrán  
mostrando un bello semblante,  
cada cual más elegante  
y afeitadas con solimán.  
A las carreras irán  
a bailar y a remoler;  
con gusto y con proceder,  
olvidando los quehaceres,  
hombres, niños y mujeres,  
*todos llenos de placer.*

El ponche, vino y cerveza  
en las fondas reinará,  
y el público beberá  
con magnitud y ligereza.  
Viva, viva la viveza,  
entre todo el paisanaje,  
hasta concluir el viaje  
alegres todos verán;  
y en la cancha correrán  
*las bestias como un celaje.*

A los cantores cantando  
veremos en ese día,  
con júbilo y alegría  
las bailarinas, bailando;  
y los porteños brindando

<sup>103</sup>Hoja sin número. G. L. *Las carreras de Viña del Mar*. El envenenamiento de la calle Fontecilla. Muerte trágica de Mesa Bell. La mujer que se ahorcó por celos del marido. Las remoliendas de Viña del Mar. Arpa, vihuela y piano. Versos de puro amor. Ecos de amores. Al que le venga el sayo. El mes de las ánimas. Gran contrapunto entre dos poetas de guitarra, un porteño y un santiaguino, de dos razones. Al pie: *Javier Jerez* y *Adolfo Reyes* que trabajan en compañía. Imprenta Maturana 9-A.

licor, porque es menester;  
digo aquí, con mi entender,  
en mi verso popular,  
las bestias, sin vacilar,  
*tendremos que ver correr.*

Al fin, la gente en verdad,  
celebrará bien la fiesta,  
porque otra cosa no resta  
estar con tanta deidad.  
Sin ninguna novedad  
en el bien se embarcarán,  
y a sus casas llegarán  
sin haber, pues, ningún daño,  
porque para el otro año  
de nuevamente serán.

91. EL PASEO AL RESBALÓN<sup>104</sup>

*Al Resbalón, muchachuelas,  
vistanse todas de gala;  
si alguna cae o resbala,  
vaya a quejarse a su abuela.*

Ya van los días domingos  
muchos a ese paseo,  
pasar, de a cuadrillas, veo  
franceses, yanquis y gringos;  
Pancho, ensillame los pingos  
y tráeme las espuelas,  
despierta a las dos Manueles  
y a la Teresa y la Juana;  
diles, como por jarana:  
—*Al Resbalón, muchachuelas.*

Vayan donde la Rebeca  
y conviden a la Justa,  
que es tan alegre y le gusta  
bailar una zamacueca,  
y para hacer una mueca  
a un joven, no es nada mala;  
muy bien puede la Pascuala  
engañar a un galifardo;  
para que den sus petardos,  
*vistanse todas de gala.*

Maten la pava y el pavo  
y hagan de cada uno, un fiambre,  
tengo una chicha que da hambre

para sacarnos el clavo;  
el aguardiente es tan bravo  
tal que ni el pisco le iguala;  
marchemos por esa escala  
de industria o inteligencia;  
le perdono la evidencia,  
*si alguna cae o resbala.*

Niñas, en tal circunstancia,  
no hay que mostrarse ostentosas,  
porque las que son chinchosas  
llegan a dar repugancia;  
si pierdo y no hago ganancia,  
una por una se amuela,  
en la misma carretela  
o en la carreta tal vez,  
yo la castigue, y después  
*vaya a quejarse a su abuela.*

Al fin, llenen damajuanas,  
barriles, frascos, botellas,  
y ustedes, pónganse bellas,  
aunque sean peor que ranas;  
busquemos por las chinganas  
un bailarín con culero;  
si hay cariño, habrá dinero,  
y los niños de Santiago,  
vendrán a tomarse un trago  
a la *Fonda del Minero.*

92. UN PASEO AL RESBALÓN<sup>105</sup>

I

—Buen día nos amanece,  
fresquita está la mañana,  
las diucas y los chincoles  
entonan dulces tonadas;  
todo nos está pidiendo  
echar al aire una cana.  
¿Cómo se encuentra, compadre,  
para una calaverada?  
—Ya bien sabe usted que a mí  
nunca me faltan las ganas.  
—¿Vamos para el Resbalón?  
—¡Métale! Yo tengo chauchas.  
—Yo, compadre, también ando  
con un poquito de plata.  
—Diga: ¿estaría de más

<sup>104</sup>Hoja N° 598. C. A. Contiene: Estragos del aguacero. Cámara de Diputados. El paseo al Resbalón. Sueño asustador. Bernardino Guajardo.

<sup>105</sup>Juan Rafael Allende. *El Pequeño. Poesías Populares*. Santiago. Imprenta Nacional. Bandera 29. 1880, págs. 165-178.

que lleváramos muchachas?  
 —¡Las cosas tuyas, compadre!  
 —Llevemos a la Tomasa  
 y a la Petita, que tocan  
 que es un primor la guitarra.  
 —¿Y por qué no convidamos  
 a la Manuela y la Maiga  
 que para el escobilleo  
 no hallan quién les dé las *huachas*?  
 —Las convidamos también.  
 —¿Y a esa otra rubia tan diabla  
 que me tiene retemplado  
 y que es tan buena operaria?  
 —¿La Dionisia? —La *mesmita*.  
 —Va también, y con su hermana,  
 esa negrita que tiene  
 de pelo tan linda mata.  
 —Mientras *usté* ensilla las bestias  
 y la carreta prepara,  
 voy a buscar piscolabis  
 y algo para abrir las ganas.  
 —Bueno, compadre Calisto.  
 Luego su diligencia haga,  
 porque antes de la media hora  
 voy a traer a las damas.  
 —Compadre Juan, en media hora  
 me tiene de vuelta en casa.

## II

Ya está ensillado mi manco  
 y la yegüita alazana  
 del compadre, y la carreta  
 toda muy encortinada  
 y alfombradita, y los bueyes  
 que se mandan por tirarla.  
 Ya llegó el compadre Juan  
 con su par de damajuanas,  
 una trae ponche en leche  
 y la otra ponche en agua;  
 el agua para los machos,  
 la leche para las damas.  
 —¡A la carreta las niñas  
 y a su caballo los *guainas*!  
 —¡Apúrase, que ya son  
 las siete de la mañana!  
 —¿Quién lleva los voladores?  
 —Yo los llevo. —¿Y la guitarra?  
 —Aquí viene. —¿Y el causeo?  
 —Aquí está —¿Y las damajuanas?  
 —Aquí también. —¡Bueno, bueno!

Parece que nada falta.  
 —Pica entonces, carretero,  
 hasta quebrar la picana,  
 que para el Resbalón vamos,  
 y el que no cae, resbala.  
 —¡*Huifa!*; ¡viva Chile, *miéchica!*  
 —¡*Primavera!* —¡*Trinitaria!*  
 —Echele un trago a esta niña  
 que va a afinar la guitarra  
 para que una tonadita  
 me cante de esas *rajeadas*.  
 —Ya salimos de Santiago...  
 Vamos a entrar en confianza...  
 pásame un volador, Peta,  
 y un trago de ponche en agua...  
 —¡Tira, carretero, tira,  
 que está buena la jarana!...  
 —Vamos, Tomasa, cantando...  
 la vihuela está afinada.  
 Con una voz de angelito  
 empezó a cantar Tomasa,  
 una tonadita de esas  
 que de pata en quinchita llaman,  
 mientras tanto la Petita  
 el segundo le llevaba,  
 y el tuerto Pascual Montoya  
 tamboreaba en la guitarra.  
 Cuando oí que el cogollito  
 la Tomasa a mí me echaba,  
 de las espuelas al manco  
 clavé toda la rodaja,  
 y en la carreta el cogote  
 metimos como una garza.  
 Las niñas, al mirar esto,  
 armaron una algazara,  
 que parecían cotorras  
 de esas de la otra banda.  
 Cuando mi compadre vio  
 que yo hacía tal hazaña,  
 picó también a su yegua  
 y, como yo, hizo su entrada.  
 —¡Jesús, María y José!  
 —¡Que nos pisan, que nos matan!  
 —¡No se metan tan adentro!  
 —No tenga cuidado, mi alma,  
 que estas bestias son tan linceas  
 que tan solo hablar les falta...  
 —¡Pásame un trago, Dionisia!  
 —¡Pásame un trago, Tomasa!  
 —¡La comprometo, Petita!  
 —¡A su buena salud, Maiga!

—Se la hago —Y yo se la pago...  
 —Salud y provecho... Gracias.  
 —¡Tira, carretero, tira,  
 que va buena la jarana!  
 —¡Viva Chile! —*¡Primavera!*  
 —¡Ah! *Hijuna gran... —¡Trinitaria!*  
 —“Avecilla que vuelas  
 sin esperanza,  
 ven y te daré un trago  
 de ponche en agua”...  
 —Arréglate el moño, niña...  
 —Tengo seca la garganta...  
 —Pica, pica, carretero,  
 —Hasta quebrar la picana...  
 —Hasta verte, Cristo mfo...  
 —Ya vengo medio rascada...  
 —*¡Primavera!* —Pase un trago...  
 —Mire: ¿me ha visto usted cara  
 de caballo vigilante?  
 —*¡Huifa!* —*¡Ay! ¡ay! ¡ay!*... —*Trinita-*  
 , *[ria!]*

## III

Seguimos chupando duro,  
 y siguieron las tonadas,  
 y los gritos de las niñas,  
 y la bulla y la algazara,  
 hasta que el tuerto Montoya  
 nos dijo en una parada:  
 —¡No hay más ponche en leche, niñas!  
 ¡Niños, no hay más ponche en agua!  
 —¿Qué dices?, ¿se acabó el ponche?  
 —Secas van las damajuanas...  
 A esto grita mi compadre:  
 —*Cumpa*, no se le dé nada...  
 ¡llegamos al Resbalón!,  
 y aquí el ponche no hace falta...  
 Endilga, carreterito,  
 y atrácate a esa ramada...  
 —¿De quién es esa vivienda?  
 —Dicen que es del guatón Candia.  
 —¡Apearse, niñas, aquí,  
 que ésta es la ciudad de Jauja!  
 De gustadores y niñas  
 llena estaba la chingana,  
 pero como las *chirolas*  
 en toditas partes mandan,  
 lo que les mostré la bolsa  
 para todos sobró banca.  
 Mientras las niñas, helados

hasta llenarse, tomaban,  
 yo me fui con mi compadre  
 a dar algunas topeadas  
 con los huasos, como yo,  
 que en unas bestias lozanas  
 se arrimaban penca y penca  
 por disputarse la vara.  
 Por un lado mi compadre  
 con su yegüita alazana,  
 y yo por el otro lado  
 en mi manco, que es un arpa,  
 les metimos a las bestias  
*toditita* la rodaja  
 en el vacío, y al fin  
 no quedó nadie en la cancha,  
 ¡Eso sí, las pantorrillas,  
 la cabeza y las espaldas  
 nos quedaron lo mesmito  
 que del Señor de la Caña!  
 Lo que nos bajó la sed,  
 a las bestias dimos larga  
 y nos metimos, al tiro,  
 al medio de la ramada.

## IV

¿Qué haber de niñas bonitas?,  
 ¡si más parecían santas!  
 Luego busqué una pareja,  
 me mancorné con la Maiga;  
 pedí que una resbalosa  
 las cantoras me tocaran;  
 y empecé a escobillar fino  
 y a echar *guaras* y más *guaras*.  
 Iba ya el baile a acabar,  
 cuando un huaso se me planta,  
 entre mi pareja y yo,  
 con un cazador de a cuarta  
 llenito de ponche en ron,  
 con torrejás de naranja,  
 y a toda boca grita: —¡Aro!  
 ¡aunque me cueste muy caro,  
 dijo ña Pancha Lecaro,  
 donde me canso me paro,  
 cogote y pico de traro!  
 Me pilló el ponche con ganas,  
 pues lo bajé cuatro dedos  
 a la primera topeada.  
 Cuando acabé de bailar,  
 vuelta el mundo se me daba;  
 hice una buena pedida

y seguí la zalagarda.  
 Mi compadre le atracó  
 a la chicha de Aconcagua,  
 porque la chicha y no el ponche  
 le gustaba a la del arpa,  
 y él estaba enamorado  
 de la arpista hasta la cacha.  
 El tuerto tomaba chicha,  
 ponche y lo que le pasaban,  
 y a las niñas que llevamos  
 les agradó más la horchata . . .  
 Pero con tanta malicia  
 que todas casi se rascan.

## V

Cuando en lo mejor gustando  
 estamos a nuestras anchas,  
 llega una nube de futres  
 que oscurece la ramada.  
 Toditos vienen sin chica,  
 todos vienen a la cuarta,  
 pues que beben como mulas  
 y comen como la sarna,  
 pero ni uno de ellos pide  
 una sola convidada;  
 y bailan todos los bailes,  
 y a las chiquillas se atracan,  
 y empiezan con manotones  
 y con unas palabradas . . .  
 Al fin a mí la paciencia  
 para sufrir se me acaba  
 y les digo: —Caballeros,  
 ¿qué hacen? ¿gastan o no gastan?  
 ¿o vienen aquí a bolsear  
 sin aflojar una chaucha?  
 —Si no la aflojo será  
 porque no quiero aflojarla,  
 contestó uno de los futres  
 que más bebía y bailaba.  
 —Mándese entonces mudar  
 luego con su parvada,  
 que nosotros aquí estamos  
 entre gente de confianza,  
 y no más a las chiquillas  
 me les esté haciendo guaras,  
 porque no le sale pasto  
 si le doy una guantada.  
 Todita la futrería,

al oír estas palabras,  
 se me vino encima; pero  
 yo salí de la ramada,  
 en pelo monté en mi manco  
 y me volví a hacerles cara  
 a los futres, que en cuadrilla,  
 a pegarme se aprontaban.  
 Mi caballo revolvió  
 entre todos, a mis anchas,  
 y a rebencazos los hice  
 saltar lo mesmo que cabras.  
 Los vasos y las botellas,  
 y la vihuela y el arpa,  
 las silletas y las mesas  
 se rompían y rodaban;  
 el fondero maldecía  
 y lloraban las muchachas;  
 pero yo con los bolseros  
*quilbo* y *quilbo*, huasca y huasca,  
 hasta que todos se fueron  
 con la badana sobada.

## VI

Llamé al fondero y le dije:  
 —Amigo, quien quiebra, paga;  
 cobre todo lo quebrado  
 y traiga vihuela y arpa,  
 ponche en pisco, ponche en ron,  
 chicha, cerveza y horchata,  
 y siga la remolienda  
 y prosiga la jarana.  
 Dicho y hecho; lo que solos  
 quedamos con las muchachas,  
 de nuevo empezó la fiesta,  
 las cuecas, arpa y guitarra,  
 los amores con las niñas,  
 y los tragos y la rasca,  
 hasta que, entrada la noche,  
 nos volvimos a la casa,  
 curados como unos cueros  
 y alegres como unas pascuas.

93. HISTORIA DE SAN FELIPE<sup>106</sup>

*Quesitos de Putaendo,  
 los calabazos de aji,  
 en casa del falte León,  
 chicha, vino y chacolí.*

<sup>106</sup>Versos de *Patricio Miranda Venegas*, ex obrero municipal de Valparaíso. Editor de la *Lira Porteña*. Pensión Palermo, San Ignacio 280, Valparaíso. Imp. "La Importadora".

## IX. Picaresca

Cincuenta años van ya  
 en que fui sanfelipeño  
 de huasito lugareño  
 fui *choro* en esta ciudad.  
 Recuerdo, en lejana edad,  
 parece que estoy oyendo,  
 cuando decían: —Les vendo  
 habas, cebollas y arvejas,  
 y traigo para las viejas  
*quesitos de Putaendo*.

Por otra calle venía  
 otro gritando frutillas,  
 piropeando a las chiquillas,  
 las veteranas de hoy día.  
 Otro gritaba en seguida:  
 —Traigo huevos de perdiz;  
 placentero y muy feliz  
 otro gritaba el pescado;  
 y del Cariño Botado<sup>107</sup>,  
*los calabazos de aji*.

También la *gallá* minera  
 de la mina *Descubridora*  
*cangallaba* sin demora  
 por debajo de la *culera*.  
 Fue una vida zorzalera  
 en San Felipe, patrón;  
 allá en la calle Cajón  
 vendían ponche muy rico,  
 lo mismo que en Puente Chico,  
*en casa del falte León*.

En tiempos de chicha nueva  
 de aquella que al ojo salta,  
 a cuatro reales la cuarta  
 de don Jovino Foncea.  
 Aquel tiempo era una breva,  
 quién no tomaría así,  
 aguardiente con anís  
 a cuartillo la medida,  
 y en las Coimas<sup>108</sup> se vendía  
*chicha, vino y chacolí*.

Cuando me daba por niña,  
 me tincaba la copucha,  
 me iba donde misía Lucha  
 a la calle Traslaviña.  
 No me importaba ni piña

meter boche a todo brío,  
 éramos los más temidos  
 con Domingo *El Pequenero*;  
 nos llamaba los bolseros,  
 la ñata Rosario Ríos.

94. LOS DOS ROTOS EN LA CHINGANA DE LA RANA<sup>109</sup>

*Yo trabajo en la semana  
 y el domingo me la tomo;  
 el lunes planto la falla  
 y el martes le pongo el hombro.*

Este roto convidó  
 a otro para ir a gustar,  
 y a una fonda a oír cantar  
 el par de rotos entró.  
 Uno al mozo preguntó:  
 —¿Qué vale esta damajuana?;  
 hasta que quite mi gana  
 esta noche he de beber,  
 porque para remoler  
*yo trabajo en la semana*.

La dueña de la chingana  
 era una india cabezona,  
 retaca, fea, chascona,  
 que la llamaban *La Rana*.  
 Uno le dijo: paisana,  
 seis días ha que no como,  
 ase un pedazo de lomo  
 mire que el hambre me mata;  
 yo el sábado tengo plata,  
*y el domingo me la tomo*.

Como diez pesos gastaron  
 en ponche, cerveza y vino,  
 y con un lenguaje fino  
 a la patrona encantaron.  
 Luego la plata acabaron,  
 después se fueron a *raya*<sup>110</sup>.  
 Uno al otro dijo: —Vaya  
 a pedir por su salario;  
 yo, lo que me den el diario,  
*el lunes planto la falla*.

La casera cariñosa  
 les ofreció que pidieran

<sup>107</sup>Cariño Botado. Calle de San Felipe.

<sup>108</sup>Coimas. Calle de San Felipe.

<sup>109</sup>Bernardino Guajardo. *Poesías Populares*. Tomo v, págs. 72-74.

<sup>110</sup>*Rayar*: pedir fiado. Cada especie pedida la marcaban, en los campos, con una raya.

licor o lo que quisieran,  
yo les serviré gustosa.  
Una acción tan generosa  
llenó a los rotos de asombro;  
dijo uno de los que nombro:  
eche que pasará susto;  
el lunes tomo a mi gusto  
y *el martes le pongo el hombro*.

Al fin dejaron el clavo,  
pidieron con una *ficha*<sup>111</sup>  
arroba y media de chicha  
y una cazuela de pavo.  
No pagaron ni un centavo,  
y quebraron fuente y olla;  
usaron esta tramoya  
los *pillos*, y se fueron,  
y a la casera dijeron:  
¡vaya a que le pague Moya!

95. CONTRAPUNTO ENTRE EL DESPACHERO  
YO Y EL TOMADOR

(*Cómprame niña bonita*)<sup>112</sup>

*El despachero*

—Cállate, facineroso,  
lengua del mismo demonio,  
ese es un gran testimonio  
que me levantas, tramposo.  
Eres aquel deshonoroso  
que no conoces la fe,  
siempre que contar tendré  
lo que contigo me pasa,  
cuando llegas a mi casa  
te mato el hambre y la sed.

*El tomador*

—Usted es aquel criminal  
que su injuria me maltrata;  
cierto es que el hambre me mata  
por mi moneda cabal;  
por mí tiene principal,  
el hombre avariento y malo;  
lo llamaban *Poncho Ralo*  
en tiempo que pobre estaba,  
poco menos le faltaba,  
que garrotear con un palo.

*El despachero*

—No seas tan majadero  
que te critica la gente,  
estúpido, impertinente,  
bruto creado en un potrero;  
quieres a un caballero  
complicarlo en graves faltas,  
a las prisiones más altas  
te meteré por obsceno,  
y me tienes que hacer bueno  
crimenes que me levantas.

*El tomador*

—Puede avanzar el tirano  
que sin justicia se pica,  
con una copa empalica  
a todo el género humano;  
por la mañana, temprano,  
se levanta el usurero,  
ahorcando al pasajero  
cuando se halla recortado;  
pasa cazando el pescado  
como yeco en el estero.

*El despachero*

—Atrevido varonil,  
mucho me admira tu facha,  
mugriento andas como hilacha  
y te opones perejil,  
que por mal nombre, el barril  
te dicen, y la chicharra;  
*lacho* de la Juana Parra  
y a más sois campanillero,  
eres el primer bolsero  
y niño de la *manfarra*.

*El tomador*

Con la más justa razón,  
en contestar me preciso,  
porque yo en Valparaíso  
te conocí de cabrón;  
por más señas, en El Barón  
tenías un *restaurán*,  
en ese maldito afán  
con el *pije* echabas guata,  
y te formaron de plata  
las chuscas del Arrayán.

<sup>111</sup>Ficha: moneda de caucho de valor de cinco y de dos y medio centavos que se usaban en los carros urbanos.

<sup>112</sup>Hoja N° 110. Col. Lenz. José Hipólito Cordero.

*El despachero*

—Recuerda, insigne fatal,  
nefando, bribón del siete,  
cuando fuistes alcahuete  
de un tambo en El Arenal;  
me quieres pegar tu mal,  
usurpador de lo ajeno,  
pero aquí te pondré freno  
para dejarte en mi piara;  
sois el primer pelacara  
de los cerrillos de Teno.

*El tomador*

—Era como yo decía,  
señor don Pedro Palacio,  
principió a llover despacio  
y acabó con *avenia*;  
yo te sigo la porfía  
hasta ponerte bozal;  
hablador irracional  
si yo te agarro, te majo,  
y tendré que echarte abajo  
viejo boca de albañal.

*El despachero*

—Anda, vete al alto del morro,  
si te resientes por eso,  
como sois el primer leso  
tu mujer te pone el gorro;  
con mis poesías te corro,  
respétame como padre;  
encomiéndate a tu madre  
si te rasguña mi gato,  
llamarás en este rato  
al demonio por compadre.

*El tomador*

—No seas tan ofensivo  
empalado con tus brechas,  
porque si a panteón me echas  
como hombre me entiero vivo;  
por tu temor no me esquivo,  
maricón, si más te *arriejas*  
yo no te aprecio tus quejas  
y te doy pronto a saber,  
que te tiene tu mujer  
el gorro hasta las orejas.

*El despachero*

—Con esto que te ha pasado  
conocerás la razón,  
no te quedará pasión  
de volverme a pedir fiado;  
como todo descornado  
te mandaré a la internada,  
a comer paja y cebada  
por infame y disoluto;  
tú eres el primer bruto  
que faltas en mi memoria.

*El tomador*

—Al fin, ya para no verte  
más, ponzoñoso reptil,  
que si yo fuera fusil  
pronto te daba la muerte;  
pensaste hacer tu suerte  
y encerrarme en esa troya,  
montabas la bola en la olla  
y mucho te desesperas,  
te serviré como quieras  
a fe de ser Pancho Moya.

*El despachero*

—Al fin, si no quieres verme,  
no me haces ninguna ofensa,  
huaso inmundado, sinvergüenza,  
que me has hecho indisponerme;  
tratas de ignorante hacerme,  
insolente, mal hablado;  
como a un macho cargado  
te echo a palos para afuera,  
y te deja con jetera,  
Pedro Palacios afamado.

96. GRAN CONTRAPUNTO ENTRE UN  
GUARDIAN Y UN BORRACHO<sup>113</sup>*El guardián*

—Mira, borracho atrevido,  
observa bien los detalles,  
de andar curado en las calles  
sabes que no es permitido.  
De aquí saldrás remitido  
por insolente e infiel,

<sup>113</sup>Hoja N° 339. C. L. Contiene: El pájaro niño. Gran contrapunto entre un guardián y un borracho. Sobre las olas. Las violetas. El jazmín. *Anónimo*. Imprenta del Aguila, Concepción.



si no me mostrase cruel  
te mandaría, belloco,  
como un mazo de tabaco  
atado para el cuartel.

*El borracho*

—Escucha, guardián remoto,  
yo no soy ningún botado,  
como a ti que te han sacado  
las chisperías del pote;  
no pienses que yo soy roto  
de los que andan en cuadrilla;  
de la raza palomilla  
no seré paco alcahuete,  
que si te atraco un puñete  
verás una candelilla.

*El guardián*

—¡Hola, venga, compañero!,  
llevamos a éste, preso,  
por torpe, canalla y leso,  
por vago, flojo y ratero.  
Este ha de ser *patraquero*  
como aquí tanto se ataja;  
y caminará al momento  
al golpe de pito y caja.

*El borracho*

—Te doy a saber, guardián,  
que yo soy de los de Maule,  
y tú porque andas con sable  
me quieres vender el pan;  
descáis darme un *catatán*  
por un crimen de manera;  
si formo la pelotera  
yo no te reculo un tranco,  
y tú, cuando andas de franco,  
te curas como tetera.

*El guardián*

—Calla, bandido, el hocico,  
tu lengua mucho se avanza,  
si cumplo con la ordenanza  
un buen castigo te aplico;  
tú eres el primer borrico  
que sin culpa me maltratas,  
como animal te desatas,  
caballo mal enfrenado;  
si no anduvieses parado,  
eras bruto en cuatro patas.

*El borracho*

—Me tratas como rebeldía  
y me atormentan tus leyes,  
hocico tienen los bueyes,  
como usted, señor Usía.  
Mi conducta no es bandida  
como lo dices, tirano,  
has querido con tu mano  
pegarme, como enemigo,  
. . . . .  
cuando tú seas paisano.

*El guardián*

—A lo que dices, borracho,  
te considero como loco,  
y creo que será poco  
apalearte como un macho.  
Con esta raspa de cacho  
convéncete matapijo,  
calavera con un ojo  
el disparate que habláis,  
y si me la sentenciáis,  
no te morirás de antojo.

*El borracho*

—De irracional me has tratado,  
como infame delincuente,  
y tú que andas permanente  
con la marca del Estado.  
Tú eres un puro asoleado  
tu oficio es de catanero;  
ofendiendo al pasajero,  
más bravo que un cucaracho,  
te llevas en el despacho  
secando vasos, bolsero.

*El guardián*

—Al fin, chíchero completo,  
te advierto sobre este asunto,  
si después te hallo en mi punto  
yo sabré donde te meto;  
por la falta de respeto  
debías de hacerte mal,  
chancho criado en un corral,  
atrevido, desatento,  
si no te vas al momento  
le piteo al oficial.

*El borracho*

—Al fin, ya me voy, vecino,  
a tu mandato estoy listo,

pero yo siempre te he visto  
como cuero en el camino.  
Porque tienes tu destino  
me quieres avergonzar;  
no te vas a aporruñar,  
paco negligente y porro,  
porque andas con ese gorro  
gran prosa queréis tirar.

97. EL LECHERO<sup>114</sup>

*Un lechero iba pasando  
una joven lo llamó,  
en un cantarito nuevo,  
leche, el lechero le echó.*

En la calle de Santa Ana  
desvariaba un zapatero:  
Dios y un ponche, por primero,  
en leche, por la mañana.  
Empeño una manta llana,  
le dijo a otro, conversando:  
—Azúcar está faltando,  
agua hay en la pila, enfrente;  
ese día, felizmente,  
*un lechero iba pasando.*

Después que el ponche tomaron,  
como sucede al que toma,  
con palabras, odio y broma,  
hasta que se disgustaron.  
En la calle se guantearon,  
al pleito gente llegó  
y al vecindario alarmó;  
para contar el asunto,  
al policial de aquel punto,  
*una joven lo llamó.*

Al pleito que éste tenía,  
el paco al cabo piteó,  
y el cabo ahí le cedió  
el cuartel de policía.  
Estando preso decía:  
—Quién tomara ponche en huevo;  
a mis caseros les debo  
dijo otro de la pandilla;

aquí *tomai* lagrimilla  
*en un cantarito nuevo.*

Declaración le tomaron,  
esto pasó el otro día,  
dijo que él, cuartel tenía,  
y a su cuartel lo mandaron.  
Los jefes lo dispensaron  
salió y a otro convidó;  
unas hormas empenió  
cuando divisó al casero,  
y en la copa del sombrero,  
*leche, el lechero le echó.*

Al fin, a aquel zapatero  
lo mandó preso un gabacho,  
*dejante* que era borracho  
y era gavilán ligero.  
Le probó que era ratero,  
un oficial de Yumbel;  
dio orden el coronel,  
que después de la retreta,  
a carrera, de baqueta,  
lo botaran del cuartel.

98. EL ROTITO ENAMORADO<sup>115</sup>

*En medio de la Alameda,  
un roto estaba lachando,  
con el sombrerito al ojo  
y las tiritas colgando.*

Un sábado, a la oración,  
salió el rotito nombrado,  
entró y tomó un bocado  
donde un chino cantón.  
Después buscando pasión  
pasó frente a la Moneda;  
y una vestida de seda,  
con jovialidad jocosa  
dijo: —Hagamos cualquier cosa,  
*en medio de la Alameda.*

El roto le conoció  
de que tenía apetito,

<sup>114</sup>Hoja Nº 328. C. L. Contiene: Fuga del reo Vergara de la Penitenciaría. La venta del Crucero Esmeralda. El Lechero. El caldito saludable. Los gigantes turcos. *Nicasio Serrano (Boldo a Boldo)*.

<sup>115</sup>Hoja Nº 205. C. L. Contiene: El rotito enamorado. Versos bíblicos a lo divino. La formación de Adán. Contrapunto político Entre un huaso y Don Federico Errázuriz. Espantoso suceso en Talcahuano con la reventadura del "Gaviota". Muchos muertos y heridos. Dos amores puestos en una balanza. Quintilla amorosa. *Daniel Meneses, Poeta Nortino*. Morandé 8-A. Imprenta. Moneda 25-M.

por eso es que ligerito  
al café la convidó.  
La china lo acompañó  
para irlo empalmando,  
y al tirilludo pensando  
en ella, al ver que se atraca;  
y a presencia del canaca  
*un roto estaba lachando.*

Donde el *compale* llegaron  
el rotito y la muchacha,  
y ésta como era tan *lacha*,  
hacia la pieza entraron.  
Después que ya lo estrujaron  
le dijo ella con enojo:  
—¿Quiere cumplirme un antojo  
y sírvame un valdiviano?  
—¡Cómo no!, dijo el villano,  
*con el sombrerito al ojo.*

Se quedó con ella allí  
creyendo que lo quería,  
lo cual salió al otro día  
refregando como ají.  
Dijo: —Mi plata perdí  
y al hospital voy volando,  
y se iba apuntalando  
en un bastón muy en mala;  
lo vi entrando a la sala  
*con las tiritas colgando.*

Al fin, el roto templado  
jamás olvidará el susto;  
seis meses le costó el gusto  
por haber confiado.  
Está muy apesarado  
sin tener un solo peso,  
piensa en el impuro beso  
que le quedó descociendo,  
y oye que le están diciendo:  
*—Friégate por diablo lesa.*

99. LO QUE ME PASO A MÍ<sup>116</sup>

*Al pleito de unos casados,  
yo, por irlos a apartar,  
a mí me hicieron sonar  
como tambor destemplado.*

Encima de unos taburetes  
andaba hecha una collera,

levantaban polvareda  
pegándose de moquetes.  
Eran tantos los puñetes  
y ellos del pelo tomados,  
por el suelo revolcados,  
después yo fui el aturdido;  
motivo haberme metido  
*al pleito de unos casados.*

La mujer perdió el refajo,  
sirvió al hombre de banquillo,  
envuelto como un ovillo  
puso al marido debajo;  
pegándole, sin barajo,  
sin poderla sosegar.  
De rabia se llegó a mear  
diciendo que por enojo;  
toqué un guantón en un ojo,  
*yo, por irlos a apartar.*

Al cabo se sosegaron,  
y al ver los dos sin camisa,  
me dio tentación de risa  
y a tomar me convidaron;  
a poco me preguntaron  
quién me había ido a llamar;  
les empecé a contestar  
haciéndome pechugón,  
como quien da en un cajón  
*a mí me hicieron sonar.*

Qué hombre tan entrometido,  
me decía la mujer.  
—¿Qué me viene a defender?,  
si me pega, es mi marido.  
Le dije en este sentido:  
—Con retarme me han pagado;  
de repente, aquel malvado  
por detrás me dio un chopazo,  
y me sonó el espinazo  
*Como tambor destemplado.*

Al fin, yo los demandé,  
y el juez los llamó a consulta,  
a mí me hizo pagar multa,  
fue el producto que saqué;  
enojado los busqué,  
di con él y su señora;  
dijo la niña cantora:  
—A los dos los hacen cuero.

Si no es por un carretero,  
me están pegando hasta ahora.

100. EN UN CASAMIENTO<sup>117</sup>

*Al pueblo quiero contar  
la mano que me pasó;  
en una gran remolienda  
casi el diablo me llevó.*

A un grande casamiento  
un día me convidaron,  
y tanto, pues, me invitaron  
que fui con todo contento;  
al llegar, un rico asiento  
me pusieron, especial;  
pero al tiempo de brindar  
un bochinche se formó,  
y lo que ahí me pasó  
*al pueblo quiero contar.*

El novio, medio curado,  
tomó a la novia del pelo,  
y luego la trajo al suelo  
pegándole, alborozado.  
Yo le dije: —Amigo amado,  
para qué me convidó,  
y entonces me contestó  
con un fuerte bofetón,  
y yo cuento, con razón,  
*la mano que me pasó.*

Por detrás de una barrica  
me hizo trastabillar,  
y de punta fui a parar  
dentro de una bacinica.

La boca mía fue chica  
al ver tan mala merienda,  
para que el lector me entienda  
en cifras le digo aquí,  
que sólo aquello comí  
*en una gran remolienda.*

La luz se había apagado,  
todos medios *curaones*  
andaban dando trompones  
al que encontraban parado.  
Yo me había enderezado  
cuando uno se acercó,  
y otro bofetón me dio  
volteándome cuatro dientes;  
y con esos imprudentes  
*casi el diablo me llevó.*

Por fin, amaneció el día,  
yo botado en un rincón  
me levanté, con razón,  
con la espalda adolorida.  
La novia estaba aturdida  
en aquella misma pieza,  
y debajo de una mesa  
estaba el novio botado,  
teniendo un brazo quebrado  
y partida la cabeza.

<sup>117</sup>Hoja Nº 243. C. L. Contiene: Caída de un rayo. Nueve víctimas. En favor de la industria nacional. El gran *meeting* del domingo. Acalorada polémica entre un reyista y un errazurista. Los acontecimientos. De una noche de cena. Versos por la Pasión. Lo que pasó al popular en un casamiento. *Juan Bautista Peralta*. Calle Huemul 34.

# Félix Denegri Luna: Los primeros años del Mariscal Andrés de Santa Cruz

EL ESTUDIO de la vida y obra del Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz es un tema apasionante e inagotable. Pretender hacer la reseña de su biografía es un que-hacer que excede a mi propósito y por eso he tratado circunscribir mi relato a los años de formación de quien le tocó, como a hijo de su tiempo, vivir entre dos mundos. Años esenciales de un hombre que tuvo que aprender a resolverse con acierto en su juventud, preparándose así porque años más tarde debía tomar las determinaciones que señalaron el rumbo a dos pueblos, que debieron, como la Historia les ordenaba, y como Santa Cruz lo pretendió, ser uno solo.

Su vida fue multiforme y trascendente, y es por eso, que su nombre, a pesar de que el caudillo murió hace un siglo, todavía apasiona encendidamente a quienes lo admiran y a quienes lo siguen objetando. Su caso no es el único en nuestra América. El culto a nuestros héroes parece obligar, lo que es arbitrario, a odiar a quien o a quienes fueron sus opositores en vida.

*Vida multiforme y trascendente*

No pretendemos en esta ocasión entrar en la disquisición de si Santa Cruz tuvo o no razón en sus afanes de constituir el Gran Perú.

Las opiniones, a pesar del tiempo transcurrido, aún se mantienen desacordes entre los historiadores de los países que les tocó participar en ese episodio de la vida de la América indoespañola.

Pero nadie puede discutir la capacidad organizadora del admirable caudillo gran peruano en cuanto se refiere a que sus ideas tenían como postulados el orden, el fortalecimiento de la autoridad y el criterio de que los deberes y derechos de los ciudadanos son correlativos; el uso bien entendido de la libertad; la severidad de la ley y la estricta obligación de obedecerla; la correcta percepción y empleo de los dineros públicos; la firme y clara decisión de acrecentar el prestigio del Perú, usando para tal fin a los mejores hombres, superando diferencias anteriores, y, en fin, la intransferible voluntad de grandeza nacional. Estos son hechos por todos aceptados.

*Su capacidad organizadora*

A esas connotaciones a favor de Santa Cruz, opusieron algunos de sus contemporáneos, que su ambición de poder, fue un apetito, que según aquéllos, lo antepuso a las grandes conveniencias nacionales y que por su ambición intrigó y conspiró por

El autor de este artículo es uno de los más brillantes jóvenes con que cuentan los estudios históricos y bibliográficos del Perú. Su obra se ha repartido en la publicación de eruditos estudios sobre estas disciplinas anotando viejos y valiosos textos históricos, formando bibliografías y escribiendo sobre períodos de la Independencia y primeros años de la República, materias en las cuales es una autoridad indiscutible. Félix Denegri Luna posee una biblioteca única en su patria acerca de ese período, formada con especial cuidado y selección de los materiales bibliográficos. Además, su colección de viajeros sobre el Perú es riquísima y la documentación que atesora inestimable. Perteneció a las instituciones más prestigiosas en su patria, tales como la Academia Peruana de la Historia, Sociedad de Bibliófilos y al Instituto Riva Agüero. Es profesor de la Universidad Católica de Lima. Es miembro académico de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile.

El presente estudio, que pone al día la investigación histórica sobre los primeros años de Santa Cruz, ha sido especialmente escrito para nuestra revista por el joven historiador.

muchos años, como si fuesen muchos los grandes políticos a los que se les pueda exonerar de tales tachas. Se ha invocado su crueldad, de la que también fuese acusado el Libertador Bolívar, olvidando que ambos fueron ejemplares en su clemencia para quienes consideraron vencidos leales.

A Santa Cruz se le incriminó de enemigo de la Libertad, sin recordar que fue un soñador de ella, por la que luchó sin desmayos y con ejemplar constancia, arriesgando todo en esas luchas, pero también es cierto que quiso la libertad dentro del orden y en esto, como en otros aspectos, se acercó al pensamiento de Bolívar.

Habiendo transcurrido alrededor de siglo y medio de la actuación de los próceres de nuestra Independencia, se hace imperativa la presentación imparcial de sus errores y de sus éxitos, que son los que hacen posible el juicio revestido de caracteres esencialmente justicieros de la Historia, la que sólo puede pronunciarse conociendo el anverso y el reverso de sus actuaciones, para así poder fijar los contornos de las figuras que con su gloria forman nuestra gloria nacional.

Por eso, aprovechamos este ensayo, para reiterar una vez más, la necesidad inaplazable de que se publiquen las memorias y los documentos de los archivos de nuestros grandes hombres para poder conocer con seriedad nuestra Historia. Como ha dicho uno de nuestros más ilustres poetas, debemos seguir "el ejemplo de los árboles que no renuncian a sus raíces para sostener su devoción por la altura del cielo"<sup>1</sup>.

Sólo así, con las raíces hundidas conscientemente en nuestra Historia, podremos aspirar con solidez a las alturas del engrandecimiento patrio.

Con esos ligeros antecedentes, si así pueden llamarse, trataremos de hacer un breve análisis de los años en que se formó la personalidad de Santa Cruz.

Los hombres, y particularmente los grandes conductores como Santa Cruz, son hijos de su tiempo, porque sólo así pueden representar las aspiraciones de sus pueblos y por eso los pueden dirigir.

A Santa Cruz le tocó nacer a fines del siglo XVIII, cuando en Europa hacía pocos años que la revolución, que se había gestado por largos años en lo cultural, tecnológico y económico, desembocaba en la honda e irreversible transformación que fue la Revolución Francesa.

Aunque la germinación de la revolución en la América Indoespañola no respondió necesariamente a las mismas causas ni exactamente a las mismas cronologías que las de Europa y Norteamérica, esto no quiere decir que les fuese ajena, pues nuestra América ya estaba integrada al Mundo Occidental y Cristiano, y, en consecuencia, nuestra revolución era parte de la gran revolución que convulsionó el Occidente.

Diversas circunstancias transitorias hicieron conveniente presentar al Imperio Español en América bajo los más negros colores antihispánicos y a las luchas de la Independencia como si fuesen guerras nacionales. Mas ante la evidencia de los documentos existentes y ante la mayor serenidad de juicio, se hace imprescindible admitir que nuestra Independencia fue una revolución trascendental e irrevocable, pero revolución al fin, con sus contradicciones y problemas, gestada durante siglos pero que, al surgir la gran crisis que produjo el cambio, tomó a los que debían ser sus autores con los conflictos internos, propios de quienes deben vivir los grandes cambios de la historia, que suelen aparecer como el rompimiento total con el pasado y con las más caras tradiciones recibidas en los hogares familiares como precioso legado.

La decadencia española, tanto política cuanto militar y económica y su rezago

<sup>1</sup>Julio Garrido Malaver, *Un árbol*. Ediciones de la Casa de la Cultura de Trujillo, 1964, pág. 21.

cultural, fue evidente en el siglo XVIII, con la consiguiente disminución del prestigio español en América.

Los relativos avances de los hispanoamericanos fueron acentuando su conciencia de americanidad, que los llevaría a la Independencia.

En 1780 la rebelión de Tupac Amaru conmovió el Imperio Español; poco después se produjo la sublevación de los Comuneros de Nueva Granada, también importante, preludiando la Independencia que paradójicamente había comenzado a germinar casi con la llegada de los conquistadores al Nuevo Mundo.

*Rebelión  
de Tupac  
Amaru*

En esa época plena de ansiosas inquietudes, en 1792<sup>2</sup>, le correspondió nacer en la ciudad de Nueva Señora de La Paz a Andrés Santa Cruz, hijo del prominente criollo don José Santa Cruz, natural de Huamanga, y de doña Juana Basilia Calahumana, de quien se decía que era descendiente de los Incas y posiblemente mestiza, como solía acontecer en las familias de los caciques, pues doña Juana Basilia era cacica de Huarina, opulento cacicazgo situado en la zona oriental del Lago Titicaca. Debemos anotar que en Andrés Santa Cruz se unían la sangre del Perú, por su padre, con la del Alto Perú, por su madre.

*Nacimiento  
Andrés Santa  
Cruz*

Con su nacimiento, se iniciaba en el infante Santa Cruz, por ser mestizo, la condición de hombre de dos mundos, pues no obstante ser su bella y altiva ciudad natal esencialmente mestiza, eran inevitables ciertas situaciones contradictorias en aquellos en los que juntaban las sangres de la raza conquistadora con la sojuzgada, y aunque parezca paradójico, la alta posición de sus padres en muchas oportunidades debió agudizarle estos problemas.

No debemos dudar que sus padres fueron fieles y leales vasallos del Rey de España. Don José, que con el correr del tiempo alcanzaría la clase de coronel de las milicias reales, se distinguió en la lucha contra Tupac Catari, lugarteniente de Tupac Amaru. Su acendrado fidelismo lo conduciría a la muerte por su Rey, a fines de septiembre de 1814<sup>3</sup> y a manos de las turbas patriotas que ocuparon La Paz bajo el signo de Pumacahua. La muerte del viejo coronel realista fue injusta y cruel, pues fue masacrado junto con los más distinguidos realistas de La Paz, con quienes era prisionero de los patriotas, porque por descuido de éstos explotó un depósito de pólvora dentro de La Paz, ocurrencia que les fue achacada a los realistas con sangrientas consecuencias.

<sup>2</sup>Véase la partida de bautismo reproducida facsimilarmente por Arturo Costa de la Torre, *Nacimiento del Gran Mariscal de Zepita - Andrés de Santa Cruz (Dilucidación Histórica)*, La Paz, 1965, entre las páginas 10 y 11.

Creemos que el distinguido investigador Costa de la Torre ha definido en su obra antes citada, el problema de la fecha y lugar del nacimiento del Gran Mariscal Santa Cruz, esto es el 5 de diciembre de 1792 y en la ciudad de La Paz. No obstante debemos reiterar que hay documento, transcrito por el historiador Jorge Cornejo Bouroncle, en el que se dice: "Palacio de Gobierno en el Cuzco a 28 de noviembre de 1838. Al Ilmo. Sr. Presidente de la Ilmo. Corte Superior de Justicia del Distrito. Pasado mañana es el cumpleaños de S. E. el Supremo Protector..." (*El Patriota Felipe de la Rocha en Revista Universitaria*, Año XI, N° 102, Cuzco, Primer semestre de 1952, pág. 189). Según este documento la fecha del nacimiento de Andrés Santa Cruz sería el 30 de noviembre de 1792.

<sup>3</sup>Hemos dicho a fines de septiembre porque los autores varían el día, creemos que debió ser el 28, porque así parece indicarlo un documento anexo a la *Memoria Militar del General Pezuela*, General en Jefe del Ejército del Alto Perú, y que se intitula *Lista de los individuos muertos en la acción de La Paz de 24 de septiembre de 1814 y sucesiva persecución contra los europeos* (Joaquín de la Pezuela, *Memoria militar del general Pezuela (1813-1815)*, Lima, 1955, pág. 113).

Su condición de hijo de un distinguido y condecorado criollo y de una rica cacica debió darle desde niño una posición acorde a la muy importante de sus padres.

*Los jesuitas de América son expulsados*

Expulsados los jesuitas de América, el niño Santa Cruz no pudo, como lo había hecho su padre años antes<sup>4</sup>, acudir a ellos para sus primeros estudios. Como las mejores posibilidades para estos fines las daba una escuela franciscana en La Paz, allí fue el niño mestizo<sup>5</sup>. No hay ninguna razón para no creer que los sacerdotes franciscanos no fuesen fervorosos realistas, pues de no haberlo sido, su padre lo hubiese retirado de inmediato. De donde resulta que su educación desde su nacimiento hasta su primer viaje al Cuzco, la adquirió en un hogar y en una escuela de probados realistas.

Según una precisa cronología de Santa Cruz, preparada con amplio respaldo documental por su nieto el ingeniero Andrés de Santa Cruz y Schunkrafft, se dice que aquel marchó al Cuzco en 1808, ciudad donde a su vez había estudiado su padre<sup>6</sup>, para matricularse en el Real Colegio de San Antonio, que al mismo tiempo era el Seminario Conciliar de dicha diócesis<sup>7</sup>. Su apoderado en el Cuzco fue don Felipe de la Rocha, como lo ha demostrado el distinguido historiador Jorge Cornejo Bouroncle<sup>8</sup>.

Esta vez, el medio que rodeó al joven Santa Cruz fue radicalmente distinto al de su hogar y escuela de La Paz.

La revolución había ganado adeptos en el Cuzco, ciudad donde era evidente que la rebelión de Tupac Amaru había tenido simpatizantes de alta jerarquía. Entre ellos se contaron eclesiásticos tan importantes como el propio obispo Juan Manuel de Moscoso y Peralta, nacido en Arequipa y quien, por este motivo, tuvo que pasar a España, y los presbíteros José Pérez de Armendáriz e Ignacio de Castro, ambos muy allegados al obispo anterior y acusados por el gobernador Intendente del Cuzco,

<sup>4</sup>Alfonso Crespo, *Santa Cruz - El cóndor indio*, México, 1944, págs. 17-20. D. José se había educado en el Colegio Real de San Bernardo, dedicado a la educación de jóvenes nobles estuvo sujeto a la protección del Rey y sus patronos lo eran los Virreyes del Perú, enseñándose Teología, Filosofía, Latinidad, Retórica y Moral. Los jesuitas estuvieron encargados de su dirección. "Regularmente pasan de cincuenta sus colegiales, en la mayor parte de otras ciudades. Se han visto entre ellos algunos bien ilustres por sus honores. Su traje es un manto pardo y beca azul con la corona real bordada al lado izquierdo y bonete cuadrilobado" (Ignacio de Castro, *Relación de la fundación de la Real Audiencia del Cuzco en 1788*, y de las fiestas con que esta grande y fidelísima ciudad celebró este honor..., Madrid, 1795, págs. 65-66).

<sup>5</sup>Gracias a la gentileza del Ing. Andrés de Santa Cruz S., nos ha sido posible revisar dos biografías escritas por un hijo y una hija del Gran Mariscal de Zepita, en ambas se dice que sus primeros estudios los hizo en la escuela de los padres franciscanos de La Paz.

<sup>6</sup>Alfonso Crespo, *Op. cit.*, pág. 18.

<sup>7</sup>Véase Horacio Villanueva Urteaga, *La Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cuzco*, Cuzco, 1963, págs. 1-38, así el lector podrá formarse una idea de la calidad de los estudios del Real Colegio San Antonio Abad, los cuales en terminología actual se llamarían estudios universitarios o superiores.

En el Archivo del Mariscal Andrés Santa Cruz, cuidadosamente conservado y permanentemente incrementado por su nieto el Ing. Andrés de Santa Cruz S., existen copias certificadas modernas que acreditan que el Mariscal Santa Cruz aprobó exámenes en la citada Casa de Estudios.

<sup>8</sup>Jorge Cornejo Bouroncle, *El patriota Felipe de la Rocha en Revista Universitaria*, Año XLI, N° 102, Cuzco, Primer semestre de 1952, págs. 179-189. En los documentos allí transcritos aparece que Santa Cruz fue colegial de San Antonio (*Ibidem*, pág. 183).



D. Benito de la Matta Linares, de desleales al Rey<sup>9</sup>. Ambos sacerdotes fueron rectores de los Reales Colegios de San Antonio y de San Bernardo, respectivamente, los dos centros más importantes de estudios superiores del Sur del Perú, con trascendente influjo en la formación de la clase dirigente de la región.

El rector Pérez de Armendáriz se mantuvo en su cargo en el Real Colegio de San Antonio desde 1770 hasta 1806, fecha en la que fue promovido a la silla obispal del Cuzco<sup>10</sup>. En 1814 fue reiteradamente atacado por simpatizar con los rebeldes de Pumacahua<sup>11</sup>.

El Colegio de San Antonio Abad, como lo demuestra Horacio Villanueva Urteaga con testimonios irrefutables, fue un centro donde maestros y discípulos profesaban ideas revolucionarias.

Para Andrés Santa Cruz no sólo el ambiente donde vivía era revolucionario, sino que también su apoderado y tutor, el practicante de abogado Dr. Felipe de la Rocha, joven al parecer relacionado familiarmente con los Santa Cruz, natural del Alto Perú era decididamente patriota<sup>12</sup>, fue acusado de rebelde ante la Audiencia cuzqueña y en el expediente respectivo aparecen estos hechos: que era tutor de Santa Cruz, que residía con éste en el citado Colegio, que era patriota y por las declaraciones de maestros y colegiales, se puede colegir que era general el sentimiento revolucionario en la referida academia, y Rocha no pudo negar que tenía contactos con rebeldes de La Paz (Murillo) y que había propagado noticias tendenciosas<sup>13</sup>.

*El ambiente revolucionario donde vivía Santa Cruz*

No es aventurado suponer que el adolescente Santa Cruz fuese objeto de los afanes del proselitismo político de sus profesores y compañeros de estudios, y, en forma acentuada, de su relacionado y tutor, sumamente activo en tales menesteres.

De nuevo la contradicción, todas las enseñanzas anteriores reconvenidas y no por ignorantes o impíos, sino por hombres destacados por su saber, su posición y sus virtudes y en una ciudad muy conmovida por las ideas revolucionarias, al extremo que el general en jefe del Ejército Realista del Alto Perú, Joaquín de la Pezuela, en vísperas de la batalla del Vilcapuquio (19 de octubre de 1813), anotaba en su *Diario*: ... que "si la batalla se perdía, no quedaba ni pueblo ni provincia hasta Lima inclusive, que no se perdiera, sin que los enemigos del Rey tuviesen que disparar un fusil..."<sup>14</sup>. El dilema era tremendo para los jóvenes de la generación de Santa Cruz, pues veían que los ideales valederos para sus padres habían cambiado, que la devoción al Rey se transformaba en lealtad a la Patria. ¡Cuántas angustias, cuántas inquietudes!

<sup>9</sup>Véase Horacio Villanueva Urteaga, *op. cit.*, págs. 35-36 y Daniel Valcárcel, *Ignacio de Castro - Humanista tacneño y egregio cuzqueñista*, en *Documento*, N° 1, Lima, 1951-1955, págs. 33-36.

<sup>10</sup>Isaías Vargas B., *Monografía de la Santa Basílica Catedral del Cuzco*, sin pie de imprenta, 1956, pág. 120. Según este autor era el Obispo Pérez de Armendáriz, natural de Paucartambo y de raza indígena o un mestizo con mucha sangre india. Sus apellidos aparecen escritos en diversas formas como son: Pérez de Armendáriz, Pérez y Armendáriz y Pérez Armendáriz.

<sup>11</sup>Además de las fuentes citadas véase: Manuel de Mendiburu, *Diccionario Histórico - Biográfico del Perú - formado y redactado por...*, Tomo VI, Lima, 18. Pág. 274 y Luis Antonio Eguiguren, *Diccionario Histórico Cronológico de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y sus colegios*, Tomo I, Lima, 1940, págs. 962-965.

<sup>12</sup>Véase Jorge Cornejo Bouroncle, *op. cit.*

<sup>13</sup>*Ibidem*, págs. 180-182.

<sup>14</sup>Joaquín de la Pezuela, *Memoria Militar del General Pezuela (1813-1815)*, Lima, 1955, pág. 28.

Debemos indicar que éstas no son suposiciones sin fundamento. A tal extremo llegaron las rebeldías del Real Colegio de San Antonio Abad, que por Real Cédula de 28 de marzo de 1816, se resolvió dejar en suspenso su facultad de conferir grados<sup>15</sup>, lo que venía a ser el resultado del informe preparado por la Real Audiencia sobre San Antonio Abad, donde "se denuncia al claustro como un semillero de ideas insumisas"<sup>16</sup>.

Seguramente al tener noticias de las inquietudes antonianas y del Cuzco, el viejo y leal coronel realista ordenó a su hijo volver al hogar familiar en La Paz y es muy posible que el joven Andrés dejase la Ciudad Imperial a comienzos del mes de julio de 1811, cortando sus estudios, pues hay constancia documental de que estaba en Puno el 22 de julio de dicho año<sup>17</sup>.

Santa Cruz  
se incorpora  
a las filas  
realistas

Poco después, seguramente siguiendo el consejo paterno, Andrés Santa Cruz se incorporaba a las filas realistas. No se puede precisar si fue en el mismo mes de julio o en agosto de 1821. Los servicios distinguidos de su padre le valieron para enrolarse con el grado de alférez y como ayudante del general en jefe de esos días, don Juan Manuel de Goyeneche, nacido en Arequipa.

Antes de dejar el Cuzco, lo que debió acontecer cuando tenía 18 años, tuvo que haber conocido a la familia del oidor de la Real Audiencia Cernadas, pues hay constancia documental de que existía una relación entre don José Santa Cruz y el oidor<sup>18</sup> y este conocimiento sería trascendental para el joven Andrés, pues años más tarde se casó con una hija del oidor, Francisca.

En sus años de estudiante en el Cuzco también debió trabar amistad con un colegial de San Bernardo, pocos años mayor que él, relación que no sólo tuvo gran importancia en sus vidas, sino en la Historia del Bajo y Alto Perú. Nos referimos al que después fue el Gran Mariscal Agustín Gamarra, quien cortó también su carrera de leyes, y entró a las filas realistas, contemporáneamente con el joven Santa Cruz.

El ingreso de Santa Cruz al Ejército Real tampoco le significó la paz política e ideológica, porque en los campamentos del Rey —y volvemos a usar el calificado testimonio del general Pezuela—, habían "muchos oficiales espantadizos, desafectos a la causa del Rey y contaminados por los sediciosos"<sup>19</sup> y "... por tanto malvado como había entre nosotros y en el mismo Cuartel General"<sup>20</sup>.

Y estos problemas ideológicos no se constreñían tan sólo a los oficiales americanos, sino que también angustiaban a los españoles que vinieron de la Península, los que no obstante el prestigio de haber participado victoriosamente en las guerras napoleónicas, estaban profundamente divididos entre serviles y liberales. Estos últimos se asociaban en logias de tipo masónico. El que después fue el general Tomás de Iriarte, era en 1816 un joven teniente coronel porteño<sup>21</sup>, que había

<sup>15</sup>Horacio Villanueva Urteaga, *op. cit.*, pág. 38.

<sup>16</sup>Luis Antonio Eguiguren, *op. cit.*, Tomo I, pág. LXXX.

<sup>17</sup>Recibo de un depósito hecho en la Real Tesorería de Puno por dos mil pesos de tributos de Apolobamba (Archivo Mariscal Andrés Santa Cruz).

<sup>18</sup>Carta de José Santa Cruz y Villavicencio a Felipe de la Rocha, fechada en Putina, 2 de septiembre de 1809, y en ella dice: "A mi prima Da. Eulalia le escribo bajo cubierta... a que se empeñe con el Sr. Sernadas sobre el particular, que en queriendo ella todo se hace". Esta carta la reprodujo Jorge Cornejo Bouroncle, *op. cit.*, págs. 184-185.

<sup>19</sup>Joaquín de la Pezuela, *op. cit.*, pág. 26.

<sup>20</sup>*Ibidem*, pág. 86.

<sup>21</sup>General Tomás de Iriarte, *Memorias*, Tomo II, Buenos Aires, 1944, pág. 440.

luchado también contra las tropas de Napoleón<sup>22</sup>. En ese año, pasó a la América en unión del general La Serna, coronel Jerónimo Valdés, Seoane y Plasencia (estos dos tomaron después el servicio de las armas del Perú), tanto Iriarte como éstos eran liberales y miembros de la Logia Central La Paz Americana de la América del Sur<sup>23</sup>, nombre por demás sugestivo. Tan clara era para estos soldados españoles la justicia de la causa patriota, que dice Iriarte en sus *Memorias* que en más de una oportunidad Valdés le dijo: "La guerra que vamos a hacer a sus paisanos es tan injusta, que si recibo un balazo, mi muerte será tan afrentosa como si hubiera muerto en una horca"<sup>24</sup>. "La Serna (relata Iriarte) era en extremo liberal, . . . su franqueza conmigo llegaba hasta el punto de decirme muchas veces en broma: "Todavía nos hemos de batir señor Iriarte, usted en las filas de los independientes y yo en las del Rey"<sup>25</sup>. Iriarte nos dice que ya antes de salir de España le había advertido a La Serna su decisión de pasarse a los patriotas, no obstante lo cual aprobó la transferencia de Iriarte a América<sup>26</sup>. Tiempo después, con conocimiento de La Serna y con la ayuda de Valdés y de Plasencia, el coronel realista de 23 años de edad, Tomás de Iriarte, se pasaba a los patriotas<sup>27</sup>.

O sea, la oficialidad realista en su conjunto, americana y peninsular estaba, en buena parte, minada psicológicamente. El medio les era hostil<sup>28</sup>. La repercusión de la rebelión de Pumacahua fue muy grande<sup>29</sup>, a pesar de la poca calidad del viejo caudillo y la única explicación de su éxito inicial reside en el arraigo popular de la causa revolucionaria, que, como dijimos antes, había sido objeto de largos años de prédicas en muy diversos niveles sociales.

Estamos persuadidos que el joven Santa Cruz no pudo ser impermeable a estos acontecimientos. Mas, esa misma rebelión fue causa del injusto y atroz asesinato de su padre, don José Santa Cruz, a manos de las turbas patriotas de La Paz en septiembre de 1814<sup>30</sup>, y esta muerte tuvo que causar una fuerte impresión en el hijo y, posiblemente, como reacción, muy comprensible, obligarlo a sentirse más ligado a la causa del Rey, por la que su padre no hesitó en ofrendar su propia vida.

Debió distinguirse Andrés Santa Cruz como soldado, pues en el año de 1817 había alcanzado graduarse de teniente coronel, circunstancia que tenía que enorgullecerlo.

Pero otros factores debían, como lo habían causado durante siglos, estimular la rebeldía del joven paceño. En 1816 llegaron al Alto Perú el general José de la Serna a tomar el mando del Ejército asociado con un grupo de jefes y oficiales peninsulares, que habían batallado contra las huestes napoleónicas en Europa y los recién llegados, conscientes de su mejor preparación militar, demostraron menosprecio por aquellos oficiales que los habían antecedido, que no tenían preparación académica, poca disciplina y hasta su misma presentación era pintoresca<sup>31</sup>. Los

<sup>22</sup>*Ibidem*, Tomo I, pág. 104.

<sup>23</sup>*Ibidem*, Tomo I, págs. 7-13.

<sup>24</sup>*Ibidem*, Tomo I, pág. 9.

<sup>25</sup>*Ibidem*, Tomo I, pág. 9.

<sup>26</sup>*Ibidem*, Tomo II, págs. 426-427 y 432-433.

<sup>27</sup>*Ibidem*, Tomo I, págs. 100-110.

<sup>28</sup>Joaquín de la Pezuela, *op. cit.*, pág. 25.

<sup>29</sup>*Ibidem*, págs. 98 y ss.

<sup>30</sup>Manuel María Urcullu, *Apuntes para la Historia de la Revolución del Alto Perú, hoy Bolivia, por unos patriotas*, Sucre, 1855, 73-74; Alcides Arguedas, *Historia de Bolivia — La fundación de la República*, Madrid, s/a., págs. 134-135; José Fernando de Abascal y Sousa, *Memorias de Gobierno*, Tomo II, Sevilla, 1944, 227 y Andrés García Camba, *Memorias para la Historia de las Armas Españolas en el Perú*, Tomo I, Madrid, 1846, pág. 130.

<sup>31</sup>Joaquín de la Pezuela, *op. cit.*, 24-25.

ejércitos que luchaban en América no se podían llamar propiamente regulares, ni por sus tropas ni por su oficialidad<sup>32</sup>, y así, relució, en forma injusta y exagerada "...una mal calculada prevención contra las guerrillas o cuerpos francos, igual a la que los de línea habían manifestado contra las partidas de España, en las que no querían reconocer un verdadero mérito militar"<sup>33</sup>.

Si bien es cierto que estas actitudes tenían cierta base de justicia, pues el arte militar había sido revolucionado por Napoleón y los recién llegados cambiaron la técnica de la guerra en América, no era menos cierto que los ejércitos indios del Rey se habían batido con lealtad, bravura y bastante éxito contra los patriotas<sup>34</sup>.

Todos estos cambios y contradicciones disgustaron a los oficiales que habían estado haciendo la guerra en América bajo las banderas reales. Además, como agravante, las viejas odiosidades entre peninsulares y criollos y mestizos tuvieron que acentuarse, particularmente contra los últimos, pues la repulsa de los españoles por ellos fue manifiesta. Todo esto tuvo que herir y ofender al joven Santa Cruz<sup>35</sup>.

Santa Cruz  
hecho prisionero

En 1817, el teniente coronel Santa Cruz fue hecho prisionero en la zona de Tarija por una partida patriota comandada por La Madrid, a resulta de lo cual fue enviado prisionero al depósito que tenían los patriotas en Las Bruscas, al sur de Buenos Aires<sup>36</sup>.

Santa Cruz de allí logró fugar y después de algunas peripecias llegó a Río de Janeiro, donde con el apoyo del Embajador español ante esa Corte, por la vía de La Habana y Panamá, pudo viajar a Lima. Se encontraba allí a principios del año 1820. Debemos recordar que este episodio de Santa Cruz es muy similar a otro de la biografía de Ramón Castilla.

En Lima se reincorporó al Ejército, pero en esta ciudad, como dice Mendiburu, "trabajábase... con empeño y secreto en favor "de la Independencia"<sup>37</sup> y con tan buenos resultados, que un número de cierta importancia se pasó a las filas de la Patria"<sup>38</sup>.

El 8 de septiembre de 1820 desembarcó cerca de Pisco la Expedición Libertadora al mando del Libertador San Martín. Este hecho obligó al Virrey Pezuela a tomar distintas disposiciones militares, entre otras envió una columna bajo el mando

<sup>32</sup>Tomás de Iriarte, *op. cit.*, Tomo I, págs. 44-45.

<sup>33</sup>Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispanoamericana*, Tomo II, Madrid, 1830, pág. 296.

<sup>34</sup>Cf. Fernando Díaz Venteo, *Las campañas militares del Virrey Abascal*, Sevilla, 1948.

<sup>35</sup>"...era entonces Santa Cruz un oficial tan obscuro, que sin que se crea jactancia, habría desafiado de alternar con él... tan cierto es que los hombres no pueden conocerse "ni desplegar toda su capacidad intelectual de que son susceptibles, si una ocasión oportuna no se les presenta. Napoleón, aquel gran hombre, es probable que habría muerto obscuro... si la revolución de Francia no hubiese tenido lugar". (Tomás de Iriarte, *op. cit.*, Tomo I, pág. 75).

<sup>36</sup>"Yo temo que todos los prisioneros de Las Bruscas hayan sido "incorporados en las montoneras, y eso nos puede hacer un mal incalculable" (Carta de José de San Martín a Bernardo O'Higgins, fechada en Curimón, 13 de febrero de 1817 y reproducida por Bartolomé Mitre en *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana en Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vol. V, Historia, Buenos Aires, 1940, pág. 442).

"...Las Bruscas, depósito de prisioneros españoles en la provincia de Buenos Aires" (Tomás de Iriarte, *op. cit.*, Tomo I, pág. 75).

<sup>37</sup>Manuel de Mendiburu, *Biografías de Generales Republicanos por...* Lima, 1963, pág. 91.

<sup>38</sup>Cf. Joaquín de la Pezuela, *Memoria de Gobierno*, Sevilla, 1947.

del brigadier irlandés Diego O'Reilly al interior del Perú y en ella marchó el teniente coronel Andrés Santa Cruz. San Martín, a su vez, había desprendido hacia la misma zona una división comandada por el general Juan Antonio Álvarez de Arenales —español al servicio de la Patria—, la que tuvo un encuentro victorioso con las tropas de O'Reilly en Pasco, el 9 de diciembre de 1820. En esta acción participó Santa Cruz, comandando un escuadrón de Dragones de Carabayllo.

Terminado el encuentro de Pasco, Santa Cruz empezó a retirarse con su escuadrón casi completo, siendo hostigado por un pequeño pelotón de caballería patriota de diez hombres a las órdenes del teniente Vicente Suárez. Alejados del lugar de la lucha, la fuerza de Santa Cruz que sumaba 130 hombres, dio media vuelta y en el más perfecto orden se desplegó en batalla, mas no fue para una lucha cuya victoria era segura para los realistas, sino para entregarse<sup>39</sup>. El largo proceso de maduración, con sus conflictos interiores e indecisiones, había culminado y Santa Cruz, voluntariamente, se incorporaba a los patriotas.

A partir de esa fecha el hombre de dos mundos quedó definido. Su decisión fue por la Patria, y acabó la dualidad y a la Patria sería fiel, irreversible y sin cavilaciones. El hijo del viejo coronel realista era patriota.

No obstante, habrían muchas paradojas en su vida, dramáticas a veces, alguna vez trágica, pero la meta era una, sin dudas, la gloria del Gran Perú.

Siendo esencialmente equilibrado y conservador, le tocó ser uno de los máximos dirigentes de la revolución americana.

Soldado apasionado de la Libertad, comprendió que no bastaba ella y que para alcanzar la grandeza nacional era indispensable la autoridad y el orden, y los implantó, tomando fama de autoritario.

Odiado, quienes lo detestaron no pudieron ignorar su grandeza y lo respetaron, como puede verse en la correspondencia de Gamarra y de Portales.

Forjado para militar, su mayor gloria fue la de haber sido el más grande estadista hispanoamericano de su época.

Sin pretender, como el neogranadino Santander, el título de hombre de las leyes, ni posar de jurista, fue el primer gobernante indoespañol que dio códigos americanos a nuestra América<sup>40</sup>.

Boliviano para sus enemigos del Perú, fue peruano para sus opositores bolivianos, y en realidad fue una y otra cosa, pero conjuntamente y sin alternativas, pues fue gran peruano.

Por su sangre autóctona, fue objeto de burla para ciertos enemigos como

<sup>39</sup>Un relato bastante minucioso de la actuación del entonces teniente Vicente Suárez en el combate de Pasco fue transcrito por Jacinto R. Yaben en el artículo que le dedicó en *Biografías argentinas y sudamericanas*, Tomo v, Buenos Aires, 1940, págs. 775-776.

<sup>40</sup>Conciencia cabal de la importancia de los códigos tenía Santa Cruz, y así lo expresaba en una comunicación al Presidente de la República Oriental del Uruguay, el 16 de febrero de 1835, desde Chuquisaca, al decirle: "Prosiguiendo con útil empeño de completar "la reforma de la antigua legislación inaplicable en gran parte a la nueva organización "política de los Estados Americanos...". (Mario Federico Real de Azúa, *Tradición y destino — Andrés de Santa Cruz y el Uruguay*, La Paz, 1965, pág. 14).

El Presidente del Ecuador, Vicente Rocafuerte, uno de los pocos estadistas cultos de la iniciación republicana de la América del Sur, en su Mensaje al Congreso Ordinario de su patria, en 1837, expresaba su admiración sin ambages, al proponer a los congresales: "Para "el mejor arreglo de la justicia, es indispensable adoptar los Códigos de Bolivia, y ponerlos "en práctica lo más pronto posible".

(*Colección Rocafuerte — Rocafuerte: Su Vida Pública en el Ecuador*, Vol. XIII, Quito, 1947, pág. 182).

Felipe Pardo<sup>41</sup> que lo motejaron de indio primitivo. Sin embargo, mereció más que nadie en sus días el respeto de europeos y norteamericanos<sup>42</sup>.

Sus enemigos, entre los que se contó en forma prominente el historiador Manuel de Mendiburu, sostuvieron que Santa Cruz sólo se mantenía en el poder por la fuerza de las bayonetas. No obstante, años después, el mismo Mendiburu tenía que reconocer, que "no había exageración en decir que su partido fue el mayor y más tenaz que en el Perú se ha conocido"<sup>43</sup>.

Otra nota de Santa Cruz fue su decidida protección al indio y, por eso, un punefío como Juan Bustamante "El viajero", pudo escribir que Santa Cruz, como nadie, se había esforzado en levantar con resultados al indígena<sup>44</sup>.

Su visión nunca se empequeñeció. Fue fiel a los ideales de los grandes libertadores y quiso una América Indoespañola unida, cuando hombres ilustres como Páez y Santander la dividían.

Su gloria ha resistido los años y por eso hoy, al recordarlo en el centenario de su muerte, los sudamericanos en general, y en forma particular bolivianos y peruanos, rinden cálido y agradecido homenaje a quien luchó sin desmayos ni renunciaciones por nuestra independencia y grandeza.

<sup>41</sup> "... Años más tarde don Felipe Pardo y Aliaga, uno de los más decididos y eficaces adversarios de la Confederación, decía desde la "silla de paralítico en la que esperaba la muerte: "Quisiera arrepentirme de mis pecados como me arrepiento de haber combatido al General Santa Cruz" (Transcrito de Raúl Zamalloa Armejo, *Andrés de Santa Cruz en Biblioteca de Hombres del Perú*. Tomo xxiii, Lima, sin año de edición, pág. 94).

<sup>42</sup>Cf. J. J. von Tschudi, *Peru, Reiseskizzen (1838-1842)*, St. Gallen, 1846; Carl August Gosselman, *Informe sobre los Estados Sudamericanos en los años 1837 y 1838*, Estocolmo, 1962; *Three years in the Pacific by an officer in the United States Navy*, London, 1835; etc.

<sup>43</sup>Manuel de Mendiburu, *op. cit.*, pág. 346.

<sup>44</sup>Juan Bustamante, *Apuntes y observaciones civiles, políticas y religiosas con las noticias adquiridas en este Segundo Viaje a la Europa*, Paris, 1849, pág. 146.

En esa misma obra, Bustamante dice: "... cada día siento más y más la caída del gobierno del general D. Andrés Santa Cruz, el único que el Perú y Bolivia ha conocido por bueno y el único que a la hora presente tendría el Perú en el caso de hacerse respetar de las naciones vecinas... Bajo el gobierno de aquel hombre todos vimos la propiedad respetada; las autoridades obedecidas; la república con vida; el ciudadano acatado en su dignidad, y sobre todo el tesoro nacional a cubierto del escandaloso derroche a que siempre ha estado y está condenado. Bajo el gobierno de aquel hombre las garantías de la ley fueron siempre reales, verdaderas, positivas..." (*Ibidem*, págs. 144-145).

## Fernando Debesa: Los Netzukes

UN MOSCARDON irrumpió como una flecha por la ventana apenas entreabierta, y fue a estrellarse contra un cuadro al óleo que representaba el Martirio de San Sebastián. Desconcertado por la falta de luz, empezó a recorrer los muros de la habitación, tratando de encontrar una salida. Primero se detuvo sobre un *panneau* de laca china, cuya superficie negra y lustrosa lo ahuyentó de inmediato. Luego fue a posarse sobre unas cortinas de brocato blanco que hacían pabellón sobre la cama. Después merodeó alrededor de un ramo victoriano de flores de conchas, atraído por el brillo fosforescente que parecía rodearlas, pero se estrelló contra la urna de vidrio que las cubría. Decepcionado, volvió hacia la cama, y dio vueltas sobre la cabeza del que dormía, flotando sobre el reflejo verde pálido de la almohada y las sábanas.

Amadeo Silberstein escuchó vagamente el zumbido, y soñó que se bañaba en las aguas azules de una playa de Grecia. Sí, tenía que ser Grecia esa línea melodiosa de los montes lejanos, ese cielo de mármol, esa sensación voluptuosa de equilibrio. Y el murmullo del mar, que lo llevaba, flotando, de una ola suave a la otra. Amadeo Silberstein sonrió entre sueños: qué feliz era, sumergido en la belleza y en el murmullo...

El moscardón dio vueltas sobre una esquina de la almohada verde pálido, y se detuvo sobre una flor de lis bordada en seda blanca. Amadeo Silberstein se despertó: ese silencio de repente, Grecia desaparecía... Divisó apenas su dormitorio, su bello dormitorio blanco, y cerró los ojos tratando de volver a la playa de Grecia. Con un esfuerzo de voluntad volvió a ver la línea de los montes lejanos, y hasta logró recuperar esa sensación exquisita de flotar en la felicidad. Pero el murmullo empezó bruscamente, se detuvo, volvió a empezar y volvió a detenerse. Imposible creer que era el mar.

Abrió los ojos con rabia y dio un manotón para ahuyentar al intruso. Ni siquiera en sueños se podía ser feliz: "qué vida imbécil". Pero la palabra imbécil lo despertó del todo, y de inmediato se retractó: él era tanto más feliz que los demás, tenía recursos que los otros no tenían...

Recursos... Abrió bien los ojos y recorrió lentamente, con delicia, los objetos del dormitorio. En la penumbra, los muros blancos, los muebles tapizados de verde pálido se veían misteriosos, bellísimos. Acarició con la vista sus sillas Carlos X de madera clara, la lámpara de opalina turquesa montada en bronce, las cortinas de brocato blanco comprado en París. (Esa vieja condesa que se lo había vendido, con esos ojos claros, penetrantes, que lo había mirado como nunca nadie en el mundo, y que, estaba seguro, lo había adivinado todo...). Qué feliz era en medio de las cosas bellas... Y todo se lo debía a la tía Raquel. Cada día, al abrir los ojos la recordaba, y bendecía la herencia que le permitía trabajar en lo que amaba: las antigüedades. Suspiró. Si no hubiera sido por la tía Raquel, habría trabajado probablemente en un Banco, y su necesidad de belleza se habría tenido que conformar con una corbata de seda italiana comprada en liquidación, o un pañuelo bordado por alguna vieja hedionda de la Avenita Matta.

Nadie era tan feliz como él, nadie *podía* ser tan feliz como él. Sacó sus manos de debajo de las sábanas, y en un gesto simétrico, encendió las dos lámparas idénticas de los dos veladores. Cómo le gustaba esa mezcla de luz artificial y natural; el vapor dorado que emanaba de las lámparas eléctricas y la claridad livida que venía de la ventana entreabierta. Algo mágico, algo que transformaba la realidad, que la elevaba a un plano estético...

Bruscamente, un pensamiento lo hirió: era su cumpleaños. Dios mío, un año más... Con cierta angustia se sentó en la cama y miró el alto espejo con marco de madera de limón. Se levantó, se quitó lentamente la chaqueta y los pantalones del pijama, y se miró desnudo en el espejo. Qué joven se veía... ¿Treinta y cinco, cuarenta o veinte años? Retrocedió un paso: la luz ámbar lo dibujaba por el lado izquierdo, y el reflejo de la mañana por el derecho. Qué joven se veía su cuerpo, qué inmaculado... Recorrió primero el contorno dorado, poco a poco, desde el pelo castaño en desorden, la oreja pequeña, el cuello, el hombro cuadrado. Levantó el brazo izquierdo, y colocó su mano sobre la cabeza. (¿Piero della Francesca, Antonio Pallaiuolo?). Luego recorrió la línea del costado, neta, sin una blandura. (El día que eche vientre, me suicido, pensó). Después, la cadera angosta, la pantorrilla de carne dura.

"A lo sumo, treinta años", pensó. "Y todo es sólo mío". Era su pensamiento-refugio. Cada vez que empezaba la angustia en el estómago, se aferraba al pensamiento de su virginidad: "nadie, nunca. Ni mujer, ni hombre, ni nadie. Ha sido una lucha difícil. Contra toda clase de lobos. Pero aquí está mi recompensa: soy dueño de mi cuerpo, yo solo". Luego se palpó los hombros, las caderas, ávidamente, mirando la imagen en el espejo: "qué importa un año más. Es real, es verdad, existe". Luego se cruzó de brazos. "Benozzo Gozzoli", pensó. Y después, "existo".

Además estaban los netzukes. Otro recurso maravilloso para seguir viviendo. Y estos iban a ser su regalo de cumpleaños, un regalo fastuoso. Se tendió en la cama, a pensar en "su gran amor"... Lo difícil de creer, lo impresionante, era que Germán Barros, el martillero, se había equivocado. Con un candor único, había puesto en el aviso del diario: "veinticinco placas japonesas talladas en hueso". ¡Pobre infeliz! No eran de hueso, sino del mejor marfil... Y no eran sobre todo "placas", sino [netzukes originales y firmados! El día antes, al hacer el descubrimiento en la casa del remate, había sentido que la sangre se le agolpaba en el cerebro. Su brazo derecho había empezado a temblar violentamente, tanto que tuvo que apoyarlo con fuerza en la vitrina de repisas color violeta. A su lado tenía a Espinoza, empleado del martillero, quien con su llave le había abierto la puerta de la vitrina. Amadeo miró el netzuke en su mano derecha. Representaba a un ratón rodeado por callampas, con una talla finísima, inconfundible. (Pero Germán Barros, el ignorante, se había confundido...). Y en un rincón del reverso estaba la firma de Kiyokatsu, que lo fascinaba y lo excitaba. Hubo una pausa larguísima. A pesar de un esfuerzo titánico, Amadeo no logró apaciguar su brazo. "¿Qué tal la plaquita?", preguntó la voz ronca de Espinoza. Amadeo se demoró en contestar. Sabía que si lo hacía de inmediato, su voz lo traicionaría. Carraspeó, tosió, fingió todo un ataque de estornudos. Luego colocó el netzuke sobre la repisa violeta y balbuceó: "simpática... la plaquita". Después tomó otro netzuke, que representaba al anciano Gama Sennin, con bastón y una rana en el hombro. Lo dio vuelta con desgano y vio la firma: Masamitsu. Grejó que se iba a desmayar. Pero se sobrepuso, dejó el netzuke en la repisa, tomó otro y otro. Todos estaban firmados, todos eran verdaderas joyas. Germán Barros no *podía* haberse equivocado tanto... Quizás otro había hecho la clasifi-



cación, Valenzuela tal vez. ¿Y cómo la dueña no había hecho presente la calidad de los objetos? Imposible saberlo. Pero en fin, la realidad estaba allí, y había que aprovecharla.

Espinoza, francamente extrañado de su interés, dijo con sorna: "parece que le gustan los juguetitos"... Pero Amadeo ya era dueño de sí mismo y supo aprovechar la alusión: "justamente, los quiero para un sobrinito de ocho años...". Dejó el último netzuke, un Tonochika, en su lugar, y dijo: "simpáticos los juguetitos..."

Espinoza cerró la vitrina y Amadeo continuó mirando objetos sin verlos, por fórmula. Ardía en su interior de pasión posesiva. Estaba enamorado de los netzukes. "Herido de muerte" decía él, riéndose de su sentimiento. Una hora después, en la intimidad color blanco de su departamento, pensó en que si Germán Barros hubiera sabido la verdad y los hubiera anunciado como netzukes firmados, la "herida" no habría sido tan intensa. Amadeo se rió a carcajadas, mientras sorbía su vaso de vodka: "mis grandes pasiones... las torturas del amor no correspondido...". Se rió hasta que le dolió el estómago. Y el segundo vaso de vodka le pareció exquisito.

Sonó el teléfono. "Maldito"... Sintió una cólera sorda; estaba tan bien, así solo... Claro que si era un cliente rico, tendría que ser amable. "El dinero alegra la cara", decía la tía Raquel. Se puso la bata de terciopelo y tomó el teléfono. "¿Aló?" Oyó la voz melancólica de la señora Fanny Weinberg. "Buenos días, Amadeo, ¿estaba durmiendo?"

"No, señora Fanny. Estaba en el baño".

¿Va hoy al remate de la señora Yrarrázaval?

Sí, creo que sí. Pero sólo en la tarde. En la mañana rematan la cocina y los dormitorios.

Ah, le interesa algo en los salones, entonces... Por favor dígame qué es, para que no nos encontremos...

Amadeo sintió un poco de angustia en el estómago. Por ningún motivo le hablaría de los netzukes. Quería a la señora Fanny, le debía muchas atenciones, incluso una ayuda importante en cierta ocasión. Pero contarle la verdad sobre los netzukes, jamás.

"Hay unos vasos de Bohemia en el segundo salón... La mayoría son del siglo pasado, pero hay dos o tres que parecen anteriores..."

"Ah... ¿Esos con partes rojas y partes blancas?... Son muy lindos..."

"Si a usted le interesan, se los cedo con todo gusto".

"No, cómo se le ocurre... Si a mí lo que me interesa es el servicio de porcelana del comedor. ¿Sabe usted si es Saxe auténtico?"

Amadeo sintió una sensación de alivio en el estómago. No le interesaban los netzukes... "Sí, por supuesto, es auténtico. Probablemente de fines del siglo XVIII. Debe haber muchos interesados. Puede llegar hasta cerca de diez millones..."

"Había pensado en ofrecer veinte..."

("Dios mío, veinte millones... Qué insolente resulta la riqueza...").

"Siempre sería barato. Es una maravilla".

"Yo quería pedirle que usted me lo rematara. No me siento muy bien hoy, y ese genio de los remates me ahoga. Por supuesto que usted tendría su ocho por ciento, como de costumbre..."

"Encantado, señora Fanny". No era porque ella se sintiera mal, lo sabía. Era porque al verla en el remate, los precios subían como por encanto. "Judía pícaro", pensó.

"Y después del remate se viene a tomar una taza de té conmigo, y me cuenta como le fue. ¿De acuerdo?"

"Con mucho gusto. Claro que si usted se siente mal..."

"Estoy tendida en una *chaise-longue*, y así me siento bien. Ah, se me olvidaba. Alguien me dijo, creo que fue el señor Lauterman, que hoy o mañana era su cumpleaños. ¿Es cierto?"

"El señor Lauterman", pensó. "Ese monstruo con grandes ojeras, a quien nunca le perdonaría sus tarjetas abominables"...

"Sí, es hoy. Pero usted sabe, después de los treinta, es mejor no acordarse"... "Entonces, esta tarde lo voy a esperar con *champagne* y caviar. ¿Le gusta?"

Amadeo sintió un nudo en la garganta. Dijo con voz temblorosa: "¿quién le contó que me gustaba el caviar? ¿Fue también el señor Lauterman?..." Apenas lo dijo, se arrepintió. Esas cosas horribles había que olvidarlas, sepultarlas.

"Tal vez, no estoy segura. Bien, lo espero esta tarde". Una risita. "Con el servicio de Saxe y sus vasos de Bohemia. ¡Éxito y felicidad!"

"Muy bien. Muchas gracias". Cortó. Esa frase "Éxito y felicidad"... La tía Raquel le decía siempre "Éxito y platita"... Nunca había pensado que las dos mujeres se parecían... ¿A ver?...

Se dejó caer lentamente en el sillón verde pálido y meditó. Era como una perspectiva nueva, inmensa, que se abría: "La tía Raquel y la señora Fanny"...

¿Qué edad tendría la señora Fanny? ¿Cuarenta y ocho, cincuenta, tal vez un poco más? La tía Raquel había muerto de cincuenta y ocho. Recordó su sonrisa, la última sonrisa: "los elegidos de los dioses morimos jóvenes, Amadeo..." "No haga bromas, tía" le había dicho él, y se había puesto a llorar.

"La tía Raquel y la señora Fanny"... Un soplo de alegría salvaje lo inundó. "Qué maravilla sería..." Se puso de pie de golpe, y su mirada cayó en el espejo. "Joven, pensó, muy joven"... Pero cuando había muerto la tía, era aún mucho más joven: veintidós años...

Avanzó un paso hacia el espejo. "Hacia veinte años de eso. ¿Sería posible volver a recuperarlo todo, volver a conocer esa sensación liberadora de confiar en alguien? No tener miedo, sentir que uno está defendido por otro ser..." Suspiró. Quizás volverse a sentar en el suelo, como un niño... y apoyar la cabeza en la falda de la señora Fanny, como si fuera la tía Raquel...

Avanzó hacia la pieza de baño y puso un pie sobre el piso laqueado blanco. "Descansar alguna vez. Descansar de esta batalla con los lobos y las lobas..."

Se levantó y dio la ducha caliente. Y si le dijera "tía Fanny" ¿se molestaría ella? Sacó del armario una toalla de esponja verde pálido, la colocó sobre el piso, y entró a la tina a recibir el chorro caliente, mientras canturreaba: "tía Fanny, tía Fanny..." El remate empezó en la tarde con el comedor. Amadeo sabía que la venta del servicio de Saxe iba a ser uno de los momentos más excitantes, que había muchos interesados que se lo disputarían. Con su experiencia de quince años, él ya había notado la avidez de algunos en pequeños signos: la mano voluptuosa que acariciaba fuentes y soperas, los ojos interrogantes que miran desde distintos ángulos, de cerca y de lejos.

Sí, iba a ser una verdadera batalla. Pero Amadeo permanecía frío: "subiría su oferta sin límite. ¿Qué importaba que ella pagara dos millones más, cuatro, cinco millones?..." Y pensaba en los netzukes. Era una obsesión.

Al entrar a la casa del remate, había pasado por el segundo salón con aire distraído. Sabía que lo observaban, incluso que Espinoza lo espiaba, para después

contarle a su patrón: "Don Amadeo se interesa por tal cosa". Y naturalmente Germán Barros, como buen comerciante, suponiendo que él compraba para un cliente rico, le pondría en contra su mejor palo blanco y le subiría los precios al máximo. Por eso, para evitar toda sospecha, pasó frente a los netzukes con mirada ausente, y se detuvo dos pasos más allá, frente a los vasos de Bohemia. Sintió la mirada de Espinoza sobre él y sonrió al pensar qué fácil era engañar a la gente. Tomó un vaso rojo, blanco y transparente, y lo colocó a cierta distancia de sus ojos, como para apreciar su calidad. Pero lo hizo en tal forma, que allá, detrás del vaso, miraba la vitrina con los netzukes. ¡Qué hermosas se veían las veinticinco pequeñas esculturas de marfil! Cuántos años, pensó habrían pasado los artistas japoneses trabajando en ellos. Quizás alguno habría muerto en plena labor, y desde su lecho de agonizante habría mirado el netzuke, pensando que su vida había sido útil. Años de trabajo... Sonrió al recordar la frase de la tía Raquel: "Te gusta comprar tiempo en conserva..." Sí, le gustaba adquirir esas pequeñas obras frágiles que representaban años de trabajo. Pero no era crueldad, no. Es que esos hombres amarillos habían entregado sus vidas a esos pequeños objetos, habían "intercambiado" sus vidas por los objetos. Y él, Amadeo Silberstein, al poscer esos objetos, pasaba en cierto modo a ser amigo de esos hombres...

Se detuvo un momento en ese pensamiento. "¿Amigo o... dueño?...". Sintió un poco de temor. La tía Raquel lo había retado una vez en serio: "no me gusta tu manera de acariciar los objetos, Amadeo. Se diría que...". Se había detenido nerviosa. "Se diría ¿qué cosa, tía?" Y ella, muy firme, había proseguido: "Hay algo en ello que no me gusta, Amadeo. Algo sensual..." El se había reído fuerte. (Demasiado fuerte, tal vez). "Pero, tía, usted acaricia sus vestidos de terciopelo, sus collares de perlas. Es un placer inocente, lo más normal del mundo...". Y entonces ella se había impacientado y le había dicho algo cruel, horrible: "Yo fui casada, Amadeo, y conocí otras cosas. En cambio tú, no conoces más que esto".

Qué horror... El no le había hablado durante seis meses, glacial, implacable ante las súplicas de ella. Y al fin había cedido, estipulando una condición: nunca más tocar ese tema.

Sintió que el brazo se le cansaba, y volvió a colocar el vaso de Bohemia sobre la mesa. Luego levantó otro vaso, uno grabado con figuras de ángeles; extendió el brazo y volvió a mirar la vitrina de los netzukes. Qué ganas de acariciarlos, uno por uno, sintiendo en la yema de los dedos la frescura del marfil, la perfección del modelado. Nadie podía comprender su placer estético, nadie, ni siquiera la tía. Miró a su alrededor. "Qué asco de gente, moviéndose entre objetos bellos, sin entender nada. Esos banqueros gordos compran cuadros porque son una buena inversión. Como acciones de la Bolsa. Esas señoras distinguidas compran porcelanas porque son decorativas. (Qué horrible esa palabra, 'decorativa'...) ¿Quién, entonces? ¿Los coleccionistas?"... Observó a don Ismael Matte, estudiando una mesa con marquetería de Jacob: la miraba, la palpaba, la meditaba. ¿Apreciaba él de veras su valor estético? ¿O coleccionaba simplemente para atesorar?

La mirada de Amadeo volvió al vaso de Bohemia, y a través de él, a la vitrina de los netzukes. ¿Qué es una vitrina, después de todo? ¿Una cárcel o una protección contra los bárbaros?... Luego reflexionó sobre la soledad de los objetos bellos, colgando de una muralla, encerrados en una caja de fondos o dentro de una vitrina. "Separados del mundo, pensó. Quizá en guerra con el mundo. Como yo"...

Sintió un temblor de angustia en el estómago y miró a Espinoza. Este le devolvió la mirada y sonrió con excesiva amabilidad. ¿Cuánto rato llevaba frente a los vasos de Bohemia? ¿No era sospechosa su larga detención? Dejó el segundo vaso sobre la mesa, y dominando su ansiedad, se encaminó lentamente al comedor.

Estaba repleto de gente, por supuesto, pero logró colocarse frente a una de las puertas. Luego, con paciencia estoica tuvo que tolerar el remate de lo que él llamaba "la juguetería": infinitas salseras, galleteras, saleros, pimenteros y alcuza Christofle y Elkington. Parecía que aquello no iba a terminar nunca. Luego se remató el gran servicio de cuchillería, después veinticuatro platos de plata esterlina, un servicio de pescado con cacha de concheparla y un servicio de fruta de plata *vermeille*. Después, por fin, y con grandes voces de Germán Barros, se anunció el servicio de Saxe. Amadeo, de mármol, pensó: "Ofreceré veinte, veinticinco... Qué importa que ella gaste un poco más... Qué importa..."

Fueron tales los aspavientos y exageraciones de Germán Barros sobre el servicio ("perteneció a María Antonieta", "fue el precio de ciertos favores de la Dubarry", "salvado milagrosamente de la Revolución Francesa...") que en el momento de las posturas, se produjo un silencio larguísimo. Germán se tomó la cabeza a dos manos. "Señores, ustedes no se dan cuenta. Vuelvan a la realidad, se los suplico..." Todo inútil. Parecía que los nombres ilustres habían asustado a los interesados. Amadeo, indiferente, ofreció tres millones. Después de una especie de ataque de apopleja de Germán, alguien subió a cuatro. Amadeo se demoró un buen rato en demostrar interés. Lo divertía la congestión de Germán, esa mezcla de indignación real y fingida que lo ponía escarlata y hacía que gruesas gotas de sudor ensuciaran su frente distinguida. Germán miró a Amadeo con ojos casi suplicantes: "no dejará que se le escape por un miserable millón. Acuérdesse que perteneció a María Anto..." La mirada glacial de Amadeo lo interrumpió. Dijo, tartamudeando: "no sé... no sé qué pasa... En el remate de don Javier Valdés dieron tres veces..." Se volvió a interrumpir. Amadeo levantó su mano lentamente, con flojera. Germán sonrió agradecido y volvió a su tono de seguridad. "Cinco, aquí tengo cinco millones. ¿Quién dijo seis?" Pero la inercia era invencible. Y tuvo que adjudicarle el servicio a Amadeo por cinco millones.

"Buena señal, pensó éste. A este paso, los netzukes pueden salir a veinte mil pesos cada uno. Como son veinticinco, serán quinientos mil. Qué ganga..." Después, mientras se retiraba del comedor con el boleto en la mano y deambulaba por los salones, pensó con terror que a lo mejor surgían muchos interesados: "Dios mío, Angel Ruiz, ese cargante, es el único que puede haberse dado cuenta del valor de los netzukes. Es el único en Santiago que sabe de marfiles. Y claro, lo puede haber comentado con su grupo de arribistas..."

Repasó mecánicamente la lista del grupo, buscando el nombre de algún millonario. "Elias Safir tal vez... Dios mío, si a Safir se le ocurre regalarle los netzukes a alguna de sus queridas, estoy perdido". Una sensación de angustia le apretó el estómago y le subió a la garganta. Tuvo que sacar el albo pañuelo de batista y limpiarse la transpiración de la nariz y la frente.

Volvió a oír la voz torrencial de Germán Barros, esta vez en el salón del lado. "Qué rápido va", pensó. Iba en el lote 147 y recordó que los netzukes eran el 161. "Sólo faltan catorce lotes..." Hizo un esfuerzo poderoso sobre sí mismo y recordó la frase de la tía Raquel: "Antes de las batallas, cinco minutos de frialdad pueden más que mucha fiebre"... En la puerta del segundo salón, se detuvo y eligió serenamente la mejor ubicación para colocarse: "Ni al frente del objeto, que es el error de los novatos, ni demasiado lejos". Se colocó a un lado, desde donde podía ver los posibles palos blancos, al mismo tiempo que a Germán. "Así puedo interceptar órdenes secretas, pensó. Y si no veo los netzukes, no importa. Ya los veré después. Tendré años y años para acariciarlos". Luego pensó que si Elias Safir se interesaba, él tendría que subir: "Un millón por el total, incluso un millón y medio..."

Pero si ese bestia seguía subiendo ¿de dónde sacaba él plata para más?" Registró su cabeza con desesperación: "No se me pueden escapar. *Son míos*. Aunque tenga que pedir prestado, aunque tenga que sacarle a alguien..." Pensó en la señora Fanny. "Si ella me prestara..." Tuvo un acceso de rebeldía: "Y si no, le digo que el servicio salió en ocho millones, y me quedo con la diferencia. Todavía sería barato". Inmediatamente sintió vergüenza: "Eso sería robar... robar, robar, qué significa robar, si alguien me roba los netzukes...". Oyó cómo Germán Barros interrumpía el remate en la pieza vecina y se trasladaba al segundo salón con grandes voces. La gente empezó a entrar y a rodearlo, mientras Germán los arriaba como un piño de ovejas: "Más allá, por favor. Aquí, mi silla, frente a la ventana. Más acá, señora, para que pueda entrar más gente...". Tratando de dominar su angustia, Amadeo observó a los que entraban. No estaba Elías Safir. Qué alivio... Pero y si había mandado a alguien, como la señora Fanny lo había mandado a él... Algún turco, naturalmente. Casi se sonrió: "los turcos contra los judíos, los dos hijos de Abraham...".

Germán Barros empezó con la vitrina de los netzukes, que además contenía unos abanicos y unas cajitas de porcelana. "Siutiquerías para viejas ignorantes", pensó. "Y como de costumbre, alcanzarán precios altos". Efectivamente, hubo una verdadera pecha por uno de los abanicos, entre dos señoras de pelo blanco. Según Germán, era pintado por Fragonard, pero Amadeo conocía perfectamente al pobre pintor que lo había pintado.

Un millón y medio. Amadeo sintió que el estómago le dolía. Luego vinieron las cajitas en grupos de a dos. Germán Barros se equivocó al nombrar su procedencia, confundiendo Saxe con Vieux Paris y Sévres con Chelsea. Amadeo sabía que el martillero era muy ignorante en objetos pequeños, pero nunca se había alegrado tanto al comprobarlo.

El lote 160, dos horribles cajitas de Sévres celeste y oro salieron en doscientos escudos las dos. "Relativamente baratas, pensó Amadeo, pues una es del siglo XVIII. Ojalá, Señor, ojalá que Germán se equivoque, que presente los netzukes como simples tallas de hueso"...

Como contestando su pensamiento, Germán anunció el lote 161 como "un grupo de simpáticas tallas orientales de marfil". Amadeo lo hubiera besado de alegría. Miró disimuladamente las caras alrededor. Ni sombra de Elías Safir... El silencio que siempre precede a la primera oferta le pareció eterno. Luego una señorita morena y modestamente vestida dijo con voz temblorosa: "Diez mil cada una". Amadeo esperó un momento antes de levantar la mano, clasificando a la muchacha por su peinado, su ropa, su rostro, su voz: "una profesorcilla que busca un regalo para la directora del liceo...". Luego levantó la mano. "Doce escudos" dijo Germán, y una tercera voz más alejada subió a quince. La señorita morena, visiblemente asustada, ofreció veinte. Amadeo se sintió vencedor: en primer lugar sólo habían tres interesados, y las dos voces enemigas (sí, cuando él deseaba algo, los demás eran enemigos) temblaban de nerviosidad. Con voz glacial, Amadeo subió a veinticinco. La profesora lo miró aterrada, tragó saliva y levantó la mano. Germán Barros comprendió de inmediato que empezaba lo que él llamaba "un duelo" y azuzó a los adversarios: "por fin dos personas cultas, que comprenden el valor de estas joyas orientales...". Amadeo lo habría matado con gusto, no por la profesorcilla, sino porque esa horrible expresión de "joyas orientales" podría hacer surgir señoras ricas. Recordó el consejo de la tía Raquel: "a los enemigos no hay que vencerlos; hay que aplastarlos". Respiró profundo, y luego con voz tonante declaró: "cincuenta". Un murmullo recorrió al auditorio, un murmullo que Amadeo odiaba, porque era el mejor excitante de los interesados: "el rumor del

circo romano, azuzando a los gladiadores. Y claro, interviene la vanidad, y hasta los más infelices se embriagan y suben los precios más allá de sus posibilidades. A lo mejor, hasta esa profesorcilla...".

Efectivamente, la señorita, horriblemente excitada y temblando, dijo con voz tartamuda: "sesenta". Amadeo pensó "tía Raquel, ayúdame" y anunció ochenta. Germán Barros, entretenido y sonriente, sacaba sus mejores expresiones: "Gente refinada, señores, por fin "des veritables connaisseurs". Y claro, tienen razón. Son unas antiquísimas joyas chinas...".

El resultado de su frase fue que un gordo con monóculo y cuello de terciopelo ofreció ochenta escudos por cada netzuke. Amadeo se recogió sobre sí mismo y pensó: "dos millones y medio por el total. Ya, me decido, le robo a la señora Fanny". Y gritó: "cien". La profesora sacó un pañuelo de color dudoso, y con el gesto menos elegante del mundo, se lo pasó por la cara. Luego tartamudeó: "cien... ciento veinte". A esta jetona de Rancagua la hundo, pensó Amadeo, y gritó: "ciento cincuenta".

Hubo un silencio largo. Aun Germán Barros estaba sorprendido, y detuvo sus comentarios. Un vecino le dijo algo en voz baja a la señorita morena, y ella, completamente descontrolada se rió con risa histérica. Luego anunció "ciento ochenta". Amadeo oyó la voz de la tía Raquel: "en esos casos, aun los medios prohibidos". Se abrió paso hasta la silla del martillero y le dijo en voz baja: "A lo mejor no tiene fondos... ¿La conoce usted?". Germán dijo con la cabeza que no, luego susurró algo al oído de su ayudante, quien se encaminó donde la señorita y le hizo una pregunta en secreto. Ella, confundida, tragó saliva, avanzó hasta donde Germán, y le dijo una frase en voz baja. Él se volvió a erguir contento, miró a Amadeo desafiante y rugió: "tengo ciento ochenta escudos por cada pieza, de marfil chino. ¿Se interesa usted?". Amadeo sacó sus cuentas con rapidez: "le robaré cinco millones", pensó, y declaró "doscientos". Luego miró a la señorita con odio contenido: "a lo mejor venía de parte de algún personaje, tal vez de Elías Safir... Pero ni Safir daría más de doscientos, es decir, cinco millones...". Sin embargo, siempre con la voz temblorosa, la señorita subió a doscientos cincuenta. En medio de la fiebre que le devoraba el cerebro, Amadeo hizo un esfuerzo por calcular "trescientos por veinticinco, siete millones y medio...". Dios mío, a la señora Fanny le podía sacar tres o cuatro, pero no más. ¿De dónde? ¿De dónde? Tratando de ignorar la mirada expectante de Germán Barros, Amadeo recorrió la lista de personas que podían ayudarlo: "doña Sara, era difícil; don Santiago Walder, sí pero le cobraría el diez por ciento; en cuanto al señor Lauterman... Ciertamente que le prestaría, y más de tres millones. Pero sonreírle a ese viejo asqueroso, sonreírle y agradecerle, ¿sería capaz?". Un golpe de martillo interrumpió sus dudas: los netzukes eran adjudicados a la profesorcilla en seis millones doscientos cincuenta escudos. "Más que el servicio de la señora Fanny, qué horror...". Amadeo se sintió derrotado como nunca antes en su vida. Miró a la profesora, detallando su horrible peinado, su cutis grasoso de solterona de pueblo. El empleado le entregó en ese momento el boleto, y ella al recibirlo y guardarlo, miró a Amadeo. Fue una mirada humilde, que le pedía disculpas. Amadeo apretó las quijadas y le lanzó toda su indignación por los ojos: "rota ladrona, ¿con qué derecho?, ¿por qué diablos había elegido precisamente los netzukes?". Como para marcar su desprecio, en plena mirada, Amadeo dio media vuelta y salió.

No vio a nadie ni saludó a nadie al abrirse camino entre la gente. Al pasar por el jardín, la vista de unas rosas té rompió la nube de fiebre que le llenaba la cabeza, y pensó: "qué hermosas, qué simples...". Y este pensamiento atrajo otro, opuesto: "Ahora me va a venir la neurosis. Imposible detenerla. Después de esta derrota, tengo

por lo menos quince días de neurosis: voy a ponerme intratable, voy a adelgazar, voy a querer suicidarme...".

Caminó por la cuadra, vio otros jardines, otras rosas té, atravesó la calle y siguió caminando. Una anciana jugando en un porch con unos niños le recordó a la señora Fanny, y pensó en ella con odio: "la suerte de las ricas. Se queda en su casa, tendida en una *chaise-longue*, y gana quince millones en la compra de un servicio... En cambio, yo...". Se acordó que lo había invitado a ir después del remate, que lo esperaba con caviar y *champagne*. "No voy a ir. No tendría valor para felicitarla por su compra. Es demasiado injusto. La llamaré por teléfono y le diré que me siento mal". Se detuvo frente a un jardín triste, de árboles oscuros. "¿Qué haré esta tarde, ahora?". Respiró profundo. "Si fuera valiente, me pondría una inyección de morfina. Para soñar toda clase de cosas y despertar en dos días más. O quizás ir a ver al señor Lauterman, aceptarle su *champagne* y emborracharme hasta rodar debajo de la mesa". Caminó muchas cuadras más, entre jardines; "Qué rico el perfume... qué ganas de desaparecer... No existir durante los días, y luego volver, con fuerzas sacadas de quién sabe dónde...". Se detuvo de nuevo: "Morfina o Lauterman. Desaparecer". En un jardín cercano, un niño gritó en forma tan estridente, que sintió miedo. "Desaparecer, morir... No, por Dios". Empezó a caminar rápido, y luego a correr, hasta que divisó un taxi. Lo hizo parar, subió, le dio la dirección de la señora Fanny, y luego, agotado, se echó para atrás en el asiento, cerrando los ojos: "No tengo remedio. Soy un cobarde...".

Cuando se bajó del taxi frente al edificio donde vivía la señora Fanny, le llamó la atención la oscuridad. Miró su reloj: un cuarto para las ocho. Entonces había caminado cerca de dos horas... Mientras subía en el ascensor, lo distrajo la textura del cuero con que éste estaba forrado: "cuero de chanco, bonita idea. ¿Y si yo forrara mi comedor en cuero de chanco? Debe ser carísimo...".

Le abrió un mozo canoso, muy *stylé*: "No hay duda que sabe elegir su personal...". Y cuando entró al salón donde ella lo esperaba, toda su angustia se evaporó al contemplar la decoración.

"La felicito por su salón. Es muy lindo". Le dio la mano y recorrió las murallas, detallando: "grises plata, grises beige, grises azules. Es buena idea. ¿Lo decoró Pepe Vicuña?".

La señora Fanny se rió suavemente, pero lo miró a fondo. "No. Fue mi difunto marido. Le gustaban los colores que le relajaban los nervios. ¿A usted también?".

"Sí, por lo menos en este momento". Se arrepintió de haberlo dicho y la miró: Qué buenamoza estaba... El cutis, muy terso; el peinado, sencillo pero de mano de gran *coiffeur*... "Lo tiene todo, pensó. Qué rabia...".

"Siéntese, Amadeo. ¿Quiere una taza de té?". El aceptó y ella dio órdenes al mozo. Este trajo un carrito de madera de forma complicada. Amadeo no pudo evitar un grito: "¿*Art Nouveau*? Pero qué preciosura... ¿Dónde lo encontró?" "Me lo mandó de Londres John Abbott. Usted sabe que allá está de moda..." "¿John Abbott, el especialista en estilo *Late Victorian*?" "Sí, ahora se ha trasladado al *Art Nouveau*. Pero cuénteme de usted. ¿Cómo le fue en el remate?".

Sintió que volvía a la realidad, al peso en el estómago. Tratando de parecer triunfante, le contó de la ganga, del servicio de Saxe. Ella no hizo el menor comentario, ni siquiera celebró la compra tan barata. Cuando él terminó le dijo en voz baja: "Me alegro. ¿Y a usted, cómo le fue con sus vasos de Bohemia?". Amadeo tartamudeó un poco, tratando de inventar una historia. Pero luego, imperciblemente, se deslizó a hablar contra la profesora, cambiando sus caracteres con la rubia. Puso toda su intensidad en la descripción del duelo, y sintió que la descarga lo aliviaba: "un monstruo horrible. Una millonaria con bigotes... fría como el hielo... que seguramen-

te quería los vasos para un amante... Y, por supuesto, yo no podía competir... Se quedó con ellos por nueve millones...".

De nuevo habló ella en voz baja: "¿está triste porque los perdió?" "Qué agradable es esta señora", pensó Amadeo. Y se lanzó en una larga confesión, esta vez sincera, sobre las injusticias del dinero.

Posiblemente fue esa armonía de grises suaves la que lo hizo pasar de la ironía a los temas personales. O quizá fue esa sensación de bienestar físico allí, arrellenado sobre los cojines de *duvet*, tomando un delicioso té chino y sintiendo el perfume de ella. ("Un perfume equilibrado, como de templo griego..."). El hecho es que sin darse cuenta cómo, de repente se encontró hablando de su soledad, de sus derrotas.

Ella lo escuchaba en silencio, mirándolo con suavidad, sin otro movimiento que llevarse a la nariz de vez en cuando un pequeño pañuelo de encaje. Cuando él terminó, ella le sirvió otra taza de té, y esperó que él reanudara su monólogo. Hubo una larga pausa, sólo interrumpida por el ruido de la cucharilla revolviendo el té.

Amadeo miró la taza de porcelana y sintió una sensación de paz, de descanso: "Dios mío, pensó, basta que una persona lo escuche a uno para que el espíritu recobre el orden...". Luego le preguntó: "¿no la estaré aburriendo?"...

"Al contrario. Me hace feliz. Es tan escasa la comunicación humana... que escuchar a alguien hablar con sinceridad me reconforta. A mí me han pasado algunas de esas cosas que usted cuenta...". Una pausa. "Me pasan actualmente..."

"Pero usted puede hacer lo que quiera... Es todopoderosa".

"Los grandes problemas no se resuelven con dinero". Ella lo miró intensamente: "¿le gustaría acompañarme en un viaje?". El pestañeó: "¿un viaje?". "Sí, a Londres".

"¿Un viaje... a Londres?... Qué... curioso"...

Ella se rió: "Un viaje de negocios. Tengo que ir a liquidar unas acciones que me dejó mi marido. Y quiero aprovechar para renovar mis muebles. Usted podría aconsejarme sobre lo que debo comprar..."

Amadeo sintió un ligero peso en el estómago: "me encantaría... Pero usted tiene tan buen gusto...". Miró los muebles a su alrededor. "No necesita un consejero..."

"Es que es tan difícil comprar en una tienda grande... A una le rodean, la influncian, la convencen de lo que ellos quieren... Y después que una vuelve a Chile, encuentra todo horrible..."

"Es usted muy buena... Usted quiere ayudarme..."

Ella se rió como una niña chica: "pero si es usted el que me ayuda. Ahora acaba de hacerme ganar quince millones en la compra del servicio".

"Usted es muy buena..." ("Dios mío, es igual a la tía Raquel. Realmente desea mi bien...").

Ella tomó una caja de laca negra que había en una mesa a su lado, y dijo: "¿Se acuerda por qué lo invité a venir? Para celebrar su cumpleaños...".

Amadeo se sintió feliz. "Dios mío, qué hermosa podía ser la vida. Volver a encontrar a la tía Raquel, parecía increíble...". "Mientras menos se hable de los años, mejor...".

"Yo quería regalarle un pequeño recuerdo de este día. Y un amigo común me dijo que esto le podía gustar...". Le pasó la caja... Amadeo la abrió y dio un grito de sorpresa: ¡los netzukes!

"No sé si son auténticos. Los compré la antigua secretaria de mi marido, que no entiende nada de estas cosas..."

Amadeo sintió que el estómago le subía y le bajaba: "la profesorcilla, la secretaria del marido. Seis mil doscientos cincuenta escudos... más la comisión del martillero...". "Colóquelos sobre el sofá y mírelos bien..."

Como un niño obediente, sintiendo que el corazón le podía estallar, Amadeo co-



locó los veinticinco netzukes en cinco filas de a cinco. Qué maravillosos se veían, con la luz suave de las pantallas rosa pálido... Los acarició una y otra vez. No sabía qué decir... Sólo sabía que hacía años no sentía una felicidad parecida.

"Pero diga algo... ¿Le gustan?".

Amadeo se levantó de su sofá y se sentó a los pies de ella en la *chaise-longue* tapizada en terciopelo gris beige. "Son preciosos", dijo. Luego le tomó la mano y la besó con fervor. Con un gesto suave, pero poderoso, ella lo atrajo hacia sí, y con su rostro a cinco centímetros, le dijo: "el niño extraviado en el bosque...". Luego lo besó en la boca.

Amadeo sintió un asco espantoso que le brotaba de lo más profundo del estómago, forcejeó con ella y se desprendió de su abrazo. Luego se irguió, con el rostro rojo y los ojos indignados: "Una loba... Otra loba más... Quería comprarme con los netzukes y el viaje...". Respirando ruidosamente se inclinó sobre el sofá y metió los netzukes en la caja de laca. "Aquí tiene sus netzukes. Sus malditos netzukes". Dejó la caja sobre la mesa y dio un paso hacia atrás. "Pero, no. Me los llevo. Son mi comisión por la compra del servicio. Son míos". Luego tomó la caja, repitió "son míos" y salió dando un violento portazo.

Cuando llegó a su departamento, se fue derecho al dormitorio, dio todas las luces y lo miró, apretando la caja de laca contra el estómago. Recorrió los muros y los muebles ansiosamente, como si de ese examen dependiera su vida entera: "blanco y verde pálido, algo equilibrado, sereno. Algunas caobas rubias de líneas simples". Miró el Martirio de San Sebastián, el *panneau* de laca negra, y experimentó un cierto alivio: "nada de rebucado ni decadente. Nada propio de un candidato al suicidio...". Sintió que una cierta paz le nacía en el estómago, y dijo en voz alta: "Es hermoso. Y a pesar de todo, la belleza es un valor absoluto. No hay que suicidarse, a causa de la belleza...".

La frase le recordó algo. Abrió el cajón de un velador, sacó una fotografía de la tía Raquel y conversó con ella: "Sí, me acuerdo, tía. Las personas mueren, los objetos quedan. Las personas traicionan, los objetos son fieles". Luego guardó un largo silencio, mirando los ojos de la fotografía. Después se desvistió lentamente y se tendió sobre la cama. Abrió la caja de laca y fue colocando uno por uno los netzukes sobre su cuerpo desnudo. Colocó algunos primero sobre los muslos, y sintió la frescura deliciosa del marfil sobre la piel. Luego colocó otros sobre el vientre, pensando que pelear con doña Fanny era una especie de liberación. Miró su cuerpo medio cubierto por los netzukes, y volvió a decir "mío solo". Como siempre, el pensamiento de su virginidad le trajo el alivio de la tensión al estómago, y colocó otro netzuke sobre el ombligo. Sintió que un placer sutil lo invadía y colocó nuevos netzukes sobre el pecho y los hombros. Palpó con la mano derecha adentro de la caja: sólo quedaba uno solo. Lo colocó sobre su frente, y cerró los ojos, mientras sentía un ligero escalofrío en todo el cuerpo. "Libre, solo...", pensó. Y luego, acariciando con suavidad los netzukes, murmuró: "las personas traicionan, los objetos son fieles...".

# Lewis Hanke: La Historia de la Villa Imperial de Potosí y Bartolomé Arzáns de Orsúa

I.  
*El cultivo de  
la historia en  
las Indias*

CUANDO Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela decidió hacia 1700 iniciar la composición de la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, continuaba una gran tradición que la historiografía hispanoamericana había fundado en 1492. Los historiadores deben agradecer siempre por el agudo sentido histórico y la convicción uniforme de los españoles sobre que sus hechos en el Nuevo Mundo serían escrupulosamente escudriñados por la posteridad. Colón inició el hábito de escribir sobre América y muchos se sintieron animados a trazar siquiera una parte de su historia, pues la conquista excitó la imaginación de los españoles hasta el punto de mirarla como el acontecimiento más grande desde la venida de Cristo. Aun deambulando por mares y tierras los conquistadores, y catequizando a millones de indios los misioneros, acopiaban materiales históricos y componían historias en una escala monumental.

En los días de Carlos V, escribir historia en América y acerca de América solía ser una expresión de la creencia de los españoles sobre sus altos destinos en el Nuevo Mundo y de su fruición renacentista de la vida. Los indefectibles eclesiásticos participaron de esa inquietud, pues apenas una década después que los franciscanos llegaron, los primeros, a Nueva España en 1524, ya tenían nombrado un cronista para llevar al día la historia de sus hazañas, y las otras órdenes hicieron lo mismo. Por otra parte, hay en muchas acciones de los españoles en América una deliberada tendencia atrevida, que se refleja en las crónicas primitivas. El joven conquistador Diego de Ordaz, que se afanó por saber qué cosa yacía bajo la ascendente humareda de un volcán mexicano y acabó forzando a Cortés a autorizar la osada empresa sólo porque los indios comprobasen que "no había nada imposible para un español"; el dominico Luis Cáncer, que se consagró obstinadamente a cristianizar a los indios de la Florida despreciando la predicción, finalmente cumplida, de que sería martirizado; la amante del gobernador Pedro de Valdivia, que trató de amedrentar a los indios sitiadores de Santiago de Chile cortando con sus manos las cabezas a seis caciques que estaban en rehenes y echándolas a rodar entre las filas de los invasores: éstas y otras resplandecientes figuras aparecen en el registro de los españoles del siglo XVI en América. Semejantes hazañas todavía esperan su historiador, pues a pesar de todo la historiografía hispanoamericana es un campo relativamente poco cultivado.

Mientras la conquista se sucedía, la corona estimulaba a sus súbditos en el Nuevo Mundo a informar cuidadosa y cumplidamente sobre los asuntos de ultramar, esperaba sin duda que lo hiciesen, y animaba a historiadores como Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés a escribir crónicas formales. Un considerable número de éstas resultó en consecuencia, y la fantasía se entremezcla allí con los hechos a menudo, pues el Nuevo Mundo era un escenario de maravilla y encantamiento para muchos europeos. Hasta un historiador como Oviedo se complace en brindar exageraciones para solaz de los conterráneos. Así da el relato de un asno en el Perú, no menos extraordinario que el grifo, pues tenía una cola larga, la mitad superior del cuerpo cubierta de plumas multicolores, y la mitad inferior de una rojiza y suave pelambre; además, podía cantar, si así lo deseaba, en un tono tan plácido como el ruiseñor

o la alondra. Oviedo observaba también que el canto de los gallos era menos frecuente y menos estridente que en España, y aun que los gatos del Caribe hacían tan poco ruido en la noche que no interrumpían tanto sus estudios como cuando estuvo en la Universidad de Salamanca. Sin embargo, la lectura de las numerosas crónicas primitivas sugiere en conjunto la impresión de que los españoles tenían una conciencia honda y seria sobre la importancia de los realizados sucesos en los que estaban participando, y de que ciertamente no había nada que un español no pudiese hacer, o cuando menos no se atreviese a hacer.

Las más de estas crónicas son muy conocidas desde luego, aunque es ilustrativo saber que Marcel Bataillon, puede descubrir nuevas e interesantes facetas en la obra de un historiador tan familiar como Francisco López de Gómara; que José de la Peña y Cámara, director del Archivo General de Indias, está revelando material hasta hoy incógnito sobre Oviedo, y que Manuel Giménez Fernández, de la Universidad de Sevilla, está acopiando, en una exploración benedictina de los archivos, numerosas noticias sobre la vida y la "Historia de las Indias", de Bartolomé de las Casas, cuyas doctrinas y acciones han sido controvertidas por más de 400 años. Dibble y Anderson no han completado todavía su edición monumental del código florentino de la obra antropológica de Bernardino de Sahagún.

También debe reconocerse la amplitud del interés de estos primeros cronistas, que hoy se magnificaría con algún nombre resonante como "coordinación interdisciplinaria". Contemplanaron la conquista en globo, y disertaron sobre la enfermedad y la muerte, el arte y la cocina, los asuntos lingüísticos, la crianza de los niños e infinitos temas que les interesaron en el Nuevo Mundo. Las Casas mismo, tan conocido por sus escalofriantes estadísticas sobre la matanza de indios durante la conquista y por sus escritos polémicos, manifestó también un interés por la enseñanza, una penetración psicológica, y una curiosidad por la naturaleza que aún no son plenamente apreciados. Todas estas y otras crónicas semejantes hace tiempo que son usadas y reputadas como fuentes valiosas para la comprensión histórica; y sin duda puede decirse que sólo han sido explotadas superficialmente, así como de las primeras minas de Potosí se comenzó por extraer sólo la plata más rica y más a mano. En ambos casos se dejó intocado o apenas aprovechado mucho material valioso.

Mientras España ajustaba una estructura estable para regir los territorios recién ganados, se sintió la necesidad de una historia abarcadora y veraz de los hechos de los españoles, y de una información adecuada para administrar el inmenso imperio. Hacia 1570 comenzó una era decisiva para la historiografía cuando Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, resolvió que para la buena administración se necesitaba un archivo con información sistemática sobre las leyes y los hechos nuevos, una maquinaria capaz de obtener datos actuales, y un historiador oficial. Así se elaboró un detallado cuestionario para que cada gobernador en América proveyese datos específicos sobre la historia, población, producciones, clima y geografía del territorio respectivo. Iniciado en 1569 como una pequeña encuesta, este cuestionario no tardó en contar con 50 apartes, y a la larga constituyó un volumen impreso de 350 preguntas diferentes. Las "relaciones históricas" que resultaron de esta batida informativa de las Indias forman hoy una fuente poco conocida y aprovechada todavía.

En 1573 fue nombrado el primer "cosmógrafo y cronista" real para aprovechar el material así acopiado, y más tarde tuvo también acceso a los documentos enviados a España como resultado de la orden de 25 de junio de 1579 por la que se mandó a los principales delegados del rey en América buscar en sus archivos documentos históricos y enviar los originales o copias auténticas al Consejo de Indias para que pudiese escribirse una verdadera y general historia de esas tierras. El historiador y cosmógrafo debía consagrarse a escribir la historia de las Indias año redondo, y es claro, según

la descripción siguiente de sus deberes, que el Consejo de Indias quería tanto perpetuar las hazañas de los españoles en América cuanto averiguar cómo eran esas tierras nuevas:

"Porque la memoria de los hechos memorables y señalados que ha habido y hubiere en nuestras Indias se conserve, el cronista mayor de ellas, que ha de asistir en nuestra corte, vaya siempre escribiendo la historia general de todas sus provincias, o la particular de las principales de ellas, con la mayor precisión y verdad que ser pueda, averiguando las costumbres, ritos, antigüedades, hechos y acontecimientos, con sus causas, motivo y circunstancias que en ellos hubiere, para que de lo pasado se pueda tomar ejemplo en lo futuro, sacando la verdad de las relaciones y papeles más auténticos y verdaderos".

También se encargó al cronista mayor que fuese "siempre escribiendo y recopilando la historia natural de las yerbas, plantas, animales, aves, peces, minerales y otras cosas que fueren dignas de saberse y hubiere en las Indias y en sus provincias, islas, mares y ríos, según lo que pudiere saber y averiguar por las descripciones y avisos que de aquellas partes se nos enviaren".

El cronista tendría acceso a todos los papeles pertinentes en el archivo del Consejo de Indias, "y si hallare o supiere que en poder de alguna persona particular hay algunos papeles, relaciones, historias o escrituras que sean importantes para lo que fuere escribiendo o pretendiere escribir, lo advertirá al consejero que fuere comisario de la historia, para que se saquen o copien".

Los funcionarios reales de España demostraron que conocían la naturaleza humana, o por lo menos la de los historiadores irresolutos o perfeccionistas —es significativo que Clío, la musa de la historia, no se representa nunca escribiendo, sino siempre a punto de poner la pluma sobre el papel—, pues el Consejo prescribió solemnemente:

"El cronista mayor, conforme a la obligación de su oficio, ha de escribir continuamente la historia de las Indias en aquella parte natural, moral o política, para que tuviere y se le entregaren más papeles, y lo que fuere escribiendo lo ha de ir manifestando al consejero que fuere comisario de la dicha historia, la cual, antes que se le pague al cronista mayor el último tercio del salario que hubiere de haber cada año, reconocerá lo que en él hubiere escrito, para que se ponga y guarde en el archivo o se imprima y saque a luz, si pareciere conveniente, y de ello le dará la certificación que mereciere, declarando en ella de que tiempo es lo que en él hubiere escrito y como queda puesto en el archivo, para que con esto se le mande pagar el último tercio y se tenga entera noticia en el Consejo de lo que fuere escribiendo".

Junto a la documentación oficial, a las crónicas, y a la narración personal de hechos hazañosos, se fue produciendo otra clase de historia a medida que los españoles, como individuos, contemplaban la conquista y se dedicaban a hacer relaciones sobre aspectos, sucesos o regiones particulares. La clásica *Verdadera historia de la conquista de Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, la polémica *Historia de las Indias*, de Bartolomé de las Casas, y la descripción del Perú, por el juvenil soldado Pedro Cieza de León, son ejemplos muy conocidos de aquellas historias.

La lucha por la justicia que agitó gran parte del siglo xvi originó también una vasta e importante literatura histórica. Por ejemplo, el cabildo de la ciudad de México y el emprendedor virrey don Francisco de Toledo en Perú comisionaron la redacción de tratados jurídicos e historias con un propósito político definido: probar que el régimen nativo había sido tiránico y que la dominación española en América fue eminentemente justa, y que los españoles podían en consecuencia imponer tributo a los indios y obligarlos a trabajar en las chacras y las minas. Así comenzó la producción de una copiosa literatura histórica cuyo objetivo principal fue la exaltación de la obra de España en el Nuevo Mundo, literatura que suponía otra igualmente

copiosa dirigida a probar lo contrario. Estas dos escuelas —la "leyenda negra" y la "leyenda blanca"—, todavía florecen dondequiera que la acción de España en América se estudia.

Los mayas, incas y otros indios no sólo fueron explotados; también fueron objeto de una intensa campaña misionaria y sus culturas fueron estudiadas. Un aspecto bastante bien conocido de la actividad hispánica en el Nuevo Mundo fueron las extensas investigaciones sobre las civilizaciones nativas. Si bien algunos de estos estudios culturales fueron polémicos y a veces produjeron resultados tendenciosos, los frailes y seglares que trataron de comprender la vida y el idioma de los pueblos que iban conquistando han sido llamados con razón los primeros antropólogos del mundo moderno y las extensas relaciones que compilaron son todavía fuentes valiosas. Los nombres de Toribio de Motolinía, Diego de Landa, Bartolomé de las Casas, Alonso de Zorita y especialmente de Bernardino de Sahagún, ocuparon siempre un lugar honroso en la historiografía hispanoamericana por sus contribuciones al estudio de las culturas indias.

Sobre todo, los conquistadores, tan individualistas, y sus descendientes anhelaron que se preservase para la posteridad una relación verídica de sus hazañas. Dentro de este espíritu los capitulares de Cuzco, Perú, compusieron un extenso memorial y lo dirigieron a la corona en octubre 24, 1572. En un tono ofendido, aquellos dignos varones señalaron que aun los bárbaros, sin saber escribir, como los incas, apreciaban en mucho la necesidad de registrar la historia, mientras los españoles, habiendo acometido grandes hechos y trabajado mayormente y con más resolución que ningún otro pueblo en el mundo, habían dejado que esas hazañas se olvidasen. Los resultados de esta aguda sensibilidad histórica de los españoles no han sido aún apreciados del todo porque los documentos sólo se han aprovechado en parte y algunas de las historias más substanciosas se han perdido o han sido impresas tardíamente. Aún más, si las crónicas que han desafiado al tiempo tienen que ser valoradas adecuadamente, es menester buscar más a fondo en los archivos de Europa y las Américas donde toneladas, literalmente, de manuscritos inaprovechados o incógnitos esperan a los investigadores. El mero volumen de la detallada documentación disponible ya es para descorazonar y estimular al mismo tiempo a los historiadores actuales, pero algún día tendremos sin duda mejores relaciones de los cronistas que con sus escritos mostraron el imperio hispánico de Indias como una parte eminente en la historia de la expansión de Occidente. Entonces los historiadores que se consagraron al tema minero tendrán su parte, y es probable que entre ellos Arzáns sobresalga por su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*.

Exceptuando el espectacular descubrimiento y las dramáticas conquistas de Cortés y Francisco Pizarro, pocos temas han despertado tanta curiosidad e interés de generaciones sucesivas como la fabulosa historia de las minas de Potosí. Por cerca de 400 años los leales potosinos, y otros también, compusieron poemas, novelas, teatro e historias sobre el turbulento y romántico pasado del monte de plata erguido en lo alto de los Andes en uno de los lugares más desolados e inaccesibles de América del Sur. Nadie sabe de cierto cuánto se escribió aunque un boliviano ha intitulado un trabajo sobre el tema "Las mil y una historias de la Villa Imperial de Potosí".

Entre los españoles que cumplieron extensas relaciones con las autoridades gubernativas con el propósito de influir en sus actos se cuenta Luis Capoche, dueño de un ingenio en Potosí, que escribió una descripción de las minas, desde su descubrimiento hasta su descomunal incremento subsecuente, y relató asimismo los hechos sociales y económicos hasta 1585. Parece que Capoche nació en Sevilla: nos cuenta que, joven, solía contemplar y preguntarse qué significaba un curioso escudo de ar-

III.  
Bartolomé  
Arzáns de  
Orsua y Pita,  
Historiador  
de Potosí

II.  
Los historia-  
dores de  
Potosí

mas a la entrada de la casa de Juan Marroquí, que se había enriquecido en Potosí y había adoptado la *huayra*, un horno indígena de fundición, como divisa heráldica. Esta fue la primera noticia de Capoche sobre Potosí, aunque Sevilla debía de exhibir en aquellos días muchas muestras de la riqueza traída desde el Nuevo Mundo. Como uno de sus orgullosos historiadores declaró por el tiempo en que Capoche escribía, de América se habían llevado a Sevilla suficientes tesoros "para empedrar sus calles con oro y plata".

La *Relación general del asiento y Villa Imperial de Potosí*, por Luis Capoche, no es una historia formal desarrollada sobre líneas cronológicamente estrictas, o un relato ajustadamente organizado. A través de sus páginas, no obstante, Capoche da muchas noticias de interés histórico. La *Relación* de Luis Capoche viene a ser muy demostrativa especialmente para los críticos 40 años iniciales del asiento minero, por los muchos detalles que ofrece sobre la vida y el trabajo de los indios, los desenvolvimientos técnicos, las propiedades mineras y sus dueños individuales, y el incremento del espíritu adquisitivo en un momento crítico de la expansión capitalista en Europa, el siglo xvi.

El competente y prolífico funcionario del Consejo en el siglo xvii, Antonio de León Pinelo, acopió documentos sobre Potosí, incluso la *Relación* de Capoche, como preparación para su historia, nunca completada, del mineral, y murió esperando documentos adicionales de las Indias, pues padecía de ese desarreglo perfeccionista que aflige a algunos historiadores en todos los tiempos y bajo todos los climas. Juan Rodríguez de León, hermano de León Pinelo, se quejó porque España olvidaba a sus historiadores que habían escrito sobre el Nuevo Mundo: "Como de las Indias sólo se apetece plata y oro, están sus escritores tan olvidados como sus historias poco vistas, siendo ocupación extranjera la que debiera ser natural de España".

Si es cierto que ninguna historia de Potosí se imprimió en la colonia, no lo es menos que los potosinos estaban orgullosos de la ingente producción de plata y del trabajo de sus minas en los altos de los Andes. Muchos documentos fueron trazados en Potosí y presentados a las autoridades en La Plata, Lima o Madrid por los procuradores de la Villa, famosos por su tesón y energía. Mas no se publicó ninguna historia formal, a pesar de la profusión de esas solicitudes y otros documentos acumulados en Potosí, Lima y España: correspondencia de funcionarios reales, relaciones vicerreales, actas capitulares, averiguaciones judiciales, expedientes y cartas audienciales, estados anuales de producción de plata, e informaciones eclesiásticas. Empero, esta documentación tenía un aspecto unilateral, y ninguna persona animada por un propósito historiográfico se había puesto a relatar la historia del Cerro en conjunto desde su descubrimiento en 1545. Ni Arzáns fue un historiador oficial, asalariado para estar con el ojo atento a las cosas del Cerro y la Villa. Arzáns fue un leal potosino que se glorió en relatar los extraños y memorables sucesos acaecidos en su tierra natal. Su obra fue una obra de amor, un tributo a España y al Nuevo Mundo. Aunque mientras España mantuvo su dominio en el Nuevo Mundo se siguió acopiando material historiográfico, y en muchas partes de su vasto imperio autores diversos produjeron trabajos históricos de toda índole hasta que los acontecimientos revolucionarios de 1809 iniciaron una nueva era, parece que Potosí fue el único lugar cuyo fascinante pasado movió a uno de sus vecinos a emprender una historia tan abarcadora y detallada de sus glorias y tragedias como es la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*.

La resolución de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela a consagrarse a la historia de Potosí representa así un momento decisivo en el desarrollo de la historiografía en América Hispana. Y esta fue una clase de historia nueva e integral: no la de un conquistador, un eclesiástico, un ministro real, o un minero ansioso del favor real.

El espíritu con el cual Arzáns describe un siglo y medio del pasado potosino es asimismo diferente: él era un español nacido en el Nuevo Mundo y cuenta su historia desde el punto de vista de quien ha vivido toda su vida en el aislado Potosí. El padre y los abuelos de Arzáns habían venido de España a Potosí, y es obvio que él mira las hazañas de España en el Nuevo Mundo como algo propio; pero también fue un americano, censuró a veces a los españoles, y no ignoró que los españoles nacidos en el Perú eran distintos, en muchos aspectos importantes, de los españoles peninsulares. Muestra, pues, lo que Jorge Basadre describe como una "conciencia de sí", sentimiento cada vez más creciente en las Indias. Este americano-español produjo una clase especial de historia, como se verá por el análisis que vamos a hacer de la vida y obra de Arzáns.

La historia de la ciudad argentífera de Potosí en el Alto Perú colonial, hoy Bolivia, puede reducirse a una serie de cuadros demostrativos de la cantidad de plata producida cada año, desde el momento en que los españoles comenzaron a explotar las minas en 1545 hasta hoy día, en que el gran Cerro da estaño en vez de plata. Este informe estadístico revelaría la historia económica de Potosí; y algún día, cuando los archivos sean investigados más a fondo, podrá seguramente trazarse una curva que señale las alzas y bajas en la producción correspondientes a la prosperidad y la decadencia en la historia de Potosí. Pero este enfoque, tan útil a los economistas y los historiadores de la economía, no ofrecerá el interés humano que a mí me preocupa, porque lo que da sentido a la historia de una colectividad son sus gentes y las vidas de sus gentes.

La gran época de Potosí duró desde 1572, en que el virrey don Francisco de Toledo persistió en la adopción del beneficio del mercurio y estimuló la impresionante fábrica de las lagunas que proveyeron energía hidráulica, hasta 1650, poco más de 75 años. Hasta promediado el siglo XVII la ciudad había sufrido tres crisis tan traumáticas que Arzáns planeó primero titular su obra *Las tres destrucciones de la Villa Imperial de Potosí*. Estas fueron: las guerras que el delirio argentífero suscitó entre vicuñas y vascongados en 1622-1625; la ruptura de la laguna de Caricari que causó una inundación devastadora en 1626, y la rebaja de la moneda que tanto afectó a la ciudad hacia 1650. Estas tres calamidades delibitaron sucesivamente a Potosí y le hicieron perder después de 1650 su posición cimera como centro de producción de plata en Hispanoamérica. El auge, en que la Villa alcanzó una población de 160.000 habitantes, mayor que la de cualquier otra ciudad del Nuevo Mundo y la mayor parte de las de Europa, llegó a su fin y comenzó la decadencia. Mas, así como España fue capaz de dar al mundo una imagen poderosa de sí misma aun después que sus fuerzas se habían desvanecido, también Potosí mantuvo la conciencia de su grandeza y de su supremacía mucho después que la producción y la población comenzaron a decaer.

Nuestro historiador Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela nació en Potosí en 1676, cuando las cifras de producción se precipitaban para abajo y durante los 30 años que empleó en escribir la *Historia* desde 1705 hasta su muerte en 1736, la riqueza de Potosí no cesó de disminuir. ¿Qué le indujo a constituirse en el historiador de su ciudad? Quizá al joven rodeado por las iglesias espléndidas y las bellas mansiones del glorioso pasado y sabedor de éste por las historias transmitidas de generación en generación, la misma decadencia le movió a escudriñar en el pretérito, cuando Potosí era la ciudad más rica del imperio hispánico y la envidia de Europa. Obstinadamente, al evocar la grandeza de los viejos años, exclama: "¡Oh, cuánta grandeza mantuvo esta Villa en los pasados tiempos, y cuánta desdicha posee al presente: Pero qué de maravilla es este descaecimiento!".

### III.

*Bartolomé  
Arzáns de  
Orsúa y Vela,  
historiador  
de Potosí*

Arzáns llenó unas 1.500 páginas in folio de escritura prieta sobre las vicisitudes de Potosí, pero reveló muy poco sobre sí mismo. Hilvanando la escasa información existente en fuentes dispersas sabemos que Mateo, padre de Bartolomé, nació hacia 1685 en Sevilla en el curso de la ardua peregrinación que los abuelos del historiador hicieron desde Bilbao en España hasta el Nuevo Mundo, y que Bartolomé nació en 1676 en Potosí, donde pasó su vida modestamente hasta que a fines de enero de 1736 "Cortó la parca al estambre de su vida", para usar la expresión grandilocuente de su hijo Diego. Un psicólogo no tendría mucho material para una reconstrucción o un análisis, pues Arzáns no dice nada de su madre, no dice de su padre sino para caracterizarlo como un "osado andaluz" que en cierta ocasión reveló "arrogancia y vanidad", y apenas dice de su hijo Diego que era diestro en el manejo de la espada. Los registros parroquiales de Potosí muestran que Arzáns se casó el 2 de mayo de 1701 con doña Juana de Reina, unos 15 años mayor que él. Arzáns sólo la menciona con discretas generalidades.

Aparte de algunos trozos de información miscelánea autobiográfica, el manuscrito dice poco sobre su familia, su juventud, su formación intelectual y otras circunstancias que nos ayudarían a comprender al hombre que empeñó tanto tiempo y energía en la historia de la Villa Imperial. Su existencia debió de ser tranquila y sin mayores peripecias, si la escasez de información quiere decir algo. En una comunidad tan dada a las discordias públicas y privadas, no se le encuentra implicado en las agrias disputas tan características de la vida colonial. A pesar de su modesto pasar, parece que nunca recurrió en demanda de ayuda a los capitulares o a los oficiales reales, y que ni siquiera informó a las autoridades locales sobre su gran empresa que ciertamente habría conmovido el orgullo de los magistrados potosinos. Este silencio significa que Arzáns no quiso llamar la atención general sobre la tarea que estaba consumiendo tantas horas de su vida. Quizá consideró que la composición de la *Historia* era una empresa exclusivamente personal y para cumplirse en la oscuridad por causa de las materias azarosas de que trata. Hasta que se revelen nuevos documentos debemos concluir que Arzáns fue ante todo un autodidacta, con poca academia formal, que llenó su mente con una vasta ilustración antigua y moderna y la empleó en un gran trabajo histórico a miles de kilómetros de los centros culturales de Europa y lejos también de las universidades que España estableció en el Nuevo Mundo.

¿Por qué la *Historia* no se publicó en vida del autor? ¿Por qué se dejó el manuscrito inédito desde la muerte de Arzáns en 1736 hasta que el Comité de Publicaciones del Bicentenario de la Universidad de Brown resolvió hacer la primera edición completa? Muchos españoles consideraron a Potosí "la maquinaria más importante" de todo el reino peruano. Desde un comienzo los potosinos aguzaron un agudo sentido de su propia importancia y el primer escudo de armas de la Villa Imperial que Carlos V concedió a la Villa refleja fielmente este espíritu de orgullo semejante al espíritu texano: "Soy el rico Potosí, del mundo soy el tesoro, de los montes soy el rey y envidia soy de los reyes". Cuando Arzáns comenzó a escribir al iniciarse el siglo XVIII la producción de plata había decrecido tanto que Potosí ya no tenía la preeminencia de antes; mas el orgullo de los potosinos no había disminuido ni habían abandonado la convicción apasionada de que la Villa Imperial constituía un capítulo sobresaliente en la historia de América y ciertamente de todo el mundo. Aún más, la *Historia* contiene tanta sangre y soberbia, tanta lascivia y santidad, tanto detalle sobre la casi increíble historia de la pasmosa mina andina, que la inedición de esta obra por dos siglos después de su conclusión debe en verdad explicarse.

Aparentemente Arzáns guardó bien su tesoro mientras trabajaba en él, pues desde el comienzo temió la crítica y esperó que alguien derramase detracciones sobre sus escritos. Los historiadores hispanoamericanos aprendieron temprano que su vida era



azarosa. Agustín de Zárate llegó al Perú cuando las guerras civiles del siglo xvi estaban en su furor, y concibió la idea de escribir una historia, pero descubrió pronto que esto sería imprudentísimo una vez que el conquistador Francisco de Carbajal, el "Demonio de los Andes", había jurado matar al que se atreviese a registrar sus atroces hazañas. Aun un historiador oficial como Antonio de Herrera a comienzos del siglo xvii debió hacer frente en un largo pleito a la cólera del conde de Punonrostro que acusaba a Herrera de haber difamado a su antecesor el conquistador Pedrarias, conocido por su crueldad. No es, pues, sorprendente que Arzáns omita a veces, los nombres de algunos perversos. No reprime sus críticas cuando las considera bien fundadas, pero parece consciente de que habrá lectores que escudriñen sus escritos para censurarlo y atacarlo.

A pesar de la actitud cautelosa de Arzáns, la *Historia* fue conocida por algunas personas en la Villa Imperial a poco de iniciarla en 1705. Arzáns permitió a algunos eclesiásticos ver sus manuscritos, y aun usar en sus sermones los cuentos a veces espeluznantes y a veces edificantes registrados en la *Historia* para impresionar en los ánimos licenciosos y turbulentos de los potosinos el amor de la piedad y de la castidad. Más tarde el fraile dominico Josef Lagos predicó en nueve noches sucesivas con ejemplos tomados de la *Historia* sobre la epidemia de 1719, episodio terrible durante el cual Arzáns había ayudado a cuidar a los enfermos y a enterrar a algunos de los 20.000 muertos.

Otros que de alguna manera supieron de la composición de la *Historia* temieron que ella incluyese relaciones ingratas sobre ellos y sus amigos, y cierta vez un vecino iracundo amenazó con matar al historiador por haber escrito sobre los excesos de un pariente, "cierto juez", y Arzáns se salvó escondiéndose por algún tiempo. Otra vez un oficial real amenazó con destruir al historiador y sus escritos porque Arzáns había denunciado la complicidad del magistrado en el contrabando, pues uno de los temas favoritos de la obra es la corrupción oficial. Afortunadamente para todos nosotros, y para Arzáns en particular, el oficial real murió antes de ejecutar su amenaza.

Estos y otros parecidos incidentes hicieron que el historiador mantuviese el contenido de su manuscrito tan secreto como le fue posible y, para librarse de los malintencionados, de vez en cuando difundía la falsa noticia de que había enviado la obra para su publicación a Europa. Tales estratagemas no siempre fueron afortunadas y Arzáns recibió varias propuestas de personas que le ofrecieron buenas sumas de dinero para imprimir el manuscrito, cosa que Arzáns declinó a pesar de sus necesidades. Ni el ofrecimiento de cierto capitán de navío francés por una considerable suma a cambio del manuscrito para llevarlo a París y presentarlo como obsequio a su monarca fue aceptado, pues el fiel potosino pensaba que nadie sino su propio rey debía recibir su libro. Otra vez, cuando don Pedro Prieto Laso de la Vega quiso llevar la *Historia* a Madrid, Arzáns volvió a declinar, por el temor de que se perdiese en el camino, desventura que más de una vez había ocurrido a libros escritos en el Nuevo Mundo y no sólo en naufragios. Cuando Arzáns murió en 1736 a la edad de 60 años, la obra de toda su vida, a la que había consagrado miles de horas y una enorme energía, estaba aún inédita.

Su hijo Diego trató de continuar la composición por algo así como un año, sin igualar ni mucho menos a su padre; y apremiado por dificultades económicas parece que vendió el manuscrito no mucho después de la muerte de Bartolomé. La *Historia* no había sido olvidada, sin embargo. Cuando Diego murió repentinamente en 1755, algún alto funcionario potosino, probablemente el corregidor, suscitó prontas y minuciosas averiguaciones sobre su paradero. Finalmente, el manuscrito fue encontrado en poder de un eclesiástico que parecía decidido a conservarlo. Sin embargo, la acción

oficial logró su objeto y por 1756 el manuscrito estaba en camino a Madrid y fue a dar a la biblioteca privada del rey. Nunca fue publicado y el visitante actual puede todavía verlo en la hermosa biblioteca de Palacio tal como estaba cuando el triunfante corregidor de Potosí lo remitió a Madrid hace más de doscientos años.

Siguiendo la sagrada tradición de los historiadores, Arzáns ofrece a sus lectores del siglo xx gran cantidad de información sobre los materiales que empleó. Más de 40 autores habían escrito ya sobre diferentes aspectos de la Villa Imperial, dice Arzáns, y él había consultado a todos ellos, así como otras "relaciones, archivos y manuscritos" de interés. Adicionalmente cita un gran acervo de libros impresos sobre las Indias, desde la *Crónica del Perú*, escrita en 1553 por el joven conquistador Pedro Cieza de León, hasta las publicaciones que iban apareciendo mientras escribía en el primer tercio del siglo xviii.

Entre las ricas fuentes de la *Historia* están las obras de algunos historiadores a quienes Arzáns transcribe y se refiere en muchos pasajes, si vamos a creerle bajo su palabra una vez que esas obras no se han encontrado. El autor más frecuentemente citado por Arzáns es don Antonio de Acosta, a quien llama "noble portugués que escribió en su propio idioma". Y, en efecto, mineros, mercaderes, eclesiásticos y otra gente de Portugal se encuentran en Potosí, como en otras muchas partes del imperio español, desde muy temprano. Estos portugueses no se limitaron a lucrarse en diversos negocios, pero también escribieron prolifas descripciones de lo que habían visto en el Nuevo Mundo. Arzáns menciona repetidamente a Acosta como testigo de vista de muchos acontecimientos desde su llegada a Potosí hacia 1579 hasta su muerte en 1657 cuando tenía casi 100 años de edad.

Acosta entrelaza muchos y diversos materiales en su historia. Especula sobre cómo Potosí recibió su nombre, cuenta las grandes fortunas ganadas por los pulperos, detalla el descubrimiento de ciertas piedras preciosas de gran tamaño, y pinta tan vívidamente los terribles huracanes que a veces azotaban a la ciudad que uno cree escuchar el silbido del viento barriendo las angostas y retorcidas calles y ver las mercancías que las indias vendían en la plaza arrebatadas en el aire por la violencia del huracán. Acosta registra el hallazgo, cuando se fabricaba la iglesia de Santo Domingo, de un extraño esqueleto con dientes grandes como huevos de paloma, y calcula que la plata extraída de las minas era tanta que amontonada alcanzaría la misma altura del Cerro. Da detalles meticulosos y exuberantes sobre las frecuentes y costosas fiestas que los potosinos celebraban con todo motivo, y Arzáns continuamente refiere al lector a la historia de Acosta como si ella existiese en aquel tiempo.

Acosta acusa devoción e interés intensos por la vida religiosa de la Villa; refleja fielmente el espíritu de aquel que se ha llamado "un siglo piadoso". Relata milagros sin cuento, maldades del demonio, catástrofes que caían sobre Potosí por los pecados de sus habitantes, y ejemplos tanto de piedad como de impiedad. Dice que conoció personalmente a un potosino tan caritativo que después de su muerte se le veneró como santo; y asegura como testigo de vista que cuando la tumba fue abierta en 1625 al cabo de 20 años de la muerte del siervo de Dios, su cuerpo estaba "entero, despidiendo una admirable fragancia".

Pero ¿vivió realmente este "noble portugués" en Potosí, y en caso afirmativo, fue realmente autor de una historia impresa en Lisboa? Ningún ejemplar de la *Historia de Potosí* de Acosta se ha encontrado a pesar de mis propios y arduos esfuerzos y de la búsqueda inteligente de amigos eruditos en Portugal. Las bibliografías conocidas callan el nombre de Acosta en tal forma que uno debe preguntarse si esta detallada relación de Potosí existió de veras.

El episodio mejor documentado de la historia de Potosí es la guerra civil entre vascongados y vicuñas (llamados así por los sombreros de la lana de vicuña que usaban, tan característicos como las botas y los sombreros texanos de hoy). La guerra atrae a los historiadores y las guerras civiles que asolaron a Potosí entre 1623 y 1625 no fueron una excepción. Arzáns declara que tuvo a mano ocho obras impresas así como otras cinco manuscritas de las cuales extractó "lo más conveniente y menos escandaloso de estas guerras". Además de estas historias formales, Arzáns cita literalmente numerosas cartas y otras fuentes, especialmente las declaraciones de varios jefes de ambos bandos explicando y justificando sus hechos. El historiador da al lector la impresión de que escribe rodeado de toda clase de testimonios sobre estos calamitosos años de la Villa Imperial.

Las recíprocas crueldades de estos bandos excedieron las de las guerras civiles de Roma, Francia y Granada, dice Arzáns, pues fue una guerra a muerte. Los hechos son relatados con minuciosidad tremenda, se da hasta la hora exacta de ciertos encuentros, y cuando el conflicto estaba en su culminación, por febrero de 1624, se hace el registro de los hechos día por día. Al fin de cada año se hace un resumen estadístico de daños: cuántos muertos, cuántos heridos, cuántos robos, y cuántas casas destruidas.

Las cédulas reales formaban una parte tan importante de la vida de Potosí que Arzáns las inserta desde luego, así como provisiones vicerreales y provisiones de la audiencia. Historia religiosa, milagros, vidas de santos, y todo lo relativo a la iglesia suscita especial interés en Arzáns, que a veces cita aun cartas privadas de eclesiásticos. A estar con tanta referencia a fuentes, uno se imagina que Arzáns tenía una varita mágica con la que localizaba por todas partes documentos para la *Historia*. Da muchos datos sobre la plata no registrada y sacada clandestinamente por Buenos Aires sin pagar los reales quintos. Dice que un don Pedro Muñoz de Camargo dió en llevar la cuenta de este tráfico ilícito que llegó a sumar 560 millones de pesos en 112 años, cálculo fundado sobre los datos de Muñoz de Camargo y de otros antiguos vecinos que tuvieron la misma curiosidad.

Nadie sabe si todos los manuscritos que Arzáns menciona tan asiduamente existían de verdad cuando escribía o si se atuvo principalmente a la tradición oral. Sea como fuere, Arzáns quiso dar la impresión de que como historiador respetaba las fuentes originales y tuvo un arsenal de ellas para escribir su *Historia*.

Hay un gran acervo de observación personal en la *Historia*, observación propia de Arzáns o la de sus fuentes más antiguas, como Antonio de Acosta. Arzáns encarece sus esfuerzos por dar informaciones de testigos: mide la profundidad de la laguna vecina de Tarapaya, donde van a bañarse las familias de los ricos azogueros; nada él mismo en sus peligrosas aguas y relata muchos curiosos incidentes allí acontecidos. Discute los asuntos europeos del día con extranjeros residentes en Potosí, y entre sus conocidos se cuentan algunos ricos a pesar de que están sumidos en el pecado. Sin mengua de su devoción y su conspicua piedad, Arzáns tiene evidentemente el espíritu de un periodista que no vacila en alternar con hombres y mujeres de toda condición para acopiar materiales para su historia.

Sin embargo, la *Historia* es semejante a una tragedia griega en que mucha parte de la acción transcurre fuera del escenario, hasta el cual vienen mensajeros portadores de milagros, calamidades y otros sucesos. Rara vez se permite al lector dar una ojeada a las minas mismas. La Villa opulenta, piadosa, y licenciosa es el escenario de Arzáns; el Cerro, horadado por las minas de donde sale la riqueza que sostiene a la Villa, está decididamente fuera del escenario.

Una de las virtudes de la *Historia* es el rico detalle que ofrece sobre casi todos los aspectos de la vida de la Villa Imperial. Su dimensión enciclopédica es casi

abrumadora y sólo puede describirse aquí en términos generales. Los lectores deberán extraer por sí mismos la riqueza completa, a la manera cómo los hombres excavaron en las minas durante cuatro siglos para sacar la plata y luego el estaño.

Arzáns no tiene un conocimiento especial de la tecnología, pero la *Historia* contiene una información considerable sobre las clases de minerales del Cerro así como los métodos empleados en el curso del tiempo para beneficiarlos.

Los accidentes en las minas, los descubrimientos de nuevas vetas, los innumerales inventos y métodos ideados por españoles y extranjeros para extraer hasta la última onza de plata se relatan en la *Historia*. Cuando se estudien prolijamente los contornos reales de las contribuciones a la minería en las colonias hispanoamericanas —la autoridad más moderna, Modesto Bargalló dice que los adelantes fueron mucho más importantes de lo que se cree— la información contenida en la *Historia* tendrá una parte significativa en ese estudio. En 1721 un ingeniero francés trató de desaguar la enorme cantidad de agua que se había acumulado en la mina Descubridora. El agua estaba tan honda, dice Arzáns con alguna exageración potosina probablemente, que un barco de guerra de la flota real podía navegar allí fácilmente; de cualquier manera, el ingeniero francés fracasó por completo después de una costosa tentativa y, cargado de deudas, huyó de la ciudad.

El Potosí de la *Historia* era soberbio y opulento, piadoso y cruel, pero no un centro de ilustración. Lima tenía su universidad, numerosos colegios y una audiencia, instituciones que atraían y fomentaban a los letrados. Allí se publicaban libros, había debates poéticos y las frecuentes disputas intelectuales aguzaban los ingenios. En la vecina La Plata había también universidad y audiencia, focos activos de trabajo cultural. Las audiencias estimulaban la composición de libros y de tratados, pues los eruditos y disputantes oidores sabían que uno de los caminos para su promoción era el trabajo de obras históricas, legales o políticas. Dos de los consejeros más capaces del virrey Toledo fueron oidores de La Plata en el siglo xvii, el fraile agustino Calancha escribió allí su *Crónica moralizada* en el siglo xvii, y en el siglo xviii la Universidad de San Francisco Xavier fue un centro de discusión filosófica y jurídica.

Pero Potosí producía plata. Aunque Arzáns fue maestro de escuela, hecho que conocemos no por él sino por su alumno don Bernabé de Ortega y Velasco, en la *Historia* no se encuentra mucho espacio para libros, música, o educación en general. El arte religioso se describe profusamente, mas no parece que los mineros enviasen a sus hijos a Salamanca para que se puliesen con la educación universitaria de España, ni se mencionan jóvenes potosinos acomodados que estudiasen en la Universidad de La Plata. Quizá Potosí se consideraba de tal manera un centro del universo que los potosinos tenían como indecoroso ir a otra ciudad para nada, particularmente a La Plata que trataba de dominar políticamente a Potosí.

El teatro fue una excepción y la *Historia* tiene materiales de interés para la historia literaria. Arzáns da noticias sobre representaciones dramáticas en Potosí de 1555 en adelante, las cuales formaban parte de las ceremonias religiosas o profanas cuando Potosí celebraba acontecimientos como la coronación de Felipe iii o la victoria de Lepanto sobre los turcos. Se mencionan muchas piezas de teatro, el poeta-historiador Juan Sobrino escribió una, y otra fue representada por los indios en su propio lenguaje. Hacia 1616 se erigió un coliseo. El teatro llegó a constituir un medio de entretenimiento y educación para los potosinos que asistían a los dramas religiosos y literarios. Compañías teatrales ambulantes, indios y aun eclesiásticos participaban en estas representaciones. En la fiesta de la gloriosa Santa Rosa de Lima en 1721, por ejemplo, como complemento a los sermones, tres piezas religiosas fueron representadas con gran perfección por unas monjas "con

otra variedad de regocijos de toda la Villa". Aunque nuestro conocimiento del teatro en Potosí no es tan copioso como para Lima o México, la *Historia* prueba que los afortunados mineros argentíferos se empeñaron en fomentar el teatro.

Otras fuentes informan que embarques de libros a Potosí se hacían en España, que allí se escribió alguna poesía estimable, y que por lo menos un poeta —Diego Mejía de Fernangil, de comienzos del siglo xvii— halló en Potosí seguro y grato pasar para sí y su familia. Una de sus lecturas favoritas en las frías noches era *Los Lusíadas* del clásico portugués Luis de Camoens; el ejemplar forma parte actual de la notable colección de la Hispanic Society of America en la ciudad de Nueva York.

Arzáns muestra por toda la *Historia* su ardiente devoción por las materias eclesiásticas. Tan empeñosamente recarga su narración con detalles sobre las iglesias, capillas, conventos, el arte religioso y las personas y los hechos religiosos, que recuerda a ratos a un ampuloso cronista social de nuestro tiempo. Intercala milagros pródigamente y el diablo es para él un personaje familiar cuyo poder suele ser exorcizado por algún siervo del Señor. Se lleva la cuenta estadística de las misas con la misma ufanía de ciudad en auge con que se registra la producción de plata, y, en general, el lector recibe todo un diluvio de minucias sobre la vida eclesiástica de Potosí. Las virtudes y peripecias de muchos personajes son largamente relatadas: fray Gaspar Martínez que resistió crueles tentaciones; doña Mariana de Benavides que tuvo visiones extraordinarias; fray Gaspar de Villarroel, ilustre prelado; el capitán Francisco de Oyanume, que sentaba a su mesa cada domingo 12 menesterosos en "reverencia por los doce apóstoles"; el fraile dominico Vicente Bernedo, "preciosa mina de virtudes", cuya santa fama inspiró una macabra devoción después de su muerte, pues los devotos potosinos le cortaban los dedos de las manos y pies para preservarlos como reliquias.

Una notable característica de la *Historia* son las piadosas imprecaciones que Arzáns inserta con regularidad casi matemática sobre tópicos como la avaricia, la oración, el amor, la caridad, la pobreza, la ingratitud, la vanidad, la muerte, la castidad, el destino, y sobre si es cobardía que los hombres lloren. (La respuesta es *no*).

Quizá la impresión más perdurable que el lector del siglo xx recibe de esta crónica del siglo xviii, es el contraste pugnante que Arzáns muestra entre los indios sudando y muriendo en los senos oscuros del Cerro ingente, y las prácticas religiosas barrocas de los potosinos en la Villa. Arzáns no hace el menor esfuerzo por disimular que el trabajo de los indios en las minas es arduo, peligroso, atroz. Nuestro historiador no está en el bando de los explotadores. Cuando el sobrino de un arzobispo llevó 40.000 pesos de Potosí a Europa, Arzáns comenta: "a la verdad sangre, sudor y lágrimas de pobres es la mayor parte de lo que llevaba". Y pocas páginas adelante relata así el efecto de los sermones de fray Francisco Romero sobre los pecadores potosinos: "Hombres, mujeres, niños, viejos, grandes, pequeños, pobres, ricos, nobles, plebeyos" ayunaron cubriéndose el cuerpo con sacos y la cabeza con ceniza y poniéndose cilicios. Después de ocho días de predicar día y noche Romero terminó su misión "con una procesión en la que participó toda la Villa, llevando cientos de grandes cirios de blanca cera y haciendo grandes penitencias", mientras la muchedumbre avanzaba por las retorcidas calles y las enormes plazas de Potosí. Arzáns describe, pues, tanto la codicia como la religiosidad de los potosinos.

Los aspectos económicos del desarrollo de la Villa tienen mucho campo en la *Historia*. Arzáns, desde luego, dedica muchas páginas a la producción de plata y muestra en toda su obra un subido interés por la importancia económica de las

minas para la corona española. Tan concretas son sus cifras sobre las entradas reales cada año que parece estar compulsando registros oficiales llevados por los oficiales reales, que es precisamente la impresión que él trata de dar. La prosperidad o la decadencia de Potosí se trasuntan fielmente en estas cifras de producción. Si vamos a creer las exclamaciones exaltadas de Arzáns, la riqueza económica de todo el virreinato de Perú, y aun de la de España misma, dependían de la cantidad de plata extraída del dédalo de túneles y socavones del Cerro.

Sin embargo, son los indios quienes ocupan un lugar especial. Arzáns no permite al lector olvidar que la gloriosa historia de la Villa Imperial dependía del trabajo de los indios: "sin indios, no hay Indias". Ya al comienzo de la *Historia* interrumpe el relato de la conquista de México para negar indignado que los indios eran "brutos incapaces de razón", falsedad, dice, propagada por los enemigos de España para disminuir la grandeza de la asombrosa victoria de Cortés y sus huestes sobre el ejército de Moctezuma. Los indios quedaron pasmados ante el color, los vestidos, y las armas de los barbudos españoles, pero la mera ignorancia no supone incapacidad, y Arzáns señala que los araucanos y guaraníes pelearon valerosamente y victoriosamente contra los mejores soldados españoles, aun los veteranos de Flandes.

Desde un comienzo Arzáns declara su posición fundamental: aunque la mayoría de los indios no pueden leer ni escribir no es por estupidez sino porque no se han consagrado a tales materias. Los indios del Perú, dice, muestran "rara habilidad, claro entendimiento y general aplicación". Son capaces en todas las profesiones, tanto artísticas como mecánicas, y los artesanos indios pueden fabricar un retablo, una portada, una torre y todo un edificio sin tener conocimiento de la geometría y la aritmética y no sólo de la lectura y escritura, todo lo cual causa gran asombro entre los españoles. Tan notable es su capacidad que el rey Carlos II expidió una cédula para que los hijos de los caciques, gobernadores y nobles indios puedan, estudiando teología y otras materias en la Universidad, ser ordenados de presbíteros. Esta actitud inspira todos los juicios subsecuentes de Arzáns sobre los indios. Aquí vemos claramente que la lucha para asegurar la justicia de los indios constituía un tema vivo mucho después que los grandes campeones del siglo XVI habían afirmado la racionalidad de los indios.

Más adelante Arzáns anota que algunos españoles desprecian a los indios, e impugna al poeta Diego Dávalos y Figueroa, cuya *Miscelánea austral*, impresa en Lima en 1602, nulifica a los indios redondamente. Dávalos respondía a "cierto autor moderno", posiblemente el defensor de los indios en el siglo XVI fray Bartolomé de las Casas, quien había dicho que los indios eran plenamente humanos y capaces de aprender muchas cosas. Dávalos dice de esto que es "notorio engaño" y denigra la cultura india en forma familiar para todos los que conocen estas consabidas acusaciones; de hecho esa diatriba recuerda las despectivas afirmaciones sobre la cultura india publicadas en Madrid por don Ramón Menéndez Pidal en 1963. Ensalzando atrevidamente la capacidad de los indios y defendiéndolos del cargo de "brutos", Arzáns manifiesta una actitud no muy común entre los españoles de su tiempo. Aun hoy mucha gente en los países andinos cree que los indios son "subhumanos" y su conducta para con ellos es correlativa a semejantes creencias.

Arzáns rechaza esta concepción y ataca a Dávalos directamente cuando describe la construcción de la nueva iglesia de San Francisco en Potosí. Se maravilla ante lo poco apreciado que es el trabajo de los artífices indios, que con toda humildad hicieron posible este espléndido edificio. Se maravilla también ante el ingenio del inca Yupanquí el Bueno que edificó el gran Templo del Sol en Cuzco; y alaba, en prosa exaltada, el viejo templo de la isla del lago Titicaca. Afirma que los

incas sobrepasaron en opulencia a los egipcios, persas y griegos, y que el imperio incaico duró más que aquéllos.

Arzáns repugna la opinión, expresada por algunos españoles, de que los impresionantes monumentos todavía en pie en el Perú fueron obra del demonio, y fustiga a Dávalos por creer que estos monumentos fueron construidos por gigantes y no por indios. Admite que los indios han aprendido mucho de los españoles, pero esto mismo prueba su innata habilidad. Registra los nombres de los artifices indios cuyo trabajo enriqueció el templo franciscano de Potosí, y elogia especialmente a Sebastián de la Cruz, que murió en el curso de la obra, y, aunque analfabeto, "fue insigne artífice en piedra" y obró también la gran torre de la iglesia de la Compañía de Jesús, calificada entonces y después como una de las glorias arquitectónicas del Perú.

Arzáns no es avaro en relatar las atrocidades cometidas por los españoles contra los indios. Dios castiga con una peste a ciertos españoles que habían tomado dos hermosas doncellas indias para sus propósitos perversos, y cita con satisfacción la reprimenda que Felipe II se dice hizo al virrey Toledo por decapitar al inca Túpac Amarú. Arzáns da el lamento más sentido contra la mita, el sistema de trabajo forzado de los indios que Juan de Solórzano Pereira, jurista del siglo XVI, llamó "materia no menos profunda que las minas mismas". Este sistema, según el cual un séptimo de los indios hábiles procedentes de un extenso territorio en torno de Potosí eran periódicamente echados en las minas, tuvo para ellos consecuencias espantosas. Es verdad que se establecieron hospitales y se designaron protectores de indios, pero los indios siguieron pereciendo por los accidentes y el exceso de trabajo. El nombre de Potosí se hizo tan temible que los indios reclutados para la mita eran despedidos en sus aldeas al son de músicas fúnebres, y los que escapaban a la muerte en las entrañas del Cerro volvían miserablemente cojos o mancos, o consumidos por la enfermedad.

Mas, a pesar de este sombrío cuadro de la mita y sus horrores, Arzáns participa del orgullo de todos los potosinos por su ciudad, y sabe comunicar también a sus lectores ese orgullo. El deseo de perpetuar las glorias de Potosí fue el motivo que animó a Arzáns a esta empresa para probar que ninguna ciudad del mundo igualó nunca a Potosí. Muchos extranjeros también creían eso.

Aun cuando la *Historia* se convierte en una especie de hoja de escándalo llena de asesinatos, crímenes sexuales, batallas y crueldades de toda clase, Arzáns cree estar registrando hechos portentosos dignos de Potosí. La grandeza está presente aun en los relatos de pecados de violencia o de soberbia. "Ardiendo en ira" es la frase que suele emplear para caracterizar a los potosinos enfurecidos por algún insulto real o imaginario; "monstruo de riqueza" es otra fórmula corriente para describir la riqueza de los mineros. Al mencionar a un polaco anota satisfecho: "no hay región en el mundo de donde no concurran los hombres a este Potosí".

Las fiestas ocupan un lugar especial en la *Historia*. Fiestas se celebraban en todas partes del imperio, pero las procesiones de Potosí eran más imponentes, las corridas de toros más grandes y mejores, todo se hacía más fastuosamente.

La violencia de los potosinos era tan notable como su orgullo o su ansia de enriquecerse sin trabajar. Arzáns describe vividamente la violencia que pugnaba a flor de piel. "Esta memorable Villa, teatro de lastimosas tragedias", es un estribillo constante. Un capítulo típico inserta información sobre "falta de lluvias, hambre, muertes, robos, injusticias, pobreza y discordias". Hay traidores decapitados cuyas cabezas se clavan en el rollo en la plaza. Los corregidores venidos de España son los peores; uno de ellos ahorcó a 96 hombres en tres años y muchos corregidores eran tan crueles como éste. Doce hombres fieros, llamándose a sí mismos los "Doce

Apóstoles", recorrían la Villa robando haciendas a todos y "forzando doncellas y casadas". Esta extrema tensión, que Arzáns atribuye a la influencia de las riquezas y de las estrellas, parece similar a la de Europa del siglo xv que el historiador holandés Johan Huizinga describe en *El Ocaso de la Edad Media*, y uno se explica por qué un autor del siglo xix que se había inspirado en la obra de Arzáns intituló su libro *Crónicas Potosinas. Costumbres de la edad medieval hispanoamericana*.

De hecho Potosí fue una especie de microcosmos de la sociedad del Nuevo Mundo y la opinión de Arzáns sobre esa sociedad es reveladora. Está del todo en favor de los indios. A los negros suele mostrarlos cometiendo crueldades contra los indios o como instrumentos del odio de los blancos. Consagra mucha atención a los españoles y hace lujo de un marcado espíritu antipeninsular y americanista. Está con toda su alma junto a los que, como el mismo, han nacido en el Nuevo Mundo y critica con iracundia a un virrey que de cierto ilustre vecino de Potosí había dicho que su única falta era ser criollo. Es curioso que la *Historia* no preste mucha atención a los mestizos, aunque muchos potosinos eran de sangre mixta, española e india.

Aunque ve la historia de Potosí desde un punto de vista local y no desde el aventajado punto de vista de la Lima vicerreal o el Madrid del Consejo de Indias, Arzáns tiene cierto sentido de imperio. La Villa Imperial es el centro del universo. Arzáns es un criollo, leal a su rey y al imperio, pero definitivamente un ciudadano del Nuevo Mundo. La *Historia* constituirá una fuente importante para el estudio de cómo los hispanoamericanos comenzaron a separarse en espíritu de la madre patria hasta que la revolución emancipatoria a comienzos del siglo xix consumó su plena independencia.

Otro valor de la *Historia* es la fidelidad con que refleja el espíritu aventurero y picaresco de aquel período. Las novelas picarescas eran una lectura favorita de los españoles en América. Una lista de libros que fueron vendidos en Potosí incluía —junto a los consabidos tratados religiosos, diccionarios, manuales para barberos y escribanos, digestos jurídicos y "una obra curiosa sobre las consecuencias dañosas del trabajo"— 24 ejemplares de una de las novelas picarescas más populares por Mateo Alemán. Tales novelas, leídas y releídas en Potosí, pudieron influir en el enfoque y el estilo de Arzáns.

Para los interesados en el "otro tesoro de las Indias" —las historias que de sus propias hazañas escribieron los españoles en el Nuevo Mundo— la Brown University ha hecho un gran servicio al publicar la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, adelantando así nuestro conocimiento de la realidad de España en América y situando en las filas de los historiadores serios a un modesto, laborioso, exuberante y fiel hijo de Potosí: Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela. Por otra parte, haber producido a semejante historiador bien puede ser un hecho digno de un imperio.



# Atropos: El Inquilino en Chile. Su vida. Un siglo sin variaciones, 1861-1966

Como modesto inquilino he recibido, con cristiana resignación, más de algún agravio en mis cortas actividades dentro del Congreso. Es difícil para uno admitir que un peón esté sentado junto al patrón, y para otros, entre los que me cuento y lo confieso con franqueza, también nos ha sido difícil.

Son cuatro siglos de historia los que se están rompiendo; son cuatro siglos de servidumbre los que buscan afanosamente salir de su silencio, son, en fin, los anhelos contenidos por generaciones y generaciones los que afloran y que ahora han encontrado su cauce<sup>1</sup>.

A PESAR de los esfuerzos que han hecho los filósofos socialistas de todos los tiempos y de todos los países para borrar las diferencias de condición que existen entre los hombres y para colocarlos a todos bajo un mismo nivel, no han conseguido hasta aquí su bello propósito. Las desigualdades sociales se mantienen en pie como una protesta contra la practicabilidad de aquella teoría y como una prueba irrecusable de que ella no es más que una encantadora utopía.

Con todo, no puede decirse que las doctrinas de la filosofía hayan sido estériles para la humanidad. No se ha establecido, es cierto, de un modo absoluto la igualdad entre todos los hombres; pero su condición ha ganado mucho a este respecto. ¿Quién puede dudar que el europeo del siglo diecinueve goza de mejores derechos civiles y políticos que el europeo de los siglos nono y décimo, y que el americano de hoy se encuentra, en punto a igualdad social, en una situación mucho más ventajosa que el americano de los siglos dieciséis y diecisiete? ¿Y a qué es debida esta notable y benéfica transformación? No a otra cosa sino a los progresos de las doctrinas filosóficas, que poco a poco han ido ganando terreno en la mente del hombre, ilustrándola y dándole un temple más elevado y más noble. El orden social es un resultado necesario de las creencias del pueblo que a él vive sujeto; es un reflejo exacto de su inteligencia y de las ideas de que ella está nutrida. Ese orden, antes de ser un hecho, ha sido una idea; antes de tener una existencia exterior y visible, ha tenido una existencia interior, invisible y misteriosa en la cabeza del hombre. Predicar una teoría, ingerirla en la inteligencia de un pueblo, es sembrar una semilla que tarde o temprano ha de germinar y se ha de convertir en una planta útil o venenosa.

A esta condición están sujetas las teorías relativas a la igualdad humana, que han predicado y difundido algunos filósofos ilustres. Anatematizadas en su cuna por las generaciones contemporáneas, han venido a ser acogidas por la posteridad. Cuando el ciudadano de Ginebra dio a luz su célebre *Contrato social*, ¿qué país había en el mundo que tuviese su sociedad y su gobierno basado en los principios enseñados por aquel eminente filósofo? No lo había en Europa ni en América, y hoy esos principios son la piedra fundamental de muchas sociedades europeas y de todas las americanas.

<sup>1</sup>Intervención del dirigente campesino Gilberto Canales, en la discusión de la Reforma Agraria, efectuada en la Cámara de Diputados en mayo de 1966.

I.  
*Esfuerzos de  
los filósofos  
socialistas*

Pero ¿podremos por eso decir que la igualdad social existe verdaderamente en los países cuyas leyes la reconocen como un dogma? Una cosa es la ley, otra cosa es su aplicación. La ley puede ser muy buena y santa, y su aplicación defectuosa y torticera. De ahí viene la enorme diferencia que se nota entre la teoría y la práctica, entre el derecho y el hecho, entre los principios sancionados por la legislación de un país y la condición real y efectiva de los hombres que a ellos viven sujetos.

En Chile, como en todo país del mundo, existe de hecho la desigualdad social, a pesar de que todos los chilenos, según lo establece nuestra constitución, son iguales en derechos. En Chile no hay clases privilegiadas ante la ley; pero sí las hay ante las autoridades, o sea, ante las personas encargadas de hacer cumplir esa misma ley. "No se me hace justicia, porque soy pobre y mi enemigo es rico"; he aquí una queja que todos los días y a cada instante profiere el hombre del pueblo; y esa queja que sale de sus labios no es, en la mayor parte de los casos, obra de la pasión o de la amargura del momento, sino la expresión fiel de su conciencia, de su sentimiento íntimo.

La desigualdad en la fortuna, en la posición social y en la cultura de la inteligencia, trae pues consigo la desigualdad en la aplicación de la ley. La igualdad de derechos, esa hermosa flor que ostentan todas las constituciones de los pueblos libres, es constantemente ajada y despedazada cuando la queremos colocar en el terreno de la práctica. Sin embargo, no desesperemos: "el tiempo, que acaba con las ficciones de la opinión, fortalece las máximas de la naturaleza", ha dicho un grande escritor de la antigüedad. Yo tengo fe sincera en la eficacia de esa profunda sentencia.

En Chile hay, pues, clases que de hecho son privilegiadas. El propietario, el dueño de la tierra, el hacendado, en una palabra, forma el grueso de la *aristocracia chilena*. El pobre forma la clase llamada vulgarmente el *pueblo*, a la cual pertenece el *inquilino*.

## II. El inquilinato

El inquilinato es una de las fases más importantes que ofrece la organización de la sociedad chilena. El es un hecho que encontramos establecido entre nosotros, y que, como todos los demás hechos, tiene un cierto origen. No me propongo por ahora entrar en investigaciones sobre las causas que han venido a dar por resultado este hecho, o sobre el modo como las cosas se han ido combinando y marchando hacia ese fin. Me propongo tan sólo hablar de la condición actual del inquilino.

Cada hacienda en Chile constituye una sociedad aparte, cuyo jefe es el dueño y cuyos súbditos son los inquilinos. El dueño, a quien los inquilinos dan siempre el tratamiento respetuoso de *patrón*, es un verdadero monarca absoluto en su hacienda. Si alguien quiere gozar prácticamente de la condición de rey y recibir honores reales, hágase hacendado, si puede, y al momento verá efectuado su sueño.

El inquilino es un hombre que vive en la hacienda, donde cultiva una cierta porción de terreno, que el patrón le señala y que se reconoce con el nombre de *posesión*. Allí construye su choza pajiza, habitación peculiar de los americanos, llamada *rancho*, en donde se alberga toda la familia, y en donde el inquilino guarda sus cosechas y provisiones. En el terreno comprendido dentro de su posesión, que está cerrado por una pobre cerca de ramas, suele hacer sus siembras, que ordinariamente son de trigo, maíz, porotos, zapallos u otras semillas que pueden proporcionarle viveres para el invierno. También suelen algunos plantar viñitas y pequeñas arboledas de las frutas conocidas del país.

El inquilino goza, además de esto, de la facultad de mantener algunos animales en la hacienda a que pertenece. El huaso está en cierto modo identificado con su caballo. El caballo es su compañero inseparable; es su conductor, su ayuda y su refugio en todos sus apuros y lances peligrosos. Es un amigo a quien trata de ordinario

carifiosamente, y a quien riñe también a veces cuando no le sirve bien a su intento. En su caballo recorre el huaso la llanura, atraviesa el torrente, penetra en el bosque y trepa a la encumbrada montaña. De su caballo se sirve maravillosamente en la trilla y en el rodeo, las dos faenas campestres en que hace alarde de su actividad, vigor y destreza. Un huaso sin caballo dejaría de ser huaso; sería un hombre incompleto, un hombre a quien faltasen los brazos y las piernas.

Todo inquilino tiene pues su caballo, y los hay que tienen dos, cuatro, seis o más, todos los cuales pastan en los campos de la hacienda. También suele tener el inquilino una, dos o más yuntas de bueyes para hacer sus siembras, y algunas vacas para crianza, cuya leche sirve para su alimento y el de su familia. Algunos hay que son dueños de un hato de ovejas o cabras, que también sirve para su manutención.

Durante la primavera, que es la época de la parición del ganado vacuno, cada inquilino recibe de su patrón una, dos o más vacas paridas para *lecharlas*, voz muy familiar entre los campesinos chilenos, con la cual se significa, no el acto material de ordeñar la vaca, sino el goce y aprovechamiento de su leche. Por este medio el inquilino se proporciona diariamente una cantidad de alimento, y el patrón consigue la ventaja de que su vaca se domestique y se amanse.

En cambio de todos estos beneficios de que goza el inquilino, tiene obligación de prestar a su patrón ciertos servicios, necesarios para la administración de la hacienda. Los principales y más comunes son los que presta en los rodeos, en las trillas, en las vendimias y en la construcción de cercas.

El rodeo es una *revista de inspección* que el patrón pasa periódicamente a todo el ganado de su hacienda. La estación en que se ejecuta esta faena es la primavera, porque el pasto nuevo, verde y sustancioso de que el ganado se alimenta en ese tiempo, le da la fuerza y lozanía suficientes para soportar sin riesgo ni detrimento las largas y violentas marchas, el hambre y los recios porrazos a que está sujeto durante el rodeo. Una operación que tiene por objeto reunir en un punto dado todos los animales que andan esparcidos por los campos de una hacienda, los cuales o son cerros altos y escarpados o llanuras cubiertas de espesos montes, se concibe que no puede menos de ofrecer dificultades, y que no es posible ejecutarla sino con algún dispendio de tiempo y con el auxilio de mucha gente de a caballo. La *inquilinada* de una hacienda presta en estos casos un servicio muy activo y penoso. Las incidencias y pormenores de un rodeo son sumamente curiosos e interesantes, y no hablo de ellos aquí porque me propongo hacerlos materia de un artículo separado.

La trilla, como todo el mundo lo sabe, tiene por objeto moler la caña del trigo y separar el grano de la espiga. A esta operación preceden la siega y la *encierra*. La primera se reduce a cortar la planta con una hoz, formando ciertos montoncillos de un mismo tamaño llamados *gavillas*, las cuales se van dejando esparcidas por todo el campo en que se ha hecho la sementera. Entran después a ese mismo campo algunas carretas, que recogen las gavillas y las conducen a la era; y esta operación es la que se llama *encierra*, voz que no pertenece a la lengua española y que parece ser parte de la imaginación del campesino chileno. La era es un pedazo de tierra más o menos grande, muy limpio y parejo, cerrado en forma circular con postes soterrados y con ramas de árboles. Concluida la encierra, se da principio a la trilla, operación a que concurre toda la inquilinada y aun mucha gente que no pertenece a la hacienda.

La trilla se hace en Chile con yeguas que, pisando las gavillas encerradas en la era, reducen a paja la caña, despedazan la espiga y rompen el alvéolo en que está contenido el grano. Para esto se echa dentro de la era un número de yeguas chúcaras o indómitas, proporcionado a la cantidad de trigo que se va a trillar y a latigazos y a gritos se las hace correr precipitadamente y de tropel por las extremidades del círculo. En el centro está el montón de gavillas, y sobre él hay dos, cuatro o más hombres, que se ocupan en arrojarlas con palas al camino, circular también, forma-

do por el tránsito repetido de las yeguas. Esta faena dura hasta que se acaba de trillar el montón de gavilla, y a ella siguen las operaciones de aventar, traspalar y conducir el trigo limpio a los graneros.

Una trilla es una operación monótona, es la imagen del movimiento perpetuo y uniforme. Las yeguas giran sin fin dentro del círculo de la era y alrededor del montículo de gavillas formado en el centro, estimuladas siempre por el látigo y por los fuertes y prolongados gritos que sin cesar despide el huaso de sus anchos y robustos pulmones. Los animales trilladores esperan sin duda salir alguna vez de aquel camino de paja, llegar al término de su viaje, variar de escena y gozar de reposo; pero se engañan; corren, corren y corren, bañados en copioso sudor, cubiertos de polvo dorado, y sacudiendo de continuo la larga y desgredada crin de su cuello, y a pesar de eso se hallan siempre en el mismo lugar, sin haber avanzado un paso, y presenciando la misma escena. Son seguramente víctimas de un terrible suplicio.

La tarea de estimular y hacer correr a las yeguas es desempeñada por dos o tres hombres de a caballo, que corren tras de ellas con la misma violencia y celeridad. Todos los inquilinos están alrededor de la era por la parte exterior, y tan pronto como salen de ella unos arreadores, rendidos de fatiga y con su caballo jadeando, entran otros a subrogarles en aquel duro ejercicio. Este turno se repite por lo común cada media hora.

La vocería que acompaña a una trilla no se interrumpe jamás mientras están corriendo las yeguas, y es tan recia, que se percibe a largas distancias. Los que han viajado por los campos de Chile en los meses de enero, febrero y marzo, que son la época de las trillas, habrán divisado con frecuencia, tendiendo la vista por el horizonte, las densas columnas de polvo que parecen nacer de ciertos puntos de la tierra y que los vientos estivos elevan hasta los cielos. "En ese punto hay una trilla", dice para sí el viajero; y cuando adelantando en su camino, se aproxima al objeto que ha llamado su atención, comienza a llegar a sus oídos la grito de los huasos, que de lejos semeja el lastimoso clamoreo de muchos hombres que piden socorro en un extremo peligro. El huaso parece tener sus pulmones y su pecho más desarrollados que el hombre que se ha criado en las ciudades, porque la necesidad de hacerse oír desde puntos distantes le obliga a tener desde niño aquellos órganos en un continuo ejercicio. El huaso suelta su estentórea voz, y sin que le cueste esfuerzo ni violencia domina con ella el espacio.

En toda trilla es indispensable que haya chicha, aguardiente o ponche, que son las bebidas que usa para *alegrarse* el huaso y en general el bajo pueblo chileno. Mientras dura la faena en actual ejercicio, el licor no se prodiga mucho, a fin de que la gente no se inhabilite para el trabajo, y sólo se hace de él el uso necesario para refrigerar y alentar a los trilladores, sin que por eso dejen algunos de beber una cantidad nada conveniente a las circunstancias. Pero cuando la faena se suspende, que es a puestas del sol, todos cuantos han estado durante el día tributando sus cultos a la bienhechora y pacífica Ceres, comienzan a tributárselos, aún más rendidos, al chistoso y alegre Baco y a la seductora y pérfida Venus. La *chingana* se instala inmediatamente en algún rancho o ramada vecina, donde una vivandera improvisada *ad hoc* tiene preparados merienda y licores. Se hartan los estómagos. Circula el vaso de ponche o de aguardiente, humedeciendo los fauces que han tragado polvo sin cesar durante el día, haciendo subir sus vigorosos goces a la cabeza de los circunstantes, y despertando en ellos el instinto de la holganza, de la disipación y del desorden. Una o dos cantoras hacen sonar sus guitarras y cantan tonadas compuestas por ellas mismas, que tan conocidas son de nuestro pueblo, y que por su constante monotonía y simpleza causan tanto aburrimiento y hastio a los oídos cultos y delicados. Para el huaso, sin embargo, que no comprende las sublimes inspiraciones de los grandes artistas, la tonada de la cantora tiene tanto mérito como para los inteligentes las inimitables

armonías de 'Bellini y Meyer Beer'. El entusiasmo del huaso se exalta con la música y el licor, y las consecuencias suelen ser riñas, mojicones, puñaladas y hasta muertes, amén de otros delitos que las justicias del país nunca persiguen ni castigan, a pesar de que siempre se cometen, por más empeño que pongan sus autores en ocultarlos, delante de dos testigos por lo menos.

Así pasa el huaso sus días y sus noches en tiempos de trilla. Duerme algunas horas, y al día siguiente se repite la faena en la misma forma.

La vendimia da también ocupación al inquilino por algunos días. No todos los predios rústicos en Chile tienen viña; pero en los que la tienen se emplea toda la inquilinada en los trabajos de la cosecha. La operación comienza por recoger la uva en canastos de varillas o en capachos de cuero, que cada trabajador se echa al hombro y conduce al lagar. Cuando se ha reunido en éste una cantidad suficiente de uva, entran a reventarla pisoteándola uno o dos hombres descalzos y con los calzones arremangados hasta la rodilla. El caldo que la uva rinde mediante la acción de estas prensas vivientes se recoge en una vasija llamada *piquera*; de allí pasa inmediatamente al *fondo* que está puesto al fuego, se le hace hervir, y queda convertido en chicha, para humedecer el paladar y alegrar el corazón de muchos durante una larga temporada.

La vendimia es una faena mucho menos animada que la trilla. En ella no hay que gritar ni que correr a caballo, que son los fuertes del huaso; pero en cambio hay uva que comer a discreción y vasos de chicha que echarse al cuerpo con más discreción todavía, a fin de que la cosa pase sin ser vista por el doliente. Por lo demás, la uva parece ser un alimento sano y sustancioso. Sabido es que el huaso engorda extraordinariamente en tiempo de vendimia.

La construcción y reparación de cercas es un trabajo aún más insípido y prosaico que el anterior. Todo él se reduce a cortar ramas de árboles, regularmente de espino, conducir las al punto que se trata de cercar, y colocarlas allí de modo que formen una muralla del espesor y altura suficientes para impedir las invasiones y evasiones de los animales. Toda la inquilinada de una hacienda es obligada a prestar sus servicios en los trabajos de este género.

Cada país tiene sus usos y llena sus necesidades por los medios que la naturaleza le ofrece. En Chile, donde las haciendas son campos extensos, el cerramiento más fácil y barato es la cerca. La tapia y la pirca son muchos más costosas, y su construcción demanda largo tiempo. Por eso sólo se emplean en los fundos de corta extensión, que son los que se hallan ubicados a inmediaciones de las grandes ciudades, y que vulgarmente se conocen con los nombres de *quintas* y *chacras*.

El inquilino ama entrañablemente su posesión. El rancho construido muchas veces por su propia mano; la tierra desmontada y labrada a costa de su sudor; la parra, el peral, la higuera y otros árboles que han nacido, crecido y dado frutos mediante sus cuidados; la manada de ovejas que todos los días siente balar alrededor de su choza, y de la cual toma de cuando en cuando un corderito para saciar su hambre y la de sus hijos, son otros tantos objetos de su cariño y otros tantos vínculos que le ligan al pedazo de tierra donde ha fijado su vivienda. Sufre en su corazón una horrible violencia cuando por algún motivo se ve obligado a abandonar su posesión y a renunciar al fruto de su trabajo. Siente entonces toda la amargura del proscrito, que al recuerdo de su hogar y de sus lares suspira por volver a ellos. Es un acto de injusticia y hasta de bárbara crueldad de parte del dueño de una hacienda el quitar a un inquilino su posesión sin una causa que le impele poderosamente a dar un paso semejante.

Ama también el inquilino la hacienda a que pertenece. Si se ha criado en ella, como sucede casi siempre, la mira como su patria y la llama *su tierra*. Las demás

### III.

*El inquilino  
y su amor  
a la tierra*

haciendas, y sobre todo las que están algo distantes de la suya, son para él *tierra extraña*, y sus moradores *gente forastera*. Los campos de su hacienda son, en su concepto, los mejores del mundo. Frecuentemente parangona las producciones de ella con las de las comarcas vecinas, y siempre encuentra ventajas en favor de aquéllas. En ninguna otra parte se produce el trigo tan abundante, ni las papas tan hermosas, ni el maíz tan granado. Ninguna otra hacienda tiene ganado tan lozano y tan *bonito* ni toros tan bravos. Cuando el inquilino refiere una pelea que ha visto entre un toro de su hacienda y un toro forastero, tened por cierto que el desenlace del drama es que el segundo ha sido vergonzosamente derrotado y perseguido por el primero.

En el corazón del huaso está, como en el de todo hombre, el sentimiento de nacionalidad, el patriotismo. Así como ese sentimiento hace rivales a los hijos de dos estados, ciudades o aldeas vecinas, así también hace rivales a los inquilinos de haciendas contiguas. La diferencia entre el amor patrio del ciudadano y el del inquilino, consiste únicamente en que el del primero abraza una gran porción de territorio y una sociedad numerosa, y el del segundo se concreta a unas cuantas leguas y a un reducido número de hombres. El sentimiento, en el fondo, es uno mismo, aunque desarrollado en diferentes escalas.

El amor patrio no es más que la inclinación que tiene el hombre a la tierra en que ha nacido y a la sociedad en que se ha criado y donde existen sus relaciones de familia, de amistad y de comercio. El inquilino encuentra todo eso en su hacienda. Allí están los árboles a cuya sombra descansaba y dormía cuando niño; allí está la colina o el llano donde acostumbraba a retozar junto con los compañeros de su infancia; allí está el río o el torrente en cuyas aguas apagaba su sed y buscaba refrigerio contra los ardores del estío; allí está el teatro de sus primeras hazañas ejecutadas en las trillas y en los rodeos; allí están, en fin, todos los objetos que le han rodeado durante su existencia y que han halagado su corazón o su fantasía. ¿Cómo no ha de amar a la tierra que contiene ese conjunto para él tan interesante? ¿No son esas las bases en que reposa el amor patrio de todo ciudadano?

En la hacienda tiene también el inquilino sus vínculos sociales. Cada hacienda es una población más o menos numerosa, compuesta de familias que llevan su apellido propio y que reconocen y respetan las relaciones de parentesco. No hay una hacienda que no tenga familias antiguas de inquilinos, las cuales mantienen recuerdos y tradiciones de sus antepasados. Así como Santiago tiene sus grandes familias de Larráines, Errázuriz, Vicuñas, Cerdas y Toros; Talca sus Cruces, sus Vergaras y sus Donosos; Concepción sus Mendiburus, sus Benaventes, sus Zañartus y sus Manzanos; La Serena sus Munizagas, sus Varas y sus Solares; así también una hacienda tiene sus notables y largas familias, que se apellidan los Ponces, los Carranzas, los Carocas, los Aguilas, los Montesinos, los Pobletes, etc. Cada familia de esas tiene ordinariamente su pequeño *héroe*, que se ha distinguido por alguna cualidad de aquellas que son más conocidas para el huaso y de que él hace una alta estima. La memoria de un *leonero* célebre, por ejemplo, se perpetúa entre sus parientes y entre todos los habitantes de la hacienda. Su destreza y constancia en perseguir a la fiera, la agudeza con que buscaba su rastro y descubría sus guaridas, y el denuedo y energía con que la atacaba y la hacía prisionera; todo eso, y hasta los nombres y prendas más notables de los perros que le ayudaban en sus empresas, se transmite de padres a hijos, y es la materia de las historias que los viejos refieren a los jóvenes en los ratos de la noche en que suelen reunirse unos y otros dentro de la choza alrededor de una fogata. Un *lacero* insigne, un valiente domador de potros, un osado y ladino *vadeador* de ríos y torrentes, son hombres que, podremos decirlo así, *pertenecen a la historia* de la hacienda en que han florecido, y cuyos altos hechos, después que han sido conocidos y admirados de sus contemporáneos, pasan más tarde en alas de la fama a serlo de su posteridad. Otro

tanto sucede con la memoria de aquellos inquilinos que por su acrisolada honradez, por su constante fidelidad o por sus distinguidos servicios prestados a la hacienda, se granjearon la confianza de sus patrones y merecieron obtener de ellos particulares muestras de benevolencia y aprecio.

Este conjunto de familias *criollas*, que tienen largos años de residencia en la tierra, que tienen sus hombres célebres y sus personajes históricos, que tienen, en una palabra, su *pasado* (perdonándome este galicismo el Sr. Baralt), son las que forman la sociedad de la hacienda. En esa sociedad ha nacido y se ha criado el inquilino; en ella tiene sus padres, sus hermanos y parientes; en ella existen sus relaciones de amistad; en ella están sus compadres, sus padrinos, sus ahijados (deudos espirituales que el huaso no olvida jamás y que a cada momento invoca y menciona en su conversación); en ella, finalmente, elige la compañera de su vida y la que ha de ser madre de sus hijos. Tan caras y tiernas afecciones le vinculan fuertemente a su tierra natal y son el principal fundamento del amor que le profesa.

En la hacienda, pues, y sólo en la hacienda, existen para el huaso todos los elementos que constituyen el patriotismo. Por eso ella es su única patria, y el resto del mundo que él conoce lo mira con indiferencia. Sus conocimientos históricos están limitados a las tradiciones y consejos de sus padres y abuelos, y sus conocimientos geográficos a la tierra que habita y a las comarcas. El huaso sabe que hay ingleses, franceses y españoles, porque una u otra vez ha visto individuos de esas naciones o los ha oído nombrar por lo menos; pero no sabe dónde están la Inglaterra, la Francia y la España, ni si son naciones grandes o pequeñas, ni qué religión y qué costumbres tienen. Lo mismo le sucede con las provincias de que se compone la república. Ha oído nombrar a Chiloé, a Coquimbo, a Copiapó; pero no sabe qué países son éstos, ni qué lengua se habla en ellos, ni a qué leyes y autoridades están sujetos. Hay huasos, y son la mayor parte, que ignoran hasta el nombre de la provincia en que está ubicada su hacienda y en que ellos han nacido y se han criado. De la misma pobreza adolecen sus nociones históricas. El huaso no sabe de dónde ha venido o de qué nación trae su origen. No sabe si descende de español o de inglés, de ruso o de chino. Esa es una cosa en que él jamás ha pensado. Si oye hablar de los españoles o de los indios, no se imagina siquiera que él tenga algún contacto con esas razas, ni que la sangre de ellas sea la que circula por sus venas. El huaso se cree indígena de su hacienda, y esto le basta, sin que su curiosidad vaya más adelante. Ha oído hablar de *godos* y *patriotas*, y sabe que los unos y los otros se hicieron la guerra; pero no sabe quiénes eran los godos y quiénes los patriotas, ni qué propósitos tenían éstos y aquéllos, o por qué peleaban entre sí.

Hombres que no conocen más mundo que el que tienen a su rededor, y cuya imaginación jamás ha recorrido otros lugares ni otros tiempos que los que están sujetos a la percepción inmediata de sus sentidos, tienen naturalmente concentrados todos sus afectos en ese pequeño mundo que ellos conocen. El huaso forma parte de la gran sociedad chilena y vive sujeto a sus leyes; pero él no lo sabe, y oye hablar de Chile como de un país extranjero. Cree que Chile es la ciudad de Santiago y nada más. Ningún asunto de interés público, ningún acontecimiento ruidoso le conmueve ni despierta su atención. Una revolución o una mudanza de gobierno son cosas que suelen llegar a sus oídos, pero que no están a sus alcances ni le interesan en manera alguna. El es *ciudadano* de su hacienda, y todo lo que pasa en otra parte le es indiferente.

Bien se deja comprender que el huaso no designa jamás su nacionalidad con el título de *chileno*, sino con el nombre de la hacienda a que pertenece. Si un huaso nuestro fuera transportado a París o a Londres y allí fuera interrogado por el

país de su nacimiento, tened seguro que no nombraría a Chile para nada, y que su respuesta sería que era de Peldehue, Chacabuco, Huechún o Chocalán.

Nuestra patria tiene pues una clase numerosa de hijos que no saben que ella es su madre, que viven bajo su protección y sus cuidados, pero sin conocer quién los protege y los cuida. Se asemejan a aquellos hijos infelices de padres ilustres que, entregados desde que nacen a una nodriza asalariada y oscura, la miran como verdadera madre, y jamás se acercan al regazo ni gozan de las tiernas caricias de la que les dio la naturaleza.

Así como el estado es una persona jurídica según nuestras leyes, la hacienda también lo es, según la jurisprudencia y el lenguaje del huaso. La hacienda es el *fisco* de su pequeña patria. El huaso no dice nunca *este buey* o *este caballo es del patrón*, sino *este buey* o *este caballo es de la hacienda*. En general, todo lo que no pertenece a los inquilinos, es decir, a los particulares de la sociedad en que él vive, pertenece, según él, a la hacienda, del mismo modo que nosotros podríamos decir *pertenece al estado* o al *fisco*.

Está el inquilino tan vinculado, tan adherido a la hacienda, que en cierto modo es considerado como una parte integrante de ella. Se aquerencia al fundo lo mismo que el ganado, y el tener un fundo muchos inquilinos, es un mérito que hace subir su valor. El que trata de comprar una hacienda pregunta regularmente cuántos inquilinos tiene, y ésta es una circunstancia que entra en el cómputo del negocio y que suele inclinar la balanza en pro o en contra.

Como el mundo del huaso es tan pequeño, lo tiene recorrido y estudiado de punta a cabo. Conoce perfectamente toda su topografía, y no hay en la hacienda rincones, laderas, quebradas ni barrancos de que él no dé razón, designándolos con todos sus pelos y señales. Esto es lo que él llama *ser baqueano* del lugar. Hacéos acompañar de un baqueano, y podréis caminar en medio de la noche más tenebrosa por cerros y bosques solitarios, en la seguridad de que vuestro guía, que está familiarizado con todos los atajos y vericuetos por donde andáis, os conduce directamente al término de vuestro viaje. Si alguna vez os parece que va extraviado, tened confianza; sois vosotros los equivocados; el baqueano jamás yerra el camino.

Otra de las cualidades sobresalientes del campesino chileno, es la destreza con que maneja el lazo. La necesidad que con frecuencia tiene de sujetar una vaca, un caballo o un animal cualquiera que procura escaparse, ha creado en él el hábito de enlazar. El lazo es una lonja de cuero de buey, sobada y retorcida, como de veinticinco varas de largo, que el huaso lleva siempre guardada en forma de rollo y pendiente del arzón trasero de su silla de montar, llamada *enjalma*. Es verdaderamente admirable la presteza con que prepara su lazo siempre que quiere hacer uso de él, y lo es más todavía el tino y acierto con que lo dirige sobre el animal que desea coger. En los rodeos es donde principalmente lucen su pericia los grandes *laceros*. Es inútil que un toro se escabulla y se mezcle y confunda entre los demás animales; el lacero lo persigue, y a poco andar lo separa del tumulto, mediante las ligaduras que con su lazo le ha puesto entre los cuernos. Otro animal que corre a todo escape es enlazado de los dos pies o de las dos manos por el huaso que va tras de él, y esto es lo que se llama *echar un peal*. Son infinitos los lances que acontecen en un rodeo, y muchas veces ha sucedido que un diestro lacero ha salvado la vida a su patrón o a algún compadre o amigo suyo que se veía acosado por un toro enfurecido. Todo esto forma el asunto de las conversaciones del huaso.

Es también notable en el campesino chileno la ciencia que tiene adquirida para conocer los aguaceros y los años buenos o malos para la agricultura. Preguntad a un huaso si lloverá dentro de algunos días, y estad ciertos de que en la mayor parte de los casos los hechos confirmarán su predicción. Preguntadle si el año



será lluvioso o seco, y es seguro que la sentencia de ese patán se acercará más a la verdad que las profecías de los sabios. ¿Cómo conoce todo eso el huaso? El interés propio le estimula a ser observador y a sacar provecho de la experiencia. El tiene ordinariamente animales de crianza y siembras. En un buen año habrá pastos abundantes para los primeros y un copioso riego para las segundas; y por eso tiene en su cabeza una colección de observaciones atmosféricas, muchas de ellas al parecer necias y ridículas, de las cuales se sirve para formar su opinión sobre el acontecimiento futuro que le importa conocer. Una ráfaga que viene de cierto punto, una neblina que aparece en la cumbre de este o aquel cerro, y no sé qué cierta posición de los cuernos de la luna, suelen ser para el huaso señales infalibles de un próximo aguacero. El correr ciertos vientos en el verano o el aparecer nubes en el cielo durante la misma estación, le autoriza para profetizar que el año va a ser bueno... Muchas veces da Dios al párvulo lo que esconde a la sabiduría mundana.

Por lo dicho hasta aquí cualquiera podrá colegir que al huaso le gusta muy poco salir de su hacienda. Cuando se ve obligado a hacerlo por algunos días, sea para desempeñar diligencias propias, o para cumplir con algún mandado de su patrón, está inquieto y desazonado, deseando vivamente desocuparse para poder volver a su casa. Los días que pasa en la *ciudad* son mortales para él. Anda desorientado, *como pollo en corral ajeno*, que es su comparación favorita para denotar la extrañeza y amilanamiento que le causa el verse fuera de su tierra. Las calles de la ciudad le parecen muy estrechas, y son para él un laberinto que no puede entender. La bulla, el tráfico y la batahola lo atolondran y le trastornan la cabeza. Su encogimiento se revela en su cara, en su porte y en todas sus acciones. El hombre de levita o de blusa, a quien él llama *caballero*, le infunde respeto. La sola presencia del *paco* le causa miedo. Algún chasco le ha de suceder cada vez que sale a la calle: nunca falta algún niño travieso o algún tuno que abusen, ya de un modo, ya de otro, de su inocencia y sencillez.

El huaso es una planta peculiar del clima de su hacienda. Si esa planta es transportada a otra parte, se marchita y se apesta; restituida a su propio clima, reverdece y se pone erguida y lozana.

Echemos ahora una ojeada sobre la patria del inquilino, y veamos lo que es una hacienda y el género de vida que en ella hacen sus moradores.

Chile, como es notorio, fue descubierto, conquistado y colonizado por los españoles en tiempo de su más poderoso monarca, el emperador Carlos v. La ley de la conquista, es decir, la supremacía del fuerte sobre el débil, fue en consecuencia la base de su constitución social. Dos razas se hallaron habitando un mismo territorio: la una numerosa, pero salvaje y de inteligencia raquítica; la otra corta en número, pero dotada de mayor fuerza física y de más poderosas y elevadas facultades intelectuales, y rodeada además de todo el imponente aparato de la civilización de su siglo. Era natural que la primera fuese avasallada y anonadada por la segunda. El indio, el vencido, el conquistado, llegó a ser un ente incapaz de derechos a los ojos del codicioso y soberbio conquistador, y todas sus propiedades pasaron al poder de sus recién venidos amos. La tierra conquistada se consideró pues como una propiedad del monarca español, quien por medio de sus lugartenientes la repartía entre aquellos de sus vasallos que habían cooperado con sus esfuerzos a la conquista y población de la naciente colonia. Los gobernadores peninsulares otorgaban con la más amplia liberalidad *mercedes de tierras*, del mismo modo que ahora se otorgan mercedes de minas; y como la tierra de que podían disponer era inmensa y los colonos poquísimos, resultaba que cada agraciado obtenía una porción mucho más que suficiente para dejar del todo satisfecha su

## IV.

*Chile y sus colonizadores*

codicia. El territorio de Chile se vio de este modo repartido entre unos cuantos propietarios, que desde luego comenzaron a ser como los señores feudales del país, y cuyos vasallos no podían ser otros que los indios conquistados. Las haciendas o *estancias*, como se denominaban entonces, según aparece de varias mercedes concedidas por el conquistador y fundador de la colonia chilena y que la curiosidad de algunos hacendados ha conservado hasta nuestros días, eran campos vastísimos, regiones que abrazaban serranías o valles completamente incultos y abiertos por todas partes. Con el tiempo se fueron dividiendo estas grandes haciendas, ora por sucesión hereditaria, ora por ventas parciales, según lo iban requiriendo las necesidades de la población colonial, que paulatinamente crecía, y así ha llegado a establecerse por grados la actual división de tierras que existe entre nosotros.

La ganadería y la siembra de cereales y legumbres fueron los ramos de agricultura a que principalmente destinaron nuestros abuelos la tierra que habían adquirido con sus armas. Sus descendientes siguieron marchando por la senda que ellos les habían trazado; y las vacas y ovejas, el trigo, la cebada y la judía, conocida bajo los nombres provinciales de *frijoles* o *porotos*, son hasta el día de hoy la materia ordinaria de las especulaciones de nuestros agricultores.

Aunque las haciendas que hoy existen son, como es natural, harto inferiores en tamaño a las primitivas, tienen sin embargo una grande extensión. Sabido es que hay en Chile haciendas que abrazan un área de veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta mil cuadras, y que son muchas las que tienen de ocho a doce mil. Las más tienen una parte de terrenos llanos, que se destina a las siembras y a la engorda de vacas, y otra parte de cerros más o menos altos, destinada a la crianza de ganado. La primera está regularmente cerrada y dividida en secciones de varios tamaños, llamadas *potreros*, de donde han formado los huasos la voz *apotrerar*, que significa poner cerramientos a un campo, y también meter en potreros el ganado que anda esparcido por la hacienda. La parte de cerros está generalmente abierta.

La voz *hacienda*, según la acepción vulgar que tiene en Chile, se aplica a los fundos de una extensión considerable que están ubicados a alguna distancia de las poblaciones. Las quintas y chacras son fundos pequeños, que distan muy poco de las ciudades. En las haciendas es donde se encuentra el inquilino con todas las condiciones que lo constituyen: allí es donde está el tipo puro y original del huaso. En los demás fundos el tipo aparece muy degenerado. En ellos tiene el huaso roce continuo y casi diario con las gentes de las ciudades, y ese comercio le ha civilizado notablemente.

El número de inquilinos de cada hacienda varía según su extensión, sus necesidades y el mayor o menor grado de cultivo de que es susceptible. Las grandes haciendas tienen por lo general una numerosa inquilinada. Las hay que tienen hasta trescientos o más inquilinos; y si a este número se agregan las mujeres y los hijos, se verá que su población total puede subir a dos o tres mil almas.

Quando he dicho que cada hacienda es una población más o menos numerosa, no he querido en manera alguna dar a entender que hay en ella casas, calles o algo que se parezca a lo que ordinariamente lleva el nombre de *población*. Cada hacienda tiene su casa, que es donde vive el patrón, y que, según el uso corriente, se designa con el plural *las casas*. Esta habitación en un edificio de adobe y teja, como los de las ciudades. Por lo común es muy espacioso, porque su dueño, al construirlo, no ha tenido necesidad de economizar terreno, y porque los materiales de construcción casi siempre se sacan de la misma hacienda y cuestan poca plata. En general, estas casas son modestas y de arquitectura sencilla, aunque en estos últimos tiempos se han hecho algunas de gran lujo, sobre todo en los fundos que están menos distantes de Santiago. Hay haciendas que tienen casas muy pintorescas

tanto por la elegancia de sus formas como por lo bien elegido de su situación. La falda de una colina, la orilla de un río o de un arroyo, son puntos que les dan un singular aspecto de hermosura así para el viajero que las divisa de lejos como para el que reside en ellas, que puede dominar con su vista un vasto horizonte. Muchas hay que tienen un inmenso patio, cuyos costados los forman las piezas de habitación de la familia, una capilla adecuada a la población de la hacienda y de las vecindades, y una gran bodega con su granero en el piso alto. En otro departamento están las oficinas interiores, y suele haber en él un jardín y árboles de frutas escogidas. Hay también haciendas cuyas casas son antiquísimas, debiéndose su larga duración a la solidez con que fueron construidas. Yo he tenido siempre una particular complacencia en contemplar esos humildes monumentos de pasados siglos, que me recuerdan la sencillez y la vida patriarcal de nuestros abuelos. Cada vez que he tenido oportunidad de ver una de estas casas, he fijado mi atención en todos aquellos objetos cuya forma difiere notablemente de la que tiene adoptada para ellos el gusto moderno. Sus techos bajos, sus corredores más bajos todavía, los enormes troncos de espino en bruto que les sirven de pilares, el extraordinario espesor de sus murallas, las antiguas labores de sus puertas, y sus ventanitas de balaústres de madera, por las cuales penetra escasamente la luz; todo eso me encanta y transporta mi alma a un mundo muy diferente del que conocemos, haciéndome imaginar que vivo y estoy en sociedad con las familias de los patriarcas que construyeron aquellos edificios y que los habitaron por largos años.

A inmediación de las casas está el *bodegón* o *despacho*, que es un surtido más o menos abundante de artículos de comercio. En el bodegón de una hacienda hay siempre un poco de todo. Allí están los quimones, las cintas y las bayetas al lado de las panzas de grasa, de los líos de charqui y de las velas de sebo. En un cajón hay tijeras, dedos, agujas, navajas, espejitos, clavos y otras quincallas. En otro cajón están los mazos de tabaco y las hojas de choclo. El pan prieto, el queso ordinario, los higos pasos, las nueces y el chancho arrollado bien cargado de ají, son manjares que saben tan agradablemente al paladar del huaso, que en ningún bodegón hacen falta. Menos pueden hacer falta la chicha y el aguardiente, que son artículos de gusto y consumo universales. La yerba de mate y la azúcar es imposible que dejen de tener allí su lugar por la misma razón. En una palabra, el bodegón de la hacienda es una especie de arca de Noé para el huaso, porque allí encuentra todos los objetos que pueden servir para la satisfacción de sus apetitos y necesidades.

El bodegón tiene regularmente dos, tres o cuatro piezas, donde se guardan las mercaderías que hay a venta y donde vive el bodegonero con toda su familia. Tiene además una ramada contigua, a cuya sombra se colocan las bestias ensilladas de la gente de a caballo que se acerca a beber un vaso de chicha o a comprar cualquiera otra cosa o simplemente a descansar. Al lado de todo bodegón está la cancha de bolas, especie de billar grande y tosco, que es uno de los entretenimientos favoritos del huaso y en general de las clases menos cultas de la sociedad chilena. La utilidad que ella proporciona al bodegonero consiste en los derechos que se le pagan por cada partida que se juega, y en el consumo de licores y otros artículos que hacen las personas que acuden atraídas por la diversión. La cancha de bolas es, según la expresión del huaso, un *llamadero* de gente: mientras se está jugando, se halla constantemente rodeada de mirones.

El bodegón es el café, la bolsa comercial de la hacienda. Todo huaso que quiere holgar o charlar un rato o comer alguna de sus golosinas acostumbradas, va al bodegón, donde encuentra de seguro gente con quien conversar y empanadas u otros manjares con que saciar su apetito. En esas tertulias es donde hacen los campesinos sus pequeños tratos y negocios, y en ellas es también donde se

comunican unos a otros las novedades del día. Nunca falta un forastero que trae noticias del pueblo vecino o de alguna de las haciendas inmediatas, y que entretiene a los circunstantes con sus historietas. A veces, y sobre todo en los días de fiesta, suele no ser tan pacífica la escena. En esos días se calientan demasiado las cabezas con el ponche o la chicha; se juega a la rayuela, a las chapas y aun al monte; se irritan los ánimos, y se arman disputas y pendencias, cuyo desenlace es con frecuencia sangriento.

Es menester no confundir al inquilino con el que vulgarmente se llama *peón suelto*. El primero es casi siempre casado, padre de familia y hombre que tiene hábitos de trabajo y economía. La costumbre de obedecer a su patrón le hace dócil y permite sujetarle con facilidad al buen régimen y a la disciplina; y como el hacendado tiene por otra parte interés en que la gente de su hacienda sea honrada, sin que jamás consienta que se avencinden en ella ladrones u hombres perdidos, se concibe que el cuerpo de inquilinos debe siempre componerse de la parte más sana del bajo pueblo que vive en nuestros campos.

El peón suelto es regularmente soltero, y no tiene tierra ni familia ni propiedades que le obliguen a adoptar una morada fija. Es nómada; transmigra de una hacienda o otra en busca de trabajo y de un jornal con que ganar el sustento del día. Esta clase de huasos es sin duda mucho menos moral y laboriosa que la de los inquilinos, y ella es la que de ordinario causa los desórdenes en las trillas, en las chinganas y en las juntas de gente que se forman en el bodegón de la hacienda.

Por lo demás, el establecer un bodegón es un privilegio exclusivo del dueño de la hacienda; ningún inquilino ni otra persona puede hacerlo sin su consentimiento. Las utilidades de este negocio se cuentan entre las entradas del fundo, y hay bodegones que dejan un provecho de mil, de dos mil y hasta de tres mil pesos anuales a sus empresarios.

Las casas de la hacienda son para el inquilino el palacio de su pueblo, tanto por la superioridad material que tienen sobre los ranchos, como porque ellas son, puede decirse, la residencia del *gobierno*. Allí está el patrón, y de allí parten todas las órdenes y medidas administrativas. Diariamente ocurren a las casas el capataz, el mayordomo y demás empleados para dar cuenta al patrón de los asuntos que les están encomendados, para consultarle las dudas que suelen ofrecérseles, y para investigar en todo su voluntad y obrar conforme a ella. No pasa en la hacienda ningún acontecimiento importante o ruidoso sin que muy pronto se lleve noticias de él a las casas. Si, por ejemplo, entran ladrones a un potrero y hurtan un animal, si ha habido alguna riña en que ha quedado muerto o mal herido uno de los contendientes, si alguien se enferma repentinamente de gravedad, al momento es transmitida a las casas la nueva del suceso para que el patrón tome las medidas convenientes a las circunstancias. Sin eso el huaso considera que no ha llegado todavía el verdadero desenlace de estos pequeños dramas.

En el resto de la hacienda están las posesiones de los inquilinos. Todas ellas se hallan esparcidas por diversos puntos sin orden ni concierto, mediando entre unas y otras una larga distancia. Regularmente se eligen para crear posesiones los lugares que tienen agua, a fin de que el inquilino pueda hacer sus siembras y cultivar la tierra. En las haciendas de cerros hay muchas posesiones en las quebradas a inmediaciones del agua que por ellas desciende. Miradas a la distancia, sorprenden agradablemente la vista con sus frondosas arboledas, con sus verdes sembrados y con la humareda que sale de la pobre cocina donde la mujer del inquilino está guisando rústicas viandas para su marido y sus hijos.

Las casas de la hacienda forman un resaltante contraste con las humildes habitaciones de los inquilinos. Las paredes de estas últimas se componen de troncos de árboles soterrados y de un tejido de varillas, llamado *quincha*; todo lo cual

está cubierto, tanto por la parte exterior como por la interior, de una capa de barro tosco, que conserva su color natural. El techo lo constituyen capas de coirón, de totora o de otras plantas, y siempre se les da la forma conveniente para que puedan rodar por él las aguas lluvias sin que se infiltren y caigan dentro de la habitación. El pavimento es la tierra desnuda. Las puertas son de una pobreza análoga al resto de la casa. Dos, tres o cuatro piezas pequeñas, construidas de esta manera y con estos materiales, son las que forman el hogar del inquilino, de su mujer y de sus hijos. Una tosca mesita de comer, cuatro o seis silleas de paja o banquitos de madera, el lecho nupcial, que descansa sobre unos palos brutos colocados en forma de catre, una a dos petacas de cuero o baúles ordinarios, la montura del dueño de casa, unos cuantos utensilios de barro cocido, y tres o cuatro estampitas de santos colgadas en las paredes cerca de la cama; he aquí todo el menaje que adorna la choza de nuestro campesino.

La familia del inquilino se compone regularmente de su mujer y de dos, cuatro o seis hijos, que la madre ha criado a sus propios pechos, siendo muchas veces ayudada en su tarea por una cabra. Estos niños, mientras se hallan pequeños, suelen estar como amontonados dentro del rancho. El vestido que llevan es tan andrajoso y miserable, que poco les falta para andar completamente desnudos. El calzado no lo vienen a conocer sino cuando tienen ocho o diez años de edad.

El alimento ordinario del inquilino y su familia son los porotos, las papas, los zapallos, el trigo triturado, llamado *frangollo*, el *mote* o trigo cocido en agua caliente y pelado con lejía, y la *chuchoca* o maíz cocido y guardado. De tarde en tarde come también un corderito, un cabrito o una gallina. La carne de vaca pocas veces la prueba, a no ser acecinada o reducida a *charqui*. Durante el invierno el peumo, cuya pulpa mantecosa es de gran sustancia, sirve de alimento a familias enteras, y aun hay personas que no comen otra cosa en muchos días. Esta fruta silvestre se cuece en agua caliente, y es un manjar muy aromático y sabroso. Los inquilinos de la hacienda de Cauquenes, donde el peumo es muy abundante, como lo es generalmente en todos los fundos que tienen serranías, lo suelen cocer al calor natural de las aguas termales que allí existen y que son tan conocidas. También es alimento muy común de la gente del campo la mazamorra de harina tostada y agua caliente, llamada *ulpo*, voz indiana algo corrompida. El mate es bebida tan agradable para el bello sexo huaso, que casi no hay dueña de casa que no lo use por vía de desayuno o de merienda. Cualquiera que se acerque a un rancho en las primeras horas de la mañana o a puestas del sol, nota precisamente un cantarito de barro puesto al fuego, que contiene el agua caliente, más allá el mate y la bombilla, y junto a ellos la yerba y la azúcar guardadas en tacitas de loza o envueltas en papeles. Entre los campesinos es muy vulgar el dicho de *el mate hirviendo y la comida pelando*, que da idea de cuán burdo debe de ser el paladar de estas gentes. De las diversas clases de yerba prefieren la más amarga, y la azúcar la emplean en el mate casi con la misma parsimonia que la sal en las viandas.

El traje del huaso ha variado mucho de algunos años a esta parte. En otro tiempo usaba la chaqueta o jubón de sayal, los calzoncillos anchos y cortos de lo mismo, los escarpines de lana y las ojotas para cubrir el pie, y el sombrero de paja ordinario o de lana. Cuando salía a caballo, usaba además del poncho, las *botas de montar*, que le abrigan las piernas y se las defendían de las espinas y de los golpes de las ramas de árboles, llamados por él impropriamente *ramalazos*. Hoy día se ha generalizado enteramente el uso de los pantalones en la misma forma que los lleva la gente de las ciudades, y en lugar de ojotas no hay ya huaso que no use los conocidos *zapatos de cargazón*, llamados así por sus gran pesadez y por la monstruosidad de sus suelas y tacones. Las botas de montar

están desterradas casi del todo, porque los pantalones las hacen innecesarias. Los capataces y vaqueros tienen su traje peculiar, de que tendré ocasión de hablar en otro artículo.

La mujer del huaso es aún más huasa que él. El hombre tiene algún roce con gentes extrañas, y de cuando en cuando sale de la hacienda y va a los pueblos vecinos, mediante lo cual se desperdicia un poco; pero la mujer, que por razón de su sexo se mueve mucho menos, no se halla en ese caso. Pasa largos años sin salir de su tierra, y hay mujeres que habiéndose criado en haciendas distantes de Santiago sólo doce o catorce leguas, no conocen esta gran capital. La mujer del campo regularmente es fea; pero se ven con bastante frecuencia caras no mal parecidas, y aun algunas verdaderamente hermosas. Aunque la generalidad de las familias de los inquilinos son una mezcla de sangre española e indiana, hay algunas, y no son pocas, en que se conserva con toda pureza el tipo de la raza europea, como lo demuestran la conformación de su cabeza, su cabello rubio o castaño, su poblada barba, sus ojos rasgados, su nariz prominente y su tez blanca, aunque algo tostada por la acción del aire y del sol. Entre esas familias suelen encontrarse mujeres que si se presentaran en los salones de Santiago ataviadas con las galas propias de la alta aristocracia, eclipsarían la belleza de muchas de nuestras damas y de seguro tendrían multitud de elegantes y ardientes adoradores rendidos a sus plantas.

La mujer del campo viste los mismos trajes que la de las ciudades. Gusta mucho de los colores charros en los pañolones y vestidos. La crinolina no parece haberle sido muy simpática, puesto que aun no le ha dado lugar entre sus usos. Seguramente la ha rechazado por superflua y embarazosa.

Las ocupaciones habituales y ordinarias del inquilino están reducidas al cultivo de su posesión y a la cosecha de sus siembras, viñitas y arboledas; pero fuera de esas ocupaciones tiene las extraordinarias de las trillas, los rodeos, las vendimias y la construcción de cercas, de todas las cuales he hablado ya. Los ratos de ocio lo pasa unas veces en el bodegón, otras con su familia, y otras en casa de algún compadre o amigo, platicando siempre con la mayor franqueza. Se recoge a dormir dos o tres horas después de puesto el sol, y abandona su cama al venir el día.

La mujer se ocupa diariamente en sus tareas domésticas. Prepara la comida, lava o cose la ropa de la familia, y el tiempo que le sobra, suele emplearlo en hilar lana con huso, en tejer calcetas o escarpines o en alguna otra labor análoga. A veces cultiva dentro de la posesión de su marido un huertecillo de cebollas, papas, zapallos, lechugas y otras plantas. Las lecherías que comúnmente se establecen en las haciendas proporcionan también a las mujeres una lucrativa ocupación durante la temporada de trabajo. Ellas son las que ordeñan las vacas y las que regularmente toman a su cargo la tarea de hacer quesos y mantequilla.

Los niños comienzan a servir a sus padres desde muy temprano. Apenas tienen seis u ocho años, ayudan a la madre en los quehaceres de la casa, y a los diez o doce ayudan también al padre en los trabajos que le son propios. Un niño de esa edad maneja el caballo con toda destreza, es apto para un viaje a puntos distantes, y aun puede prestar algunos servicios en las trillas y en los rodeos. A la misma edad trabaja también de peón, ganando por de contado un jornal correspondiente a la cortedad de sus fuerzas.

No se puede hablar de los hábitos caseros del inquilino sin hacer mención del perro. Si el caballo le sirve y le acompaña en sus viajes y en las marchas que con frecuencia tiene que hacer por escabrosos senderos, el perro es el criado de su casa, el compañero que está con él de día y de noche, el que toma parte en los juegos infantiles de sus hijos, el que interviene en todos los incidentes cotidianos de la familia, el que posee, en una palabra, todos sus secretos domésticos. Una

habitación de inquilino donde no se viera un perro sería una chocante anomalía. El perro es el guardián y el heraldo del hogar. Sus ladridos son un aviso, una voz de alarma para su amo. Con el delicado oído de que le ha dotado la naturaleza percibe el más lejano y leve rumor; cualidad que le constituye en un atalaya que está constantemente en vela, oteando cuanto pasa en muchas varas a la redonda, sin que para desempeñar sus funciones tenga necesidad de salir de la casa y colocarse en un lugar prominente. En el aislamiento en que viven nuestros campesinos, les interesa saber anticipadamente si se acerca alguien a su habitación, y el servicio que el perro les presta dándoles ese aviso es para ellos de mucha importancia. Y no sólo son provechosas para su amo las voces del perro, sino también para los extraños en muchos casos. Sus ladridos anuncian al caminante perdido en medio de una noche oscura que se halla cercano a una choza, adonde puede ir a tomar lengua o pedir un albergue.

Las gallinas y demás aves que regularmente cría el inquilino para su manutención y que siempre duermen sobre el techo del rancho o en las ramas de algún árbol vecino, serían de continuo víctimas de las zorras, que las acechan como su más codiciada presa, si la rapacidad de estos pequeños lobos que hormigean en nuestros campos no fuera refrenada por los perros, sus naturales y constantes enemigos. La zorra es un ladrón astuto, que aprovecha el sueño del hombre y la lobreguez de la noche para dar sus asaltos y perpetrar sus robos. Dícese, y es creencia común entre los labriegos, que cuando no puede trepar al punto donde la gallina está durmiendo, se pone a mirarla de hito en hito con sus ojos centelleantes, y que emborrachándola por este medio y haciéndole perder su equilibrio, la trae al suelo, donde inmediatamente la atrapa con sus dientes, huyendo en seguida a un lugar seguro para devorarla allí sin zozobra. Mientras se halla desempeñando esta operación, sus pasos son frecuentemente sentidos por los perros, que al momento se lanzan sobre ella, advirtiéndole al mismo tiempo a toda la familia con sus gritos la presencia del malhechor en la casa.

A los vaqueros les prestan también los perros servicios de suma importancia. En la mayor parte de las haciendas el ganado es montaraz y bravo, y no sería tal vez posible hacerlo salir de las quebradas y espesuras donde se guarece, si los perros, azuzados por los vaqueros, no lo obligaran a ello con sus ladridos y tarascadas. Cada vaquero anda siempre seguido de una jauría de perros.

Si no más importantes, a lo menos más difíciles y penosos son los servicios que el perro presta en la caza del león; pero no entraré a individualizarlos aquí, porque también tendré ocasión de hablar de ellos en el artículo a que poco antes me he referido.

A pesar de ser el perro un animal tan útil para el campesino, la vida que pasa al lado de su amo no es generalmente la más regalada. Como el inquilino es por lo común pobre y tiene una familia a cuya manutención debe atender, el alimento del perro es en extremo escaso; a lo cual se agrega que este animal nunca está solo en la cabaña del huaso, sino acompañado de tres, cuatro o más individuos de su especie, entre todos los cuales tiene que repartirse la mezquina ración de víveres que su amo puede suministrarles. Por eso el perro del campo anda casi siempre, según la expresión vulgar, *muerto de hambre*; de donde resulta que se ha degradado miserablemente y perdido no pocas de las nobles prendas que caracterizan su especie. Nuestro historiador Gay nos ha hecho una pintura harto lastimosa del perro campesino, y como ella es al mismo tiempo muy exacta y animada, creo complacer a los lectores trasladándola aquí íntegra. "Su inclinación al robo, dice, es tan fuerte, que no hay castigos que basten a reprimirla. Particularmente la ejercitan contra los extraños que por gusto o necesidad

pasan la noche en campo raso. Entonces es cuando este animal pone en ejecución todo su ingenio y astucia: aproximase al paraje por caminos desviados y silenciosos, olfatea todos los lugares y alrededores, queda un momento inmóvil para mejor observar los detalles; y cuando se ha asegurado de que todo el mundo duerme, se desliza hacia las alforjas, que sabe deben contener las provisiones, se apodera del pan y del charqui, y se aleja a devorarlos con un apetito proporcionado a su necesidad. A veces todavía vuelve a la carga para llevarse los zapatos, lazos y otros objetos de cuero, que con sus dientes desgarrá trabajosamente, y los traga con tal avidez, que sólo la fuerza del hambre y el instinto de conservación pueden hacerlo posible.

Esta vida miserable y de continuas privaciones ha vuelto muy salvajes los perros de los pastores e inquilinos, y hécholes perder la familiaridad, que constituye uno de los más bellos atributos de su carácter. En los ranchos se les encuentra siempre al lado del fuego, incomodando a las personas que se aproximan, y completamente insensibles a los golpes que se les dan, a los cuales están acostumbrados desde su tierna edad. Sólo los forasteros pueden hacerles salir de su apatía. Apenas sienten alguno, corren a su encuentro, le atormentan con sus ladridos, le acompañan hasta el umbral de la puerta, y frecuentemente le obligan a implorar la protección del dueño para ponerse al abrigo de su importunidad y aun a veces de su agresión.

Su presencia llega a ser, no solamente molesta, sino también insoportable, sobre todo a la hora de comer. Aunque hasta entonces hayan sido completamente insensibles a las caricias que se les han hecho, y hayan permanecido a cierta distancia con atención disimulada y taciturna, se apresuran a rodear la mesa, y conservan la mayor inmovilidad, mirando con un aire mezclado de dulzura y solicitud, y aguardando con la más viva impaciencia el primer hueso, que desde luego llega a ser una batalla a todo trance. Se arrojan en efecto con la más feroz avidez, tratando cada uno de apropiárselo, y cediéndolo antes el débil al más astuto, y éste al más fuerte, a menos que su agilidad le ponga al abrigo de las persecuciones de su injusto agresor. En esta clase de disputas el verdadero carácter del perro desaparece para dar lugar al egoísmo más exaltado. El instinto de conservación sofoca al de sociabilidad, y el individualismo preponderante le conduce casi a esas costumbres exclusivas de los animales solitarios y especialmente de la mayor parte de los carnívoros, dando a su voluntad una dirección muy contraria a la educación adquirida. Se creería que todo sentimiento de reciprocidad ha desaparecido, que no hay entre ellos armonía, subordinación ni orden social, y que sólo la ley del más fuerte debe en adelante servirles de guía y gobierno. Es el perro vuelto lobo con los ardides de la zorra.

Tal es la condición del perro en los ranchos de Chile; condición miserable, injusta y acaso culpable, pues los servicios que presta le hacen digno de mejor suerte".

En la hacienda, como en toda sociedad humana, hay de cuando en cuando sus fiestas, que sacan a los hombres de su vida ordinaria, les hacen sentir emociones agradables, y ponen en ebullición sus pasiones y su entusiasmo. Las fiestas de la hacienda no son por cierto las cívicas del Dieciocho de Septiembre ni las religiosas de la Semana Santa. Tales fiestas no despiertan en el huaso ningún sentimiento popular, ni él comprende lo que ellas significan. Su entusiasmo se excita de otro modo y por motivos muy diversos. Como no tiene más patria que su hacienda, y sólo allí está todo lo que él ama en este mundo, no puede conmoverle una fiesta que no tenga por objeto algún asunto peculiar de su tierra. Así es que el rodeo, la trilla, la matanza y la vendimia son los acontecimientos ruidosos de la hacienda, las festividades solemnes que absorben todas las potencias y sentidos del huaso. Ya hemos visto lo que es una trilla y una vendimia. La fiesta magna, la fiesta de las



fiestas es el rodeo. Como en las justas y los torneos de la edad media los paladines hacían alarde de su valentía, de su pujanza y de su destreza en el manejo de las armas y del corcel, tal el huaso satisface en el rodeo su vanidad y su orgullo, haciendo ostentación de la gallardía, agilidad y fuerza de su caballo, del tino con que sabe gobernarlo en los lances más peligrosos, y de la pericia con que maneja su lazo. A un rodeo concurren, no sólo los huasos de la hacienda donde se efectúa, sino también muchos de las haciendas vecinas, las cuales envían sus legados o representantes, que regularmente son sus capataces o vaqueros, con el objeto de que reclamen y recojan los animales pertenecientes a ellas y que puedan salir en la batida general. Concurren también muchas otras gentes, llevadas del deseo de divertirse o de lucir su buen caballo, y de este modo la hacienda se ve de repente invadida de una multitud de forasteros, que contribuyen a fomentar la animación y el movimiento. La fiesta suele prolongarse por cuatro, seis u ocho días, durante los cuales se juega, se canta, se consume gran cantidad de chicha y aguardiente, y se *jaranea* a roso y belloso, de día y de noche. El huaso queda después de todo esto harto de trabajo y diversión.

En la generalidad de las haciendas casi nunca se dice misa ni se celebra ninguna otra función del culto, a pesar de que las más notables tienen su capilla u oratorio, que hoy apenas sirve para otra cosa que para dar testimonio de la piedad de las generaciones que nos han precedido. Pero hay algunas cuyos patrones son cristianos del antiguo cuño, y en ellas reside comúnmente un sacerdote que con el título de *capellán* dice misa todos los días para la familia y para los inquilinos que quieren asistir. Se reza también el rosario por la noche, y de cuando en cuando suele haber una plática. Esos mismos patrones, celosos del bien espiritual de sus inquilinos, acostumbran a *darles una misión* cada dos o tres años, proponiéndose por este medio excitar en ellos el sentimiento religioso, recordarles sus obligaciones morales y apartarlos del vicio. La misión consiste en pláticas doctrinales, oraciones y ejercicios piadosos, que se repiten por nueve noches consecutivas. Los ejercicios piadosos están reducidos, a una *disciplina* con miserere, que es el postre de cada noche de misión, el fin y remate de la fiesta. Como el huaso es tosco y grosero en todas sus maneras, lo es también consigo mismo al darse disciplinazos. Dentro de la capilla u oratorio o en algún corredor, ramada o parrón contiguo, es donde se congrega la gente para escuchar la plática y para darse la disciplina. Allí se azota el huaso las espaldas sin piedad alguna con duros látigos que al efecto lleva consigo, y es tanta su crueldad, que cada noche de disciplina se da una verdadera sangría. Los sacerdotes que cantan el miserere durante la flagelación, cuyos oídos sin duda se lastiman con los recios golpes que el huaso se da acompañados siempre de quejidos, no se atreven a presenciar por mucho rato semejante escena; y suelen cortar el salmo a los cuatro o cinco versículos, diciendo en alta voz: *basta, basta*, sin que por eso dejen algunos huasos de seguir azotándose, encarnizados ya en su propio cuerpo. Sin duda convendría abolir una práctica tan poco humana, y de la que los hombres incultos no saben absolutamente recoger ningún provecho moral.

La misión termina siempre por la confesión y comunión de todos los inquilinos, y por un discurso que el misionero les hace exhortándoles a la *perseverancia*. No persevera por cierto el huaso en todos los buenos propósitos que ha hecho durante aquellos santos ejercicios; mas no se crea por eso que la misión es de todo punto infructuosa, porque alguna buena semilla deja siempre en el fondo del corazón de los que a ella han concurrido. El huaso tiene sentimientos religiosos, aunque generalmente muy poco cultivados y envueltos en creencias y prácticas de superstición. Profesa gran veneración a los sacerdotes, cuya palabra es verdaderamente para él *la palabra de Dios*. La religión es un buen agente de su moralidad.

Hay también entre los inquilinos fiestas domésticas o de familia, cuales son las que se celebran con ocasión del casamiento de una hija o de la muerte de un niño de tierna edad. En todas las sociedades humanas, y aun en las tribus salvajes, un casamiento ha sido siempre un motivo de regocijo para la familia de los esposos, y ciertamente que a este respecto el huaso no se diferencia en nada de los demás hombres. La muerte de un hijito suyo la celebra como la adquisición de un ángel en el cielo. El pequeño cadáver es colocado sobre una mesa, donde se le rodea de flores y de los pobres adornos de que la madre y sus amigas pueden disponer. La *fiesta del angelito* se hace regularmente con música de guitarra y canto, concurriendo a ella los parientes y amigos de la familia, los cuales suelen pasar la noche de claro en claro bailando y bebiendo chicha o ponche. Esto da idea de lo grosero que es el sentimiento religioso de la gente de nuestros campos.

La conversación del huaso no puede tener por materia sino los objetos que están a su alcance. El huaso habla de caballos, de vacas, de siembras, de los lances acontecidos en las trillas y en los rodeos, de las cosas que le han parecido extrañas en los cortos viajes que ha hecho, de lo que sucede en las haciendas vecinas, etc. Habla siempre con gran cachaza, y ni aun en los pasajes que por su naturaleza debieran ser animados, abandona jamás su otro flemático. El huaso, en general, tiene muy bien sentido y suele hacer apreciaciones muy juiciosas sobre las materias que él conoce por experiencia. La calidad de un animal, el estado de una sementera o de una viña, son asuntos sobre que él da su juicio casi siempre con acierto, y no menos atinadas son las indicaciones que suele hacer a su patrón sobre las medidas que conviene tomar para buen manejo del fundo y para la conservación y aumento de los ganados. Hay huasos muy habladores, cuya conversación no tiene fin si su interlocutor no se la corta de alguna manera. Entre estos he conocido algunos que por su mucho hablar, por lo peregrino de sus ocurrencias, por los refranes de que a cada paso hacen uso, y por el buen juicio que manifiestan en medio de su sencillez y de su ignorancia, pueden mirarse como un vivo y fiel trasunto de Sancho Panza. Si Cervantes hubiera vivido en Chile en el siglo diecinueve, habría encontrado aquí el verdadero tipo del más gracioso de los personajes que hizo figurar en su inmortal novela.

He aquí la vida del campesino chileno; he aquí el horizonte de su inteligencia, de sus sentimientos, de sus placeres; horizonte tan estrecho como el pobre y pequeño mundo donde él ha nacido y se ha criado, donde se han desarrollado sus fuerzas físicas y las facultades de su alma, y donde al fin corta la parca el hilo de sus días.

**V.**  
*Conciencia y  
bienestar  
del inquilino*

Como el inquilino tiene la conciencia de que su bienestar depende únicamente de la voluntad de su patrón, que puede echarlo de su posesión y de la hacienda cuando le dé la gana, es naturalmente sumiso y abyecto. El patrón es su jefe, su señor, su monarca, y él se considera como su vasallo. El inquilino carece de voluntad propia en todo asunto que concierne al patrón o en que éste mete su mano. Ora por temor, ora por cariño, siempre hace lo que el patrón quiere y le dice que haga. Las leyes de la república le consideran como hombre independiente, y como a tal le otorgan el derecho de sufragio, que niegan al sirviente doméstico; pero se equivocan: no es el inquilino el que vota, sino su patrón; el primero no hace más que depositar en la urna un pedazo de papel en que va consignada la voluntad del segundo. Nuestros tribunales, más cuerdos que nuestros legisladores, admiten como tacha legal la de ser un testigo inquilino de la parte que lo presenta.

Aunque no existe ningún *código feudal* escrito que deslinde las relaciones entre el patrón y el inquilino, la costumbre sin embargo puede decirse que lo ha creado y lo mantiene en vigor. Ya hemos visto cuáles son las cargas anexas a la condición del inquilino, cargas que él designa con el nombre genérico de *obligaciones*. Por lo demás, el inquilino debe deferencia, respeto y homenaje a su patrón, y éste debe amor y

protección a su inquilino. Tal es la base fundamental de ese código consuetudinario. Sería, por ejemplo, un acto de ingratitud, y felonía en un inquilino el no prestar asistencia y ayuda a su patrón en un lance peligroso, como sería una gravísima falta de respeto el demandarle en juicio y obligarle a comparecer ante el tribunal de un inspector o subdelegado. Si el patrón emprende un viaje desde su hacienda, puede elegir un inquilino para que le acompañe, le sirva y le atienda en cuanto pueda ocurrirle durante la marcha. El inquilino jamás entra a la casa del patrón sino después de haberse sacado las espuelas y quitándose el sombrero, que lleva siempre en la mano. Presentarse en aquel recinto augusto con sombrero puesto o con espuelas, es en su concepto un desacato punible. Al dirigir la palabra a su patrón, le da el título de *su merced*, le habla con gran sumisión, y nunca se atreve a alzar mucho la voz en su presencia. Rara vez toma asiento; y cuando ha evacuado el objeto de su visita, se despidе de su patrón, empleando indefectiblemente la fórmula respetuosa de *voy con su licencia*, a la cual corresponde el magnate con un seco *adiós*.

En cualquiera circunstancia en que el inquilino necesita la protección o el consejo de otra persona, acude a su patrón para que le favorezca, le alumbre, y le saque del apuro en que se halla. Así, cuando se ve afligido por una deuda que no puede pagar por el pronto, implora la generosidad del patrón para que le facilite los medios de llenar su compromiso. Si ocurre alguna perturbación en sus relaciones de familia, como cuando su mujer falta a sus deberes o cuando alguno de sus hijos se entrega a los vicios, el inquilino solicita el consejo de su patrón, preguntándole qué es lo que debe hacer en semejante caso. El patrón es muchas veces el juez que con autoridad patriarcal decide las contiendas que se suscitan entre sus súbditos, y él es el que de ordinario hace la partición de los bienes de un inquilino difunto entre sus herederos. No tiene más guía en sus fallos que las reglas de equidad que la naturaleza enseña a todos los hombres y aquellas nociones generales de derecho que se adquieren con el trato social. Con todo, el dictamen del patrón es un oráculo para el inquilino.

Lo dicho basta para comprender qué género de relaciones son las que existen entre estas dos entidades. Sin embargo, es preciso tener presente que el carácter personal del patrón modifica profundamente aquellas relaciones, y afecta, ya en un sentido, ya en otro, el bienestar del inquilino. Hay hacendados que obedeciendo a los consejos de una ciega y torpe codicia, o llevados de los impulsos de su genio áspero y soberbio, tratan con excesivo rigor a sus inquilinos, y lejos de prestarles ayuda o favor alguno, los oprimen imponiéndoles multiplicados y onerosos servicios personales, y restringiéndoles el goce de las ventajitas anexas a su condición. En algunas haciendas el inquilino sólo puede mantener cuatro o seis animales, y por los que pasen de este número el patrón le cobra una contribución anual en razón de talaje. En otras es obligado a partir con su patrón la cosecha de las viñetas o arboledas que cultiva en su posesión, y en otras tiene que pagar una pensión anual por arriendo del pedazo de tierra en que vive y de que goza. El inquilino se resigna las más veces a soportar todas esas cargas, por pesadas que sean, primero que a abandonar su hogar y su patria, que le son tan caros; y lo más que suele hacer es exhalar sus quejas, diciendo con su humildad y su sorna habituales que "son demasiadas las obligaciones que se le han puesto, y que tiene que trabajar mucho para dar cumplimiento a su patrón". Verdadero *siervo de la gleba*, no se atreve a separarse de su terruño. El vínculo que le mantiene ligado a él no es la ley ni la fuerza, sino el amor y los sentimientos más dulces y delicados que la naturaleza ha infundido en el corazón de todos los hombres. Así lo que Dios ha hecho fuente de dicha suele tornarse en copa de amargura y en instrumento de suplicio.

Pero hay otros hacendados que son, puede decirse, el reverso de la medalla. Dotados de un carácter naturalmente bondadoso y animados de los más nobles sentimientos cristianos, se constituyen en verdaderos bienhechores de sus inquilinos. El trabajo

personal que de ellos exigen es muy soportable; les dejan amplia libertad para que puedan criar vacas y ovejas en el fundo, les facilitan terrenos y aun bueyes y semillas para que hagan sus siembras, y no les cobran terrazgo alguno por la posesión que ocupan. Estos hacendados son mirados como padres por sus inquilinos, que los aman y respetan como a tales. Por fortuna no son escasos los ejemplos de esta clase que ofrece el cuerpo de propietarios chilenos. He conocido yo uno que era para los inquilinos su *pañó de lágrimas*, que no sólo los aliviaba de la carga del servicio personal y los protegía en sus trabajos campestres, sino que tenía por costumbre, en los años de escasez, favorecer a las familias de los más pobres, dándoles de limosna una buena ración de charqui, de porotos y de trigo para que pudiesen *pasar el invierno*. La gente de su hacienda era toda honrada y trabajadora, y él, puede decirse, que había formado aquella pequeña sociedad mediante su ejemplo, sus consejos, el estímulo de sus favores y el respeto que inspiraban su carácter y sus virtudes. Era hombre generoso y al mismo tiempo firme y enérgico. Estaba dotado de una salud robusta y de una gran fuerza física, cualidades que le permitían pasar días y noches en los cerros de su hacienda y ejecutar con desembarazo todas aquellas proezas que cautivan la admiración y granjean las simpatías del campesino chileno. Porque debe tenerse presente que así como el soldado ama y respeta a su jefe cuando éste es valiente, gallardo y sufrido, y le desprecia cuando es cobarde, cuitado e incapaz de soportar las fatigas y penalidades de la guerra, así también el huaso, al paso que tributa adhesión y rinde parias al patrón que da pruebas de fortaleza en los trabajos, de destreza en el manejo del lazo y del caballo, y de inteligencia en la ejecución de las faenas y en el gobierno general de la hacienda, da bien claros indicios de la poca estima que hace del que carece de esas prendas y se manifiesta molondro y desnudo de conocimientos. Así es la ley de la naturaleza: el hombre, en todo orden de cosas, guarda sus homenajes para los que son superiores a él, y no puede disimular el desprecio que le inspiran los que no saben deslumbrarle con virtudes o con brillantes cualidades.

El hacendado de que hablo falleció en Santiago; y tan pronto como la noticia de su muerte llegó a su hacienda, sus inquilinos vinieron presurosos a rodear su cadáver, sobre el cual derramaron copiosas y sinceras lágrimas de amor y gratitud.

En las grandes haciendas que han estado largos años en poder de patrones que se han distinguido por su largueza, ha habido inquilinos que han labrado una no pequeña fortuna. La liberalidad de sus patrones les ha permitido tener hasta quinientas vacas de crianza y hacer siembras de trigo que les han producido más de mil fanegas de cosecha. Los inquilinos honrados, juiciosos y trabajadores que han sabido aprovechar tan generosa protección, han pasado después a ser propietarios de pequeños fundos, y no han faltado algunos que han llegado a colocarse en la categoría de verdaderos hacendados.

Un caballero de Santiago, que es harto conocido por su caridad cristiana y por la bondad de su carácter, dueño de una grande y valiosa hacienda ubicada en la provincia de Aconcagua, se vio repentinamente, hace algunos años, en la necesidad de pagar al fisco una fuerte cantidad de dinero a consecuencia de una fianza prestada a un amigo suyo. Este inesperado contratiempo le puso en un serio compromiso. Supiéronlo pronto sus inquilinos, y al momento se despertó entre ellos un entusiasmo que pudiéramos llamar *patriótico*, porque la manifestación que hicieron fue semejante a la que hace un pueblo heroico cuando ve su patria en peligro. Habiéndose propuesto salvar a su amado patrón del conflicto en que se hallaba, promovieron al efecto en la hacienda una suscripción, a la cual concurrió cada uno con un contingente proporcionado a sus haberes. En pocos días juntaron la suma de catorce mil pesos, y la pusieron en manos de su patrón como el mejor y más oportuno presente que en aquellas circunstancias podían hacerle, dando con esto una espléndida prueba

así de su gratitud para con su bienhechor, como del buen juicio con que habían sabido ganar y conservar sus fortunas.

Estando la suerte del inquilino tan vinculada al carácter personal del hacendado, concíbese fácilmente que una mudanza de patrón, verificada en virtud de una venta, de una herencia o de un arriendo, es un acontecimiento de la más alta trascendencia para todos los habitantes de la hacienda. Pasa entonces en ella, aunque en mínima escala, lo que pasa en una gran monarquía al advenimiento de un nuevo soberano. Se agitan los espíritus: quienes temen perder la condición ventajosa en que se hallan y hacen esfuerzos para conservarla; quienes se proponen medrar granjeándose la benevolencia y los favores de su señor. Brotan los chismes, y se fragan intrigas más o menos bien combinadas, en que algunos huasos suelen dar pruebas asombrosas de su astucia y del fino conocimiento que tienen del corazón humano. El nuevo patrón necesita una buena dosis de prudencia para manejarse en los principios de su gobierno, y sin ella nunca consigue sosegar pronto la revuelta piscina.

Así como los habitantes de una monarquía conservan memoria de los soberanos que han reinado en ella, recordando sus virtudes o sus vicios, así también conservan los inquilinos memoria de los diversos patrones que ha tenido la hacienda, de quienes hacen frecuente mención en sus conversaciones, ora ensalzando su generosidad y su clemencia, ora vituperando su codicia o su aspereza. El gobierno de cada uno de estos régulos hace época entre sus súbditos. Cuando el inquilino quiere designar la fecha de algún acontecimiento remoto acaecido en la hacienda, regularmente lo hace diciendo que el hecho sucedió *en tiempo del dijunto patrón D. Fulano o D. Zutano*. El patrón es el hombre más grande y de más elevada categoría que el inquilino conoce sobre la tierra, y es natural que la persona de ese hombre y todas sus prendas o sus malas cualidades queden para siempre grabadas en la memoria de los que han permanecido por muchos años sujetos a su dominación y que de continuo los han estado mirando desde una situación muy inferior.

La familia del patrón es para el inquilino la *familia real*. Al modo que la mujer del rey lleva el título de *reina*, la del príncipe el de *princesa*, etc., la mujer del patrón es llamada en la hacienda la *patrona*, y los hijos de ambos, según la misma analogía, son los *patroncitos*. La patrona es la protectora de los inquilinos: mediante su intercesión consiguen muchas veces gracias que sin ese poderoso valimiento no alcanzarían de su señor. Los inquilinos, y principalmente sus mujeres e hijas, mantienen frecuentes relaciones con las señoras de la familia del hacendado, cuyo cariño se granjean por medio de sus humildes presentes de huevos, de pollos, de frutas de las arboledas de sus posesiones y de otras cosas de corto valor. Estas relaciones suelen llegar a estrechase tanto, que se convierten en una amistad tierna y sincera, sin que por eso abdique la señora la dignidad de su clase ni la inquilina pretenda salir de la esfera de su modesta posición.

Toda hacienda tiene su *régimen interior*, su jerarquía de empleados, que representando la persona del patrón y ejerciendo una parte de su autoridad, le ayudan en el desempeño de sus tareas gubernativas. El *capataz* es la persona que tiene a su cargo el ganado de la hacienda, y es el jefe de todos los vaqueros. El *mayordomo de peones* es, como su título lo está indicando, el encargado de vigilar a los trabajadores en todas las faenas de la hacienda, como son las siembras y las cosechas, las limpiezas y composturas de acequias, la construcción y reparación de cercas, etc. El *mayordomo de patio* es un empleado que tiene a su cargo la custodia de las casas de la hacienda, y por consiguiente la del granero, la de la bodega y la de todas las herramientas y utensilios de labranza. El *capataz de la tropa* es como el *arriero mayor*, es el jefe de los demás arrieros, y bajo su responsabilidad están todas las mulas, sea que se hallen en la hacienda, o que vayan de viaje para otra parte conduciendo frutos. Sobre todos estos empleados está el *administrador* del fundo, que es como la segunda

persona del patrón, y a quien tienen que obedecer todos los sirvientes e inquilinos. El administrador es siempre una persona de alguna instrucción, y muy superior por cierto a la generalidad de los hombres del campo. Y sin duda es preciso que así sea para que pueda tener a su cargo toda una hacienda, cuyo manejo suele ser complicado y ofrecer no pocas dificultades.

Estas son las *autoridades* de la hacienda. En cuanto a las autoridades públicas, el huaso no conoce otras que la del inspector o del subdelegado en el orden civil, y la del cura de su parroquia en el orden religioso. La autoridad del Presidente de la República, la de los intendentes y gobernadores, la de los tribunales superiores y jueces de letras, la del obispo de su diócesis, etc., no las siente casi nunca, y aun puede decirse que la mayor parte de los huasos ignoran hasta la existencia de muchas de esas autoridades. Su pobreza, su ignorancia y la humildad de su condición, los mantienen alejados de las altas categorías sociales. La mano del subdelegado, la del inspector o la del *celador* (autoridad desconocida en la nomenclatura legal, pero creada por la necesidad) las siente el huaso cada vez que acontece algún desorden en las chinganas o francachelas a que él concurre, y siempre que tiene que figurar como parte o como testigo en alguno de sus pequeños pleitos judiciales. La mano del cura la siente de otro modo y por distintos motivos. El pago de las primicias y el de los derechos de bautismo, de casamiento y de entierro, son casi las únicas cosas que le recuerdan que tiene un *pastor de su alma*. . . La dotación de los párrocos es una de las necesidades más imperiosamente sentidas entre nosotros. ¿Cuándo se llenará esa necesidad?

VI.  
El inquilinato en las provincias centrales de Chile

El inquilinato existe principalmente en las provincias centrales de Chile, Aconcagua, Valparaíso, Santiago, Colchagua, Talca, Maule y Ñuble. Las demás lo tienen en una escala inferior, y en algunas es totalmente desconocido. Las necesidades de la agricultura, junto con la naturaleza de la primitiva organización colonial, son sin duda las causas que han creado este elemento tan peculiar de la sociedad chilena y tan desconocido de los países extranjeros, y por eso en las provincias más agrícolas es precisamente donde el inquilinato es más numeroso y donde se halla más desarrollado y más fuertemente constituido. Si se dijera que del millón y medio de habitantes que tiene la república trescientos mil viven sujetos a la condición de inquilinos, no se haría quizá un cómputo exagerado.

El inquilino ¿es un hombre feliz o un hombre desgraciado? Como la felicidad o la desgracia deben calificarse con relación a la sensibilidad de la persona a quien se atribuyen, un hombre culto, que siente de otro modo y aprecia las cosas de muy diversa manera que el labriego sencillo e ignorante, no puede tomar su propia sensibilidad como norma de los placeres o dolores de este último. El inquilino vive ciertamente en condición muy poco apetecible para hombres que pertenecen a una esfera social más noble y que están por tanto acostumbrados a goces de otro orden y a un género de vida diverso y más independiente; pero como esos goces y ese diverso género de vida son desconocidos para el inquilino, éste no los desea ni sufre violencia por carecer de ellos, y de aquí viene que se halla tranquilo y contento con su suerte. El huaso no apetece honores, no aspira a puestos elevados, ni tiene ambición de ninguna clase. Tampoco se ve aquejado por la *sagrada hambre del oro*, que en este siglo arrebató el sueño a tantos hombres y los trae inquietos y en continuo malestar. Si el inquilino no es feliz en toda la extensión de esta palabra, es menester confesar por lo menos que no obran en él las causas que de ordinario producen la desdicha de la mayor parte de los individuos de la especie humana. Su felicidad podría llamarse *negativa*, porque no son los goces positivos e intensos lo que la constituye, sino la ausencia de deseos inmoderados y no satisfechos.

Mas aunque el inquilino sea feliz en el sentido que acabamos de ver, no por

eso debe decirse que conviene a la república conservar ese elemento de su sociedad, y que no se halla en el caso de hacer esfuerzos para mejorar y aun transformar la condición de esta parte de sus hijos. Un esclavo puede también vivir resignado y aun contento con su suerte, porque su ignorancia y abyección no le permiten formar conciencia de lo triste y miserable que es su destino; ¿podremos por eso decir que a una sociedad le conviene conservar sus esclavos? ¿podremos decir que la esclavitud no es una repugnante llaga social? No porque el hombre deje de conocer y sentir su miseria debe ser abandonado a sí mismo, ni deja tampoco por eso de tener derecho a mejorar su condición tanto en el orden material como en el moral. El delincuente consuetudinario es siempre un delincuente y un mal miembro de la sociedad, aunque en su conciencia encallecida no sienta el más ligero remordimiento de sus crímenes. Los ignorantes y los esclavos son también ignorantes y esclavos, aunque su conciencia nada les diga acerca de su ignorancia y de su esclavitud.

¿Pero cuáles son los arbitrios que pudieran emplearse para reformar la condición del inquilino? Investiguemos primero los inconvenientes con que hay que luchar para llevar a cabo tan importante reforma.

El primero es la monstruosa desigualdad que existe entre nosotros relativamente a la distribución de la tierra. Podemos decir que vivimos en pleno feudalismo. Aunque tal palabra no existe ni en nuestra legislación ni en nuestro lenguaje familiar, ello es que tenemos un cuerpo de señores ricos y arrogantes y otro mucho más numeroso de vasallos pobres y envilecidos. He aquí el hecho real y verdadero. Los señores son los únicos dueños de la tierra. Los vasallos poseen también una pequeña porción de ella; pero la poseen a título precario y con absoluta dependencia de la voluntad de aquéllos. Este es el principal origen de su abyección. El dominio de la tierra trae consigo la libertad y la altivez del espíritu; la pobreza da forzosamente por resultado el abatimiento moral. Haced a uno de nuestros ilotas dueño de un pedazo de tierra, y le haréis al mismo tiempo dueño de sí propio; infundidle la conciencia de que su bienestar, que es la posesión del fruto de su trabajo, no depende de los caprichos de un amo, y al momento veréis brillar la dignidad humana en el alma de ese miserable paria, porque ha pasado ya a ser hombre libre. Mientras esta gran porción de la sociedad chilena permanezca desheredada de los bienes que la naturaleza ofrece a todos los hombres que habitan nuestro territorio, no habrá medios bastante eficaces para levantar su espíritu de la profunda postración en que actualmente yace.

El segundo inconveniente con que hay que combatir para efectuar la reforma, es la suma ignorancia de nuestros campesinos y lo difícil que es proporcionarles la instrucción que necesitan. De los inquilinos de una hacienda, pocos, muy pocos, son los que saben leer, y es también muy escaso el número de los que poseen un mediano conocimiento de la moral cristiana. Como no viven en población, sino esparcidos en puntos distantes, la mayor parte de ellos se hallan en la imposibilidad de enviar sus hijos a las escuelas que hay en los pueblos vecinos o en las cabeceras de las parroquias o de las subdelegaciones; y como por otra parte la asistencia del niño a la escuela le inhabilita para prestar servicios a sus padres, éstos dejan de enviarlo a ella por una especie de conveniencia mal entendida. La ignorancia misma del padre le hace indolente para con el hijo. Como él se ha criado y ha vivido siempre ciego, pero le importa que el fruto de sus entrañas quede también privado de la luz.

Hay algunos hacendados que dando a la instrucción la importancia debida, mantienen en sus fundos escuelas más o menos bien organizadas, donde se educan los hijos de sus inquilinos; pero tales hacendados son muy pocos, y es sensible que su bello ejemplo sea tan rara vez seguido por sus colegas.





# Emil Staiger: El estilo épico

TRADUCCIÓN DE ELICENA ARAYA V.

Introducción

BAJO EL TÉRMINO "conceptos fundamentales de poética" se entienden aquí los conceptos épico, lírico, dramático y, eventualmente, trágico y cómico, aunque, en un sentido que se diferencia del usual hasta ahora y que debe ser explicado ya desde el comienzo. El nombre "poética" desde hace tiempo ya no significa más una enseñanza práctica, que al lego debe poner en condiciones de escribir poesías, epopeyas y dramas de acuerdo a ciertas reglas. Pero las obras más modernas que circulan bajo el nombre de "poética" se asemejan a pesar de todo a las más antiguas en que ven completamente realizada la esencia de lo lírico, de lo épico y de lo dramático en determinados modelos de poesías, epopeyas y dramas. Esta manera de considerar se presenta como herencia de la antigüedad. En la antigüedad, cada especie poética estaba representada sólo en cantidad restringida por modelos. Lírica se llamaba, aproximadamente, una poesía que según la estructura, extensión y, ante todo, en la métrica, correspondía a lo que habían creado los nueve poetas líricos clásicos: Alemán, Estesícoro, Alceo, Safo, Ibico, Anacreonte, Simónides, Baquilides y Píndaro. Así los romanos pudieron admitir a Horacio como poeta lírico, pero no, en cambio, a Catulo, porque éste eligió otros metros. Desde la Antigüedad, empero, los modelos han aumentado incalculablemente. Si la poética quiere hacer justicia en adelante a todos los ejemplos singulares, se encuentra con dificultades casi insolubles, cuya solución por lo demás, promete ser poco provechosa. La poética debe —en el terreno de la lírica— comparar entre sí baladas, canciones, himnos, odas, sonetos, epigramas, perseguir cada una de estas especies a través de uno a dos mil años y descubrir algo común como concepto genérico de la lírica. Esto que entonces es válido para todo, puede ser generalmente algo insignificante. Además pierde su validez en el momento en que aparece un nuevo poeta lírico y presenta un modelo aun desconocido. La posibilidad de una poética, por eso, no rara vez ha sido impugnada. Con esto, en cierta medida, se puede seguir el transcurrir histórico "imparcialmente" y rechazar toda clase de sistematización como dogma fuera de lugar.

Este renunciamiento es fácil de comprender, mientras la poética pretenda acomodar todas las poesías, epopeyas y dramas creados en divisiones adecuadas. Y puesto que ninguna poesía es como la otra, se necesitan, en principio, tantos compartimientos como poesías hay, con lo que la ordenación misma se anula.

Pero, si es difícil definir la esencia de la poesía lírica, de la epopeya, del drama, en cambio es posible la definición de lo lírico, épico y dramático. Nosotros usamos la expresión "drama lírico". "Drama" significa aquí una poesía que está determinada para la escena; "lírico" significa su tono y éste es considerado como más decisivo para su esencia que la "exterioridad de la forma dramática". ¿Según qué aspecto se define aquí el género?

Si califico un drama como lírico, o una epopeya como dramática —como lo hiciera Schiller respecto a *Hermann* y *Dorothea*— tengo ya que saber qué es lírico o dramático. Esto no lo sé cuando recuerdo todas las poesías líricas y los dramas

existentes. Esta abundancia solamente me confunde. Mejor tengo un concepto de lo lírico, épico y dramático. Este concepto ha surgido alguna vez, con un ejemplo. El ejemplo habrá sido, probablemente, una poesía determinada. Pero ni aun esto es necesario. La "significación ideal" de "lírico" —para usar las palabras de Husserl— la puedo haber percibido de un paisaje; lo que es épico, quizá ante un torrente de refugiados; tal vez una disputa me grabe el sentido de lo "dramático". Estas significaciones perduran. Es absurdo decir —como Husserl lo ha demostrado— que ellas pueden variar. Puede variar el valor de las poesías que yo juzgo de acuerdo al concepto; lo particular puede ser más o menos lírico, épico, dramático. Además, los "sucesos que otorgan significación" pueden adolecer de inseguridad. Pero un concepto de "lírico" que ya he concebido una vez, es tan inamovible como el concepto del triángulo, o como el concepto objetivo de "rojo" se escapa a mi voluntad.

Aunque el concepto de rojo también puede ser inamovible, tal vez es falso. El que es daltoniano no tiene un concepto correcto de "rojo". Empero, esta cuestión se refiere sólo a la conveniencia terminológica. Mi concepto de "rojo" tiene que concordar con aquello que por lo general se denomina "rojo". Así el concepto de "lírico" tiene que concordar con lo que generalmente se designa como lírico, sin una clara idea. Este no es el término medio de aquello que se llama lírica según las características externas. Nadie piensa en un epigrama al hablarse de "estado de ánimo lírico", o de "tono lírico"; pero sí todos piensan entonces en una canción. Nadie piensa en el *Mestas* de Klopstock al hablarse de "serenidad épica", o de "variedad épica". Se piensa primeramente en Homero, ni siquiera en todo Homero, sino en aquellos párrafos eminentemente épicos, a los cuales se pueden agregar otros, más dramáticos o más líricos. Los conceptos de género tienen que hacerse resaltar en semejantes ejemplos.

Hasta aquí existe en todo caso una relación entre lo lírico y la lírica, lo épico y la epopeya, lo dramático y el drama. Los ejemplos cardinales de lo lírico se encontrarán, probablemente, en la lírica, los de lo épico, probablemente en las epopeyas. Pero que en alguna parte se pudiera encontrar una poesía que sea puramente lírica, épica o dramática, no es cosa que se pueda establecer a priori. Nuestro examen llegará, por el contrario, al resultado de que toda poesía auténtica participa de todos los conceptos de género, en distintos grados y modos, y que la diversidad de esta participación crea la incalculable variedad de las especies ya históricas.

Sería de preguntarse aun, si el trinomio lírico-épico-dramático se puede suponer en forma natural. Irene Behrens ha demostrado que este trinomio surge en Alemania recién a fines del siglo XVIII. Pero tampoco entonces los nombres designan nuestros conceptos, sino a determinados modelos poéticos. Renunciamos por ahora a abordar este problema y tomamos los nombres generalizados como hipótesis de este trabajo. Si todas las clases posibles de poesía pueden ser juzgadas desde este punto, debe mostrarlo recién la marcha de este estudio.

Fundamentalmente, los ejemplos deberían tomarse de toda la literatura mundial. Pero casi no se podrá evitar que la elección delate la posición del observador. Se ha dado preferencia a los poetas alemanes y griegos, solamente porque conozco éstos más a fondo. Pero mi punto de vista se delataría también si hubiera leído más poesía eslava, nórdica o aun no europea. Habría siempre aun alguien, cuya lengua materna fuera el alemán, que se comprometería a describir este escrito. Semejantes límites permanecen trazados; se puede tomar la posición que se desee. El daño no es realmente tan grande como lo sería si se tratara de una poética en el sentido antiguo. Aunque podría ser que todo se considerara en un sentido

que sólo es de algún interés para el territorio lingüístico alemán. No me incumbe el determinarlo.

Solamente añado la petición de que se aplace hacia el final un juicio sobre las partes de la exposición. Todo estriba en el problema de que, nunca más que antes, lo particular sólo puede ser comprendido en el marco del total. Especialmente, muchos conceptos indefinidos como "interioridad", "espíritu", "alma", son identificados en forma paulatina. Pero como la identificación siempre sólo hace más preciso el uso lingüístico, no tendrán que surgir dificultades graves por este lado.

Y así, la intención de este escrito estaría por sobre todo en creer que clarifica el uso lingüístico, que a cualquiera permite saber, en el futuro, a lo que él se refiere cuando dice "lírico", "épico" o "dramático". Que se lo tome, por eso, como una introducción a la ciencia literaria, como un instrumento para el intérprete, que facilita una rápida comprensión sobre conceptos generales y con esto da lugar para estudios dedicados a la creación particular de los poetas individuales. Además este tratado también en verdad quisiera reclamar una apreciación propia, por el hecho que la pregunta por la esencia de los conceptos de género conduce en forma espontánea a la pregunta por la esencia del ser humano. Así la poética fundamental se convierte en un aporte de la ciencia literaria a la antropología filosófica. En esto se halla en contacto con el libro *El tiempo como imaginación del poeta*, el que, aparecido en 1939, trata de destacar las posibilidades del ser humano en las poesías de Brentano, Goethe y Gottfried Keller. El que se tome el trabajo de comparar el nuevo tratado con el anterior, notará realmente que mucho se ha modificado terminológicamente. Por sobre todo, yo ya no designaría un existir lírico como "tiempo arrebatador". Y lo que es más significativo, el diferenciar la realidad individual del existir puramente ideal, recién está llevado a cabo con la debida estrictez en los *Conceptos fundamentales*.

Lo esencial de una poética lo constituye en su mayor parte la distinción entre Épica y Drama. El poeta se pregunta si el asunto es más apropiado para la escena o para una narración y busca llegar a un criterio. En este sentido han experimentado también Goethe y Schiller las posibilidades de la poesía épica y dramática. Rara vez se delimita la poesía épica de la lírica, pues esa diferenciación la ve cualquiera y las dudas, de qué género se deba elegir, están excluidas. Empero, si como en este caso, se pregunta por el fundamento de los conceptos de género poético sin una intención práctica, aun lo aparentemente obvio merece una entera atención. Entonces estaría, ante todo, por diferenciar la "varietas carminum" de la lírica, de la fijeza del verso de la poesía épica.

Una medida, el hexámetro, se impone desde la primera hasta la última línea de la *Iliada* y la *Odisea* y en toda la épica griega. Todavía no nos preocupa ver aquí qué ventajas aseguran el favor de los poetas a ese verso a través de los siglos. Sólo comprobamos, ante todo, que el metro pertenece a la esencia de la poesía épica. El *Mesías* de Klopstock es también, en este sentido, menos épico, cuando a ratos se pasa al ritmo libre, como igualmente la *Pentesilea* de Leuthold, en la que la narración está insertada en una estrofa de gran tensión, con versos totalmente diferentes.

El metro denota la serenidad del poeta, el que no se esclaviza a ninguna sensación, que no siente, ya así, ya de otra manera. Homero se eleva de la corriente de la existencia y permanece firme, impasible frente a los objetos. Él los ve desde un punto de vista, desde una determinada perspectiva. La perspectiva está fijada en el ritmo de su verso y le asegura su identidad, una constante en la fuga de las apariciones.

1.  
Estilo épico.  
Representación

Un prototipo de semejante confrontación es aquella escena de la *Iliada*, cuando Zeus enjaeza los caballos, viaja al Ida y desde su cima mira hacia la fortaleza troiana, para decidir la suerte de la guerra; o la "teicoscopia"<sup>1</sup>. La mirada desde la torre, en el Canto tercero, donde Príamo pregunta a Helena los nombres de los héroes griegos. Así, desde una segura perspectiva, contempla Homero la vida; él mismo no toma parte en ella. No lo absorbe el suceder, no lo destroza como al poeta lírico. Cuán poco él mismo se conmueve se delata en aquellas digresiones a las cuales uno se acostumbra con el tiempo, pero que al que las lee por primera vez lo asombran; por ejemplo, en el Canto cuarto: Agamenón incita al ejército al combate; encuentra a Diomedes ocioso y le increpa ásperamente:

*¡Ay de mí, hijo de Tideo, fogoso domador de corceles,  
cómo tiembas, cuán temeroso miras hacia las sendas de la batalla!*

Homero está demasiado distante para compartir las emociones del rey; mejor traspasa su contemplación a Agamenón, el que, despreocupado de la premiosa situación, empieza a narrar una historia sobre la valentía de Tideo:

*Nunca acostumbró Tideo acobardarse así,  
sino adelantarse ampliamente a los camaradas en saltar sobre el enemigo.  
Así cuenta quien lo vio en las faenas guerreras; pues yo mismo  
nunca lo encontré ni vi; pero me dice que él lo hizo, superando a todos.  
En tiempos pasados vino el héroe a Micene, alejándose de la guerra,  
como huésped, junto a Polinice, el divino, a congregarse al pueblo  
para ocupar en la lucha los sagrados muros de Tebas  
y rogaron por ilustres aliados.  
Aquellos quisieron concedérselos y aceptaron lo que éstos pidieron,  
pero Zeus cambió el curso de ello, con signos fatídicos... (iv, 370 ss).*

Y así, por más de veinte versos, después de cuya serena recitación, se apresta Agamenón de nuevo al enojo:

*¡Así era Tideo etolo! Pero su hijo, aquí,  
es un héroe inferior en el combate, aunque un mejor orador.*

Lo que Tideo realizó ante Tebas lo sabe su hijo Diomedes hace mucho tiempo. Una corta recordatoria al valeroso padre hubiera correspondido mejor a la impaciencia de Agamenón. ¿Pero cómo podría resistir Homero la tentación de divagar? Lo mismo se ve en el Canto sexto, en la despedida de Héctor y Andrómaca (407-434). El comienzo del discurso de Andrómaca corresponde plenamente a su temeroso ánimo. Andrómaca se representa vividamente la muerte de su esposo; se imagina cómo, entonces, ya ha quedado sola, pues sus padres han muerto ambos. Aquiles mató a su padre: aquí, repentinamente, parece que Homero se detiene: ¿cómo fue realmente aquello de Aquiles? Él tiene total libertad para, en cualquier momento, tomar el rumbo que desee. Y así ahora hace describir detalladamente a

<sup>1</sup>*Teicoscopia*: del griego; significa "mirada desde el muro": un observador apostado sobre un muro de la fortaleza describe un suceso que no puede ser presentado en la escena (batallas, etc.); expresión del teatro clásico. Hoy día utilizado en el vocabulario teatral para la situación cuando un actor describe vividamente a los espectadores un acontecimiento que se desarrolla fuera de la escena (Georg Ried -Wesen und Werden der deutschen Dichtung-Verlag M. Lurz München).

la acongojada mujer cómo sucedió esto, cómo Aquiles devolvió a la madre a cambio de un gran rescate, cómo dejó las armas al muerto y levantó un túmulo mortuorio, el que las ninfas cubrieron con olmos. Y recién después que Andrómaca también ha relatado el destino de sus siete hermanos, continúa, aún más conmovida:

*Héctor, ahora tú eres para mí padre y madre,  
y mi único hermano y mi floreciente esposo.*

Andrómaca divaga, porque Homero no está compenetrado de su doloroso estado de ánimo o, por lo menos, éste no lo absorbe.

La distancia que él toma puede acortarse en algunos pasajes de la poesía. Nunca desaparece totalmente. Homero y Troya, Homero y las andanzas de Odiseo están siempre contrapuestos. Tampoco se puede decir por eso que el poeta desaparece detrás de su asunto. ¡Por el contrario! Él se da a valer con suficiente claridad como narrador: se dirige a las musas; interrumpe, no rara vez, una relación, para intercalar una observación, una súplica a los dioses. Está también presente como el yo que dirige aquel cordial tú a las figuras predilectas de Eumco y Patroclo. Verdaderamente él no quiere más que ser contemplado como narrador, como el hombre que ve las cosas de cierta manera y así las muestra, que se yergue con la vara en la mano —para usar las palabras de Vischer— y señala las escenas que van apareciendo. Mientras él se presenta así, se vuelve lo sucedido en contra-objeto. El objeto puede ser variable. El poeta mismo conserva la serenidad, la que se hace audible en el metro del verso.

Lo sucedido permanece contrapuesto también en la medida de cuando ha transcurrido. El poeta épico no se sumerge evocador en lo pasado, como el poeta lírico, sino que recuerda. Y en el recuerdo permanecen conservadas tanto la distancia temporal como la espacial. Lo lejano es representado de tal manera, que por eso aparece ante nuestros ojos como un mundo distinto, maravilloso y magno. La *Canción de los Nibelungos* empieza así:

*En las viejas leyendas se nos cuenta milagros.*

Homero también relata viejas leyendas. Él no describe su propia época, sino que se preocupa visiblemente por dar una pátina de arcaísmo. Así, por ejemplo, en la *Iliada*, no se habla todavía de caballería ni de toque de trompeta, lo que, sin embargo, ya existía en su siglo. Más claramente aún se mantiene la distancia mediante la reiterada afirmación de que, entonces, cuando tuvo lugar la guerra, los hombres eran más fuertes. La fórmula "como ahora son los mortales" rebaja siempre de nuevo la propia existencia, frente a la grandiosa ya pasada. Lo mismo, sin embargo, tiene que tolerar este pasado. Pues entre los héroes aparece Néstor y declara, con la petulancia de la edad:

"Pues ya en tiempos pasados me relacioné con hombres más fuertes que vosotros; ¡y sin embargo, jamás me despreciaron aquéllos! Hombres semejantes nunca más vi y difícilmente espero ver" (I, 260-263).

Los contemporáneos de Homero son débiles, comparados con Héctor y Aquiles; pero también estos héroes son débiles, comparados con los de tiempo aún más antiguo. Así descansa el peso del existir en las profundidades del pasado y no se desprecia ninguna oportunidad para sondear esas profundidades. Se disponen los hombres para el duelo, entonces se preguntan por el nombre y el origen, y el interrogado relata la historia de su linaje hasta los antepasados más lejanos, incluso hasta el dios que lo fundó. Cuando Agamenón coge el cetro, conocemos la historia de

éste, de quién lo fabricó, de quién lo llevó, de cómo pasó de Zeus a Hermes, de Hermes a Pélope y llegó a las manos de Agamenón. El lecho nupcial de Odiseo tiene su historia. Ocasionalmente algún jarro, un utensilio, es digno de que se cuente su procedencia.

Lo que esto significa, se deduce más claramente del célebre diálogo entre Glauco y Diomedes en el Canto sexto de la *Iliada*. Diomedes hace la pregunta de rigor:

*¿Pero quién eres tú, valiente, de los mortales habitantes terrestres?*

Glauco, sin embargo, da una respuesta que se sale completamente de los moldes:

*Valeroso hijo de Tideo, ¿por qué preguntas por mi linaje?*

*Tal como las hojas en el bosque, así son los linajes humanos;*

*el viento esparce algunas sobre la tierra, otras*

*produce nuevamente el bosque reverdeciente, en la tibieza de la primavera;*

*así el linaje de los hombres: éste crece y aquél se extingue (VI, 145-150).*

De malas ganas se resuelve, entonces, a hablar de su linaje. Si con esto Homero quiso mostrar la mentalidad de los lios, un pueblo de costumbres matriarcales, esto queda aquí en suspenso. Nosotros vemos solamente que Glauco desconoce el valor del recordar épico. Pues, precisamente, ésta es su tarea, que vence la apremiante transitoriedad de los seres y las cosas. El poeta épico pregunta: ¿De dónde? La pregunta encierra la dimensión de la cual nada sabe la lírica, que nada con la corriente del tiempo. Pues sólo puedo preguntar "¿de dónde?", cuando hay un "aquí" concreto, como, por otra parte, el "aquí" se determina del conocimiento de un "de dónde". La respuesta a la pregunta fija lo preguntado a un fundamento. Este fundamento es el pasado, una entidad cerrada, que permanece hierática, sin variar más. En este pasado debe tomar lugar, de nuevo, el mismo que pregunta. Así se forma el vis a vis, en el cual tanto el que pregunta como el interrogado son "identificados".

Y precisamente, depende de esto. La pregunta por el pasado, que Glauco no quiere responder, pertenece al acto más esencial del ser épico: él identifica. Esto no puede ni quiere hacerlo el lírico, pues él mismo se conmueve a la par con el que sufre la emoción, de tal modo que no puede decir: "esto es".

*Él ve muros y palacios*

*con distintos ojos, constantemente.*

El que sale en la mañana es su esperanza y su fortaleza. El sol que se hunde en la tarde es una grandiosa conmoción. Realmente se esconde allí un conocimiento de que se trata del mismo sol que sale y se pone, por el hecho de que el poeta lírico hace uso del lenguaje y dice "sol". Pero esto no es de importancia. La identidad se pospone ante el paso de la aparición emocional.

En la épica, por el contrario, se destaca justamente la identidad. Porque el poeta épico permanece inmovible, puede comprender que algo retorna y que es lo mismo. Cuanto le agrada este descubrimiento lo delatan las fórmulas estereotipadas en las epopeyas homéricas: "el aguerrido Héctor; Aquiles, el corredor ligero; Atenea, la de los ojos de lechuga; Zeus, el amo de las nubes y el trueno". Héctor, Aquiles, Atenea, Zeus, han sido concretados de una vez para siempre. Así se han identificado; así son siempre nuevamente nombrados. Y siempre es la misma Aurora, la que con sus dedos de rosa aparece en la mañana, el mismo sueño que relaja los

membros. También cuando los troyanos y después los griegos celebran festines, o cuando Atena o Iris descienden del Olimpo, es relatado esto semejante, en distintas partes, con las mismas palabras:

*Y alzaron la manos hacia la cena sabrosamente preparada.  
Y descendió de la cima del alto Olimpo.*

Ciertamente se puede explicar este uso del discurso improvisado. El rapsoda necesita de una mayor provisión de versos ya acuñados, los cuales ocasionalmente encaja, para pensar entretanto en lo que sigue. Empero, esta justificación histórica no excluye la significación estética. La alegría ante el retorno de lo mismo, la sensación de triunfo de que la vida no fluye sin detenerse, sino que es perdurable y que lo concreto existe irrevocablemente y se puede identificar, son tan poderosas que cualquier lector normal aun hoy las percibe como una dichosa visión de días pasados de la humanidad. Pues lo que en las estereotipadas fórmulas homéricas ya se convirtió en un acreditado medio de arte elevado, parece abarcar el fenómeno que Herder intentó interpretar en su escrito sobre el origen del lenguaje.

El lenguaje se basa, según Herder, en la "reflexión":

"El ser humano da muestras de reflexión cuando la potencia de su alma obra tan libremente, que de todo el océano de sensaciones que la embriaga por todos los sentidos puede separar una ola —si se me permite decir así—, detenerla, dirigir la atención a ella y estar consciente de que le presta atención. Demuestra reflexión, cuando de todas las flotantes visiones que rozan su alma puede concentrarse en un momento de vigilia, detenerse voluntariamente en una visión, prestarle una clara y más tranquila atención y reunir indicios de que éste es el objeto y no otro. Demuestra por consiguiente reflexión, cuando puede reconocer clara y vivamente, no meramente todas las cualidades, sino una o más, como cualidades diferenciadas en sí: el primer acto de este reconocimiento entrega un claro concepto; es el primer juicio del alma, y ¿cómo sucede el reconocimiento? A través de una característica que el ser humano tuvo que abstraer y que, como indicio de la reflexión, le llamó claramente la atención. ¡Vamos, dejémoslo gritar el Eureka! ¡Esta primera característica de la reflexión fue la palabra del alma! ¡Con ella fue creado el lenguaje humano!

"Dejad pasar a ese cordero, como fugaz visión, ante sus ojos. Se le aparece como ningún otro animal. Tan pronto como siente la necesidad de conocer la oveja, no lo estorba ningún instinto, no lo arrebató ningún sentido, llevándolo a ella demasiado cerca o lo aparta de ésta. La oveja está allí, tal como se manifiesta a sus sentidos. Blanca, suave, lanuda —su alma entrenada en la reflexión busca una característica— ¡el balido! El alma ha encontrado un indicio: el sentido interior actúa. Este balido, que es lo que le causa más impresión, lo que resaltó de todas las demás cualidades en relación con la vista y el tacto, lo que penetró más profundamente, le queda grabado. El balido se repite. Blanca, suave, lanuda —el alma ve, palpa, reflexiona, busca características—, pero la oveja bala y entonces la reconoce de nuevo. «Ah, tú eres la que bala», siente interiormente; la ha reconocido humanamente, claramente, esto es, con un indicio reconoce y nombra".

En la palabra, la que ya no es más simple expresión como el "grito de las sensaciones" de la lírica, la que significa algo, se concreta cada vez un objeto, de modo que lo puedo reconocer a él y a sus semejantes en cada instante, siempre de nuevo. De este mismo reconocimiento —una forma elemental del lenguaje— parece alegrarse todavía Homero en sus fórmulas estereotipadas. Estas presentan un objeto, un suceso, como creado de cierta manera, como sucedido de cierta determinada manera.

Lo "representan" —así podemos decir— para considerar terminológicamente la relación sujeto-objeto, la posición desde un firme punto de vista. Representación es, en este sentido, la esencia de la poesía épica.

2.  
El lenguaje  
épico

El lenguaje épico representa. Alude a algo. Muestra. El contraste con el lenguaje lírico ya se mencionó en la diferenciación entre onomatopeya y música; en el lenguaje lírico-musical suena un estado de ánimo. La onomatopeya épica quiere aclarar algo con medios lingüísticos. Aquí todo depende de un aclarar, mostrar, presentar en forma gráfica. Spitteler llama esto "la prerrogativa real" del poeta épico: "el transformar todo en un suceso vivo" y presentarlo así a nuestros ojos. Spitteler explica que el poeta también transforma los estados anímicos en visiones. Él mismo ha hecho esto incansablemente. Le conocemos los animales de Prometeo, el león y los perritos del corazón, que él estrangula, o la voluntad de Zeus —en la *Primavera del Olimpo*—, que, cual una bala, es lanzada a la meta y aniquila las vidriosas voluntades de los demás. Spitteler no quiere renunciar a este privilegio épico ni siquiera en la prosa. En *Imagen* se halla la siguiente descripción de la propia alma:

"Para estar, sin embargo, completamente seguro, hizo algo más, y emprendió una recorrida por el Arca de Noé de su alma, desde el piso superior hasta el sótano del inconsciente, repartiendo hacia todos lados advertencias y consejos. La bestia noble le atrapó junto a la conciencia de su propio valor, mientras le hablaba de fama y triunfos futuros, en contraste con el lastimoso papel que éstos desempeñarían cuando fuera amante desdichado de la esposa de un tal director Wyss. La bestia pequeña la atrajo, por el contrario, con golosinas, recordándole delicias amorosas pasadas y presentándole otras aún más exquisitas en perspectiva, si ella se portaba bien sólo un ratito. Finalmente, como digno remate, hizo rugir al león desde lo alto de la escalera: "¿Estáis pues convencidos?"

"Estamos convencidos".

"Bien, entonces comportaos de acuerdo a eso y cuidaos unos de otros".

El torvo humor reconcilia con esta mezcla única de la más moderna psicología con una arcaica presentación. De lo contrario, no nos sentiríamos totalmente a nuestras anchas con su lectura, pues Spitteler, como él mismo lo reconoce, realmente siente la necesidad de transformar lo anímico en visiones. Homero no transforma lo anímico. El no lo conoce todavía sino como "acontecimiento" o como "suceso". Los sentimientos se alojan en el pecho como los vientos en la bolsa de Éolo. El Canto noveno de la *Iliada* se eleva:

*Allí montaban guardia los troyanos, ante Ilión. Y a los aqueos  
los angustiaba medroso temor, compañero del terror paralizante,  
y un dolor intolerable traspasó a los más valerosos.*

*Como dos vientos marinos producen mareas pululantes de peces:  
el viento norte y el silbante oeste, ambos soplan desde Tracia,  
viniendo con furia impetuosa; y, simultáneamente oscura ola  
se eleva y vacía a la playa las algas marinas:  
de igual manera destrozó la inquietud el corazón de los nobles aqueos.*

En traducción literal dice el verso octavo:

*Así fue destrozado el espíritu en los pechos de los griegos.*

El espíritu es un objeto tan real, aproximadamente, como nuestro corazón. E igualmente reales son el dolor y la inquietud que destrozan y traspasan el espíritu.



Lo metafórico del lenguaje, de lo cual hoy nos servimos a menudo de mala gana, tiene aquí todavía un significado propio. Dice justamente aquello que está significado.

De Menelao se dice en el Canto diecisiete:

*Cuando él consideraba en su espíritu y en el diafragma... (106).*

El diafragma es el asiento del espíritu, pero es a su vez un objeto, a menudo apenas diferenciable del otro. Los pensamientos son agitados, empujados como los objetos para allá y acá. Homero se representa incluso el pensamiento como un suceder en el espacio, generalmente de tal manera que el pensante sostiene un diálogo consigo mismo. Así leemos en el mismo canto:

*Suspiró hondamente y le habló a su elevado espíritu...*

Y lo que Menelao dice a su espíritu, es, poco después, calificado como palabras de su amado espíritu dirigidas a él. Sucede así que a menudo leemos "palabras" donde, según nuestro uso lingüístico, sólo se podría hablar de "pensamientos":

*Hera, no esperes saber todas mis palabras (I, 545).*

*Pero Penélope ya sabía desde un tiempo las palabras que los pretendientes incubaban en el diafragma (Od. IV, 676-6).*

*Pero, ea, dejadnos ir y callando, completar aquella palabra que está encerrada en nuestro diafragma (Od. IV, 776-7).*

Es evidente aquí la imposibilidad de una traducción literal. Vale la pena, sin embargo, mostrar en conexión al texto griego, que incluso el pensamiento es aquí un objeto corpóreo, el que se conserva en alguna parte en el interior del ser humano y que ocasionalmente aparece a través del famoso "cerco de los dientes".

Un poeta, empero, que todo lo observa y se lo representa, no permanecerá mucho tiempo en semejantes ámbitos, los que ofrecen alguna dificultad para presentarlos como objetos. Más bien dirige la mirada hacia afuera —pues aquí existe un mundo exterior, así como también hay uno interior— y contempla lo que se presenta al ojo en incommensurable riqueza de la vida: armas, guerreros, el tumulto de las batallas, tierras y seres fabulosos, el mar, la playa, los animales y plantas, el mobiliario y las creaciones artísticas. Ya el solo nombrar y decir: ¡esto tiene esta apariencia! le produce placer. El metal brilla; el mar es del color del vino; las uvas son oscuras; el cisne tiene el cuello largo; los bueyes tienen los cuernos rectos; los barcos tienen altos espolones; los perros son ágiles; las muchachas tienen hermosos rizos; Héctor es el del casco tremolante; Griseida, la de las hermosas mejillas; Tetis, la de los pies de plata; Atenea, la de los ojos de lechuza; Hera, la de los brazos blancos. La riqueza del vocabulario no se puede pasar por alto, y ya esta riqueza debe ser apreciada como un decisivo mérito poético de la épica más antigua. Aquí se dice lo que es característico de dioses, hombres y de todas las cosas. Y con esto se le abren los ojos al oyente para que contemple la vida en su variado esplendor. Lo metafórico del mirar homérico es un ejemplo para el mundo griego.

La potencia creadora de la mirada homérica se acredita sobre todo en las artes plásticas. Finsler llegó a la convicción que el poeta describe obras de arte que aún no existían en su tiempo, así por ejemplo, el escudo de Aquiles, los perros de oro y plata que cuidan la casa de Alcínoo, o el cetro de Agamenón y la cratera de Menelao. No son por eso tampoco hombres los que crearon semejantes obras: es Hefesto, el artista divino, y a este artista observado por Homero lo emulan los artistas

griegos posteriores. También para dar forma a los dioses siguen la huella de Homero. Zeus, con la inmensa melena de rizos; Atenea, con la armadura de su padre; Apolo, con la larga cabellera, la lira y el arco de plata; Hermes, con las sandalias que lo llevan por sobre tierras y mares: durante siglos estuvo preocupado el arte griego de estos motivos homéricos y aprendió a crear paulatinamente lo que el poeta había visto con los ojos del espíritu. Así él creó, en realidad, los dioses a los griegos, según las palabras de Heródoto. Pero esta creación de los dioses es sólo una parte de su labor más general, que ha mostrado ampliamente la luminosa visión de la vida.

Para ver, se necesita la luz. A la luz que difunde la palabra épica, la palabra propiamente "apofántica"<sup>2</sup> se presentan el Olimpo y el reino humano con contornos claramente trazados. Vivir a la luz es, por eso, la mayor dicha del ser homérico. Zeus es el dios de la mayor claridad, en sentido literal y figurado. La claridad de la altura lo circunda, y es claridad en tal medida, que ningún secreto más rodea su aparición. Se puede objetar en esto una pérdida del poder mágico. El poeta épico lo abandona gustoso y levanta siempre de nuevo el velo de lo sagrado, en favor de una mejor visión. El sol se transforma así en la luz del muy renombrado racionalismo homérico. La claridad de Homero es Ilustración, como tal, sobria, pero fuerte, sana, durable y definida. Por cierto que ésta se paga con un invencible miedo a la noche y la muerte. Cae un héroe en la batalla; entonces leemos la estereotipada fórmula:

*Cayó gritando de rodillas, sombreado por el velo de la muerte.*

o:

*A aquél la muerte nocturna y el poderoso destino le cegaron de golpe los ojos.*

El ser lírico no conoce semejante terror ante la oscuridad y la muerte, donde se cierran los ojos. ¡Por el contrario! Se sumerge en lo nocturno como en las profundidades de lo interior y se siente protegido. Ciertamente que sería engañoso decir que la noche pertenece más a lo lírico y el día, a lo épico, pues es posible también una luz lírica. Pero ésta es más bien un centellear, un brillar, no produce ningún contraste y se deja por eso confundir con lo oscuro, lo que tampoco se puede descomponer. Al ser épico, por el contrario, la oscuridad le arrebató su esencia. El no ve nada más, y ya que su ser está fundado en el ver, no "es" más. Los dioses abandonan al moribundo. Éste se sumerge en la nada, para lo que las sombras del Hades son el símil medio confuso de un poeta, el que tiene que hacer lo invisible aun en cierto modo visible. El viaje del Hades es la aventura más tremenda de Odiseo, el divino mártir. La línea que el héroe traspasa aquí es un límite más agudo del mundo que las columnas de Hércules que atraviesa el barco del Ulises dantesco.

También queda excluido aquí otro ámbito, que realmente, para el ser lírico, está emparentado de cerca con la noche y la muerte: el amor. Homero conoce la fidelidad conyugal y le ha levantado un monumento en las figuras de Andrómaca y Penélope. También conoce el goce de la posesión de la mujer. La guerra de Troya se enciende por Helena, la ira de Aquiles, por causa de Briseida. Pero no se encuentra rastro alguno de dicha y nostalgia amorosa. Briseida es como una copa de vino; el sediento bebe y vuelve a los asuntos guerreros. Aquiles no se habría eno-

<sup>2</sup>*Apofántico*: "revelación"; concerniente a una aseveración. Una oración apofántica es una oración aseverativa, a diferencia de una oración interrogativa, desiderativa o imperativa. (Philosophisches Wörterbuch - Alfred Kröner Verlag Stuttgart).

jado menos si Agamenón le hubiera arrebatado un arma o una joya. Él perdió un hermoso juguete y también el prestigio. Así lo entiende también Agamenón, cuando en el Canto noveno se declara dispuesto a la siguiente expiación:

*Diez talentos de oro, además siete trípodes  
aun no puestos al fuego y veinte relucientes palanganas,  
también doce potentes corceles premiados en carreras,  
también doy siete mujeres irreprochables, habilidosas,  
lesbias, que —cuando él conquistó la floreciente Lesbos—  
yo me escogi entre las que vencieron en encanto a las demás mortales.  
Éstas pues le doy; que las acompañe la que yo secuestre,  
la hija de Briseo; y juro solemnemente  
que jamás deshonré su tienda ni me le he acercado  
como en el género humano se acerca el hombre a la mujer (122-134).*

El amor no es un tema épico, por cuanto funde y diluye los contornos de la existencia individual. Amor, el "invencible en la lucha, que acecha en la noche las mejillas de la doncella", no se conoce aquí. También falta aun Afrodita, aquella ardiente gracia y demonio, de la cual Safo y Fedra informan en el *Hípólito* de Eurípides. Afrodita es una diosa entretenida, adorable, pero a menudo se acerca al límite del ridículo. Por el contrario, por sobre las escenas de Nausícaa, en la *Odisea*, se capta ya un tierno soplo lírico, como generalmente esta poesía posterior de vez en cuando se acerca a la lírica en sus colores armoniosos y también en las fragantes pinturas de paisaje.

De modo semejante podría valorarse la posición de Dioniso. La *Iliada* conoce, por cierto, a este dios. Diomedes relata la historia de Licurgo, ante cuya brutalidad Dioniso, espantado, se ocultó en el mar. Sin embargo, la epopeya no sabe nada sobre el poder del dios orgiaco. El no aparece tampoco en el Olimpo. Sería un enemigo de la adecuada diferenciación de todas las figuras y del inamovible confrontar de los objetos.

Así, ya que la noche, la muerte, Amor, Dioniso están aquí excluidos o empujados al margen, triunfa en toda la extensión la luz, y con ella, la objetividad corpórea y delineada, de acuerdo a las palabras del *Fausto*, de Goethe:

*La luz soberbia, que a la madre noche  
le disputa el antiguo rango y el espacio,  
fluye de los cuerpos, embellece los cuerpos...*

Por consiguiente, lo épico muestra parentesco con las artes plásticas, así como lo lírico, parentesco con la música, como ya se vio. Así como en la palabra lírica el claro significado objetivo no se deja, sin embargo, anular, así tampoco el discurso épico se puede sustraer a la sucesión que ambas son poesía. Bien puede el poeta intentar realizar el "ut pictura poesis" de tal modo que intente presentar con palabras la simultaneidad en el espacio. En *Alpes* de Haller se hallan estos versos:

*Aquí lucha una osada pareja, una la seriedad al juego,  
ciñe cuerpo con cuerpo y enlaza cadera con cadera,  
allá vuela una pesada piedra hacia la meta señalada,  
animada por fuerte mano a través del aire —al que corta— y  
guiada por el placer de emprender algo noble  
para un alegre grupo de nobles pastoras.*

3.  
Lo épico y el  
parentesco  
con las artes

*Allá se apura un veloz plomo hacia el lejano blanco,  
relampaguea y perfora aire y meta a la vez;  
aquí rueda una bocha por la vía precisa  
con largos tiros hacia el fin escogido.  
Allá baila un corro variado, con las manos enlazadas,  
en el pasto pisoteado, al son de una musiquilla pueblerina...*

Haller añade que la descripción entera está tomada de la vida campestre. Sin embargo, se la encontrará poco vivida y precisamente por eso: porque el cambio constante a que se somete la mirada, el "aquí" y "allá" distraen la atención y porque el lector, durante el desarrollo del párrafo, no retiene en la memoria las partes simultáneas del cuadro. Con esto se toca la cuestión que Lessing plantea en *Laocoonte*, y que busca de contestar en el párrafo diecisiete con la conocida tesis de:

"Los objetos que existen en forma simultánea, o cuyas partes existen en forma simultánea, se llaman cuerpos. Por consiguiente, los cuerpos, con sus cualidades visibles, son el objeto propio de la pintura.

"Los objetos que existen en forma sucesiva, o cuyas partes se suceden unas a otras, se llaman acciones. Por consiguiente, las acciones son el objeto propio de la poesía.

"Pero los cuerpos no existen sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Perdurarán, y en cualquier momento de su duración pueden aparecer distintos y estar en una relación diferente. Cada una de estas apariciones y relaciones momentáneas es el resultado de una anterior y puede ser la causa de una siguiente y así, en cierto modo, el centro de una acción. Por consiguiente, la pintura puede imitar también acciones, pero sólo como insinuación, por medio de los cuerpos.

"Por otro lado, las acciones no pueden existir por sí mismas, sino que deben apropiarse de cierta sustancia. En la medida que estas sustancias son cuerpos, o son consideradas como cuerpos, describe la poesía también cuerpos, pero sólo como alusión, por medio de acciones".

Estas frases han sido tan a menudo elogiadas como atacadas. En primer lugar, debiera aclararse que evidentemente Lessing sólo quiere fijar los límites de la poesía épica. La poesía lírica no describe absolutamente nada y no representa objetos, sean cuerpos o acciones. Lessing aun no tiene un concepto marcado de lo lírico, como lo indican las siguientes líneas:

*No porque Ovidio nos muestra el hermoso cuerpo de su Lesbia parte por parte... sino porque lo hace con la voluptuosa embriaguez que despierta fácilmente nuestra nostalgia, es que creemos gozar de la misma visión que él ha gozado. (Párrafo XXI).*

El lector no junta aquí las partes en un cuerpo plástico, sino que participa de la gradación de la sensualidad que conmueve al poeta ante la contemplación de la belleza de Corina. Lo mismo se podría decir de la descripción de Alcina, por Ariosto, la que Lessing censura injustamente. No depende tampoco aquí de la representación de las partes aisladas. El retrato está como sumergido en fragancia y esta fragancia encanta y nos transporta, como un efecto íntimo, de octava en octava.

Sólo entonces, cuando lo presentado se conforma claramente y el poeta quiere mostrar algo concreto en el más exacto sentido de la palabra, tiene validez la tesis planteada por Lessing. ¿Se resuelve, empero, cuando se le asignan cuerpos al artista plástico y al poeta, acciones? Lo que Lessing entiende por acción lo expresa un fragmento del *Laocoonte*, de sus obras póstumas:

*Se llama acción a una serie de movimientos que tienden a un fin.*

Esto es, sin embargo, más bien el movimiento de la poesía dramática. En la obra de arte dramática sentimos expectación, desde que ésta comienza, por su desenlace, y cada parte concuerda con las demás, como dice Lessing en otro párrafo, "hacia un fin último". Pero donde domina la tensión, no puede haber ya una representación tranquila, pues lo concreto se convierte en un simple medio para el fin, mientras que el poeta épico se alegra por el objeto en sí mismo. Lessing no habla en el *Laocoonte* de la diferenciación de los géneros. Y toda obra poética —como siempre se vuelve a recalcar— participa en diversos grados y modos de las tres ideas de género. No se puede negar que Lessing aplica demasiado la escala dramática a la poesía, ya en la disertación sobre la fábula, donde no admite las descripciones que no tienen que ver con las conclusiones morales y muestra poca comprensión para los deliciosos rasgos épicos en Lafontaine.

Con esto, empero, se pone la tesis de Lessing en su lugar, no se la refuta. El conflicto entre representación y discurso progresivo se mantiene. Sólo es de preguntarse si el poeta épico no lo arregla de una manera que mejor satisfice a la contemplación que a la finalidad dramática.

En el Canto sexto quiere saber Diomedes si Glauco, al que él todavía nunca ha visto, es un mortal o un dios, y le dirige el siguiente discurso:

*¿Quién eres tú, valiente, de los mortales habitantes terrestres?  
Nunca antes te vi en batalla campal digna de hombres;  
pero ahora sobresaes ampliamente ante los otros  
en audaz valor, pues te presentas ante mí potente lanza.  
¡Sólo los hijos de padres infortunados enfrentan mi fuerza!  
Si eres un dios, bajado del cielo,  
nada deseo menos que luchar con fuerzas celestiales.  
Aun el hijo de Driante, el fuerte Licurgo,  
vivió poco, cuando contendió contra las fuerza celestiales:  
el que en tiempos pasados, persiguiendo a las ayas del furioso Dióniso  
sobre el sagrado monte de Nía; todas, al mismo tiempo,  
arrojaron los tirsos; el criminal Licurgo  
las golpeó salvajemente con el aguijón; el mismo Dióniso, aterrorizado,  
se sumergió en las ondas del mar y Tetis lo acogió en el regazo.  
Dióniso temblaba, temeroso ante la amenazante voz de Licurgo,  
contra el que se enojaron después los dioses benignos,  
y Zeus, el del trueno, lo cegó; no  
vivió mucho tiempo, pues era odiado por todos los dioses inmortales.  
Por eso no quiero luchar con dioses gloriosos.  
Pero si eres mortal y te alimentas de los frutos de la tierra,  
acércate entonces, que alcanzas presto la meta mortal. (123-143).*

La leyenda de Licurgo es superflua, si de esto únicamente depende saber quién es Glauco. De acuerdo con la tesis de Lessing, no es una parte que concuerde hacia una finalidad. Ejemplos de esto se acumulan. Citemos solamente aun uno de los más claros, del Canto dieciséis de la *Ilíada*. La lucha entre los troyanos y los griegos se acerca a un punto culminante. Ya flamean las llamas desde el barco de Protesilao. La ayuda más urgente se hace necesaria. Aquiles reconoce el gran peligro y llama a su amigo:

*¡Ea, noble héroe Patroclo, luchador aguerrido!  
Veo en los barcos la violencia del fuego enemigo;*

*antes que tomen los barcos por asalto y no se permita la huida,  
ármate presto, y yo mismo reúno a la tropa. (126-129).*

Oímos pues: apura. Pero con esto que se ha dicho, ha pagado Homero su tributo a la finalidad. Ahora se relata cómo se arma Patroclo. Se intercala una observación sobre la pesada lanza de Aquiles. En seguida, el poeta no desperdicia la ocasión de mencionar el árbol genealógico de los caballos. Los mirmidones se reúnen. Su afluir lo describe Homero en un extenso simil. Luego se relata la historia de algunos jefes subalternos de los mirmidones. Uno de ellos es Menestio, el hijo de Esperquio, el río de origen celestial, y de Polidora; sin embargo, públicamente se asignó como padre a Boro, el hijo de Perieres. Un segundo jefe es Eudoro. También de él se relata quién lo procreó y quién lo dio a luz, y dónde y cómo transcurrió su juventud. Luego Aquiles pronuncia un discurso. Después del discurso hace ofrendas a los dioses, y nuevamente se describe detalladamente cómo toma la copa del arca, qué apariencia tenían arca y copa, cómo de nuevo coloca la copa en el arca y finalmente irrumpe de la tienda para contemplar la marcha. Recién ahora, después de 120 versos, llega la acción a su meta:

*Aquellos, ahora alrededor de Patroclo, el valeroso, armados,  
lo siguieron, para abalanzarse sobre los troyanos con porfiada fuerza.*

No depende pues, de la finalidad, sino que si el poeta dramático se vale de los seres y objetos sólo para presentar grandes decisiones, así las grandes decisiones son para el poeta épico sólo un motivo para narrar, en lo posible, mucho de lo que sucedió. El poeta épico no avanza para alcanzar la meta, sino que se coloca una meta para avanzar y observar todo atentamente. Partiendo de esto, Schiller ha diferenciado la exposición épica de la dramática, la que literalmente sólo se efectúa "en passant". El escribe a Goethe sobre esto, el 25 de abril de 1797:

"Ya que el poeta épico no nos empuja hacia el final, como el poeta dramático, así el comienzo y el final se acercan entre sí mucho más en su dignidad y significado. La exposición debe interesarnos no porque ella conduce a algo, sino porque ella misma es algo".

Por la misma razón, rara vez elige el poeta épico el camino más corto. No le importa apartarse, o incluso retroceder y repasar esto y aquello. De modo parecido obra aun Heródoto, el "padre de la historia". Su tema son las guerras persas. El juicio histórico universal forma sólo el gran marco para las innumerables anécdotas, informes sobre países y gente, costumbres y culturas extrañas, usos y organizaciones. Una digresión es tan importante como el desenlace de la batalla de Maratón.

Pero, si la impaciencia por la meta no surge, la conclusión del poema no puede quizá al mismo tiempo ser demasiado poderosa y ejercer mucha atracción. La *Iliada* concluye con el sepelio de Héctor. Semajante final está de acuerdo, por cierto, con el comienzo del poema, en el que el poeta anuncia que va a cantar el enojo de Aquiles. Cuando el cadáver de Héctor es reducido a cenizas, también se evaporan los vestigios de la ira. Sólo que, entre medio, Homero ha relatado tanto de la guerra de Troya, que ningún lector imparcial siente el último verso como final. La *Iliada*, según su parecer, no finaliza, sino que simplemente termina. Sería posible continuar, en el sentido del *Aquiles* de Goethe. También, aunque sería posible el concluir ya con la derrota de Héctor. Pero también, siempre donde la situación y la narración se agudizan dramáticamente, vuelve a quebrarse la fuerza de la tensión, como si el poeta quisiera indicar al oyente que el camino es más importante que cualquier meta. Esto significa: la *Iliada* es eminentemente

épica en el todo y en los detalles, e igualmente la *Odisea*. Esta última encuentra, en verdad, en el regreso y en la victoria del héroe sobre los pretendientes el fin largamente esperado, desde el cual es casi imposible una continuación. Pero precisamente por esto, porque todo se encamina a la conclusión natural, el poeta hace todo lo posible para evitar la tensión. Ya en el Canto primero los dioses deciden dejar volver finalmente a Odiseo al hogar. Si Zeus incluso aprueba la decisión, sabemos así que al paciente Odiseo no le puede suceder ya nada más grave. La aseveración se repite entonces todavía a menudo, con el fin que el oyente no la olvide. El mismo Odiseo debe relatar sus aventuras más peligrosas, fiador viviente, que las sirenas no lo turban, que el ciclope no lo devora ni el mar lo traga. Así tranquilizado, el oyente puede contemplar con firme mirada todo lo que el astuto Odiseo ha experimentado: las maravillas de los países y mares extraños, del mundo aun poco accesible.

En este sentido también se han expresado Goethe y Schiller sobre la epopeya. Durante la larga controversia, Schiller expresa ocasionalmente la ley de lo épico con las siguientes palabras:

"La finalidad del poeta épico se halla en cada punto de su trayectoria; por eso no nos apresuramos impacientes a una meta, sino que nos detenemos con amor en cada paso".

Con esto, Lessing podría ser reconocido y refutado a la vez. Como poeta dependiente del idioma, el poeta épico avanza y sigue la progresión del tiempo, en oposición al artista plástico, que, inmóvil, capta lo simultáneo y lo sucesivo del espacio. A cada paso, sin embargo, el poeta épico se detiene y observa un determinado objeto desde cierta perspectiva: éste ahora, ahora ése; el tiempo transcurre, mientras el poeta observa un cuadro tras otro y los muestra al oyente. Se detendrá el tiempo suficiente como para que el cuadro se grave en la memoria, pero no tanto como para que el oyente, en la sucesión de las palabras, pueda conservar fácilmente en la memoria aun la simultaneidad que ellas indican. Todo lo que Lessing alaba en el arte de Homero se puede explicar sin necesidad de adherir a las exageraciones a las que lo arrastró el afán polémico.

La misma ley la ha formulado también Schiller con estas palabras: "La autonomía de sus partes representa un rasgo fundamental de la poesía épica".

Como partes autónomas entran ya en cuenta los versos aislados. Un verso lírico no es autónomo. Una línea como "Las ventanas brillaban lejos" no tiene ningún valor. Su ritmo me resulta recién perceptible cuando sé que proviene de Eichen-dorff, o cuando me conmueve el alma en la poesía *Retorno*, llevado por la corriente lírica de la totalidad del poema. El hexámetro épico, en cambio, es un trozo rítmico autónomo, que no se desvanece en la corriente, sino que está detenido y se expresa. La cesura le otorga un punto de apoyo. De esto nos convencemos fácilmente si contraponemos hexámetros sin cesura a otros contruidos correctamente:

*Elim lo cubrió con ramas nuevas del olivo sombreador... (Klopstock)*  
*Así, pues, sepultaron aquéllos / el cuerpo del aguerrido Héctor... (Homero-Voss)*  
*Los hombres sabios necesitan menos de la amistad de los reyes... (Herder)*  
*Todo estado es bueno / si es natural y razonable... (Goethe)*

La cesura parece afirmar el verso como una pequeña clavija, para que no lo arrastre un incontenible fluir de dactílicos. Aunque es sólo un pequeño, un ligero sostén, bien diferente de la cesura mucho más rigurosa del alejandrino, que divide el verso tan profundamente en dos partes, que obliga a tomar la división como una oposición y a establecer una relación lógica de ambas mitades.

#### 4. Autonomía de la poesía épica

En el hexámetro se expone claramente un todo sencillo. En Homero, que ya es un maestro tardío del hexámetro, aparece en verdad también una inconsecuencia estrófica que amenaza a veces la unidad de los versos aislados. El sentido original del metro permanece, empero, reconocible.

La unidad rítmica produce la unidad objetiva. Incontables hexámetros, totalmente desprendidos de su ambiente, nos inducen a gozar de su acabado metafórfico. Prescindiendo aquí de los versos estereotipados, tenemos entonces versos como los siguientes:

*Y un terrible son salió del arco de plata (Iliada, I, 49)*  
*Maduran peras tras peras, manzanas tras manzanas se colorean,*  
*se oscurecen uvas tras uvas, e higos tras higos se arrugan (Odisea, VII, 120-1)*

O de las epeyas de los clásicos alemanes:

*Y el perro la recibió junto a la puerta, con amistoso menear del rabo (Voss, Luisa)*  
*El cielo brillaba festivo y sereno y la tierra, colorida (Goethe, Reinecke el Zorro)*

Los ejemplos muestran también que el largo del verso corresponde al largo usual de una clara oración principal. Se presenta así, gramaticalmente, la independencia de las partes como parataxis, empero, como una parataxis en la cual, en oposición a la lírica, es conveniente cerrar cada verso con un punto. Esto no lo podemos leer en Homero. Pero para eso el texto griego atestigua de otra manera una autonomía de las partes, la que apenas se puede imitar en alemán, pero que se puede notar en otros idiomas modernos y que, como lo épico en general, significa un grado temprano e irrecuperable de la existencia humana. Una mirada a la gramática escolar griega de Kägis basta para ver lo esencial. Si bien Homero alguna vez se atreve a una ensambladura hipotáctica más larga, así no pocas veces se interrumpe repentinamente y se sustrae de la tensión mediante el anacoluto. Un ejemplo, que Thassilo von Scheffer pudo reproducir en alemán, aparece en el Canto sexto de la *Iliada*:

*Quando él llegó a la espléndida mansión de Priamo*  
*edificada con pórticos de bruñidas columnas —adentro*  
*había aposentos —cerca de cincuenta— con lisas paredes de piedra,*  
*uno construido junto al otro; los hijos de Priamo*  
*descansaban allí, durmiendo junto a la legítima esposa;*  
*para las hijas, más allá, al otro extremo, se levantaban*  
*doce aposentos techados, en el patio, de lisos muros,*  
*uno junto al otro; los yernos del rey*  
*descansaban allí, durmiendo junto a las castas, dignas mujeres.*  
*Allí le salió al encuentro la suave y bondadosa madre,*  
*que justamente iba donde Laódice, la más hermosa de las hijas (242-252).*

En la poesía moderna se puede justificar algo semejante, a lo más, como estilo arcaico consciente. En Homero es completamente natural, evidentemente porque él no siente, ni con mucho, la subordinación de la oración secundaria tan claramente como nosotros. Así también, el pronombre relativo tiene en él aun un sentido demostrativo e introduce una oración principal. Así, él no dice: "he visto la casa que está a la calle", sino: "he visto la casa, ésta está a la calle". Y esto prosigue así hasta en lo más mínimo. Nosotros decimos que una preposición rige un caso. En Homero, sin embargo, los casos conservan aun cierta autonomía. El genitivo de "casa" puede significar "desde la casa", el dativo, "dentro de la casa".



Las preposiciones, por otra parte, son usadas aun en sentido adverbial: "ante", con el significado de "delante"; "en", con el sentido de "dentro". Por eso pueden estar delante o detrás de la palabra que determinan. Entonces una preposición no rige un caso, sino que una posición se añade, explicativa, al caso.

Más ejemplos mostrarían siempre lo mismo: que el sentido para las relaciones gramaticales está aun poco formado, que incluso las partes más pequeñas de la oración, que más tarde ganan un significado puramente funcional, aún existen bastante firmes por sí mismas. Esto es, empero, sólo la derrota gramatical de la reconocida ley de Schiller.

Prosiguiendo en su análisis, hay que agregar los símiles. Muy a menudo, éstos están ya gramaticalmente unidos sólo flojamente con su medio, mientras el poeta se evade gustoso de la construcción "como-asi" y la retoma recién posteriormente, despreocupado de una ensambladura estricta; así, en el siguiente símil, en el cual trato de acercar sintácticamente la versión de Voss al texto original:

*... y él cayó en el polvo como el dïamo,  
que surgió en la húmeda vega del gran pantano  
de liso tronco; empero, arriba le brotaron verdosas ramas;  
el carretero las tala ahora con reluciente acero,  
y las curva para hacer las pinas de la rueda del esbelto coche;  
ésta, empero, yace marchitándose sobre el arroyo que corre:  
así, Simoisio Antémida... (Iliada, iv, 482 ss).*

Ya de la construcción de la frase se desprende que el símil se hace autónomo. Probémoslo en su contenido y encontramos que la comparación permanece unida a la acción únicamente mediante la representación del hundirse y del yacer. Comentaristas de la Antigüedad han tratado de descubrir, en cada ocasión, la mayor cantidad de relaciones. Así, el símil de Atenea, que aleja la saeta, como la madre ahuyenta la mosca del niño dormido, se interpreta de tal manera que la madre significa la preocupación de la diosa por Menelao, el sueño del niño, la despreocupación del amenazado ¡y así sucesivamente! Aunque esto, en este ejemplo, aun no lleva a un abierto disparate, fastidia al lector. El ahuyentar parece satisfacerle completamente como "tertium comparationis". Todo lo demás está sobredicho y contradice al curso épico en la penosa relación de progresión y retroceso.

Casi cada comparación está enlazada con la acción mediante un único punto, y por eso no recarga la memoria. En la célebre estrofa comparativa del Canto segundo de la *Iliada*, el punto de comparación lo constituyen los dispersos grupos de guerreros y los pájaros y moscas en el verano. Sin embargo, los largos cuellos de los cisnes y la marmita de leche que hostigan las moscas, no realizan el símil en detalle, sino que degeneran, autónomos, en un cuadro.

Con esto, la comparación se acerca en cierta medida al episodio. Pero los episodios llenan tanto la *Iliada* como la *Odisea*. Allí son combates singulares; aquí es una serie de aventuras marinas. Su cantidad se puede aumentar o disminuir casi a gusto. Esto ha sucedido, efectivamente, en la larga historia de la crítica homérica. Ya éste, ya aquel combate singular ha sido eliminado, como agregado posterior. Se dice que la *Odisea* ha sido ajustada posteriormente, en extensión, a la *Iliada*, por medio de interpolaciones. No me puedo permitir el mezclarme en estas cuestiones tan difíciles. Estas exigen un estudio particular. Pero tal vez es lícito manifestarse, por lo menos por principio, ante los problemas.

La conmoción que los *Prolegomena ad Homerum* de Federico Augusto Wolf causaron a los amigos de Homero, no se extingue hasta hoy. Por décadas marcharon las cosas de tal manera, que la filología miraba con sonrisa indulgente a los lectores

que por ningún precio se dejaban disuadir de una personalidad poética y de la obra artística unitaria. Actualmente los filólogos parecen inclinarse más bien de nuevo a señalar las grandes relaciones de composición en la *Iliada*, y conforme a eso, a hablar por lo menos del predominio de un solo y poderoso genio poético. En semejantes análisis, tal vez algo nos puede parecer artificial, violento o pedante.

Mucho, empero, es convincente y podría ingresar como conocimiento permanente en la investigación homérica. A pesar de todo, nunca se conseguirá interpretar la *Iliada* de manera que ésta se presente como una creación orgánica, como quisieran los amantes de la obra homérica. Pues la disputa, en el fondo, se mueve en torno de eso. El lego aun protesta contra Wolf, en nombre de Goethe. Y Goethe se sentía tan perturbado por el resultado de la crítica de Wolf, porque él no se podía representar una poesía de otra manera que como una creación orgánica. Pero tomemos en serio este concepto —tan en serio como lo tomó el mismo Goethe—; entonces debemos decir: un organismo es una creación en la cual cada parte singular es, al mismo tiempo, fin y medio, esto es, autónoma y funcional en uno, valiosa en sí misma y simultáneamente referente al todo. Un organismo semejante es, sin duda, *Hermann y Dorothea* de Goethe; empero, no lo son la *Odisea* ni la *Iliada*. No se puede recortar grandes trozos de un organismo sin exponer la existencia del conjunto. La *Iliada*, empero, se podría acortar a la mitad, aun a un tercio, sin que alguien, que no conociera el resto, echara algo de menos. Esto es posible solamente porque la independencia de las partes se conserva también en gran escala. Se la puede explicar como quiera: del acumulamiento de cantos aislados transmitidos desde la antigüedad, o de la especial situación del rapsoda, que cada día tenía que recitar un trozo de largo moderado; Finsler podría tener razón con su cautelosa explicación:

“Aun cuando un único poeta hubiera creado la *Iliada*, el peso de la función poética tendría que recaer sobre las partes aisladas y no sobre la cohesión del conjunto”.

¡El peso de la función poética! Esto no excluye que el poeta —o un poeta que un día apareció y reunió bienes poéticos— se dejó guiar por grandes y determinadas reflexiones composicionales y estaba preocupado por obtener una bien calculada tensión hasta llegar a la muerte de Héctor. Desde nuestro punto de vista, esto significa que el Homero posterior ya traspasa los límites de lo épico y prepara una poesía que luego es completada en el drama. Pero él sólo la prepara; nunca se impone completamente contra la persistencia de lo aislado. Aun en los cantos “más modernos” de la *Iliada* hay una profusión de versos, escenas, hechos, sucesos que, en atención al total, son superfluos y que, en el sentido de la composición estricta, deberían señalarse como defectos. Quien fija, por lo tanto, su atención ante todo en una línea amplia y comienza a tender hilos entre escenas ampliamente separadas entre sí, presta poca atención al peso de la función poética de Homero y da a entender que a él no le basta la sencillez de la poesía épica.

El principio verdaderamente épico de la composición es la simple adición. Las partes independientes se juntan, tanto en detalle como en gran escala. La adición continúa siempre. Solamente se encontraría un fin si se lograra pasar revista al total “orbis terrarum” y directamente representarse todo lo que en alguna parte es o fue. El poeta épico puede prevenirse del aburrimiento que aquí amenaza (“y que Herder, p. e., confesaba sentir con la lectura de todas las epopeyas”) con medios totalmente peculiares, al sobrepasar la parte anterior por medio de la siguiente y atraer así al oyente en forma duradera. El poeta dramático no sobrepuja; tampoco atrae, sino que despierta la curiosidad. La impaciencia en lo dramático resulta del conocimiento que todavía falta algo a las partes anteriores, que éstas

aún requieren un complemento para ser comprensibles o lógicas. Este complemento es el final, del que depende todo, en lo dramático. ¡Totalmente distinto el sobrepasar épico! Aquí se presenta algo particular como una pieza autónoma. Para que el interés no disminuya, el trozo siguiente debe ser aun más rico, más terrible o más lleno de sentimiento, así, para citar un ejemplo más corto, en el Canto dieciséis de la *Iliada*, donde Homero, en el apremio de la narración, implora a las musas e intensifica más y más la lucha, hasta que se elevan las llamas en los barcos:

*Así éstos conversaban.*

*Ayante no resistía ya más; los disparos lo acosaban.*

*Lo vencieron el sagrado poder de Zeus y los valerosos troyanos  
arrojando dardos; el refulgente yelmo en torno a las sienes terriblemente  
resonó, azulado por los proyectiles;*

*el hombro se le entumeció, fatigado por el movable escudo; empero no pudo  
moverlo nadie de allí acosándolo con disparos mortales.*

*Jadeaba continua y fatigosamente, y le manaba  
temeroso sudor desde los miembros; nunca tregua  
le fue concedida; alrededor se alineaba espanto tras espanto.*

*Decídme, oh musas, habitantes de las cumbres olímpicas,  
cómo empezó el fuego en las naves aqueas.*

*Héctor, abalanzándose sobre la lanza de fresno de Ayante,  
blandió la poderosa espada y justo entre metal y mango  
se la quebró; Ayante Telamónida*

*blandía en vano el truncado mango  
y la punta de bronce lejos cayó con estrépito.*

*Entonces Ayante reconoció, estremeciéndose, en su elevado espíritu,  
el poder divino; pues frustraba todos sus ataques guerreros  
Zeus altisonante y concedía el triunfo a los troyanos,  
y huyó de los dardos. Aquéllos arrojaron ardiente fuego  
a la nave y prontamente se extendió fuego inextinguible. (101-24).*

Naturalmente, este arte se despliega cabalmente primero en un espacio mayor. Una pieza maestra es la muerte de los pretendientes en la *Odisea*. Nadie sospecha cuán peligroso es semejante tema, cómo podría cansar cuando es muerto un pretendiente después del otro. Así se acrecienta el interés, así cautiva el poeta mediante el exceder y los contrastes. Pues también el contraste quiere ser considerado como un medio artístico esencialmente épico. El contraste, como el exceder, no está determinado por lo venidero, sino desde atrás, por lo ya justamente presentado. También como artista, el poeta épico evoca con predilección. La meta, sin embargo, a la cual una acción, como tal, necesariamente debe aspirar, tiene poca influencia sobre el método, el tempo y la organización del poeta. Es más bien sólo un pretexto para proseguir, como cuando alguien quiere pasear al aire libre y toma el camino al cerro o al pueblo más cercano.

Entre las "partes" de la epopeya hemos entendido el comienzo, el medio, el fin, los cantos y versos aislados. Empero, su autonomía es sólo posible y lógica cuando también las partes de la existencia presentada son independientes. En esto precisamente se muestra la singular fuerza de Homero.

Herder explica en su *Estética*, que la campaña de Alejandro no puede tener vigencia como tema propiamente épico, porque el ejército no guarda ante su jefe ninguna autonomía, sino que le es ciegamente devoto, como a un déspota. ¡Qué totalmente distinta es la posición de Agamenón en la *Iliada*! Él lleva, en verdad,

5.  
*Partes de la  
epopeya*

el alto mando, pero más bien en el sentido de un "primus inter pares". ¡Ay de él si se le ocurriera hacer alarde de su jefatura! Entonces se le contestaría que no tiene nada que ordenar, que se le ha seguido voluntariamente. No existe un compromiso. Cada cual puede irse de nuevo cuando quiera. Zeus, el padre de los dioses, está en parecida relación con los otros dioses. Al comienzo del Canto octavo se jacta en su magno discurso de poder levantar al mar y la tierra, junto a todos los dioses que se quisieran colgar de ellos:

*¡Así supero, poderoso, a dioses y humanos!*

En estos versos, empero, parece haberse conservado un mito más antiguo: los restos de un mundo prodigioso, del que Homero no sabe nada más. Por lo demás, el poder de Zeus no anda muy bien. Constantemente se asegura que en sus manos descansan todas las decisiones. Sin embargo, Hera, Ares, Atenea, Poseidón, a veces lo contradicen, rezongan cuando Zeus imparte órdenes y se atreven incluso a eludir, con astucia y engaño, la voluntad del ser superior. Entonces Zeus igualmente debe recurrir a astucias, o a echar pestes y amenazar —exactamente como Agamenón en el consejo de guerra. El espectáculo es penoso para el señor. Pero justamente por eso destacan todos los dioses y héroes tan magníficamente. No se refieren a la unidad total. Cada cual tiene sus deseos y asuntos particulares. Cada cual es una individualidad libremente desarrollada. De igual manera el ser humano conserva independencia frente a los dioses. Ya en la antigüedad se ha dicho de Homero que sus héroes son marionetas en las manos de los dioses. Empero, el que lo lee atentamente nota pronto que semejante reproche está fuera de lugar. En verdad, Homero dice a menudo que un dios ha inspirado al ser humano en su proceder, ha engañado su entendimiento o guiado sus sentidos hacia el bien. Pero esto no excluye la libertad de acción. El ser humano se puede someter a la voluntad de los dioses o contradecirla. Él mismo carga con esta responsabilidad y está consciente de ella. Y así se continúa en escala descendente. También los animales ganan autonomía. Los caballos lloran a Patroclo de tal manera, que Zeus se digna contestarles. En una poderosa gradación, en la que Homero ya no se sabe a qué otra cosa recurrir, les concede incluso lenguaje a los caballos. Cada objeto pugna por una vida propia. La lanza vibra de placer al alcanzar el flanco del enemigo. Las flechas de Odiseo, zumbantes, dan el tono de la venganza.

Donde lo particular se destaca de esta manera, permanece empalidecido lo general. Hegel lo ha expresado así: que la poesía épica pertenece a aquella época intermedia "en la cual un pueblo despierta de la apatía... pero todo lo que más tarde llega a ser firme dogma religioso o precepto burgués o moral permanece aun enteramente vivo, como inseparable sentir del individuo singular".

Una comparación con situaciones más nuevas aclara más estas frases. El hombre moderno es ciudadano, miembro de una iglesia, de una nación. Trabaja en una actividad determinada y con eso se incorpora a la vida laboral. Pertenece a comunidades de intereses. Su existir se absorbe —mucho más de lo que él está consciente— en funciones: en funciones de la política, de la economía, de la moral, de la sociedad, de esferas generales, respecto de las cuales debe tomar necesariamente una posición. Un héroe homérico no conoce nada semejante; vive y actúa por propio impulso. Su pequeña tierra —para nuestros conceptos, un latifundio— lo puede alimentar. Ningún precepto reglamenta sus acciones, pues no existen preceptos; el motivo para sus acciones lo toma de su "sentir", el que ha formado su especial naturaleza y tradición. Así construye un mundo para sí —no otro que cada verso épico aislado. Especialmente característico es el motivo que lleva los héroes a Troya. El hijo del rey de Troya ha raptado la esposa de Menelao. El audaz des-

mán debe ser expiado y Helena debe ser llevada de nuevo a su patria. Sin embargo, nadie creará que éste sea el motivo por el cual participan un Aquiles o un Ayante. Participan porque esto manda el honor y porque los atrae el placer de la lucha. Agamenón y Menelao deben oír a menudo que sus respectivas cuitas familiares en el fondo a los demás les son indiferentes. Vemos que la relación corresponde a aquella entre los episodios y el plan general de la *Iliada* y de la *Odisea*. Tal como el plan general está allí para otorgar espacio a los episodios, así el motivo de la guerra está allí con el fin de que lo singular se pueda mostrar. No les gusta además a los héroes homéricos como guerra ideológica. Falta toda relación del héroe individual con un compromiso concreto, toda consideración moral o política. Esto no quiere decir que un héroe homérico no pueda también realizar algo bueno. Pero, aun entonces no actúa por consideración a algún eterno código moral, sino porque ahora quiere proceder bien. No es el bien, sino un bien: la indulgencia de Aquiles y el valor de Héctor; no indulgencia y valor de por sí, en los que tendría que "participar" el individuo singular, en el sentido platónico. La finalidad ética está de acuerdo con el temperamento personal de cada uno.

En un mundo semejante, el poeta ve al ser humano distinto de como nosotros lo vemos. Nosotros, más modernos, nos acercamos a cada figura con un pre-judicio. El pre-judicio consiste en que juzgamos cada personalidad en consideración a ideas y valores concretos. La medimos con una escala, y sólo lo que cae en el ámbito de esta escala se toma en consideración, tal como a un tribunal en un acusado sólo le interesa lo que se relaciona con su hecho delictual. Nadie pregunta si el ladrón tiene talento musical o si ama el paisaje. El poeta épico, en cambio, no tiene prejuicios. Por eso el ser humano aparece ante él en su más rica variedad: Aquiles, iracundo; más tarde, tocando el laúd; el amigo de Patroclo; el inhumano rival de Héctor; en el último canto, apaciguado: uno se destaca después de otro, tal como lo produce la ocasión, libre del concepto de la totalidad de un carácter y de la necesidad de hacer un balance final. Posteriormente es posible reunir las muchas características de Aquiles en una visión total. Se puede ensayar en esto como en la misma vida multiforme. Homero no favorece semejante comienzo. Él muestra lo que cada vez es visible, pero no le preocupa la relación.

Nosotros de pronto vemos claro esto, cuando consideramos que el mundo homérico no conoce la escritura. Homero, en verdad, parece haber escrito. Empero, él ve en la escritura algo moderno y apenas aprecia su gran mérito. Porque describe épocas más antiguas, evita mencionarla, una situación que evidentemente no podemos valorar suficientemente alto. La escritura es en cierto modo el lugar de la validez permanente, separada del individuo singular. Las tablas de la ley en el Antiguo Testamento son implantadas y permanecen inamovibles, pase lo que pase. La escritura guarda aquí un público que comprende todos los miembros del pueblo, que pone todo en dependencia. No queda nada de la autonomía épica. Así también, en cada contrato que es cerrado por escrito. Del socio se tiene sólo un trozo en la mano. Por medio de la firma, él ha renunciado a su propia visión de la libertad despreocupada. Ya no le es más posible, ahora ser así, y luego ser de nuevo distinto. Por escrito hay un "antes" relacionado con un "después" de su existir.

En verdad, en el mundo homérico también hay ya solemnidad, por ejemplo, el juramento. Pero justamente la enorme solemnidad del juramento demuestra cuán poco se confía en esto, cuán difícil se considera el comprometer al ser humano e inducirlo a ser consecuente en su proceder, de modo que los días posteriores de su vida los haga proceder de esta hora más seria.

La escritura preserva del olvido de una manera que ya deja atrás al evocar épico. Si tomo parte en una deliberación, me anoto los puntos principales, para poder finalmente comparar y comprobar todo, cuando deba decidir. Por portentosa que pueda haber sido la memoria de los hombres que aun no escribían, recién la escritura nos permite reunir lo abundante y pasar por alto lo muy ramificado, como un total. La escritura se convierte en instrumento del pensar, de un acto sintético, para el que la parataxia épica sólo puede ser considerada como material. La composición total de la *Odisea* y de la *Iliada* presupone la escritura. Pero precisamente porque ésta aún no se impone, porque lo singular siempre se sale de nuevo del marco señalado, reconocemos que la escritura se halla aquí todavía al comienzo de su poder y que las epopeyas homéricas no pueden desmentir su procedencia de la tradición oral. La festiva expresión del dormitar homérico —“quandoque bonus dormitat Homerus”— puede agregarse aquí como testimonio de la antigüedad para la falta de memoria del ser humano aun desacostumbrado a la escritura.

Finalmente, hay que decir que recién la escritura posibilita una contemplación histórica amplia de la vida humana. ¿Quién no ha leído con admiración antiguas anotaciones de un diario de vida? En este asombro percibimos la nueva dimensión del conocimiento que abre al hombre la escritura: así era yo antes, así soy ahora, ¿cómo seré en diez años más? Sólo una anotación escrita nos puede procurar fielmente semejante conocimiento. Donde ella falta, transformamos imperceptiblemente nuestros años precedentes y cambiamos el pasado, tal como nosotros mismos nos hemos transformado. Entonces hemos sido lo que ahora somos, o ya no comprendemos más lo precedente y oímos hablar de nosotros como si se tratara de un extraño, singularmente ofendidos de que este extraño tenemos que haber sido nosotros mismos.

Homero nada sabe de una evolución semejante. En él, los años posteriores del ser humano no resultan de los precedentes; simplemente se encadenan. Y porque no anticipa ni recuerda, se le pasa por alto el acontecimiento del madurar, más aún, del simple envejecer. En la *Iliada* esto no llama mayormente la atención, pues la acción ocupa allí en total sólo cincuenta y un días. Odiseo, empero, es siempre el hombre de cierta edad, ya cuando viene a Troya, luego durante la campaña, que dura diez años y durante el regreso, que de nuevo requiere una década completa. Lo mismo sucede con Penélope. Después de veinte años aparece todavía como la misma mujer madura y solicitada, a la que Odiseo ha dejado al partir a la guerra, y que tras el retorno de éste puede aun esperar una larga y dichosa vida conyugal.

En esto se basa una diferencia esencial entre la epopeya y la novela, la que, tras antecesores de la antigüedad tardía, muestra, como una creación cristiana, al hombre en tensión temporal, como un ser esencialmente en desarrollo.

Esto es válido en todo sentido: El ser épico vive al día. Se alegra del día y su luz y no se angustia, temeroso, ni por el fin de sus días ni por el futuro más próximo. ¿Pero no existe aquí, sin embargo, el pronóstico? ¿No hay aquí oráculos y videntes: Calcante junto a los griegos, Heleno junto a los troyanos, Tiresias, al que Odiseo encuentra en las profundidades del Hades? ¡Por cierto! Y se les consulta minuciosamente. Pero —y esto es lo desconcertante— a pesar de todo el respeto por el arte del vidente, a pesar de toda la infantil curiosidad, no se toma en serio sus sentencias. En la poesía trágica, destinos completos están determinados por el oráculo, ya sea que el héroe, como Oreste, actúa por decisión divina, ya sea que se le opone, como Edipo rey, e intenta escapar de aquello que está dispuesto. Su proceder permanece atado al futuro, cuya anticipación en el oráculo

produce la tensión dramática. A los griegos en la *Ilíada* les está vaticinado desde hace largo tiempo que Troya caerá al cabo de diez años. Pero éstos actúan como si realmente nada supieran de esto; emprenden ataques que, por lo pronto, no pueden conducir a la meta; están inconsolables sobre un revés, y aun la admirada actitud de Héctor, que expresa:

*Alguna vez llegará el día en que la sagrada Ilión caiga*

y no obstante, sigue luchando en un puesto ya perdido, podría realmente no ser nada más que sana irreflexión épica. Ya el hecho que Menelao (iv, 164), pronuncie las mismas palabras y Héctor después sólo las repita, desvaloriza la sentencia en su boca. Y cuando luego ataca los barcos, su júbilo por la cercana victoria ya no está oscurecido por un oculto conocimiento sobre una inminente derrota. Quien esto manifieste, ve rasgos trágicos en el héroe homérico y ve un Héctor como Shakespeare lo ha presentado en *Troilo y Cresida*, pero no ve al guerrero de la *Ilíada*. La interpretación de los milenios gravita pesadamente sobre las epopeyas homéricas. Nadie escapa hoy totalmente de ella, por mucho que nuestro sentido histórico se pueda haber agudizado desde los días de Herder. Fundamentalmente se podrá decir que la interpretación más simple, más "ininteresante", es la más correcta y muestra una belleza más limpia que cualquier interesante fantasear.

Pero no sólo los hombres, sino aun los mismos dioses no toman en serio el futuro, aun cuando éste se presenta más claro ante ellos, y los mismos videntes reciben su sabiduría sólo de los dioses: la misma excitación que entre los guerreros ante los cambios de la fortuna, el mismo mal humor o la alegría del triunfo, aunque la caída de Troya es segura y ante la mirada de los seres inmortales ya pudiera valer como realidad. Esto conduce a aquellas escenas que a nosotros, seres modernos, nos causan gran goce, porque nosotros, lectores humanos, no perdemos de vista el total, mientras que los dioses, como los niños, están prisioneros en lo más inmediato:

*A éstos miró, compasiva, Hera, la de brazos de lirio;  
se volvió presta a Atenea y dijo las aladas palabras:  
Ay, hija de Zeus tronante, ¿no vamos  
a salvar, aunque tarde, al moribundo pueblo aqueo?,  
el que se extingue, cumpliendo un funesto destino  
bajo el poder de uno solo, que se enfurece intolerablemente:  
Héctor Priámdida, que ya cometió desmanes.  
A esto respondió la hija de Zeus, Atenea, la de ojos azules:  
ya éste hubiera perdido el alma y el valor  
bajo la mano aquea, exterminado en su patria;  
pero mi padre se enfurece con avieso corazón,  
cruel, siempre injusto y frustrando mis resoluciones.  
No recuerda cuántas veces antaño a su hijo  
salvé, cuando éste se asligia, agobiado por los trabajos de Euristeo.  
Al cielo lloraba el mártir; Zeus me envió  
hacia él, salvadora, presto desde el Olimpo.  
Si hubiera sabido esto en lo íntimo de mi corazón,  
cuando él lo mandó al castillo del Hades,  
para raptar de las tinieblas al can del horrible dios.  
¿Nunca hubiera escapado a la corriente del Estix!*

*Ahora le soy aborrecible y cumple la voluntad de Tetis  
que abrazó sus rodillas y llevó la mano a su mentón,  
pidiéndole que concediera la gloria a Aquiles, devastador de ciudades.  
¡Pero de nuevo un día me llamará hija de ojos azules! (VIII, 350-373).*

Solamente Zeus tiene una visión más amplia, es más difícil de conmovér, es suspicaz y planea y considera en el más grande estilo los destinos humanos. Por eso también se habla siempre con el más profundo respeto de su perspicacia. Se le llama "el de visión amplia". Su pensar, no alcanzado por ningún otro dios y con mayor razón, por ningún ser humano, se hace ejemplar en el sentido más exacto de que Zeus es así, como el ser humano se dispone a llegar a serlo, recién ahora, en Homero, al final de la cultura épica, ahora que la escritura ya es conocida y que la parataxia épica ya comienza a someterse a una ordenación, aunque todavía relajada, del total. Pues constantemente el ser humano venera como Dios al espíritu que recién despunta en él, para el que está creado su existir. El Dios supremo es el futuro del ser humano, la "ratio" de Zeus: una finalidad de la historia del pueblo griego es el realizarla humanamente.

Pero aun la perspicacia de Zeus es limitada. También él no está totalmente libre de dudas y temor por lo que sucede en la tierra, pues sobre él reina todavía algo superior, de lo que él se sabe, siempre dependiente: la Moira, en cuya oscuridad todo y cada cosa está en relación. La Moira es, en el mundo épico, el "deus absconditus", insondable, turbio, el misterio que queda más allá de todo reconocimiento y de todo presentimiento, el destino al que todavía a nadie se le ha ocurrido interpretarlo como Providencia e investigar su finalidad.

6.

*La poesía  
lírica es  
ahistórica*

La poesía lírica es ahistórica, no tiene un motivo ni consecuencias; se dirige sólo a espíritus afines; sus efectos son de carácter fortuito y se desvanecen, como se extingue un estado de ánimo.

La epopeya, por el contrario, tiene su lugar exactamente determinado en la historia. Aquí no se halla solo el poeta: se encuentra en un círculo de oyentes y les relata sus historias. Así como él se representa lo sucedido, lo representa a su público. Y cuando continúa su camino y sus historias se difunden por el país, se amplía el público al pueblo.

La confrontación de poeta y oyentes no se origina porque lo dispone justamente así la casualidad de un encuentro. Si viniera un hombre y recitara en griego, ante un círculo de oyentes griegos, la leyenda de Gilgamesh<sup>3</sup>, probablemente no sería escuchado, o tal vez lo fuera, pero con gran extrañeza y sin un agradecimiento persistente. Los oyentes aprecian a Homero, porque éste presenta las cosas tal como ellos mismos están acostumbrados a verlas. A su vez, ellos las ven de tal modo, porque un poeta se las ha mostrado así a sus padres. Su relación se basa pues en una tradición que se pierde en los oscuros tiempos primitivos, pero que puede ser comprendida en principio como la creación de un poeta, el que capta y acierta con el ritmo dormitante y la palabra de su pueblo, y en la poesía le señala al pueblo la base sobre la que éste determina asentarse. Entonces continúan obrando los gérmenes del lenguaje, y finalmente todo está tan determinado como lo ven los griegos, incluido y alineado en continua parataxia:

*Lo que permanece, lo crean los poetas.*

<sup>3</sup>Gilgamesh: rey sumero de Uruk, héroe de leyendas babilónicas; la figura más conocida de la epopeya de Gilgamesh, de fines del segundo milenio, en lengua acadia (Der kleine Brockhaus - F. A. Brockhaus Wiesbaden).



En ninguna parte es esta palabra tan oportuna como en la poesía épica, pues la epopeya es la creación más primitiva y ninguna otra poesía es posible antes de que, de modo más o menos marcado, se fije un fundamento, y un pueblo se una épicamente para reconocer las cosas tal como el poeta, comprometido con el pueblo, las presenta. Lo mismo dice la sentencia de Heródoto, de que Homero y Hesíodo han creado sus dioses a los griegos. Lo permanente que crean los poetas es más claramente visible en los dioses, que en verdad han nacido, pero que nunca mueren, y en cuya competencia, todo lo que va y viene, se hace inteligible.

No conocemos a los precursores de Homero. Para nosotros, él es el poeta más antiguo del territorio lingüístico europeo y responde por todos aquellos, de los cuales aun hay huellas en sus epopeyas. Mientras la tradición una los pueblos de Europa, Homero puede ser considerado como el padre de Europa. Mientras la tradición una los pueblos de Europa, Homero es también el único poeta en el que la esencia de lo épico todavía aparece pura en cierta medida. Lo épico puro después ya no es más posible, por el simple motivo de que la *Iliada*, la *Odisea* y todo el ciclo épico son conocidos y se convierten, a su vez, en materia de una nueva actividad espiritual. Así como el hombre no puede ser niño de nuevo, así tampoco la humanidad en coherente tradición puede volver al grado de lo épico y contentarse con un simple constatar, después que ya ha comenzado el relacionamiento y subordinación de las partes. Esto comienza inevitablemente, tan pronto se ha alcanzado un cierto límite y ya no tiene más valor una alineación paratáctica posterior; especialmente lo ocasiona la invención de la escritura. Esta exige el obtener un nuevo aspecto para las cosas en una visión más ligera. Así Homero es, al mismo tiempo, el fin del mundo oral y del épico. Sólo a los pueblo que nada saben del poeta, cuando aparecen a la luz de la historia, les resulta aun el crear poesía épica al modo homérico. No tenemos que hablar de ellos, pues todo lo histórico aquí sólo sirve para aclaración de lo sistemático. Tampoco tenemos que investigar por qué lo épico en ninguna otra parte llegó a tan gran florecimiento como en Grecia. Nos atenemos al más grande, que únicamente merece el nombre de "padre" y tratamos en la historia de la epopeya sólo algunos capítulos fundamentales referentes a Homero y que son apropiados para aclarar aun mejor la esencia de su poesía.

Según esto, sólo se puede hablar de una historia de la epopeya en el caso que el concepto designe obras poéticas que, exteriormente, según el modo de su recitación, pueden ser consideradas como epopeyas, relatos, pues, de mayor extensión que los que están contenidos en versos. En este sentido surgen epopeyas también después de Homero, en gran cantidad. A lo que es simple imitación del poetizar homérico, no le prestamos atención. Tenemos que hablar de imitación y no de prosecución en la corriente épica tan pronto la ingenuidad del existir épico esté destruida. El documento más visible de semejante destrucción es la crítica de Jenófanes, que hacia fines del siglo sexto se expresa contra la doctrina divina y la moral de la poesía homérica, en hexámetros, así pues, él mismo aun esclavo del lenguaje homérico. En sus fragmentos conservados se hallan estas frases: "Homero y Hesíodo han adjudicado a los dioses todo lo que es afrenta e infamia sólo en los hombres: robar, cometer adulterio y engañarse recíprocamente".

Aquí "bueno" y "malo" ya se han separado de las figuras singulares y se han convertido en valores abstractos, que son adosados a la aparición de éstas. La despreocupada autonomía de lo singular queda destruida con esto.

"Si los bueyes, los caballos y los leones tuvieran manos o pudieran pintar con

sus manos y crear obras como los hombres, entonces los caballos crearían figuras divinas semejantes a los caballos; los bueyes, semejantes al buey”.

Aquí una relación de Dios y hombre se convierte en un problema que Homero aun no supone; es indiferente como lo resuelva Jenófanes: en cuanto es sólo insinuado, ambos, dioses y hombres, son puestos en tela de juicio y ya no más posibles en la poesía épica. Al poeta épico le basta saber que algo “es”, de dónde procede, y que él lo menciona en su obra.

“Si Dios es el más poderoso de todos, entonces puede ser sólo uno; pues si fueran dos o tres, no sería el más poderoso ni el mejor de todos”.

Aquí Jenófanes saca una conclusión, con la que se hunde todo el Olimpo. Homero no saca conclusiones: habla solemnemente del dios más poderoso y deja existir a su lado a los demás dioses que restringen el poder de éste. Así no resiste, por supuesto, a la lógica. Y donde se impone la lógica, será él tal vez aun honrado como artista; empero, lo hermoso que él anuncia, ya no es más también, como antes, lo verdadero.

Así pues, sin desacuerdo a la verdad y con esto, sin fuerza creativa histórica, continúa floreciendo la poesía épica entre los griegos y los romanos, los que ya con Enio y luego totalmente con Virgilio, están en deuda con los griegos.

Con el cristianismo parece no ser ya más posible una epopeya verdaderamente épica. La “autonomía de cada parte” se ha suprimido aquí en todo sentido. El ser humano se convierte en objeto de un plan sagrado. Se encuentra agobiado con la caída de Adán y en espera del juicio final. Su existir está orientado hacia un poderoso futuro, a un más allá, ante el cual el mundo visible se vuelve simple tránsito y lo corporal, un delgado velo. El poeta épico de este mundo es Dante. La transparencia de los ámbitos y figuras paradisiacas, la poderosa y magnética fuerza divina, que atrae todos los seres hacia lo alto, muestra claramente la nueva orientación, para la que un detenerse y toda ostentación sólo pueden significar pecado. Pero en la *Divina Comedia de Dante* hay también un ámbito que no ha sido creado para Dios, que permanece apartado de esta sagrada tensión y que en este sentido se asemeja más bien al existir épico; esta zona es el infierno. La disputa, sobre si Dante ha brindado el máximo de su talento en el *Infierno* o en el *Paraíso*, va de uno al otro extremo. Quien se halla en la perspectiva de Dante, debe darle la primacía al *Paraíso*. Empero, el que aplica la escala de lo épico, encontrará más imponente el *Infierno*, pues aquí todo destaca más claramente. Las figuras singulares están allí firmes, con una corporeidad que resiste al ojo. Pero los mismos rasgos que regocijan al observador formado en Homero, significan envilecimiento en relación con la poesía dantesca. Abjecto es aquél cuya existencia tiene valor en sí misma, y cuyo cuerpo adquiere un sentido fundamental; abjecto, aquél cuya finalidad está en cada punto de su movimiento y no en aquel glorioso fin para el que Dios ha creado al hombre. ¡Una situación memorable! El mundo épico se ha convertido en infierno, porque no comparte el nuevo impulso hacia arriba que resalta con el cristianismo. Algo parecido sucede con Milton y Klopstock. También aquí resulta mejor lo infernal según la regla del arte épico. Y ya que Klopstock sigue estrictamente a Homero en su técnica poética, no puede vacilar el juicio sobre él: sólo las descripciones de la esfera impía son estilísticamente armónicas.

A la investigación histórica le está encargado el investigar qué transformación sufre la epopeya en la época cristiana, cómo en la *Canción de los Nibelungos*, en Ariosto y Tasso lo dramático o lírico destaca más. Por el contrario, es de señalar la fábula *Reinecke el zorro*, que entre todas las nuevas epopeyas es ciertamente la más épica. Los animales no se hallan en la tensión de caída y juicio final. No sufren ninguna evolución. Un zorro es un zorro y un tejón es un tejón, irrevocablemente

determinado en su condición por Dios y por eso puede ser dotado de epítetos estereotipados. El animal vive al día; tiene su propio grupo vital. Cada cual es un mundo aparte y como tal, puede manifestarse también contra la monarquía del león. Así, Reinecke el zorro es realmente un nuevo e ingenioso Odiseo, y no nos puede asombrar que celebre su resurrección en figura de animal. Los seres humanos se han transformado, en verdad. Los animales, sin embargo, han permanecido como eran desde el comienzo.

Junto a los animales habría que nombrar, además, a los niños y locos, a Till Eulenspiegel y a todos los bufones que discurren por las epopeyas. No saben de responsabilidad frente a aquello que tiene validez general, tal como los héroes homéricos que viven y actúan según su propio entender. El que la comicidad de lo ingenuo se desplace a la cercanía de lo épico, no debe desconcertarnos. También Homero, en cuanto lo leemos con nuestro sentido moderno, nos arranca frecuentemente una sonrisa. El mismo, por supuesto, no sonríe cuando los dioses riñen o Zeus justifica su inclinación a los troyanos con el vino y el perfume que Príamo le ha dispensado. Nosotros, empero, sonreímos, porque esto nos relaja de pensamientos divinos más fatigosos, porque en todas partes la epopeya homérica libera de las preocupaciones de la cultura moderna y de las fatigas del espíritu.

En la época clásica de las letras alemanas florece nuevamente la epopeya, favorecida con la traducción de Homero por Voss. La *Luisa* de Voss, *Hermann y Dorothea* de Goethe, *Madre e hijo* de Hebbel, los *Idilios del lago Constanza* de Mörike están en primerísima línea. La técnica de la recitación está reproducida de la homérica hasta en los detalles. Los objetos, eso sí, son nuevos. Los poetas eligen temas idílicos. Sólo en el idilio pueden mantener en cierta medida la autonomía de las partes singulares de la existencia. Si se salieran del idilio, al amplio campo de la historia moderna, de las grandes instituciones políticas, su técnica homérica se dañaría en los objetos. Donde todo está entrelazado por medio de la organización más exacta: el ciudadano singular con el Estado, el Estado con el derecho y la moral pública, la moral y el derecho con la religión, ya nada más se deja expresar en representación paratáctica. Sólo la más cuidadosa abstracción de todo aquello con lo cual está interminablemente entretreído el día de un hombre del último siglo permite una épica clasicista, cuya aprensión solamente Goethe ha sabido vencer u ocultar.

Sin embargo, a pesar de la sabia limitación en el marco de un idilio, también *Hermann y Dorothea* se aparta del estilo de la épica homérica. El mismo Goethe ha designado como "no épicos" el constante, aunque suave impulso de avance y la falta de motivos regresivos. Y cuando Schiller, en su carta del 26 de diciembre de 1797, habla de la "estrechez del escenario", de la "economía de las figuras", del "corto transcurso de la acción", y en semejante concentración constata una inclinación a la tragedia; cuando, además, señala el "íntimo quehacer del corazón" y el "interés enfermizo" —con lo que, según nuestros conceptos, sólo pueden ser aludidas cualidades líricas—, vemos cómo esta epopeya se halla en forma peculiar entre los tres géneros, cómo participa de lo lírico tanto como de lo épico y de lo dramático. Lo mismo podría decirse del *Aquiles*, donde Goethe de nuevo elige una acción con una determinada finalidad, y donde el amor del héroe hacia Polixena hubiera constituido un episodio lírico tan marcado, que apenas hubiera sido posible hacerle justicia con versos y técnica homérica. En cambio, la *Ifigenia en Taurides* tiende a lo épico, como Schiller anota en la misma carta. Y si consideramos que en las poesías, incluso en muchos *Lieder* de Goethe, el motivo, lo representable, juega un papel significativo que, por otra parte, la misma *Canción nocturna del caminante* y la canción *A la luna* están coronadas con una conclusión con carácter

de epifonema, entonces caemos en la cuenta de que la esencia de Goethe participa de manera excepcional en los tres conceptos de género. Esto no significa otra cosa que su fuerza poética crea en forma orgánica. Un organismo es, según la expresión de Kant en la *Crítica del juicio*, un producto cuyas partes son, a la vez, un fin en sí mismo y un medio. La autonomía de las partes corresponde al precepto genérico de lo épico, la funcionalidad de las partes, al precepto genérico de lo dramático, la adaptación individual del modelo orgánico, a lo lírico, que es siempre fortuito e individual. Estaría bien usar de nuevo, en el futuro, el concepto de lo orgánico en este sentido inequívoco y no presentarlo confusamente como un predicado de valor estético.

Por fin en esta relación llegamos a Spitteler, el poeta que ha demostrado que su fuerza poética estaba en lo épico, el que en *Primavera olímpica* ha creado una extensa epopeya que no puede ser omitida, por mucho que nos pueda asaltar una peculiar desazón. Con todas las consideraciones y dudas, que se refieren sobre todo al lenguaje de Spitteler, no se puede negar que aquí los rasgos épicos son perceptibles, de una claridad y pureza como nunca en la poesía más moderna. Una luminosa y arrolladora profusión de imágenes nos viene al encuentro. Todo es visible: no sólo los incontables objetos y seres divinos, sino también aquel mundo que nos es conocido como interior e invisible; impulsos anímicos, pasiones: todo toma forma corpórea. Y descendiendo hasta lo más insignificante, cada cosa manifiesta su esencia más propia. Leyendas primitivas, prehistorias, detalladas contestaciones a la vieja pregunta épica "¿de dónde?" sorprenden al lector y ocupan amplio espacio, despreocupadas de la meta a la que se dirige la narración como un total. La poesía consta de episodios que se dejan quitar o aumentar. La acción principal parece ser aquí sólo un pretexto para acomodar en lo posible muchos objetos singulares. El poeta no ha encontrado un final, según su propia confesión. El final —según las palabras de Schiller— se acerca mucho al comienzo, en su dignidad; éste, por otra parte, no interesa como exposición, porque conduce a alguna parte, sino que interesa por sí mismo.

El involuntario o aun indeseado parentesco con Homero —que, como todo lo genérico, no puede fundamentar un juicio crítico— tiene aquí especial importancia. Aun así, se puede hablar de algunas incompatibilidades, por ejemplo, de contradicciones topográficas, que impiden globalizar en un total todas las afirmaciones sobre el Olimpo, y la tierra. Nos vemos obligados a leer con una especie de ingenuo des-cuido, aunque Spitteler, por otra parte, de nuevo finge profundidad, mediante alusiones alegóricas y estorba la visión sobre la plenitud épica.

¡Un extraño fenómeno poético! Se hace tal vez más comprensible si consideramos que ya está en una época que comienza a salir del período cristiano, que no sólo abandona el plan de salvación cristiano, sino que también pierde toda tensión secularizada en el futuro, la idea del progreso, la escatología en el sentido de Kant y la espiral dialéctica de Hegel. La respuesta a un "¿para qué?" falta, justamente en Spitteler, el que, como Nietzsche, acentúa en cada ocasión la total irracionalidad del existir. ¿No está relacionado con esto el retorno de un auténtico estilo épico? Pero el círculo vital del poeta no abandona su condición moderna. Así pues, la nueva epopeya tampoco puede tener algo que ver con él. En rudo contraste con Homero, Spitteler erige un mundo de la belleza, imaginario, soñado, y crea mitos que no interesan a ningún grupo, menos aun a un pueblo. En estos mitos Spitteler permanece aun apegado a los nombres y características de los dioses griegos, lo que muestra con toda claridad lo absurdo de una poesía realmente épica en nuestros días.

A la investigación futura le está reservado el desarrollar estas insinuaciones históricas como es debido. Aquí sirven sólo para el conocimiento de Homero, para comprender que la poesía épica no puede retornar en su auténtico sentido. Lo épico mismo en realidad permanece "conservado" en toda poesía, como fundamento indispensable. Incluso el poeta lírico encuentra palabras solamente porque el poeta épico ya las ha pronunciado. Recién entonces se yergue lo dramático sobre la firme base de lo épico.

27  
recuerdo de  
la guerra  
civíl

# Héctor Fuenzalida: Uslar Pietri. Reportaje a una pasión venezolana

Estampa

UN OFICIAL alemán que se enrola en la Legión Británica durante la Guerra de la Emancipación, se casa con una criolla y se establece en Valencia. Es un Uslar. Ella es una Hernández. Los restos del General Juan Uslar descansan ahora entre los héroes cuya memoria Venezuela venera en el Panteón Nacional de Caracas.

Andando los años, la semilla Uslar se sedimenta en esta ciudad y se produce un nuevo cruce meridional, pues el padre une su media sangre nórdica a la de un nombre corso, los Pietri, también llegados a Venezuela por esa época.

Es fácil ver en el rostro de Arturo Uslar Pietri los signos de esa simbiosis: ojos azules soñadores que se escapan de la tez morena algo áspera del valle-aragüeño; ciertos rasgos potentes que denotan al criollo. En el cabello ya gris de sus sesenta años se irisan residuos de un oro marchito. Uslar Pietri es un catire, como dicen los caraqueños, un catire desteñido por los ácidos del tiempo.

En su fisionomía moral e intelectual, se adelantan las mismas herencias. Imaginativo, sensible, soñador; pero al mismo tiempo, sensual y lleno de una lógica realista y ordenadora. Trabajador formidable. Viajero impenitente dentro y fuera del país. El ver, mirar, el saborear de sus ocios sin tedio lo llevan a esos viajes, a la lectura y al estudio para hallar con método o sin él, tal vez de sorpresa en sorpresa, las grandes intuiciones de que está llena toda su obra. Es fundamentalmente un venezolano, un criollo de ayer y de hoy, que ha logrado esa venezolanidad de sus confluencias sanguíneas. Fúndese en él, a lo venezolano, lo europeo cimentando su fuerte personalidad, en perfecta guerra de conformación con el suelo y el medio en que vive, goza y pena su pasión venezolana.

El alemán de su raíz, habría hecho de él un profesor, un pedagogo, un gran teorizante, un colonizador, un empresario, tal vez un gran economista. Algo de todo esto hay en él. El italiano, unido al criollo, le hubiese confinado en el incierto y dramático camino de la política a ras de tierra, para envolverlo en la vida farsesca del orador político y el cubileteo de los pasillos, ahogándole la vena creadora de su impulso vital. De todo esto también tiene. Pero del choque de tan contradictorios elementos, nace la personalidad proteica y creadora de uno de los más grandes y representativos venezolanos de su generación.

Este intrínsculo primario se vierte también en su obra. Otro gran venezolano de su época, Mariano Picón Salas, al prologar su libro de ensayos, *Las Nubes*, publicado por nuestra Editorial Universitaria, en 1956, explica con donosura esta desconcertante síntesis que anima su linaje creador. Dice Picón Salas:

"Por semejanza en la actitud puramente religiosa y precientífica ante el Universo, los esclavos negros de la Venezuela colonial o los labriegos de su cuento *La Lluvia* pueden soñar y explicarse las cosas como en un "exiemplo" medieval o en un "fabliaux." Pero, fijaos bien: es el espíritu selectivo del escritor, es su lógica —si así puede decirse—, lo que elige en la maraña de lo popular aquel rasgo específico; lo que enmarca, en la disciplina de un estilo justo, lo desorbitado y lo fantástico, con el mismo rigor con que el arquitecto italiano o provenzal enjaulaba en el redondo tímpano de la iglesia, la monstruosa quimera nórdica".

Y sigue Picón Salas:

"Así continúan las culturas a que aluden algunos hombres, en la obra de Arturo Uslar Pietri; así ella señala como la de ningún venezolano de su generación una que-rella resuelta entre Lógica y Poesía, entre Inteligencia y Sensibilidad. Junto a los sueños célticos del Rey Arthur, junto a ese dorado universo de vitral o de libro de horas, lo Pietri sirve de roca y asiento; de claridad ordenadora. El apellido meridional, de significado tan terrestre, de tan definido contorno, sabe detener y dominar la quimera. Sin perder su color, la poesía ha pasado por el tamiz de una inteligencia que aclara y, a veces, simplifica para fijar el relieve esencial. Si dominara lo puramente poético, el escritor se extraviaría como Parsifal en su bosque sagrado; lucharía con aquellos dragones surrealistas que a veces aparecen en sus poemas en prosa y apuntes de la primera juventud, y que, venturosamente, Uslar Pietri nos presenta ya domesticados. Si, contrariamente, prevaleciese lo lógico, escribiría en silogismos con el rigor de un escolástico".

Hermoso epigrama tejido sobre su nombre, en verdad.

Uslar Pietri nace en Caracas el 16 de mayo de 1906. Veamos el escenario y el trans-fondo político de esa Venezuela de su niñez.

Venezuela vivía entonces bajo la expirante dictadura de Cipriano Castro, los años de aquella farsa que se dio en llamar *Revolución Liberal Restauradora*. Están ya vencidos el General José Manuel Hernández, "El Mocho", Jefe de una agrupación política, el Partido Nacionalista, y el General Rangel Garbitas, cabecilla conservador. Antítesis venezolana. Parece haber orden y silencio porque domina el tirano.

Cipriano se había tomado Caracas a fines de octubre de 1899. Bajo su mandato Venezuela tuvo que afrontar el bloqueo de sus costas por las potencias europeas que cautelaban sus fuertes intereses. Todo viene a arreglarlo una gestión, poco honrosa para el país, que maniobra hábilmente el Ministro de los Estados Unidos. Se salva Venezuela de la guerra pero no logra su independencia económica. Salen unos años y entran otros. En 1904 Cipriano se hace reelegir mediante una reforma constitucional, por un nuevo período de siete años que no alcanza a cumplir porque el *Restaurador* cae aquejado de una seria enfermedad y deja la presidencia para ir a reponerse a Europa. Paso en falso. El poder queda entregado al Vicepresidente, su compadre Juan Vicente Gómez, en septiembre de 1908. Castro no debía volver nunca porque en diciembre de ese mismo año, se empina a la Presidencia "Juan Bisonte", el *Bene-mérito*, y su reinado dura hasta fines de 1935.

Durante veintisiete años en la presidencia absoluta. Venezuela detiene su historia.

El dictador vive en su hacienda de Maracay rodeado de cuarteles cuya arquitectura artillada todavía luce en las plazas de la ciudad imperial. Desde allí gobierna como un gamonal mientras vigila el crecimiento de su ganado y sus haciendas logradas en las expropiaciones más inicuas, por antojo personal, con la mano dura de sus testaferreros y sus jefes civiles. Venezuela es también para él una hacienda. Durante este período llamado *Jefe-civilismo*, crece el niño y se forma el doctor en Derecho, Uslar Pietri, que va siendo testigo de todo aquello. Es ya un buen orador juvenil que tiene además una formidable dialéctica en el foro. Pero este joven togado escribe también poemas en prosa. Poco después se estrena en la narrativa con la publicación de *Barrabás y otros relatos*, en 1929, dos años antes de aparecer, en España, *Doña Bárbara*, de Gallegos.

Tiene este joven escritor sólo 22 años. Tres años después, a los 25, dará a luz esa novela que le lleva a la fama internacional *Las lanzas coloradas*, por la editorial Zeus de Madrid, en 1931.

Así son las cosas en la Venezuela de entonces. A veces es necesario editar afuera.

El móvil  
escenario de  
su genera-  
ción

El móvil  
escenario de  
su genera-  
ción

El móvil  
escenario de  
su genera-  
ción

Gallegos ha publicado la primera edición de *Doña Bárbara* en Barcelona, en 1931, en su destierro español. Picón Salas publicaba en Santiago donde vivía desde 1923. Antonio Arráiz, en Buenos Aires; Andrés Eloy Blanco, escondido, relegado o prisionero, va dando, donde puede, las ágiles luminarias de sus ángeles negros; Blanco Fombona se destierra por veinte años en Madrid, crea su Editorial América y publica sus novelas contra las dictaduras; Pedro Emilio Coll, edita *La Escondida Senda*, por Calpe, Madrid.

Es una literatura soterrada y desterrada porque muchos escritores deben publicar lejos del país. Es la fuerza del exilio lo que a veces los lleva a escribir y publicar así, porque tampoco hay interés editorial en la patria. Vale la pena constatar este hecho y establecer las causas que lo generan. Hay mucho publicado en Caracas, es verdad. Pero parece no ser casual que lo mejor, lo más trascendente de la literatura venezolana, busca el refugio editorial en el exterior. Había ya, en verdad, un despuntar editorial en esos años, mientras va aflojando el rigor de la dictadura consolidada y, en cierto modo, ya connacionalizada. Antes era peor. Picón Salas, al comentar las obras de Felipe Tejera *Perfiles Venezolanos* y la de Picón Febres *La Literatura venezolana del siglo XIX*, aparecida en 1906, el año de nacimiento de Uslar, exclama frente al esfuerzo de esos escritores:

—¡Qué pena la de escribir en un país como el nuestro, entonces cuando el periódico mayor llegaría a los mil quinientos o dos mil ejemplares, y que los pocos libros que podían imprimirse se amontonaban, por falta de compradores y lectores, en los sótanos de la Casa de Gobierno, donde, con la ilusión de fomentar la cultura, los había adquirido un gobernador mecenaz!...

*Del autócrata  
ilustrado al  
gendarme  
necesario*

No obstante las formas del estado en Venezuela, habían tomado su relieve en el curso de la mitad postrera del siglo XIX, especialmente durante el período de Guzmán Blanco. En este empeño el elegante autócrata había sido un gran trasplantador del pensamiento francés, un revertidor de todo lo bueno y lo malo del Segundo Imperio.

Guzmán Blanco, tan bien defendido por Díaz Sánchez, deja una larga huella. Es, según él, después de Bolívar, en el siglo XIX, el gran civilizador, el que con más empeño busca para Venezuela los contornos de un estado en forma. Pero de su obra queda y prevalece lo mármolico de sus monumentos, lo material. Lo demás permanecerá diluido, detenido y desnaturalizado en la larga siesta del período gomecista (1908-1935), el "Gendarme Necesario", de Vallenilla Lanz, su defensor.

En lo que se refiere a la cultura superior, las realizaciones del período guzmanista, son también notables y hacen surco en la vida venezolana. Guzmán Blanco gobierna el país, salvo ligeros interregnos desde 1870 a 1888. El sabio Adolfo Ernst trae a Venezuela una verdadera revolución científica, una renovación del pensamiento universitario mientras penetra dentro del país la semilla del positivismo. Por primera vez en la Universidad se puede explicar a Lamark, Darwin, a Comte. Se ha fundado la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales y el Instituto Venezolano de Ciencias Sociales. Se condensa entonces una brillante generación de biólogos, antropólogos, médicos, como Razetti y Villavicencio; historiadores como Aristides Rojas, Gil Fortoul y Vallenilla Lanz; juristas como Urbaneja; naturalistas como Lisandro Alvarado.

En la realización de sus obras, no obstante, estos sabios, vivirán en un constante esguince con la dictadura. Los que a ella se atan son amanuenses literatos en perpetua loa al dictador. Don Lisandro Alvarado en su requisitoria antropológica elude el medio cortesano y se trajina Venezuela entera. "Es —dice Picón Salas— la tragedia de la inteligencia criolla, del hombre inconforme entre muchos hombres satisfechos". Y agrega: "Quienes como él (Lisandro Alvarado) no podían dialogar con los indios



y perderse por los caminos de Venezuela arrastrando las alpagatas del recluta o leer los clásicos latinos, salían al extranjero —Morantes, Blanco Fombona, Pocaterra— a derramar sus panfletos y protestas. Otros solían malograrse en el clima trágicamente monótono de las tiranías estúpidas; de una existencia como al margen de las aspiraciones y los problemas del mundo moderno. Venezuela no sólo ha devorado vidas humanas en las guerras civiles, en el azar sin orden de una sociedad violenta, en convulsionado devenir, sino que también marchitó —antes de que fructificaran bien— grandes inteligencias. Entre las no pocas cabezas que surgieron de nuestra tierra no infecunda, tal vez la única que cumplió goethianamente con su nutrido mensaje fue la de Andrés Bello. Pero la obra de Bello fue a convertirse en organización civil, en norma jurídica, en tradición cultural en la República de Chile. Sobre otros grandes hombres nuestros cayó un destino de misantropía y soledad como el que acabó con la extraordinaria existencia de Cagigal, o de ya insalvable fatalismo histórico, como fue el caso de Gual, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta. En la primera de sus novelas, *El Último Solar*, ha contado Rómulo Gallegos esta historia permanente y profundamente nuestra del idealista que no alcanza a convertir su ideal en acción; del reformador sin reforma”.

Gómez inició un Gobierno constructivo. Pero el fantasma del Castrismo instalado en Colombia desde donde dirige y maniobra contra el *Rehabilitador*, cambia enteramente la política interna del Benemérito para aplastar todo el resto del caudillismo que aún queda en las provincias que conglomeran Venezuela. Y así, a pretexto de evitar la anarquía, acaba con todo signo de libertad. “Venezuela será entonces —escribe Díaz Sánchez— el recinto del orden y del silencio: una isla amurallada y rodeada de petróleo por todas partes; sin opinión, sin palpitations, sin ventanas al porvenir”.

Es muy semejante la estructura de la élite intelectual del siglo XIX venezolano, a la de la misma etapa en Chile, por la egregia fisonomía de las figuras del liderazgo cultural y científico, aun cuando allí aparecen las mismas sintomáticas inquietudes, en otro trasfondo social, con el retraso de algunos decenios. Sin Bello y sus discípulos, acaso, Chile hubiera sufrido el mismo compás de espera. Se comienza a mezclar en la obra histórica la interpretación del fondo social en que ella fermenta.

La literatura sufre también un vuelco revolucionario paralelo. Hay intentos de hacer la novela realista. “La novela nacional, con sentimiento nativista, realismo crítico y captación del medio ambiente y del carácter individual —como dice Picón Febres— viene a producirse, por primera vez en Venezuela, con la publicación de *Peonía* de Manuel Vicente Romero-García, en 1890”, sobre la cual hablaremos más adelante.

Al iniciarse el siglo, el Censo venezolano acusaba una población de dos millones y medio de habitantes, entre los cuales más del 10% eran indios incorporados a la nacionalidad; un 3% quedaba fuera de todo contacto civilizador. La capital sólo tenía 70.000 habitantes.

Pero hay un país secreto que va desarrollándose. En los veintisiete años que median entre la ascensión al poder de Gómez y su fin, ha ido prosperando una semilla secreta en la conciencia de los intelectuales y de las clases universitarias. Este sedimento rebelde recibe inusualmente la ayuda de un factor que transforma toda la economía y la vida social de Venezuela: el petróleo. En 1914 al borde de la iniciación de la Gran Guerra Europea empieza a producir en forma exploratoria el primer pozo petrolero de Maracaibo. Tomamos aquí lo que el mismo Uslar Pietri

*El brote primigenio de una la gran novela venezolana*

*El oro negro*

en su discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, en 1955, dice:

"En 1917 se hizo la primera exportación. En 1922, en el mismo campo de La Rosa, en la parte oriental del lago, el pozo "Los Barrosos Nº 2", de la Venezuela Oil Concessions Ltd., saltó violentamente en un inmenso chorro de aceite negro que estuvo fluyendo incontrolado a razón de cien mil barriles diarios... Este espectacular suceso anunció a Venezuela la presencia de la riqueza petrolera. Más alto que las torres, el poderoso chorro estaba en pie como un gigante sacudido de acometiva fuerza, dispuesto a comenzar su camino en la historia".

Y agrega más adelante:

"Vale la pena lanzar una mirada al país en que brota el famoso chorro "La Rosa". Su población sobrepasa escasamente las 2.800.000 almas. Una sola ciudad, Caracas, tenía más de cien mil habitantes. Fuera de la navegación por costas y ríos, que era ocasional y lenta, no existía, prácticamente, comunicación entre las distintas regiones. Había setecientos kilómetros de ferrocarril y un millar de kilómetros de carreteras de tierra, estrechas y mal trazadas. En la ciudad de Caracas sólo había un mediano hotel digno de ese nombre y una sala de cine".

Y continúa:

"A partir del año 1922, el progreso de la industria petrolera en Venezuela fue rápido. El desarrollo comenzó en las zonas del lago de Maracaibo y Falcón. Más tarde, para 1928, se hicieron exploraciones con resultados positivos en la región oriental del país y se establecieron los primeros campos de la llamada zona del Orinoco, que cubre los Estados de Anzoátegui, Monagas y el territorio Delta Amacuro. Una tercera zona con muchas posibilidades, se descubrió más tarde en la zona del Apure... Para 1926 la población venezolana alcanzaba, después de un lento y difícil proceso de desarrollo, la magnitud de tres millones de habitantes. La pobreza, las guerras, la insalubridad, la escasa capacidad productiva, la baja capacidad de consumo, no le habían permitido desarrollarse. El paludismo, la mortalidad infantil, las enfermedades de origen híbrido, la diezmaban... El crecimiento vegetativo por mil habitantes llegó a bajar a 10 y hasta 6.

En 1950 la población alcanza a los cinco millones, agrega más adelante. Más de la mitad de esa población era urbana. Añadiremos que según el último censo la población de Venezuela sobrepasa ligeramente a la actual de Chile y su extensión territorial es también ligeramente superior a la de nuestro Chile continental. Y Caracas cruza la meta del 1.300.000.

La nueva  
novela his-  
panoame-  
ricana

Pero hay otro fenómeno de igual profundidad en un campo totalmente diverso. Este fenómeno cubre el ruedo americano entero. No es posible encuadrarle entre fechas exactas. Acaso uno sea el período de 1920-1935, por sólo enmarcar en un sesquicentenario un proceso sin medida en el tiempo.

No es fenómeno del azar que en este lapso se produzcan *La Foráquina* del colombiano José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* del argentino Güiraldes, *El Águila* y *la Serpiente*, del mexicano Martín Luis Guzmán, *Doña Bárbara* de Gallegos y *Las Lanzas Coloradas* de su compatriota Uslar Pietri, mientras en Chile se enseorea el criollismo con su pontífice Mariano Latorre y su *Zurzulita* (1920), publicada ocho años después de los precursores *Cuentos del Maule* (1912).

Hay un sello profundamente nacional y americano en todas estas obras, una rebelión de autonomía. ¿Cuáles son las causas de este desenlace? ¿Es la Guerra Europea que nos deja fuera de las llamas que encienden al viejo continente? ¿Son los avances sociales que ella trae y que culminan con la revolución rusa? ¿Es, en fin, el hartazgo de los esteticismos "fin de siglo", del modernismo que invade hasta

la prosa narrativa estirilizando la temática, sin grandiosidad, y que exhibe sólo los oropeles de su ocaso?

Es todo eso y mucho más. Las fuentes están en todas partes de América, pero quedan aisladas, confundidas, perdidas en obras primigenias que, ahora, una crítica sagaz y certera quiere rescatar y darle rango. Es un movimiento americano que busca su propio sino. Sus acordes forman un sonido unánime. Pudiera definirsele —nada más sencillo— como una rebeldía frente al patronazgo secular y colonizante que Europa ejerció sobre las letras hispanoamericanas. Ya no se puede hacer literatura para abortar solamente una buena obra literaria. Es ahora una literatura comprometida, una literatura, mejor dicho, con misión, con dirección mágica. De ella fluirán los nuevos arquetipos americanos, entre personas y vastedades, para entrar en juego el más grande personaje que cubre toda la nueva creativa: la naturaleza.

Tengo que confesarlo: no me fue dable acercarme nunca a Uslar Pietri en Caracas. Ocupaba yo el cargo de Agregado Cultural en la Embajada de Juvenal Hernández. Era mi ferviente deseo encontrar al escritor y al hombre cuya obra conocía y admiraba desde mi juventud. Quería una cita intrascendente. No "une heure avec" a lo Lefebvre.

*Desencuentro con Uslar Pietri*

Había seguido su periplo en las letras al través de las ediciones de Losada y las venezolanas y españolas que me agenciaba en su casa santiaguina Picón Salas. Así conocí sus primeros cuentos hasta *Las Lanzas Coloradas*. Después de esta novela, fueron otros cuentos, *Treinta hombres y sus sombras* y luego *El camino del Dorado*, que me devolvieron al gran novelista.

Esta obra parece que ha sido víctima de una conspiración de reservas, quizás a causa del recuerdo fulgurante del éxito universal de *Las Lanzas*. Pero a mí me pareció —niño lector eterno—, y me parece, aún, fascinante, tras la segunda lectura, por la manera envolvente con que Uslar atrapa al lector en la magia de aquella tremenda aventura de los marañones de Lope de Aguirre. Es y será siempre una formidable novela de gran público.

Hubiera querido para mí, repito, un encuentro fortuito con él, en Caracas. Verlo en su salsa. Pero me desincronicé por unos largos años. Nunca se verificó este encuentro ocasional. Fue imposible. Ni siquiera vino el oficial de enlace, el testigo discreto y devoto de su vivir de escritor, el Ekermann uslariano.

El Uslar que vislumbré en Caracas, era sólo entonces el político consumido en el fuego de su campaña presidencial. Caracas es una ciudad, hija del valle, de trazo alargado, y sus nuevas urbanizaciones, apenas soldadas al conjunto por un crecimiento hipofisiario de gran ciudad, no hace fáciles los contactos e impide la formación de centros. La bulla de su campaña no nos dejaba descansar ni dormir, ni siquiera de noche, en el apacible barrio de Altamira, entre La Castellana y Palos Grandes. Es decir: nada. Uslar fue allí como el mito de Bolívar para el llanero durante la Guerra de la Emancipación: siempre presente en el corazón de los suyos, pero siempre lejos, muy lejos, cabalgando batallas y hazañas que se hacían legendarias.

Tenia su campaña política algo de lo que fue la de otro político tan brillante, en Chile, el Doctor Cruz Coke. Como Cruz Coke, andaba solo con su F. N. D., sin concesiones, diciendo sus verdades absolutas rodeado de una inquieta y bulliciosa juventud, y logró la primera mayoría en el distrito metropolitano, derrotando allí a las grandes mayorías nacionales de Leoni y Caldera. En tanto dejaba el ágora, se hacía tiempo para sus audiciones semanales de televisión, no todas al servicio de su causa (esas eran otras, y muy buenas), sino para tratar de asuntos de alta cultura,

con una sabiduría, erudición y amenidad espantables... Y aún las sigue haciendo con igual brío e interés.

Ese Uslar que imaginé desde Chile, ya no existía. Era ahora el toro de Aragua, la fuerza venezolana desatada en la voz y en el gesto de la lucha, montando aviones, gritando en foros y plazas su credo político petrolero, con algo siempre de gran señor y catedrático que se mezclaba al caudillo, derramando una elocuencia llena de giros cultos. Recio y convincente ensamble para una élite. Enseñaba y parecía por momentos un profesor de economía. Pero era el criollo poniendo a prueba su garganta pastosa de barítono, voz que me llevaba —y me llevó—, después de oírlo en la tribuna universitaria de Santiago, a compararla con la profunda y sensual de Nicolás Guillén.

¡Qué lejanos aquellos tiempos en que Uslar, medio funcionario, medio escritor, frecuentaba en Caracas la tertulia del "Club de los Siete", con Pedro Sotillo y José Nucete Sardi, a la cabeza, entre otros alegres cofrades como Eduardo y Alberto Michelena, bohemios, literatos, aprendices de políticos, para hablar de libros, de sucesos, de ideas circulantes, frente a un gran plato enciclopédico, de ese guiso criollo, que se llama *pabellón*, con base alimentaria de arroz y caraotas, y comérselo *eruditamente*, como decía Antonio Arráiz!

Pero mi porfía, porfía de tímido tozudo, quiso un día afrontarlo en diálogo singular y concebí la idea de llegar hasta su casa de La Florida para ver de cerca al minotauro. Por precaución hice la llamada telefónica de rigor. La respuesta trabó mis últimas ilusiones:

—El doctor no está. —Y luego con sabroso giro caraqueño, la voz agregó: Ahorita está *para* Portugal.

... Esa tremenda movilidad de los venezolanos que suben a los fáciles aviones de *Aviasa* y toman el mundo en un puño, para volver en seguida más caraqueños que nunca, encontrando que el mundo no es bello ni ameno si no hay un poco de *guachafita* (bochinche cuartelero y callejero con *plomazón*). No es ésta irreverencia mía. Todo lo dicho viene de una de sus novelas del ciclo "Laberinto de Fortuna".

Mía hubo, en fin, encuentro casual delectable. Lo vi, solamente lo vi, en el Ateneo de Caracas para el bautizo de su obra *El hacer y deshacer en Venezuela* conjunto de agudísimos y libres ensayos. Fue una alegre reunión, con cierta solemnidad eventual, al principio, mientras pasaban los discursos de rigor. Y un ambigü con muchos *palos* y *pasapalos*.

Estuvo también distante entonces en el Ateneo de Caracas en un ruedo envolvente que se hacía y desataba por el recinto ático, en un hábil y gracioso esguince de frases cordiales, preguntas atrevidas y respuestas restallantes. Todo en caraqueño, en ese espontáneo tuteo que fluye allá apenas se cruzan las espadas de la charla; en la que el hablar es gracioso, y nuestro idioma abre sus vocales, deja las consonantes, aspira las "j" y se deslizan, como diablillos, cien, mil veces, los vocativos "chico", "vale", "carrizo". Es contagioso y, como el ritmo de un joropo, al cabo de diez minutos, olvidamos nuestros rudos "ones" e "itos" y estamos empujando las palabras y las sílabas, cantando como un caraqueño.

Ya he dicho más de una vez, que busco tras el empaque del personaje, el hombre verdadero, para oír su monólogo, descifrar sus incógnitas, sus debilidades y grandezas, en la luz de una confesión que brote o que se insinúe en el diálogo. Vano intento ahora también en Santiago. Uslar Pietri, hombre público, sabe muy bien lo que son los admiradores preguntones, los periodistas y los *paparazzi* que andan a su zaga. Se defiende usando la contrafigura para abroquelar al personaje y salvar al hombre.

Deshecha esta última esperanza, he vuelto sobre sus escritos y, sin buscar mucho,

para no encandilar la visión y el enfoque, quiero remitirme a dos textos muy simples, acaso no representativos en la obra de Uslar Pietri, *Lo criollo en la literatura*, de *Las Nubes*, y su brillante ensayo *La novela en Venezuela* en que explica su desarrollo hasta su generación.

Así podré, tranquilo, dialogar con él. Hace años hice, después de muerto, lo mismo con Mariano Latorre, en un "reportaje póstumo".

Este será un "reportaje inactual", como lo titulo.

Dice Uslar Pietri en *Lo criollo en la literatura*:

"América fue, en casi todos los aspectos, un hecho nuevo para los europeos que la descubrieron. No se parecía a nada de lo que conocían... Todo estaba fuera de la proporción en que se había desarrollado históricamente la vida del hombre occidental. El monte era más que un monte, el río más que un río, la llanura era más que una llanura. La fauna y la flora eran distintas. Los ruiseñores que oía Colón no eran ruiseñores. No hallaba nombre apropiado para los árboles. Lo que más le recordaba era el paisaje fabuloso de los libros de caballería. Era en realidad otro orbe, un nuevo mundo... —En este mundo— también hubo de formarse una sociedad nueva... Los españoles que abiertamente reconocieron siempre la diferencia del hecho físico americano, fueron más cautelosos en reconocer la diferencia del hecho social. Hubiera sido como reconocer la diferencia del destino... El criollo veía al peninsular como torpe y sin refinamiento. Todo esto lo dicen los documentos de la época y está latente en palabras tan llenas de historia viva como "guachupín", "indiano", "chapetón", "perulero". La misma voz "criollo" es un compendio de desdenes, afirmaciones y resentimientos.

"Tardos fueron los españoles en admitir este hecho. Todavía a fines del siglo XIX Menéndez Pelayo, habla de la literatura hispanoamericana como parte de la literatura española y se propone, en la Antología que la Academia le encomienda, dar «entrada oficial en el tesoro de la literatura española» a la «poesía castellana del otro lado de los mares». (La cursiva la he puesto yo).

"Pero, en cambio, cuando la novela hispanoamericana comienza a alcanzar dimensiones universales, se afirma como un rasgo más sobresaliente el de la presencia trágica de la naturaleza como héroe central. En ninguna otra novela contemporánea tiene la naturaleza semejante importancia... La literatura hispanoamericana nace mezclada e impura, e impura y mezclada alcanza sus más altas expresiones. En ella nada terminó y nada está separado. Todo tiende a superponerse. Lo clásico, lo romántico, lo antiguo como lo moderno, lo popular con lo refinado, lo tradicional con lo mágico, lo tradicional con lo exótico. Su curso es como un río que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias".

Invoca a Moreno Villa en su testimonio: "El siglo XVI se distingue por su anacronismo (mezcla de romántico, gótico y renacimiento); el siglo XVIII se distingue por su mestizaje inconsciente y el siglo XX se distingue por la conciencia del mestizaje".

"Esta vocación de mestizaje —comenta—, esa tendencia a lo heterogéneo a lo impuro vuelve a aparecer en nuestros días en la novela hispanoamericana. En ella se mezcla lo mítico con lo realista, lo épico con lo psicológico, lo poético con lo social. Tan impura y criolla como ella es la nueva poesía. A nada del mundo renuncia, incorporando aluvialmente todo lo que viene del mundo. No renuncia al clasicismo, ni al barroco, ni al modernismo. Sobre ellos se incorporan los nuevos elementos que florecen en la extraordinaria poesía caótica de Pablo Neruda.

"Nace así lo auténtico y contradictorio americano de nuestra literatura. Nada las emparenta con España sino el lazo común de la lengua que está también llena

Reportaje  
inactual a  
Uslar Pietri

aquí de materia aluvial. Menéndez Pidal, maestro de maestros, recuenta en trece puntos los caracteres fundamentales de la literatura española. Ninguno de ellos conviene a la hispanoamericana. Es una clasificación desinteresadamente excluyente que nos deja afuera, más allá de la antesala, en el zaguán. No aparecen en este resumen los rasgos tradicionales, esenciales americanos desde el Inca Garcilaso hasta Quiroga.

"El primero de los rasgos propios (de la literatura hispanoamericana) es, sin duda, la presencia de la naturaleza. Domina al hombre y muestra su avasalladora presencia en todas partes. A la árida literatura castellana llevan los primeros cronistas de Indias, más que la noticia del descubrimiento de costas y reinos, un vaho de selvas y un rumor de aguas. Los ríos, las sierras, las selvas son los personajes principales de esas crónicas deslumbradoras para el castellano que las lee desde la soledad de su parda meseta. Es con bosques, con crecientes, con leguas con lo que luchan Cabeza de Vaca, o Gonzalo Pizarro u Orellana".

2. En los textos de *La novela en Venezuela* (1952?), dice Uslar Pietri:

"He de comenzar por dos afirmaciones fuertemente polémicas. La novela hispanoamericana es hoy la más importante de lengua española; y, dentro de ella, ninguna aventaja a la novela venezolana... Ningún país hispanoamericano excede a Venezuela en la numerosa, continuada y creadora familia de novelistas que posee, que en el último medio siglo ha contado con más de quince novelistas importantes, que han escrito unas cincuenta novelas notables, muchas de las cuales habrán de quedar en la historia de la literatura continental".

Omitimos la lista que él no da taxativamente.

Es claro que su tesis es fuertemente polémica. Pero no intentaremos caer en la pendiente a que ella arrastra. Entremos mejor a considerar las razones que asisten a sus afirmaciones. Lo que quiere decir Uslar se aclara en sus mismas adjetivaciones, al decir que en Venezuela hay una "numerosa, continuada y creadora familia de novelistas". Permanencia, calidad y cantidad dentro de ella, es lo que la coloca en tal rango.

Y veamos.

Desde Daniel Mendoza, a mediados del siglo XIX, en Venezuela se allegan "materiales y personajes, hasta el tono del diálogo o el vocabulario, para una novela de la vida rural en las grandes llanuras" y de paso señala un título de Mendoza, *El llanero*, que define como un libro "corto y henchido".

Vienen luego los costumbristas que son legión. Estos, sin afán de hacer arte, se dedican más bien a coleccionar "hechos y rasgos, movidos generalmente por un propósito de sátira política contra los dictadores". Ejemplo: Blet Peraza, contra Guzmán Blanco y Castro. Los grandes como Fermín Toro, que cargan con otra alta tarea nacional, son novelistas por incidencia que caen en la imitación de los grandes románticos en relatos "oratorios y compungidos".

Pero el gran Balzac que deja profunda huella en Chile en nuestro Blest Gana, no roza la epidermis literaria venezolana. Luego otro grande, Eduardo Blanco, publica en 1882 una novela larga, *Zárate*. Es también un romántico, señala Uslar Pietri. Pero su gran libro, no es una novela, es su *Venezuela Heroica*, exégesis histórica clásica, libro que todo venezolano lee y relee básicamente hasta nuestros días. Poco después Tomás Michelena da a luz su *Débora* y con ella entra abiertamente la novela por el surco del naturalismo de Zola tan bien leído y digerido por este venezolano.

Uslar Pietri es enemigo de someter nuestras literaturas a las clasificaciones oficiales derivadas de las corrientes europeas. Aquí se sirve de ellas sólo de sostén. En América todo eso se derrumba aluvialmente, de golpe, ha dicho y repetido en

Santiago hace poco. Y así como se muestran torrenciales las obras, los hombres que hacen esa literatura son también de formación aluvial. Los salva el humanismo. Sus personalidades reúnen al estadista, el historiador, al sociólogo en simultáneo ensamble.

"La influencia naturalista —afirma volviendo sobre la novela—, es la última y la más visible, pero no llega a reemplazar enteramente a las otras. Nunca se puede hablar en la literatura hispanoamericana de influencias únicas. Uno de sus caracteres fundamentales es, precisamente, su aptitud para lo heterogéneo, lo mestizo, lo impuro. Y un poco después: Todas estas tendencias o herencias: sentimentalismo romántico, técnica naturalista francesa, tradición satírica reformista del costumbrismo pintoresco, periodismo político, oratorio, se conjugan de manera turbia e informe el año 1890, en *Peonia*, un libro improvisado, que brota de las manos de un semiletrado, a ratos periodista, guerrillero y político que se llama Manuel Vicente Romero-García (o Romerogarcía, todo junto, como también lo escriben)".

*Peonia*

La suma de rasgos de *Peonia* perdura largo en la novelística venezolana. El último *Solar*, que en edición posterior tituló Gallegos *Reinaldo Solar*, tiene signos del más puro romanticismo que lleva al héroe a un pesimismo derrotista. Los mismos están patentes en las demás novelas que siguen a la publicación de *Doña Bárbara*, en las que el propio Uslar, el más novelista de todos los novelistas venezolanos, el más reformador, cae también.

Pero todo se quema en su patria en la caldera bullente de la vida política. No hay un escritor, un pintor, un poeta, un solo artista venezolano, en fin, que no esté íntima y pasionalmente envuelto y comprometido en el juego político antes y después de su generación. Los posteriores no cambian —ni ellos ni la actitud nacional frente a ellos. Muchos han sido víctimas de la persecución, del exilio; crean a ratos sí a ratos no entre los grandes silencios carcelarios de la Rotunda y San Juan de los Morros. Para ellos tampoco ha habido paz. Tal el caso de Andrés Eloy Blanco. Su imaginación brota en el destierro y en sus reclusiones y así se explica su aguda sátira y la sonrisa que transparenta su irremediable melancolía.

¿Qué es *Peonia*? La importancia de este librito, publicado en el último decenio del siglo XIX, viene, con los años, a acusar las perspectivas de su lección precursora nativista que la revisión crítica le confiere.

"Esta obra que casi no es una novela —dice Uslar en el mismo ensayo—, estaba destinada a tener una inmensa influencia en el desarrollo y la fijación de lo más valioso y permanente de la novela venezolana. Este libro deshilvanado, desigual, a ratos incoherente, empedrado de filosofía barata, pobre de técnica, con frecuentes faltas de gusto, es, sin embargo, la que, por mucho tiempo, va a ser la fórmula de la novela venezolana".

Trama endeble. Es el idilio de una muchacha campesina con su primo, un ingeniero que simboliza la ciencia y el progreso frente a la rutina y el atraso, encarnados en la persona y la hacienda de su tío. Está escrita en un tono satírico, lleno de parrafadas reformistas. El desenlace es fuertemente trágico: se incendia la plantación, muere ella y, en el desengaño y el dolor, el primo se torna cínico y escéptico.

Se ha dicho que estos rasgos de *Peonia* van a perdurar en la novelística venezolana. *Doña Bárbara* de Gallegos, está dentro de la temática de *Peonia*, asegura Uslar. Agregaremos que está presente aun en su obra tan aplaudida, *Las lanzas coloradas*. Sólo que, en ésta, hay una gran seguridad en el estilo y en la composición, y prevalece, hacia el final, tras el fin de las románticas figuras de los sobrevivientes de la vieja casa encarnados en Inés y su hermano Fernando, la bestialidad de

Presentación Campos, aprendiz de caudillo que muere animalmente, bestialmente, en la lucha que enciende a Venezuela, defendiendo ciegamente una causa anti-histórica, fundada en el odio primitivo, una causa que sigue por instinto primario y racial. Es así como esta obra que reúne todas las grandezas de una gran novela actual, en la que de sobra se ve la definida originalidad del joven escritor que la hizo a los veinticinco años, tiene tal vez, por culpa de éstos, un sello profundamente romántico, y cae en lo que él mismo denominó "ciclo de Peonía".

Tanto en Gallegos y tal vez mucho más acusadamente en Uslar, se ve entrar la corriente de una suerte de realismo al cual —y tratando de eludir remedos de nomenclaturas—, podremos llamar un realismo "mágico", entendiendo por tal, un realismo literario que se llena de vivencias adivinatorias, caóticas e inexplicables. Está en las descripciones, en los mitos en que se inspira, en la naturaleza desconocida que avasalla y domina al hombre americano de estas novelas, agregaremos.

Luego, al dibujar la naturaleza de la novela hispanoamericana, señala:

"Hay una indudable preferencia por el personaje rebelde y prometeico, por el héroe civilizador. Un arraigado gusto por lo patético y lo sentimental, una preponderancia por lo subjetivo, una tendencia al pesimismo, y un manifiesto sentido de la fatalidad". Y en seguida: "Estrechamente ligado al costumbrismo y al tono romántico, surge el propósito reformista, más o menos diáfano. El reformismo es substancia de la novela criolla. En una vida colectiva que casi no ha sido otra cosa que transición y crisis, el novelista no ha podido ser sino un partidario. Está contra esto y contra aquello, y quiere que su novela sirva para esta lucha".

Vienen los personajes símbolos. "Los conflictos esenciales de este héroe novelesco son la naturaleza y la organización social".

Uslar Pietri es fundamentalmente un novelista venezolano. Sus conclusiones y sus enfatismos son, por eso, algo extraños al dibujo esencial de nuestra novela, pero las coincidencias son mucho más. El costumbrismo de Daniel Riquelme, de Barros Grez, de Angel Pino, son también anécdota y sátira en Chile. El reformismo viene con Baldomero Lillo.

En todo caso su análisis crítico engloba a una provincia literaria mucho más amplia de Hispanoamérica, en la que la naturaleza es la gran devoradora del hombre y su aventura. Y es tarea heroica e interminable allí, civilizar.

*Acentos fundamentales de la novela hispanoamericana y venezolana*

"Reducida la novela a su más simple anatomía —dice en otra parte— resulta que sus elementos no son menos de tres: el personaje, la trama y el ambiente... No hay una novela sin la concurrencia de los tres, pero sus proporciones y su importancia relativa varían no sólo de acuerdo con el temperamento del novelista y con su sentido artístico, sino también con el genio propio de la raza o de la nación".

Y fluye de este aserto algo que es hijo de sus grandes intuiciones o hallazgos de pescador y paisajista de las grandes ideas caudales; algo que nace de su experiencia, de sus lecturas, sin duda, de sus ocios, cuando buscando definiciones para nuestra novela, anota:

"...La novela española tiene por tema el personaje. España no ha hecho sino forjar hombres, o crear almas, como diría Unamuno. El Cid, la Celestina, Don Juan, el Lazarillo, Don Quijote, Doña Perfecta... Otras literaturas ponen el énfasis sobre la trama. Lo que les interesa no es el individuo, no es un hombre, sino la acción, lo colectivo, lo acaecido. La novela de los Estados Unidos responde en gran parte a esta caracterización. Recuérdese sus grandes hazañas: los cuentos de Poe, la busca de Moby Dick, las aventuras de Huckleberry Finn, los negocios de Babbit. En la novela venezolana, como en casi toda la hispanoamericana, el



orden común de los elementos es éste: ambiente, personaje, trama... Lo primero que importa es el clima, material o moral, natural o social, donde el hombre se mueve. El personaje viene luego, casi siempre como una respuesta al ambiente. La trama es lo último, lo menos importante y en muchas de las más egregias ocasiones, casi inexistente". Y condensa: "...el héroe: es el mundo. El mundo avasalladoramente natural".

Los que siguen a *Peonia* de García-Romero en su línea naturalista, van a la sátira social. Los personajes son pesimistas, fracasados o hundidos en el barro ardiente de la política, como en la novela de Eduardo Pardo *Todo un pueblo*, y los que pinta, tan despiadadamente, Blanco-Fombona en las suyas por ese mismo tiempo.

Uslar anota con diáfana claridad al pasar sobre su figura:

"Blanco-Fombona tenía un sentimiento nietzscheano de la vida. No le interesaban sino los héroes, el superhombre. Detestaba y casi odiaba a los demás. Sus novelas están llenas, más que de retratos, de caricaturas mordaces y sangrientas. El don de entender la vida, que es uno de los esenciales del novelista, estaba en él ahogado por la pasión. Toda su novela es sátira, castigo".

Así son *El hombre de hierro* y *La Bella y la Fiera*.

El mismo se miraba como un héroe. Era su mejor personaje. Si no leed las palabras que transcribo, confesión que formula a un amigo poco antes de partir a Buenos Aires, donde murió. Son las palabras melancólicas de un héroe de sus propias novelas, cuando dice: "...Estoy enfermo y triste... Siento que se acerca el fin. Es probable que no vuelva vivo. Hay quienes creen que nos morimos de repente. No es verdad. Vamos desapareciendo poco a poco. Falla la memoria, fallan los ojos, flaquean las piernas. Todos esos fenómenos anuncian la irremediable presencia de la *pelona*. Qué quieres tú: me voy con la trizeña de no haber sido nada de lo que deseaba ser... Hubiera querido ser Guzmán Blanco y quizás Castro, que tenía de loco como yo. López Contreras en ningún caso"...

Ni más ni menos que como un héroe fomboniano. Un héroe frustrado.

Siguiendo el orden con que Uslar desarrolla el estudio de la novela venezolana y su ajuste con la hispanoamericana, se desliza la figura de Manuel Díaz Rodríguez que emplea en sus novelas la manera modernista del estilo. Sus *Cuentos de color* son "delicadas estampas desvaídas, donde la sensibilidad se entrega a artificiales juegos con el color, la música y la poesía, en una lengua alucinada de imágenes", fórmula que repite en *Sangre patricia*, publicada en 1922. Acaso Díaz Rodríguez, venciendo el aislamiento de nuestras literaturas y nuestras librerías, hubiera sido leído en Chile en esos años. Sus libros plenos de un naturalismo vertido en un lenguaje elegante, parecen hoy para ser leídos fuera de Venezuela porque seguía "la lección refinada de Barres, de D'Annunzio, de Wilde" cuyas lecturas repetíamos aquí entonces.

En la misma línea, pero con más acento en lo criollo, siguen Luis Manuel Urbaneja Achelpohl y Gonzalo Picón Febres. Pero venezolanos y chilenos de entonces han avanzado en sus lecturas y revisan a los novelistas rusos en las traducciones de Natalia Tasin, publicadas por Calpe. En esta nueva tendencia que Uslar define para Venezuela como "un misticismo naturalista en tierras de grandes misterios y soledades", emerge con claridad la figura grande de José Rafael Pocaterra. Grande en su rotunda concepción como en su venezolanidad. "Mis personajes, decía Pocaterra, piensan en venezolano, hablan en venezolano y como tengo la desgracia de no ser nieto de Barbey ni del cisne lascivo, es justo que me considere, y lo deseo en extremo, fuera de la literatura".

"Sus *Cuentos grotescos*, *Vidas obscuras* y *Tierra del sola amada*, son "poderosas,

estallantes y desiguales novelas realistas". Pero son grandes libros. En su largo destierro escribe una obra que toda Venezuela lee aún con el mismo interés. Es una obra maestra de sinceridad y verdad. Es uno de los mejores libros precursores escritos en nuestro continente. No es una novela. Es una epopeya, porque está en ella todo el drama de su patria bajo las dictaduras. Este libro casi sin parangón americano por su crudeza y naturalidad, por su desprejuicio literario, son sus *Memorias de un venezolano de la decadencia*".

### Gallegos

Y llego en esta exploración por la que nos conduce la mano del buen argonauta, al gran hito de la novela de su patria: Rómulo Gallegos. Es el primero en reconocer su estatura gigante. Pero:

"No hay novelista —dice— menos renovador y audaz en lo formal y en lo técnico que Gallegos. Es acaso *Cantaclaro*, gran novela insuflada de verdadera y poderosa poesía, la única obra en que parece apartarse libremente de esa rígida estructura tradicional, pero, a medio relato, vuelve a ella. *Doña Bárbara* (1929), es la obra de la culminación, la que trae la consagración universal".

Es, sin duda, esa fama la que hace abrir la puerta por la que entra el aire de la universalidad en la literatura venezolana y en el nombre de su geografía, después del petróleo.

Publicada en España, recibe allí su primer pasaporte de internacionalidad, cuando en la península gana el premio del mejor libro del mes. Apenas si puede oírse ya el eco de otras finas voces como la de Teresa de la Parra, con su *Ifigenia*, "uno de los libros más ricos, vivos, femeninos y turbadores, más cargados de sensualidad física e intelectual que pueden leerse".

Pero en 1931 aparece *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez.

"Un libro de prodigiosa evocación —dice Usler—, escrito en la más fina y sabia de las prosas. Una prosa preciosa y poética, pero castigada, que lejos de estorbar el relato, se funde en su calidad lírica para darle una unidad excepcional".

Y ese mismo año, *Las lanzas coloradas* de Arturo Usler Pietri. Es demasiada invasión venezolana, anotamos. Hace sólo dos años que el mundo iberoamericano había recibido el sacudón de *Doña Bárbara*. Y ahora nos enfrentamos con otro suceso venezolano que rebasa torrencialmente hasta los umbrales de la fama con el nombre de un joven, casi un adolescente, que mal cumple unos 25 años.

Desde entonces nuestros ojos siguen atentos, vueltos sobre Venezuela. Y los nombres de su generación que dio a Gallegos, el padre, Usler Pietri, Pocaterra y Picón Salas, van hallando un eco universal. Algunos de ellos: Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, Ramón Díaz Sánchez con su novela *Mene* (1936), que luego alcanza la traducción al ruso con el nombre de *Petróleo*, al eslovaco con el título *Nafta*, al francés, en fin, *Bitume* (1953).

### Venezuela en la antítesis de civilización y barbarie

Por boca del propio Usler Pietri, he tratado de dar una visión interpretativa del itinerario de las letras de Venezuela.

¿Por qué es tan rica en materiales dramáticos la novela venezolana? Trataré de contestar a este interrogante.

Toda literatura, toda validez de una gran literatura reside en el grado de verdad con que ella traduce o refleja el medio en que nace y prospera.

En Venezuela conviven hoy todas las etapas de su historia. Ni las Guerras de la Emancipación, ni las no menos terribles de la Federación; ni la acción policial de sus caudillos y autócratas bárbaros o civilizados, ni aun la obra constructiva de los actuales gobiernos democráticos, han conseguido erradicar de la entraña nacional los signos comunes de la barbarie americana. Es nuestra fatalidad histórica

y social. Pero en Venezuela hay algo más: no es sólo la repetición incidental de los ciclos sino el contenido y la fuerza de ellos que está en latencia, en alerta superposición. Todas tienen su expresión y simulacros actuales. Su encadenamiento histórico es una marcha lenta o acelerada llena de saltos y regresiones. Todo un regazo dramático queda vivo en el país y en el habitante como una herencia orgánica. Permanece y vegeta. Despierta y salta. Así como siguen cotidianamente los panegiristas de Bolívar, brotan los de Guzmán Blanco, los de Páez, los de Gómez, el *Benemérito*. Y simultáneamente, de los últimos, sus ardientes detractores.

La unanimidad está sólo con Bolívar.

Pero sobre la herencia bárbara de los caudillos, avanza en forma vertiginosa el país, desde la aparición en la escena nacional del oro negro. Esta fuerza plutónica pasa a ser el tono y la causa de las últimas desorbitaciones, avances, desatinos, y es alimento fecundo para el novelista.

Faltan estadísticas exactas, pero por lo que se habla y se comenta en el debate parlamentario o callejero, hay cerca de 1.000.000 de emigrantes ingresados al país en los últimos veinte años, después de Medina Angarita. La política educacional y cultural, ante este crecimiento, ha logrado un desarrollo gigantesco. Venezuela no tenía maestros hace treinta años, debiendo reclamarlos de todas partes. Hoy comienza a haber plétora de nacionales y sobra de extranjeros. La gente lee; en sus bibliotecas hay noventa y cinco lectores diarios por cada mil habitantes; en Chile, país de tradición educacional, un poco más, 131. El Estado crea editoriales y ayuda el esfuerzo privado por el libro. Venezuela entera lee a sus escritores en fáciles colecciones al alcance de cualquier bolsillo, que en gran parte financia el Estado.

Pero el país mantiene siempre sus características imborrables. Son sus tatuajes. Sus mismos presidentes del período democrático, desde 1936, lapso que inician dos militares, López Contreras y Medina Angarita, que siguen los civiles de americana y toga, tienen algo de Castro y Guzmán Blanco, porque el clima de esta democracia esconde el explosivo de la violencia. Y aun se da un Pérez Jiménez.

Revive con el petróleo lo que Arcila Farías llama la "psicosis de la riqueza", pathos envolvente que desde la llegada de los españoles a Tierra Firme, con la leyenda del Dorado, viene presentándose con insistente envite. Esto hace ávido al criollo y al emigrante mimetizado. La riqueza viva y latente está brotando del suelo rico en café, ganado, cacao, maderas preciosas y en el subsuelo o en los arroyos se cuaja el oro, o, más abajo, queda el hierro, el petróleo o las gemas. Campo codicioso de pasiones que ofrece un rico material novelable.

El escritor se proyecta como actor y testigo; rompe su tranquilidad para enderezar al campo donde le espera la lucha. En Venezuela, salvo casos muy señalados, los escritores, los poetas, los artistas, no tienen torre de marfil. Literatura y arte están hundidos en la vorágine nacional. Están en la barricada. Hay algunos, como Díaz Sánchez que iniciado como gran novelista, con *Mene*, en 1936, deja un poco la narrativa para devenir sociólogo o historiador siguiendo el llamado parejo de su otro gran impulso venezolano: revisar el juicio y ordenar la historia.

Uslar lo abarca todo en otra escala. Es venezolano ciento por ciento. Es, hoy por hoy, un político que se da tiempo y maña para novelar en su casa de La Florida, en Caracas, en matutina tarea. Así en el exilio, en los viajes o en el retiro, compone y publica el primer volumen de su ciclo "Laberinto de Fortuna", *Un retrato en la geografía*, al que sigue, dos años después, el segundo, *Estación de Máscaras*, y, mientras prepara el tercero, sin título aún, da, por el sello zodiacal de Taurus, en España, un libro de cuentos, *Pasos y personajes*, de cuya excelencia es prueba el relato kafkiano *Simeón Calamaris*, aparecido en la Revista de Occidente.

*Dimensión y  
sentido de  
su obra*

Son más de treinta los títulos de sus obras. Dejemos un momento al escritor, antes de seguir, y revisemos sumariamente la carrera del político y el hombre constructivo: ha sido sucesivamente Ministro de Educación, Secretario de la Presidencia de la República, Ministro de Relaciones Interiores; profesor de Economía, fundador de su Facultad; Ministro de Hacienda; profesor de Literatura Venezolana en la Universidad Central de Caracas, senador por el Distrito Federal, sitio desde donde arranca su postulación presidencial de 1963.

Es ambulante embajador de su patria en sus giras y conferencias, y profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Columbia en Nueva York, 1947. Todo esto hace —y lo hace con brillo—, mientras escribe y viaja por Europa, el Medio Oriente, América del Norte, América del Sur y el Caribe.

Tiene una salud inalterable y unos frescos sesenta años. En literatura no ha dejado provincia de este arte en que no haya entrado: novela, cuento, teatro, ensayo, aparte de la biografía, los viajes, antologías y sus estudios sobre la torturada economía venezolana. Se extraña de la poesía de la que no hay rastros sino aquellos que bañan su prosa tan colorida e imaginera. Como poeta de juventud se excluye también de las antologías.

Hoy se le edita y reedita: Buenos Aires, Caracas, Madrid, Barcelona, París, Santiago de Chile. *Las Nubes*, libro capital en su ensayística, tuvo edición en Chile por el sello de la Editorial Universitaria, en 1956. Hay en él mucho de su credo estético y moral, cuyos postulados repite con frecuencia en sus charlas porque son sus tablas mosaicas.

Tan vasta obra se hace acreedora a un estudio completo y caudaloso que queda fuera de nuestro intento. Hemos analizado someramente, acaso periodísticamente, diremos, el fondo social y político en que ella se desarrolla y el tránsito civilizador de su generación, midiéndolo en el propio testimonio como su intérprete mejor.

*El artifice de  
sus novelas*

Por eso no debe extrañarnos la extensión que Uslar Pietri da a su narrativa. Se siente en lo suyo prohiendo descripciones del medio y la naturaleza de los llanos de Venezuela de *Las danzas coloradas*; de sus ríos caudalosos, en la aventura fluvial de Lope de Aguirre de *El camino del Dorado*.

En lo suyo está también cuando toca, en parte, la dramática trabazón social de las Guerras de la Independencia, en el primero. O los celos asesinos del que quiere fundar el gran imperio marañónico para hacerse dueño de América, en el segundo. Y cuando llega a los finales dramáticos del uno y del otro: de Presentación Campos que quiere ser el caudillo de la regresión y Lope de Aguirre que se alza contra Felipe en su loca y audaz tentativa. Son sus novelas clásicas. Sabia elección de temas que realiza con tintas de un realismo magnético. En ellas está la permanente antítesis de toda la vida venezolana y americana. Tal vez se acusen mayores vacilaciones en la segunda, donde mucho fue inventado sobre hechos tan difíciles de cotejar en el dudoso testimonio de los cronistas de la conquista. Pero ¡qué seguridad en el estilo! ... Las pasiones nacen de la naturaleza misma, y van diezmando la trágica caravana. Ofusca a los aventureros. Dioses nuevos, desconocidos, les trastornan la sesera antes de exterminarse unos a otros. Estaban locos al partir, locos de oír la leyenda del Dorado que guía la proeza insana.

No podía ser para él y para sus dotes de novelista nada más tentador que estos hechos caudales, fundados sobre leyendas y sobre los rasgos permanentes de la naturaleza humana.

Su sabiduría en la composición es lo que, a nuestro juicio, hace de Uslar Pietri el novelista más novelista de su generación. Acaso no el más grande. Pero el novelista que más se arriesga.

Le ayuda la seguridad y novedad de su manera, en el dibujo claro y nervioso de su estilo y la cadencia del relato. Corta sabiamente para avivar el movimiento, dando plasticidad a su frase, color al estilo y una musicalidad de ritornelos y scherzos que animan la acción con mágico realismo. Es ejemplo claro de este aserto —y no lo es—, el final de *Las lanzas coloradas*, cuando el mulato Presentación Campos sucumbe aferrado al mástil de la lanza que corona la roja insignia de Boves, esa lanza que goza en matar y que busca el pecho de Bolívar para acabar con su mito y la historia de Venezuela.

Toda su narrativa está hecha sobre estos calcos. Pero en los cuentos que hace sin compromiso histórico y formal, es donde más se acerca a la perfección de su arte. Es un maestro que juega con sus dotes. Hay en ellos mayor variante en la temática, más profundidad y riesgo estético. Desciende de lo epopéyico de sus grandes novelas a un corto y ceñido diseño realista. En esta tarea se ve su intento de agotar posibilidades para entrar de lleno en una nueva fase que ya despuntó en *Barrabás* y en *Red*. Es la vuelta al filón profundo en su infinita riqueza autóctona y la pureza de los tipos primarios.

Recoge tradiciones, leyendas y fábulas como en ese encantador relato *El conuco de tío Conejo (Treinta hombres y sus sombras)*, y la cuasinovelita que titula *Mai-chak*, relato de un mito de la selva. O las realizaciones novísimas sobre el tradicional costumbrismo del cuento *El gallo*, todos del mismo libro; o la de ese admirable cuento en apariencias deshilvanado, y tan bien compuesto, *La fiesta de Juan Bobo*, hecho un poco en monólogo anticipándose a la manera de Sarraute. Todo, en fin, bien logrado, medido, ajustado, por la virtud de un buen arte que hace decir a Ricardo Latcham que Uslar Pietri "representa un ejemplo de inteligencia puesta al servicio de la razón"; que no improvisa nada, que "no tiene nada de torrencial repentismo tropical que malogra muchos talentos y los hace repetirse". Y que "es un milagro de cordura y de severidad, que exige mucho a sí mismo".

Todas las mañanas Uslar Pietri escribe frente al Avila, admirando el paisaje que cerca su retina en lo más empinado del valle de Caracas que es "como el cuenco de dos manos reunidas amorosamente para retener un agua de gracia", dice el enamorado de su ciudad.

De este cerco verde y de los esfuminos del cielo y la montaña tutelar, baja para hundirse en el diario roncar de la política.

Pero en esta variante vital están siempre alertas sus pupilas de novelista para recoger del inagotable surtidor de la vida, lo que va a reflejar en el recreamiento de sus novelas. El mundo traspuesto que ilumina su obra.

De esta faena oscilaria de verdad y ficción, de ese siempre estar medio en vigilia, medio alucinado, fluye el recuento formidable de la vida caraqueña que dibuja el ciclo "Laberinto de Fortuna". No simultaneizó mi vida en Caracas con el tiempo de sus novelas. Fui su testigo póstumo. En ellas está reflejada la ciudad en dos periodos bien marcados. En *Un nombre en la geografía*, es el tiempo que inicia la etapa posterior a la muerte de Gómez acaecida en diciembre de 1935. (¿Qué día murió el Dictador? No se sabe. Se compuso la fecha de su muerte. Hay una trama urdida por los endiosadores de palacio para ocultar la fecha y hacerla coincidir con la de la muerte de Bolívar en Santa Marta). Shakespereano. En el segundo, *Estación de Máscaras*, cabe el periodo anterior al advenimiento de Pérez Jiménez hasta el asesinato de Delgado Chalbaud. Este es el escenario del tiempo. Dentro van los hilos y rellenos de una sutil trama, a medio dibujar, como en la vida, entre los rostros y las máscaras que componen el fondo gesticulante y humano con fidelidad desconcertante.

*Ultimo rostro de sus novelas*

Hace poco en Santiago, al sintetizar en una entrevista con Fernando Durán las tendencias actuales de la novela, hizo, indirectamente, su última confidencia estética:

"La novela moderna, y me refiero a la de Sarraute o Butor y Max Robbe-Grillet, junto con otros tantos, abre una nueva puerta que, cualesquiera que sean las reservas que pueda merecer, aporta una innegable riqueza y aumento del instrumental del novelista. Novelar, insisto, no es retratar la vida, sino hacer una recreación de ella, porque en nuestro tiempo es radicalmente decisivo expresar la infinitud del hombre y su incomunicación... No puede olvidarse que en nuestro tiempo el mundo ha perdido significación, que carece, en suma, de sentido para el hombre, el que reacciona ante esto en formas de angustia, de perplejidad o de rebelión... La novela moderna regresa a lo simple, directo e irrenunciable, que es el humanismo esencial. El hombre no se siente señor del mundo como en el Renacimiento, sino perdido y sumergido en el cosmos que lo desborda por todas partes... Sería absurdo pensar que estas nuevas formas suponen la desaparición del arte, como algunos propugnan. Lo que ocurre es que el hombre anda ahora en busca de un nuevo punto de partida, se encamina hacia lo inseguro, y deja en la senda su huella, su paso como agente de erosión. En el arte óptico este hombre ve; es un elemento transitorio que asiste, capta y revela".

SEÑORAS CHILENAS

Señora Pérez, Sandoval, González  
señoras majestuosas  
que crían diez chiquillos  
y venden empanadas los domingos.  
Señora de los pueblos más pequeños  
de Pinto, de Turquí,  
de Rarínco y de Púa.  
Señora de los barrios y recovas,  
que se abre paso a risas  
con su cesta de peras  
tomates y cilantro.  
Grandes amigas de la sopa humeante  
y el caldo de pescado.  
Señora Torres, Álvarez, Rodríguez  
que matricula al niño  
y teje los zapatos  
de la guagua de su hija  
en Rengo, en Quilicura,  
en Salamanca.  
Matronas del lavado y de la huerta,  
esposas del maestro carpintero  
o viudas del sargento.  
Vecina que en carreta soñadora  
va a la feria los sábados,  
por caminos de sol en Chillán Viejo,  
por los barreales frescos  
de Osorno a Río Bueno,  
a vender unos pavos,  
el chancho regalón  
y dos sacos de trigo.  
Señora nacional, usted que lucha  
contra la borrachera del marido,  
que coloca en la mesa  
la sandía chorreante del verano,  
que le arroja las migas del mantel  
a sus cuatro gallinas,  
Señora Carmen, Auristela, Eufemia,  
usted le dice al niño que no debe mentir,  
pone la escoba en manos de la chica,  
administra las compras y decide,  
arma los funerales y las fiestas

y si la apuran mucho,  
baila sus buenas cuecas.  
Así la he conocido,  
preparando la chicha en Villa Alegre,  
remando en Chiloé,  
friendo sopaipillas en Natales  
a la luz de una vela.  
Con una dignidad tan manifiesta,  
con principios morales tan exactos,  
tan cumplida y benévola  
que la miseria no le deja apenas  
más que un olor a humo,  
más que las manos ásperas  
y el delantal con manchas de tristeza.  
Y acaso el pelo blanco  
y en la frente una arruga  
por cada deudo muerto.  
No importa.  
Su corazón es firme y alentado  
y su ánimo jugando sobrevive al dolor  
y al contratiempo.  
Pese a sus peregrinas molestias y dolencias  
no le ha de faltar Dios  
con su trabajo  
ni la ropa en la artesa.  
Señora,  
muchas veces me he preguntado  
al verla,  
¿quién reconoce el fondo de su esfuerzo?  
¿la decencia,  
la fuerza, el equilibrio  
con que usted alimenta  
a este duro  
a este largo país  
con forma de hijo?

EL TUMBERO

*Sólo la luna sabe cuándo mueres*

Elegía patagónica

El Tumbero se arrastra de estancia a  
estancia;  
tres días lo mantienen, después se larga.

Si cae en algún puesto, si llega a un rancho  
hace cualquier trabajo "para ir tirando".

Se pasa a la Argentina, regresa a Chile.  
puede seguir viviendo mientras camine.

Es un chilote viejo o un australiano,  
un argentino, un indio o un uruguayo.

A veces lleva al anca de su montura  
la guitarra con cuerdas de tripa y lluvia.

Las tonadas le trotan entre los labios  
o aire de no sé dónde, tristes y largos.

Es un hombre que tiene motivos varios  
para seguir el rumbo que da el caballo.

Son historias con muertes y desengaños  
que mientras más camina más va olvidando.

Pueden ser taciturnos, pero no malos,  
no les faltan los perros para ser amos.

No digo que no maten corderos huachos  
y no tengan asuntos de contrabando.

Yo sólo digo que andan de estancia a estancia  
separadas por miles de leguas blancas.

Que se duermen a oscuras sobre la estepa  
cuando el fuego se escarcha y el viento quema.

De Pacífico a Atlántico pasito a paso  
la Patagonia enorme cruzan silbando.

Alguna vez se quedan bajo los fríos:  
"en el pial de la muerte todos caímos".

El caballo se muere junto con ellos  
ni hacen bulto sus huesos bajo los hielos.

La luna los sepulta bajo la tierra.  
Por las eternidades su luz les nieva.

## BERCEUSE

Duérnase, señora,  
que está muy cansada.  
Suéltese las trenzas.  
Ablande la almohada.

Junte sus pestañas.  
Déjese. Descanse.  
Que en cualquier momento  
ya va a levantarse.

Que una guagua tose,  
que la otra mama.  
Que una se despierta  
y otra se destapa.

Duérnase, señora.  
No se ponga sola.  
Basta de tristezas.  
Déjese de cosas.

Duérnase, señora.  
No llore, descanse.  
Séquese esas lágrimas.  
Todo va a arreglarse.

## QUILMO

Doña Cleofilda me invitó a comer  
un domingo de invierno.  
Los hijos que aún vivían en su casa  
llegarían muy tarde.  
Estábamos, pues, solos  
con el brasero rojo entre las plantas  
que ella cultiva cual si fueran nietos.  
En el momento trascendente y clásico  
de escanciar ambas copas  
se apagaron las luces.  
Dejó de hablar la radio.  
Se produjo un silencio.  
Algo pasó en el aire.  
Me tomé el vino en sombras.  
Un vino de Chillán, pipeño, claro,  
con sabor a nostalgias o a naranjas.

Doña Cleofa buscó la palmatoria,  
puso en ella una vela  
y no encontrando  
para instalarla otro lugar más alto,  
vino en poner la luz



sobre un enorme pan amasado  
cubierto blancamente por un paño.

Automáticamente  
el pequeño, el dulce comedor  
se llenó de fantasmas.  
Todo un mundo de campo  
con su perfume rústico  
flotaba en la penumbra de ese cuarto.  
Con la señora Cleofa hace veinte años  
habíamos pasado muchas noches  
alumbradas como ésta.  
Ella cosiendo un pantalón parchado,  
yo entregado a algún libro.  
Yo torpe en monoslabos  
ella con su voz alta  
abundante de risas e invenciones sarcás-  
ticas.  
Cuando la desventura le mostraba los  
dientes  
su voz no se abatía;  
sólo que en vez de risas, cuatro lágrimas.

Bueno, bueno,  
volviendo a mi relato  
yo comía a mandíbula batiente  
un salpicón de carne  
con su pebre sureño.  
Y mientras Doña Cleofa trajinaba  
de la conversación a la cocina  
la vela daba con su luz antigua  
un brillo lento de melancolía  
lluviosa y suburbana.  
Por qué diablos, me dije.  
Por qué diablos.  
¿Qué significa este ponerme triste?

A todo esto se había presentado  
una vecina gorda y entusiasta  
secundada por una hija soltera.  
Doña Cleofa procede a presentarme.  
Este es Rivera, dice.  
El compadre de Enrique.  
Tuve siete hijos hombres,  
me refiero a los vivos.  
El mayor que hoy está en el extranjero  
tenía desde niño un gran amigo  
que hoy es un jefe de carabineros.  
Casi todos mis hijos se han casado,  
pero no olvidan nunca a sus amigos  
y sus amigos no me olvidan a mí.

A mí, que soy un poco madre de todos  
ellos.  
Este señor ha publicado libros.  
Escribe poesías.  
A la luz de estos datos la vecina  
me miraba con tierna mezcla  
de conmiseración y simpatía.  
Yo, mientras tanto que le sonreía,  
pensaba si era cierto todo aquello.  
Escribo algunos versos, como todos.  
Tuve críticas buenas, como tantos.  
Pero no me conocen  
ni Raúl Silva Castro ni Juan Pérez.  
Si a Neruda le dicen de repente  
¿quién es ese fulano?,  
no se acuerda.

¿Por qué han de conocerlo a uno  
porque escriba unos versos?  
¿Qué significa eso?  
Y seguí consumiendo las ofrendas  
que poblaban la mesa.  
Se fueron las visitas.  
A esas horas,  
como las nueve y media de la noche,  
con esa luz, con todo aquel silencio,  
ella y yo recordábamos el campo  
donde la noche es tan inmensa y alta  
como el aullido helado de los zorros  
colgando de las ramas de los álamos.

Éramos estudiantes  
en la remota ciudad de Chillán.  
Enrique y yo nos íbamos andando,  
Carlos y yo, Víctor y Abel y Pancho y yo  
seguíamos andando  
hasta dejar atrás a Chillán Viejo  
y el calor en el río Las Lajuelas.  
Quilmo estaba detrás de aquellos álamos,  
después de esos tres grandes eucaliptos.  
Doña Cleofa con un chico en los brazos  
y con otro pegado a las polleras  
nos ve venir de lejos  
y nos prepara el agua  
con harina tostada para calmar la sed.  
Nosotros somos esa nubecilla  
de polvo en el camino que el viento  
arremolina.  
Esa sombra que el fuerte sol de marzo  
forma en los matorrales.

En la casa una mesa con mil cosas:  
 miel, uvas, vino, pan de harina en rama.  
 Una mesa en el centro de una pieza.  
 Una pieza grande como una casa.  
 En el corral mugidos, cacareos  
 y los desafinados ladridos de los perros.  
 el Gaucho y el Pañuelo.  
 El padre, Don Manuel,  
 llegaba con lo obscuro.  
 Encendía su pucho sentado en una piedra  
 delante de la casa.  
 Se oían por allá dentro  
 los berridos de muchachos con sueño,  
 de mujer incansable regañando,  
 mientras chisporrotea la fogata  
 y de una olleta negra lamida por las  
 llamas  
 sale un aroma denso que entusiasma.  
 Allá en la cordillera deshaciéndose  
 flotaban unos rayos zigzagueantes.  
 Había pasado un día.  
 Un día entrecruzado de carretas,  
 de ordeñar, de hacer queso,  
 de perseguir el chanco  
 que se mete en los cercos,  
 de acarrear baldes de agua  
 de la vertiente fresca,  
 de haber vendido algunos animales  
 tomándose unos tragos en la Feria.

Había tanto sol desparramado.  
 La tierra era tan grande. Nos refamos.  
 Éramos como plantas nuevas y ásperas.  
 Como informes pedruscos  
 a la orilla del río.  
 Un puñado de muchachos salvajes,  
 De niños pensativos  
 arriba de los árboles.  
 Merodeando en las viñas.  
 Espantando caballos  
 y llenos de nostalgias imprecisas.  
 Unas veces cantábamos  
 en los tiempos de trillas.  
 Tanta cosa. Se hacían unas fiestas  
 en el rancho de allá  
 donde se veneraba un santo milagroso.  
 Iba gente en carreta de muy lejos  
 con toneles de vino,  
 con guitarras y perros.  
 Iba hasta el sacristán de Chillán Viejo.  
 Tantas cosas. El huaso Don Benito

que se cayó borracho del caballo  
 y se ahogó en el estero.  
 Yo no sé si aún sucede todo aquello.  
 Que se corren las tejas con el viento.  
 Que por los vidrios rotos aparece  
 como lechuza el miedo por la noche.  
 Que anden unos remotos asaltantes.  
 Que en las lomas del sur haya un in-  
 cendio.

Que la luna relinche en los potreros.  
 Voy a ir a conversar un día de estos  
 con Don Manuel.

Vamos a ir al trocete corto  
 en la chúcara bestia del recuerdo.

Don Manuel Valenzuela,  
 caballero del siglo diecinueve.  
 Señor de sol a sol.  
 Capataz de mostachos y mal genio  
 con sombrero de paja,  
 esculpido en la torre de su montura  
 huasa.

Administraba viñas,  
 manejaba bodegas.  
 Fue parcelero y enyugó sus bueyes.  
 Taló montañas  
 y fundó en tierra virgen muchas chacras.  
 ¡Qué habrá en los campos,  
 en las arboledas,  
 en el agua, en el aire del sur  
 que no lo sepa Don Manuel Valenzuela!  
 El mundo ha dado varias veces vuelta  
 de patas a cabeza,  
 pero nada ha cambiado,  
 en su quinta al igual que en su montaña,  
 todo sigue brotando y floreciendo  
 allí donde se encuentre Don Manuel  
 Valenzuela.

Cuando volvió la luz tardé un minuto  
 en salir de esa nube de recuerdos.  
 Se encendieron las lámparas.  
 Volvió a cantar la radio.  
 Doña Cleofilda se llevó la vela.  
 Yo, inclinado al recuerdo,  
 aún estaba en Quilmo.  
 Veía la casona en la colina.  
 El corredor cubierto de sandías.  
 Los silvestres perales  
 que daban unas pomitas diminutas,  
 puro licor de soles

picoteado de pájaros.  
 El estero debajo de una bóveda  
 de sauces amarillos.  
 Fuerte olor a poleo, a manzanilla,  
 a cigarra y un aire suelto y verde  
 rasguñando en las púas de zarzas y de  
 espinos.

Nos tomamos un mate con azúcar.  
 Doña Cleofa por fin  
 pudo tomar asiento.  
 Pero pronto se puso sus anteojos  
 y tomó una costura.  
 Conversamos del tiempo y de los hijos.  
 Todo ha salido bien. Pero se queja.  
 Siempre hay desavenencias. Sinsabores.  
 Le preocupan sus nietos.  
 Uno tiene mala salud,  
 a otro le va mal en los estudios.  
 Bueno, la vida no sería vida  
 si fuéramos perfectos.  
 Sonriendo se seca las mejillas  
 y muestra la ropita que está haciendo.  
 Todo ha salido bien.  
 El barco llegó a puerto.  
 Contemplo los retratos de sus hijos.  
 Veo los rostros de mis siete amigos.  
 Están haciendo clases,  
 dibujando proyectos, hablando en asam-  
 bleas,  
 manejando ideales, aviones, instrumentos.  
 Qué atrás quedó ese mundo verde de  
 Don Manuel.  
 Ese cielo de Quilmo  
 y esas calles del Chillán polvoriento.

Doña Cleofa me pide que perdone  
 sus continuos bostezos.  
 Me ofrece una copita de aguardiente.  
 Ya van a ser las doce.  
 Me voy. Le doy un beso. Ella se queda  
 sola.  
 Siento como una música exaltada y so-  
 lemne.  
 Soy el testigo de esta hazaña sin sangre,  
 pero llena de drama.  
 De esta lucha sin término.  
 De esta felicidad que empieza  
 o que se acaba.  
 Y no sé bien por qué

cuando salgo a la calle  
 del domingo de invierno  
 siento en mi corazón como un crispado  
 redoble de tambores.  
 No sé muy bien por qué  
 siento en mi corazón  
 como un redoble de tambores nevados.

## ACEVEDO HERNANDEZ

De la cordillera vengo  
 a caballo en un pequén.  
 Él a pequénas conmigo  
 y yo a pequénas con él.

Don Antonio Chillán, Bulnes,  
 Frontera, Tinguiririca Hernández.  
 Don Teatro Obrero,  
 Sociedad de Artesanos.  
 Don Antonio Acevedo.  
 Don 1800 tantos. Don Peumo.  
 Don Canelo. Don 1917.  
 Don Cauquenes Hernández.

El día que yo me muera,  
 si me quieren enterrar,  
 métname a un tonel que tenga  
 un tinto de calidad.

Don Antonio camina que camina.  
 Don Acevedo duerme en los pajares.  
 ¿Qué diablos busca, Don,  
 por estos pueblos?  
 ¿Qué persigue por estos andurriales?  
 Qué facha tiene usted de caballero  
 vestido de atorante.  
 Don Antonio Acevedo,  
 por aquí está el Alcalde.  
 Dígase unas palabras.  
 Usted que es escritor,  
 que conoce personas ilustradas,  
 Pase por la cocina.  
 Sírvase una empanada.

Por arriba y por abajo  
 tamboreando en la guitarra.  
 Metiéndole dicharachos  
 en remoliendas y farras.

Escribise un artículo.  
 Que sepan en Santiago

la suerte de estos indios desdichados.  
 Don Antonio,  
 sujétese las lágrimas;  
 siempre ha habido en el campo  
 ricos y miserables.  
 Dé a conocer la cueca.  
 Exprese en sus comedias  
 nuestras penas y nuestras esperanzas.  
 Leyendas y cantares.

Señora, ande con cuidado,  
 por aquí hay un cementerio.  
 Le tengo miedo a los vivos,  
 no se lo tengo a los muertos.

Don Antonio Acevedo,  
 ¡por la madre!

cuántas penurias al llegar a viejo.  
 Cuánto pago de Chile y soledades.  
 No ve, pues, Don Hernández,  
 no estariamos todos aquí llorando  
 si en lugar de escritor  
 se hubiera dedicado a comerciante.  
 Usted que es un patriarca.  
 Cardenal de las letras nacionales.  
 Algún día  
 le van a levantar un monumento.  
 Alguna vez van a editar sus obras  
 en formato de lujo.  
 De aquí a cien años  
 le van a hacer justicia.  
 Mientras tanto,  
 yo no sé,  
 mientras tanto.

## Benjamín Vicuña Mackenna: Los árboles indígenas de Chile y los árboles aclimatados de Europa

“Los chilenos, sobre todo, dados en particular a la Agricultura, y por tanto condenados a pasar gran parte del año en sus campos, con estudiar esta ciencia (la Botánica), abundosos objetos digno de meditación se procuraban: también este estudio fuera para ellos en muchas ocasiones un verdadero recreo, y con la competente idea de la maravillosa organización de todos esos seres, entonces se aplicaban a examinarlos, a conocerlos a fondo, enriqueciéndose de paso con una muchedumbre de nociones, todas ellas en gran provecho para la moral, para la industria y para la pública felicidad”. CLAUDIO GAY. (*Introducción a la flora de Chile*).

“¡SELVAS DE CHILE! ¡Dejad llegar a un fatigado caminante a tus antiguos lindes y permítle penetrar por los senderos que el leñador ha trazado para ir a reposarse bajo tus sombras majestuosas, sobre el tronco de un añoso *Peumo*, a cuyo pie brinca el arroyo que descende de la montaña al llano!” ... ¡Cuántas veces los que hoy somos jóvenes todavía hemos dirigido este saludo al penetrar ayer no más a los vírgenes bosques de que vivíamos rodeados, hoy ¡ay! “¡campos de soledad, mustio collado!...”

Parecería ridículo en este escrito entonar un himno con el arpa de Meléndez a la *Silvia* chilena, pero si no tenemos Bayaderas ni pastoras cuyas lágrimas o amores cantáramos, rudos campesinos, podemos al menos elevar una lacónica maldición a esa horrenda plaga que devora nuestra topografía, nuestra vegetación, nuestro clima, la naturaleza entera, en fin, y con ella la vida del hombre —hablamos de la destrucción de nuestros bosques y del menosprecio de nuestra silvicultura indígena.

Sobre el primer punto, en nuestra opinión, no debía decirse una sola palabra a no ser la de *barbarie*. ¿Podría en verdad decirse otra palabra cuando se roba a un país entero el elemento más constitutivo de su belleza, de su salubridad, de la vida de sus habitantes? Se han escrito tantos artículos, informes, tratados especiales, proyectos de ley, etc., sobre la corta de bosques, que al fin lo que era simplemente un hecho natural, ha venido a convertirse en una cuestión disputable; y mientras la disputa ha durado, el hacha ha venido a dirimirla, y ahí están las cepas muertas y la tronquería inútil donde ayer se levantara un bosque de vegetación impenetrable. Parecería que la mano de los abogados hubiera andado metida en esto. Al fin los bosques han desaparecido casi totalmente, y la cuestión del modo racional de arreglar la corta ha quedado insoluble...

Hace treinta años que los textos de geografía elemental decían: “Chile es uno de los países más montañosos de la América del Sur; bosques inmensos cubren toda su superficie” y hoy día, como si esas montañas se hubiesen envejecido, ostentan su frente calva y estéril, mientras un horno de fundición arde en sus más

recónditas quebradas, y los vaqueros acaso se divierten en las cimas, quemando los últimos retoños para formar un círculo al león perseguido...

La cuestión del día no puede ser ya la *conservación* de los bosques, sino su replantación. En efecto, tratándose de una plantación de acacias o *robinias* emprendida por don J. T. Urmeneta en el departamento de Ovalle se ha hecho una interesante publicación por don Luis Sada, que recomendamos a nuestros lectores como un excelente manual sobre esta materia; pues salvo la difusa vaguedad y repetición del estilo, contiene prácticas muy sanas y principios generales muy acertados.

Por de pronto nos referimos pues a todas las publicaciones que se han hecho sobre esa materia, y nos limitamos al segundo punto, objeto de este artículo, esto es, dar a conocer de un modo comparativo el mérito y las cualidades más preciosas de nuestros árboles indígenas.

¡Pobres árboles de Chile! ¡Ningunos tal vez más bellos en la superficie del globo, y ningunos más despreciados en los sitios mismos que embellecen!... ¡*El pago de Chile!* Para ellos el hacha, la sabalera ardiente de los hornos, y después un poco de ceniza o de carbón... y entretanto para los árboles exóticos, se dedican los almárgos esmerados, los conservatorios más costosos, los sitios de recreo, como la Alameda, los puestos mismos de honor en la plazuela de la Moneda... ¡*El pago de Chile!*

Somos el país más envidiado del orbe, y tenemos envidia de todo el orbe, tal vez porque vivimos tan lejos de él y todos nos viene como de ignotas comarcas al través del océano... Lo único que nos llega directamente es el jabón de Mendoza, y por esto tal vez lo despreciamos aunque blanquee admirablemente nuestras camisas. ¡Siempre el *pago de Chile!*...

Así, vamos a mendigar a la Nueva Holanda un puñado de brotes de *pino* y lo colocamos en el centro de nuestros jardines, mientras el *piñón* de Chile, cien veces más bello, crece olvidado en las gargantas de Arauco: importamos el *fresno* de hojas caedizas, y sólo nos acordamos del esbelto *maitén* de follaje siempre verde, cuando algún sacristán va a tonsurar su copa de encajes para que los reverendos no se machuquen los pies en las procesiones; hacemos idilios al *mirto* clásico de griegas y romanas tradiciones, y el *arrayán*, el mirto de Chile, nos parece sólo un arbusto aparente para hacer caballos y "chanchos rabones" como los figurados en el jardín del *Panteón*... ¿Por qué preferimos la *haya* alta y enjuta, al *peumo* de profuso follaje en el que la aurora de la primavera se sonríe como en una cuna de perlas y corales, que figura el rocío matinal y la encarnada fruta que comienza con las primeras lluvias? ¿Por qué el *olmo* nos parece más bello y más fuerte que el *roble* del Maule que le sobrepuja en talla y majestad?... La *acacia* mece su frágil tronco y extiende sus ramas torcidas en los bosquecillos artificiales de un jardín, y el rojo *canelo* y la *patagua* cubierta de flores blancas, como un cielo de esmeralda tachonado de albas estrellas, sólo viven en callado consorcio a orillas del apartado estero... El *algarrobo* parece sonreírse al soplo de la brisa en la abrasada llanura que acaricia una por una sus aéreas hojas, y sin embargo el *sicomoro*, que absorbe el polvo de los caminos en la paquidermia gomosa de sus hojas, parecerá más simpático a la vista; y creemos al *box* de Inglaterra o al *tejo* de España más duros al buril que la *luma* o el *guayacán*, mientras echamos abajo sin piedad a nuestros benéficos *espinos* sólo tal vez porque se parecen en sus cualidades a la *encina*, el más valioso de los árboles europeos... ¿Quién ha visto jamás la madera de la raíz del *litre*? Tal vez algún maestro carpintero que hace masas de carreta; y si la viera empero algún ebanista europeo, la preferiría a la más rica *palissandre*, para dibujar las tallas de un piano, o construir la predestinada

cornisa de alguna regia *marquesa*. ¡Oh! ¡Yo no sé cómo no hemos mandado traer un cargamento de varillas del alerce pigmeo de Escocia para cambiarlo por nuestras gigantescas selvas de Chiloé!...

Y sin embargo, a pesar de toda esa montaña de preocupaciones en las que, si no hay muchos copos que el aire vivifique, hay todavía profundas raíces que la tierra sostiene, y añejos troncos que ruedan inertes; a pesar del *¡pago de Chile!* nosotros nos animaríamos a proponer una rehabilitación que hará sacudirse desde la última hebra de esas raíces hasta la más profunda carcoma de esos troncos; esa rehabilitación, es la plantación de las calles de la capital de Chile con árboles indígenas; más todavía, el embellecimiento de nuestra Plaza de Armas con árboles indígenas; y más todavía, y esto es asombroso, la demolición de la *Cárcel* y del *Cuartel de bombas*, y rodear el hermoso edificio de las Cajas, refaccionado convenientemente, de un jardín público, con baños, cafés, fuentes de agua, eras de flores, bordes de césped, en una palabra, con brisa, con perfume, con colores, con vida en fin... ¡Venerables ediles! Ya vais a exclamar: ¡Sacrilégio! pero escuchadme un instante y condenadme después a ser quemado vivo si queréis con tal que sea con leña del fragante *colliguay*...

En todas las ciudades de Europa, y aun en las más tristes aldeas, hemos visto las calles bordadas de árboles de diversas formas y follajes que dan sombra a las veredas, en vez de las aletas de tejas que llevan nuestros tejados, así como nosotros o los eclesiásticos llevamos también nuestros sombreros a manera de mojinetes... ¿Qué es lo que forma el encanto de los Bulevares de París? Los árboles que en doble fila recorren su extensión sin duda alguna. ¿Qué hay de más bello en la plaza de México, reputada una de las más hermosas del mundo? El jardín central que ocupa su ámbito ciertamente. ¡Cuántas veces en el ardiente estío de la América del Norte hemos atravesado las calles de Nueva York bajo una bóveda de sombra, como en un bosque umbrío, y creídonos en la avenida de un jardín cuando recorriamos en el mediodía las calles del *Nogal* y del *Castaño*, plantadas de estos árboles, y que son los principales de Filadelfia!... Se ha llamado los *pulmones* de Londres a los inmensos parques que se extienden en su recinto, porque su aire vegetal vivifica la respiración de sus habitantes hacinados en cuevas de ladrillos y los jardines de París como el *Luxemburgo*, el de las *Tullerías*, el del *Palais Royal* podrían llamar por igual razón como al seno fecundante de la nodriza que amamantara y robusteciera a las generaciones que crecen, porque esos sitios son el campo de ejercicio y de vida para todos los niños de París.

En todas partes, en las más bellas ciudades de Europa, encontramos el mismo sistema, el mismo manto de verdura, la misma ráfaga de perfume. En Génova, el paseo circular de la *Acqua sola* con sus naranjos y limoneros parece una corona de azahar cifendo la marmórea frente de la reina del Mediterráneo... En la ciudad eterna, los jardines del Quirinal, delicia de la Corte Eclesiástica, y el Monte Pincio, la delicia del pueblo; en Viena, los glaciés y los fosos de sus anchas murallas; en Berlín la famosa avenida de Unterlinden; en todas partes césped y sombra, aroma y matices... y aquí en Santiago, la capital del país de los bosques y praderas, de los valles de verdura y de gargantas floridas; aquí en Santiago, las paredes de adobes blanqueadas con cal viva que absorben el calórico, las losas que lo chupan y lo hacen tragar al través de la suela a la planta de los pies por todos sus poros, las aletas destilando reverberaciones de fuego, el polvo, suelto y libre como en los desiertos africanos, enseñoreándose de todos los rincones y aun de las más recónditas narices por aplastadas que sean; los patios llenos de resolana, y nadie quien le abra una puerta a la martirizada visita, y el Santa Lucía que *oscila* con el calor como el pan se hincha en el horno; y el sol, en fin, de la canícula

que sale por la Cancha de Gallos y va a ponerse en la Alameda de Matucana recorriendo lentamente las calles longitudinales como un lente terrible que fuera chamuscando a humanos e inhumanos por más que al oído llegue el eco halagüeño del heladero ¡el heladero! ¡helados de naranja!... Pero como todos se van después de Pascua y sólo se quedan los artesanos y los pobres, ¡que se asen éstos vivos en sus pocilgas redondas, mientras las aguas de todos los ríos de Chile vienen a envolver el talle gentil de las hijas del Mapocho, que como un rey destronado se amostaza, se enturbia y se seca!...

¿Por qué pues no hacemos, ahora, que estamos en vía de tantos progresos, lo que han hecho todas las ciudades de los países adelantados y que entienden bien los principios de la higiene pública y del ornato urbano? Nada habría más sencillo que hacer una parte del sistema de compostura de nuestras calles, la plantación de árboles no sólo europeos sino indígenas en las veredas para lo que tenemos buen terreno y agua en abundancia. Lo mismo podría decirse respecto de la *Plaza de Armas*, que era mucho mejor lo fuera por ahora del *Refresco*, o de las *Delicias*, o de la *Orchata arrimada de nieve*, si se quiere, donde sólo habría que formar un círculo doble alrededor de la pila que fuera a unirse a un cuadro, que bordara sus cuatro costados, por medio de cuatro avenidas que la recorrieran en crucero.

¿Sabéis la única objeción *positiva* que se me ocurre sobre este plan? Voy a decirlo con el debido respeto: la objeción de las benditas viejas, que echaban a los álamos plantados en las veredas de Valparaíso por el Almirante Blanco, el agua sobrante de su *mate*, para que se secaran y no vinieran los galanes tarde de la noche a dar conversación por entre las ramas a las niñas asomadas al balcón...

En cuanto a la idea, que en esta ocasión sólo enunciamos de demoler los dos edificios anexos a las Cajas, sólo diremos que nos parecería el más brillante negocio que pudiera hacer la Municipalidad por los arriendos y usos a que podría destinar ese terreno según lo hemos indicado, libertando al público a la vez del ruido de los grillos y de las cornetas. ¡En ninguna plaza principal de Europa hemos visto cárceles ni cuarteles; para los españoles que hacían colonias, naturalmente les ponían las cárceles en la cabeza!... Además, ¿por qué no hacer por *regalo* a nuestros hijos lo que éstos harán con enojo hacia nosotros pensando en nuestra indolencia? ¡Y acaso no sería también esto anticipar solamente la obra de ese gran albañil demolidor de nuestras ciudades, los temblores de los Andes!...

Confesamos, sin embargo, que todas nuestras indicaciones tienen el gran defecto de ser nuevas y por esto se nos excusará que en lugar del tono sentencioso de un edil reformador nos contentemos, a la manera de los niños que hacen un juego de sus más ambiciosas aspiraciones, con distraernos en estas ligeras discusiones, mientras personas de más crédito o de esas a quienes es costumbre *hacerles más caso* vienen a encargarse de realizarlas.

Procederemos ahora a nuestro trabajo práctico, cuyo título encabeza estas líneas.

Hablaremos en primer lugar de los árboles europeos más generalmente aclimatados en el país, y en seguida de los más notables entre los indígenas, escogiendo 30 especies de unos y otros que es el número más completo posible. Hacemos presente que nuestro estudio sobre los árboles europeos ha sido hecho prácticamente por nosotros en Inglaterra, y el de los árboles chilenos lo hemos extractado después de arduas tareas de los 8 volúmenes que componen la *Flora de Chile* de la gran Historia de M. Gay, en la que todas las plantas están clasificadas por el más intrincado sistema de botánica.

Como nuestro objeto, al publicar este estudio, es puramente práctico, lo haremos en la forma más sencilla y lacónica posible, agrupando los principales caracteres de



cada planta, sus usos, etc., y siguiendo en la descripción de cada uno de ellos un método uniforme.

He aquí la lista de las 30 especies que debemos tratar de ambas clases de árboles, principalmente con relación a su madera. Apuntamos aquí sólo los nombres comunes de los árboles, reservándonos el agregar su nombre botánico y sus sinónimos al tratar de cada uno de ellos separadamente.

## ARBOLES EUROPEOS:

Alamo.  
Castaño de India.  
Tilo.  
Aliso.  
Encina.  
Fresno.  
Fresno del monte.  
Haya.  
Olmo.  
Abedul.  
Carpe.  
Plátano común.  
Sicómoro.  
Acacia.  
Castaño de España.  
Nogal.  
Pino común.  
Pino espuelado.  
Pino de plata.  
Alerce europeo.  
Enebro.  
Ebano.  
Arbol del uso.  
Serbo.  
Avellano de Europa.  
Box.  
Laurel.  
Ciprés.  
Saucu europeo.  
Acebo.

## ARBOLES INDIGENAS DE CHILE:

Canelo.  
Patagua.  
Olmo chileno.  
Guayacán.  
Maitén.  
Litre.  
Molle.  
Pelú.  
Chañar.  
Álgarrobo.  
Espino.  
Boyen.  
Quillay.  
Arrayán.  
Belloto.  
Peumo.  
Quele.  
Notro.  
Raral.  
Avellano.  
Luma.  
Lingue.  
Boldo.  
Laurel.  
Sauce indígena.  
Roble del Maule.  
Raulí.  
Ciprés chileno.  
Piñón.  
Alerce.

Procederemos a tratar de la descripción de los árboles europeos y sus usos más generales, reservándonos para otra ocasión el ocuparnos de su cultivo general y de todas las circunstancias relativas a las plantaciones de árboles<sup>1</sup>.

Es un árbol alto, de rápido crecimiento y madera blanda.

Se planta de brotes, requiere tierra húmeda, no necesita particular cuidado.

La madera se emplea con ventaja en construcción de edificios en lugar del pino, pero más generalmente se usa como ornamento en alamedas, setos, etc.

*El Alamo*  
(*populus*)

<sup>1</sup>Entretanto, como hemos dicho, recomendamos sobre este particular el pequeño tratado del señor Sada. Este tiene por título *Indicaciones para la plantación de bosques artificiales en Chile*. Los árboles europeos que más recomienda para estas plantaciones son la acacia, el aliso, el arce, el castaño, el carpe, la encina, el fresno, la haya, el nogal de Europa, el olmo y el serbo.

Sus clases principales son seis: 19 el de Lombardía (*fastigiata o común*); 29 el Moniflora (*nigra*); 39 el Gris (*comens*); 49 el Blanco (*alba*); 59 el Aspe (*tremulo*), y 69 el Balsamifera.

Los tres primeros se usan más como madera y los otros tres como ornamento.

El 19 (de Lombardía) se usa en Europa para cercas, jardines, etc., y por ser muy común no es considerado muy bonito.

El 29 (Moniflora) se distingue por su rápido crecimiento.

El 39 [Gris] da una madera muy fuerte, usada para edificar, en lugar del pino, como, para puertas, ventanas, etc.

El 49 [Blanco] cuya más linda variedad es el egipcio con hojas blancas y verdes.

El 59 [Aspe] crece 130 pies y  $3\frac{1}{2}$  pies de ancho. Sus hojas tiemblan y se vuelven graciosamente contra el viento.

El 69 [Balsamifera] es de Norteamérica y se nota por la fragancia de sus hojas.

Pudieramos agregar aquí la preciosa variedad introducida últimamente por don Luis Sada con el nombre de *Alamo de la Carolina*, de la que exhibió este caballero una colección en la última Exposición Nacional de 1856.

*El Castaño  
común o de  
Indias  
(Fagus  
castanea)*

Es un árbol elevado, muy frondoso y ramificado.

Se planta de semilla, requiere un terreno arenoso y hondo, o más bien un rico y fino guijarro. Su cultivo es muy delicado y las heladas son su principal enemigo.

Es un árbol muy ornamental, y su madera es excelente cuando tierna, pero vieja se hace quebradiza.

El Castaño común es el árbol más generalmente empleado en las ciudades para adornos de calles y plazas, particularmente en Estados Unidos.

*El Tilo  
(Tilia  
sylvestris)*

Es un árbol alto, pero más ramificado que elevado.

Se planta por brote, sepultando éste por la cabeza en el invierno cuando está todavía al pie del árbol y sacándolo en el siguiente invierno. Crece tanto en lugares agrios y expuestos, como en buenos y abrigados.

Sus usos son muchos. 19 como ornamento de ciudades a cuyas casas y calles da sombra y fragancia; 29 su madera es preferible a todas para talla, y para cortar cordobanes. Los americanos hacen todos sus mascarones de proa con ella; 39 su carbón es sólo inferior al del avellano para pólvora; 49 su flor da una deliciosa miel que se beneficia en Krono, aldea de Rusia; 59 su corteza, en fin, es empleada en Rusia para hacer lonas y redes, y 69 últimamente su hoja y su flor son una medicina calmante y así se usan en Francia.

Hay dos clases principales, el americano y el inglés; aquél es más fuerte y corpulento, y éste más rápido para crecer. Crece dos pies por año, y más después de 20 años. Uno en Inglaterra tiene 875 pies cúbicos de madera. He aquí un elogio (que transfiere Morton) a este hermoso y útil árbol: "Los árboles en perfecta primavera, son la única cosa que el dinero no puede dominar. Por él, ríos dejan sus lechos, corren por las ciudades y atraviesan montañas; por él, obeliscos y arcos, palacios y templos, anfiteatros y pirámides, se alzan de la tierra como una mágica exhalación; por él, el espíritu del hombre, lo único que hay grande en la creación, se humilla y encorva; pero delante de los árboles, el dinero pasa como una sombra. Los franceses que aborrecen todo lo grande y todo lo viejo, han perdonado al tilo. Los austríacos que venden sus fortalezas y ejércitos, y aun a veces a sus hijas, no han vendido al tilo... ¡Oh! ¿Quién sobre la tierra se atrevería a cortar el tilo?" (¡Tal vez un hachero de Chile...!).

Es un árbol acuático, muy bonito, que crece hasta 70 pies.

*El Aliso*  
(*Betula*  
*ulmus*)

Se planta por semilla en almácigos muy apretados, en otoño o primavera.

Sus usos son varios. 1º para ornamento de estanques y acequias; 2º para mejorar la tierra con la descomposición de sus fecundas hojas; 3º para hacer cercas portátiles; 4º por su dureza y pulimiento para hormas de zapatos, para suecos, barriles de pescado, etc.; 5º su raíz produce una madera muy parecida a la caoba aunque un poco más descolorida.

Su madera debe remojarse en agua de cal por algún tiempo después de cortada para impedir la acción de los gusanos.

Es un árbol de ramazón torcida y hojas largas, color verde claro.

*La Encina*  
(*Quercus*)

Se planta de su bellota en almácigo, y se trasplanta a los cuatro años. Requiere un suelo rico y fuerte porque su raíz es muy profunda. Las heladas la afectan y debe protegerse con la sombra de otros árboles.

Sus usos son varios y muy importantes: 1º el principal es para construcciones navales como timones y vigas para lo que no hay árbol que la rivalice por las curvaturas y dureza de su madera; 2º su corteza es el mejor material de curtiembre que se conoce en Europa; 3º sus agallas son muy valiosas en la composición de la tinta y para la medicina; 4º sus bellotas mantienen millones de chanchos (como en Ohio en Estados Unidos); 5º para cercas, por su dureza, poca hoja, y profundidad de raíces; 6º finalmente, su especie llamada *alcornoque* o árbol del corcho produce en España todo el corcho usado en Europa. El corcho es sacado de su corteza que se renueva en el árbol cada 10 años.

La encina es el símbolo de la fuerza y de la duración. En climas templados se conocen más de 150 especies, y en Inglaterra hay 100 variedades desde 2 pies de tamaño hasta algunas gigantescas. Algunas son siempre verdes. Las principales especies son el *Rubra pedunculata* y *sessile*, la blanca, colorada y negra de América que crece hasta 100 pies, el *Glea* o siempreviva y el *alcornoque*. Una encina se ha vendido en Inglaterra en 675 libras esterlinas y contenía 2.426 pies cúbicos de madera y 6 toneladas de corteza. El precio actual en Escocia es de 4 a 6 rs. el pie de madera y de 6 a 9 libras esterlinas la tonelada de corteza, lo que da más producto que la tierra arable. En Fontainebleau la encina de Faramundo tiene 1.600 años y es un árbol magnífico. En Wiparthing, en Inglaterra, hay otra cuyo tronco tiene 70 pies de circunferencia y 1.500 años de edad.

Es un árbol elevado, ramificado, de hoja larga, ramas flexibles y de un aspecto lleno de gracia cuando es mecido por el viento.

*El Fresno*  
(*Fraxinoides*  
*excelsior*)

Se planta de semillas. Estas se sepultan 15 meses en un montón de tierra porosa y de arena para darles consistencia. Se mantiene 2 años en el almácigo y luego se trasplanta. Este procedimiento es común a todos los árboles de hoja ancha. Requiere terreno rico; el agua estancada le es fatal. Los primeros 15 años puede protegerse por la sombra de otros árboles; pero después requiere libertad y aislamiento para crecer.

Sus principales usos son: 1º para construcción de harramientas agrícolas, como carros, arados, etc.; 2º para coches de paseo; 3º para remos; 4º para aros de barril por su elasticidad; 5º para varillales y rodrigones de viña, sacados de las podas del árbol. En general después de la encina es el árbol más útil. Sólo para cercas no se usa porque sus raíces se extienden en la superficie y absorben todos los jugos vegetales.

En 37 años produce 40 pies de madera que valen 12 pesos 4 reales. Así, en Inglaterra 400 árboles por cuadra darían 4.800 pesos más o menos sin contar las podas, etc., mientras que la tierra arrendada a 10 pesos produciría en 37 años sólo 460 ps.

- El Fresno del monte** (*Pyrus ocydaria*) Es un árbol de aspecto gracioso y ligero, más pequeño que el anterior, pero de proporciones más elegantes.  
Se planta como el anterior de su semilla. Tiene un rápido crecimiento los primeros 10 años.  
1º Su principal carácter es para ornamento. Florece en primavera y en otoño: da una fruta de la que se mantienen las aves; 2º su madera es fuerte, elástica y retiene con gran perfección la pintura; 3º por su rápido crecimiento es aparente para proteger árboles más tiernos; 4º es un árbol muy durable y puede injertar medianamente toda clase de peras; 5º su fragancia es muy pura y se considera un árbol saludable para la vecindad de las habitaciones.  
Como en todos los árboles, las principales condiciones de su desarrollo son "aire, luz y hojas".
- La Haya** (*Fagus sylvatica*) Es un árbol ancho, cubierto de hojas de un verde oscuro que le dan un aspecto muy majestuoso.  
De semilla. Requiere terreno calcáreo y arenoso. Se cultiva y cuida como la encina. Sus usos son:  
1º Ornamento por su sombra deliciosa, bajo su ancha copa, y sus hojas de un tinte brillante "que el pintor no puede imitar ni describir el poeta"; 2º su madera no es muy fuerte, pero tiene la cualidad de resistir la acción del agua por lo que se usa para compuertas, buques, techos, y en las montañas de Francia para el *sabot* o zapato de los labradores de palo; 3º para usos caseros como tiestos y muebles; 4º de su bellota se hace aceite, y en Inglaterra las hojas se usan para llenar colchones; 5º su uso más general en Inglaterra, es sin embargo para *fagot* o leña de chimenea, donde se quema con el carbón de piedra (cuando crece derecho, su tronco sirve para quilla de los buques, y entonces vale mucho dinero).  
Es un árbol que ramifica más que lo que se encumbra.  
No vive más de 300 años, y a los 70 comienza a decaer.  
Preserva la hoja en el invierno cuando se cuida.  
En 40 años produce 40 pies de madera que se venden en 10 pesos.
- El Olmo** (*Olmus*) Es uno de los árboles más altos, con un hermoso tope de hojas y un tronco gigantesco y desnudo.  
Algunas especies se siembran de semilla y otras de brote.  
1º Es ornamental; pero el uso más general es para hacer *ataúdes*, lo que no indica un gran valor en su madera... al menos según la moda recientemente introducida en Santiago de vender cajones de muertos por mayor y menor.  
El Olmo es tal vez el árbol más alto que se conoce en Inglaterra. Uno en *Groombe Abbey* tiene 150 pies de alto, 9½ pies de circunferencia en la base, 74 en la copa y 200 años de edad. Da madera muy pronto. Sus variedades son infinitas. Las principales son el *campestris* u olmo común de Inglaterra, el *pendula* o llorón que es el más ornamental de la especie, y el de *montaña* o *witch elm* que es más fuerte, pero más pequeño que el común, y se planta de semilla.
- El Abedul** (*Betula alba*) Es un arbusto más bien que árbol flotando a la manera de un velo de encajes en el medio de los bosques, como la más delicada de sus galas.  
Se planta en almácigos, y en un año crece seis pulgadas. Aunque muy duro, es delicado, y su altura media es de 30 pies. Suelo, un césped arenoso y sueltos. Sus usos son:  
1º Para objetos caseros; 2º entre los 21 árboles usados para leña ocupa el número 12 en mérito; 3º se usa para barriles de pescado seco y para ahumar jamones; 4º la cáscara es un excelente curtidor, y vale de 7 a 8 libras esterlinas la tonelada.

Hacen también en Escocia un vino del fruto del Abedul.

Hay dos principales clases en Inglaterra, la *Betula alba* o Abedul común, y la *péndula* o *llorosa*, cuya belleza es imponderable.

Es un árbol mediano sin ninguna belleza y poco mérito; tiene alguna semejanza con la Haya.

Se siembra de semilla.

Su uso casi exclusivo es: 1º para cercados, para lo que, por lo apretado de su crecimiento, dureza, facilidad de poda, es superior a casi todos los árboles; 2º por su dureza es también usado en herramientas pequeñas de agricultura, particularmente en tientos para leche.

Es un árbol generalmente mediano y el menos cultivado de las maderas duras, aunque a veces ha alcanzado hasta 80 y 90 pies de altura.

Es un árbol de extraordinaria belleza y tamaño colosal. Tiene mucha semejanza con el *Sicómoro*.

Se siembra por brotes como el Tilo y el *Sicómoro*.

Parece que su principal uso es como adorno, para lo que casi no tiene un rival entre los árboles de hojas anchas.

Hay dos clases principales. El *Oriental* y el *Americano*. Aquél es de una belleza y tamaño incomparables. Lamartine dice que en Turquía se construyen bajo su sombra navíos de alto bordo. Un árbol en Buyukdere (Turquía) tiene 141 pies de ancho en su base y ramas que se extienden 130 pies; bajo su sombra puede abrigarse un regimiento. Es tal vez el árbol mayor del mundo. El de América es superior y más delicado que el anterior.

Es un árbol muy hermoso, de tronco derecho y de una ramazón redonda y peculiar, que presenta las hojas en diferentes grupos de la más graciosa forma.

Se planta de semillas en suelo hondo, suave y seco, y crece en lugares fríos y expuestos.

Como su sombra es muy densa, se acostumbra plantarlos en el costado de las lecherías para templar el calor del verano, y también para sombra del ganado. Su principal carácter sin embargo es ornamental, sus hojas en la primavera tienen un brillante verde, y en el otoño son las primeras en marchitarse, y toman mil vívidos colores; en el verano sin embargo tienen cierta goma que les hace retener polvo y otras suciedades que las afean. La madera se usa para moldes y trastos de casa.

Hay una gran variedad de este árbol; en Inglaterra se cultivan muchos pequeños y 20 grandes, pero se cree que de éstos hay muchos salvajes en la India y el Japón. La más interesante clase es el *Mahfle* de Norteamérica, de cuyo tronco extraen un jugo sacarino por una incisión, y manufacturan con él algunos millones de quintales de azúcar.

Es uno de los árboles más hermosos que pueden adornar un parque artificial; su altura, sus ramas caídas, sus hojas tersas como seda, y la abundancia de aroma de sus hojas la hacen muy apetecida en los jardines.

Se planta de semilla de Norteamérica, importada y remojada precisamente en agua, y requiere abrigo y cuidado porque es delicada y precaria.

Su madera es muy dura; en Estados Unidos se usa universalmente en construcciones navales, y en Inglaterra comienza a emplearse para asiento de los rieles en los caminos de fierro.

Este es un árbol nativo de Norteamérica. Fue importado hace 50 años en Inglaterra por Cobbet, bajo el nombre de *Locust tree*, y aunque sólo se ha considerado

*El Carpe*  
(*Corpinus*  
*betulus*)

*El Plátano*  
común  
(*Platanus*  
*orientalis*)

*El Sicómoro*  
(*Acer cam-*  
*pesttris*)

*La Acacia*  
(*Robina*)

hasta hoy como un árbol ornamental, comienza a apreciarse para plantaciones. Se da, sin embargo, muy inferior en este país, sobre el de Norteamérica.

*Castaño de España*  
(*Castanea vesca*)

Es un árbol grande, frondoso y de linda apariencia.

Se planta de semilla y requiere un rico guijarro, y su cultivo exige cuidado y protección contra las heladas.

Su principal uso es la exquisita fruta que contiene, la que se usa como alimento y de la que puede hacerse un excelente almidón y aceite.

El nombre de este árbol viene de *Kastanea* una aldea del Ponto en el Asia menor, de donde fue importado en Europa 500 años antes de Jesucristo. Crece muy bien en España que exporta gran cantidad de su fruta a Inglaterra (de donde se deriva su nombre de Castaño de España), distinguido del común, o Castaño de Indias.

El árbol más conocido de esta especie es el famoso del Monte Etna, que tiene 204 pies de circunferencia, y en cuyo tronco vivía una familia, con un horno que se encendía con leña del mismo árbol, y podía abrigar un pequeño rebaño de carneros. Yo mismo cuando vivía en París en 1853 y 55 acostumbraba ir a la aldea de Sceaux, donde almorzaba agradablemente en un restaurante hecho en la cumbre del célebre *Castaño Robinson*.

*Nogal*  
(*Juglans regia*)

Este hermoso y útil árbol es bastante conocido para necesitar descripción; su altura, sus ramas tronchadas como la del encina, sus anchas y verdes hojas, su sombra y el vaivén de su copa, lo hacen uno de los más pintorescos y agradables.

Se siembra de la nuez y también por brotes e injertos. Debe protegerse mucho contra las heladas. Su raíz principal que va más hondo que la encina, lo hace aparente para terrenos pobres en la superficie pero ricos en el fondo.

Su madera suave y blanda al principio es muy apreciada, después para obra ornamental, como culatas de fusil, etc. Su raíz profunda lo hace aparente para cercados y es usado así en el Continente. Su fruta da un aceite combustible o usado para barniz o fijar pinturas delicadas, como el color blanco y también para comer; la nuez se usa en vinagre o seca. La raíz da un color moreno bastante fijo cuando cocida.

Crece recto hasta los 20 años y da fruto, pero después ramifica. En Escocia, donde la nuez no madura, hay uno de 66 pies de alto, 11 pies de ancho a la altura de 3 pies. Sus principales variedades son 3: *Juglans regia*, o el común de que hemos hablado, y fue importado de Persia; *nigra* que es el gigantesco y aromático Americano que crece hasta 100 pies y el *Einesea* que es muy parecido al anterior, pero más escaso.

*El Pino común*  
(*Pinus sylvestris*)

El pino común tiene varias formas; o bien es un elevado tronco, con círculos espirales de ramas, o bien un tronco inclinado con una copa aislada, o bien, cubierto de ramazón. Aquí hablamos del pino tomado en el sentido general de especie.

Se planta de la semilla contenida en la piña que dan estos árboles, la que se abre aplicándoles un calor artificial en un horno. Crece en toda clase de suelo, aun en los más pobres, y particularmente en arenales. La humedad le es perjudicial, pero sus raíces se extienden más en la superficie que en el fondo de la tierra.

El pino es tal vez el árbol más interesante de la creación mirado bajo el sentido de la utilidad. Crece en lugares donde ninguna otra vegetación podría aparecer, y así fecunda estériles arenales. Su madera es usada en todo: en buques, en edificios, en muebles comunes, como combustible, etc., y para todo esto tiene especial ventaja. Sus resinas dan diferentes gomas, alquitrán, etc. Es además uno de los árboles más ornamentales.

Hay varias especies, el Pamilio o Uncinata de los Alpes y Pirineos, que es un

arbusto pigmeo; el Lambert de Norteamérica que ha crecido hasta 211 pies, y con una base de 157 pies. El pino Escocés y el de Riga.

Es un árbol con un tronco derecho y con círculos verticales de ramas, cuyas extremidades tienen la forma de una espuela.

*Pino Espuelado (Abies)*

De semilla, del mismo modo que los pinos en general.

Se usa para construcciones navales y de caminos de fierro, y es muy ornamental.

Hay especies principales de esta clase de pino: 19 el de Noruega que crece hasta 180 pies; 29 el negro o americano que es pequeño y duro, y 39 el Douglas o Colombia de Sudamérica que alcanza a 180 pies con una base de 40.

Es un árbol cuya semejanza con el anterior es tan grande que es casi imposible distinguirlos. Tiene menos hojas, sin embargo que aquél y éstas son plateadas y la piña o cono es derecho.

*Pino de Plata (Pinus picea)*

Se planta de la semilla, pero es algo delicado y requiere un terreno abrigado.

Aunque su madera es excelente, su uso principal es para hacer el aguarrás de Estrasburgo, para curar las enfermedades del cerebro.

Un pino de esta especie, de Norteamérica, llamado Bálsamo, tiene la peculiaridad, dicen, de curar la consunción.

Es un árbol casi sin hojas, de un tronco descolorido y de un aspecto en general triste y enfermizo.

*El Alerce europeo (Larix europea)*

Se siembra de semillas como todos los coníferos, y crece en toda clase de suelos, pero la humedad, heladas, polvillo y una mosca peculiar le hacen considerable daño.

Sus principales usos son: 19 para construcciones navales, caminos de fierros; 29 en edificios como tabiques, puertas, pero no pisos porque se tuerce; 39 El aguarrás de Venecia se hace del alerce; 49 es un árbol excelente para redimir tierras incultivables, por la dureza con que crece en los terrenos más áridos.

El alerce es originario de los Apeninos y Alpes de Suiza y Tirol, y fue introducido en Inglaterra hace 200 años. Es el único conífero caedizo. Se dice que es el árbol que ahonda menos sus raíces. Crece hasta 80 pies con 9 de ancho en la base. El alerce europeo de que hablamos se considera elegante aunque de triste apariencia.

Es el más lindo de los árboles coníferos. Su ramazón da una sombra dulce y misteriosa, bajo la que el pensamiento parece deleitarse en contemplaciones místicas sobre los tiempos santos a que este árbol está ligado.

*El Cedro (Abies cedrus)*

Es igual a los otros coníferos. Da semilla a los 40 años y a veces a los 100.

Su principal carácter es su belleza, pero su madera es excelente y hermosa; se emplea en construcciones finas y su duración sobrepaja a la de todo otro árbol.

El cedro crece en todos los climas. Los famosos del Líbano están a una altura de 10 mil pies. Estos árboles venerables eran 28 en 1560 cuando los visitó Belon, y sólo 7 en 1852 contados por Lamartine. Pero otros cedros crecen también en las faldas y valles del Líbano, es decir, en todas las temperaturas, porque, como dice un poeta árabe: "El Líbano lleva en su cabeza el invierno, la primavera en sus hombros, el otoño en su seno, mientras el verano duerme a sus pies" . . .

Crece hasta 100 pies. El Deodara o de India hasta 150. El del Líbano se vende a 200 pesos el mil de 1 pie de alto.

Es un árbol de la especie Conífera, y tiene una apariencia muy hermosa, parecida a la del cedro.

*Enebro (Juniper)*

Crece en toda tierra y clima, pero mejor en un suelo seco, hondo y margoso, donde alcanza hasta 20 pies de alto y 2 de circunferencia, particularmente a la

sombra de árboles más altos. En tierra pobre de guijarro o en la humedad no pasa de matorral.

Sus usos son varios e importantes: 1º como medicina es un poderoso diurético; 2º se usa en la fabricación de la ginebra para darle gusto; 3º de su aceite se hace un barniz muy apreciado; 4º de sus retoños un humo para secar jamones; 5º de su raíz una especie de toska mimbre para canastas; 6º de su madera que es muy bonita y dura, objetos ornamentales de ebanistería; 7º como siemprevivo es su bonito ornamento.

Conserva su semilla dos años, y es un gran favorito del *woodcock*, y otras aves. Hay varias clases: el Virginiana o *Cedro rojo de América* alcanza a 60 pies. Los de España y Bermuda son muy ornamentales.

*El Ebano*  
(*Cytisus*  
*laburnum*)

Es un arbusto de una vista fresca, hoja ancha y tallo flexible.

Se siembra de su semilla que es pozoñosa y se produce en una vaina, y requiere buen suelo.

Es esencialmente ornamental y se planta a lo largo de las avenidas. Su corteza es apetecida por los conejos, y a veces se planta para alimentar a éstos. Su madera es buena, y su rápido crecimiento le hace aparente para nodriza de otros árboles.

Esta planta no alcanza más de 20 pies, por lo que comenzamos con él la clasificación de los arbustos.

*El Arbol*  
*del Huso*  
(*Eunomio*)

Es una planta media entre el arbusto y los árboles, pues varía en estatura de 10 a 30 pies.

Se propaga por su semilla que se da en cápsulas y crece con vigor en todo suelo.

Su madera es muy dura y se emplea en hacer instrumentos y *husos* para hilar, de donde le viene su nombre peculiar. De su semilla se hace también una pintura.

Da una raíz blanca y abundante que le hace muy fácil de ser trasplantado.

*El Servo*  
(*Servus*  
*doméstica*)

Es un arbusto parecido al fresno, pero no crece más allá de las proporciones de un matorral.

Se propaga por brote y crece pronto en toda clase de tierras.

El único uso que se hace de este arbusto es para ornamento.

La peculiaridad más notable de este árbol, que le hace adecuado para adorno, es que sus hojas son verdes y brillantes en la superficie y descoloridas detrás, lo que le da un aspecto muy singular cuando lo sopla el viento.

*El Avellano*  
*de Europa*  
(*Corylus*  
*sylvestris*)

Es un arbusto ornamental que ha alcanzado hasta la altura de 30 pies en Inglaterra.

Se propaga por su nuez o por brotes, y aunque de fácil cultivo no es general en el país.

Sus usos son varios: 1º su madera de la que se hacen toscos canastos, aros, etc.; 2º su nuez constituye un artículo importante de alimento; 3º como ornamento mezclado con pinos y otros árboles tiene muy buen efecto; 4º de su nuez se obtiene un aceite muy agradable como el de almendra.

El avellano se cultiva mucho en España. En 1834 se importaron en Inglaterra 50 mil fanegas de esta fruta que es allí conocida con el nombre de "Barcelona". En el día la exportación debe ser mucho más considerable. El avellano de Constantinopla (*Corylus coturna*) crece hasta 60 pies.

*El Tejo*  
(*Taxus*)

Es un arbusto muy bonito, de hojas angostas, verde oscuro, lo que le da mucha semejanza con el pino y el ciprés.

Se propaga por brote y crece muy bien en tierras preparadas.

Es casi puramente ornamental, y es sin duda uno de los más bonitos arbustos,



para adornar lugares de sombras y retiros, y da una bonita fruta además. Su madera es venada y es una de las más duras que se conocen.

Se cree que la fruta de este árbol es ponzoñosa, pero en verdad no lo es, sino que lo son las hojas verdes, lo que la hace una planta peligrosa donde se crían carneros.

Es un arbusto ancho y poco elevado, con hoja pequeña muy abundante y siempreviva.

Se siembra por brotes como el tilo, el sicomoro y el plátano. Requiere un suelo fuerte de aluvión, rico en materia vegetal.

Su uso en Inglaterra es sólo por ornamento, pues emplea 100 años en dar madera beneficiable. Pero el peso de su madera, que sube hasta 28 libras 12 onzas el pie cúbico, le hace extraordinariamente aparente para estampar el grabado y hacer instrumentos delicados de matemáticas, óptica, etc.

Se dice que esta singular madera es la única que se sumerge en el agua por su excesivo peso y podría compararse a nuestro guayacán. En Inglaterra se importan de España anualmente 582 toneladas que valen de 7 a 14 libras esterlinas, según la demanda, cada tonelada.

Se cree originario de Inglaterra donde alcanza a 14 pies, pero en Turquía y España crece hasta 30.

Es un arbusto de hojas largas y tiesas que se acumulan sobre sus tallos, formando un matorral más bien que un árbol.

Aunque se puede multiplicar por su semilla, es mejor hacerlo por brotes. Se planta a principios de otoño.

El brillo y tiesura de sus hojas siempre verdes, su aroma y el objeto de que es símbolo (¡la glorial!) le hace un árbol muy atractivo.

Hay dos clases principales, el común o cerezo y el de Portugal. Este crece hasta la altura de un árbol. Ambos son originarios del Sur de Europa, pero crecen bien en Inglaterra.

Es un árbol de la apariencia del pino y del cedro, pero cuyas hojas más concentradas y oscuras le dan un tinte lúgubre y misterioso.

Se siembra y cultiva como los coníferos a cuya especie pertenece; necesita cierto abrigo.

Su madera es muy dura, y aunque poco usada, puede existir siglos. Se usa más como ornamento funeral, pues es el símbolo de la muerte, y en Candia se acostumbra a forrar con él los ataúdes.

El ciprés es originario de Candia y Turquía, donde crece hasta 60 pies, pero generalmente no pasa de 30. El famoso de Somma en Lombardía, dicen, existía en tiempo de César, y Napoleón lo respetó en su planta para trazar el camino del Simplón. La duración de su madera no tiene superior. Las puertas de San Pedro de Roma, hechas por Constantino el Grande y removidas por Eugenio VI, 1.100 años después, estaban intactas. Se supone que el arca de Noé era de ciprés.

Es un árbol acuático de poca belleza, que alcanza hasta 20 pies de altura.

Se planta de brotes en todo el invierno, y crece a la orilla del agua.

Aunque poco atractivo por sus formas y aun nocivo en la vecindad de las casas por su mal olor [que en España, dicen, fue causa de la muerte de una familia], el uso del sauco es sin embargo muy variado: 1º su corteza se usa como medicina; es un excelente narcótico o calmante y purgante; 2º su flor da un aceite refrigerante, y cuando seca sirve como una especie olorosa; 3º de su fruta,

*El Boj*  
(*Boxus*  
*semper-*  
*vivens*)

*El Laurel*  
(*Laurus*  
*nobilis*)

*El Ciprés*  
*de Europa*  
(*Cupressus*  
*semper-*  
*vivens*)

*El Sauco*  
*européo*  
(*Sambucus*)

que se vende en Londres de 11 a 12 reales la *bushel* (o tercio de fanega), se hace un vino muy agradable parecido al Frontignan; 4º por su rápido crecimiento favorece el desarrollo de otras plantas. Cuando viejo puede reemplazar al *boj* para el grabado, fabricación de instrumentos, etc.

Como cercado no sirve porque absorbe muchos jugos vegetales. La otra especie llamada *racemosa* (pues hemos hablado de la *nigra*) es más bonita que la anterior, particularmente cuando está florida.

*Acebo (Ilex  
aequifolium)*

Este arbusto que a veces toma considerables proporciones, es usado con predilección en los jardines de Europa, donde forma bien oscuros y compactos grupos o cetos vivos impenetrables por sus espinas y de un aspecto muy sombrío por el color de sus hojas.

Por lo demás su cultivo es muy parecido al del tejo y el boj que crecen en la misma forma.



Concluida la anterior reseña procedemos ahora a descubrir los árboles indígenas, siguiendo en lo posible el mismo plan que hemos adoptado con los anteriores<sup>1</sup>:

*Canelo,  
voigté  
(Drymis  
chilensis)*

Arbol de 15 varas de alto. Follaje siempre verde. Crece desde Valdivia al río Limarí.

Es uno de los árboles más hermosos de Chile. Crece en los lugares húmedos desde Magallanes al Río Limarí (31°), en Juan Fernández y en los valles de la Cordillera, hasta la altura de 1.500 varas. Las riberas de los ríos son sus sitios más favoritos. Su forma es muy elegante, un tallo rojo, blando y derecho soporta su ramaje parecido al del laurel. Sus bayas o fruto son de un color negruzco y comprimidos.

Este es un árbol eminentemente indígena; los araucanos lo han adoptado como el símbolo sagrado de su fe. La justicia y la paz se administran bajo su sombra, o llevando al enemigo una rama del árbol misterioso. Bajo el follaje de sus bosquecillos, ellos celebran también sus conferencias guerreras. Los *dunganes* (adivinos) tienen un árbol en la puerta de su choza, y para resolver sus oráculos beben su decocción, trepan al árbol, fingen convulsiones, y al fin embriagados por la bebida misteriosa, creen descifrar los arcanos de que son consultados, y señalan a las víctimas que los interrogan, quien ha sido el asesino de su padre, o el ladrón de su ganado.

Sus propiedades medicinales son excelentes. El cirujano Winter fue el primero que en 1577 administró su corteza en decocción para el escorbuto, y se introdujo en Europa como tónico y estimulante, y aunque su uso se ha substituido hoy día por el de la canela y canelón del oriente, no hay razón para que se desconozca su propio mérito. Entre los naturales se aplica para el mal de estómago, muelas, cánceres, para mitigar los dolores de las úlceras, etc. Se usa también en baños para entonar a los paralíticos, en una fuerte infusión para la sarna, empeines, etc., y su fumigación para secar las fistulas y úlceras malignas.

Industrialmente se emplea para otros usos. Da al añil el lustre que ha perdido. Su madera como el alcanfor es un preservativo contra la polilla; la humedad, sin

<sup>1</sup>Para hacer lo más comprensiva posible la descripción de cada especie, reuniremos en la primera línea sus peculiaridades más notables en esta forma, como se verá desde luego al tratarse del canelo: 1º el nombre vulgar; 2º sus sinónimos; 3º el nombre botánico; 4º su tamaño; 5º su cualidad más fija, como si es siempre verde o no y 6º la latitud donde crece.

embargo, la daña. En Europa se cultiva desde 1829. En Chile florece en mayo en Illapel, y en septiembre en Valdivia.

Contiene además, *tanin* o el ácido *tánico* empleado en las curtientes, y también un abundante aceite volátil y resina.

Arbol de 20 a 25 pies, siempre verde. De Concepción a Aconcagua.

Este hermoso árbol se distingue más por su frondoso follaje que por su altura. Sería admirable para avenidas en los parques pues crece en la forma de seto, y en noviembre y diciembre está cubierto de flores blancas.

Su madera blanca es muy usada en la carpintería y ebanistería. Se cree que sus hojas pueden reemplazar la morera para los gusanos de seda, y tienen un buen *tanin*.

Arbol de 40 pies, siempre verde. Del Sur hasta 38° Norte.

Es un árbol elevado con un tallo de 2 pies de grueso y ramificado. Dos hermosas flores blancas de 2 pulgadas de largo, en forma de hermosas copas. Sus bayas tienen 5 líneas.

Sus usos. Su madera es colorada (apelinada) o blanca, ésta es más débil, pero excelente para carbón, en lo que consiste su uso principal por la facilidad con que se quema. La colorada se usa para muebles de casa, cuartos, etc.

Los indios huilliches lo llaman *Toz, Voyum*.

Arbol de 12 pies, de Colchagua a Coquimbo.

Es más bien un arbusto que un árbol; pero su madera es una de las más preciosas. Tan dura como el *boj* inglés puede servir para grabar, y se emplea para peines, bolas de billar, etc. Su semejanza con el *guayacán de las Indias*, le ha dado el nombre que lleva. En el campo lo reconocen con el de *Palo Santo* por sus propiedades antisifilíticas, administrado en baños, y para los reumatismos. Tiene también una propiedad jabonosa. Sus hojas revelan un singular fenómeno. Cuando el día siguiente va a ser nublado se cierran una hora antes de la entrada del sol y si ha de ser sereno, media hora después.

Arbol de 40 pies, siempre verde. En todo el país pero poco abundante.

Es un árbol de copa hermosísima, rival del mirto. Su principal uso parece ser el ornamento; pero los animales comen sus hojas; su madera blanca al exterior y roja interiormente es dura y dócil para trabajar. Sus hojas en decocción se aplican contra la sarna producida por el litre. Sus simientes tiñen amarillo el papel y tienen bastante aceite.

Las hojas de este árbol presentan el fenómeno de una infinita variedad de cortes en la misma planta, por lo que el batanista Don creía que hay muchos árboles en una misma planta. La variedad llamada Maitén menudo (*Maytenus uncinatus*) tiene su copa inclinada, presentando alguna semejanza con el sauce llorón.

Arbol de 15 a 20 pies, de Arauco a Coquimbo.

Este árbol es delgado, pero muy ramoso. Su temido follaje tiene un aspecto obscuro, y se le ve en las laderas descubiertas.

Su madera seca al sol es muy dura, y remojada en el agua puede suplir al hierro. Se usa por esto para curvas de buques, dientes de ruedas hidráulicas, ejes de carretas, etc. Sus raíces dan una madera venada preciosa.

Su sombra y el contacto de sus ramas, aun en los que las quemar, produce un

*Patagua*  
(*Tricus-*  
*fidaria*  
*dependens*)

*Olmo o*  
*muermo*  
(*Eucryphia*  
*cordifolia*)

*Guayacán-*  
*Palo Santo*  
(*Porlieria*  
*hygnumé-*  
*trica*)

*Maitén*  
(*Maytenus*  
*chilensis*)

*Litre*  
(*Litreá*  
*venenosa*)

sarpullido o sarna, principalmente en los niños y mujeres, y el remedio es infusión de amapola y maitén.

Sus frutos son pequeños, pero abundantes y dulces. En el sur se hace de ellos una chicha como la del molle, y los indios fabrican pastas muy agradables.

*Molle*  
(*Litrea*  
*Molle*)

Arbol de 20 a 30 pies. Norte y centro de la República; florece en julio.

Es un árbol de fea y marchita apariencia.

Como la del litre su madera es muy dura, y se emplea para masas de carreta y horcones, cuya parte internada echa raíces.

De su fruta se hace la agradable *chicha* muy preferible por cierto, por sus cualidades higiénicas a la venenosa de uva.

De la decocción de su corteza se hace una medicina aparente para los nervios. Su resina es espasmódica.

*Pelu "Guaya-*  
*cán de Juan*  
*Fernández"*  
(*Edwardsia*  
*microphylla*)

Arbol de 15 pies. En el Sur y Juan Fernández florece en agosto y septiembre.

La madera de este árbol es muy dura y se usa para rondanas, clavijas de buques, etc. Sus flores son amarillas.

*Chañar*  
(*Gourliea*  
*chilensis*)

Arbol de 15 pies. En el Norte y sube hasta la altura de 5.000 pies.

Madera muy dura, usada para cabezas de enjarmas. Sus frutos son agrídulces y muy apetecidos.

*Algarrobo*  
(*Prosopis*,  
*sitiquatrum*)

Desde el centro hasta Coquimbo.

Este hermoso árbol de un follaje tan elegante, que refresca con su vista los páramos del norte, es una de nuestras producciones más preciosas.

Su madera es incorruptible en el agua, y es por esto usada principalmente para trapiches.

Sus vainas leguminosas son apetecidas por el ganado.

*Espino*  
(*Acacia*  
*cavenia*)

Arbol de 30 pies, de Coquimbo a Concepción.

El espino es, o más bien, era uno de los productos más valiosos de Chile.

Antiguamente había bosques impenetrables en la provincia de Santiago; pero el hacha día y noche resuena en todas direcciones, el humo se levanta de cada rincón, los caminos están cubiertos de carretas y tropas de mulas que cargan sus fragmentos, y todo, todo es contra el pobre espino...

Este árbol crece mejor en terrenos secos; sus semillas son muy duras e impiden el brote, por lo que antes de sembrarse deben remojarse en agua caliente.

Su principal uso es para carbón. Para horcones es excelente y no se pudre enterrado, aunque es fácilmente atacado por la polilla. De sus ramas se hacen las mejores cercas. Sus flores son muy aromáticas.

*Boyer "Gua-*  
*yo colorado,*  
*Guayú"*  
(*Ragenekia*  
*oblonga*)

Desde el río Imperial al Limarí, (38° a 30°).

El porte de este árbol es muy elegante.

Madera muy dura usada para mangos, y en la construcción de casas. Sus hojas son antifebrífugas.

*Quillay*  
(*Quillaja*  
*suponaria*)

Arbol del 31° al 38°, de 30 pies de alto.

Se encuentra desde Illapel a las Cordilleras de Angol, y en el sur es muy abundante; pero no es menos copioso en la provincia de Aconcagua. Es uno de nuestros árboles que crece a mayor altura en las montañas (6.540 pies).

Su talla es de 6 pies de grueso generalmente.

Su madera se apolilla fácilmente con la sequedad del aire, pero en lugares húmedos resiste muy bien, por lo que se emplea para enmaderar las minas.

Su principal uso es para lavar sedas, lanas y colores a los que da un viso más brillante, pero al lino y algodón les comunica un tinte amarillo. Para lavar la cabeza y desmanchar no es menos usado, y se dice que las mujeres de las clases generales de Chile deben la hermosura de su pelo a estos enjuagatorios.

En Valdivia y Chiloé.

(*Queti* entre los indios. *Tepual* cuando para carbón. *Murtillo* por su fruta).

Crece en hermosos bosquesillos (*Tepuales*) en lugares húmedos.

La madera de este árbol es muy dura y bonita; pero sólo se hace carbón de ella.

*Arrayán "de Valdivia"*  
(*Myrtus stipularis*)

En el E. y S.

Este es el arrayán o mirto común de Santiago, cuya vista es tan elegante y ornamental, y su fruta tan agradable. El clima de Santiago es muy seco; pero en Concepción podría suplir al *tejo* por la consistencia de su madera.

*Arrayán común,*  
*murtillo*  
(*Myrtus ogni*)

Lugares marítimos de Coquimbo.

Es un árbol ancho y grueso que se distingue por sus hojas encogidas hacia abajo, y por lo ancho de su ramaje.

*Arrayán de Coquimbo*  
(*Myrtus Coquimbensis*)

Chiloé.

Es un árbol delgado, peludo que crece cerca del mar. Su fruta es buena; pero los naturales la desdeñan por ser comida por reptiles.

*Tantán (o arrayán de Chiloé)*  
(*Myrtus candollü*)

Arbol de 30 y más pies, desde el Sur hasta el Itata (39°).

La madera de este interesante árbol es como fierro, y lo reemplaza en las puntas de arado, etc.

Es muy usado para carruajes, camillas de carretas, rondanas de buques, etc. Las *lumas* o arados de mano de los labradores chilotos son hechos de esta madera; y tal vez sería una excelente herramienta para desenterrar papas, en lugar de la *punta* de fierro, y también para arrancar raíces. Sus frutas se mezclan con chicha, a la que le dan sabor. La variedad llamada *Meli* es un tercio mayor, es decir 18 varas o 52 pies.

*Luma*  
(*Myrtus luma*)

Arbol de 20 a 30 varas. De Aconcagua a Chiloé muy común.

Este es un árbol muy interesante, alto, frondoso, de corteza lisa y cenicienta. Sus bayas son de un negro violeta, de cerca de una pulgada de largo.

Su madera es blanca o colorada. Esta es muy flexible y fibrosa, y muy durable, por lo que es usada para la navegación. Se hacen también vigas, viguetas, cuarterones, y se emplea en lugar de la caoba, aunque por sus fibras no puede dársele un buen bruñido.

Su corteza curte y da un color colorado a la suela, por lo que se usa mucho en esta industria. Sus hojas son nocivas a los animales, tal vez por el tani que contienen.

La variedad *Meyenia* (que Meyen encontró en la provincia de Colchagua) tiene las hojas más pequeñas.

*Lingue "liñi, litchi" (Persea lingue)*

Aconcagua.

Este árbol era usado antes para la construcción de buques. Tal vez sus bellotas podrían recogerse para los animales.

*Bellota*  
(*Bellota miersü*)

Arbol de 45 a 60 pies, siempre verde. General.

Uno de los árboles más majestuosos de Chile, por su tamaño y elegancia.

Su corteza es nuestro tanin más general como también sus hojas.

*Peumo*  
(*Cryptocaria peumus*)

Su fruto es bien conocido; cocido "en la boca" o en la olla, en guiso o en mole...

Su madera es dura y se conserva en el agua; tiene un jaspe leonado.

*Queule-  
Hual-hual  
(Adones-  
temun  
nitidum)*

Arbol de 70 pies y más, siempre verde. De Concepción al Maule.

Arbol hermosísimo y colosal. Sus frutas son del tamaño de un huevo de paloma lisas y carnosas.

Sus hojas son astringentes.

Su madera es venada y muy duradera.

*Natro "Ci-  
ruelillo"  
(Embo-  
thricum  
cocineum)*

Arbol de 10 a 15 pies. Desde el Sur hasta 33° Norte.

Es un hermoso árbol ornamental que da flores coloradas.

Su madera es colorada, y se emplea en la ebanistería.

Su decocción se emplea para afecciones glandulosas, y su vapor para el dolor de muelas.

*Rabal, "Ra-  
dal, Nogal"  
(Lomatia  
obliqua)*

Arbol de 8 ó 10 pies, desde el Sur hasta 33° Norte.

Es un árbol pequeño, ramoso y desnudo. Tiene alguna semejanza con el Nogal, por lo que se le da este nombre.

Su madera es lustrosa, colorida y fibrosa. Se hace de ella remos, bateas, zuecos, y se emplea como sustituto al lingue.

Su corteza es blanca o roja y ésta es más apreciada; se emplea como vino en decocción para purgantes.

*Avellano  
"Guevin.  
Nefueu"  
(Guevina  
avellana)*

Arbol de 12 a 15 pies, siempre verde. Entre 35° y 43° comunísimo. Florece en enero y febrero.

Es un árbol pequeño, de ramas tendidas y desnudas.

Sus frutas son coloradas en el 2º período, y caen antes de madurar. Por sus semejanzas con las avellanas de la Península, los españoles le dieron este nombre, y se usan como tales en confites, etc.

De su madera se hacen bateas, remos, cinchos de toneles, etc.; pero es poco durable.

*Tecke. "Palo  
muerto, acei-  
tunillo, olivi-  
llo" (Aexto-  
xicum punc-  
tatum)*

Arbol de 40 pies. Desde el Sur hasta cerca de Valparaíso.

Es un árbol color ferruginoso que da flores blancas en racimo.

*Boldo  
(Boldea  
fragrans)*

Arbol de 15 a 20 pies. Desde el centro hasta Osorno.

Es un árbol frondoso que da flores blancas, olorosas.

Su madera apenas sirve para carbón; pero estas plantas tienen muchos otros usos.

Su decocción se emplea para limpiar barriles vinagres.

Sus frutos blanquizcos son de agradabilísimo gusto, y sus huesos se emplean para rosarios.

Sus hojas sazonadas con vino se aplican a fluxiones, cocimientos, etc., y son antisifilíticas, antihidrópicas y contra los reumatismos.

*Laurel  
"Artihue"  
(Laurelia  
aromática)*

Arbol de 60 pies, siempre verde. Desde los 34° N. al Sur.

Este hermoso árbol, cuyas raíces son muy profundas, tiene un aspecto muy elegante y tan aromático que es adorno de estilo de todas las funciones religiosas, y en las iglesias de campo.

Su madera es blanca y quebradiza, pero es fácil de trabajarse, y se preserva bien en lugares secos. Sus flores, hojas y corteza, son aromáticas y se aplican en bebidas

como antivenéreas, en baños para fortificar los nervios, y en fumigación contra convulsiones espasmódicas.

Arbol de 9 a 15 pies. Desde Copiapó a 34° Sur.

Este árbol abunda en los lugares húmedos que refresca con su verde y elegante follaje.

El uso principal de su madera es para carbón, con el que se hace pólvora, polvos de dientes, etc. Sus mimbres se emplean para canastos.

Plantados en fila forman hermosas avenidas, y sus raíces sirven para contener el desborde de tierras, principalmente a orillas de las acequias, y nada hay más agradable en las calurosas tardes de verano, que el ruido musical que hace esta planta cuando la brisa sacude su flexible tallo.

Sauce (*Salix humboldtiana*)

Arbol muy alto. Desde el Sur hasta 33° Norte.

Las magníficas selvas del sur de Chile se componen en gran parte de estos árboles.

Cuando jóvenes (Huallé) su madera se corrompe fácilmente al aire o en el agua, pero cuando apellinados (*Pellin*), es decir, cuando quemados en pie antes de cortarse, toman una consistencia considerable, es incorruptible y conserva su vitalidad por largo tiempo, tal vez porque ha sido concentrada por el fuego. Se han encontrado umbrales de esta madera de más de un siglo aún frescos. Se le destina para obra gruesa como umbrales, postes, quillas y curvas de buque, ruedas de molino, etc.

Los *digüñes*, un hongo redondo usado en el sur como alimento, crecen al pie de este árbol.

Nuestra encina (*Quercus racemosa*) es una especie de roble.

Roble "Coyán, Pellin, Huallé"  
(*Fagus obliqua*)

Arbol muy alto. Desde el Sur hasta el 36° Norte.

El tamaño de este árbol es tan colosal que se han hecho canoas de una sola pieza capaces de cargar 100 quintales.

Sus usos generales son como los del Roble.

Coyhue  
(*Fagus dombeya*)

La madera de este árbol es blanda y porosa, pero sin nudos; y se emplea para toneles y otras obras de poca duración.

Cuando se apellina (se tuesta al fuego) puede durar largo tiempo.

Del género *fagus* hay cuatro especies más en Chile que mencionaremos de paso, aunque M. Gay no da los nombres vulgares.

*Fagus antártica*. Crece en Chiloé y Magallanes, y alcanza una inmensa altura.

*Fagus alpina*. Se encuentra en Antuco, y crece 15 pies.

*Fagus pumilla*. Crece en Antuco.

*Fagus betuloides*. Crece en Magallanes.

Rauli  
(*Fagus procera*)

Arbol de 70 pies. Sur.

Es un árbol muy elevado (el *Podocarpus oleifolia* parece una variedad de éste).

Maniu (*Podocarpus chilina*)

Arbol muy alto. Chiloé.

Crece en Chiloé.

Pino (*Podocarpus nubijera*)

Arbol muy alto. Desde las cordilleras 34° hasta Valdivia.

La madera de este bello árbol, aunque tan hermosa como la del alerce, es blanda, y se emplea sólo en objetos pequeños.

Ciprés "en araucano Leu"  
(*Libocedrus chilensis*)

Arbol de 120 pies, 30 de ancho. Valdivia y Chiloé.

Este magnífico árbol es tan corpulento que 5 ó 6 hombres no pueden a veces abarcarlo; pues tiene hasta 30 pies de circunferencia.

Alerce "en araucano"

*Lahua*" (*Li-  
bocedrus  
tetragonia*)

La madera de este árbol es sin duda la más preciosa de Chile, y tal vez de la América del Sur. Su tronco se compone de tres partes distintas.

1ª Inmediatamente debajo de la corteza (que es filamentososa) hay una estopa incorruptible, sacada por los indios para calafatear sus piraguas; 2ª otra corteza intermedia sin importancia, y 3ª la madera propia de la que hay tan gran consumo para obras de toda clase desde la viga al tabique, desde el barril, al tablado del techo.

Hay dos árboles, la hembra y el macho. Este es más fuerte, tiene la estopa retorcida, la tabla interior derecha y necesita sierra para rasgarse. La hembra es más dócil y basta la uña para rasgar las tabletas que se acomodan después con el hacha.

Su duración e incorruptibilidad es tan grande que se encuentran troncos aun intactos desde la gran sublevación de 1599.

Los lugares donde se hace la corta se llaman Astilleros, y los principales son el de Tengü, Carduel, Melipulli, Cochuín y la Boca.

Los indios la cortan y la traen a hombro a los puntos de venta. Su jornada es muy fatigosa. Cada hora descansan un rato y el espacio de tiempo ocupado en este reposo que es una hora se llama *Descansada*, y cuando la cambian de un hombro al otro *cantatún* o un cuarto de hora, lo que pasa en el país como medida general del tiempo.

En el tiempo que M. Gay visitó el archipiélago de Chiloé, había 6.000 personas empleadas en la corta del alerce, y se exportaría por año 3 a 400 mil tablas.

El precio de una tabla era de un cuartillo, aunque el nominal del país, de un real.

Según Stevenson hay árboles que dan de 800 a 900 tablas, de 20 pies de largo, 12 pulgadas de ancho y un pie de grueso. Cada tabla vale un cuartillo, así un árbol valdría 300 pesos.

*Piñón*  
"Pehuén"  
(*Araucanía  
imbricata*)

Este magnífico árbol abunda en grupos macho y hembra en las cordilleras de Santa Bárbara, Nahuelbuta, y llega al sur hasta Villarrica, y podría bajar aún más; pues en Europa en 1847 ha sobrellevado un frío de 12°9 bajo cero.

La madera es fibrosa, venada de un vistoso blanco amarillento y muy pulida. En tiempos de don Ambrosio O'Higgins se cortaron magníficos masteleros para la Armada Española.

Da una abundante resina blanquiza y olorosa como el incienso que se aplica en parches como vulneraria para curar cicatrices, consolidarlas, soldar los huesos quebrados, etc. Se aplica también para el dolor de cabeza, jaqueca y como diuréticas y venéreas en píldoras. La hembra produce el fruto. Este aparece en piñas que tarda dos años en madurar. Cada piña tiene 100 y más piñones. En febrero y marzo se hace la cosecha a la que vienen los habitantes de Santa Juana, la Laja y los indios de los llanos de Purén y Angol que se mantienen varios meses del año con su fruto. La cosecha es algo difícil, pues tiene que trepar al árbol por medio de una sogá, lo que los indios hacen con gran destreza.

Tal es la rápida y concisa reseña que ofrecemos a nuestros lectores sobre la producción sin duda más importante del país después de los cereales, esto es, la madera. En nuestros artículos subsiguientes ilustraremos los principios generales de la silvicultura, ya que por este bosquejo conocemos las principales especies de nuestros árboles de madera tanto europeos como indígenas.



# Extensión cultural de la Biblioteca Nacional

Primer semestre de 1966

LAS ACTIVIDADES de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional en este período consistieron en conferencias, exposiciones y conciertos. Hubo un total de treinta y tres conferencias (contra veinticinco en el primer semestre de 1965); trece conciertos (ocho el año pasado en el período correspondiente), y cuatro exposiciones (seis en el año anterior).

A esas conferencias debe añadirse un curso de Astronomía elemental, a cargo del Prof. Sr. Federico Bierregel, en trece clases que se iniciaron el 4 de enero, inaugurando así las actividades del año. Las clases restantes del curso se verificaron los días 7, 11, 14, 18, 20, 21, 25, 27 y 28 de enero, y 19, 4, 8, 10 y 15 de febrero. A estas clases se agregaron tres sesiones de observación del cielo con instrumentos de fácil manejo, una de las cuales se verificó en el Observatorio Astronómico de la Universidad de Chile (cerro Calán).

La primera de las conferencias propiamente tales fue la del catedrático francés M. Maurice Allemand, Director del Museo de Saint-Etienne, quien disertó el 6 de enero acerca de *El cubismo y sus consecuencias*, en charla ilustrada con películas y diapositivas en colores.

El 6 de abril se inauguró un ciclo de cinco conferencias a cargo del catedrático Dr. Benjamín Viel, cuyo tema general fue *El rol del Estado en la atención médica*. Los capítulos desarrollados en cada una de esas conferencias fueron: *Desarrollo de la medicina occidental en los últimos dos siglos*, el 6 de abril; *El servicio de salud en Gran Bretaña*, el 13; *El servicio de atención médica en la Rusia Soviética*, el 20; *el Servicio Nacional de Salud chileno*, el 27 del mismo mes de abril, y el mismo asunto, en su segunda parte, en la conferencia final del ciclo, el 4 de mayo.

Anotamos en seguida tres conferencias de temas dispersos: *Vehículos y viajes espaciales*, el día 7 de abril, disertación a cargo del técnico norteamericano Mr. Chester Shaddeau, ingeniero jefe y Director de la Estación de Rastreo de Satélites de Peldehue, dependiente de la NASA; *La Sinagoga en Europa, su origen, su evolución y su arte*, por el Prof. y erudito Günter Böhm, el 12 del mismo mes; y *El conflicto Pekín-Moscú*, el 14 del mismo mes, por el Director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Sr. Mario Planet.

El 15 de abril se inauguró un ciclo de ocho conferencias que abarcaron la trayectoria de la poesía chilena desde sus orígenes hasta la primera mitad del presente siglo inclusive. El día indicado disertó el Prof. Sr. Mario Osses, Director del Instituto Pedagógico Técnico, sobre *Gabriela Mistral*. Las conferencias restantes de este ciclo fueron: *Poesía chilena colonial*, por el Prof. y académico Sr. Hugo Montes, el 18 de abril; *Poesía chilena en el siglo XIX*, por el poeta y crítico Sr. Braulio Arenas, el 19; *Poesía chilena de comienzos del siglo XX*, por el crítico y periodista Sr. Luis Sánchez Latorre, el 21; *Poesía chilena de la segunda mitad del siglo XX*, por el crítico Sr. Mario Ferrero, quien desarrolló su tema en charlas de los días 22, 28 de abril y 6 de mayo; y *Poesía de Pablo Neruda*, por el catedrático del Instituto Pedagógico Sr. Mario Rodríguez, el 29 de abril.

Después de la conferencia del catedrático de la Universidad de Leipzig, Dr. Kurt Schnelle acerca de *Los estudios de literatura latinoamericana en la República Demo-*

*crática Alemana*, el día 18 de mayo, tomamos nota de tres conferencias del R. P. Edmundo Stockins, ilustradas con diapositivas en colores, las que versaron sobre las Islas Hawai, el 25 de mayo, *De Disneylandia al Gran Cañón del Colorado*, el 30 del mismo mes, y *Siete maravillas de la arqueología americana: en México, Guatemala, Honduras, Bolivia (Tiahuanacu), Perú (Macchu-Picchu) y Chile (Isla de Pascua)*, el 31 de ese mes de mayo.

El 27 de este mes inició su ciclo de seis conferencias sobre *La vida en el Universo*, el catedrático y escritor Sr. Arturo Aldunate Phillips, quien las prosiguió los días 3 de junio, 10, 17 y 24 del mismo mes, dejando la última para el 19 de julio, lo que nos permitirá computarla en la estadística del segundo semestre.

Se intercalaron con las conferencias del profesor Aldunate la que dió el profesor M. Jean Cizaletti sobre *El problema de los deficientes mentales* (día 7 de junio) y las tres del ciclo del Dr. Luis Sandoval Smart, *Introducción a la Antropología*, que se realizaron los días 2, 14 y 16 de junio.

Para agrupar conferencias por su tema, nos adelantamos cronológicamente anotando la del explorador iranio Sr. Abdullah Ommidvar, quien el 28 de junio nos ofreció una *Visión de ambos casquetes polares*, en descripción verbal ilustrada con diapositivas en colores y una película con la vida y costumbres de los esquimales. Finalmente, damos cuenta en el presente semestre del ciclo del catedrático Sr. Mario Sepúlveda Bustos, acerca de *La reforma universitaria*. Sus charlas fueron los días 23 y 30 de junio, y, en el semestre siguiente, los días 5 y 7 (foro) de julio.

Se han realizado cuatro exposiciones en el primer semestre de 1966: una de arte y tres de carácter bibliográfico.

Prosiguiendo en la práctica inaugurada el año anterior, se han aprovechado los días aniversarios de personajes históricos o de acontecimientos, para exhibir muestras del material bibliográfico que la Biblioteca posee sobre ellos. Así, entre el 7 de febrero y el 12 de marzo, hubo en exhibición en el Salón Central, destinado a exposiciones, obras referentes a Cicerón, Pérez Galdós, Molière, Albert Schweitzer, Byron, Gutenberg, Romain Rolland, Pedro de Valdivia, la fundación de Santiago y la Declaración de la Independencia de Chile.

Entre el 12 y el 20 de abril funcionó una exposición de "Arquitectura sinagoga europea", formada por fotografías y grabados de sinagogas de Europa, desde los comienzos de nuestra era hasta nuestros días. Esta valiosa muestra, preparada por la Oficina Latinoamericana del Comité Judío Americano, pudo ofrecerse en la Biblioteca gracias a la colaboración de la Comunidad Israelita Ashkenazi, de Santiago. Sirvió de comentario a esa exposición, la conferencia del Prof. Günter Böhm, ya mencionada.

Simultáneamente con el ciclo sobre Poesía chilena, se mantuvo abierta una vasta exposición bibliográfica, que comprendió: Libros de nuestros poetas desde el siglo XVI a la fecha; estudios biográficos y críticos sobre los mismos; revistas literarias con producciones poéticas de autores nacionales y diarios con análogo material; poesía popular chilena, contenida particularmente en una valiosa colección de la revista "Lira chilena", y comentarios de la misma en estudios críticos, eruditos y folklóricos. Finalmente, en sección aparte, el conjunto de las obras de los poetas chilenos galardonados con el Premio Nacional de Literatura. Esta exposición fue inaugurada el 18 de abril y clausurada el 8 de mayo.

El 14 de junio se abrió la exposición con los aniversarios del trimestre, en la cual estuvieron representados Diego de Almagro, Diego Portales, José Victorino Lastarria, Juan Williams Rebolledo, Agustín Edwards Maclure, Américo Vespucio, sor Juana Inés de la Cruz, Longfellow, Washington Irving, Balzac, Ibsen, Anatole France y Tagore. Entre los acontecimientos: Arreglo de límites con el Perú, del 3 de junio

de 1929; e Incorporación de la Antártica a la provincia de Magallanes, decretada el 17 de junio de 1955.

Del total de trece conciertos ofrecidos en este primer semestre del año, hubo cinco recitales de piano, que estuvieron a cargo de los artistas que en seguida se mencionan, con los autores por ellos ejecutados: Inés Grandela del Río, el 3 de mayo, con programa de Bach (Fantasía cromática y fuga), Mozart (Variaciones en Re mayor...), Liszt (Sonata en Si menor), Botto (Variaciones Op. Nº 1), Schönberg (Seis pequeñas piezas Op. 19) y Poulenc (Toccata); Margarita Domenech, el 13 de mayo, la que interpretó a Beethoven en sus sonatas Claro de Luna, Los Adioses y Apasionata; Elisa Alsina, 24 del mismo mes, ejecutando a Chopin (una mazurka y dos estudios), Scriabin (estudio Op. 8 Nº 11), Liszt (Feux Folles), Mendelssohn (Variaciones serias), Allende (dos tonadas), Ravel (Valses nobles y sentimentales), Botto (Estudios) y Prokofief (Sugestión diabólica); Alberto Pomeranz, concertista italiano, profesor en el Conservatorio de Nueva York, con música de Bach-Busoni (Eccoviene il Redentore), Beethoven (sonata la Tempestad), Casella (Once piezas infantiles), Liszt (Después de una lectura del Dante), Debussy (tres Preludios) y Mussorgski (Cuadros de una exposición), en recital del 13 de junio; y, finalmente, Armando Moraga, el 20 de junio, en cuyo programa figuraron Beethoven (Sonata La Tempestad), Chopin (dos estudios, un nocturno y una balada), Granados (La maja y el ruiseñor y El pelele), Gustavo Becerra (Variaciones 1958), Luis Margañó (tres trozos), Estela Cabezas (tres estudios) y el propio ejecutante, Armando Moraga (Estudio arabesco Nº 2 y La Guitarra desafinada).

Hubo tres recitales de coros: el 7 de febrero actuó el "Coro Magisterio de Iquique", con un programa folklórico regional, bajo la dirección del Prof. Eduardo Carrión; y el 23 de mayo se presentó el "Grupo coral de Cámara de la Universidad Técnica del Estado", bajo la dirección del Sr. Mario Baeza, con un variado programa que abarcó desde canto gregoriano, Palestrina, Bach, Haydn, Beethoven, Cherubini, Schubert, Juan de la Encina hasta Poulenc. Este recital se repitió el 6 de junio.

Hubo un solo recital de canto, en que el tenor Sr. Hernán Würth —acompañado al piano por Elvira Savi— interpretó canciones españolas antiguas, "Cinco canciones griegas", de Ravel, y "Cantos y danzas de la muerte", de Mussorgski, el día 8 de junio. Hubo asimismo un recital de corno, a cargo del artista de fama internacional Peter Damm, de Leipzig (día 22 de junio), y tres con instrumentos de cuerda, los que fueron: el del 26 de abril, de viola y piano (Raúl Martínez y Lucía Gazitúa), con programa de Beethoven, Brahms y Steiner; el del 10 de mayo, también de viola y piano, a cargo de Manuel Díaz y Paulina Jenkin, con trozos de Albéniz, Scarlatti, Marcello, Vitali, Couperin y Bach; y el del 17 del mismo mes, por el Cuarteto Nacional de Cuerdas (Alberto Dourthé, Jaime de la Jara, Abelardo Avendaño y Arnaldo Fuentes), que ejecutó música de Mozart, Beethoven y Debussy.

RAÚL SILVA CASTRO

*Premios Nacionales de Literatura*, por Mario Ferrero. Dos volúmenes. Editorial Zig-Zag, 1966.

Mario Ferrero inició la publicación de su obra *Premios Nacionales de Literatura* en 1962, al aparecer, dentro de la Biblioteca de Ensayistas de la Empresa Editora Zig-Zag, un tomo primero con diez monografías. Esto equivale a decir que en aquella primera publicación podían leerse los estudios correspondientes a los premiados hasta Gabriela Mistral, cuya semblanza cerraba la serie. De este libro se hace ahora una segunda edición, no ya bajo el sello editorial de Zig-Zag sino dentro del de Ercilla, pariente próximo del otro, y en dos volúmenes. El primero contiene sólo siete monografías, siendo la última la de Angel Gruchaga, y el segundo otras tantas, hasta Francisco Antonio Encina. Debe señalarse que después de éste, premiado en 1955, han sido galardonados varios autores más, con los cuales habría tema sobrado para un tercer volumen. Todo hace esperar que Ferrero siga en su tarea, motivo por el cual no estaré de más algunas de las observaciones que siguen.

EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA. El autor inicia su obra con una reseña histórica sobre la recompensa misma (p. xvii a xxii del tomo primero) donde hallamos poco que reparar. No puede dejarse sin comentario, eso sí, la siguiente proposición: "La escasa población del país, disminuida para la literatura por el apreciable porcentaje de analfabetos..."; pero como en parte alguna el autor nos indica cuál es este porcentaje, nos quedamos sin saber si tiene razón o si no la tiene. Convento con él en que mientras más analfabetos menos lectores, pero no creo que sea "apreciable" la cuota de analfabetismo en Chile, si se le compara con naciones de formación similar (las del continente hispanoamericano, por ejemplo). Una comparación con naciones de otro tipo sería insensata, lo que

no quita que más de una vez haya sido cometida.

Cuando llega el momento de dar cuenta de la ley que creó el premio, de 9 de noviembre de 1942, dice el autor que "lleva las firmas de don Juan Antonio Ríos Morales, Presidente de la República; de don Guillermo del Pedregal, su Ministro del Interior, y de don Benjamín Claro Velasco, Ministro de Educación Pública" (p. xviii). Los nombres están bien, pero no los títulos. El señor Del Pedregal no firmó la ley por ser ministro del interior, que no lo era, sino por ser ministro de hacienda, y en atención a que la ley imponía al fisco un determinado gasto. Revise el señor Ferrero sus papeles, y verá que no exagero en nada.

AUGUSTO D'HALMAR. Las informaciones de que ha dispuesto Ferrero aparecen varias veces confundidas. Tratemos de aclararlas.

Al hablar de los progenitores, dice el autor que "Manuela Thomson... muere al poco tiempo de haber sido abandonada por su galán" (p. 6). Lo que debemos tomar *cum grano salis*, pues aquella señora después de haber dado a luz al hijo de Goemine se casó y tuvo en su matrimonio dos hijas, a las cuales aludiremos en seguida.

Porque ocurre que, en la página siguiente, al hablar de estas chicas, comete Ferrero el imperdonable error de llamarlas "hermanastras" de Augusto Goemine Thomson, título que no les corresponde, pues ellas eran hermanas de madre o uterinas, como se dice en lenguaje forense.

D'Halmar publicó una primera obra, en 1902; ved cómo se refiere a ella Ferrero: "d'Halmar no podía permanecer ajeno a esta sugestión de su tiempo. Y el año 1902 publica "La Lucero", que más tarde pasó a titularse "Juana Lucero" (p. 9). Todo lo cual es lamentable error, pues el primer título de aquella obra fue *Juana Lucero*, como es fácil ver en la Biblioteca Nacional, donde existen ejemplares del libro. *La Lucero* fue empleado por d'Halmar en su vuelta a

Chile, en 1934, en atención, según decía él a sus amigos, a que en su ausencia el título se lo habían cambiado, y todos le preguntaban dónde podía leerse *La Lucero*, cuándo reeditaba *La Lucero*, etc. Pero ya en 1952, en nueva edición, la novela ha vuelto a titularse *Juana Lucero*, único nombre que debe tener.

Más grave es la tergiversación que el autor hace de este título en la bibliografía (p. 44), donde afirma que se llaman *La Lucero* la primera edición de 1902, ya referida, y una cuarta de 1961, lo que desgraciadamente no es verdad en ninguno de los dos casos. Las dos mencionadas se titulan *Juana Lucero*, y *La Lucero* sólo la de 1934, como ya decíamos.

Página 20-1. "En 1906 publica *Vía Crucis* en el Boletín de Veladas del Ateneo, y tras una serie de trámites y gestiones misteriosas, sale de Chile con destino a Calcuta, como cónsul general de Chile en Indostán, en un largo viaje que, sin considerar un breve retorno al país en 1915, durará veintisiete años..." Hay aquí varios errores que conviene puntualizar.

19 No son misteriosas las gestiones que se hacen para un nombramiento en la administración pública; y menos lo serán en este caso, pues d'Halmar fue nombrado cuando era Ministro de Relaciones Exteriores el Dr. don Federico Puga Borne, pariente próximo de Fernando Santibáñez Puga (Fernando Santiván), escritor que había entrado en la familia del cónsul al casar con una de sus hermanas, Elena. Todo esto es claro y normal; no tiene nada de misterioso.

29 El nombramiento no fue de cónsul general sino de algo menos subido dentro del escalafón del servicio; y era natural que así fuese, pues era éste el primer cargo que d'Halmar desempeñaba en el extranjero.

39 El retorno a Chile no se produjo en 1915, como asevera el señor Ferrero, sino en 1916, y ya veremos la importancia adicional que esto presenta.

Página 26. Pasa d'Halmar a desempeñar su cargo en Eten, y Ferrero dice que "hasta 1915, fecha en que reaparece brevemente en Chile". No; ya dijimos que en 1916. La insistencia en la fecha errónea 1915, que hallamos en la p. 27 y en la p. 29, nos indica que el archivo del señor Ferrero está en esta parte bastante alterado. Y aquí va una prueba.

Página 31. "En 1917, tras una breve estada en Buenos Aires como corresponsal del diario *La Nación*, de Santiago, re-

torna a Europa y se instala en Madrid..." No todo es exacto. D'Halmar salió de Chile en 1916, no en 1917, y no se detuvo en Buenos Aires sino que siguió en el acto a Europa, cual puede verse por las ciudades referidas en sus artículos de viaje, los cuales se publican no en *La Nación* sino en *La Unión*, diario del Arzobispado de que fue corresponsal. Por lo demás, como el viaje no se efectuó en 1917 sino en 1916, no podía d'Halmar escribir en *La Nación*, a pesar de la insistencia de Ferrero en afirmarlo, porque *La Nación* no comenzó a salir hasta 1917.

Página 35. No cabe duda que el señor Ferrero tiene mala suerte con las fechas, pues confunde las más obvias. El arribo del vapor *Reina del Pacífico* en que d'Halmar regresaba de España se produjo el 18 de julio y no "el 17 de agosto" como se lee en este libro.

Página 36. "El amor que siempre profesó a España... le dicta dos de sus mejores libros de la última época: *La Mancha de don Quijote*... y *Lo que no se ha dicho sobre la actual Revolución Española*...". No comparto el entusiasmo del autor por este último título, harto menguado dentro de las obras de d'Halmar. En lo que hace al otro, cabe recordarle sólo que no tiene nada en común con la guerra civil, que fue escrito antes de que ésta se produjera, y como diario de viajes que es, es absolutamente imposible imaginar que d'Halmar lo escribiera en Chile, para referirse a una guerra civil que, en 1934, cuando apareció aquel libro, ¡no se había iniciado! Notoriamente el señor Ferrero no tuvo en cuenta, al escribir aquellas palabras, el año de publicación de *La Mancha de don Quijote*, que lo sustrae totalmente al número de los libros motivados por la guerra civil.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO. Menos en número son las observaciones que merece esta semblanza.

Página 48. Joaquín Edwards Bello estudió algún tiempo en el Liceo de Hombres de Valparaíso, que en su tiempo no llevaba el nombre de Eduardo de la Barra.

Página 52-3. "Ahora estamos en 1904 y Joaquín Edwards Bello sólo cuenta diecisiete años de edad. A pesar de su escasa experiencia de la vida e instado por sus padres, que insisten en hacer de él un diplomático brillante, abandona el país en viaje a Francia. Es ésta su primera salida y la más breve, ya que al

poco tiempo está de nuevo en Santiago, iniciando en *Pluma y Lápiz* y *La Nación*, y posteriormente en *Zig-Zag*, su ininterrumpida y apasionante carrera periodística". Tal como en caso anterior, hay que desmenuzar los errores.

19 *Pluma y Lápiz* se publicó dos veces, de 1900 a 1904 la primera, y en 1912 la segunda. ¿En cuál de estos dos períodos escribió Edwards Bello? Si el viaje fue emprendido en 1904 y "al poco tiempo" está de regreso, parece como que hubiera escrito en el segundo período, esto es, en 1912.

29 La verdad es que Edwards Bello volvió a Chile a raíz del terremoto de agosto de 1906, y no se estableció en Santiago, como pudiera desprenderse de las palabras del señor Ferrero, sino en Valparaíso, donde estaba la residencia de su familia. Lo único cierto en todo aquello es que escribió en *Zig-Zag*, cuya publicación comenzó en 1905, esto es, cuando el joven escritor estaba en Europa. Pero esa colaboración no es "posterior" a la de *La Nación*, por obvios motivos de cronología.

39 Lo de *La Nación* debe ser reparado una vez más, para que el señor Ferrero termine por asimilarlo. *La Nación* a que el autor alude, diario en el cual ha seguido escribiendo Joaquín Edwards Bello en años ulteriores, comenzó a publicarse en el mes de enero de 1917, y no debe ser confundido con otros diarios del mismo título, publicados en Santiago en diferentes fechas, con los cuales el cronista nada ha tenido que ver.

Página 63. "Su actitud ante la vida es un ejemplo de inmenso valor para las generaciones de los periodistas actuales, en una época en que el periodismo atraviesa una seria crisis profesional, sumergido tras la costra de intereses políticos y comerciales que caracteriza a nuestro mundo contemporáneo". ¿No será excesivo este párrafo? Y para que no lo creyéramos excesivo, fuera preciso probar lo que se afirma como inconcuso o axiomático, operación de la cual se olvida el señor Ferrero.

Página 73. Cuenta el autor que Edwards Bello fue elegido miembro de la Academia Chilena, y agrega que "aceptó de malas ganas, sólo por no desairar, pero jamás asistió a una reunión de la Academia". No es totalmente efectivo. Es posible que recibiera el nombramiento sin mucho entusiasmo, pero aceptó, pues se dio cuenta de que elegirlo era tributarle un homenaje en su calidad de

escritor. Y no sólo asistió, sino que en el acto de su incorporación se presentó a la sesión el Presidente de la República, el general Ibáñez, adquiriendo así la ceremonia una categoría nada común. Me consta, en fin, personalmente, haber visto algunas veces a Joaquín Edwards Bello en sesiones de la Academia, a la cual dejó de asistir, en fin, hace algunos años, en atención al mal estado de su salud.

MARIANO LATORRE. Los errores en la semblanza de Mariano Latorre son casi tan abundantes como en la de D'Halmar, y muestran singularmente enredado y confuso el archivo del autor.

Página 79. "Hijo de don Mariano de la Torre Sandelís, vasco de Palencia..." Palencia es una provincia española ubicada bastante lejos de las vascongadas. Hablar de *vascos de Palencia* sería como si en Chile dijéramos curicanos de Chiloé. Y, claro, podría ser que aquel don Mariano hubiera nacido en Palencia en el seno de una familia vascongada, pero no es eso lo que el autor nos ha dicho, sino lo que nosotros, por piedad, queremos suponer.

Página 84. "El reparto estelar del Liceo de Talca se viene a completar con el nombre ilustre y la personalidad de varios de sus condiscípulos, entre los que se contaban Domingo Melfi... Armando Donoso... Aníbal Jara Letelier y el no menos ilustre escritor Francisco Hederra Concha, novelista de obra escasa, pero de gran talento creador".

El señor Hederra nació en 1863 y tenía, por lo tanto, 23 años cuando Latorre veía la primera luz. Es radicalmente imposible que hayan sido "condiscípulos".

PABLO NERUDA. Las tergiversaciones en el caso de Neruda no son abundantes, pero sí de singular gravedad. La opinión personal de Ferrero sobre la obra de este poeta es abiertamente adversa, lo que tal vez explicaría el descuido general que reina en la semblanza.

Página 122. "... contribuye a la fundación de la revista *Claridad*...". No hay tal. *Claridad* lanzó a la calle su primera entrega el día 12 de octubre de 1920, fecha en la cual Neruda vivía en Temuco, ciudad en donde seguía afincado cuando, en la edición de 22 de enero de 1921, se dieron a conocer sus poemas al público en una sección *Los Nuevos*, con una nota de presentación firmada por Fernando Ossorio, seudónimo de Raúl Silva Castro. Neruda vino a Santiago, por primera vez, hacia el mes de marzo

de 1921, para matricularse en el Instituto Pedagógico. Tuvo colaboración en *Claridad* desde entonces, pero en ninguna forma puede decirse que haya contribuido "a la fundación". Por haber fundado yo *Claridad*, en compañía de Alberto Rojas Jiménez y de Rafael Yépez, creo que mis afirmaciones cobran algún peso...

Página 123. A propósito de *Crepusculario* el autor dice: "La mayoría de los críticos lo acusó de "rebelle, erótico, inmoral y descabellado", con lo cual no hicieron otra cosa que destacar el nacimiento de un poeta distinto". Creo conocer bien la bibliografía de Neruda, y no puedo asentir al dicho de Ferrero. Mi impresión es, al revés, que la mayoría de la crítica fue auspiciosa para Neruda. Valdría la pena sobre todo indicar de dónde toma el autor aquella serie de epítetos, citados al parecer, pues los enlaza entre comillas.

Página 121. "Vive... primero en la calle Marín, luego en Maruri..." Nada de esto. Una sección de *Crepusculario* se llama *Los crepúsculos de Maruri*, calle en la cual efectivamente vivió el poeta a poco de llegar a Santiago. Lo de Marín no pasa de ser errata, y de las más vulgares, cometida en la antología organizada por Arturo Aldunate Phillips, quien al parecer desconocía entonces la existencia de Maruri y corrigió por el nombre que de verdad conocía. Pero es lamentable que tantos años después siga repitiéndose este disparate sin justificación alguna. La corrección, por lo demás, carecería de sentido si se trata de saber los nombres de las calles donde vivió Neruda en una etapa determinada de su vida. La importancia estriba en que, como ya dijimos, *Los crepúsculos de Maruri* (y no de Marín) son una sección de *Crepusculario*.

Páginas 148-9. Citando el autor algunas expresiones de Neruda (*Caballo verde para la poesía*) dice: "Las superficies usadas, el gusto que las manos...", pero el original dice *el gasto* y la alteración introducida por Ferrero altera el contexto y lo desfigura.

Página 151. *Los estatutos del vino* dice Ferrero, pero el título efectivo de ese poema siempre ha sido *Estatuto del Vino*.

Página 152. "En 1934 y a raíz de la actitud ingrata y beligerante de algunos escritores chilenos, Neruda viaja a Argentina...". De lo cual podría establecerse relación de causa y efecto entre ambas

cosas. Falta alguna explicación. Es difícil imaginarse que Neruda saliera de Chile sólo porque algunos escritores de Chile sólo porque algunos escritores habían sido agresivos para con él. ¿No será que fue a la Argentina en atención a un nombramiento dentro de la carrera consular a la cual pertenecía? Insisto en que los papeles del archivo de Ferrero parecen hallarse alterados.

EDUARDO BARRIOS. Graves y significativas son las tergiversaciones deslizadas en esta semblanza, y tanto menos perdonables cuanto que el material disponible sobre Barrios es muy abundante.

Página 196. "Un reciente ensayo de Milton Rossel ha venido a reactualizar un artículo de nuestro autor publicado en la revista *Rodó* en 1932 y que contiene interesantes recuerdos autobiográficos...". Pero el artículo que en seguida extracta el señor Ferrero había sido incluido por Barrios en un libro titulado *Y la vida sigue...* que se publicó en Buenos Aires, en 1925. Se titula *También algo de mí* y ha sido muchas veces reimpresso, una de esas veces en *Rodó*, en 1932, como quiere el señor Ferrero.

Página 201. "Entretanto, en 1911 gana el Concurso de Teatro auspiciado por el Consejo Nacional de Bellas Artes en homenaje al Primer Centenario de nuestra Independencia". Pero, como es de cajón, aquel concurso se verificó en 1910, año del centenario, y no en 1911.

Dentro de la misma página: "Dos años después de este estreno, publica una selección de teatro que contiene tres piezas de desigual jerarquía y técnica teatral: *Lo que niega la vida*, *Por el decoro* y *Comedias originales*, la que aparece al público en la Imprenta New York de Santiago, el año 1913". Hemos copiado con toda la puntualidad deseable para que se vea cómo el señor Ferrero cuando comete errores los comete a fondo, a conciencia, con sangre fría y alevosamente.

El volumen referido se publicó en Santiago, 1913, etc.; pero contiene dos y no tres piezas, *Lo que niega la vida* y *Por el decoro*. Bajo esos títulos el libro pone como subtítulo o explicación: "Comedias originales", frase que en el texto del señor Ferrero pasa a ser título de una pieza teatral! Si el señor Ferrero no cree en mí palabra, vea el *Repertorio del Teatro Chileno*, de Julio Durán, Santiago, 1962, donde hallará en la p. 27 y bajo el número 166 la descripción de la pieza bibliográfica que tanto le ha con-

fundido. Y si todavía no se persuade, vea el libro en la Biblioteca Nacional.

Página 202. Pero la tergiversación sigue, porque contando en seguida el señor Ferrero que *Por el decoro* fue acopiada por Barrios en otro libro, de 1925, que ya citamos, lo llama *Y sigue la vida...*, si bien a la p. 209, en que hay nueva oportunidad de citarlo, aparece el título correctamente transcrito.

Página 203. Hablando de Los Diez, Ferrero asevera que era Eduardo Barrios "hombre tan poco dado a las tertulias literarias". Grave cosa, cuando se sabe que en casa de Barrios hubo precisamente a lo largo de años una pequeña tertulia, en parte literaria y en parte sólo amical, que se verificaba en las noches de los sábados; y tan importante fue esta conversación de amigos, que ha sido evocada por González Vera en un artículo titulado *Las tertulias literarias del novelista chileno Eduardo Barrios*, inserto en diversos sitios. De otra parte, Mariana Picón Salas recuerda asimismo aquella reunión en su precioso libro *Regreso de tres mundos* (México, 1959), donde leemos: "En la tertulia literaria de Eduardo Barrios, las noches del sábado... se interesaron por mi suerte". (Obra cit., p. 79; siguen más detalles, que omitimos para reducir la extensión de estas notas).

Página 210. Habla el señor Ferrero del trabajo que tomó a su cargo Barrios en *El Mercurio*, como jefe del *Averiguador Universal*, y agrega que "pasa a integrar la planta de editorialistas de *El Mercurio*". No hay nada de eso. Es efectivo que trabajó en el *Averiguador Universal*, pero no en la redacción editorial de aquel diario.

En la misma página señala el autor "una selección de *Teatro escogido*, con prólogo de Domingo Melfi, editado por Nascimento en 1947". Por escrúpulo bibliográfico ha de señalarse que ese libro no fue publicado por Nascimento sino por la Empresa Editora Zig-Zag, cosa en que el señor Ferrero consiente, algo más adelante, cuando hace la bibliografía de obras del autor (p. 216).

SAMUEL A. LILLO. La semblanza de este poeta es breve, pero contiene notorias distracciones.

Página 220. "... fue su tío don Eusebio Lillo...". La verdad es que algún parentesco remoto pudo haber existido entre ambos personajes, pero no está probado ni demostrado en parte alguna

que don Eusebio fuera propiamente tío de don Samuel.

Página 224. "En 1900, recién inaugurado el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile...". El Instituto Pedagógico se inauguró con el curso de 1887, de modo que en 1900 tenía ya trece años de vida.

Página 228. "En 1911, y como parte de las festividades del Centenario...". Ya vimos otro error idéntico: el señor Ferrero no escarmienta. Las festividades del centenario se llevaron a cabo en 1910.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA. En la semblanza de este autor, bastante breve, tal vez por la propia brevedad de la obra de Cruchaga, hay poco que reparar.

Página 247. "Un día cualquiera, sin aviso previo, aparece como redactor de *Caras y Caretas*, en Buenos Aires. Es el año 1919 y el poeta anda preocupado de unas misteriosas gestiones relativas a nuestras relaciones con el Perú".

No hay tal misterio. Con la terminación de la primera guerra mundial, en 1918, al organizarse la Liga de las Naciones se anunció la revisión de los tratados de paz, utopía que pronto hubo de ser abandonada en vista del trastorno que causaría en naciones que nada habían tenido que ver con la guerra. El gobierno de don Juan Luis Sanfuentes se alarmó, y para obtener votos que en la Liga de las Naciones secundaran su posición adversa a la pretendida revisión de los tratados, emprendió una vasta maniobra de difusión de los valores espirituales y literarios de Chile en el extranjero. Cruchaga fue a Buenos Aires con ese objeto, y nada hay de misterioso en sus gestiones, las cuales no fueron diplomáticas, como se ve, sino de propaganda y, como se diría hoy, en el plano de las relaciones públicas. Al señor Ferrero parece que le gusta el misterio, pues ya vimos cómo el nombramiento de cónsul de d'Halmar, en 1907, le pareció también misterioso. Hemos sentido desengañarlo: en ninguno de los dos casos hay enigma de ninguna clase.

Con este autor termina el primer volumen. Vamos ahora al segundo, que se abre con la semblanza de Pedro Prado.

Página 5. "Raúl Silva Castro... no le impide comentar *Flores de cardo* con su habitual tono de burla...". Si el autor me ha hecho la distinción de citarme, bastante inesperada por lo demás, bien podrá concederme que lo rectifique: no



me expresé de Prado en tono de burla, ni en el sitio que él menciona ni en otro alguno.

Página 9. "La parábola, de suave y cadencioso lirismo, lleva siempre envuelta una conseja que significa una posición ante el mundo, una manera de sentir y de aprehender la realidad física y moral que lo conmueve". Es notorio que el autor ha querido decir consejo, o acaso moraleja, según indica el contexto. *Conseja*, palabra que también existe, significa algo totalmente distinto.

Página 9. "Durante esta etapa de su creación es visible en nuestro autor un cierto exotismo trascendental que lo hermana a Augusto d'Halmar. Al igual que él, de cuya amistad sintió sin duda el influjo, acusa Prado...". La amistad aludida ha podido actuar sólo hasta que en 1907 d'Halmar salió de Chile. Cuando volvió, en 1934, la obra de Prado estaba casi toda realizada. Una monografía especial podría demostrar si hubo influencia de d'Halmar en Prado, la cual en todo caso sería bastante difícil de establecer en los sonetos publicados después de 1934; pero mientras esa monografía no se haga, afirmar la influencia es una ligereza. La amistad de Prado y d'Halmar, perfectamente posible hasta 1907, como ya dijimos, no basta para hablar de influjo.

Página 18. "La calidad intuitiva y arracional de la gran poesía chilena comienza a dar en Prado esos toques agudos e irreflexivos que ya había producido Pablo de Rokha y que pronto serán la tónica cósmica y desgarrada de Gabriela Mistral y Pablo Neruda".

Es un problema de cronología fácil de resolver el que aquí se evoca. Prado nació en 1886 y Pablo de Rokha en 1894; ocho años los separan. Prado publicó su primer libro, *Flores de cardo*, en 1908, cuando Pablo de Rokha, según parece, que contaba catorce años de edad, no escribía aún. La expresión "ya había producido" parece, pues, mal emplazada en atención al marco cronológico. De otra parte, saliendo de la cronología, ¿no parece un tanto exagerado proclamar "la calidad intuitiva y arracional" como propia "de la gran poesía chilena"? Toda poesía es, en alguna medida, intuitiva y arracional, ¿por qué sólo la "gran poesía chilena" ha de serlo?

Página 25. Hablando de *Karez - I - Roshan* dice Ferrero que la crítica "pidió el Premio Nobel para el susodicho afgano, lo que no habla muy bien de la

investigación literaria en Chile". Creo conocer a fondo la bibliografía de Prado, y juro no haber encontrado hasta hoy indicio de lo que dice el tratadista. En broma sí, desde luego, se dijo eso, pero cuando ya la superchería estaba denunciada.

Página 26. "Algunos ensayistas han calificado a *Alsino* como "poema sinfónico" y han emitido sobre la obra...". Nadie en su sano juicio puede dar ese nombre sino a una pieza de música, y no música cualquiera, sino a la que reúne ciertas y determinadas condiciones de estructura. ¿Quiénes son esos "algunos ensayistas" que han podido avanzarse a tal enormidad?

Página 32. "La tesis de Prado en *Un juez rural* es una crítica audaz a una sociedad mal constituida, en la que sólo hay una relativa posibilidad de justicia".

No me parece. La crítica de Prado va más lejos y más hondo: pretende probarnos que el hombre mismo, cualquiera sea el estado de la sociedad en que vive, bien o mal constituida, es incapaz de hacer justicia, porque no conoce suficientemente la motivación de los actos humanos. En segundo término, Prado ataca a la justicia (y desde que el hombre ha pretendido ejercerla) por estar basada en el concepto de individuo, sin considerar el grupo familiar. Ninguna de estas dos observaciones cae en el nivel de la que hace el señor Ferrero, pues las dos son de corte metafísico.

Página 36. "Pedro Prado falleció en Viña del Mar, el 31 de diciembre de 1952". No hay tal. Prado falleció el día 31 de enero de 1952. Me anticipo a decir que daría lo mismo una fecha que la otra; pero si el autor creyó conveniente llevar su prolijidad hasta ese punto, estaba moralmente obligado a no errar.

GONZÁLEZ VERA. Nada especial tenemos que decir acerca de esta semblanza, bien informada en todo. Nos choca, eso sí, el parangón intentado por el autor entre *Vidas mínimas*, el primer libro de González Vera, publicado en 1923, y otro de un escritor también chileno, aparecido en 1939 (páginas 52 y sigs.). Esta labor comparativa no parece cuerda para opinar sobre ambas obras, tanto más cuanto que ha sido artificialmente dispuesta para deprimir los valores de la primera. Olvida Ferrero los quince o más años corridos entre ambas obras, los cuales produjeron a los escritores chilenos, en general, un ensanche de la sensibilidad para el tratamiento de ciertos te-

mas, ensanche que en este caso concreto lleva a la mayor amplitud del espectáculo descrito y contemplado en la segunda de aquellas dos obras.

Y como las comparaciones son, generalmente odiosas y depresivas, y ésta no es una excepción, no consignamos el nombre del escritor a quien indiscretamente el señor Ferrero cita. Creemos, eso sí, que este autor, si estuviera vivo, concordaría con nosotros en dolerse de que su nombre fuese tomado para deprimir a un compañero de labores.

GABRIELA MISTRAL. Algunas observaciones merece esta semblanza, tal vez la más extensa que ofrece la obra.

Página 88. "Una larga y odiosa postergación mantuvo, por muchos años, el nombre de Gabriela Mistral al margen del Premio Nacional de Literatura", y en seguida el autor agrega pormenores que, en su entender, explican lo ocurrido. La verdad es ligeramente distinta.

En 1938 ocupó el gobierno don Pedro Aguirre Cerda, antiguo amigo de Gabriela y en cierto grado protector suyo desde que fue en 1918, Ministro de Instrucción Pública de don Juan Luis Sanfuentes. El señor Aguirre albergaba la intención de obtener el Premio Nobel para Gabriela Mistral, y se aplicó a ello. Pero en 1942, cuando el Premio Nacional fue creado, Augusto d'Halmar se las arregló para obtenerlo él. Las diligencias para el Premio Nobel tuvieron alzas y bajas, hasta que finalmente fructificaron en 1945. Es verdad que pudo darse a Gabriela el premio en 1943, 1944 y 1945, pero debe recordar el señor Ferrero que desde lo más profundo de la historia ni los ausentes ni los muertos tienen la razón...

Página 90. "En carta a Norberto Pinilla, fechada a principios de 1907, la poetisa confiesa...". Imposible: Norberto Pinilla había nacido en 1902, y en 1907 contaba sólo cinco años. La carta fue cursada a Luis Carlos Soto Ayala.

Página 107. "Con estos atributos tan poco apolíneos, tan alejados de los academismos y las retóricas en uso, no es raro que el goce estético profundo de desolación (¿debe leerse *Desolación?*) sólo está reservado a gentes de sensibilidad superior, cuya capacidad emotiva está por encima de las leyes del ornato y los convencionalismos de la métrica". No estoy de acuerdo con los principios emitidos, pero para mostrar el descuido con que ha sido elaborado el estudio paso algunas páginas y leo: "Gabriela tiene mal oído y

sus arbitrariedades métricas y rítmicas son demasiado frecuentes...; hay abuso en el empleo de giros desusados, lo que contribuye al hermetismo y la crudeza de muchos de sus trozos..." (página 113).

El autor que intenta estas reservas a la literatura de Gabriela Mistral (p. 113) no puede extrañarse de la relativa dificultad en que escolló el mensaje literario de la misma autora (p. 107). Hay contradicción interna entre ambas posiciones. Dicho de otra suerte: el mismo derecho de que hace uso el señor Ferrero al censurar algún rasgo de estilo de Gabriela Mistral es el que emplearon otros críticos, antes, para censurar esos mismos rasgos de estilo o cualesquiera otros. No es equitativo condenarlos.

Página 123. "...Una poesía barroca por excelencia, impura, hermética y retorcida, si la medimos con la vara de la retórica convencional". Aun cuando al señor Ferrero le desagrade, todos los escritores emplean una retórica, buena o mala; y si pretenden vivir a espaldas de ella deben emplear sólo palabras sueltas, no unidas en oraciones, o mejor aun letras aisladas o simples onomatopeyas. Si esto es así, el señor Ferrero también usa de la retórica como instrumento para darse a entender. Y si esto es así, ¿a qué viene la carga despectiva que se divisa en "la vara de la retórica convencional"? Los grandes escritores inventan una retórica propia, o modifican la que recibieron. Cuando el escritor pretende insurgir contra la retórica de sus días, pero no consigue aclimatar sus hallazgos, no se le puede calificar de grande. Parece ésta precisamente la situación de Gabriela Mistral: desprecio a la retórica convencional —para seguir usando la terminología del señor Ferrero—, pero ineptitud de fondo para acuñar una nueva retórica.

FERNANDO SANTIVÁN. "La conducta del Dr. Blume, por otra parte, está muy lejos de reflejar el comportamiento típico de nuestra oligarquía terrateniente, orgullosa por excelencia, firmemente apegada a la tierra, defensora tenaz de ese privilegio de casta heredado de los primeros encomenderos". (Página 177). Demasiado personal el lenguaje para tratar el tema. El cual, dicho sea de paso, no implica otro compromiso que el de transportar al siglo xx el problema de adaptación al medio suscitado por Blest Gana algunos años antes en *Martín Rivas*. Y si el Dr. Blume es una excepción, ¿por

qué no aceptarlo en calidad de excepción benéfica, sanamente inspirada, con alcance filantrópico y social plausible?

Página 201. No es imputable al autor el salto de una línea en esta página, con el cual se torna ilegible el segundo párrafo; pero el autor debe, sí, conseguir que la editorial haga una fe de erratas para semejante deslíz.

DANIEL DE LA VEGA. "Recuerdo, hace algunos años, una cruenta batalla en las elecciones de directorio de la Sociedad de Escritores de Chile" (página 211). Debe hacerse alcance, para velar por el buen nombre de los escritores chilenos, por lo menos ante los ojos de los de otras naciones, de que el señor Ferrero no sabe lo que significa cruento; agregar que en las elecciones de aquella institución afortunadamente no corre sangre, y suponer, en fin, que en una nueva edición habrá de ser cambiado semejante epíteto, no en atención a lo que yo he dicho, sino por elemental síndesis.

VÍCTOR DOMINGO SILVA. Habla el autor de la que llama, entre comillas, poesía "comprometida" (p. 277), y dice: "Carlos Pezoa Véliz da forma a su poema *En la pampa*, y toda una galería de personajes y sentimientos populares ingresa, victoriosa, a sus estrofas". Mal buscado el ejemplo: *En la pampa* es un poema no comprometido, por lo menos en el sentido que Ferrero da a esta palabra. Convendría que lo leyera.

Página 291. Trata el autor de la casa de los hermanos Silva en Valparaíso, y dice: "D'Halmar la llamaba 'la pajarera verde', y en ella escribió más de una de sus páginas iniciales". No hay tal: pajarera verde es nombre alegórico brindado en broma por Pezoa Véliz a la casa de pensión en que se alojaba en Viña del Mar, según consta de diversos testimonios, y no a la casa de los hermanos Silva, en donde jamás tuvo alojamiento.

FRANCISCO ANTONIO ENCINA. "Habla siete idiomas..." (p. 350). Hay algo de tropicalismo en el dato. ¿Siete idiomas, y cuáles? Podría decirse que Encina leía en varios idiomas extranjeros: francés, inglés, italiano, y que además usaba en forma cotidiana el español nativo. Con esto quedamos en cuatro. ¿Cuáles agregar? Pero en fin, sea lo que sea, hablarlos es otra cosa, más seria, dura y difícil.

Página 388. "Es igualmente falsa su tesis de que la Revolución Francesa no influyó en el fenómeno de la independencia, ya que en los principios liberta-

rios (sic) de Camilo Henríquez, de Juan Egaña, de Francisco de Miranda y aun en el ideario de O'Higgins, están presentes las huellas ideológicas de Voltaire, de Robespierre, de Rousseau y de los enciclopedistas, que hicieron posible el ascenso revolucionario de la burguesía francesa". Obvio es decir que al autor se le trabucaron las fichas, y así se armó una ensalada vecina del galimatías. ¿Ascenso revolucionario de la burguesía francesa? ¿Enciclopedistas? ¿Robespierre? Pero ¿qué tiene que ver eso con la independencia americana, producida por la interrupción en la línea dinástica de la monarquía española a raíz de la prisión de Carlos IV y de su hijo Fernando VII?

OBSERVACIONES GENERALES. Al término de esta ligerísima exploración en el texto de esta obra, conviene esbozar algunas observaciones generales para orientación del lector.

En todos los casos, pero en medida variable, Ferrero hace dialogar a los críticos que han estudiado las producciones de los escritores a quienes considera, con la excelente intención de que su propio lector se entere a fondo del suceso literario que tiene al frente al poderlo contemplar desde varios ángulos. El procedimiento es bueno, pero aparece en algunos casos distorsionado por el señor Ferrero, quien exhibe opiniones contradictorias como manifestación ostensible de la debilidad de la crítica, totalmente olvidado de que él pasó a ser también crítico desde el instante mismo en que asumió el compromiso de dar cuenta de los escritores a quienes se había concedido en Chile el Premio Nacional de Literatura. Y si el crítico, nuevo o antiguo en el gremio, juzga malo el proceder de quienes son sus colegas en aquel menester, ¿qué se sigue de sus declaraciones? Una enorme infatuación, un no disimulado apetito de colocarse por encima de todos esos colegas, una demoníaca satisfacción de la rectitud de sus propias opiniones.

Lo decimos ante todo en presencia de estas palabras: "La crítica poética en Chile ha sido reaccionaria por excelencia; siempre ha estado mirando hacia atrás, preocupada en perpetuar los moldes convencionales que todavía llama "clásicos", sin vislumbrar siquiera el valor de la dinámica social en el proceso de la creación artística; ha formado un muro de contención a las corrientes innovadoras, a las que siempre ha tratado de reducir por el ridículo; ha jugado un pa-

pel directamente político y comprometido en el desarrollo histórico de nuestra literatura. Por eso, no es de extrañar que Gabriela, cuyo contenido estético es decididamente libertario (sic), democrático (sic) y popular, haya sido víctima propiciatoria de esa crítica que confunde la prensa con el púlpito y la cátedra con la asamblea regional" (páginas 84-5).

Hemos copiado la parrafada sin omitir una letra, a fin de que el autor no nos acuse de tergiversar sus opiniones. Y bien: colocado el señor Ferrero en esa situación, obvio es que todos los críticos aludidos por él queden en postura incómoda, ubicados junto al paredón de fusilamiento, en donde se les ejecutará sumariamente y en manada. Y una vez eliminados todos, el único sano, el único puro, el único sabio, el único comprensivo, no será otro que el señor Ferrero, puesto que se las arregló para eliminar a todos los adversarios o émulos. Esto es, según se considere, divertido o irritante. Divertido, si el autor lo ha dicho en broma, para darle gusto a la lengua; irritante si, como parece, lo ha dicho en serio, deliberadamente.

Creo que los críticos chilenos de hoy, especialmente los más veteranos y curtidos en su oficio, recibirán al señor Ferrero con placer y emoción en sus escuetas filas. No tomarán a la tremenda sus intemperancias, recordarán que el autor es demasiado joven y que bien puede no haber madurado todavía, y de consiguiente le saludarán como una buena promesa. Sin perjuicio de señalar sus errores, le estimularán para que siga estudiando el campo que ha declarado suyo, en el entendimiento de que pronto optará por el buen camino.

RAÚL SILVA CASTRO,  
de la Academia Chilena

EDUARDO NEALE-SILVA  
(Universidad de Wisconsin  
Madison, Wisconsin, U.S.A.)

*La literatura chilena en los Estados Unidos*, por Homero Castillo. Santiago de Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1963.

Hay labores que por el desinterés y esfuerzo que llevan envueltos merecen destacarse. Entre éstas se halla la presente obra del profesor Homero Castillo.

Bien sabido es que entre los detractores de los Estados Unidos hay quienes afirman con absoluto desparpajo que a

Hispanoamérica se la conoce en tierras yanquis sólo por sus "revoluciones", por los productos de su suelo o por el mayor o menor rendimiento de sus empresas capitalistas. El presente trabajo es una afirmación rotunda de que esto no es así. Hay en los Estados Unidos tanto norteamericanos como latinoamericanos que se han dedicado a estudiar la vida literaria de nuestros países inducidos por móviles nobles y desinteresados. *La literatura chilena en los Estados Unidos* es una prueba concreta —en lo que a Chile se refiere— de este hecho irrefutable.

El autor dividió su registro en siete partes, las cuales representan los varios tipos de trabajos publicados en los Estados Unidos acerca de la literatura chilena: textos (incluso adaptaciones escolares), antologías, traducciones, artículos de crítica literaria, reseñas, libros de consulta y disertaciones.

Llaman la atención el esmero de la presentación y el buen sentido con que se ha organizado el material bibliográfico. Ahora es posible saber qué aspectos de un autor han llamado la atención en los Estados Unidos y, por exclusión, cuáles están todavía por ser discutidos en lengua inglesa. Así, por ejemplo, Baldomero Lillo aparece en veinte y cuatro referencias bibliográficas que representan ya selecciones antológicas, reseñas y ediciones de sus cuentos, o traducciones y estudios comparativos, pero está todavía por hacerse un análisis exhaustivo de sus medios de expresión y técnica narrativa. Asimismo, se puede ahora saber qué revistas y periódicos norteamericanos se han ocupado de la literatura chilena. De tales publicaciones el autor ha examinado cerca de un centenar.

Algunas de las referencias aparecen con comentarios que justifican su inclusión; otros especifican la serie de ediciones que ha tenido un libro y otros, en fin, detallan el contenido de una obra. Podemos averiguar, por ejemplo, qué tradujeron Angel Flores (Nº 353), Cardwell (Nº 239), Craig (Nº 241), Hays (Nº 259), Lozano (Nº 358), Walsh (Nº 398) y Belitt (Nº 1364). Igualmente, se puede ahora decir qué se ha vertido al inglés de un autor determinado. En el caso de Neruda, por ejemplo, bastaría ver los números 345 a 358.

El libro de que nos ocupamos viene acompañado de un índice de nombres y de una lista de las principales obras

de creación con título en español. Tiene, además, una *addenda* y una lista de notas y crónicas sobre el centenario del nacimiento de don José Toribio Medina, sacada del volumen que publicó en 1960 la Unión Panamericana sobre el gran bibliófilo chileno. En suma, el trabajo del Profesor Castillo es una valiosa contribución al fondo bibliográfico sobre literatura chilena.

FERNANDO ÚRRIARTE

*Paris era una fiesta*, por Ernest Hemingway. Seix Barral, S. A. Barcelona, 1964.

Queda mejor el título de la edición original en inglés: *Una fiesta movediza (A Moveable Feast)*, el íntimo festival que ocurría en su persona donde se hallara.

El hombre se denuncia en la elección. Hemingway necesitaba recios estímulos para escribir, y en demanda de ellos se convirtió en el parroquiano de las más grandes fiestas, en el conocedor de mundos herméticos cuya supervivencia en la vida contemporánea parece un milagro. Pamplona, el toro, la pesca brava en el mar son placeres que le dan libros. También las guerras civiles, todo lo que puede ver y vivir con gusto o con pasión en las realidades elegidas, a gran distancia siempre de su país de origen.

Este libro póstumo es el recuerdo de su primera fiesta en el París de la *belle époque*, ciudad-alcaloide para un escritor en barbecho y vacilante, a la busca de una literatura original, que consigue laboriosamente, poco a poco, a medida que va profundizando en su experiencia.

Interesa sobre manera el testimonio que deja Hemingway sobre el proceso de su formación como escritor; etapa de innumerables estrenos de realidades diversas, que se agrupan para toda la vida en círculos de afinidades y simpatías, al mismo tiempo que cujan las incompatibilidades irremediables. Gustos originales que son imposibles de explicar, aficiones sonrientes (carreras en bicicleta por las montañas, de caballos con apuestas y merienda en el prado, sesiones de *box* con Ezra Pound); dificultad para escribir sin artificio, directamente. El desaliento de empezar un cuento y detenerse porque no marcha. La voluntad de no dejarlo, sin embargo, de insistir dándose ánimos: "No te preocupes. Hasta ahora has escrito y seguirás escribiendo. Lo único que tienes que hacer es escribir

una frase verídica. Escribe una frase tan verídica como sepas".

Una frase verídica es el correlato de una cosa real, de un suceso sorprendido definitivamente por el hombre desde su perspectiva; es irrefutable y reveladora, el calco perfecto de un modo de ver. En Hemingway, la frase verídica es piedra angular que sostiene la narración. Estos recuerdos de *Paris era una fiesta* empiezan con una que vale como ejemplo de expresión auténtica, completa y compacta, como un arsenal de sugerencias encapsuladas: "Para colmo, el mal tiempo".

Hemingway escribía en su habitación, y de preferencia en algún café que le caía simpático, "caliente, limpio, amable"; escribía mejor con la vida palpitando en torno suyo, entre la gente que entraba y salía, frente a la calle que siempre le aportaba un girón de realidad beneficiable. Sentado en un café de París emprende un cuento que pasa en Michigan en otoño. Hemingway muestra la singular combinación de realidades que participan circunstancialmente en su historia: "Estaba escribiendo un cuento que pasaba en Michigan, y como el día era crudo y frío y resoplante, un día así hizo en mi cuento".

La vivencia del autor controla la narración —cuento, novela— que carece de autonomía, del privilegio nouménico que se ha fatigado en asignarle la teoría estructuralista con su pintoresca nomenclatura. La narración es asunto del narrador y no tiene más vida ni más estructura que la que de aquel le viene. Hemingway mete en un cuento que pasa en Michigan el clima crudo de una mañana francesa. La relación entre el escritor y su cuento no para aquí ya que en la ficción aparecen unos bebedores que estimulan rápidamente al escritor: "...en mi cuento los amigos bebían unas copas y me entró sed y pedí un ron *Saint James*. Sabía a maravilla con aquel frío y seguí escribiendo, sintiéndome muy bien y sintiendo que el buen ron de la Martinica me corría, cálido, por el cuerpo y por el espíritu".

En esta confesión el escritor norteamericano muestra un rincón de su laboratorio incógnito, un trecho de lo imprevisible, extraña y difícil ruta del escritor. Nietzsche escribió con sangre, al decir de su famoso apotegma; Hemingway, desde joven, con ron de la Martinica.

Y sigue con el cuento de Michigan. La vida del café multiplica las posibilidades de la ficción. Entra una muchacha con cara de moneda recién acuñada; Hemingway se turba, "se calienta", quisiera hacerla participar en el cuento. Trabajando así, de pronto nos suelta una confesión sorprendente: "El cuento se estaba escribiendo solo y trabajo me daba seguirle el paso".

Se distrae entonces mirando a la muchacha de pelo negro "como ala de cuervo". La mira muchas veces, pero el cuento de Michigan empieza a naufragar. Se concentra de nuevo y se complica hasta perderse: "Ya lo escribía yo y no se escribía solo".

Le cuesta escribir. Esto lo han dicho casi todos los que no son meramente redactores. Pero tenía sus tretas particulares muy seguras: "Cada día seguía trabajando hasta que una cosa tomaba forma, y siempre me interrumpía cuando veía claro lo que tenía que seguir. Así estaba seguro de continuar al día siguiente".

Un hombre joven como el Hemingway de este libro, que no había escrito más que cuentos carecía, en cierto modo, de autoridad para discutir con un novelista ya probado, en este caso Scott Fitzgerald. Le falta, como él dice, una novela en que apoyar sus convicciones, y esto era asunto muy grave desde que había decidido que escribir era despedazar su estilo, desprenderse de toda facilidad y "probar de construir en vez de escribir", manera que dominaría mucho después. Una muestra eminente de sus logros expresivos se halla en las págs. 142-143 de estos recuerdos de juventud.

Mientras Scott Fitzgerald hace un discurso en un bar para Hemingway y un tal Dunc Chaplin, famoso lanzador de *baseball*, con alabanzas desmesuradas para la obra de nuestro autor (a pesar que en el código secreto de aquellos escritores las alabanzas eran la deshonra) Hemingway se dedica a observar al parlanchín: su traje de señorito recién salido de *Brooks Brothers*, "una camisa blanca de cuello muy formalito, y una corbata de esas que los ingleses se ponen con los colores de la banderita de su regimiento, y aquella era nada menos que del regimiento de los Guardias Reales. Creí conveniente decirle que, hombre, que la corbata, porque en París los ingleses no escasean que digamos, y a lo mejor uno se metía en el Dingo, y además allí al lado estaban dos, pero luego

pensé que a la puñeta y seguí observándole".

Es evidente que con este desenfado escribió mucho después, cuando su juventud se le presentó como tema literario, casi agotadas ya las provisiones que adquiriera en su trato con las personas, los sucesos y las cosas. Hurgó de continuo, profundamente, en su experiencia enredando la perspectiva que lo real brindó a su modo peculiar de mirar, de sentir, de saber de ciertas cosas en gozo permanente de sí mismo. El hedonista se festeja con su propia sustancia al saberse casual y único. Cuando Gertrude Stein paseaba por el Luxemburgo a su perro, Hemingway que no podía mantener perro ni gato se paseaba a sí mismo.

Toda su persona está en la tristeza, la alegría y el diario desborde. Su problema como escritor consistió en meter todo eso en sus libros, sin enmiendas ni rebajas, gustando en la ficción sus propios festivales. La literatura es primordialmente eso, aunque no todos acierten a trasladarlo con plenitud y autenticidad.

El superdotado J. P. Sartre ha lastreado sus novelas con una carga de significación trascendental que debió, a nuestro juicio, destinar a su obra estrictamente filosófica. Sartre ha mostrado en uno de sus últimos libros<sup>1</sup> la deliciosa complacencia que, todavía niño, sentía por su persona. El párrafo en que lo dice, da la medida de la más estupenda desvergüenza, y Hemingway menos consciente en aquella hora, lo habría suscrito sin remilgo: "Nací para colmar la gran necesidad que tenía de mí mismo".

Este libro póstumo de Hemingway contiene las peripecias amistosas y discrepantes con varios personajes célebres, que deberán aprovechar los estudiosos de la vida literaria. El autor de *El Viejo y el Mar* al desaparecer ha dejado, cortesmente, un documento que explica el difícil proceso de su autognosis.

ELADIO GARCÍA C.

*Cartas Inéditas de Miguel de Unamuno.*

Recopilación y Prólogo de Sergio Fernández Larraín. Santiago, Zig-Zag, 1965.

La enorme bibliografía sobre don Miguel de Unamuno se ha visto enriquecida con la muy pulcra publicación de un impor-

<sup>1</sup>*Las Palabras*. Losada, 1965. VII edición.

tante epistolario. La bibliografía sobre don Miguel sobrepasa en mucho, el número de 303 que consigna el libro de Ricardo Gullón *Autobiografías de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964. El señor Gullón no pudo incorporar los múltiples homenajes mundiales motivados en el centenario del nacimiento de Unamuno. Esta nueva publicación hace pensar en el favorable destino de la producción unamuniana ya que ha sido objeto de estudios muy importantes, no son menos de diez, en rapidísimo recuento, que tienen una consistencia y profundidad realmente estimables y que hacen pensar que Unamuno crece con el tiempo. Baroja creía lo contrario en sus ácidas y notables consideraciones acerca de la calidad y el destino literario de Unamuno. Y no es que Baroja se achique con el tiempo, no es que la preocupación por él sea menor en número. Lo es en consistencia y en maciez. Fuera del libro de Baeza y uno o dos más, no tiene investigadores de la altura de Sánchez Barbudo, Blanco Aguinaga, François Meyer Zubizarreta, Moeller, Marias, Ferrater Mora, Gullón, Oromí, Serrano Poncela, Laín Entralgo, Benítez. Y se pueden citar muchos otros sin necesidad de revisión bibliográfica acuciosa alguna. En Chile, hay una importante contribución al estudio monográfico de Unamuno. Trabajos importantes. Huerta, Uriarte, Carla Cordua. En fin, es larguísimo de enumerar y de ser justo con todos. El aceso a don Miguel crece y se hace difícil de abarcar. El objeto mismo, la personalidad y la obra de Unamuno tienen un carácter que incita al trabajo intelectual y exegético. Son tantas sus afirmaciones, tantas sus inquietudes, tan tajantes y enigmáticas sus afirmaciones, tan crípticos sus conceptos, que cada publicación suya posibilita el estudio de nuevas frases y conceptos que dan un matiz o una visión totalmente nueva a su personalidad toda. Y esto es lo que sucede. Cada vez se siente con mayor fuerza la necesidad de una fijación estricta de nociones radicales en el pensamiento unamuniano: Dios, fe, razón, vida, porque, es cierto, en ello estamos totalmente de acuerdo con el señor Fernández Larrain, Unamuno es una personalidad coherente aún en la contradicción. Es el punto de partida obligatorio de todo exégeta y es, más hondamente, necesidad del conocimiento mismo.

Alrededor de ciento treinta y nueve cartas a Pedro de Mugica y unas pocas a Luis Ross Mugica y a su viuda, señalan la importancia del epistolario que publica el señor Fernández Larrain. Este epistolario le fue entregado a don Miguel Luis Amunátegui, en custodia. Dejemos las cosas hasta aquí. Hoy las conocemos gracias al acucioso trabajo y amor del prologuista por España y por su literatura.

La edición de las cartas está precedida por un prólogo extenso y verdadero. Abarca de las páginas nueve a ochenta y cinco. Hay una presentación breve y oportuna que encabeza la correspondencia Unamuno—Luis Ross.

El criterio que se ha seguido para su publicación es casi estrictamente cronológico. Nos da la impresión de que se publica el archivo tal como lo posee el señor Fernández Larrain. Así parece confirmarlo el hecho de la interpolación de cartas del año 1904 en medio del año 1892.

El prólogo está ideado sobre la gran temática de la vida y producción unamuniana. Se revisan con cuidado sus ideas sobre política, literatura, religión con una apoyatura bibliográfica importante, pero, desgraciadamente, no la más penetrante y definitiva. No hemos visto citados a tres grandes del pensamiento y la obra de Unamuno, entre otros grandes e indispensables. Los *Estudios sobre Unamuno* y *Machado* de Antonio Sánchez Barbudo, *La Ontología de Miguel de Unamuno* de François Meyer y *El Unamuno contemplativo* de Carlos Blanco Aguinaga. Los dos primeros son absolutamente imprescindibles para una visión detallada, primero biográfica e íntima, y luego trascendental y valorativa del pensamiento de Unamuno y en los que está ya insinuado en germen la muy importante contribución de Blanco Aguinaga. El señor Fernández no comete ningún error de apreciación. Es evidente. Pero sus juicios hubiesen adquirido un carácter mucho más riguroso e intelectualmente mucho más escueto y decisivo a la luz de una cita y discusión o replanteamiento de lo afirmado en esos libros que parecen cubrir las líneas generales de posible comprensión de Unamuno. La idea del señor Fernández sobre la religiosidad de Unamuno parece justa y aporta, creo, nuevos datos para la fijación del problema religioso y para el carácter de su fe, esto en contradicción con las afirma-

ciones terminantes de Sánchez Barbudo al respecto. Este es un momento de la interioridad de Unamuno que conviene replantearse frente a las afirmaciones que le hace a Mugica y que el señor Fernández resalta bajo el título de Una experiencia reveladora. Además del prólogo, muy útil y de cuidadoso lenguaje, la edición de la correspondencia tiene varios índices que facilitan la labor de lectura en puntos de interés específico: Índice de nombres, Índice de lugares, Índice de nombres en títulos de obras literarias y personajes literarios, Índice de lugares en títulos de obras literarias y otras publicaciones y, el más importante, el Índice analítico. Se han hecho todos con plena responsabilidad.

El período que las cartas abarcan es el más importante para la gestación de la interioridad y el pensamiento de Unamuno. Desde el 29 de abril de 1890, Unamuno tenía veintiséis años, hasta el 5 de enero de 1922. Unamuno tenía cincuenta y ocho años. Casi todas sus conmociones e ideas fundamentales.

Muchos podrían cuestionar la validez de un epistolario para el conocimiento de la obra literaria de un autor. Evidentemente, en la mayoría de los casos ayuda al mero conocimiento biográfico, lo que nos parece sumamente interesante a quienes consideramos que la personalidad total es el objetivo de una apropiación que tuvo motivos sentimentales básicos. En el caso de Unamuno, la publicación de un epistolario significa mucho más, porque las vivencias de Unamuno; para Unamuno, no eran vivencias en el corriente fluir de la vida psicológica, eran objeto de su reflexión y son el objeto, la mención de sus libros y ensayos, entendidas, claro está desde la perspectiva de la ficción, en nosotros, no en él. Este es el primer gran valor de la correspondencia que se publica. Don Miguel habla en ella con un tono de reposo que no poseen otros epistolarios. El Epistolario a Clarín es tremendo. Cómo se nota que Unamuno lucha y trata de obtener comprensión y favor. Con Mugica toma una actitud totalmente diferente. Le habla de muchas cosas, le cuenta sin gran dramatismo sus lecturas y preocupaciones. Hay ratos en que se rie de las etimologías de Mugica y le dice que sus libros e ideas no le gustan. Se lo dice con una franqueza curiosa, sin resquemores, pero implacablemente. Aquí se nota simpático Unamuno diciendo que no. Revela amistad y mediante

ella una real inquietud científica. Lee y se forma, sobre un fondo muy español, a la europea. Con poca simpatía para lo germánico lee catálogos y está muy al día en Filología Románica y problemas generales del lenguaje. Pide libros y alardea, entre líneas, de sus conocimientos de alemán, que por sus lecturas no debe haber sido nada superficiales. Cita párrafos enteros. La transcripción del alemán es casi siempre correcta. Hay errores menores que esperamos no sean de Unamuno y que para una publicación nuestra son muy pocos. Don Miguel leía de todo y si empieza muy puntillosamente su correspondencia después se abre entero y se vuelve en contra de la Filología. Para él era ciencia auxiliar como todas las ciencias. Buscaba en el lenguaje al hombre. La Filología era el camino a la Antropología.

Pero incluso así demuestra en este campo específico ideas generales aceptables. Hay nervio y frescura en sus ideas. Cree que se fracasa en el laboratorio. Que la fuente viva es el decir y el concebir del pueblo y muestra una sorda resistencia a las etimologías sin base real y documental. Aunque es estimable el libro de Blanco Aguinaga, *Unamuno, teórico del lenguaje*, sería curioso seguir las afirmaciones concretas de Unamuno en cuestiones específicamente lingüísticas. Alterna intuiciones notables con errores y falsas apreciaciones. Lleva razón al rechazar la etimología vasca de *bizarro* con razones generales muy atendibles que puntualiza una por una, pero no acierta en el desarrollo de las leyes fonéticas en especial cuando discute la evolución de *sapio* y *habeo* hasta *sé* y *he*. Es fácil confrontar su rapidez de derivación con las fundamentadas derivaciones de don Ramón Menéndez Pidal, *Manual de Gramática Histórica Española*, 8ª ed., párrafos 116<sup>a</sup> y 116<sup>b</sup>, respectivamente.

La publicación de la presente correspondencia puede servir para muchas y curiosas reflexiones. Apenas insinuamos sus posibilidades. Hay mucho de Unamuno en ellas y darlas a conocer ha sido una idea y un esfuerzo que merece un singular y directo agradecimiento. Se ha hecho con seriedad y honradez. El objeto y la forma de trabajarlo y presentarlo significan un acontecimiento que no puede ser silenciado en un medio que parece necesitar de hombres como Unamuno y de quienes sean capaces de comprenderlo y de tratarlo de acuerdo a su jerarquía y significación.



ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

*Raza de dioses*, por Mario Angel Marrodán. "Colección Poemas", Zaragoza, 1966.

En la lista de sus publicaciones este libro de hoy hace el número treinta y dos. Mario Angel Marrodán en esto de publicar libros interrumpidamente se parece a Ramón Gómez de la Serna y a Max Aub. La vocación, la entrega a la poesía de Marrodán es emocionante. He conocido pocas personas (y en estas palabras no hay ningún intento valorativo hacia su obra) para los cuales la poesía y la faena poética sea más esencial. Marrodán vive la poesía constantemente (y al anotarlo no hay en ello ninguna intención peyorativa sino simplemente dejar constancia de una realidad).

Este libro que publica ahora, *Raza de dioses* ofrece en primer lugar una presentación del joven y agudo crítico literario Pedro Gimferrer, que hace algunas observaciones interesantes acerca de la Poesía de Marrodán. Creo que esta vez se ha visto el caso Marrodán con justicia y con penetración y además con entusiasmo: "La poesía de Marrodán erige ante nosotros su barbacana de sueños, en enardecida soledad. Al trasluz veis su perfil de yeso astral en la Isla de Pascua. Es Marrodán: un raro. ¡República de las ondas! ¡Legislación metálica del verso! Y son de oír en el reflujo estos alaridos con que los alcastraces puntúan, total sobre lo líquido, la vesanía del látigo cantor".

La poesía de Marrodán, en este libro me sugiere siempre el recuerdo de la poesía, veo desfilar al fondo de ella la sombra de otros grandes poetas. Es más, algunos de sus versos son, para mí, como el eco de poemas mayores. ¿Leídos? ¿Suscitados por Marrodán e inexistentes?

*Tal vez madera de errores  
a la culpabilidad abiertos,  
cruces menores acaso  
al espacio pobrísimo caídas  
como sombríos reptiles en lo áspero.*

Hay en estos versos un tono que está más allá de su significación y que nos dice que sí, que la poesía está en ellos.

Pero la poesía de Marrodán desconcierta pues en ella se entremezclan muy diferentes tonos y versos que se nos antojan irregularidades. Pero, ¿qué se sabe en realidad de esto, de la poesía? A pesar de la enorme revolución poética que hemos

sido testigos, en este siglo la poesía sigue siendo un enigma y las fronteras se amplían a cada paso y asistimos continuamente a redescubrimientos, revalorizaciones a la par que a desengaños. Lo que sobre la poesía pensamos hoy, no será ni mucho menos lo que pensemos mañana que de algún modo puede coincidir con lo que pensábamos ayer. Veo en la poesía de Marrodán como una acumulación de materiales diversos que han acudido a él como aportación de sus vastas lecturas poéticas, que han surgido como tributo de fervor a numerosas manifestaciones de poesía. Todo ello, en su alambique, da un producto, propio fruto de su personal alquimia. Hay siempre en sus versos una intención, que corre paralela a lo claro, evidente de oscuridad. Su sentido último se escapa o se esconde, ¿voluntariamente?, ¿a su pesar? Poco importa lo que a estas preguntas pueda contestarse si es que estas preguntas tienen contestación, pues acaso su verdadero sentido es precisamente el que estas preguntas puedan ser formuladas.

Su fe en la poesía está claramente expresada:

*¡Oh poetas, dioses imborrables!  
¿cómo es posible que seamos  
la dinastía que no muere?*

*Porque cantamos para todos,  
la Poesía es inmortal.*

Pero a pesar de estos versos luminosos el tono general del libro es irónico, empezando por el título.

Hay una parte de esta colección de poemas dedicada al tema amoroso. Para Marrodán, al igual que para los surrealistas, o para los románticos, la mujer es la poesía y (¿por qué no?) la musa. Bien es verdad que la musa de carne y hueso muy cercana a la de Darío.

Estos poemas de carácter amoroso son de mayor claridad en general que el resto y en ellos se respira la evidencia de la verdad y vivido y revivido en el recuerdo que es la base del poema.

Creo que Marrodán ha publicado ahora uno de sus mejores libros y que su poesía, abundante e irregular, es una selva en la que siempre se podrá espigar, al menos, unos cuantos poemas importantes. Y entre ellos habrá que elegir alguno de este libro.

## JORGE TEILLIER

*Los expedientes de Filebo* por Luis Sánchez Latorre. Editorial Zig-Zag, 316 pp. 1965.

El Reverendo John Smith, Rector de Baldock empleó tres años (1819-1822) en descifrar la criptográfica escritura del *Diario* de Samuel Pepys. El tal Pepys escribía su diario secreto en el recientemente inventado sistema Shelton de taquigrafía. En el hipotético siglo XXI ¿qué erudito podrá descifrar muchas de las crípticas estanzas de estos *Expedientes*?

No es menor el problema de enfrentarnos a por qué Luis Sánchez Latorre exhuma a este personaje del siglo diecisiete inglés como su maestro. Si, a Pepys, convicto de dedicarse a la embriaguez en el Trinity College de Cambridge, probablemente incitador de su mujer para que se convirtiera al Papismo, acusado de vender secretos navales a los rivales franceses, amante de la música (fue mecenas de Morelli), gárrulo, glotón, dedicado al fin de sus días a poner en orden su rica biblioteca. ¿Qué tendrá que ver Pepys con Luis Sánchez Latorre? ¿Qué tiene que ver, asimismo, Filebo? Nos parece que una de las características notorias del chileno es el ansia de impersonalidad, la vergüenza de ser públicamente el mismo (así D. Francisco Antonio Encina declaraba que la gran creación política chilena es el gobierno "impersonal"). De allí que este afán de esconderse en lo objetivo, lleve en general, en el orden literario, a la llaneza, a la no diferenciación. Luis Sánchez Latorre, a través de varios personajes multialogantes, creó un estilo nuevo en la crítica chilena durante algunos años. Amparado en sus heterónimos, se permitía audacias que difícilmente arriesgaban los críticos de nuestra insular literatura. Se caracterizó además, por la irreverencia, el ágil juego de pequeña historia literaria, el tomar de un libro entero el detalle revelador para sí mismo, solamente. Con aplausos o a regañadientes, las críticas de Filebo fueron barómetro muy consultado en varios años. Reunidas en libro, las críticas junto a cuentos breves y notas de vida o lectura, configuran un tomo de carácter muy especial y lleno de incitaciones para el lector. Pero no para el lector medio sino para aquel que está medianamente adentrado en el juego de nuestra República de las Letras. Para nos-

otros son plenos aciertos aquellos retratos nacidos de entrevistas imaginarias con Luis Oyarzún, transformado en un cerrucho que fuma Joutard y maneja la azada mientras reniega de Francia, a Jaime Laso admirador de Abel Rosales y Ortega Fólch, a Nicomedes Guzmán devoto de Proust y novelista de alcoba del Barrio Alto. Pero la gracia aquí está en "pedir por abajo" como diría un jugador de cacho, y para los no iniciados, la gracia puede no existir. Más que iluminar sobre la literatura chilena, Luis Sánchez Latorre ilumina sobre sí mismo. Para empezar, vemos en él a un miembro de la Generación del 38. Ahí está una de las claves de su actitud. Esta generación, dice, fue corroída por la envidia, la cirrosis, el cansancio. Cayó en la fosa común del fracaso político, además (todavía pena el fantasma de la República Española). Sánchez Latorre, tal vez a la deriva, se entregó al sarcasmo. El humor, es una isla donde llegan los naufragos. Es un izquierdista doblado de escéptico. Un sepulturero que canta mientras echa paletadas de tierra.

Sin embargo, también Filebo tiene su santoral: Nicanor Parra (antipoeta, naturalmente admirado por un anticrítico), Giaconí (al cual recomienda, sin embargo, no "administrarse" tanto), Pablo de Rokha, Homero Bascuñán, Nicomedes Guzmán, al cual ve en cierto modo como el Cristo crucificado por sí mismo de la Generación del 38. Y Jorge Luis Borges, José Ortega y Gasset, la vieja "Revista de Occidente", la "Revista Sur", Cyril Conolly, con el cual suele guardar semejanza. Todos ellos aparecen siempre vistos a través de un vidrio de admiración. Estos *Expedientes* constituyen un libro de lectura grata. Los artículos periodísticos resisten la prueba del libro, y forman un todo homogéneo, coherente.

Pero no olvidemos que Filebo ha sido un escritor, antes que nada. Un creador que figura con un extraño y hermoso cuento en la Antología del Cuento Chileno lanzada por Luis Durand en la revista "Atenea". Una de las secciones de su libro está dedicada a recopilar una especie de fabulario de cuentos breves, extraños en nuestra literatura, con cierto parentesco sólo con Braulio Arenas. Que un crítico publique un libro es bueno para los escritores, que tienen la posibilidad del desquite. Pero soslayemos la tentación. Digamos sólo que leer los *Expedientes* ha sido un buen ejercicio espiritual de esta temporada.

TOMÁS P. MAC HALE

*Antología del árbol*, de Alone. (Zig-Zag, 1966).

Alone ha tenido la plausible idea de recopilar en volumen algunos de los trozos literarios más representativos, en prosa y verso, sobre los árboles, en consonancia con una campaña en defensa de la riqueza forestal de Chile, en la cual los escritores también han hecho efectivo su aporte.

La utilidad de la antología, destinada de preferencia a manos escolares, no necesita ponerse de relieve. Corresponde a ellos tomar conciencia de la necesidad imperiosa de amar al árbol, dispensarle cuidados, combatir los peligros que le acechan. Si las generaciones hoy maduras no estuvieron contestes en esa situación, a aquellas que las sucederán debe proporcionárseles los instrumentos indispensables para recuperar el tiempo perdido.

La iniciativa de Alone es, por tanto, importante.

Pero debemos aclarar que su antología no obedece a un propósito literario estricto; dicho en otras palabras, la literatura se ha subordinado a un fin de otra índole, digno ciertamente del mayor encomio, pero que en rigor no pertenece al campo de las letras.

En la organización de la *Antología del árbol* se han consultado textos de autores del siglo XVII, XIX y XX, que tanto en verso como en prosa celebran las creaturas vegetales, dignas de mejor suerte. Breves aunque no siempre acertados comentarios críticos las introducen al lector. Ahí está el juicio tajante, a veces sarcástico, sobre tal o cual literato.

Estimamos que la prosa en conjunto es superior a la poesía, sobre todo por la incorporación, que no vacilamos en calificar de peregrina y arbitraria, de composiciones líricas carentes de relieve. No porque Alone estima que un escritor es a su juicio meritorio en la realidad es así. Reconociendo la valía de su magisterio crítico a lo largo de casi cincuenta años, que no es la oportunidad de calificar aquí, cabe también señalarse el perjuicio de su criterio caprichoso y aun complaciente.

A nuestro entender nada tienen que hacer en esta Antología, en la que hasta usurpan lugares, Miguel Moreno Monroy, Alberto Spikín Howard, Enrique Espinoza, Aleda del Monte, Darío de la

Fuente y Carlos Ordenes Pincheira. En este sexteto ha muerto la poesía, no obstante la buena voluntad de Alone de dar una idea favorable.

Luego de las clásicas prosas del Padre Alonso de Ovalle y del Abate Molina, de policromo colorido, intensamente evocadoras, se abre el siglo XIX con Pérez Rosales, Vicuña Mackenna, Salvador Sanfuentes y Senón Palacios, todos entusiastas, combativos en defensa de los árboles.

Después el siglo veinte con trece nombres unidos con un noble propósito, pero que no todos pudieron concretar satisfactoriamente. De este conjunto sorprende Vicente Huidobro con un texto de límpida e inobjetable calidad.

Allí figuran también el imaginativo Augusto d'Halmir, prosista exquisito, objeto de una puntual reseña crítica; Pedro Prado, el de más honda resonancia; Gabriela Mistral con recados de original factura; Mariano Latorre, con menudas descripciones; Alfonso Bulnes, melancólico poeta en prosa; Benjamín Subercaseux, enumerando maravillas; Luis Oyarzún, extasiado ante el paisaje.

Faltó una *Mancha de Color* de Federico Gana, de las Obras Completas, que cuenta con un Postfacio de Alone. Se titula *El árbol viejo*:

"En la ladera de la colina verde, donde principian los bosques de robles, de alerces y de cipreses, vi blanquear, entre la grama mullida y brillante, un viejo tronco segado por el hacha, ennegrecido por el fuego. A su lado erguía esbelto, vigoroso y altivo, un roble joven que balanceaba suavemente sus ramas vigorosas.

Tal vez había nacido de las raíces profundas de ese árbol que no se resignaba a morir aun sin contemplar todavía un instante la luz del cielo.

Yo pensaba: —Y tú, joven árbol, también morirás un día bajo el hacha o consumido por los años; pero tus semillas esparcidas por los vientos han dado vida a otros árboles que nacerán y seguirán viviendo.

Como un consuelo para mi tristeza, evocaba esta imagen y la unía, con ternura, al recuerdo de mis pequeños hijos ausentes".

También echamos de menos algunos poemas de Jerónimo Lagos Lisboa (en *Antología*), de María Silva Ossa (en *Vida y muerte del día*), de Carlos René Correa (en *Gris*), que como "muchos de alta calidad debieron ser postergados

para una próxima ocasión", como se lee en la solapa del libro...

La cosecha lírica es, como lo advertiéramos, no poco contrastada. Allí la joya, como muy bien lo señala Alone, la constituye el poema de Jorge Hübner Bezanilla.

*Arbol que, como el hombre, te alimentas*  
[del lodo,  
*pero que alzas al cielo los brazos retor-*  
[cidos  
*y, apretando a tus ramas, mantienes alto*  
[todo  
*lo que ama: hojas nuevas, botones,*  
[flores, nidos,

Celebramos la inclusión de *Alamos*, de Rosa Cruchaga de Walker, de notable categoría estética, mas de difícil comprensión por lectores menudos:

*Al padre arrastró una lluvia*  
*igual que un pajar vaciado.*  
*Sin luna de sombra suya,*  
*a tientas iban los álamos.*

*La lluvia que abre centenos*  
*me cegó el hijo envainado.*  
*Sobre su nieve cayeron*  
*las lágrimas de los álamos.*

*A mí, la que barre nieblas,*  
*dejó tirada en el campo.*  
*Sobre mi cara deshecha*  
*van galopando los álamos.*

Como diría Gastón von dem Bussche, el más cabal crítico de Rosa Cruchaga de Walker, la suya "es una poesía que nos introduce constantemente al misterio del nacimiento, el dolor de la existencia y el trasfondo grávido y altísimo de la muerte".

En suma la *Antología del Arbol*, de Alone, que pudo haber sido a nuestro juicio más rigurosa, tiene el mérito de la iniciativa, que llena un vacío sensible. Su declaración como texto docente auxiliar sería la culminación de una tarea llevada a cabo cumpliendo un alto propósito, que en otro plano, además, subraya la función social de la literatura.

#### JUAN URIBE ECHEVARRÍA

*Arturo Pacheco Altamirano. Vida y Obra.* Biografía por Jacobo Nazaré. Poema de Pedro Sienna. Editorial de la Universidad de Concepción. Foto Offset-Litografía "Star". Concepción, 1964.

Arturo Pacheco Altamirano, el más notable de los marinistas chilenos, pertenece a esa corriente criollista de nuestro paisaje cuyos maestros fueron en sus respectivas artes, Juan Francisco González y Mariano Latorre.

Jacobo Nazaré, prologuista de esta fabulosa edición, nos ilustra sobre algunas circunstancias poco conocidas de la vida del pintor.

Pacheco Altamirano, chillanejo, nacido en 1905, hijo de un inventor de flotadores, pasó su niñez en el apostadero naval de Talcahuano. En la familia del niño Pacheco fue una tía monja, Sor Elisa, quien alentó su temprana vocación. Nazaré evoca el paisaje porteño que se reflejaba en los ojos del futuro pintor.

"Es aquél un mar enclaustrado. Una profunda ensenada tierra adentro, cerrada por la península de Tumbes. Una herradura de aguas tranquilas protegida al norte y al sur por abruptos lomajes y una isla en la abertura de salida al océano. Un pequeño golfo muy grato de mirar desde los cerros de Talcahuano. En la línea de mareas están las obras del puerto, los grandes diques, el Apostadero Naval, los espigones, el movimiento marítimo de grúas, lanchas y remolcadores, la gente de mar y tierra, los pescadores, los vagones ferroviarios, el carguío, las descargas aduaneras y, hacia arriba y hacia atrás, las angostas calles con figones atestados de vaporinos y marineros y de cuanto enjambre de negocios y especímenes está hecha la vida de los puertos. Desde la playa no se ve el mar. Se le adivina por las lanchas bamboleantes o que se deslizan dóciles por senderos de luz escamada entre los grandes barcos, atadas a un ágil, humeante y pequeño vapor, que las lleva y las trae no se sabe dónde".

En 1924, Pacheco Altamirano terminó sus estudios secundarios en el Liceo de Concepción para abrazar definitivamente la heroica profesión de pintor chileno.

"Los primeros y largos años de mi carrera —confiesa— fueron de una lucha tremenda; hice toda clase de trabajos para poder subsistir, pero siempre mantuve la fe en que algún día todos mis sacrificios tendrían alguna recompensa, es decir, el triunfo. No puedo olvidar, sí, que tuve horas de dudas y quebrantos, especialmente cuando advertía que debía develar el misterio de otros caminos, evolucionar, hacer que mi técnica

expresara otras emociones, más definidas y fuertemente dramatizadas".

Durante muchos años, Pacheco Altamirano recorrió el país en peregrinaje bohemio, pintando y exhibiendo en oscuras ciudades de provincias. Tuvo la suficiente entereza para no recurrir a la pedagogía plástica que ha malogrado, alterado o disminuido, tantas vocaciones auténticas. Su triunfo definitivo sobrepasó las fronteras nacionales. Pacheco expuso con éxito en Madrid, Bilbao, Nueva York, París, Londres, Washington, Tokio y Nueva Delhi.

En 1954 sorprendió a los críticos de pintura de Bilbao con sus magníficos óleos de la famosa ría.

La crítica extranjera, en especial la francesa, ha sido unánime en el reconocimiento de los valores plásticos de su extensa obra:

"Ante todo hay que dejar bien sentado que este pintor es un espléndido paisajista que, si está vocacionalmente especializado en temas marinos, tiene también infinitas posibilidades en el paisaje urbano y en el de tierra adentro. Dibuja y compone rotundamente a punta de pincel" (Antonio Cobos-Madrid).

"Pacheco Altamirano, que expone por primera vez en París, tiene mucho parentesco con la pintura francesa. Autodidacta, formó y desarrolló su talento en el país, y no obstante sus puertos de allá como los cuadros que pintó en Honfleur recientemente, proceden de la misma visión expresada en una pasta nutrida y del más vivo brillo, haciendo resplandecer formas potentes (*Astillero Naval de Valdivia*); sus cielos donde se atropellan nubes poseen una animación que puede compararse a la de nuestros "marinistas" más reputados. En realidad, Pacheco Altamirano, con su pincel impetuoso, acaba de confirmar en París su auténtica vocación de pintor" (A. Martinié. "Parisien Libéré").

"Es en la Galería Weil, donde Chile revela en Pacheco Altamirano, un vigoroso, claro y lírico pintor de escenas marinas". (Maximilien Gauthier. "Les Nouvelles Littéraires", París).

"En la Galería Weil, un pintor chileno, el señor Pacheco Altamirano, justificaba la celebridad que conquistó en América del Sur, con sus puertos ampliamente ejecutados, con un sentido ardiente de la vida y del color, en una pasta rica" (S. Dornaud. "Liberation", París).

"Hay en la pintura de este vibrante comunicativo, una destreza impetuosa. Su

técnica es segura, ágil, rápida, la materia siempre jugosa atrae, porque define por la calidad. Ya acuda a lienzos dilatados, ya se detenga en obras menores, siempre lo vemos con el espíritu tenso como si cada una fuera la única, la definitiva, núcleo y síntesis de todo su fervor pictórico" (José León Pagano. "La Nación", Buenos Aires).

"Paisajes explosivos. Pacheco Altamirano es un pintor con temperamento violento que arroja colores intensos y calientes en pequeñas manchas densas para cubrir con ella barcos, puertos llameantes, cielos y mares tormentosos, gentío bullente. Las composiciones están sólidamente construidas por el dibujo". (Revista "Arts", París).

En plena madurez, Pacheco Altamirano ha superado los peligros que acechan al pintor que produce mucho y vende todo. La última exposición de Santiago (Sala del Banco de Chile, 1964) nos mostró al pintor de Angelmó con mayor destreza en la construcción, totalmente renovado en técnica, y con un colorido marino más construido y profundo.

La influencia de Cézanne es apreciable en *Taberna, Paraguas, Baile de Taberna, La Espera y Marisqueras*, cuadros que en el libro que nos ocupa aparecen reproducidos a todo color.

En su poema *El embrujo del mar*, Pedro Sienna romancea las empresas y conquistas plásticas y marineras del artista:

*Embrujado estás de mar  
y el mar es tuyo por eso,  
con todo lo que navega  
sobre sus lomos inquietos:  
lanchones destaralados  
y bergantines soberbios,  
prosaicos remolcadores  
y fantásticos veleros.*

*Embrujado estás de mar,  
nada del mar te es ajeno,  
ni lo que abarca en la tierra  
ni lo que copia del cielo:  
el oro del medio día,  
el nubarrón ceniciento,  
en la onda apaciguada  
o el torbellino siniestro;  
los nácares delicados,  
los bermellones violentos,  
en brumas de amaneceres  
o en crepúsculos de incendio.*

Ningún paisaje marino  
pudo guardar en secreto,  
ni su hechizo momentáneo  
ni su dramatismo eterno.  
Todo ese mundo pictórico  
ya es tuyo, Arturo Pacheco;  
y su encanto multiforme  
—brío, color, sentimiento—  
revive sus aventuras  
en la playa de tus lienzos.

U12

UDO RUKSER

*Angloamérica-Hispanoamérica*, por Edmund S. Urbansky. Ediciones Studium, Madrid, 1965.

La problemática de la relación entre América del Norte y Sudamérica se ha convertido, paulatinamente, en un problema mundial. Aquí se enfrentan problemas políticos, económicos, culturales, históricos y sociológicos, entrelazados de tal manera que no resultan fácil de analizar. Por ello, hay que celebrarlo cuando un conocedor de la materia como Edmund S. Urbansky, trate en una obra tanto lo que une como lo que separa ambos subcontinentes y lo intenta exponer claramente y hasta cierto punto, con objetividad, presentándose interesado, ante todo, en los habitantes de ambas Américas, a los cuales quisiera alivianar el entendimiento mutuo\*. Urbansky conoce Norte y Sudamérica por propia experiencia y no sólo desde ayer; como profesor en la Western Illinois University conoció el Norte del continente y a los "yanquis"; como investigador y profesor invitado en México, Perú, Colombia y otros países, conoció la mitad Sur y a sus pobladores. Como no se puede esperar que una visión tan generalizada abarque en forma igualmente competente todos los aspectos que trata, habría que conformarse con que, en lo general, se informa fielmente. Y este es el caso del libro al cual aludimos.

El método de Urbansky no consiste sólo en oponer frente a los distintos problemas las concepciones de los angloamericanos —entiéndase Estados Unidos y Canadá— a las de los hispanoamericanos —toda Sudamérica, sin el Brasil— sino que confronta los rasgos fundamentales de su historia. Para hacer comprensible la actual situación con sus tensiones, el autor trata de aclararla desde el punto

de vista histórico. Sigue con esto los principios de Dilthey, según los cuales, el hombre es aquello que le ha pasado. No sin sorpresa, nos enteramos que lo básico de la actual problemática en sus puntos más decisivos retrocede hasta la época del descubrimiento y la colonización de América. Norteamérica fue poblada por hombres que habían abandonado su patria por motivos religiosos y para los cuales ya no había posibilidad de retorno. La emigración, a menudo realizada con grandes sacrificios, determinó definitivamente el destino de ellos. A los países en la América Hispana llegó gente que, en su mayoría, había abandonado voluntariamente el Viejo Mundo, muchos de ellos en búsqueda de aventuras y riquezas, si es que no se trataba de funcionarios, misioneros o procuradores. Muchos de ellos regresaron después a España, convirtiéndose en figuras típicas de la literatura, como se puede observar en las "Novelas" de Cervantes.

Con esto se toca un punto determinante, desde el cual se puede explicar hasta hoy, las distintas actitudes de los unos como de los otros y el desarrollo de sus diferencias. Cuando el colono llega a un país como refugiado, tiene que conformarse con todo y, por lo tanto, emprende la construcción de su vida con energías totalmente diferentes a aquellas que emplea el colono que considera el viaje como algo pasajero en su vida y que siempre tiene la posibilidad de volver a la patria. De esto se deduce una innumerable cantidad de relaciones que cualquiera puede suponer fácilmente. En todo caso, las tan comentadas "cualidades de pioneros" tienen su raíz en que los habitantes de Angloamérica se enfrentaron siempre a la dura necesidad; en cambio los de Hispanoamérica, sólo en los momentos críticos de su nueva existencia. Esta diferencia se agudizó con el hecho que los angloamericanos llegaron a una zona escasamente poblada, en la cual vivían casi exclusivamente nómades guerreros, o sea, no encontraron mano de obra que les ayudara en la construcción de su existencia, sino que tuvieron que defender, además, sus vidas. Sus compañeros de destino más al Sur, en cambio, llegaron a países bastante poblados, con indios que practicaban la agricultura y que en parte, habían creado culturas superiores. Ahí podía darse una toma de posesión de la tierra, ahí pudo implantarse el sistema feudal de la Encomienda, por la cual el blanco se apo-

\*Edmund S. Urbansky: *Angloamérica-Hispanoamérica. Análisis de dos civilizaciones*. Ediciones Studium, Madrid, 1965.

deraba del suelo y obligaba al indio a trabajar para él a cambio de una retribución, que, generalmente, estaba entregada al libre albedrío del dueño. Al inmigrante europeo le faltó entonces el imperativo para el trabajo propio. Esto guió las formas de vida en una dirección opuesta a las que existían en el Norte. Estos comienzos han surtido efecto en ambos casos hasta hoy día y con ello también han influido en los actuales conflictos. Nada menos que el antiguo Presidente argentino *D. F. Sarmiento*, formuló esto con mucha agudeza, hace cien años: "La civilización de los yanquis fue obra del arado y de la Biblia; aquella de Sudamérica fue destruida por la cruz y la espada. Allí se aprendía a trabajar y leer, acá a flojear y rezar". Es una expresión drástica, pero la frase hace resaltar el hecho que en el Norte, el hombre se vio obligado a luchar para imponerse frente al destino y que en el Sur, en cambio, podía emplear trabajo ajeno y a costas de esa actividad y vitalidad lograr subsistir.

Es una extraña coincidencia que esta actitud indolente haya sido, a menudo, herencia ibérica, debida al tradicionalismo español. Este tradicionalismo se unió a la indolencia del indio, acrecentándola. En estos últimos, influían manifiestamente motivos religiosos. Sobre un pueblo tan talentoso como el de los aztecas, dice el mexicano *Alfonso Caso*: "La convicción básica era que el hombre no podía solucionar sus propios problemas, sino que debía solicitar la solución a los dioses... el hombre sólo no puede ejecutar nada, sólo a través de sacrificios podía motivar a los dioses a que satisficieran benevolmente las necesidades de la humanidad". Estas ideas tenían que llevar a la atrofia de la autoayuda y de las capacidades técnicas. Así también se explica la falta de iniciativa y de previsión que hasta ahora resaltan en la gente modesta de Hispanoamérica. Aquí aparece el hecho que en el Sur existió en parte y existe aún, una relación distinta hacia la causalidad que en el Norte. Nos enfrentamos entonces con la sobrevivencia de conceptos arcaicos que aclaran la relación hacia el trabajo: a uno —al del Norte— el trabajo significa su tarea en la vida; al otro, a menudo, el trabajo simboliza un castigo, por lo menos, cuando beneficia al patrón. Se entiende que ese arcaísmo no puede responder a las necesidades de la vida moderna. Donde siga imperando, seguirán existiendo países subdesarrolla-

dos. Se deduce, entonces, que hay que dedicar una atención preferente a la superación de ese arcaísmo, a través de una educación apropiada.

También la política de tipo emocional que se encuentra frecuentemente en Hispanoamérica parte de aquí: mientras el norteamericano es, ante todo, práctico, y por ello sacrifica fácilmente otro tipo de consideraciones, el hispanoamericano es preferentemente dogmático, con una fuerte tendencia hacia lo utópico. Por lo tanto, le falta a menudo la capacidad de adaptación y la movilidad intelectual ante el caso respectivo. Cuando se trata de reformas, deciden en él pocas veces los puntos de vista prácticos, sino que más influyen los puntos de vista doctrinarios.

Hasta hace algunos años, esto no resultaba tan importante y se podía seguir la vida tradicional. Hoy día, el aumento de la población se ha convertido en el gran problema social. Hispanoamérica tiene con un 2,5% al casi mayor promedio de incremento demográfico en el mundo, de manera que si prevalecen las condiciones actuales, en el año 2000 se triplicará la población de esta región del mundo. El problema es el de cómo alimentar a esta creciente población. Por lo tanto, se discuten reformas agrarias de las que se esperan producciones ascendentes. La tarea es más urgente en países como Chile y Bolivia, que actualmente ya sufren de grandes déficit agrarios los cuales les consumen buena parte de sus divisas. Intranquilizante resulta que en las reformas agrarias llevadas a cabo hasta ahora, se han producido bajas en la producción. En este sentido informa Urbansky sobre las reformas agrarias realizadas en México, Bolivia y Cuba. Sólo en México los resultados parecen ser más o menos satisfactorios. Hay que plantear la pregunta si el principio de la parcelación elegido hasta ahora resolverá los problemas agrarios de una población creciente. Si se estudian las experiencias que se han dado en Europa durante los últimos 50 años en este sentido, uno se vuelve escéptico. La parcelación según el lema "la tierra a quien la trabaja", es un requerimiento pasado de moda, del siglo 18, algo que uno no se atreve a confesarlo, por razones políticas. Por ello, debieran buscarse otros caminos. En Hispanoamérica existen, por suerte, considerables reservas de tierras; pero éstas hay que habilitarlas. La construcción de la infraestructura y obras de regadío van a con-

sumir mucho capital, pero en cambio prometen una verdadera solución del problema.

Con esto, naturalmente, se llega a otro problema, que Urbansky no trata específicamente: el de la educación de la población rural. Hasta ahora, censurablemente, se ha descuidado la educación de la población campesina y por ello había que aceptar un rendimiento increíblemente bajo por cada trabajador. Otra consecuencia de esto es que la población rural a la cual se le conceden terrenos parcelados, no está en condiciones de hacerlos producir. Aquí reside una causa esencial de la improductividad. La escuela agrícola, en todos sus grados, debe ser desarrollada para lo cual aún falta personal. Y a pesar de eso es importante, porque si no, no se llegará nunca a un aumento de la producción y a la adopción de nuevos métodos. De aquí habría que partir. Al parecer, no se han considerado, por ejemplo, las grandes posibilidades de la fruticultura en muchos países de Hispanoamérica, lo que se complementaría bien con las necesidades existentes en los países del Norte.

No nos haremos la ilusión que se emprenda este camino con todas las energías necesarias. Tampoco los medios de la Alianza para el Progreso resultarán eficientes para cuidar una enfermedad, si el paciente mismo no desea sanar. Y esto resulta —por las razones históricas ya mencionadas— bastante incierto. Porque es mucho más fácil y políticamente más efectivo si se divide lo existente y con ello se responde a una exigencia política —si bien, pasada de moda. Entretanto, la necesidad llegue quizás un día a dar la pauta y, entonces, será conveniente haber analizado estos puntos hasta sus raíces últimas. El haber realizado un aporte esencial en ello, es el mérito de *Edmund S. Urbansky*.

#### FERNANDO URIARTE

*Léautaud y el Otro*, por Armando Uribe Arce. *El Espejo de Papel*. Cuadernos del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada. Universidad de Chile. Editorial Universitaria, 1966.

Por segunda vez, Armando Uribe ha hecho de un autor extraviado pretexto para ensayar. Los supuestos de su modo de ensayar habían quedado muy claros y expresos en el espléndido *Pound*, que ordenó sin miramientos en beneficio de su

juego hasta completar el *Pound-Urbe*, y, finalmente, Uribe a secas.

Titularmente nos ofrece a un autor, su imagen interna, pero al mismo tiempo desde la primera página comienzan sus manejos de transustanciación, sus intercambios vitales con el autor ofrecido, en busca de una estructura homogénea entre el ensayista y el ensayado. Así resultan los binomios Pound-Urbe, y ahora Léautaud-Urbe como premio de una fiesta silenciosa, de una lectura perfecta. Armando Uribe ha creído conveniente anteponer a su ensayo un *Prólogo* cortés para airear ante sus lectores la complicada firmeza de su método.

Se propone comunicar una experiencia; esa experiencia puede estar en los libros. La materia de su ensayo es una experiencia vital lograda en la lectura apasionada. El ensayo, nos dice —preguntando y afirmando al mismo tiempo— ¿no es un género capaz de incorporar toda clase de experiencias a su forma? "Lo que para el autor es la experiencia vital y el acto de transformarla en palabras es para este lector peculiar la experiencia de leer el libro, y lo que el libro contiene".

Con estos presupuestos el tema de Armando Uribe será una lectura, sólo que muy especial y necesariamente casual: "Es en la lectura de un libro que no conocíamos, y en el que de repente nos vemos representados, como si el libro nos hubiera conocido desde siempre, que se produce la 'metáfora' singular: yo soy el libro de este autor".

Al encontrar Armando Uribe esos libros que son él, nos dará ensayos en que predomina su experiencia de lector, los alabeos de su vida literaria, que es vida como la que más, y tan auténtica. Apurando todo esto hasta el extremo recordamos lo dicho por uno de nuestros maestros mayores, a quien Uribe Arce parece satirizar donde lo encuentra: "Hay una notable diferencia —dice Ortega—, entre lo que el hombre hace con los utensilios técnicos y su comportamiento con los enseres artísticos, cuando ya los ha creado. El hombre gasta y desgasta los instrumentos técnicos, es decir, que, cuando ya los ha fabricado, los tiene en funcionamiento, los hace funcionar. Esto es un auténtico hacer del hombre. Pero frente a los objetos artísticos, el hombre no aparece tan simple. No los gasta, ni mucho menos los desgasta. Se queda ante ellos, incluso en el caso de que lea, por ejemplo, algún poema. *La lectura es, ciertamente, un hacer, pero un hacer que, materialmen-*



te, no tiene nada que ver con los poemas".

Armando Uribe sale a la literatura en busca de sí mismo. Se encuentra por ahí, un poco en las afueras —Pound, Léautaud— con espejos adecuados que dinamizan su vivencia y hacen surgir, gongorizados, los complejos atributos de su persona, labrada entre códigos, dominios y usufructos, compensados por la poesía más alegre y una dosis más que suficiente de especulador intelectual irónico y vastamente informado. Si entre nosotros hay ensayo (el asunto se discute), Uribe sería el renovador; si no lo hay, lo está creando.

*Léautaud y el Otro*. Para nosotros se trata simplemente del otro; a Léautaud no lo conocemos, aunque Romera nos haya contado, y Salvador Reyes, que lo conoció, nos dijera de él algunas cosas que no están en el texto de Armando Uribe. Nos abre el apetito sobre un guiso que tardaremos quizá cuánto en gustar. El libro trae la fotografía del escritor parisiense: abrigo, sombrero, otro abrigo en el colgador; se abrigaría hasta en verano; cierta fiera en su rostro adormecido; cuello arrugado, de viejo. Llevaba un inquietante diario secreto que atemorizaba. "Valéry, sabio maestro, ménage a Léautaud, se las arregla con él, le ve pocas veces, a principios de siglo o a fines del otro siglo dejó de invitarle al saber que llevaba un Diario de Vida".

Quedan en penumbra las razones que tenía Léautaud para elogiar a Baroja; para mí la cosa tiene mucho interés, pero el escritor vasco no está en la cuerda de Uribe Arce; por tanto, no podría ensayarlo y el hecho se le escurre sin mayor provecho.

Si consideramos la temática de este ensayista como un producto de la máxima afinidad de su vida con la de ciertos escritores; si filtrando literatura experimenta una acción catalítica sobre su persona que lo habilita para una segunda descarga literaria de contenido ambivalente que trae conjugados al ensayista y al autor elegidos, en una como fase independiente; si así procede Armando Uribe tendremos que aguardar con expectación el momento en que sus buscas y rebuscas complicadas lo dejen frente a un escritor de nuestra intimidad. Podremos calibrar y calificar con alguna competencia los aciertos, las riquezas y sorpresas del binomio conseguido. Hasta la fecha, tanto en Pound como en Léautaud

y el Otro, nos hemos quedado con algunas migajas de la vida de Armando Uribe Arce, recluso en sí mismo, peligrosamente manierista, orquestando sinfonías de *selecto castalio*, obliterado y hermético.

LUIS ARAYA NOVOA

*Hijo de Hombre*, por Augusto Roa Bastos. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1960.

En la narrativa hispanoamericana, desde Fernández de Lizardi hasta el reciente Vargas Llosa, el motivo literario más usado es el de la violencia: violencia en la descripción del paisaje, en la lucha del hombre contra el medio, en el conflicto del hombre contra el hombre, en la angustia y soledad de éste en la moderna y contradictoria urbe.

En *Hijo de Hombre*, la novela que nos preocupa aquí, la violencia aparece —en uno de sus tantos párrafos— del siguiente modo:

"A los pocos instantes un *Junker* apareció en efecto sobre el bosque, siguiendo la línea del camino. Al descubrir el convoy, picó sobre él con un poderoso rugido ametrallándolo a quemarropa. Los regueros de la ráfaga picotearon la cinta polvorienta en una exhalación. El pánico desbandó la columna. Los camiones se desparramaron tratando de ganar el monte. Un aguatero y el furgón sanitario forcejeaban para desprenderse de las huellas, pero ya el avión volvía en una nueva pasada rasante escupiendo fuego, y lanzando ahora, también, una bomba, que cayó sin explotar cerca del sanitario. Sus tripulantes saltaron enloquecidos y huyeron hacia el bosque. El camillero cayó tumbado por la ráfaga. El camión aguador estaba inmóvil en la cuneta. A través del parabrisas hecho añicos, se veía al conductor caído de bruces sobre el volante, la cabeza empapada por la sangre, que también había salpicado las astillas del vidrio" (pp. 183-184).

Pero sin lugar a dudas que es en los relatos naturalistas (después de todo casi la mayor parte de la narración hispanoamericana cae dentro de esta pedagógica y, por lo mismo, cómoda clasificación) donde más abunda este motivo. *La Vorágine*, *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *Los de Abajo*, *Entre el Águila y la Serpiente*, *Las Lanzas Coloradas*, *Raza de Bronce*, *Huasipungo*, *El Mundo es*

*Ancho y Ajeno, Coirón, etc.*, son algunos ejemplos al respecto (hay muchos más, pero por no ser objetos de nuestro trabajo, sólo nombramos los más conocidos por el lector).

En este sentido, en el de la violencia, podemos decir que *Hijo de Hombre* es una obra emparentada con el naturalismo. Sus personajes viven por, desde y para la violencia; es decir, son seres de acción repentina, inusitada.

"Pero, de pronto, en un descuido, estaban otra vez ahí, profundos, borrosos, zahories, inventando el camino, empujando la marcha. Porque ahora no había más que avanzar, avanzar siempre, avanzar a toda costa, a través de la selva, del desierto, de los elementos desencadenados, de la cabeza muerta de un amigo, a través de ese trémulo en que vida y muerte se juntaban en un límite imprecisable. Eso era el destino. Y qué podía ser el destino para un hombre como Cristóbal Jara, sino conducir su obsesión como un esclavo por un angosto pique en la selva o por la llanura infinita, colmada con el salvaje olor de la libertad. Ir abriéndose paso en la inexorable maraña de los hechos, dejando la carne en ella, pero transformándolos también con el elemento de esa voluntad, cuya fuerza crecía precisamente al integrarse en ellos..." (p. 201).

Pero los seres como el teniente Vera (narrador de la obra), ajenos a esta especie de ley natural, terminan destruidos por el medio o por la crueldad de sus semejantes, llenos de vitalidad, hechos para el dolor y la infamia.

"Conoció a Miguel Vera en el Chaco... Era alto y delgado, de hermosos ojos pardos. Hablaba poco y su exterior taciturno lo hacía aparecer huraño. Un introvertido, "intoxicado por un exceso de sentimentalismo", como me decía él mismo en una de sus cartas de Itapé. Yo creo que era más bien un ser exaltado, lleno de lucidez, pero incapaz en absoluto para la acción. Pese a haber nacido en el campo, no tenía la sólida cabeza de los campesinos, ni su sangre, ni su sensibilidad, ni su capacidad de resistencia al dolor físico y moral. Era capaz de perderse en un camino. No me extrañó después que su batallón fuera el único que se extravió en el cerco de Boquerón, y que luego lo hayan relegado a funciones auxiliares hasta el fin de la guerra. Le horrorizaba el sufrimiento, pero no sabía hacer nada para desprenderse de él. Se escapaba entonces hacia la desespe-

ración, hacia los símbolos. Era un torturado sin remedio, un espíritu asqueado por la ferocidad del mundo, pero rechazaba la idea del suicidio. "Un paraguayo no se suicida jamás... —me escribía en una de sus últimas cartas—. A lo sumo se dejará morir, que no es lo mismo" (p. 228).

Pero no se crea, por esto, por el motivo ya señalado, o por la acción o abulia continuas de ciertos personajes propios del naturalismo, que *Hijo de Hombre* es una obra perteneciente íntegramente a esta escuela literaria. Al margen de una clasificación estrecha, puramente didáctica, no poética, esta novela es verdaderamente valiosa.

Desde el punto de vista ideológico y afectivo (plano del contenido), la obra es una entrega patética de un mundo donde el sufrimiento y la tragedia de años y años de zozobras políticas y sociales del pueblo paraguayo aparecen en toda su cruda verdad. Porque es indudable que el sentido final de toda la obra es el de mostrar la pesadumbre épica, el desamparo dramático de toda una nación.

"Todos han terminado así —dijo Cuéllar—. Los grandes guitarristas del Paraguay han muerto o se han fundido todos en la desgracia. O por la caña. La miseria y el olvido. Gaspar Mora se escondió, leproso, en el monte. Agustín Barrios tuvo que dar su último concierto en una plaza y escapó. Nadie sabe dónde está. Ampelio Villagra también. Dicen que anda tocando en los cafetines de Buenos Aires, con la lengua cortada. Marcial Talavera se pegó un tiro. Vestido con su ropa de domingo, se acostó en un catre mirando el cielo a través de una parralera. Metió el caño del revólver en la boca y se hizo silencio. Yo escribí un artículo sobre la imposibilidad que tenían nuestros artistas de vivir en su patria. Me metieron preso" (p. 60).

Esta realidad fatídica y dolorosa permite a Roa Bastos plasmar una creación literaria de notables aciertos. Lo humano, así, en la novela, es de suma importancia. Junto a ello y a ese mundo cruel, violento y dramático, hay, como en toda auténtica obra literaria, una visión genérica íntimamente ligada a los contenidos del mundo narrado. En efecto, abundan, al lado de lo narrativo, los momentos líricos y las escenas dramáticas en casi todo el discurso. Un ejemplo extraordinario de esto lo constituye el Capítulo IV, *Exodo*.

Estructuralmente, la novela consta de siete capítulos. Cada uno de ellos es un relato en sí, sostenido por su mundo y personajes propios. Debido a que dicho mundo y dichos personajes pertenecen a un orden ficticio mayor (la lucha del hombre contra el hombre, teniendo como fondo la visión trágica y desesperada de la realidad política y social paraguaya), cada capítulo es, también, parte de un todo. Así, la novela pasa a ser, en su textura narrativa, una vigorosa muestra de la capacidad que como narrador posee Roa Bastos. Claro está que el recurso empleado por éste para introducir la relación de la obra no es original. Quien cuenta los hechos es el teniente Miguel Vera, cuyo manuscrito "un montón de hojas arrugadas y desiguales con el membrete de la alcaldía, escritas al reverso y hacinadas en una bolsa de cuero", fue encontrado y enviado al autor para su publicación por la doctora Rosa Monzón, personaje que aparece en las postrimerías de la novela. Si relacionamos este recurso narrativo con los empleados por otras novelas anteriores a *Hijo de Hombre*, por ejemplo *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera (suponemos que el lector conoce esta obra), encontraremos que en él —el recurso— no hay novedad. Comparémos:

"Alguna salida debe haber en este monstruoso contrasentido del hombre crucificado por el hombre. Porque de lo contrario sería el caso de pensar que la raza humana está maldita para siempre, que *esto* es el infierno y que no podemos esperar salvación.

Debe haber una salida, porque de lo contrario..."

(De una carta de Rosa Monzón).

"Así concluye el manuscrito de Miguel Vera. Cuando fuimos a Itapé con el doctor Melgarejo a buscar al herido (teniente Vera), encontré la sobada bolsa de campaña, encima de la cabecera de su cama, con las hojas dentro. Las traje conmigo, segura de que en ellas se había refugiado la parte más viva de ese hombre ya inmóvil y agónico" (pp. 227-228).

Y en *La Vorágine*:

"...Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí, apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensan en mi fracaso y se preguntan por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la

prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos, sin dejar más que ruido y desolación".

(Fragmento de la carta de Arturo Cova).

Como se ve, el recurso no es nuevo.

Pero esto, que es nada más que una incursión somera por el aspecto formal de la obra, no quita ni agrega méritos a *Hijo de Hombre*. De más está decir que esta obra, en el plano técnico-formal (pensamos en otras novelas de elevado interés en cuanto a sus planteamientos técnico-narrativos: *Sobre héroes y tumbas*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Pedro Páramo*, *La creación*, etc.), no alcanza el brillo que esboza su plano afectivo-intelectual.

Por otra parte, el estilo poético —de acertadas y hermosas figuras literarias— en que está trabajada esta novela, confirma el plano narrativo-dramático en que ella se desarrolla. La tragedia épica de los personajes se eterniza en el lenguaje mítico y preciso del narrador. Y gracias a sus mágicas palabras, el mundo narrado se nos hace más patético, más abrumante, más diabólicamente triste y más dolorosamente escéptico por el sino desgarrador del hombre paraguayo (por lo mismo tremendamente americano).

Ejemplos de lo anterior abundan en todo el discurso. Pero vaya el siguiente para corroborar lo dicho:

"Se está acabando el aire. Encajonado en el bosque, el pálido, el soñoliento, el eterno polvo del Chaco, hace visibles las arrugas del poroso vacío, que aún bombean nuestros pulmones. Es la herrumbre de esta luz fósil que se retuerce en el cañadón exhalando el sordo alarido de sus reverberaciones. Nuestras percepciones se van anulando en creciente embotamiento. El contorno se derrite y se achata. Flotamos y nos enterramos en esta girante, fétida, opaca brillazón. Sólo dura el sufrimiento. El sufrimiento tiene una rara vitalidad" (p. 162).

Es, pues, en la justa amalgama de tragedia ancestral real del hombre paraguayo y de una visión narrativa-dramática ordenada a través de un lenguaje rico en aciertos poéticos donde está el valor artístico de *Hijo de Hombre*. Tal valor artístico la hicieron merecedora del Primer Premio del Concurso Internacional Lospada 1959, del Primer Premio Municipal de Buenos Aires 1961, del Primer Premio a la producción cinematográfica argenti-

na 1960-1961 y del Premio al mejor film hablado en español, San Sebastián, 1961. De este modo Roa Bastos, actualmente en Argentina, confirma su prestigio literario, prestigio adquirido con la publicación de su tan comentado *El trueno entre las hojas*.

GUILLERMO FUENZALIDA MALDONADO

*Geología y Yacimientos metalíferos de Chile*, por Carlos Ruiz Fuller y colaboradores. Editorial Universitaria. Santiago, 1965.

El Instituto de Investigaciones Geológicas de Chile, bajo la dirección del investigador Carlos Ruiz Fuller, ha emprendido la ardua e imprescindible tarea de realizar, en forma sistemática y ajustada a los más estrictos cánones científicos, el estudio de la geología del país y la prospección de sus yacimientos metalíferos. Resultado de este ambicioso proyecto es el trabajo que comentamos, especie de balance de diez años de pacientes y fatigosas investigaciones, tanto de laboratorio como de campo, que aspira a resumir y dejar al día dicho conocimiento. Ruiz Fuller ha contado en esta oportunidad con el concurso de diferentes especialistas de reconocida capacidad profesional, que pertenecen al cuerpo de investigadores del Instituto, quienes han elaborado una serie de monografías que integran el volumen. A Luis Aguirre se debe, entre otras, el estudio del *Basamento Cristalino Precámbrico*, a José Corvalán el *Desarrollo de una plataforma durante el Triásico*, a Carlos Klohn el *Geosinclinal Magallánico*, a Erik Klohn en el capítulo dedicado a la *Descripción Geológica de algunos yacimientos importantes tipo manto*, el tratamiento del *Yacimiento de Buena Esperanza* y a Beatriz Levi las *Rocas volcánicas cuaternarias*. Otros miembros del Instituto han redactado diversos temas.

En la estructura general de la obra, que obedece a un plan concebido de acuerdo con las más modernas técnicas de la investigación científica, se distinguen dos partes fundamentales. La *Primera Parte*, que dice relación con la geología propiamente tal, comprende una síntesis del conocimiento actual de la geología básica del país y la interpretación de los diversos y sucesivos ambientes geotectónicos que llegaron a producir la actual constitución geológica de Chile. La *Segunda Parte*, que se refiere a los

yacimientos metalíferos, contiene la descripción acabada de los que presenta el país. Además, y como uno de los objetivos principales, se postula un intento de separación de los yacimientos en provincias y épocas metalogénicas, correlacionando su distribución espacial y temporal con los diversos episodios de sedimentación, volcanismo e intrusión que fueron un reflejo de la evolución geotectónica de la corteza.

Las experiencias recogidas en el terreno mismo, han sido vaciadas al mapa o llevadas al gráfico, ilustraciones que acompañan a cada trabajo, ya sea en el texto mismo o fuera de él. A este respecto debe destacarse el *Mapa Metalogénico de Chile* a escala 1: 1.500.000, compilado en 1962, que es un mapa geológico simplificado del país, en el cual se han representado los yacimientos metalíferos significativos hasta el momento conocidos. Diagramas, columnas, croquis, cuadros y tablas, en fin, todos los elementos que permiten visualizar, localizar y caracterizar los fenómenos geológicos descritos, dan cuenta de la labor de identificación y caracterización realizada en la mesa de trabajo mediante la aplicación de métodos analíticos.

Un lenguaje técnico, que necesariamente ha debido observarse en la presentación de los temas, llama especialmente la atención. Sin embargo, en su empleo, se ha tenido cuidado de no olvidar que la lectura de la obra sea asequible a un lector de nivel cultural medio.

Sería inficioso destacar la trascendencia que reviste la obra de Ruiz Fuller en general para el conocimiento de la geología del territorio nacional y, en particular, para la programación del aprovechamiento de las riquezas metalíferas del país, única fuente considerable de entradas con que cuenta el país por el momento y base fundamental del desarrollo económico futuro. Sólo consignaremos el objetivo último que tuvo el autor en la elaboración de su obra: "propender —son sus palabras— a un mayor y más racional desarrollo de los recursos minerales de Chile".

ELADIO GARCÍA C.

*Creaciones Humanas. El Drama* por Raimundo Kupareo y *La vida que te di* de Luigi Pirandello por Radoslav Ivelić. Santiago, edit. por Centro de Investigaciones Estéticas, 1966.

Este libro debe ser comprendido en relación con otros que por desgracia no hemos podido revisar. Toda valoración estrictamente sistemática y lógica queda, entonces, en las presentes consideraciones, sujeta a meras aproximaciones de valor restringido. Sería singularmente interesante para estos efectos el tomo, *El valor del arte*. El libro, en largos pasajes, da la impresión de haber sido compuesto sobre apuntes o cinta magnética. Se nota cierto tono amable y de difusión amplia a un auditorio que justamente quiere aprender. Suelen darse datos históricos sumamente conocidos, por ejemplo, Jean Louis Barrault, "famoso actor y director". Este es el ritmo que, por razones pedagógicas y de amabilidad, puede adoptar la cátedra. No hay posible valoración adecuada sin la comprensión de la perspectiva del origen estricto de generación del proceso comunicativo.

Las consideraciones del señor Kupareo están propuestas como una teoría del drama. Si bien esta teoría atiende en principio a la descripción de instancias esenciales vinculadas al drama, nos parece, que a pesar del enorme y estimable caudal de lecturas, especialmente filosóficas, la totalidad de los juicios formulados no satisfacen la exigencia de una teoría, en sentido de un pensamiento que no abarque sólo la totalidad, sino muy especialmente la posibilidad. A pesar de que no quiere historia, el desarrollo de su pensamiento deviene histórico. Su reflexión parte de las muestras o manifestaciones que se actualizan, se acumulan y se agrupan y que desde hoy, es decir, un punto de referencia sumamente rico aunque insuficiente, pueden ser consideradas como la posibilidad conflictiva total del hombre. Historia y posibilidad esencial conflictiva humana parecen coincidir. Esto lleva al padre Kupareo al concepto de actitud en desmedro del de género. Así, en el primer caso, al referirse a b) El drama del libre albedrío (Drama social), "El hombre vive en un ambiente determinado. ¿Puede el ambiente, sea cual fuere (familiar, social, religioso, político, artístico, científico, etc.), obstruir el desarrollo individual? La tarea del ambiente, ¿no es más que favorecer este desarrollo? ¿Puede el ambiente imponer exigencias que contradigan las justas tendencias del individuo? En fin: ¿Puede el individuo hacer lo que quiera en el orden material y espiritual? ¿Dónde

se hallan los límites de su libertad y el criterio de su conducta?

"De todas estas cuestiones nacen conflictos dramáticos". En el segundo caso, en cuanto a la existencia de géneros dice "Con esta" clasificación de los conflictos dramáticos, de ningún modo aprobamos los "géneros" literarios dramáticos que son una ficción de los científicos. La definición raciniana de la Tragedia, expuesta en el prólogo de su obra *Berenice*, donde habla de la "tristesse majestueuse qui fait tout le plaisir de la tragédie", puede aplicarse a sus "tragedias", pero no a todas las del teatro griego que contienen momentos no sólo tristes, sino también agradables. (p. 14). Así también: "De la tragedia se ocupan los filósofos, los críticos literarios y los mismos dramaturgos. Cada cual desde su punto de vista. La Tragedia, sin embargo, debe analizarse "desde dentro": cada tragedia por separada. La Tragedia no es un género, ni lógico ni científico. Cada obra trágica es irrepetible, aunque otras contengan el mismo trasfondo mitológico y el mismo sentido conflictual" (p. 28).

Así al analizar la tragedia se refiere a Esquilo, Sófocles, Eurípides, partiendo del concepto de "idea", de la cual desconocemos los alcances precisos hechos en los libros *El valor del arte* y *Creaciones Humanas*, Santiago. Univ. Cat., 1965, donde "Hemos hablado también extensamente, de la diferencia entre la idea filosófica, la idea artística y de la triple diferencia del conocimiento real (conocimiento sensorial), el nocional (abstractivo) y el conocimiento por connaturalidad (estético)". (p. 105).

En cualquier caso aquí, la tragedia aparece en relación con las corrientes filosóficas contemporáneas. Sus alcances son inteligentes, aunque desgraciadamente formulados breve y sumariamente. Si bien se insinúan más cosas que las dichas, gustaríamos de un tratamiento más lato y minucioso de los trágicos al modo de un Murray, por ejemplo. En esta línea, se analizan, también dentro de la primera parte. Dramaturgia, además, El Misterio, a) La Gracia encarnada, b) La Gracia como abstracción. El Drama y sus diversas posibilidades, a) Drama de pasión, b) Drama del libre albedrío, c) Drama del conocimiento y La Comedia, en dos capítulos de sumo interés a) Psicogénesis de la risa y el conflicto cómico dramático, donde se encuentra abundante material bibliográfico sobre este fenómeno expresivo. Así,

a) La risa como glorificación de sí mismo, b) La risa como señal de sentir-con-el-otro, c) La risa como represión social, d) La risa como alivio, e) La risa como revelación de lo inconsciente, f) La risa como conquista de lo vital sobre lo mecánico.

La segunda parte, mucho menos intensa y menos extensa, no toma como la anterior la ubicación de las obras dentro de un abanico conflictivo, sino todos aquellos problemas con que se relaciona la representación. El padre Kupareo cree en el teatro como el hecho vivo de su representación. De ahí, la textura entera del libro: 1. El conflicto dramático, como fuente de la psicogénesis de la obra y como criterio para justificar la aparición de las diferentes subclases del Drama (aspecto estético). 2. La unidad dramático-teatral (aspecto técnico). 3. La pureza de la expresión dramático-teatral.

Nos referiremos con algún detalle a las partes segunda y tercera. II. Parte. El teatro.

Empieza este capítulo, como es general a todo el libro, con una etimología, que encierra el fenómeno en esencia. Teatro viene de *theomai*, que vincula esta actividad al órgano de la vista. El drama está escrito para ser representado. La división de las obras atiende más bien a necesidades externas (resistencia física del público y actores, mantención de la atención renovada, etc.), que a la unidad interna de lo representado. Estructura técnica y progresión dramática no necesitan coincidir. "Como puede verse, la progresión estructural se refiere más bien a la resistencia física del público y de los actores que a la progresión dramática en sí misma; o de otro modo, como sucedía en los tiempos de los grandes clásicos franceses, la estructuración en actos (tres o cinco) era exigida por la duración de las velas encendidas (20 a 25 minutos) en el primer plano de escenario".

Así, es igualmente digno de consideración el local. No basta que se presente algo para que exista el teatro. Adquiere significación como hecho de cultura, "no sólo por los múltiples espacios accesorios (foyers, camarines, salas de ensayo, pasillos, etc.), sino por sus problemas específicos, tales como la relación entre la escena (actores) y la sala (público); el problema del espacio escénico, que es de distinta naturaleza para una tragedia shakespeariana, o para

una "obra de cámara"; problemas óptico-acústicos; problemas de índole social ("democratización" del espacio teatral), etc."

Se pueden encontrar así diferentes realidades: a) La sala ("Aquí es donde nace el conflicto entre el Teatro y el Drama"). Su disposición puede adoptar tres maneras fundamentales: 1) Orden Greco-Romano, 2) Orden Isabelino, 3) orden italiano, según Louis Jouvet, *Notes sur l'edifice dramatique*. De las preferencias por cada una de estas modalidades, se generan problemas diversos que parecen a ratos insolubles, aunque debemos reconocer que el teatro, como obra arquitectónica, es un complejo de partes heterogéneas; pero su principal problema es la relación entre el escenario y la sala; entre los actores y el público. Es un arduo problema para los dramaturgos y los arquitectos.

La escena "rincón encantado y encantador", se crea con la imaginación de los espectadores (Creemos que el ejemplo de Otelo es aquí erróneo) o mediante la ayuda de un mago que se llama escenógrafo. De él depende el diseñador, el pintor, maquillador, modisto, iluminador, etc. Estos comentarios llevan a la conclusión del enorme papel desempeñado por la técnica en la conformación, no necesaria de nuestra visión del teatro, cabe, asimismo un excuso sobre las unidades dramáticas en los diversos equívocos de su interpretación, que deben ser corridos en consideración a las efectividades dramáticas.

*El público.* Se trata aquí del público estético y de los críticos que desempeñan una función muy importante en el desarrollo del teatro. Se establecen sus funciones.

Sobre los efectos de las obras en aquél, se hace una revisión del concepto de *catharsis* aristotélica sobre la que existe la fabulosa bibliografía aproximada de 1.500 títulos.

Se analiza y se dan las condiciones del actor, del director y finalmente, de las relaciones del autor con el teatro y su significación.

III Pureza de la expresión dramática.

"Como cada clase de arte, el Drama tiene también su modo específico de expresión: Es el diálogo, como hemos dicho en la primera parte de este libro".

"El Drama está íntimamente vinculado a otras clases de arte que usan el mismo medio de expresión, la palabra (poesía, novela). Aunque cada uno lo uti-

lice de distinto modo; la poesía hace de la palabra un monólogo, el drama un diálogo, y la novela una narración". Se analizan muy sucintamente, más de lo esperado, las relaciones entre drama y música, drama y poesía, drama y novela, drama y escultura y el lenguaje escultórico. Por último, la estatua y el actor dramático.

Viene después el interesante ensayo de Ivelic, que merece comentario aparte, y una completísima bibliografía donde no vemos, sin embargo, a Ingarden y a Staiger.

La interpretación toda del señor Kupareo, está afirmada en profundas convicciones filosóficas vinculadas al tomismo, que transforman sus afirmaciones en una jerarquía que sostiene el libro entero. He aquí su coherencia última.

Su postura general nos parece muy respetable. Cultiva el enriquecimiento de su disciplina con otras y el libro todo, rezuma la salud de un enfrentamiento viril al fenómeno, de una intuición básica, orillada y penetrada hasta el fondo de una cultura profunda, sin asomos de manierismo conceptual, tal vez excesivamente etimológico, sin estados metodológicos epigonales, ni actitudes intelectuales amaneradas o rebuscamientosseudocientíficos que pretenda revelar unaseudofaceta o un momento irrelevante del objeto. Se une a ello un fuerte dominio idiomático (inglés, francés, alemán, italiano) que parece ser el estatuto previo a una investigación de esta índole que tantos puntos de literatura comparada toca.

TOMÁS P. MAC HALE

*Interrogaciones: 94, de Benjamín Subercaseaux.* Editorial Ercilla, 1965.

El pensamiento combativo y franco de Benjamín Subercaseaux ha quedado de relieve en *Interrogaciones: 94, diálogo entre dos generaciones*, que reúne el material de otras tantas respuestas dadas en interesantes enfrentamientos, no ajenos a la polémica, con educandos de la enseñanza secundaria y universitaria, que lo acosaron con preguntas de toda índole. Con este nuevo libro no hace el autor sino reiterar su insobornable independencia, ajena a toda transacción interesada. Desde sus primeras publicaciones por tener esas características se le combatió sin miramientos la obra que desarrollaba, de carácter cultural, de pa-

triotismo bien entendido, de profilaxis imprescindible, de reacción contra la patería y la mediocridad. No le faltaron detractores, pues a fin de cuentas la envidia operaba eficazmente.

Benjamín Subercaseaux siguió sin restricción su tarea literaria y periodística, aunque con la íntima convicción de que sus compatriotas no justificaban su labor creadora. Y ello era paradójal si se consideraba que un escritor que ha brindado una autobiografía de la calidad de *Niño de lluvia*, dos libros que rezuman amor por Chile, *Tierra de Océano y Chile, una loca geografía*, una novela ambiciosa y lograda, *Jemmy Button*, fuera de otros títulos discutibles como *Santa Mater* y sus estudios antropológicos, podía exigir, con pleno derecho, que se le respetara.

Sin duda una de sus mayores satisfacciones debe haber sido constituida por la atención e interés con que alumnos de los establecimientos y especialidades más diversas le prestaron a lo largo de foros y presentaciones. La reserva moral de Chile, por lo menos aquella fracción interesada en problemas trascendentes, le brindó comprensión, estímulo y gratitud.

Y como variados fueron los interrogantes, amplia fue la gama de conocimientos aquilatados por Benjamín Subercaseaux, no de citas eruditas, sino de comprensión cabal del ser humano, de su realidad, de sus anhelos y limitaciones, de sus abyecciones materiales y de su vuelo espiritualista.

Un carácter sensible como el suyo reaccionó algunas veces con exasperación: "no traduzco —escribe— porque el estudiante que no sabe francés es sólo apto para ladrar" (p. 30). Los vicios de la nacionalidad son energicamente criticados por Subercaseaux, en una postura que incluso tiene valor pedagógico. Nada más ajeno a él que la adulación o el eufemismo, estando acostumbrado a decir "su" verdad con voz tonante.

Diagnósticos como el de la educación chilena merecen destacarse: "En tales condiciones generales —se refiere a que el país carece de una vertebración moral propia—, en presencia de un clima moral semejante, ¿qué podríamos decir de los padres y de la educación que éstos dan a sus hijos? ¿Qué decir de los maestros, torpes y espesos, nacidos en ambientes de poca cultura y baja extracción social? ¿Podrán éstos entregar el tesoro cultural que ellos mismos no

poseen? Chile es tierra de profesores que enseñan, pero no educan. Y casi me atrevería a decir que deseducan, sea con sus modales, sus fanatismos políticos, sus huelgas continuas y poco dignas, su ausentismo permanente. Exceptuando a unos pocos héroes (que los hay) el vocablo Maestro, entre nosotros, se ha cubierto de irrisión y desprestigio" (p. 151).

Algunas páginas más adelante se refiere a las Universidades en los siguientes términos: "Y lo más lamentable está en que las Universidades "que no se las pueden" con su docencia, son las primeras en protestar de lo que llaman el éxodo al extranjero de los profesionales. Ofreciendo ellas posibilidades limitadas al investigador, hostilizándolo si se destaca de verdad, endiosando al mediocre y confiándole todas las granjías al politizado, tienen no obstante el cinismo de quejarse de que estos hombres acepten a veces cargos universitarios u otros en el extranjero (...). Pero el colmo de la petulancia típica del subdesarrollado está en la actitud que toma hacia el chileno que hizo sus estudios en el exterior y que quiere ejercer en Chile...".

Se necesita tener coraje moral para suscribir esas afirmaciones, en un ámbito en que está proscrita la altivez, dominando las voces atipladas y medrosas.

*Interrogaciones: 94* es un libro que merece ser leído y meditado. Cuando el compromiso silencia las conciencias, resulta reconfortante imponerse de un pensamiento valiente y decidido, a veces equivocado, sobre todo cuando escribe sobre religión, al no estar iluminado por la fe.

Benjamín Subercaseaux enseña con esta obra a la juventud a pensar por sobre fanatismos inútiles, llegando a la raíz de los problemas, enfocados desde un ángulo original y altamente significativo.

LUIS ARAYA NOVOA

*Antología de la Poesía Nortina*. Compilación y notas de Mario Bahamonde. Universidad de Chile. Departamento de Extensión Universitaria. Antofagasta, 1966.

Veinticinco poetas muestran lo mejor de su obra en este texto trabajado y organizado por el escritor taltalino Mario Bahamonde. De entre ellos destacan ni-

tidamente el serenense Fernando Binignat, el antofagastino Nicolás Ferraro, el chillanense Sergio Hernández y el iquiqueño Oscar Hahn, considerados —claro está— al margen de literatos más conocidos como Salvador Reyes, Andrés Sabella y el mismo Mario Bahamonde.

Este último, refiriéndose a su propia labor compilativa, dice (*Prólogo*, pág. 18): *Esta selección de poesía nortina, recogida a lo largo de las cuatro provincias de nuestro extremo regional, acentúa en mucho la presencia de la tierra y su contacto con los hombres. Tal vez éste sea su valor más claro, aparte de nuestra intención de mostrar a nuestros escritores y de prodigarlos hacia otros horizontes. De lo cual se desprende que los poetas seleccionados por la antología son artistas que buscan reflejar, de una u otra manera, su compromiso afectivo con el Norte, que es una tierra en busca de la expresión de su belleza* (*Prólogo*, pág. 9). En consecuencia, a la luz de tal considerando —y en la medida en que esta nota lo permite— nos dedicaremos a analizar y comentar los poemas de los escritores anteriormente mencionados.

Fernando Binignat Marín nació en La Serena en 1903. Toda su labor poética la ha producido entre esta ciudad y Coquimbo. *El Canto Humilde, La Luna de Oro, Elegía, Cántaro, Corona de Laurel, Ciudad de Bronce*, etc., son libros que encierran sus años de poesía. Además, mantiene inéditos *El Carrousel de los Años, El Invisible Anillo, La Amada Soledad, El Libro de Estampas*. De los tres poemas seleccionados para esta antología: *Mar de Guayacán, La Muerte de la Paloma y Presencia*, el segundo nos parece el mejor logrado. Hay en esta composición una forma expresiva muy de acuerdo al motivo desarrollado. Las metáforas, que en cierto modo nos recuerdan a ese gran cordobés don Luis de Góngora y Argote, son de fina textura y digno colorido. Un ejemplo:

*Tiene el coral del corazón vacío.  
La vena de su arrullo se ha secado  
y en su plumaje de fulgor nevado  
el cielo se desangra de rocío.*

Nicolás Ferraro Panadés nació en Pampa Unión en 1921. En 1941 se inició en la poesía incluido en *Antología de la Universidad*, publicada en la revista *Hoy*. En 1942 fue incluido en *Inauguración de la Tierra*, una antología antofagastina realizada por Manuel Durán Díaz. Ha pu-



blicado *Sed por Dentro*, poemas premiados por la Sociedad de Escritores en el concurso Alerce, 1959; también ha dado a luz *Terral* (Premio de la SECH, 1959) y el volumen de cuentos *Inmóvil Océano* (Premio SECH, 1965). En la presente antología participa con dos poemas: *Norte en el pecho siempre*, de tono mistraliano, y *Los Pampinos*, de mayor personalidad expresiva. Esta segunda composición muestra cierta semejanza con el cuento *Hacia el Mar*, del mismo autor, que aparece en el volumen *Antología del Cuento Nortino* (Compilación y Notas de Mario Bahamonde). La tensión dramática, el lenguaje realista, el tono elegiaco y la situación temática (en algunos aspectos) son más o menos parecidos en ambas obras. Compárese, para dicho caso, el comienzo del cuento con los siguientes versos:

*Éramos grandes como embarcaciones.  
Como pampa entera.  
Éramos secos, tiesos, renegridos.  
Estábamos tapados por la tierra.*

De todos modos, Ferraro constituye una voz muy peculiar en la actual literatura nortina, aunque destaca mucho más —por sus condiciones épicas más que líricas— en el relato breve.

Sergio Hernández Romero nació en Chillán en 1931. En 1954 obtuvo el *Premio Rector de la Universidad de Chile*. Fue incluido en la *Antología de Poetas Universitarios*. En 1957 ofreció un recital de su poesía en el *Ateneo* de Madrid. Ha publicado dos libros: *Cantos de Pan* (1959) y *Registro* (1965). De sus tres poemas antologados, sin duda que el más notable es *Carta a Dios*, motivo y forma lírica expresiva muy bien logrados dentro del tono actual de la poesía chilena. El poema *Acuario*, en cambio, redundando en imágenes demasiado manidas, en expresiones exageradamente literarias:

*Mi infancia es un acuario inaccesible,  
un ebrio país de trompos y palomas  
al que es preciso llegar con traje blanco  
en una mañana azul  
de sol volcado.*

Creemos que la nota propia en la cual debe insistir Hernández es justamente la del poema *Carta a Dios*.

Oscar Hahn Garcés nació en Iquique en 1938. En 1961 publicó *Esta Rosa Negra* (Primer Premio Alerce, 1960), volumen que comentamos oportunamente en esta misma revista (*Mapocho*, julio,

1963). En 1965 su libro *Suma Poética* obtuvo el primer premio en el certamen de poesías convocado por la Universidad de Chile (Norte). En esta oportunidad se recogen tres poemas de este joven talento lírico chileno. Ellos son *Canción para mi Pueblo*, *Égloga Fúnebre* y *Gladiolos junto al Mar*. La primera composición, de tono épico-lírico muy pronunciado, es débil en muchos sentidos: expresión poco lograda (lenguaje casi prosaico, sin la trascendentalidad que consigue en otros textos: *Gladiolos junto al Mar*, para citar un caso aquí presente), insistencia en la creación de un mundo heroico sin llegar a plasmarlo del todo, ausencia casi total de motivación sensorio-afectiva. *Égloga Fúnebre*, en cambio, es un poema en todo el sentido del vocablo. Popularismo, humor negro, academicismo, contenido existencial y gran manejo del ritmo le dan a esta especie de coreografía poética de la tremenda tragedia que es el morir un cariz de silencioso y sereno retablo campesino. El tercer poema seleccionado es *Gladiolos junto al Mar*. Este soneto, al igual que el que aparece en la revista de poesía *Trilce* (Nº 10, enero-marzo, 1966), *Agua Geométrica*, y que el que aparece en los *Anales de la Universidad de Chile*, Nº 134, abril-junio, 1965, *Visión de Hiroshima*, revela la auténtica potencialidad lírica de Oscar Hahn. Porque es precisamente en esa serie de movimientos *dulces* y *blandos*, de cosas que van ingresando en un orbe de pesadilla y drama, donde existe la verdadera personalidad de este poeta nortino. De él, sin afán profético, se puede esperar mucho todavía. Ojalá no nos defraude.

Tales son, pues (descontando a los escritores ya consagrados), a nuestro juicio, los cuatro poetas más notables de todo el conjunto de la antología. Casi ninguno de ellos logra destacar en los poemas comprometidos con el paisaje. Pero por otra parte alcanzan alturas considerables en distintas temáticas. Para Mario Bahamonde el fenómeno se explicaría del siguiente modo: *Es evidente que el norte es una tierra en busca de la expresión de su belleza y que los poetas regionales han procurado contribuir a esta expresión en cuanto les ha sido posible y en cuanto su afán lírico les ha permitido encontrar el tema de su admiración. Incluso, es notoria la actitud del poeta venido de otras zonas de Chile a radicarse circunstancialmente en nuestros pueblos, pues muchas veces persiste en su temática personal, ajena a este medio y a este contenido, tal como si nuestra tie-*

*rra no lo envolviera ni lo alcanzara... No pretendemos preguntarnos si una actitud es errónea o la otra es más conveniente para la verdadera expresión de la poesía. Afirmamos, en cambio, que cuando el nortino le canta a su tierra lo hace con su más profunda convicción y con su más tierna voz. Lo hace porque, quizás, el medio no le ha dado otro contacto que ese de su tierra, que lo fascina y lo consume (Prólogo, pág. 18).*

El hecho es que la lírica del Norte, salvo casos excepcionales, no aporta grandes hallazgos para el futuro de la poesía nacional.

GUILLERMO FUENZALIDA MALDONADO

*Historia de Chile Ilustrada*, por Walterio Millar. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1965.

La décimonovena edición de la *Historia de Chile Ilustrada*, aprobada por el Ministerio de Educación Pública como texto auxiliar para las Escuelas Primarias y Preparatorias de los Liceos del país, síntesis histórica que alcanza hasta el actual período presidencial, viene enriquecida con un abundante y excelente material didáctico, que en manos del pedagogo se convertirá en un instrumento de trabajo de primer orden como elemento de motivación. En efecto, la reproducción de láminas a todo color —en cuya selección se deja ver una clara concepción del autor de lo que debe ser ese material como medio de aprendizaje y una gran experiencia en el manejo de pinturas históricas como que es funcionario del Museo de Historia Nacional de Santiago—, desde el punto de vista metodológico, cumple con uno de los objetivos fundamentales de esa disciplina aplicada a la enseñanza: recrear el ambiente histórico, respetando tanto la indumentaria como los estilos de una

época, a fin de lograr dar vida y realismo a la historia.

Millar, historiador autodidacta y artista de calidad, en las páginas ilustradas de su *Historia*, ha intercalado cuadros históricos de singular trascendencia de famosos pintores nacionales, tales como Pedro Lira, Manuel Antonio Caro, Nicolás Guzmán y Pedro Subercaseaux, que se han preocupado de conservar en sus obras una gran fidelidad en la representación del pasado. Con ello, Millar ha querido contribuir, especialmente, a popularizar y facilitar el conocimiento de esas obras notables, que sólo pueden apreciarse en museos o colecciones particulares de muy difícil acceso para el grueso público. Los retratos de los principales próceres de la historia nacional y algunas ilustraciones de la propia creación del autor de la *Historia*, en las cuales ha alcanzado gran objetividad, completan el elenco gráfico.

Al profesor Guillermo Feliú Cruz, que firma las palabras de introducción a la *Historia de Chile Ilustrada*, le ha merecido el libro de Millar, entre otras, la siguiente apreciación: "Es posible que la propia densa seriedad erudita y científica con que se ha escrito nuestra historia le haya restado lectores. Le ha faltado, en realidad, casi siempre, un tono amable y acogedor, esa gracia cautivadora de los historiadores franceses e italianos", que es, precisamente, la condición que da carácter a esta obra.

El libro de Walterio Millar, como modelo de síntesis histórica, ha llamado la atención incluso fuera del país, y la revista francesa "Le Monde Latin" publicó en 1956 una selección de sus principales capítulos. Finamente impresa, la última edición de la *Historia Ilustrada* contribuirá eficazmente a facilitar la labor del profesor y a interesar a los niños que se inician en el aprendizaje de la historia.

# Bibliografía Chilena

Selección de los libros y folletos ingresados a la Biblioteca Nacional (Sección Chilena) por concepto de la ley de depósito legal. Primer semestre de 1965.

## OBRAS GENERALES:

*Abalos del Pedregal, Ximena.* Bibliografía para el estudio de la Historia de la Medicina en Chile. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del S.N.S., 1961. 45 p.

*Anzoátegui, Víctor.* Bibliografía de la prensa médica periódica de Chile. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del S.N.S., 1961. 61 p.

*Biblioteca Nacional.* Gazeta Ministerial de Chile. v. 3: Nos 39-68. 1822-1823. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 333 p. (Colección de Antiguos Periódicos Chilenos).

*Costa C., Claudio.* Antecedentes de la prensa médica chilena. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del S.N.S., 1961. 191 p.

*Edwards Bello, Joaquín.* Nuevas crónicas. Selección de Alfonso Calderón. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 294 p.

*Hichins Orellana, Nelson.* Contribución al conocimiento de la bibliografía entomológica chilena. I. Revista Chilena de Historia Natural. Valparaíso. Mimeografiado, 1965. 42 p.

*Méndez Carrasco, Armando.* Crónicas de Juan Firula. Stgo., Imp. Pinto, 1965. 207 p.

*Quintana Rojas, Sonia.* La crítica literaria actual en el periodismo chileno. Memoria de prueba. Concepción, Imp. El Sur, 1966. 81 p.

*Valdés Acuña, Abel.* 25 años en crónicas. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 303 p.

## FILOSOFÍA Y RELIGIÓN:

*Augrain, Charles.* Los elegidos de Dios. Stgo., Imp. Soc. de San Pablo, 1965. 120 p.

*Baines, John.* Los brujos hablan. Stgo., Imp. Vera y Gianini, [1966]. 159 p.

*Briones Toledo, Hernán.* Pierre Teilhard de Chardin y otros ensayos. Ros-tros y rastros en el pensamiento contemporáneo. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 149 p.

*Du Buit, F. M.* La nueva criatura [por] Du Buit [y otros]. Stgo., Imp. Soc. de San Pablo, 1966. 160 p.

*Ewing, George P.* Proble-mología. La ciencia para so-lucionar problemas, triun-far y ser feliz. Stgo., Imp. Vidal, [1966]. 123 p.

*Gourbillon, J. C.* La sabi-duría de Dios [por] J. G. Gourbillon y [otros]. Stgo., Imp. Soc. de San Pablo, 1965. 208 p.

*Moreno, J. M.* "Orgánica". (Fundamentos para una nueva ciencia). Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 87 p.

*Muñoz de la Fuente, René.* Educación para la libertad. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963. 271 p.

*Naudon, Carlos.* El pensa-miento social de Maritain [por] Carlos Naudon e Is-mael Bustos. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 168 p.

*Pavez Bravo, Jorge.* Oración para hombres de hoy. Stgo., Imp. Soc. de San Pablo, 1966. 207 p.

*Remy, G.* El origen del hombre. ¿Cómo y cuándo tuvo su origen? Versión de F. Herrera. 2ª ed. Stgo., Imp. Soc. de San Pablo, 1966. 128 p.

*Rivano, Juan.* Contra sofis-tas. Stgo., Imp. Hispano Suiza Ltda., 1966. 129 p.

*Sanhueza Arriagada, Guiller-mo.* Unamuno o la con-ciencia agónica. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 37 p.

*Sibila Mensajera,* seud. Memorias de una médium. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 127 p.

*Subercaseaux, Juan.* El laico. Proletariado en la Iglesia Católica [por] Juan Subercaseaux y otros. Stgo., Imp. Sol de Septiembre, 1966. 158 p.

## CIENCIAS SOCIALES:

*Abuter Campos, Alejandro.* "Casación de oficio". (Art. 776 del Código de Procedimiento Civil). Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1966. 96 p.

*Águilera Castillo, Alberto J.* Ley de Impuesto a la Ren-ta. Texto actualizado con la recopilación de dictá-menes e instrucciones fija-das por el Servicio de Im-puestos Internos, que in-clude todos los suplemen-tos del Manual N° 6 de Renta. Stgo., Ed. P.L.A., 1966. v. 1.

*Alvarez A., Adrián.* De la expiración de funciones. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 103 p.

*Ampuero Diaz, Raúl.* Los as-censos militares ante el Se-

- nado. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1966. 84 p.
- Anabalón Sanderson, Carlos.* Tratado práctico de Derecho Procesal Civil chileno. v. 1: Procedimiento civil, disposiciones comunes a todo procedimiento. 2ª ed. Concepción, Imp. Esc. Tipo Salesiana, [1966] 439 p.
- Avacena Aguayo, Carlos.* Relaciones Públicas en acción. Apuntes de clases en 20 Seminarios y Conferencias sobre Relaciones Públicas. Stgo., Ed. SOPECH, [1966]. 119 p.
- Araneda Silva, Sergio.* Los servicios públicos industriales y comerciales. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 108 p.
- Araya Silva, Georgina.* El profesor jefe y la educación general básica [por] Georgina Araya Silva [y otros]. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 56 p.
- Azola Medina, Mario.* La democracia humanista. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 108 p.
- Asociación Nacional de EE. de Impuestos Internos.* Anuario informativo tributario. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 2 v.
- Aspillaga Herrera, Gonzalo.* La concesión de servicio público eléctrico. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 152 p.
- Avalos Davidson, Beatrice.* Nuevos hombres para nuevos tiempos. Hacia una filosofía cristiana de la educación. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 201 p.
- Baño A., Rodrigo.* El aborto en la jurisprudencia. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 74 p.
- Barrera Romero, Manuel.* El sindicato industrial: anhelos, métodos de lucha, relaciones con la empresa. Stgo., Ed. INSORA, 1965. xiii, 107 p.
- Barrere, Alain.* Socialización y libertad [por] A. Barrere [y otros] 2ª Semana Social de Chile. 1964. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 204 p.
- Barros, Raquel.* La ruta de la Virgen de Palo Colorado [por] Raquel Barros y Manuel Dannemann. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 55 p.
- Barzutzky, Rodolfo.* "Israel, la guerra fría, y la tricontinental de La Habana". Stgo., Imp. El Imparcial, 1966. 20 p.
- Bosch, Hugo.* El cooperativismo de vivienda en marcha [por] Hugo Bosch [y otros]. Stgo., Imp. Periódica Chile Ltda., 1965. 75 p.
- Bravo Heitmann, Luis.* Casos experimentales CORVI. 1959-1962. Stgo., Ed. Universidad Católica, 1965. 215 p.
- Brown Cellino, Sergio.* El principio de ejecución en el delito de violación. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 72 p.
- Brunnel Marfil, Sergio.* Principios del Derecho Penal Internacional. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 96 p.
- Bulnes Ripamonti, Cristián.* Relaciones y conflictos entre los órganos del Poder Estatal. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 217 p.
- Burr P., Carlos.* Las cooperativas: una economía para la libertad. 3ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 319 p.
- Bustos, Ismael.* ¿Qué es la democracia cristiana? Stgo., Ed. del Pacífico, [1966] 24 p.
- Campusano Hidalgo, Lautaro.* "Jurisprudencia de la agravante de abuso de confianza". (Art. 12, Nº 7 del Código Penal). Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 56 p.
- Cárcamo Pérez, Pedro.* Análisis del Impuesto sobre la Renta. 1966. Texto de la Ley Nº 15.564 de 14 de febrero de 1964 con sus modificaciones hasta la Ley Nº 16.433 de 16 de febrero de 1966. Stgo., Imp. Gutenberg, 1966. 135 p.
- Carrasco F., María A.* Jurisprudencia sobre el delito de robo con homicidio. (Art. 433, Nº 1, C. P.). Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 77 p.
- Carvajal Cortés, Arturo A.* El juez y el derecho extranjero. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 200 p.
- Castillo V., Jaime.* ¿Comenzó ya la revolución? Stgo., Imp. Sol de Septiembre, 1966. 24 p.
- Cebollero, Pedro A.* La evaluación del trabajo escolar. 3ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 92 p.
- Círculo de Vistas de las Aduanas de Chile.* Anuario aduanero de Chile. v. 4. 2ª ed. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1966. 655 p.
- Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, CIAA. Chile.* Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola. Stgo., Imp. Hispano Suiza Ltda., 1966. xxiii, 406 p.
- Consejo de Rectores. Centro Nacional de Información y Documentación.* Tesis aprobadas en las Universidades chilenas en 1962. Stgo., Mimeografiado, 1965. v, 201 p.
- Contraloría General de la República. Sección Publicaciones.* Memoria, 2º Congreso Latinoamericano de Entidades Fiscalizadoras, Santiago, 3 al 11 de abril. 1965. Stgo., Imp. Universo, 1965. 485 p.
- Chile.* Leyes, estatutos, etc. Código Civil. Ed. Oficial

- al 31 de agosto de 1964, aprobada por Decreto Nº 691, de 5 de marzo de 1965 del Ministerio de Justicia. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1964. 629 p.
- Chile.* Leyes, estatutos, etc. Código Orgánico de Tribunales. Ed. Oficial al 31 de agosto de 1964, aprobada por Decreto Nº 874 de 23 de marzo de 1965 del Ministerio de Justicia. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1964. 274 p.
- Chile.* Leyes, estatutos, etc. Ley Nº 16.391, Ministerio de la Vivienda y Urbanismo. Disposiciones de interés general. Stgo., Imp. Cepeda y Rodríguez, 1965. 47 p.
- Chile.* Leyes, estatutos, etc. Proyecto de Ley de "Reforma Agraria". Propuesto por S. E. el Presidente de la República al H. Congreso Nacional, 22 de noviembre de 1965. Stgo., Imp. Servicio de Prisiones, 1965. 128 p.
- Cholehol, Jacques.* El desarrollo de América Latina y la reforma agraria. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 115 p.
- Davis, Arturo.* Derecho Comercial. Tratado práctico, v. 1. Sociedades Anónimas. 1ª ed. Stgo., Editor: Mario Blumenfeld S., 1966. 270 p.
- Díaz Uribe, Hugo A.* De la prueba documental en los procesos civil y penal chilenos. Concepción, Imp. Esc. Tipo. Salesiana, [1966] 228 p.
- Dirección de Estadística y Censos.* Educación y Justicia. Año 1961. Stgo., Imp. del Serv. de Prisiones, 1965. 192 p.
- Dirección de Estadística y Censos.* Minería. Año 1964. Stgo., Imp. de la Direc. de Estadística y Censos, 1965. [8] 60 p.
- Engels, Federico.* Resúmenes y comentarios de "El capital" de Carlos Marx. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 179 p.
- Eyzaguirre, Jaime.* Elementos de la ciencia económica [por] Jaime Eyzaguirre y Ricardo Claro. 11ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 196 p.
- Eyzaguirre, Jaime.* Historia del Derecho. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 297 p.
- Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile.* Repertorio de legislación y jurisprudencia chilenas. Código de Procedimiento Civil, v. 1. Libro I, títulos I al XVII. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. xx, 263 p.
- Fernandois Farías, Francisco J.* Régimen legal del trabajo en Chile. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 2 v.
- Fernández Concha, Rafael.* Filosofía del Derecho o Derecho Natural. Dispuestos para servir de introducción a las ciencias legales. 3ª ed. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 2 v.
- Forní L., Sergio.* Medidas de seguridad en la legislación chilena y en especial de las aplicables a los enajenados, ebrios y toxicómanos. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 82 p.
- Frank, Reinhard.* Estructura del concepto de culpabilidad. Versión castellana de Sebastián Soler. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 76 p.
- Friedman, Loreley.* Criminología. Trayectoria de delincuentes habituales. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 208-240 p. (Rev. de Ciencias Penales).
- Gómez Alvear, Enrique.* La acusación o denuncia calumniosa. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 100 p.
- Hamilton, Eduardo.* Solución de conflictos de leyes y jurisdicción en Chile. (De-  
recho Internacional Privado). Trabajo colectivo realizado bajo la dirección de don Eduardo Hamilton. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 407 p.
- Henríquez Orbeta, Pedro.* Disolución parcial de las sociedades de personas. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 111 p.
- Hoffmann, Rodolfo.* Chile, una industrialización desordenada [por] Rodolfo Hoffmann y Frédéric Debuyt. Stgo., Esc. Salesiana "La Gratitud Nacional", 1966. 111 p.
- Hurtado Ganderats, Rolando.* Constitución y efectos del domicilio del extranjero en Chile. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 52 p.
- Instituto Chile de Administración Racional de Empresas, ICARE.* Moneda y crédito. Trabajos presentados en las Jornadas que sobre el tema Moneda y Crédito, organizó ICARE y que se llevaron a efecto los días 30 de julio, 2, 4 y 6 de agosto de 1965. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1965. 200 p.
- Jobet, Julio César.* El socialismo chileno a través de sus congresos. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 135 p.
- Kemmerer U., Antonio.* Doctrina social cristiana. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 192 p.
- Kiverstein H., Abraham.* Síntesis del Derecho Civil, v. 2: De los objetos del Derecho. Bienes (basados en anotaciones tomadas en clases del Prof. Sr. Hugo Rosende S.). Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 237 p.
- Lagos E., Jaime.* Los diferentes sistemas de gestión de los aeropuertos civiles. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 127 p.

- Lazaeta Moisan, Xenia.* El falso testimonio y el perjurio. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 68 p.
- Lightwood Oliva, Pasionaria.* Clasificación de obreros y empleados. Sistema chileno. Legislación comparada. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1966. 83 p.
- Lopehandía de Meza, Olga.* Actitudes y hábitos de estudio. Un aspecto importante en la orientación educacional. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 197 p.
- López Santa María, Jorge.* Interpretación y calificación de los contratos frente al recurso de casación en el fondo en materia civil. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 133 p.
- Maack Moller, Annemarie.* Televisión y educación popular. Memoria de prueba. Concepción, Imp. El Sur, 1965. 79 p.
- Madariaga Gutiérrez, Mónica.* Derecho Administrativo y seguridad jurídica. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 154 p.
- Maidagan de Ugarte, Valentina.* Manual de Servicio Social. 4ª ed. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 279 p.
- Maldonado Opazo, Ximena.* Sistema jurídico y de seguridad social del personal de la Empresa de Comercio Agrícola. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 72 p.
- Mamalakis, Markos.* La teoría de los choques entre sectores. Stgo., Imp. Instituto de Economía, 1966. [10] 62 h.
- Martínez C., Estela.* Jurisprudencia sobre la "necesidad racional del medio empleado" en la legítima defensa. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 114 p.
- Martínez Torres, Jaime.* El sistema de Cajas de Compensación y un ejemplo de ellas: la de la Industria del Cuero y del Calzado. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 100 p.
- Mera P., Joaquín.* De la copropiedad naval. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 80 p.
- Meza Barros, Ramón.* Manual de Derecho Civil. De las fuentes de las obligaciones. 4ª ed. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 2 v.
- Movaga de la Cuadra, Víctor M.* La capacidad en el Derecho del Trabajo. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 76 p.
- Moulian, Tomás.* Estudio sobre Chile. Stgo., Ed. Orbe, 1965. 161 p.
- Munizaga Aguirre, Roberto.* Principios de educación. 3ª ed. revisada. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 252 p.
- Murillo Reyes, Osvaldo.* Del Servicio de Tesorerías en Chile y de su legislación orgánica actual. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 127 p.
- Novoa G., Raúl.* Empresa Comunitaria Agrícola. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 152 p.
- Novoa Monreal, Eduardo.* Curso de Derecho Penal chileno. Parte general. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. v. 2.
- Olavarría Bravo, Arturo.* Chile bajo la Democracia Cristiana. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 430 p.
- Orellana R., Raúl S.* La falta de provocación suficiente en la legítima defensa. Estudio de la Jurisprudencia Nacional entre los años 1907-1963. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 138 p.
- Orellana Ramírez, Nemrod.* Los tipos mixtos en el Código Penal chileno. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 180 p.
- Pasmanik Guñerman, Jacobo.* Psiquiatría forense y criminológica. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 108 p.
- Perálta P., Ariel.* El cesarismo en América Latina. Stgo., Ed. Orbe, 1966. 165 p.
- Pérez Calderón, Lindor.* Reforma tributaria [por] Lindor Pérez C. [y otros]. Historia fidedigna de la nueva Ley de Impuesto a la Renta y de la Ley N° 5.427 sobre impuesto a las herencias, asignaciones y donaciones y de sus modificaciones posteriores. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 536 p.
- Pinochet Contreras, Oscar.* La porción conyugal. Las legítimas y los acervos imaginarios. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 403 p.
- Plath, Oreste, scud.* Folklore religioso chileno. Stgo., Imp. Central de Tall. del S.N.S., 1966. 232 p.
- Poblete M., Roberto.* Impuestos a la Renta vigentes en 1966. 15 años al servicio del contribuyente. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1966. 136 p.
- Pool Burgos, Berta.* Del registro y de la inscripción de las aguas. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1965. 68 p.
- Poza Maldonado, Luis.* La descolonización en Argelia. Memoria de prueba. Concepción, Imp. Univ. de Concepción, 1966. 80 p.
- Puelma Accorsi, Alvaro.* Curso de Derecho de Quiebras. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 295 p.
- Radrigan L., María I.* Las psicosis exógenas. Memo-

- ria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 102 p.
- Reyes Franzani, Juan de Dios.* Derecho Procesal. Libertad provisional o excarcelación. 1ª ed. Stgo., Editor: Mario Blumenfeld S., 1965. 304 p.
- Reyes Martínez, Mónica.* La voluntad en la carga de la prueba. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 86 p.
- Río L., Sergio E. del.* La nacionalización de extranjeros en Chile. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 84 p.
- Rogers Sotomayor, Jorge.* Dos caminos para la Reforma Agraria en Chile. 1945-1965. Stgo., Ed. Orbe, 1966. 342 p.
- Rojas Aedo, Luis E.* La libertad de opinión en el Derecho Constitucional chileno. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1964. 144 p.
- Rojas Llanos, Noemi.* Aplicación del agua en el Código de Minería. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 100 p.
- Rojas Rodríguez, Mario.* Las medidas precautorias. Concepción. Esc. Tipo. Salesiana, 1965. 319 p.
- Sáez Luengo, Víctor.* De las donaciones inter vivos. Memoria de prueba. Concepción, Esc. Tipo. Salesiana, 1965. 172 p.
- Salgado T., Gonzalo.* Bases constitucionales de las relaciones exteriores. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 98 p.
- Salvatierra Lindsay, Anibal.* La clasificación y el control de calidad. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 239 p.
- Sánchez Flores, Roberto.* Estudio sobre el concepto y algunas de las funciones de los notarios en el derecho positivo chileno y en la jurisprudencia nacional. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 121 p.
- Sánchez M., Hernán.* La situación del simple imputado dentro del proceso penal. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 93 p.
- Sánchez Rivas, Gonzalo.* La comercialización y el abastecimiento cooperativo en la agricultura israelí. Stgo., Imp. Periodística Chile, 1966. 16 p.
- Sandoval H., Augusto.* Las fuentes del Derecho Internacional Privado. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 77 p.
- Sanfuentes Z., Mario.* La CEPAL y su influencia en el desarrollo económico de Latinoamérica. Memoria de prueba. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 164 p.
- Santa María de la Vega, Raúl.* El equilibrio presupuestario en el derecho chileno. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 70 p.
- Sariego Mac-Ginty, Gustavo.* Los derechos políticos de los analfabetos. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1966. 109 p.
- Seberger, Kenneth J.* Principios de ética médica. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 64 p.
- Servicio de Minas del Estado.* Anuario de la minería de Chile. Año 1964. Stgo., Imp. Serv. de Prisiones, [1966] 128 p.
- Solis Pino, Alvaro Hernán.* Estatuto jurídico actual de los decretos con fuerza de ley en Chile. Memoria de prueba. Concepción, Esc. Tipo. Salesiana, [1966] 103 p.
- Somerville Senn, Hernán.* Uniformidad del Derecho Internacional Privado convencional americano. Stgo., Ed. Jurídica de Chile, 1965. 184 p.
- Sotó Romero, Alfredo.* Manual de organización, administración y supervisión escolar, 2ª ed. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1966. 228 p.
- Sulzer, Paul.* Refranes españoles. Sprichwoerter der spanische Sprache — und ihr deutscher Spiegel. Santiago, Imp. Claus von Plate, 1966. 72 p.
- Tapia Moore, Astolfo.* Sociología. Teoría sociológica general. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 114 p.
- Teitelboim V., Sergio.* Chile y la soberanía en el mar. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 219 p.
- Varela Varela, Raúl.* Derecho Comercial. v. 1. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 206 p.
- Varela, Varela, Raúl.* Derecho Comercial. v. 2. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 183 p.
- Vicuña Fuentes, Carlos.* Corrupción irreversible. Stgo., Imp. Real Cóndor, 1966. 92 p.
- Viel V., Benjamin.* La explosión demográfica. ¿Cuántos son demasiados? Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 242 p.
- Weitzman de Opazo, Cecilia.* La orientación del adolescente. Manual para orientadores educacionales y profesores jefes. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 197 p.

## LINGÜÍSTICA:

*Griffin, David.* Rotacismo y aspiración: una nota sobre cronología dialectal. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 407-411 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17 - 1965).

*Meo-Zilio, Giovanni.* Italianismos meridionales en el español rioplatense. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 225-235 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17 - 1965).

- Morales Pettorino, Félix.** Gramática para textos [por] Félix Morales P. [y otros]. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 315 p.
- Rabanales, Ambrosio.** La gramática de la Academia y el estado actual de los estudios gramaticales. Santiago, Ed. Universitaria, 1966. 261-280 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17 - 1965).
- Rabanales, Ambrosio.** La lingüística en el simposio de Pekín de 1964. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 413-422 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17 - 1965).
- CIENCIAS PURAS Y APLICADAS:
- Aldunate Phillips, Arturo.** Quinta dimensión. 3ª ed. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 224 p.
- Aldunate Phillips, Arturo.** Una flecha en el aire y otros ensayos. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 196 p.
- Avendaño, Onofre.** Esquemas de obstetricia. Obstetricia fisiológica. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 212 p.
- Avilés, Víctor M.** Responsabilidades del ejercicio actual de la obstetricia. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1962. 24 p.
- Barros Garcés, Raúl.** Anatomía del balance. 2ª ed. Stgo., Ed. Dipapsa, 1965. 100 p.
- Bayo, Alberto.** Ciento cincuenta preguntas a un guerrillero. Stgo., Imp. Entrecerros, 1966. 156 p.
- Costa C., Claudio.** La electroanestesia. Variaciones sobre un tema chileno. Santiago, Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1959. 224 p.
- Costa C., Claudio.** Los estudios médicos en Chile durante la Colonia. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1961. 68 p.
- Etcheverry, M.** Estudio morfológico de dos colcópteros acuáticos chilenos: *Rhanthus signatus* (Dytiscidae) y *Tropisternus setiger* (Hudrophilidae) [por] M. Etcheverry y W. Brunner... Stgo., Mimeografía-do, [1966] 98 p.
- Fracastoro, Jerónimo.** Del contagio, de las enfermedades contagiosas y su curación. Traducido por Anbal Ruiz Moreno. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1962. xxxi, 162 p.
- Godoy Rocca, Adela.** Los consejos de Sandra. Sólo para mujeres. Concepción, Imp. El Sur, 1966. 184 p.
- Langlois de Ibáñez, María Luisa.** Coma bien y viva contento. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 167 p.
- Laval M., Enrique.** Algunos aspectos del desarrollo histórico de la obstetricia en Chile. La Maternidad del Salvador. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1961. 79 p.
- Mariani, Carlos.** La hipnosis entre los mapuches y otras culturas primitivas. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1962. 28 p.
- Palma, Evaristo.** Trigonometría plana y esférica. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 163 p.
- Ruiz Fuller, Carlos.** Distribución y origen de la mineralización en Chile. Stgo., Imp. Periodística Chile Ltda., 1965. [2] 46-55 p. (Apart. Rev. Minerales. Año xx, N° 99 - Sept. 1965).
- Ruiz Fuller, Carlos.** Geología y yacimientos metálicos de Chile [por] Carlos Ruiz Fuller, con la colaboración principal de L. Aguirre [y otros]. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. x, 305 p. (Trae en bolsillo anexo ilustra. fuera de texto).
- Schieffelbein Fuenzalida, Ernesto.** Elementos de matemáticas para economistas. 3ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 369 p.
- LITERATURA Y BELLAS ARTES:
- Alegría, Fernando.** ¡Viva Chile M...! Stgo., Ed. Universitaria, [1965] 37 p.
- Alone, seud.** Antología del árbol. El amor y la belleza de los árboles en las letras chilenas. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 179 p.
- Alvarado, Edesio.** El silbido de la culebra. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 201 p.
- Bahamonde S., Mario.** comp. Antología del cuento nor-tino. Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Coquimbo. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 369 p.
- Bahamonde S., Mario.** comp. Antología de la poesía nortina. Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Coquimbo. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 149 p.
- Bamón Cortés, Juan.** Yo... fui el muerto. (Autonave). Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 239 p.
- Barceló, Joaquín.** El trono vacío. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 130-151 p. (Separ. de "Dante").
- Belmar, Daniel.** Coirón. (Tierra de los horizontes sumergidos). 4ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 218 p.
- Benavides Lillo, Ricardo.** Sobre las fuentes del Más Allá en La Divina Comedia. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 98-112 p. (Separ. de "Dante").
- Blanco, Guillermo.** Revolución en Chile. "Traducción" de Guillermo Blanco y Carlos Ruiz-Tagle. 18ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 194 p. (Sobre el título: Sillie Utternut)
- Borghesi, Francisco.** Dante menor. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 152-164 p. (Separ. de "Dante").



- Bustos Montau, Gonzalo.* Páginas de versos. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965, 67 p.
- Castro, Baltazar.* Sewell. 2ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 128 p.
- Castro, Oscar.* Lina y su sombra. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965, 284 p.
- Coloane, Francisco.* Cabo de Hornos. 10ª ed. Stgo., Ed. Orbe, 1966, 181 p.
- Compañía de Petróleos de Chile, COPEC.* Concurso Literario 30º, Aniversario COPC. Cuentos. Stgo., Ed. Nascimento, 1965, 398 p.
- Compañía de Petróleos de Chile, COPEC.* Concurso Literario 30º, Aniversario COPC. Ensayos. Stgo., Ed. Nascimento, 1965, 270 p.
- Délano, Poli.* Cero a la izquierda. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 122 p.
- Dickens, Charles.* Historia de dos ciudades. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 340 p.
- Disney, Walt.* Margarita y Alicia. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965, [32] p.
- Donoso, José.* Los mejores cuentos. Recopilación, introducción y nota bibliográfica de Luis Domínguez. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 199 p.
- Dyson, John P.* La evolución de la crítica literaria en Chile. Ensayo y bibliografía. Stgo., Ed. Universitaria, 1965, 175 p.
- Echeverría, José.* Dante [por] José Echeverría [y otros]. Stgo., Ed. Universitaria, 1965, 164 p.
- Echeverría, José.* El Quijote como figura de la vida humana. Stgo., Ed. Universitaria, 1965, 142 p.
- Espejo, María Luisa.* Soledad. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966, 84 p.
- Ferrero, Mario.* Premios nacionales de literatura. Stgo., Ed. Ercilla, 1965, 2 v.
- Flaten G., Karen Marie.* El período. Stgo., Imp. Fantasía, 1966, 117 p.
- Fredes D., R.* Básquetbol de principios. Stgo., Imp. Horizonte, 1966, 172 p.
- Giannini, Humberto.* Fantasía y realidad. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 113-129 p. (Separ. de "Dante").
- Giordano, Jaime.* Treinta años de poesía en Concepción [por] Jaime Giordano y Luis Antonio Faúndez. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 169-270 p. (Edic. Rev. Atenea).
- Gómez Rogers, Jaime.* Diálogo para dos movimientos. Stgo., Imp. The South Pacific Mail, 1965, [24] p.
- González, Hipólito, Carlos.* Reyes. Stgo., Ed. Universitaria, 1966, 5-223 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17-1965).
- González Márquez, Vicente.* Por tu ausencia. Stgo., Imp. Horizonte, 1965, 200 p.
- Hales, Jaime.* Literatura de gente joven [por] Jaime Hales y Ricardo Salvador. Stgo., Imp. El Imparcial, [1966] 40 p.
- Homero.* La Ilíada. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 166 p.
- Homero.* La Odisea. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 185 p.
- Ivelić, Radoslav.* Juan Guzmán Cruchaga. Poemas, temática, análisis estilístico y estético. Stgo., Ed. del Pacífico, 1963, 139 p.
- Jano, Oscar S.* La leyenda araucana de los copihues rojos. (Flor nacional de Chile) 4ª ed. Stgo., Imp. Abumohor, 1965, 178 p.
- Jobet, Jorge.* Lilas. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965, 31 p.
- Kupareo, Raimundo.* Creaciones humanas. 2. El drama. Con el ensayo de Radoslav Ivelić "La vida que te di", de Luigi Pirandello. Stgo., Imp. La Gratitude Nacional, 1966, 264 p.
- Lamberg, Fernando.* Vida y obra de Pablo de Rokha. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966, 198 p.
- Lombay, Reinaldo.* Ranquil. Novela de la tierra. 6ª ed. Stgo., Ed. Orbe, 1966, 293 p.
- Loveluck, Juan.* La novela hispanoamericana. Selección, introducción y notas de Juan Loveluck. 2ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966, 437 p.
- Massis, Mahfud.* El libro de los astros apagados. Poemas. Stgo., Ed. Universitaria, 1965, 53 p.
- Melcherts, Enrique.* El arte en la vida colonial chilena. Los aborígenes. El arte en la Colonia. Arte popular y folklórico . . . Valparaíso, Imp. Victoria, 1966, 125 p.
- Méndez Carrasco, Armando.* ¡Ordene, mi teniente! Novela. 2ª ed. Stgo., Imp. Pinto, 1965, 255 p.
- Merino, Carmen.* Cuentos arqueológicos. Stgo., Ed. Orbe, 1966, 143 p.
- Mistral, Gabriela.* Motivos de San Francisco. Selección y prólogo de César Díaz-Muñoz Cormatches. Stgo., Ed. Del Pacífico, 1965, 150 p.
- Morales, Leonidas.* La vorágine: un viaje al país de los muertos. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 148-170 p. (Separ. de Anales de la Univ. de Chile, N° 134, 1965).
- Morales Alvarez, Raúl.* Soldado de fortuna. Stgo., Ed. Orbe, 1965, 136 p.
- Moreno Montroy, Miguel.* Guitarra solitaria. Prólogo de Hernán Solar. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965, 71 p.

- Morgado, Benjamín.* Hoy comienza el olvido. Comedia. Stgo., Imp. Periodística Chile, [1966] 48 p.
- Nieto de Diez, Catalina.* Sara, la mapuche. Padre Las Casas, Imp. "San Francisco", 1966. 118 p.
- Orlandi Araya, Julio.* Augusto D'Halmar. Obras, estilo, técnica [por] Julio Orlandi Araya y Alejandro Ramírez Cid. 2º ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1960. 68 p.
- Orlandi Araya, Julio.* Eduardo Barrios. Obras, estilo, técnica [por] Julio Orlandi Araya y Alejandro Ramírez Cid. Stgo., Ed. del Pacífico, 1960. 123 p.
- Orlandi Araya, Julio.* Joaquín Edwards Bello. Obras, estilo, técnica [por] Julio Orlandi Araya y Alejandro Ramírez Cid. Stgo., Ed. del Pacífico, 1959. 68 p.
- Orlandi Araya, Julio.* Mariano Latorre. Obras, estilo, técnica [por] Julio Orlandi Araya y Alejandro Ramírez Cid. 2º ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1960. 67 p.
- Oroz, Rodolfo.* Andrés Bello, imitador de las bucólicas de Virgilio. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 237-259 p. (Separ. del Bol. de Filol., Tomo 17-1965).
- Ortiz, Manuel Jesús.* Cartas de la Aldea y otras páginas. Selección, prólogo y notas de Alfonso Calderón. 3º ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 306 p.
- Pimstein Lamm, Felipe.* La locura de Hamlet. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 54 p.
- Rendic, Amalia.* Cuentos infantiles. Stgo., Ed. Orbe, 1966. 87 p.
- Reyna Pellitero, Aldo de la.* Madera olorosa. Poemas. Stgo., Imp. M. Morales, 1966. 74 p.
- Rodríguez, Gastón.* Hombres de la orilla. Cuentos. Valparaíso, Imp. Carroza, 1966. 165 p.
- Rodríguez Arancibia, Exequiel.* Método teórico-práctico para acordeón por cifra y por música, para estudiar sin profesor. Stgo., Ed. Casa Amarilla, [1966] 67 p.
- Rojas Piña, Benjamín.* Julio Vicuña Cifuentes en "La Revista Cómica" (1895-1898). Notas bibliográficas. Stgo., Ed. Universitaria, 1965. [2] 5-32 p. (Separ. del Bol. del Inst. de Lit. Chilena, N° 10-1965).
- Rokha, Pablo de.* seud. Estilo de masas. (1963-1964). Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 159 p.
- Romo Boza, Armando.* Como les iba contando... (Nuevos cuentos y recuerdos para que pasen el rato). Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 128 p.
- Rozas Larrain, Carlos.* Juan sin nombre. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 148 p.
- Rubio Torres, Laura.* Racimo del porvenir. Teatro y poesía escolar. Concepción, Esc. Tipo. Salesiana, 1964. 130 p.
- Ruesch, Hans.* Mamá y papá. [Traducción de Estela Lorca de Rojo]. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 256 p.
- Salinas Castillo, José.* Cincuenta historias de caballos importantes. Stgo., Imp. Mueller, 1966. xxx, 429 p.
- Santiván, Fernando.* Obras completas. Prólogo de Ricardo A. Latham. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 2 v.
- Sepúlveda, M. L.* Nuevo método de guitarra para aprender a tocar por cifra y por música, sin profesor. Stgo., Ed. Casa Amarilla, [1966] 63 p.
- Silva Ossa, María.* Raíz. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 78 p.
- Singer, Kurt.* Grandes aventuras del crimen [por] Kurt Singer y Jane Sherrod. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 314 p.
- Solis de Ovando, Adrián.* Alborada y ocaso. (Poesías). Stgo., Imp. Esc. Tipo Salesiana, 1966. 56 p.
- Spikin-Howard, Alberto.* De par en par. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 87 p.
- Tangol, Nicasio.* Mayachka. Cuentos fueguinos. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 102 p.
- Tobar Carvajal, Sofanor.* Los "menumentos". 1ª ed. 28 poemas sencillos. Stgo., Imp. El Imparcial, 1966. 63 p.
- Troncoso, Eric.* Maitenes bajo la lluvia. Poesía mapuche. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1965. 64 p.
- Unamuno, Miguel de.* Cartas inéditas. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 456 p.
- Urbistondo, Vicente.* El naturalismo en la novela chilena. Prólogo de Raúl Silva Castro. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 197 p.
- Urzúa, Avelino.* El hombre, un conocido. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1965. 192 p.
- Valdivieso, Jaime.* La condena de todos. Prólogo de Enrique Lihn. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 210 p.
- Valle, Carmen.* seud. Mara. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 231 p.
- Verdugo Cavada, Ignacio.* Alma de Chile. Stgo., Imp. Universo, 1965. 180 p.
- Vigil Simpson, Hernán.* Manual de equitación. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 267 p.
- West, Morris.* Hijos del sol. Traducción de Estela Lorca de Rojo. 6ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 195 p.
- Williams, Miller.* comp. 19 poetas de hoy en los Estados Unidos. Una pequeña antología bilingüe. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 122 p.

Zarhi, Alejandra. 5 caminos. Stgo., Ed. Neupert, 1965. 36 p.

ANTOLOGÍAS ESCOLARES Y OBRAS DIDÁCTICAS:

Alcayaga P., Carlos. Geometría. v. 2 y 3. 2º y 3.er años de Hdes. 2ª ed. Stgo., Imp. Universo, 1966. 223 p.

Alcayaga P., Carlos. Matemáticas. v. 1. 7º año. 2ª ed. Stgo., Imp. Universo, 1966. 144 p.

Alfaro Guerra, Sergio. Aritmética comercial para 2º año de comercio [por] Sergio Alfaro Guerra y Aquiles Rivera Lagunas. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 151 p.

Alvarez, Gerardo H. Manuel de langue et civilisation françaises. II y III. [por] Gerardo H. Alvarez y Salvador Benadava. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 2 v.

Arellano Galdames, Jaime. Nueva psicología e introducción a la filosofía. (5º año de Hdes.) 2ª ed. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 202 p.

Arellano Salgado, Olga. Nuevos enfoques sobre retórica y versificación española [por] Olga Arellano Salgado y Bruno Barbagelata Cánepa. Valparaíso, Imp. Carroza, 1966. 173 p.

Becerra Soto, Enrique. Derecho Usual. (Para la educación profesional y secundaria) 4ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 179 p.

Bunster, César. El Niño Chileno. Libro auxiliar de lectura para el 2º año de la escuela primaria (2ª preparatoria). Stgo., Imp. Universo, 1966. v. 2.

Carvacho Herrera, Victor. Artes plásticas. V. Historia del arte. Apreciación. Stgo., Imp. Hispano-Suiza Ltda., 1966. 88 p.

Castro de Latorre, Mercedes. Educación para el hogar

[por] Mercedes Castro de Latorre y Matilde Tobar de Lantadilla. 1.er, 2º, 3.er y 4º años de Hdes. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 4 v.

Collados, Elvira. Castellano. 2º, 3.er, 5º, 6º y 7º años. Stgo., Imp. Hispano-Suiza Ltda., 1966. 5 v.

Cortés Pinto, Hernán A. Elementos de álgebra. Libro 1º. Operaciones racionales. (4º año de Hdes.) Stgo., Ed. del Pacífico, 1960. 167 p.

Díaz Peralta, Alejandro. Historia y geografía. 7º año. 3ª ed. Stgo., Imp. El Imparcial, 1966. 80 p.

Doren, Gastón. My english primer. Stgo., Mimeografiado, 1966. 107 p.

Dussuel Gálvez, Mario. Física elemental. 4º, 5º y 6º años de Hdes. Stgo., Imp. Fantasía, 1966. 3 v.

Ferrer P., Vicente. Salud y educación física. 2º y 7º años. Stgo., Imp. Hispano-Suiza Ltda., 1966. 2 v.

Frias Valenzuela, Francisco. Ciencias sociales e históricas. 7º año de educación general básica. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 335 p.

Frias Valenzuela, Francisco. Geografía general. Stgo., Ed. Nascimento, 1965. 328 p.

Frias Valenzuela, Francisco. Historia general. 18ª ed. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. v. 1.

Frias Valenzuela, Francisco. Historia y geografía. v. 2 y 3. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 2 v.

Gandarillas M., Guillermo. Curso de educación cívica. Stgo., Imp. La Nación, 1966. 202 p.

Gimpel Fernández, Sergio. Geografía general visualizada [por] Sergio Gimpel F. y Hernán Zepeda Flores. 7ª preparatoria. Stgo., Imp. Real, 1966. xiv, 161 p.

Glavić R., Natalio. Bases biológicas del comportamiento de los organismos vivientes. Texto de biología para 5º año. 4ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 105 p.

Glavić R., Natalio. Necesidades fundamentales de los organismos superiores. Texto de ciencias naturales para el 7º año. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 79 p.

Goldschmidt H., Emilio. Sermo latinus. 1.er libro de latín. Stgo., Ed. del Pacífico, 1956. 147 p.

Herrera F., Roberto. Texto de física para el 4º y 5º años de Hdes. [por] Roberto Herrera F. y Teodoro Jarufe A. Stgo., Imp. Esc. Tipo. Salesiana, 1966. 2 v.

Iglesias Meléndez, Luis A. Rimas ortográficas. (Parónimos). Stgo., Imp. Fantasía, 1965. 112 p.

Jara Urbina, Enrique. Ciencias sociales. 2º grado primario. (3ª y 4ª preparatorias). 7ª ed. Historia, geografía, instrucción cívica. Stgo., Fondo Edit. Educ. Moderna, 1966. 120 p.

Jara Urbina, Enrique. Gramática castellana. (Con ortografía y folklore) para 5ª, 6ª y 7ª preparatorias. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 198 p.

Jara Urbina, Enrique. Matemáticas elementales para 2º grado primario. Aritmética y geometría. Stgo., Ed. Univ. Católica [1966] 134 p.

Lago, Gerardo del. Psicestructura. Texto de psicología para 5º año de Hdes. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 340 p.

Lava de Graf, María. Iniciación al estudio de la física. 4º año. 3ª ed. Stgo., Imp. Pinet Hnos., 1966. 92 p.

Lava de Graf, María. Matemáticas. 2º año. 3ª ed.

- [por] María Lara de Graf y Oscar Marín M. Stgo., Imp. Pinet Hnos., 1966. 78 p.
- Leighton Ortiz, Flor.* Educación para el hogar. 6º año. Stgo., Imp. El Imparcial, 1966. 71 p.
- Livacic G., Ernesto.* Páginas Amigas. Libro de lectura para el 1.er año de Hdes. 7ª ed. Stgo., Fondo Edit. Educ. Moderna, 1966. 256 p.
- Margaño Mena, Luis.* Educación musical. V. Historia de la Música, apreciación y repertorio. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 108 p.
- Margaño Mena, Luis.* Educación musical. Plan común. 5º año de Hdes. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 119 p.
- Marín M., Oscar.* Matemáticas. 1.er año. 3ª ed. [por] Oscar Marín M. y María Lara de Graf. Stgo., Imp. Pinet Hnos., 1966. 91 p.
- Marshall, Mary.* Teaching how to speak english in the liceo. 1.er año de Hdes. 4ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 277 p.
- Melcher, Gerardo.* Curso de física [por] Gerardo Melcher y Héctor Muñoz. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 30 p.
- Mercado, Schüler, Carlos.* Electricidad. Magnetismo. Óptica. 6º año de Hdes. 5ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 298 p.
- Miquel, Lydia.* English through practice. Book five. (5º año) [por] Lydia Miquel y Augusto Manríquez. 2ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 227 p.
- Montes, Hugo.* Historia y antología de la literatura chilena [por] Hugo Montes y Julio Orlandi. 7ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 683 p.
- Montes, Hugo.* Libro de lectura de 2º y 4º preparatorias [por] Hugo Montes y Julio Orlandi. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 2 v.
- Moreno Monroy, Miguel.* Chile en el corazón. El libro del maestro y del niño chileno. 3.er grado primario. (5ª, 6ª y 7ª preparatorias) 2ª ed. Stgo., Imp. Esc. Tipo. Salesiana, 1966. 136 p.
- Muñoz Maldonado, Luis.* La France et mon français. 4e. Anné d'Humanités. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 205 p.
- Muñoz Poblete, Ladislao.* Castellano. 7º año básico. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., 1966. 128 p.
- Muñoz Poblete, Ladislao.* Nociones de aritmética y geometría. 6ª preparatoria. Stgo., Imp. Arancibia Hnos. 1966. 180 p.
- Nowodworsky Carmona, Edmundo.* Civilisation française. v. 1. Para 4º año de Hdes. Stgo., Fondo Edit. Educ. Moderna, 1966. 160 p.
- Nowodworsky Carmona, Edmundo.* Langue et vie françaises. 3ª ed. (Primer ciclo) para 1º y 2º años de Hdes. Stgo., Fondo Edit. Educ. Moderna, 1966. v. 1. Oyarce Riquelme, Luis A. Las artes manuales en los liceos del país. Texto utilizable de 1º a 4º Hdes. 2ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1966. 173 p.
- Parra Guzmán, Bélgica.* Matemáticas. Año 4. 4º año de Hdes. [por] Bélgica Parra G. y Julio Villalobos C. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 259 p.
- Pereira Opazo, Sergio.* Ciencias. 1.er año de Hdes. Stgo., Ed. del Pacífico, 1965. 194 p.
- Pérez d'Angelo, Vicente.* Ciencias. v. 2. 2º año de Hdes. Stgo., Imp. Universo, 1966. 196 p.
- Reyes Ibarra, Sergio de los.* El funcionamiento de nuestro régimen democrático. Material de educación cívica. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. 238 p.
- Riquelme S., Berta.* Lea. Silabario castellano. Método psico-fonético [por] Berta Riquelme S. [y otros] 21ª ed. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 112 p.
- Rosales Funes, Mario.* Paidometría física e higiene escolar. Stgo., Ed. del Pacífico, 1960. 397 p.
- Schenk Neff, Guillermo.* Unidades de orientación de grupo para el 7º año de la educación básica [por] Guillermo Schenk N. y Betty Cordero de Durán. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 71 p.
- Videla T., Alfredo.* Jesús, nuestra verdad. Texto de religión para 1.er año de Hdes. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 75 p.
- Videla T., Alfredo.* Jesús, nuestra vida. Texto de religión para 2º año de Hdes. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 56 p.
- Videla T., Alfredo.* Jesús, nuestro camino. Texto de religión para 3.er año de Hdes. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 78 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* Lecturas escogidas para los establecimientos de enseñanza profesional. v. 2. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 237 p.
- Vilches Acuña, Roberto.* "Mi Amigo". Antología auxiliar de lectura para el 1.er, 2º, 3er y 7º años. Stgo., Ed. Lord Cochrane, 1966. 4 v.
- Vilches Acuña, Roberto.* "Mi amigo". Libro auxiliar de lectura para el 5º y 6º años de la escuela primaria (5ª y 6ª preparatorias) Stgo., Ed. Lord Cochrane, 1966. 2 v.
- Villalobos C., Julio.* Matemáticas. Año 1. 1.er año de Hdes. 4ª ed. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 200 p.

- Weiss R., Carlos. Ciencias naturales [por] Carlos Weiss R. y Alejandro Horvat S. v. 2. Curso preparatorio. 3ª ed. Stgo., Ed. Salesiana, 1966. 208 p.
- Wigdorsky, Leopoldo. I speak english. Book III. (3er año de Hdes.) [por] Leopoldo Wigdorsky y Elia Díaz de Wigdorsky. 4ª ed. Stgo., Ed. Fondo Educ. Educ. Moderna, 1966. 143 p.
- Yáñez S., Enrique. Texto de química para 4º año de Hdes. 7ª ed. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 206 p.
- Zavala Valenzuela, Luis. Ciencias. Texto para el 1er año de Hdes. Stgo., Ed. Lord Cochrane, 1966. x, 165 p.
- HISTORIA Y GEOGRAFIA:
- Academia Chilena de la Historia. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Índice temático, tomos 1 al xx y 1er apéndice. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 408 p.
- Academia Chilena de la Historia. Archivo de don Bernardo O'Higgins. v. 30: Gaceta Ministerial de Chile. (Abril 1822-febrero de 1823). Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 333 p.
- Alvarez de la Fuente, Roberto. Texto histórico, turístico e informativo de Copiapó [por] Roberto Alvarez de la Fuente y José Opazo Gómez. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., [1966] 80 p.
- Arce Homero. La mágica existencia de Rosamel del Valle. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 29 p.
- Armijo R., Rolando. La personalidad múltiple de John Snow. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del sns., 1962. 15 p.
- Avila Martel, Alaniro de. El arte de René Thenot en la medallística chilena. Stgo., Talls. de la Casa de Moneda de Chile, 1965. 51 p.
- Balbontín, Manuel G. Epopeya de los húsares. 4ª ed. Stgo., Ed. Orbe, 1966. 163 p.
- Bermúdez Miral, Oscar. Orígenes históricos de Antofagasta. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 133 p.
- Campos Harriet, Fernando. Los Aguilera y los Bastidas en la Conquista. Stgo. Imp. Andes, [1965] 77-93 p. (Apart. Rev. Estudios Hist., N° 12).
- Campos Harriet, Fernando. Alonso de Ribera, gobernador galante y visionario. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 271 p.
- Campos Harriet, Fernando. ¿Por qué se llamó "Reino" a Chile? Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 30 p.
- Carrera V., Luis. Asia en la tormenta. Crónica de: China, Vietnam, Indonesia. Stgo., Ed. Prensa Latinoamericana, 1965. 135 p.
- Cruz Larenas, Jorge. Fundación de Antofagasta y su primera década. Stgo., Ed. Universitaria, 1966. 136 p.
- Chile. Presidencia de la República. Departamento de Publicaciones. Chile en Europa. Visita oficial del Presidente Eduardo Frei a Italia, El Vaticano, Francia, Inglaterra y Alemania. Julio de 1965. Stgo., Imp. La Nación, 1966. 136 p.
- Edwards Bello, Joaquín. Recuerdos de un cuarto de siglo. Selección de Alfonso Calderón. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 268 p.
- Escudero, Alfonso M. Don Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936). Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 229-256 p. (Edic. Rev. Atenea).
- Feliú Cruz, Guillermo. Andrés Bello y la Biblioteca Nacional. Homenaje de la Ed. Nascimento en el Centenario de la Muerte de Andrés Bello. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. xv, 51 p.
- Feliú Cruz, Guillermo. La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 73-88 p. (Edit. Rev. Atenea).
- Feliú Cruz, Guillermo. recop. La prensa chilena y la codificación. 1822-1878. Introducción y recopilación por Guillermo Feliú Cruz. Antecedentes para la historia del Código Civil de Chile. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. xxvi, 261 p.
- Feliú Cruz, Guillermo. Procesos judiciales y políticos instaurados a los hermanos don José Miguel, don Juan José y don Luis Carrera y otros seguidos a los miembros de esta familia y sus parciales. Adicionados con numerosos documentos relativos a los mismos asuntos y precedidos de una introducción histórica y bibliográfica. 1804-1817. Stgo., Ed. Nascimento, 1966. v. 1. (Colecc. de Hist. y de Doc. relativos a la Independencia de Chile, v. 43. Edic. de la Bibl. Nac.).
- Flores V., Julio. Te Pito Te Henua. (El ombligo del mundo). Stgo., Ed. Orbe, 1965. 149 p.
- Fonck Sieveking, Oscar. Construyamos arca. Stgo., Ed. Orbe, 1965. [6] 427 p.
- Godoy, Genaro. Dante en la época de Dante. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 59-97 p. (Separ. de "Dante").
- Guzmán Cortés, Leonardo. Mis recuerdos de estudiante. Stgo., Talls. de la Sec. Educ. para la Salud del sns., 1964. 163 p.
- Hanisch Espindola, Walter. Tres dimensiones del pensamiento de Bello: religión, filosofía, historia. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 163 p.
- Irrarrázaval Larrain, José Miguel. La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 205 p.

- Laval M., Enrique.* Recuerdos del Capellán del Hospital de San Vicente de Paul, Pbr. don Emilio Vaisse. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1961. 52 p.
- Lira Urquieta, Pedro.* Actualidad de Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 38 p.
- López P., Lucía.* Viaje a Europa. Stgo., Imp. Stanley, 1966. 42 p.
- Mc. Intyre G., Donald.* Facts about Chile. Photographs by Padre E. Stockins. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1966. 108 p.
- Moreno Espildora, Eduardo.* Ed. Libro de Oro de Talcahuano. Bicentenario, 1764-1964. Concepción, Esc. Tipo. Salesiana, [1966] 335 p.
- Neghme R., Amador.* La vida y obra de Carlos J. Finlay. Stgo., Imp. Sec. Educ. para la Salud del s.n.s., 1962. 20 p.
- Orrego Puelma, Héctor.* Retorno. Prólogo de Benjamín Subercaseaux. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. xvii, 192 p.
- Pereira Salas, Eugenio.* Una viajera ilustre en Chile: María Graham, Lady Calcott. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 66-95 p. (Separ. de Anales de la Univ. de Chile, N° 134, 1965).
- Ramón Folch, José Armando de.* La sociedad española de Santiago de Chile entre 1581 y 1596. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. [3] 191-235 p. (Apart. de "Historia", N° 4).
- Randolph, Jorge.* Las guerras de Arauco y la esclavitud. Stgo., Imp. Horizonte, 1966. 120 p.
- Revista Atenea.* Andrés Bello. 1865-1965. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 176 p.
- Riquelme, Daniel.* La revolución del 20 de abril de 1851. Stgo., Ed. Andrés Bello, 1966. 179 p.
- Silva Vargas, Fernando.* Notas sobre el pensamiento social católico a fines del siglo XIX. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965 [3] 237-262 p. (Apart. de "Historia", N° 4).
- Singer, Kurt.* Las grandes aventuras en el mar [por] Kurt Singer y Jane Sherrod. Stgo., Ed. Zig-Zag, 1966. 304 p.
- Soto Cárdenas, Alejandro.* El Darwinismo en la historia norteamericana. Stgo., Ed. Universitaria, [1966] 96-124 p. (Separ. de Anales de la Univ. de Chile, N° 134, 1965).
- Sotomayor Valdés, Ramón.* Historia de Chile bajo el Gobierno del General don Joaquín Prieto. 3ª ed. Stgo., Ed. del Pacífico, 1962. v. 1.
- Ugarte Figueroa, Elias.* Francisco Bilbao, agitador y blasfemo. (Ensayo sociopolítico y biográfico sobre un hombre y su época). Stgo., Ed. Universitaria, 1965. 88 p.
- Utrera Chávez, Humberto.* Manual informativo de carreteras. Stgo., Imp. Arancibia Hnos., [1966] 135 p.
- Vial Correa, Gonzalo.* Historia de la Independencia de Chile. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. [4] 165-190 p. (Apart. de "Historia", N° 4).

## EDICIONES DE LA REVISTA "MAPOCHO"

N.ºs 2 Y 3. VOLS. 12 Y 13

## OBRAS GENERALES:

- Grases, Pedro.* Bibliografía sumaria de Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 332-354 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- II. La capital de Chile y las provincias. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 11-31 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).

## FILOSOFIA Y RELIGION:

- Jiménez B., Julio.* Andrés Bello visto en cuanto filósofo. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 31-47 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Eyzaguirre, José María.* Andrés Bello y el sentido jurídico de la nación chilena. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 70-82 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).

## CIENCIAS SOCIALES:

- Encina, Francisco Antonio.* Estudios. I. Cien años de la vida económica e independiente de Chile.
- Fueyo Laneri, Fernando.* Reforma de nuestro Código Civil bajo la inspiración de Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 83-99 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Márquez Bretón, Bernardo.* La obra internacional de
- Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 128-140 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Ruiz Urbina, Antonio.* Las clases sociales en América Latina. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 104-119 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).

## LINGÜÍSTICA:

- Morales Pettorino, Félix.* Actualidad de la gramática de Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 59-69 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Rodríguez B., Orlando.* El significado de Andrés Bello en el teatro chileno.

- Teresa. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 59-69 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Vicuña Fuentes, Carlos.* Andrés Bello, gramático de nuestra lengua. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 48-58 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- LITERATURA Y BELLAS ARTES:**
- Dumas, Alejandro.* Teresa. Drama en prosa y en cinco actos. Traducido al castellano y arreglado al teatro chileno, por Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 187-231 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Lira Urquieta, Pedro.* Las poesías de Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 163-174 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Uriarte, Fernando.* La novela proletaria en Chile. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 91-103 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).
- Vodanovic P., Sergio.* El delantal blanco. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 32-41 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).
- HISTORIA Y GEOGRAFÍA:**
- Eyzaguirre, Jaime.* Breve historia de las fronteras de Chile. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 42-78 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).
- Feliú Cruz, Guillermo.* Andrés Bello y la Biblioteca Nacional. Primera historia de la Biblioteca Nacional mandada escribir por Andrés Bello en 1857, por Vicente Arlegui. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 13-26 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Feliú Cruz, Guillermo.* Andrés Bello y la Historiografía chilena. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 231-263 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Feliú Cruz, Guillermo.* Francisco Antonio Encina, historiador. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 5-10 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).
- Fernández Larrain, Sergio.* José María Blanco White y Andrés Bello. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 288-308 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Márquez Bretón, Bernardo.* Andrés Bello en la guerra de la Confederación Perú-Boliviana [por] Bernardo Márquez Bretón y Jorge Gamboa Correa. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 264-287 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 3, v. 12 de 1965).
- Oyarzún, Luis.* Rafael Mañuenda. Stgo., Ed. Univ. Católica, 1965. 189-196 p. (Apart. Rev. Mapocho, N° 2, v. 11 de 1965).

# Noticias Bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista

## FÉLIX DENEGRI LUNA.

Jurisconsulto, historiador y bibliógrafo peruano. Editor, prologuista y anotador de la *Memoria Militar del General Pezuela (1813-1815)*. Autor del estudio histórico *El mariscal Domingo Nieto y la iniciación republicana del Perú*, *Manuel de Mendiburu Prefecto de Tacna (1839-1842)*, y otros. En la disciplina bibliográfica sobresalen sus *Apuntes para una bibliografía de periódicos pequeños (1822-1837)*. Colabora en diferentes revistas histórico-culturales de su país: *Revista histórica del Perú*, *Mercurio Peruano*, etc. Es miembro de la Academia de la Historia del Perú, de Chile y de Venezuela. En 1964 fue recibido como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

## LEWIS HANKE.

Historiador y bibliógrafo norteamericano. Director de la Fundación Hispánica (Biblioteca del Congreso) de 1939 a 1951. Profesor de historia de Hispanoamérica en la Universidad de Texas. Editor de un *Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y en las Filipinas (1943)*. En su producción histórica destacan las siguientes obras: *Bartolomé de las Casas: Bookman, scholar, and propagandist (1952)*; *Bartolomé de las Casas: Historian (1952)*; *Bartolomé de las Casas. Bibliografía crítica (1954)* y *Modern Latin American, Continent in Ferment (1959)*. Prepara en la actualidad *Una historia de la Civilización Latinoamericana*, destinada al uso de los colegios de su país.

## ALEJANDRO MÉNDEZ GARCÍA DE LA HUERTA.

Abogado, ex profesor de las Facultades de Derecho de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica de Santiago. Autor de *La Guerra a Muerte*, Editorial Nascimento, 1964. Ha colaborado asimismo en diarios y revistas con artículos so-

bre temas históricos y de Derecho Constitucional.

## RAÚL RIVERA RIVERA.

Poeta y director teatral. Nació en Valdivia en 1925. Egresó de la Escuela Normal de Chillán como profesor primario. En 1957 recibió el Premio de Poesía Inédita de la Sociedad de Escritores de Chile por su libro *Fiestas Mortales* que se edita ese año. En 1958 aparece su libro *Variaciones Domésticas*, poemas. En 1960 recibió el Primer Premio del Concurso Nacional en celebración del Sesquicentenario de la Independencia de Chile. Egresó de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile con el título de Director Teatral, en 1962. De 1963 a 1965 ha dirigido las siguientes obras de teatro: *El Animador*, de J. Osborne; *Tres Tennessee Williams*, para el ITUCH; *El Niño de Oro*, de C. Odets, para el Teknos de la Universidad Técnica; *Los Geniales Sonderling*, de R. Merlé, para el mismo conjunto; *Ayayema*, de María Asunción Requena, para el Teatro de la Universidad de Concepción, y *El Ojo Público y el Oído Privado*, de P. Shaffer, para la Compañía de Los Cuatro. En 1965, viajó a Europa invitado por el gobierno de Francia. Ha colaborado en "La Nación", de Santiago de Chile, revistas nacionales y "La Nación", de Buenos Aires. Actualmente es el director artístico del Teatro de la Universidad Técnica del Estado.

## EMIL STAIGER.

Investigador y teórico de la literatura, lingüista y helenista, de nacionalidad suiza. Sus libros *Die Zeit als Einbildungskraft des Dichters*, Zürich, 1939 (El tiempo como fuerza imaginativa del poeta); *Meisterwerke deutscher Sprache*, Zürich, 1943 (Obras maestras de la lengua alemana); *Grundbegriffe der Poetik*, Zürich, 1949 (Conceptos fundamentales de la Poética), han contribuido de manera profunda al desarrollo de la teoría e investigación literarias.



# INDICE

	Págs.
Luis Orrego Luco: <i>De sus Memorias inéditas</i> . . . . .	5
Alberto Edwards: <i>La extremidad austral del mundo y la audaz aventura de Sir Ernesto Schackleton</i> . . . . .	17
Hernán Romero: <i>La ciudad, organismo vivo</i> . . . . .	24
Alejandro Sieveking: <i>El Cheruve</i> . . . . .	41
Fernando Uriarte: <i>Julio Cortázar, novelista de Buenos Aires</i> . . . . .	57
Alejandro Méndez García de la Huerta: <i>Inconstitucionalidad de las leyes y la Corte Suprema de los Estados Unidos</i> . . . . .	68
Juan Uribe Echevarría: <i>Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX</i> . . . . .	76
Félix Denegri Luna: <i>Los primeros años del Mariscal Andrés de Santa Cruz</i> . . . . .	159
Fernando Debesa: <i>Los Netzukes</i> . . . . .	169
Lewis Hanke: <i>La Historia de la Villa Imperial de Potosí y Bartolomé Arzáns de Orsúa</i> . . . . .	180
Atropos: <i>El Inquilino en Chile. Su vida. Un siglo sin variaciones, 1861-1966</i> . . . . .	195
Emil Staiger: <i>El estilo épico</i> . . . . .	219
Héctor Fuenzalida: <i>Uslar Pietri. Reportaje a una pasión venezolana</i> . . . . .	248
Raúl Rivera: <i>Poemas</i> . . . . .	265
Benjamín Vicuña Mackenna: <i>Los árboles indígenas de Chile y los árboles aclimatados de Europa</i> . . . . .	271
<i>Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional</i> . . . . .	291
<i>Notas Bibliográficas</i> . . . . .	294
<i>Bibliografía Chilena</i> . . . . .	325
<i>Notas bio-bibliográficas sobre los colaboradores de la revista</i> . . . . .	338

# Publicaciones del Servicio para el Canje Internacional de la Biblioteca Nacional

(CREADO POR DECRETO DEL 12 DE MAYO DE 1871)

(Sólo para el exterior)

Lista Nº 4 - 1966

- Abascal, B. Manuel.** Pepe Vila. La zarzuela Chica en Chile. 1955. (Teatro musical). 4 ejemplares.
- Academia Chilena de la Lengua.** Estatutos de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española. 1916. 30 ejemplares.
- Acevedo Hernández, Antonio.** La Cueva. 1963. (Folklóre). 18 ejemplares.
- Aguirre, Margarita.** Cuadernos de una muchacha muda. 1951. (Literatura). 3 ejemplares.
- Alessandri P., Arturo.** La Reconstrucción de un Pueblo. 1938. (Ciencias Sociales). 72 ejemplares.
- Alone (Hernán Díaz Arrieta).** Gabriela Mistral. 1946. (Biografía y crítica). 13 ejemplares.
- Alvarez.** "Aritmética Elemental". 1911-12. 96 ejemplares.
- Banco Central de Chile.** Trigesima sexta, séptima, octava y novena Memoria Anual. 1961, 1962, 1963 y 1964. - 24, 20, 40 y 20 ejemplares.
- Barceló Lira, Luis.** "Compendio de la Historia Antigua de los Pueblos Orientales". 1903. 15 ejemplares.
- Barquero, Efraín.** La Piedra del Pueblo. 1954. (Poesía). 7 ejemplares.
- Barrios, Eduardo.** Gran Señor y Rajadiablos. 1960. (Novela). 11 ejemplares.
- Bello Codesido, Emilio.** Recuerdos Políticos de la Junta de Gobierno de 1925. 1954. 11 ejemplares.
- Biblioteca Nacional.** Anuario de la Prensa Chilena. 1877-1885; 1915; 1916; 1917-1921; 1922-1926; 1927-1931; 1932-1936, 1ª y 2ª parte; 1937-1941, 1ª y 2ª parte; 1942-1946; 1947-1951; 1952-1956; 1957-1961; 1962 y 1963. Números variables de ejemplares. 28 ejemplares. (Bibliografía).
- Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas.** Años 1952, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963. Número de ejemplares variables. 630 ejemplares.
- Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación.** Nº 1. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario.** Nº 2. 1963. (Biblioteconomía). 36 ejemplares.
- García Lyon Virginia y Viçuña Fuentes, Carlos.** Centenario de Los Miserables (1862-1962); 1963. (Literatura y crítica). 40 ejemplares.
- Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana.** 1957. Organizada por el Director de la Biblioteca Nacional, don Eduardo Barrios y el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, don Guillermo Feliú Cruz. (Bibliografía). 41 ejemplares.
- Chile:** Su futura alimentación. 1963. (Autores: Carlos Keller R.; Julio Santa María; Hugo K. Sievers W.; Osvaldo Quinteros Cerda. Introducción de Guillermo Feliú Cruz). (Nutrición). 40 ejemplares.
- Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile.** Publicada bajo la dirección de Guillermo Feliú Cruz. 1957-1959. Tomos xxxix y xl. Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Doctor José Antonio Rodríguez Aldea. 39 ejemplares.
- Ensayo de una Bibliografía de la Historia de Francia.** s/f. 74 ejemplares.
- Colección de Antiguos Periódicos Chilenos.** Publi-

- cada bajo la dirección del Profesor Guillermo Feliú Cruz. Volúmenes editados: 19.
- Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile. Ilustración Araucana sacada de los Arcanos de la Razon. El Augurio Feliz.* (1813-17). 1952. 28 ejemplares.
- Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile.* Tomo II. (1813-1817); 1954. 33 ejemplares.
- Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile. Semario de Policía. Clamor de la Justicia e Idioma de la Verdad; El Patriotismo; La Justicia en Defensa de la Verdad; El Amigo de la Ilustración* (1817). 1951. 33 ejemplares.
- Gazeta de Santiago de Chile.* N.os 1-37. (1817); 1952. 33 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* N.os 38-72. (1818); 1952. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* N° 73-100 (1819); 1954. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 1-55. (1819-1820); 1958. 36 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 56-78, y 33 números extraordinarios (1820-1821) 1963. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo II, N.os 79-100 y Tomo III, N.os 1-16. Números extraordinarios: 34 a 48 (1821); 1964. 28 ejemplares.
- Gazeta Ministerial de Chile.* Tomo III, N.os 17-38. 1821-1822. 1966.
- Cartas Pehuenches.* El Telégrafo. (1819-1820); 1958. 28 ejemplares.
- El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Sol de Chile. El Chileno.* (1818); 1955. 28 ejemplares.
- El Cosmopolita. El Diario de la Concepción. El Observador Chileno. El Tizon Republicano. El Clamor de la Patria y Apéndice: Correspondencia entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo don Ramón Freire.* (1822-23); 1962. 28 ejemplares.
- El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corresponsal del Imparcial. El-Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico. Apéndice.* (1823); 1963. 28 ejemplares.
- El Censor de la Revolución. Colección de Noticias. La Miscelánea Chilena. El Independiente. El Mercurio de Chile.* (1822-1823); 1960. 30 ejemplares.
- Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Superior Gubernativa.* (1824-1825); 1965. 58 ejemplares.
- El Liberal. Redactor de las Sesiones del Soberano Congreso. Redactor Extraordinario del Soberano Congreso. Notas sobre las Operaciones en el Congreso de Chile.* (1823-1824); 1965. 58 ejemplares.
- Bombal, María Luisa.* La Amortajada. 1962. (Novela). 11 ejemplares.
- La Ultima Niebla. 1962. (Novela). 15 ejemplares.
- Brandau, Valentín.* Al Servicio de la Verdad. I, II y III Serie. Ejemplares variables. 1953, 1954 y 1955. (Política). 450 ejemplares.
- El Legado Político de Ateñas y las Democracias Modernas. 1956. (Sistemas políticos). 55 ejemplares.
- Bulnes, Alfonso.* Juan Francisco González. 1933. (Bellas Artes). 16 ejemplares.
- Bunster, Enrique.* Mar del Sur. 1951. (Relatos). 15 ejemplares.
- Campos Menéndez, Enrique.* Sólo el Viento. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Castillo, Homero.* La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América. 1963. (Hist. de la Lit.). 40 ejemplares.
- Castro, Juan Modesto.* Froilán Urrutia. 1942. (Novela). 11 ejemplares.
- Cejador y Frauca, Julio.* Epistolario de Escritores Hispanoamericanos. Recopilación, introducción y notas de Sergio Fernández Larraín. Prólogo: La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana por Guillermo Feliú Cruz. Vols. I y II; 1965. 40 ejemplares.
- Coloane, Francisco.* Tierra del Fuego. 1963. (Relatos). 18 ejemplares.
- Condal, Lucía.* Presencia de Otoño. 1946. (Poesía). 6 ejemplares.
- Contraloría General de la República.* Recopilación de los Decretos con Fuerza de Ley. Tomo 48.

- Vols. I y II; 1960. 41 ejemplares.
- Recopilación de Leyes. Tomo 47. 1960; Tomo 49, 1961; Tomo 50, 1963; Tomo 51, I y II Vols. 1963-1965; ejemplares variables. 155 ejemplares.
- Recopilación de Reglamentos, Tomo 15. 1963. 38 ejemplares.
- Coolidge*, Taena y Arica. 1925. (Derecho Internacional). 46 ejemplares.
- Chile. Congreso Nacional*. Manual del Senado. Santiago, Chile. 1923. 10 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Extraordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888-1889; 1889-1890; 1902-1903; 1903-1904; 1904-1905; 1905-1906; 1918-1919; y 1919. 8 ejemplares.
- Congreso Nacional*. Sesiones Ordinarias Cámara de Senadores. Años: 1888; 1889; 1892; 1904; 1905 y 1906. 6 ejemplares.
- Dario*, Rubén. Obras Escogidas. Publicadas en Chile. 1939. (Poesía). 12 ejemplares.
- D'Halmar*, Augusto. Juana Lucero. 1961. (Novela). 18 ejemplares.
- Diario Oficial de la República de Chile*. Años: 1945 a 1965. 3 colecciones de cada año.
- Díaz Garcés*, Joaquín. A la Sombra de la Horca. 1964. (Relatos). 18 ejemplares.
- Páginas de Angel Pino. 1927. (Relatos). 7 ejemplares.
- Díaz Meza*, Aurelio. Leyendas y Episodios Chilenos. En Plena Colonia. Tomo III, 1930. (Crónicas). 15 ejemplares.
- Drago*, Gonzalo. El Purgatorio. 1951. (Novela). 13 ejemplares.
- Dublé Urrutia*, Diego. Fontana Cándida. 1953. (Poesía). 18 ejemplares.
- Durand*, Georgina. Mis Entrevistas. 1945. (Relatos). 10 ejemplares.
- Edwards Bello*, Joaquín. Crónicas. 1964. 18 ejemplares.
- Egaña*, Juan. Escritos Inéditos y Dispersos. 1949. (Historia). 26 ejemplares.
- Tractatus de re Logica, Metaphisica, Et Morali. 1827. (Filosofía). 58 ejemplares.
- Encina*, Francisco Antonio. La Cuestión de Límites entre Chile y la Argentina desde la Independencia hasta el Tratado de 1881. 1959. (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Las Relaciones entre Chile y Bolivia. (1841-1963). (Derecho Internacional). 18 ejemplares.
- Espejo*, Juan Luis. La Provincia de Cuyo en el Reino de Chile. Tomos I y II; 1954 (37 tomos de c/u). (Historia). 74 ejemplares.
- Espinosa Moraga*, Oscar. El Aislamiento de Chile. 1961. (Historia Política). 15 ejemplares.
- Bolivia y el Mar. 1965. (Historia Política). 11 ejemplares.
- La Cuestión del Lauca. 1964. (Política Internacional). 18 ejemplares.
- Eyzaguirre*, Jaime. Chile y Bolivia. Esquema de un Proceso Diplomático. 1963. (Derecho Internacional). 14 ejemplares.
- Feliú Cruz*, Guillermo. Correspondencia de Claudio Gay. 1962. (Biografía). 40 ejemplares.
- El General don Manuel Bulnes. 1937. (Biografía). 10 ejemplares.
- Historiografía Colonial de Chile. Tomo I, 1957. (Historia). 98 ejemplares.
- José Toribio Medina, Historiador y Bibliógrafo de América. 1952. (Biografía). 18 ejemplares.
- Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. (1854-1963). 1964. (Bibliografía). 10 ejemplares.
- Fogh*, Anamaria. 29 Hombrés en la Vida de una Mujer. 1957. (Novela). 11 ejemplares.
- Gallardo*, Eudomilia. La Canción de la Campana. 1925. (Teatro). 8 ejemplares.
- Garay*, Félix. Una Vida para que vivió David Mendel. 1949. (Novela). 5 ejemplares.
- García*, Ramón V. Tratado de la Verdadera Religión. 1948. 15 ejemplares.
- Garfias*, Domingo A. El Proceso Plebiscitario de Tacna y Arica. 1926. (Derecho Internacional). 8 ejemplares.
- Garrido Merino*, Edgardo. El Barco Inmóvil. 1928. (Cuentos). 10 ejemplares.
- El Hombre en la Montaña. 1933. (Novela). 10 ejemplares.
- La Saeta en el Cielo. 1934. (Novela). 10 ejemplares.
- Giacóni*, Claudio. El Sueño de Amadeo. 1959. (Novela). 20 ejemplares.
- Góngora*, Luis de. Poesía Escogida. 1939. 5 ejemplares.
- González*, Angel C. El Cautiverio Feliz. 1948. (Relatos autobiográficos). 5 ejemplares.

- González Vera, José Santos.** Algunos. 1959. (Biografías). 9 ejemplares.  
 --Cuando era Muchacho. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Grassel, Armin.** Manual del Bibliotecario. Tomo II, 1914. 6 ejemplares.
- Greve, Ernesto.** El Conquistador Francisco de Aguirre. 1953. (Biografías). 70 ejemplares.
- Guzmán P., Jorge.** Cumbres Oceánicas. 1951. (Novela). 11 ejemplares.
- Guzmán, Nicomedes.** La Luz viene del Mar. 1963. (Novela). 18 ejemplares.
- Hanke, Lewis. Fr.** Bartolomé de Las Casas. 1954. (Bibliografía). 66 ejemplares.
- Heiremans, Luis Alberto.** Puerta de Salida. 1964. (Cuentos). 14 ejemplares.
- Hernández, Horacio.** El Periodismo. 1949. 7 ejemplares.
- Himno Patrio de la República de Chile.** 1910. 37 ejemplares.
- Huneus, Jorgo.** Producción Intelectual de Chile. 1910. (Biblioteca de Escritores de Chile). Tomo I. 10 ejemplares.
- Iris.** Fue el Enviado. No lo Olvidemos. 1951. (Biografía). 16 ejemplares.
- Jara, Marta.** Surazo. 1963. (Novela). 18 ejemplares.  
 --El Vaquero de Dios. 1949. (Cuentos). 11 ejemplares.
- Jaramillo, Hernán.** La Bue-namoza y el toro. 1951. (Novela). 38 ejemplares.  
 --Cuero Duro. 1958. (Novela). 8 ejemplares.
- Lafourcade, Enrique.** Ase-dio. 1956 (Novela). 15 ejemplares.  
 --El Libro de Karen. 1950. (Novela). 18 ejemplares.  
 --Fábulas de Lafourcade. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.  
 --Pena de Muerte. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Lagarrigue, Luis.** Disciplina Intelectual. 1925. (Ciencias Sociales). 5 ejemplares.  
 --Incorporación del Proleta-riado a la Sociedad Moderna. 1920. (Ciencias Sociales). 6 ejemplares.  
 --Positivismo y Comunismo. 1925. (Ciencias Sociales). 9 ejemplares.  
 --Question Sociale. 1920. (Ciencias Sociales). 54 ejemplares.  
 --San Pablo según sus Epis-tolas. 1949. (Ensayos). 12 ejemplares.  
 --Sociocracia, s/f. (Ciencias Sociales). 12 ejemplares.
- Latorre, Mariano.** La Isla de los Pájaros. 1959. (Novela). 24 ejemplares.  
 --Zurzulita. 1964. (Novela). 18 ejemplares.
- Latal, Ramón.** Memoria Pre-sentada sobre la Bibliote-ca Nacional. 1921. 14 ejemplares.
- Lazo Baeza, Olegario.** Hom-bres y Caballos. 1951. (Cuentos). 18 ejemplares.
- Letelier, Valentin.** Sesiones de los Cuerpos Legislati-vos. Tomos I a X. (1811-1845). 20 ejemplares.  
 --Dictámenes. 1924. (Dere-cho Administrativo). 250 ejemplares).
- Leyton, Vidal.** Araucanía, Rostro de una Raza Alta-va. 1945. (Arte Arauca-no). 41 ejemplares.
- Lillo, Samuel A.** Primaveras de Antaño. 1951. (Poe-sía). 34 ejemplares.
- Lindo, Hugo.** Movimiento Unionista Centroamerica-no. 1958. (Política). 42 ejemplares.
- Marín, Juan.** Paralelo 53 Sur. 1955. (Novela). 18 ejemplares.  
 --Viento Negro. 1944. No-vela). 18 ejemplares.
- Medina, José Toribio.** Actas del Cabildo de Santiago. 1810-1814). 1960. (His-toria). 130 ejemplares.  
 --Los Aborígenes de Chile. 1954. (Historia). 62 ejem-plares.  
 --Bibliografía de la Impren-ta en Santiago de Chile (hasta 1817). 1960. 130 ejemplares.  
 --Biblioteca Hispanoameri-cana. Tomo I. 1958. (Bi-bliografía). 103 ejempla-res.  
 --Cartas de Pedro de Valdi-va. 1953. (Historia). 68 ejemplares.  
 --Colección de Documentos Inéditos. Tomos III, 1959; IV, 1960; V, 1962; VI, 1963. (Historia). 97 ejemplares de c/t.  
 --Cosas de la Colonia. 1952. (Historia). 65 ejemplares.  
 --León Pinelo Antonio. Dis-curso sobre la Importancia, Forma y Disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occiden-tales. Estudios Biobibliográficos por José Toribio Medina. 1956. (Bibliografía). 97 ejemplares.  
 --Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés. 1952. (Bibliografía). In-troducción de Guillermo Feliú Cruz. 68 ejempla-res.  
 --Estudios Cervantinos. 1958. (Historia). 96 ejemplares.  
 --Historia de la Imprenta en América. 1958. (Histo-ria). Introducción de Gui-llermo Feliú Cruz. 95 ejemplares.  
 --Historia de la Inquisición en Chile. 1952. 60 ejem-plares.

—Historia de la Inquisición en Lima. 1956. 71 ejemplares.

*Melfi, Domingo.* Tiempos de Tormenta. 1945. (Relatos). 7 ejemplares.

*Méndez C., Armando.* Juan Firula. 1948 (Cuentos). 8 ejemplares.

—La Mala Intención. 1958. (Novela). 15 ejemplares.

*Mendoza, Humberto.* Socialismo, camino de Libertad. 1945 (Política). 10 ejemplares.

*Merino Reyes, Luis.* Muro de cal. 1946. (Novela). 5 ejemplares.

—La Vida Adulta. 1962. (Novela). 18 ejemplares.

*Ministerio de Agricultura.* La Agricultura Chilena en el quinquenio 1956-1960. 50 ejemplares.

*Ministerio de Relaciones Exteriores.* El Alegato de la República de Chile presentado al Señor Presidente de los EE. UU. (Tacna y Arica), 1924. (Derecho Internacional). 20 ejemplares.

—Anexos del contra alegato de la República de Chile. (Tacna y Arica), (Derecho Internacional). 15 ejemplares

*Montt, Luis.* Bibliografía Chilena, Tomo II, 1904. 20 ejemplares.

*Montenegro, Ernesto.* Mi tío Ventura. 1963. (Cuento). 18 ejemplares.

*Mundt, Tito.* De Chile a China. 1964. (Relatos) 18 ejemplares.

*Mundy, Evangelina.* Joaquín Díaz Garcés. 1944. (Biografía). 16 ejemplares.

*Nabuco, Joaquín.* Balmaceda. 1914. (Biografía). 211 ejemplares.

*Orrego V., Eugenio.* Ensayos. 1947. 7 ejemplares.

*Oviedo, Benjamín.* Las Logias de San Juan. 1930. (Filosofía). 38 ejemplares.

—Fundamentos Masónicos. 1930. 6 ejemplares.

—La Masonería en Chile. 1929. 9 ejemplares.

—Ritos Masónicos. 1930. 38 ejemplares.

*Osses, Mario.* Filosofía del Quijote. 1947 (Crítica literaria). 18 ejemplares.

*Oyarzún, Mila.* Estancias de Soledad. 1946. (Poesía). 2 ejemplares.

*Padilla, Miguel Ángel.* Don Judas Romero. 1963. (Novela). 8 ejemplares.

*Palma Riesco, A.* Índice de los Discursos de la Real Academia Española. 1920. 34 ejemplares.

*Percira Salas, Eugenio.* Juegos y Alegrias Coloniales en Chile. 1947. (Folklore). 10 ejemplares.

*Pinilla, Norberto.* La Controversia Filológica de 1842. 1945. 10 ejemplares.

—Biografía de Gabriela Mistral. 1946. (Biografía). 8 ejemplares.

*Pino Saavedra, Yolando.* Antología de Poetas Chilenos del siglo XX. 1940. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XVI). 28 ejemplares.

*Pinto, Anibal.* Finanzas Públicas, Mitos y Realidades. 1951. (Economía Política). 3 ejemplares.

*Pissis, A.* Atlas de la República de Chile. 1875. (Cartografía). 25 ejemplares.

*Plath, Creste.* Baraja de Chile. 1946. (Relatos). 7 ejemplares.

*Prado, Pedro.* Un Juez Rural. 1964. (Novela). 10 ejemplares.

*Prats de S., T.* Educación Doméstica de las Jóvenes. 1909. 10 ejemplares.

*Presidencia de la República.* Primer Mensaje del Presidente de la República don Eduardo Frei Montalva. 1965. 40 ejemplares.

*Reyes, Salvador.* Amistad Francesa. 1954. (Ensayos). 8 ejemplares.

—Los Defraudados. 1963. (Cuentos). 18 ejemplares.

—Ruta de Sangre. 1964. (Novela). 18 ejemplares.

*Riquelme, Daniel.* Cuentos de la Guerra y otras Páginas. 1931. (Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XII). 92 ejemplares.

*Risopatrón.* Diccionario Geográfico de Chile. 1924. 194 ejemplares.

*Rivas Vicuña, Manuel.* Historia Política y Parlamentaria de Chile. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Vols. I, II y III; 1964. (Historia política). 40 ejemplares.

*Rojas, Manuel.* Punta de Rieles. 1963. (Novela). 18 ejemplares.

—Sombras contra el Muro. (Novela). 18 ejemplares.

*Sánchez A., V.* Angol, Ciudad de los Confines. 1953. (Monografías). 6 ejemplares.

*Santiván, Fernando.* Bárbara. 196. (Novela). 18 ejemplares.

*Sarah, Roberto.* Mi Querido Infierno. 1951. (Novela). 14 ejemplares.

*Seguel, Gerardo.* Continua-  
ción del Horizonte. (Poe-  
sia). 1944. 7 ejemplares.

*Silva, Víctor Domingo.* Go-  
londrina de Invierno.  
1964. (Novela). 18 ejem-  
plares.

*Silva Castro, Raúl.* Alberto  
Blest Gana. 1941. (Bio-  
grafía). 20 ejemplares.  
- Bibliografía de don Juan  
Egaña (1768 - 1836).  
1949. 200 ejemplares.  
- Eduardo de la Barra.  
Páginas Escogidas. 1952.

(Biblioteca de Escritores  
de Chile. Tomo xviii).  
108 ejemplares.

- Poemas y Poesías de  
José Antonio Soffía. 1950.  
(Biblioteca de Escritores  
de Chile. Tomo xvii). 97  
ejemplares.

*Silva Cruz, Carlos.* Balmace-  
da. 1925. (Biografía). 7  
ejemplares.

- Luz de Intimidad. 1946.  
(Novela). 12 ejempla-  
res.

*Silva de la F., Alejandro.*  
Cuestiones Constituciona-  
les. 1953. 27 ejemplares.

*Silva L., Luis.* El Conquis-  
tador Francisco de Agui-  
rre. 1953. (Biografía). 70  
ejemplares.

*Silva Vildósola, Carlos.* Dis-  
curso de la Academia Chi-  
lena de la Lengua. 1935.  
47 ejemplares.

*Sófocles.* Antígona. 1951.  
(Teatro). 68 ejemplares.

# Fondo Histórico y Bibliográfico

José Toribio Medina

Ley N° 10.361, de 28 de junio de 1952.

DIRECCION: BIBLIOTECA NACIONAL

## OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

- 1.—*Una Excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá.* 1880-1881.  
Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952.  
Agotado.
- 2.—*Los Aborígenes de Chile.* Introducción de Carlos Keller. Reimpresión de la edición de 1882. 1952.  
Precio: E° 12,00.
- 3.—*El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.* Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.  
Precio: E° 6,00.
- 4.—*Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile.* Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Series, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952.  
Precio: E° 12,00.
- 5.—*Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.* Introducción de Elías Almeyda Arroyo. Reimpresión de la edición especial de 1889. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952.  
Precio: E° 6,00.
- 6.—*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile.* Prólogo de Aniceto Almeyda. Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890. 1952.  
Precio: E° 15,00.
- 7.—*Tres Estudios Históricos.* I - *El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago.* II - *El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810.* III - *¿Quiénes firmaron esa Acta?* Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852 - 1952. 1952.  
Precio: E° 3,00.
- 8.—*Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.* Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.  
Agotado.
- 9.—*Ensayo Biobibliográfico sobre Hernán Cortés.* Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1952.  
Precio: E° 10,00.
- 10.—*Cartografía Hispano-Colonial de Chile.* Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953.  
Precio: E° 50,00.
- 11.—*Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile.* Introducción de Jaime Eyzaguirre. Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia, de Víctor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Merry. 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929.  
Precio: E° 24,00.
- 12.—*Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).* 2 tomos. Prólogo de Marcel Bataillon. Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956.  
Precio: E° 20,00.
- 13.—*Estudios Biobibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.* Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956.  
Precio: E° 10,00.



- 14.—*Estudios Cervantinos*.  
El Disfrazado autor del "Quijote" impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Ercilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Caliope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación. Prólogo del Dr. Rodolfo Oroz Scheibe. 1958.  
Precio: E° 12,00.
- 15.—*Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía*. Dos tomos. Con prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico de José Zamudio Z. 1958.  
Precio: E° 30,00.
- 16.—*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie*:  
Tomo I (1558 - 1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956.  
Tomo II (1573 - 1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957.  
Tomo III (1577-1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.  
Tomo IV (1590-1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.  
Tomo V (1599 - 1602) - Pedro de Vizcarra - Francisco de Quiñones. 1961.  
Tomo VI (1561 - 1603) - Informaciones de méritos y servicios.  
Precio: E° 15,00 c/u.
- 17.—*Biblioteca Hispanoamericana*.  
Reimpresión facsimilar.  
Tomo I (1493 - 1600). 1958.  
  
Tomo II (1601 - 1650). 1959.
- Tomo III (1651 - 1700). 1960.  
Tomo IV (1701 - 1767). 1961.  
Tomo V (1768 - 1810). 1961.  
Tomo VI (sin fechas). 1962.  
Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.  
Precio: E° 200 la colección.
- 18.—*Biblioteca Hispanochilena*.  
Reimpresión facsimilar. 3 vols. (1523-1817).  
Precio: E° 90,00.
- 19.—*Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810-1814)*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.  
Precio: E° 15,00.
- 20.—*Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.  
Precio: E° 15,00.
- 21.—*Viajes Relativos a Chile*.  
Tomo I - J. Lemaire y G. Schouten - H. Brouwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Britzuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston.  
Tomo II - J. F. Coffin - R. L. Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.  
Precio: E° 70,00.
- 22.—*Estudios sobre la Independencia de Chile*.  
Tomo I - Un precursor chileno de la Revolución de la Independencia de América.  
Tomo II - Un libro de familia: Los Errázuriz.  
Tomo III - El Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810 - D. Manuel Antonio Talavera - Un folleto de propaganda hasta ahora desconocido sobre la Revolución de la Independencia de Chile - Las Medallas de la Revolución de la Independencia - Ensayo de una Bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera.  
Tomo IV - La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas de Pacífico - Biografía del General de Brigada don José Rondizzoni - Para la biografía de don Antonio de Quintanilla - La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui.  
Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.  
Precio: E° 80,00.
- 23.—Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930)*. 1952.  
Precio: E° 3,00.
- 24.—Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930)*. 1952.  
Precio: E° 3,00.
- 25.—Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas*. 1952.  
Precio° E° 3,00.

26.—Carlos Stuardo. *Índice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.*

Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Precio: E° 3,00.

27.—Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francisco de Aguirre.*

Reimpresión de la edición de 1904. 1953. Precio: E° 5,00.

28.—Ernesto Greve. *El Conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y Complementos.* 1953. Precio: E° 5,00.

29.—Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile.*

Dos volúmenes, 1953. Precio: E° 10,00.

30.—Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernán-

dez. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica.* 1954.

Precio: E° 15,00.

31.—Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana.*

Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956.

Precio: E° 80,00.

32.—Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile.* Tomo I (1796-1886). 1957.

Precio: E° 15,00.

33.—Sturgis E. Leavitt. *Revistas Hispanoamericanas. Índice Bibliográfico 1843-1935.*

Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.

Precio: E° 25,00.

34.—Augusto Capdeville. *Arqueología de Taital.* Tomo I, texto; II, láminas.

Prólogo, recopilación y notas de Grete Mostuy. 1964.

Precio: E° 25.—

*En preparación:*

Gerónimo de Bibar. *Crónica copiosa y verdadera de los Reinos de Chile,* escrita en 1558 y publicada por primera vez.

José Toribio Medina. *Estudios sobre la literatura colonial de Chile.* Recopilación.

José Toribio Medina. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile.* Tomo VII (1595-1598).

Dirección de Bibliotecas,  
Archivos y Museos

Gua de los Servicios

y

Publicaciones del Servicio para el  
Canje Internacional y Bibliografía  
de las obras editadas por la  
Biblioteca Nacional  
1854 - 1965

# Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

## GUIA DE LOS SERVICIOS

*Director de los Servicios y de la  
Biblioteca Nacional:*

Prof. GUILLERMO FELIU CRUZ

Av. B. O'Higgins 651. Teléfonos: 380461  
381151. Santiago de Chile

*Secretario Abogado de la Dirección:*

ERNESTO GALLIANO MENDIBURU

### I

#### REVISTA MAPOCHO

Director: *Guillermo Felú  
Cruz*

Secretario de Redacción:  
Juan Uribe Echevarría  
1.er piso. Teléfono 381922

#### 1. VISITACION DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS

Dependen de este servicio  
511 bibliotecas asistidas por  
la misma visitación.

Visitador: *Ulises Bustamante  
Gallardo*

Encargada: *Teresa García  
Ortiz*

Pabellón Moneda, 2º piso  
Teléfono 383373

#### BIBLIOTECA PARA LA ENSEÑANZA MEDIA

Encargada: *Eliana Cerdá  
Kreff*

Compañía 1579. Teléfono  
67484

Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 13 a 20,30 hrs.  
y sábado de 9 a 12,30 hrs.

#### 2. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL

Jefe: *Ernesto Galliano M.*  
Encargado: *Francisco Benimeli  
Ubilla*

1.er piso

#### 3. EXTENSION CULTURAL

Encargado: *Armando González  
R.*

2º piso. Teléfono 380676

#### 4. OFICINA DEL PRESUPUESTO

Encargada: *Luisa Acevedo  
Gatica*  
2º piso. Teléfono 381891

### II

#### BIBLIOTECA NACIONAL

*(Fundada el 19 de agosto  
de 1813)*

Av. B. O'Higgins 651. Pabellón Moneda: Moneda 650. Horario de atención: Lunes a viernes, de 9 a 20,30 hrs. y sábado, de 9 a 12,30 y de 15 a 18,30 hrs. Domingos y festivos, de 15 a 18 horas.

#### SERVICIOS DEPENDIENTES:

##### 1. SALON CENTRAL DE LECTURA

2. SECCION CHILENA  
Jefe: *Augusto Eyquem Biat*

3. ANEXO: DIARIOS, PERIODICOS  
Y REVISTAS CHILENAS  
Encargado: *Mario Medina  
Acuña*

1.er piso. Teléfono 380676

4. SECCION AMERICANA  
Jefe: *Maria Silva Portales*  
Encargada: *Silvia Cumplido  
Ponce*  
2º piso

#### 5. ANEXO SALA AMERICANA

Encargada: *Joyce Pye*  
2º piso. Sec. Americana

#### 6. SECCION DE FONDO GENERAL

Jefe: *Julia Parga Rojas*  
2º Encargada: *Fredes  
Alegria Rodriguez*  
2º piso. Teléfono 380676

7. ANEXO: SALA EUROPA  
*(Diarios y revistas  
franceses, ingleses, alemanes  
e italianos).*

#### 8. SECCION DE LECTURA A DOMICILIO

Jefe: *Juan Cavada Bórquez*  
Encargado: *Lucino Fariña  
Ortega*

1.er piso. Teléfono 381301

#### 9. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARRIOS ARANA

*(Seminarios para las investi-  
gaciones de historia de Chile  
y de América)*

Conservador: Prof.  
*Guillermo Felú Cruz*  
Encargado: *Manuel  
Cifuentes Arce*  
2º piso. Teléfonos 380461-  
381151

10. SEMINARIO ENRIQUE  
MATTA VIAL  
*(Sala para investigadores en  
general)*

Encargada: *Zulema Arancibia.*  
1.er piso

11. SEMINARIO DE LECTURA  
EN MICROFILM GERMAN  
TERPELLE  
Encargado: *Ricardo  
Dartnell*

12. OFICINA DE CONTROL,  
CATALOGACION Y REFERENCIAS  
BIBLIOGRAFICAS  
Jefe: *Elvira Zolezzi  
Carniglia*  
Encargada: *Inés Escobar  
Castillo*  
1.er piso. Teléfono 383206

13. OFICINA DE CANJE  
INTERNACIONAL  
Encargada: *Marta Bustos*  
Pabellón Moneda. Moneda  
650, 3.er piso

14. TALLER DE REPROGRAFIA  
Encargado: *Rodolfo  
Bustamante*  
Pabellón Moneda, 4º piso

### III

#### BIBLIOTECAS DE PROVINCIAS:

BIBLIOTECA PUBLICA  
SANTIAGO SEVERIN  
Conservador: *Guillermo  
Garnham López*  
Encargada: *Mariana  
Martínez Contreras*  
Plaza Victoria. Teléfono  
3375. Valparaíso  
Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 9 a 12,30 y de  
14,30 a 20 hrs. Sábado, de  
9,30 a 12 y de 15,30 a  
20 horas.

### IV

#### ARCHIVOS

ARCHIVO NACIONAL  
Conservador: *Juan  
Eyzaguirre Escobar*  
Encargada: *Estela Iturriaga  
Donoso*  
Av. B. O'Higgins 651. 1.er  
piso. Teléfono 381922  
Horario de atención: Lunes  
a viernes, de 9 a 12 y de  
15 a 18,30 hrs. Sábado, de  
9 a 12 hrs.

### V

#### MUSEOS

a) *De Santiago de Chile:*  
1. MUSEO NACIONAL DE  
HISTORIA NATURAL  
Conservador: *Grete Mostny  
Claser*

Encargado: *Rodolfo A.  
Philippi B.*  
Quinta Normal. Teléfono  
91206  
Horario de atención: Martes  
a sábado de 9 a 12 y de  
14,30 a 18 hrs. Domingos  
y festivos de 15 a 18 hrs.

2. MUSEO NACIONAL DE  
BELLAS ARTES  
Conservador: *Luis Vargas  
Rosas*  
Encargado: *Ernesto  
González Correa*  
Palacio de Bellas Artes,  
Parque Forestal. Teléfono  
30655. Horario de atención:  
Martes a sábado, de 9,30 a  
12,30 y de 15 a 18,30 hrs.;  
Domingos y festivos de 15  
a 18 hrs.

3. MUSEO HISTORICO  
NACIONAL  
Conservador: *Carlos Larrain  
de Castro*  
Encargado: *Walterio Millar  
Castillo*  
Miraflores 50. Teléfono  
381411  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12,30 y de  
15 a 18 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 18 hrs.

4. MUSEO PEDAGOGICO DE  
CHILE Y BIBLIOTECA  
INFANTIL  
Conservador: *Luis Morales  
Gallegos*  
Encargado: *Raúl Vizcarra S.*  
Dieciocho 145. Teléfono  
80850. Horario de atención:  
Lunes a Jueves, 12,30 a 20  
hrs. Viernes, 12,30 a 20,30  
hrs. Sábado de 8 a 13 hrs.

5. MUSEO BENJAMIN VICUÑA  
MACKENNA  
Conservador: *Germán  
Orrego Vicuña*  
Av. Vicuña Mackenna 94.  
Teléfono 392996  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 hrs. y  
de 15 a 18 hrs. Domingos,  
10 a 13 horas.

b) *De provincias:*  
6. MUSEO ARQUEOLOGICO DE  
LA SERENA  
Conservador: *Jorge Iribarren  
Charlin*

Encargada: *Hilda Vera  
Quiroga*  
Cordovez s/n. Teléfono 778,  
La Serena  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

7. MUSEO DE HISTORIA  
NATURAL DE VALPARAISO  
Conservador: *John Jüger  
Silver*  
Encargada: *Deolinda Ovalle  
Escobar*  
Gran Bretaña 1083. Teléfono  
3877. Playa Ancha,  
Valparaíso  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

8. MUSEO DE LA  
PATRIA VIEJA  
Conservador: *Héctor  
González Valenzuela*  
Calle Estado, Rancagua.  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

9. MUSEO DE BELLAS ARTES  
DE TALCA  
Conservador: *Bernardo  
Mandiola Cruz*  
Talca  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

10. MUSEO DE HISTORIA  
NATURAL DE CONCEPCION  
Conservador: *Eduardo  
Brousse Soto*  
Casilla 1054. Teléfono  
25691. Concepción  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

11. MUSEO ARAUCANO DE  
TEMUCO  
Conservador: *Eduardo Pino  
Zapata*  
Andrés Bello 785. Teléfono  
33616. Casilla 481. Temuco.  
Horario de atención: Martes  
a sábado, de 9 a 12 y de  
15 a 19 hrs. Domingos y  
festivos, de 15 a 19 hrs.

# Bibliografía de las Publicaciones de la Biblioteca Nacional

1854 - 1965



## Año 1854

García Huidobro, Francisco. *Catálogo por orden alfabético de los libros que contiene la Biblioteca Nacional*. Santiago, 1854. (Primer catálogo publicado por la institución).

## Año 1860

Arlégui, Vicente. *Catálogo alfabético y por orden de materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional Española*. Santiago, 1860. (Segundo catálogo editado por la Biblioteca).

Biblioteca Nacional. Primer suplemento al Catálogo General impreso. Anexo 2º al expresado suplemento, comprensivo únicamente de las obras que pasaron de la exhibición del Gobierno a la Nacional en 1872. Santiago. Imprenta Nacional. 1873.

Biblioteca Nacional. Segundo suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1873. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Tercer suplemento anual al Catálogo General impreso, correspondiente a 1874. Santiago. Imprenta Nacional.

Biblioteca Nacional. Octavo suplemento anual a los

dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1876.

Biblioteca Nacional. Noveno suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1877.

Biblioteca Nacional. Décimo suplemento anual a los dos Catálogos Generales, impresos en 1854-60. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1878. En su parte primera contiene el catálogo de las obras legadas por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre y Portales, p. 3-114.

## Año 1877

*Anuario de la Prensa Chilena* (Libros, folletos y hojas sueltas).

— 1877 - 1885. Santiago, 1952.

— 1886. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1887.

— 1887. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1888.

— 1888. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1889.

— 1889. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1890.

— 1890. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1891.

— 1891. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1892.

— 1892. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1894.

— 1893. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1895.

— 1894. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

— 1895. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1897.

— 1896. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1899.

— 1897. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1900.

— 1898. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

— 1899. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

— 1900. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1903.

— 1901. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1904.

— 1902. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

— 1903. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1905.

- 1904. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

1905. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1906. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1911.

- 1907. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

1908. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1909. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1912.

- 1910. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1911. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1912. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1913.

- 1913. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1914.

- 1914. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1915. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Santiago, 1924.

- 1916. Santiago, 1927.

- 1917-1921. Stgo., 1963.

- 1922-1926. Stgo., 1963.

- 1927-1931. Stgo., 1963.

- 1932-1936. Stgo., 1963.

- 1937-1941. Stgo., 1963.

- 1942-1946. Stgo., 1963.

- 1947-1951. Stgo., 1963.

- 1952-1956. Stgo., 1963.

- 1957-1961. Stgo., 1963.

- 1962. Stgo., 1963.

- 1963. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas. Stgo., 1964.

- 1964. Con el Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas, Inscripciones en el Conservatorio de la Propiedad Intelectual (1964). Publicaciones Oficiales (1964). Santiago, 1965.

#### Año 1886

Biblioteca Nacional. *Cuadro sinóptico periodístico completo de los diarios y periódicos en Chile publicados desde el año de 1812 hasta el de 1884 inclusive, que la Biblioteca Nacional conserva empastados.*

Tirada aparte de los *Anales de la Universidad*. Completa hasta 1884 la bibliografía de los periódicos chilenos que trae la *Estadística Bibliográfica de Briseño*.

#### Año 1887

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo primero de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1887.

#### Año 1889

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo segundo de las obras que comprende esta sección precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta Gutenberg. 1889.

#### Año 1891

Frontaura y Arana, José Manuel. *Catálogo de los manuscritos relativos a los antiguos Jesuitas de Chile,*

*que se custodian en la Biblioteca Nacional.* Santiago, 1891.

#### Año 1892

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo tercero (por orden alfabético de autores) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona. 1892.

#### Año 1897

Biblioteca Nacional. *Lectura a domicilio. Catálogo cuarto (por orden de materias) precedido del Reglamento que rige el préstamo de los libros.* Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

#### Año 1898

Laval, Ramón A. *Biblioteca Nacional. Bibliografía musical chilena.* Santiago, 1898.

Biblioteca Nacional. *Bibliografía musical. Composiciones impresas en Chile.* 2.ª parte. 1886-1896. Santiago, 1898.

Salas Errázuriz, Juan y Pizarro, Baldomero. *Biblioteca Nacional. Catálogo de autores griegos y latinos.* Santiago, 1898.

#### Año 1901

Boletín de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. *Correspondiente a los años de 1901-1911.* Santiago, 1901. Director: Luis Montt.

#### Año 1902

Biblioteca Nacional. *Catálogo de la Sección Americana. América en general.* Santiago, 1902.

#### Año 1903

Henrion, Hipólito y Thayer Ojeda, Tomás. *Biblioteca Nacional. Catálogo del Archivo de la Real Audiencia.* Santiago, 1903. 3 vols.

- Año 1910
- Laval, Ramón A., *Memoria del Subdirector del Servicio*. Santiago, 1910. Anexo al Boletín de la Biblioteca correspondiente a 1909.
- Año 1912
- Blanchard-Chessi, Enrique. *Catálogo de la Exposición retrospectiva de la Prensa Chilena*. Santiago, 1912.
- Revista de la Biblioteca Nacional. Continuación del Boletín*. Director: Carlos Silva Cruz. Santiago, 1912.
- Año 1913
- Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*. (1913-1918). Director: Emilio Vaïsse. 7 vols. Santiago, 1913.
- Homenaje de la Biblioteca Nacional de Chile al ex Director de la de Madrid Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo. Discurso de Dn. Juan Agustín Barriga*. Santiago, Imprenta Universitaria, 1913.
- Biblioteca Nacional. *Sección Lectura a Domicilio. Catálogo de los libros y músicas existentes en la Sección. Primera parte. Lista alfabética de autores con enumeración completa de sus obras*. Santiago de Chile. Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1913.
- Año 1914
- Thayer Ojeda, Tomás. *Guía para facilitar la consulta del Archivo de Escribanos*. Santiago, 1914.
- Biblioteca Nacional de Chile. *Estadística Bibliográfica de 1913. (Extracto del "Anuario de la Prensa Chilena")*. Santiago de Chile. Imprenta de Meza Hnos. 1914.
- Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas recibidas en 1914*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1913.
- Año 1915
- Laval, Ramón A. *Bibliografía de bibliografías chilenas*. Santiago, 1915.
- Vaïsse, Emilio. *Bibliografía General de Chile*. Primera Parte: Diccionario de Autores y Obras (Biobibliografía y bibliografía.) Santiago, 1915.
- Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Extranjeras que se reciben en la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1915.
- Año 1916-1963
- Anuario de Publicaciones Periódicas Chilenas*. (Diarios, periódicos y revistas).
- Año 1916 - Santiago, 1916.
- Año 1917 - Santiago, 1917
- Año 1918 - Santiago, 1918.
- Año 1919 - No se publicó.
- Año 1920 - Santiago, 1921.
- Año 1921 - Santiago, 1922.
- Año 1922 - No se publicó.
- Año 1923 - Santiago, 1923.
- Año 1924 - Santiago, 1925.
- Año 1925 - Santiago, 1926.
- Año 1926 - Santiago, 1927.
- Año 1927 - Santiago, 1928.
- Año 1928 - Santiago, 1930.
- Año 1929 - Santiago, 1930.
- Año 1930 - Santiago, 1931.
- Año 1931 - Santiago, 1932.
- Año 1932 - Santiago, 1933.
- Año 1933 - Santiago, 1934.
- Año 1934 - Santiago, 1934.
- Años 1935 y 1936. No se publicaron.
- Años 1937 y 1938. No se publicaron.
- Años 1939 a 1951. No se publicaron.
- Año 1952 - Santiago, 1952.
- Año 1953 - Santiago, 1954.
- Año 1954 - Santiago, 1955.
- Año 1955 - Santiago, 1956.
- Año 1956 - Santiago, 1957.
- Año 1957 - Santiago, 1958.
- Año 1958 - Santiago, 1959.
- Año 1959 - Santiago, 1960.
- Año 1960 - Santiago, 1961.
- Año 1961 - Santiago, 1962.
- Año 1962 - Santiago, 1963.



*Música de autores chilenos que existen en la Sección Lectura a Domicilio de la Biblioteca Nacional. Santiago, 1916.* Atribuido a Rafael Larraín, jefe de dicha sección entonces.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1916. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1916.

#### Año 1917

Biblioteca Nacional. *Sección Canje.* Santiago, Imprenta Universitaria, 1917.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1917. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1917.

#### Año 1918

Allende, Pedro Humberto. *Conferencias sobre música.* Santiago, 1918.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1918. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1918.

#### Año 1921

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1920. Con un anexo que comprende la nómina de las Revistas, Diarios y Periódicos chilenos que se publicaban el 31 de diciembre del mismo año.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

Biblioteca Nacional. *Memo-ria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1921. Con un anexo que comprende la nómina de las obras depositadas en la Biblioteca para obtener propiedad literaria durante el año 1920.* Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1921.

#### Año 1922

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1921. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1922.

#### Año 1923

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1923. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1923.

#### Año 1924

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1924.

#### Año 1925

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1924. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1925.

#### Año 1926

*Catálogo breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago J. T. Medina.* 9 vols. Distribuidos en la siguiente forma:

- *Libros Impresos*, por José Toribio Medina. 2 vols. Santiago, 1926.

- *Suplemento*, por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1953-1954.

- *Manuscritos*. Tomo preliminar. Índice general de la Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, por Víctor M. Chiappa. Santiago, 1930.

- *Manuscritos*. Tomo I. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1535-1720), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1928.

- *Manuscritos*. Tomo II. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1720-1827), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1930.

- *Manuscritos Originales*. Tomo III, por José Toribio Medina. Santiago, 1929.

- *Manuscritos*. Tomo IV. Documentos inéditos para la Historia de Chile (1501-1900), por Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1951.

Biblioteca Nacional. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1925. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones Sección Imprenta. 1926.

#### Año 1927

*Revista de Bibliografía Chilena (1927-1929)*. Director: Emilio Vaisse. Santiago, 1927.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1926. Imprenta Nacimiento. Santiago - Chile. Concepción, 1927.

#### Año 1928

Biblioteca Nacional. *Indice del año 1918 de la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*. Tirada aparte de la Revista de Bibliografía Chilena. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1928.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas.* 1927. Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones. Taller Imprenta. 1928.

#### Año 1929

*Boletín de la Biblioteca Nacional (1929 - 1937)*, Segunda época. Directores: Raúl Silva Castro y Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Feliú Cruz, Guillermo. *Informe presentado al Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*

sobre la organización de la Biblioteca Americana Diego Barros Arana, por el Conservador de ella don Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1929.

Año 1930

Colección de Historiadores de la Independencia de Chile, 1930-1966.

Vols. publicados por la Biblioteca Nacional.

Vol. 27.— Santiago de Chile. Dirección General de Talleres Físcales de Prisiones. Taller de Imprenta. 1930. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. *El Monitor Araucano*. Tomo I.— Tomo II.

Vol. 28.— Santiago de Chile. En la misma Imprenta. *Últimos Días de la Reconquista Española*. (Proceso seguido de orden del Virrey del Perú a los Jefes y Oficiales del Ejército Real derrotado en Chacabuco). Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 29.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos Cónдор. Manuel Antonio Talavera. *Revoluciones de Chile*. Discurso histórico. Diario Imparcial de los sucesos memorables acaecidos en Santiago desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811. Con un Apéndice que contiene la descripción del baile en la Casa de Monda en septiembre de 1812. Lo publica completo por primera vez, precedido de una biografía del autor escrita sobre documentos inéditos, Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 30.— Santiago de Chile. Talleres Gráficos La Nación. *Proceso seguido por el Gobierno de Chile en 25 de mayo de 1810, contra don Juan A. Ovalle, José A. Rojas y el doctor don Bernardo de Vera y Pintado, por el delito de conspiración*. Lo publica por primera vez cotejado el original con la copia de dicho proceso existente en el Archivo de Indias de Sevilla, Guillermo Feliú Cruz. Con una Introduc-

ción acerca del principio de la Revolución de 1810 y el proceso de la idea de la emancipación de Domingo Amunátegui Solar.

Vol. 31.— Santiago de Chile. Imprenta de los Talleres Gráficos de La Nación. *Expediente relativo al desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo el 5 de abril de 1818*. Lo publica por primera vez, copiado del original. Existente en el Archivo de la Biblioteca Diego Barros Arana de la Nacional de Santiago, Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 32, 33, 34.— Santiago de Chile. Imp. Cultura. *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*. Por don José Rodríguez Ballesteros, Coronel de los Ejércitos en las Campañas de Ecuador, Alto Perú, Chile y Chiloé. Introducción biográfica de Guillermo Feliú Cruz.

Vols. 35, 36 y 37.— Santiago de Chile. Imprenta Cultura, 1930-1953 y 1954. *Escritos y Documentos del Ministro de O'Higgins, doctor José A. Rodríguez Aldea, y otros documentos concernientes a su persona*. Publicados Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 38, 39 y 40.— Santiago de Chile. Imprenta Cultura, 1955, para el Vol. 38. Editorial Nascimento para los Vols. 39-40, 1957 y 1959, respectivamente. *Biografías e Historiadores del Ministro de O'Higgins, Dr. José A. Rodríguez Aldea*. Publicados con una Introducción y una Bibliografía concerniente a este mismo individuo, por Guillermo Feliú Cruz.

Vol. 43.— Santiago de Chile, 1966:

— *Procesos instaurados a los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera y contra otros miembros de la familia y sus parciales*, tomo LXII. Introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Volúmenes en preparación:

— *Memoria Histórica de la Revolución de Chile, de Fray Melchor Martínez*, tomos LXI y LXII.

Biblioteca Nacional de Chile. *Lista de las Publicaciones Periódicas Chilenas: 1928*. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1930.

Biblioteca Nacional. *Revistas, diarios y periódicos chilenos que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1929. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1930.

Chiappa, Víctor M. *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Índice Bibliográfico. Santiago, 1930.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones vigentes*. Santiago, 1930.

Elgueta de Ochsenius, Herminia. *Suplemento y adiciones a la Bibliografía de Bibliografías chilenas*, que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Barros Arana, erudito y bibliógrafo*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Bibliografía de los libros, folletos y artículos de revistas publicados por don Gabriel René Moreno*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a don Diego Barros Arana en el centenario de su nacimiento*. Santiago, 1930.

Feliú Cruz, Guillermo. *Notas bibliográficas. Bibliografía de don José Toribio Medina*. Santiago, 1930.

Silva, Luis Ignacio. *La Imprenta en la América Española*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago, 1930.

Silva Castro, Raúl. *Rubén Darío en Chile*. Santiago, 1930.

#### Año 1931

Biblioteca Nacional. *Anuario de las Publicaciones Periódicas Chilenas que recibe actualmente la Biblioteca Nacional y que están a disposición del público*. 1930. Santiago de Chile. Imprenta "La Tracción". 1931.

Chiappa, Víctor M. *Una página para la biografía de don José Toribio Medina. Los Honores*. Santiago, 1931.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria del servicio* 1930. Santiago, 1931.

Felú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, 1931.

Felú Cruz, Guillermo. *Interpretación de Vicuña Mackenna, el Historiador*. Santiago, 1931.

Looser, Gualterio. *Don José Toribio Medina y las Ciencias Naturales y Antropológicas*. Stgo., 1931.

Thayer Ojeda, Tomás. *Relaciones entre Chile y Uruguay. Discurso del Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos*. Santiago, 1931.

#### Año 1932

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1931*. Santiago de Chile. Imprenta "Cervantes". 1932.

Felú Cruz, Guillermo. *Ensayo de una bibliografía de las obras de don Benjamín Vicuña Mackenna. 1851-1931*. Santiago, 1932.

#### Año 1933

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1932*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas & Quevedo, Ltda. 1933.

#### Año 1934

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1933*. Santiago de Chile. Imp. Lagunas, Quevedo y Cia. Ltda. 1934.

#### Año 1935

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuario 1934*. Santiago de Chile. Imp. "La Tarde". 1935.

Mayorga Uribe, Luis. *Bibliografía de las obras sobre Socialismo, Comunismo y Fascismo, existentes actualmente en la Sección Fondo General*. Santiago, 1935.

#### Año 1936

Biblioteca Nacional. *Don Julio Vicuña Cifuentes (1865-1936)*. Stgo., 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje a la memoria de don Rafael Díaz Lira*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Homenaje de la Biblioteca Nacional a D. Emilio Vaisse*. Santiago, 1936.

Biblioteca Nacional. *Inauguración de la Sala Norteamericana*. Santiago, 1936.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General, sobre la marcha de los servicios de su dependencia durante el año 1935, enviada al Ministerio de Educación Pública, por Gabriel Amundéguí*. Santiago, 1936.

#### Año 1937

Biblioteca Nacional. *Publicaciones periódicas chile-*

*nas. Anuarios de 1935 y 1936*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1937.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1936, elevada al Ministro de Educación Pública por Gabriel Amundéguí*. Santiago, 1937.

#### Año 1938

Archivo Nacional. *Índice del Archivo Hidrográfico "Vidal Gormaz"*. Santiago, 1938.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Dirección General sobre la marcha de los servicios de su dependencia, durante el año 1937, enviada al Ministerio de Educación Pública por Gabriel Amundéguí*. Santiago, 1938.

#### Año 1939

Biblioteca Nacional. *Publicaciones Periódicas Chilenas. Anuarios de 1937 y 1938*. Santiago de Chile. Imp. y Lit. Universo S. A. 1939.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria correspondiente a 1938 que eleva a conocimiento del señor Ministro de Educación Pública el Director del Servicio. Gabriel Amundéguí Jordán*. Santiago, 1939.

Oviedo Martínez, Benjamín. *Bibliografía masónica chilena*. Santiago, 1939.

#### Año 1940

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Disposiciones legales y reglamentarias vigentes para el servicio de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas*. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, Nº 1.

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos. *Memoria de la Visitación de Imprentas y Bibliote-*

*cas correspondiente a* 1939. Santiago, 1940. Publicaciones de la Visitación de Imprentas y Bibliotecas. Serie A, N° 1.

#### Año 1943

Cruzat Vera, Manuel. *Ensayo de una bibliografía de la Historia de Francia*. Santiago [1943].

#### Año 1944

Archivo Nacional. *Catálogo de la Colección de Manuscritos de D. José Ignacio Víctor Eyzaguirre*. Santiago, 1944.

#### Año 1946

Archivo Nacional. *El Archivo Nacional. Antecedentes de su fundación y reseña de la labor realizada desde 1927 a 1945*. Santiago, 1946.

#### Año 1949

Egaña, Juan. *Escritos inéditos y diversos*. Reunidos por Raúl Silva Castro. Santiago, 1949.

Silva Castro, Raúl. *Bibliografía de don Juan Egaña (1768-1836)*. Santiago, 1949.

#### Año 1950

Feliú Cruz, Guillermo. *Cervantes en la Biblioteca Nacional*. Ensayo bibliográfico. Santiago, 1950.

#### Año 1951

*Colección de Antiguos Periódicos Chilenos*. 1951-1966. 18 vols.:

Vol. 1. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile. Ilustración araucana sacada de los Arcanos de la Razón. El Augurio Feliz*. 1813-1817. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo I. Santiago, 1952.

Vol. 2. *¡Viva el Rey! Gazeta del Gobierno de Chile*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. Tomo II. Santiago, 1954.

Vol. 3. *¡Viva la Patria! Gazeta del Supremo Gobierno de Chile*. N.os 1 a 16.

*Semanario de Policía. Clamor de la Justicia. El Amigo de la Ilustración*. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1817. Santiago, 1951.

Vol. 4. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 1-37. 1817. Santiago, 1952.

Vol. 5. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 38-72. 1818. Santiago, 1952.

Vol. 6. *Gazeta Ministerial de Chile*. N.os 73-100. 1819. Santiago, 1954.

Vol. 7. *Gazeta Ministerial de Chile*. Torno II. N.os 1-55. 1819-1820. Stgo. 1958.

Vol. 8. *Gazeta Ministerial de Chile*. Torno II. N.os 56-78. 1820-1821. Santiago, 1963.

Vol. 9. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo II. N.os 79-100 y Tomo III. N.os 1-68. 1821. Santiago, 1964.

Vol. 10. *Gazeta Ministerial de Chile*. Tomo III. N.os 17-38. 1821-1822. Santiago, 1966.

Vol. 11. *El Argos de Chile. El Duende de Santiago. El Chileno. El Sol de Chile*. 1818. Santiago, 1955.

Vol. 12. *El Telégrafo. Cartas Pehuenches*. 1819. Santiago, 1958.

Vol. 13. *El Censor de la Revolución*. 1820. *Colección de Noticias*. 1821. *La Miscelánea Chilena*. 1821. *El Independiente*. 1821. *El Mercurio de Chile*. 1822-1823. Santiago, 1960.

Vol. 14. *El Cosmopolita. Diario de la Convención de Chile. El Observador Chileno*. 1822. *El Tizón Republicano. El Clamor de la Patria*. 1823. *Apéndice: Correspondencia seguida entre la Junta Gubernativa y el Mariscal de Campo D. Ramón Freire*. 1823. Santiago, 1962.

Vol. 15. *El Imparcial de Chile. El Interrogante y Respondente. El Corres-*

*ponsal del Imparcial. El Amigo de la Verdad. El Amigo de los Militares. El Despertador Araucano. El Nuevo Corresponsal. El Apagador. El Redactor del Senado. Actas del Senado. Actas del Senado Conservador y Legislador. El Observador de Chile. El Observador Eclesiástico*. 1823. *Apéndice: Respuestas a varios periódicos*. Santiago, 1963.

Vol. 16. *El Liberal. El Redactor de Sesiones del Soberano Congreso. Notas de las operaciones del Congreso de Chile 1823-1824*. Santiago, 1965.

Vol. 17. *El Correo de Arauco. Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa*. 1824-1825. Santiago, 1965.

Vol. 18. *Examen instructivo sobre la Constitución Política de Chile. El Avisador Chileno. El alcornoque sin hojas, a la sombra del Avisador Chileno. Cartas familiares de C., a un amigo residente en... Redacción concisa de las Actas y Diarios del Congreso de Chile. Boletín de Policía. El Pensador Político - Religioso*. 1824-1825. Santiago, 1966.

Archivo Nacional. *Catálogo fondo varios*. Santiago, 1952.

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica de las obras de José Toribio Medina*. Santiago, 1952.

#### Año 1953

Archivo Nacional. *Censo de 1813. Levantado por don Juan Egaña, de orden de la Junta de Gobierno formada por los señores Pérez, Infante y Eyzaguirre*. Santiago, 1953.

Feliú Cruz, Guillermo. *José Toribio Medina, historiador y bibliógrafo de América*. Santiago, 1953.

AÑO 1957

Feliú Cruz, Guillermo. *Catálogo de la Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Diego Barros Arana con motivo del cincuentenario de su muerte. 4 de noviembre de 1957*. Santiago, 1957.

AÑO 1959

Barrios, Eduardo y Feliú Cruz, Guillermo. *Exposición Bibliográfica e Iconográfica de Alejandro Humboldt*. Santiago, 1959.

AÑO 1961

Exposición Bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico (1879-1884). Santiago, 1961.

Vaïsse, Emilio. *Estudios críticos de Literatura Chilena. Homenaje de la Biblioteca Nacional al autor en el Centenario de su nacimiento (1860-1960)*. Santiago, 1961.

AÑO 1962

Gay, Claudio. *Correspondencia de Claudio Gay*. Recopilación, prólogo y notas de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz. Santiago, 1962.

AÑO 1963

Archivo Nacional. *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Chile: su futura alimentación*. Ciclo de conferencias. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Impresas chilenas. 1776-1818*. Edición Monumental de los incunables chilenos, hecha para conmemorar el Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional. Introducción y Bibliografía sobre la imprenta, de Guillermo Feliú Cruz. Santiago, 1963. 2 vols.

Biblioteca Nacional. *Lista de publicaciones del Servicio de Canje Internacional*. Lista N° 1. Santiago, 1963.

Biblioteca Nacional. *Sesquicentenario de la Fundación. 1813-19 de agosto 1963*. Homenajes. Historia. Crónica. Recuerdos. Album de la Biblioteca. Edición de la revista "Mapocho". Santiago, 1963.

*Cartilla Elemental de Catalogación y Clasificación*. Santiago, 1963.

*Cartilla Elemental sobre el Vocabulario del Bibliotecario*. Cartilla N° 2. Santiago, 1963.

Castillo, Homero. *La Literatura Chilena en los Estados Unidos de América*. Santiago, 1963.

Feliú Cruz, Gmo. *El Problema Bibliotecario Nacional*. Santiago, 1963.

García Lyon, Virginia, y Vicuña Fuentes, Carlos. *Centenario de "Los Miserables" de Victor Hugo (1862-1962)*. Conferencias. Santiago, 1963.

AÑO 1964

Cejador y Frauca, Julio. *Epistolario de Escritores Hispanoamericanos*. Recopilación y notas de Sergio Fernández Larrain. Prólogo "La Integración de la Literatura Hispanoamericana en la Castellana", por Guillermo Feliú Cruz. 2 vols. Santiago, 1964.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 1. *Guía de los servicios*. 2. *Publicaciones de la Biblioteca Nacional*. 3. *Publicaciones del Servicio de Canje Internacional*. 4. *Publicaciones del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina*. Santiago, 1964.

Feliú Cruz, Guillermo. *Las Publicaciones de la Biblioteca Nacional. 1854-1963*. Informe elevado al Ministerio de Educación. Santiago, 1964.

Rivas Vicuña, Manuel. *Historia política y parlamentaria de Chile. 1891-1920*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. 3 vols. Santiago, 1964.

Revista "Mapocho". *Organó de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional*. Director de la Revista: Guillermo Feliú Cruz. Secretario de Redacción: Juan Uribe Echevarría. Concesionario y Distribuidor: Editorial Universitaria, San Francisco 454. Tomo I: 3 números, 1963. Agotado. Tomo II: 3 números, 1964. Tomo III: 3 números, 1965. Tomo IV: 2 números, 1965.

Ediciones de la Revista "Mapocho":

Ciudad, Mario. *"La Repetición Creadora" en Pascual*. 1963. Tomo I, N° 1.

Díaz G., Jorge. *El celero en la botella*. 1963. Tomo I, N° 1.

Martínez Chacón, Elena. *Una comedia "chilena" de Lope de Vega*. 1963. Tomo I, N° 1.

Rukser, Udo. *Hicne en el Mundo Hispánico*. 1963. Tomo I, N° 1.

Uriarte, Fernando. *Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala*. 1963. Tomo I, N° 1.

Araya, Guillermo. *Hombre y lenguaje*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Catalán de Aranedá, Hilda. *Censura cinematográfica*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Concha, Jaime. *Interpretación de "Residencia en la tierra" de Pablo Neruda*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Lastra, Pedro. *Notas sobre el Cuento Hispanoamericano del siglo XIX*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Rojas Piña, Benjamín. *La Sociedad y la Educación de Chile según los viajes del período 1740 a 1850*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

Sieveling, Alejandro. *Anímas de día claro*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.

- Urbibe Echevarría, Juan. *La Tirana de Tarapacá*. Tomo I, N° 2, julio de 1963.
- Bande, Jorge. *¿Adán, dónde estás?* Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Escudero, Alfonso M. *Pedro Antonio González. Bibliografía*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Neruda, Pablo. *Poesía. Oda al Mapocho*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Orellana Rodríguez, Mario. *Las pinturas rupestres del alero de Ayquina*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Rivano, Juan. *Dialéctica y situación absoluta*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Sabella, Andrés. *Retratos quiméricos*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Sievers, Hugo K. *La expansión urbana de Santiago y sus consecuencias, 1541-1960*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Silva, Jaime. *La princesa Panchita. Teatro*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Uriarte, Fernando. *Xavier Zubiri en el problema de la realidad*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Urbibe Echevarría, Juan. *El romance de Sor Tadea de San Joaquín sobre la inundación que hizo el río Mapocho en 1783*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Vial E., Carlos. *Radioescopia de una enferma. La Alianza para el Progreso*. Tomo I, N° 3, octubre de 1963.
- Abalos, Carmen. *Carlos Drummond de Andrade y Cecilia Métreres, dos poetas del Brasil*. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Aguirre, Isidora. *Los papeles*. Teatro. Tomo II, N° 1, de 1964.
- Araya C., Guillermo. *Dimensiones semánticas del lenguaje*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Barros, Raquel y Danne-mann, Manuel. *Guía metodológica de la investigación folklórica*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Camurri, Antonio. *La estructura física del Universo*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Ferreccio P., Mario. *La Real Academia Española. Teoría e historia*. Tomo II, N° 1, 1964.
- González Ginouvés, Ignacio. *Reflexiones acerca de la misión universitaria*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Labarca, Amanda. *El arte y la ciencia de ser maestro*.
- Pereira Salas, Eugenio. *Amanda Labarca, maestra*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Orrego Barros, Carlos. *Alberto Orrego Luco. Pintor Chileno*. Tomo II, N° 1, 1964.
- Rivano, Juan. *La América ahistorada y sin mundo del humanista Ernesto Grassi*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Bindis, Ricardo. *La pintura contemporánea chilena*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Fernández Larrain, Sergio. *Algo de Unamuno a través de un epistolario*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Morales, José R. *Prohibida la reproducción. Teatro*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Muñoz, Luis. *La muerte, tema poético de Antonio Machado*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Salas Viu, Vicente Tomás. *Luis de Victoria*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Segall, Marcelo. *Biografía de la Ficha Salario*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Stahl, Gerold. *Análisis científico de la religión*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Teillier, Jorge. *Los trenes de la noche y otros poemas*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Tienken, Arturo. *Las obras históricas de Shakespeare*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Urbibe Echevarría, Juan. *Arturo Alcayaga Vicuña. Poesía y pintura del supercosmos*. Tomo II, N° 2, 1964.
- Carvacho, Víctor. *Camilo Mori*. Tomo II, N° 3, 1964.
- La Biblioteca Nacional y Pablo Neruda*. (Discursos de Guillermo Feliú Cruz y Pablo Neruda, Artículos de: Diego Muñoz, Fillebo, Hugo Montes, Jaime Giordano, Nelson Osorio T., Mario Rodríguez Fernández, Alfonso M. Escudero. Tomo II, N° 3, 1964.
- Marín Madrid, Alberto. *Un viejo problema: el caso fronterizo del río Encuentro*. Tomo II, N° 3, 1964.
- Rousseau, Pierre. *En las avanzadas de la vida*. Traducción de Carlos Krum S. Tomo II, N° 3, 1964.
- Urbibe Echevarría, Juan. *Canconero de Alhué. Folklore*. Tomo II, N° 3, 1964.
- Vodanović, Sergio. *Los fugitivos*. Tomo II, N° 3, 1964.
- Feliú Cruz, Guillermo. *El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amunátegui Solar, 1892-1922*. Tomo III, N° 1, 1965.
- La Biblioteca Nacional y Miguel de Unamuno*. (Artículos de Paulino Garagorri, Fernando Uriarte, Carla Cordua, Eladio García, Guillermo Ferrada, Armando González Rodríguez). Tomo III, N° 1, 1965.
- Latham, Ricardo A. *Una crónica del barroco his-*

- panoamericano: "El Carnero" de Juan Rodríguez Freile. Tomo III, Nº 1, 1965.
- Mac Hale, Tomás P. *Notas sobre Luis Alberto Heiremans. Luis Alberto Heiremans Buenaventura*. Tomo III, Nº 1, 1965.
- Hourton P., Jorge. *Teilhard de Chardin: ¿Ciencia o Filosofía?* Tomo III, Nº 2, 1965.
- Jaramillo Barriga, Rodolfo. *El abate Juan Ignacio Molina, primer evolucionista y precursor de Teilhard de Chardin*. Tomo III, Nº 2, 1965.
- Oroz, Rodolfo. *El Instituto de Chile*. Tomo III, Nº 2, 1965.
- Sáez Sáez, Raúl. *El ingeniero y el desarrollo de los pueblos*. Tomo III, Nº 2, 1965.
- Terpelle P., Germán. *El astilo diplomático en la historia de Chile*. Tomo III, Nº 2, 1965.
- Zapater Equioiz, Horacio. *Las culturas indígenas de América durante la dominación española*. Tomo III, Nº 2, 1965.
- Anzoátegui, Víctor y Sanhueza Beltrán Enrique. *Vulgarización de Lacunza y el Lacuncismo*. Tomo III, Nº 3, 1965.
- Decker, Donald M. *Raúl Silva Castro Historiador-Crítico de las letras chilenas*. Tomo III, Nº 3, 1965.
- Díaz, Jorge. *El lugar donde mueren los mamíferos*. Tomo III, Nº 3, 1965.
- Kayser, Wolfgang. *Origen y crisis de la novela moderna*, Tomo III, Nº 3, 1965.
- Rousseau, Pierre. *¿Está habitado el universo?* Traducción de Carlos Krumm S. Tomo III, Nº 3, 1965.
- Bultmann, Rudolf. *Mitología y Nuevo Testamento*. Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Debesa, Fernando. *El Guardapelo*. Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Del Río, Sótero. *La medicina social en Chile*. Guzmán, Leonardo. *Labor social de la medicina en Chile y la contribución del Dr. Sótero del Río*. Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- García, Lautaro. *Romanceiro de pájaros*. Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Ortega y Gasset, José. *Temas del Escorial*. Tomo IV, Nº 1, vol. 10 de 1965.
- Romero, Hernán. *La salud mental en la vida social contemporánea*. Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Salas Errázuriz, Juan R. *El primer canto de la Divina Comedia*. Tomo IV, Nº 1, Vol. 10 de 1965.
- Zamorano, Manuel y Barría, Myriam. *El crimen como destino*. Tomo IV, Nº 1 vol. 10 de 1965.
- Encina, Francisco Antonio. *Estudios*. I. *Cien años de la vida económica e independiente de Chile* (1912). II. *La capital de Chile y las provincias*. Tomo IV, Nº 2 Vol. 11 de 1965.
- Eyzaguirre, Jaime. *Breve historia de las fronteras de Chile*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Francisco Antonio Encina historiador*. Tomo IV, Nº 2 vol. 11 de 1965.
- Oyarzún, Luis. *Rafael Mañuel*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Ruiz Urbina, Antonio. *Las clases sociales en América Latina*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Uriarte, Fernando. *La novela proletaria en Chile*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Uribe Echevarría, Juan. *Folklore de Colliguay*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.
- Vodanovic P., Sergio. *El delantal blanco*. Tomo IV, Nº 2, vol. 11 de 1965.